STEPHANIE LAURENS
Una novia temeraria
Edición Especial

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2010, Savdek Management Proprietary Ltd.
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una novia temeraria, n.º 18 - febrero 2024
Título original: The Reckless Bride
Publicado originalmente por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Traductora: Amparo Sánchez

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con persona, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

I.S.B.N.: 9788410627789

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Prólogo

15 de septiembre de 1822
Norte de Bombay, India

El incesante golpeteo de los cascos del caballo taladraba su cráneo. Rafe Carstairs, antiguo capitán del Ejército británico al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, bajo las órdenes directas del gobernador general de la India, miró por encima de su hombro antes de urgir a la montura hacia la primera de una serie de pequeñas colinas que se extendían ante ellos.

Le seguía de cerca Hassan, su hombre, su compañero más que ayudante personal. El alto, desgarbado y aterradoramente feroz guerrero pastún, había combatido junto a Rafe durante los últimos cinco años. Y no había dudado un instante antes de aceptar la invitación de Rafe para unirse a él en la peligrosa huida a través de medio mundo.

La misión de Rafe era muy sencilla. Debía llevar, de regreso a Inglaterra, el original de una carta incriminatoria que contenía suficientes pruebas como para colgar al inglés que había fundado la secta de la Cobra Negra y con la que estaba masacrando a numerosos pueblos indios. Confiaba en que, una vez estuviera la carta en manos de un hombre lo bastante poderoso, la Cobra Negra caería y dejaría de existir.

Simultáneamente, los tres amigos más cercanos de Rafe, y compañeros de armas, el coronel Derek Delborough, el mayor Gareth Hamilton y el mayor Logan Monteith, se dirigían también de regreso a Inglaterra con unas copias de la evidencia fundamental, señuelos para distraer a la Cobra Negra del único hombre que debía conseguir llegar.

Rafe.

Al igual que Rafe, Hassan había visto demasiadas fechorías de la Cobra Negra como para desperdiciar la oportunidad que se presentaba ante ellos de llevar al villano ante la justicia.

Deteniéndose en la cima de la colina, Rafe hizo girar a la montura y,

a través de los ojos entornados, buscó en la extensa y amplia llanura que habían atravesado durante la mañana.

—Nadie nos sigue —observó Hassan, que también miraba.

—Hay demasiado polvo ahí abajo como para no detectar a unos caballos a la carrera —dijo Rafe. Los nervios, que se habían mantenido en tensión desde que habían abandonado Bombay el día antes, se relajaron ligeramente.

—Fue una sabia decisión partir inmediatamente después de la reunión con los otros tres. —Hassan hizo girar a la montura y continuó la marcha.

Rafe lo siguió de inmediato, llevando a los caballos de nuevo a un medio galope, en dirección al noroeste.

—Si no encontraron nuestro rastro ayer, poco después de abandonar Bombay, no les será fácil adivinar nuestra ruta.

—Esperarán que vaya por mar, buscarán en los puertos y en los barcos. Aunque se les ocurra dirigirse tierra adentro, nadie podrá señalar en esta dirección. A fin de cuentas, no somos más que dos guerreros tribales.

Rafe sonrió y miró a Hassan, discretamente vestido con sus ropas tribales. Él mismo llevaba prendas parecidas. Con su constitución más europea embutida en la suelta tela, los cabellos rubios ocultos bajo el turbante y los pañuelos, y con toda la piel que quedaba al descubierto bien bronceada por años de campañas, únicamente sus ojos azules lo delataban.

Y había que acercarse mucho para poder ver el color de sus ojos.

—Dado que la secta no nos pisa los talones —Rafe miró hacia delante—, es posible que disfrutemos de un viaje sin sobresaltos, por lo menos hasta que nos acerquemos al Canal. Espero que los otros lo consigan con la misma facilidad.

Hassan emitió un gruñido. Aceleraron el paso y continuaron cabalgando, siendo las ricas tierras de Rajputana su meta más inmediata, con las más peligrosas y desoladas extensiones de la soberanía afgana más allá. Debían atravesar una buena parte del Asia Menor antes de alcanzar Europa, y mucho más antes de llegar al Canal. Tenían un largo viaje ante ellos, y una agenda que cumplir.

Todavía experimentaba una sensación de profunda satisfacción por haber sido el que había elegido el portarrollos que contenía el documento original de entre los cuatro portarrollos idénticos. Los otros tres contenían misiones señuelo. Su amigo y colega, el capitán James Macfarlane, había entregado su vida para asegurar la carta incriminatoria. Rafe había visto el cuerpo de James, retorcido y torturado por los secuaces de la Cobra Negra. En lo más profundo de

su alma, Rafe ansiaba vengarse.

Y la única venganza aceptable era asegurarse de que la Cobra Negra fuera ahorcada.

—Sigamos. —Golpeó los flancos de su montura con los talones—. Con suerte y san Jorge, lo conseguiremos.

Lo conseguirían, o Rafe moriría en el intento.

18 de septiembre de 1822
Residencia Michelmarsh
Connaught Square, Londres

—Lamento profundamente ser tan poco complaciente, pero sencillamente no puedo aceptar el ofrecimiento de lord Eggles. —Loretta Violet Mary Michelmarsh miró a sus hermanos y sus esposas acomodados en sillas y sillones en la biblioteca. No entendía muy bien por qué su rechazo a la proposición de lord Eggles estaba provocando mayor consternación que los otros siete que lo habían precedido.

—Pero… ¿por qué? —Catherine, la cuñada de Loretta y esposa del hermano mayor, Robert, extendió las manos, su expresión de absoluta estupefacción—. Lord Eggles es todo lo que una podría desear, absolutamente elegible en todos sus aspectos.

«Salvo porque es mortalmente aburrido. Y un imbécil presuntuoso».

—Creo que ya he mencionado —contestó Loretta en un tono exageradamente razonable— que no tengo ninguna intención de casarme… Bueno, por lo menos todavía no. —No hasta conocer al hombre de sus sueños.

—¡Pero lord Eggles es el octavo, el octavo candidato perfectamente adecuado, que has rechazado! —La voz de Catherine alcanzó una nota más penetrante—. ¡No puedes seguir rechazando pretendientes, todo el mundo empezará a preguntarse el motivo!

—¿En serio? —Loretta enarcó las cejas—. No sé por qué iban a perder tiempo en eso.

—Porque eres una Michelmarsh, por supuesto. —Margaret, la hermana mayor de Loretta, miró a Anabelle, la hermana mediana, y con un suspiro devolvió la mirada a Loretta—. No quiero presionarte, pero en este caso tiene razón Catherine…, tu continuo rechazo de todos los pretendientes empieza a rozar el escándalo.

—Eres una Michelmarsh —intervino Anabelle—, y se espera de ti que te cases. Y a pesar de tu afectada actitud relajada, más que Margaret o que yo, en realidad que cualquier joven dama Michelmarsh de la historia más reciente, eso no te excluye de ninguna manera de la expectativa general. Todas las mujeres Michelmarsh se casan, normalmente bien. Si a eso le añades la significativa herencia

que pasará a tu esposo tras la boda y la pregunta de a quién aceptarás como ese esposo, una buena cantidad de la alta sociedad está en constante expectación por conocer la respuesta.

A Loretta no se le había pasado por alto el sutil énfasis que Anabelle había puesto en la palabra «afectada». La expresión de los ojos azules de Anabelle le aseguró a Loretta que su hermana, que superaba en dos años sus veinticuatro, y era la más cercana a ella en edad, comprendía muy bien que la actitud reservada de Loretta era, en efecto, una afectación, una fachada. Y si Anabelle lo sabía, Margaret también.

—Lo que tus hermanas intentan explicarte —John, el esposo de Margaret, intervino desde su posición, apoyado contra el respaldo del sillón— es que tu perentorio e inmediato rechazo de todos los pretendientes que han demostrado la suficiente valentía como para abordarte, empieza a generar especulaciones sobre si, en lugar de a los pretendientes en sí, lo que rechazas es la propia institución del matrimonio.

Loretta frunció el ceño. Sabía exactamente qué buscaba en un pretendiente. Simplemente no lo había encontrado todavía.

Robert, su hermano mayor y guardián, sentado tras el escritorio a la izquierda del sillón de respaldo recto ocupado por Loretta, se aclaró la garganta. Mirando en su dirección, ella vio el rubor teñir sus mejillas. Sabía que era por vergüenza, no ira. La ira, a fin de cuentas, era una emoción fuerte, y Robert, ayudado e instigado por Catherine, se había propuesto ser el único Michelmarsh de la historia en mostrarse reservado, tranquilo, formal, todo lo más parecido a carente de emoción, a una falta de interés.

En su caso, esa actitud no era afectación.

Robert era la oveja blanca de una familia de, quizás no ovejas negras, pero por lo menos claramente moteadas. Los Michelmarsh eran, y siempre habían sido, la viva imagen de la escandalosa vivacidad, extravertidos de pies a cabeza.

Todos excepto Robert.

Huérfana desde los doce años, puesta bajo la tutela de Robert, acogida en su familia bajo el ala de la bien intencionada, aunque asfixiante, Catherine, Loretta enseguida se había dado cuenta de que mostrar una fachada de formalidad era el camino más sencillo.

En el transcurso de los años, seguir el camino más sencillo se había convertido en una costumbre, costumbre que ella había descubierto tenía claros beneficios, básicamente ocultarla de un círculo social que encontraba en su mayor parte innecesario. Mantener la mirada baja y la voz en un susurro, le permitía quedarse a un lado del salón de baile, o sentarse en un saloncito o comedor y pensar en otras cosas. Cosas que había leído, temas mucho más estimulantes que la compañía que la rodeaba.

Había llegado a apreciar las muchas bondades del comportamiento formal. Podía utilizarse para evitar toda clase de interacciones con las que no deseaba ser molestada.

Como prestar atención a unos caballeros por los que no sentía ningún interés.

Su fachada solía funcionar.

Tristemente, algunos se habían sentido atraídos por esa fachada y, dados todos los años que había invertido en perfeccionarla, le resultaba prácticamente imposible hacerles entender que la formal, sumamente reservada, joven dama que pensaban sería perfecta como esposa, no existía. Por lo menos no en ella.

De ahí el perentorio e inmediato rechazo.

—Querida. —Robert juntó las manos, bajó la barbilla hasta el pañuelo del cuello y la contempló con expresión severa desde debajo de sus gruesas cejas—. Me temo que esta actitud tuya hacia todos los pretendientes que se acercan no puede continuar. En apariencia, y como todos los aquí presentes estarán de acuerdo en afirmar, eres el modelo ejemplar de la delicadeza femenina, y como tal se te contempla como la perfecta pareja para caballeros que buscan una esposa así. Lord Eggles sería un buen esposo para ti. Habiéndole dado mi permiso para visitarte, como también hice con los siete caballeros anteriores, me temo que debo presionarte para que lo reconsideres.

—No —contestó Loretta, la mirada fija en Robert. La irritación y la ira se arremolinaban en su interior. Controló ambas emociones, respiró hondo, y prosiguió en un tono tranquilo y contenido—: No me puedo creer que desees que me case con un caballero por el que no siento nada.

—Pero… —Catherine frunció el ceño.

—Estoy convencida —continuó Loretta— de que al final acabará por aparecer un caballero adecuado que pedirá mi mano. Hasta entonces, por supuesto, pienso rechazar todos los ofrecimientos de unos caballeros que no… —Se interrumpió.

—¿No están a la altura de tus expectativas? —sugirió Chester, su hermano pequeño.

Prácticamente le había arrebatado las palabras de la boca.

Con los ojos azules clavados en su rostro, Chester continuó:

—Tu problema, querida hermana, es que ese dechado de ejemplar formalidad que aparentas ser, atrae a la clase equivocada de caballeros.

—¡Tonterías! —Catherine se recolocó el echarpe como una gallina ofendida—. Lord Eggles también es un modelo.

—Ahí voy —contestó Chester.

—No tengo ni idea de qué quieres decir —respondió Catherine.

Ella no tenía ni idea, pero Loretta sí. Era una posibilidad que ya se

le había ocurrido, pero había supuesto una conmoción descubrir que hasta su hermano Chester, de tan solo veintiún años, era capaz de ver a través de su fachada, y de ver el mismo problema que ella había comenzado a sospechar.

—Quizás —Margaret se volvió hacia Robert—, con el fin de proporcionarle a Loretta la oportunidad de aclararse en cuanto a lo que busca en un esposo, podría quedarse unos meses con nosotros. La Pequeña Temporada está a punto de comenzar y…

—Oh, no —interrumpió Catherine mientras apoyaba una mano sobre el brazo de Robert y atraía su mirada—. Eso no funcionará. —Miró a Margaret y sonrió apaciguadora—. Además, me temo que vas a estar tremendamente ocupada atendiendo a todos los políticos conocidos de John. No es justo pedirte que acojas también a Loretta.

Los comedidos intentos de sus hermanas por liberarla de la decidida protección de Catherine eran una causa perdida. Catherine contemplaría transferir a Loretta a manos de Margaret como una admisión de fracaso. Loretta se preguntó si los círculos políticos albergarían mejores perspectivas para ella. Estaba segura de que el hombre de sus sueños existía en alguna parte, a fin de cuentas, era una Michelmarsh, pero había supuesto que tendría el buen sentido de encontrarla, de presentarse ante ella, de seducirla y luego hacerle una proposición que pudiera aceptar.

Todo eso estaba muy claro en su mente.

Por desgracia, su teoría todavía no había podido ser trasladada a la realidad.

Y cada vez se sentía más preocupada de que Chester pudiera tener razón. Podría tener que modificar su dirección.

Aunque solo fuera para evitar a algunos pretendientes como lord Eggles.

Pero cambiar… ¿en qué sentido? ¿A qué? ¿Cómo?

—Estoy segura.

—Te aseguro que no supondría ninguna molestia. ¿Por qué…?

—De verdad que no me parece lo adecuado.

Centrada en definir su dirección, dejando que la fútil discusión pasara sobre ella, Loretta fue el único miembro del grupo en oír el sonido de alguien acercándose por el pasillo. Miró hacia la puerta de dos hojas.

Justo en el instante en que se abrió de golpe para permitir la entrada de una dama de impresionante magnificencia.

Era alta, delgada, los impresionantes cabellos blancos impecablemente peinados y tocados con finas plumas. El traje estaba a la última moda de París, de seda y encaje color crudo. Las joyas eran piezas clásicas de marfil y azabache. Llevaba unos guantes largos y portaba un bolsito de filigrana, mientras cubría sus hombros con una

capa de terciopelo de color marrón oscuro.

Toda conversación cesó.

La aparición se detuvo en el espacio a medio camino entre las puertas abiertas y los sillones, mientras repasaba con suma tranquilidad las expresiones aturdidas que se habían vuelto hacia ella y sonrió. Una deliciosa sonrisa.

Esme, lady Congreve, extendió sus elegantes brazos y declaró:

—Queridos, he venido a robaros a Loretta.

—¿Lo sabías, verdad? —Al fin a solas en el salón privado de la posada Castle Inn, en Dover, Loretta se sentó, la espalda perfectamente recta, en uno de los dos sillones colocados delante de la chimenea y fijó la mirada en su espectacular pariente, elegantemente sentada en el otro sillón.

Hasta entonces, Loretta no había tenido la oportunidad de hacer ninguna de las preguntas que se agolpaban en su cabeza. Desde el instante del anuncio en la biblioteca de Robert, Esme había tomado el mando. Como una fuerza imparable, había aplastado todas las objeciones, explicado a su manera autoritaria que necesitaba una compañera que la acompañara en sus inminentes viajes, y que había decidido que Loretta sería la adecuada.

Le había proporcionado a Robert y a Catherine muy poco tiempo para poder organizar una defensa eficaz. Margaret, Anabelle, Loretta y Chester habían intercambiado miradas antes de acomodarse en sus asientos para aguardar el desenlace.

Esme, siempre insistía en que la llamaran Esme y no «tía abuela», era la tía más anciana del difunto padre de Loretta, la hermana mayor de su difunta abuela. Era la última persona viva de su generación y por tanto tenía derecho a actuar como la matriarca de la familia.

Un derecho que había decidido inesperadamente ejercer hasta su máxima extensión. Su esposo, Richard, lord Congreve, un diplomático escocés de alto rango, había fallecido catorce meses antes. Los asuntos relacionados con poner en orden el considerable patrimonio de su marido habían retenido a Esme en Escocia hasta ese momento. Deseando cambiar de aires, había decidido hacer una variante del Grand Tour, en la que tenía intención de volver a visitar todas las ciudades europeas en las que Richard y ella habían presentado credenciales durante su extensa carrera.

Un inhabitualmente largo y literal viaje por los recuerdos.

Cuando Esme había dejado caer que ya le había dado órdenes a la doncella de Loretta para que hiciera el equipaje de su señora con vistas a un viaje de varios meses, la joven ya había comprendido lo que estaba por suceder. Había salido discretamente de la habitación

para orientar a Rose y ocuparse de una serie de cuestiones que, de repente, se volvieron urgentes ante la perspectiva de abandonar Londres de inmediato.

Al cerrar la puerta de la biblioteca tras ella, había tenido muy pocas dudas acerca de quién ganaría la discusión.

Menos de media hora más tarde, había sido llamada de nuevo a la biblioteca y luego había abandonado la casa de Robert junto a Esme.

En respuesta a la pregunta de Loretta, Esme enarcó sus elegantes cejas delineadas.

—Si te refieres a si he oído lo del inminente escándalo que tu rechazo hacia Eggles está a punto de provocar, entonces sí, por supuesto. Therese Osbaldestone me escribió. Aparte de eso, de todos modos, me dirigía hacia tu casa.

—¿Para ver a Robert y a Catherine? —Loretta frunció el ceño.

—No. Para secuestrarte.

—¿Por qué?

—Porque le prometí a Elsie que te tomaría bajo mi protección para hacer lo que ella no tuvo tiempo de hacer.

Elsie era la difunta abuela de Loretta. Esme y Elsie habían estado muy unidas.

—¿Ella te pidió… que te ocuparas de mí?

—Me pidió que me asegurara de que te convirtieras en la joven dama que debías ser, una adecuada joven dama Michelmarsh. Que me asegurara de que te deshicieras de esta ridícula reserva que has adquirido bajo el tutelaje de Robert y Catherine. Por muy bien intencionados que sean, y por favor créeme que les doy crédito por ello, son las personas totalmente equivocadas las que se han estado ocupando de ti. Por desgracia, siendo tus hermanas y Chester demasiado jóvenes, y Robert tomándose tan en serio la responsabilidad de ser el cabeza de familia, en su momento no hubo ninguna alternativa. —Esme contempló a Loretta—. Ahora, sin embargo, las cosas han cambiado, tal y como les dejé claro a Robert y a Catherine. Todo este amago de escándalo, y lo es en efecto ya que el lord Eggles y su familia no están nada contentos con el insulto implícito en tu brusco rechazo, es el resultado directo y totalmente predecible de intentar imponerle a una joven Michelmarsh un régimen tan ajeno como la reserva formal.

—A menudo encuentro que la reserva me resulta muy útil —Loretta miró a Esme con cierta inquietud y creciente resistencia.

—¿Y te ha conseguido el esposo que buscas?

—No.

—Pues no tengo más que añadir. Y ahora, si te parece bien, viajarás conmigo y aprenderás a vivir como una auténtica Michelmarsh. Y luego… —Las palabras de Esme se perdieron y una luz marcial

empezó a brillar en su mirada—. Y luego ya veremos.

Loretta no estaba del todo segura de que le gustara ese brillo en los ojos de Esme.

—Nunca habías hecho esto antes, ¿verdad? Ejercer de carabina de una joven dama.

Esme, que no había apartado la mirada escrutadora de Loretta, sacudió la cabeza.

—No. No tengo hijos ni nietos. Debo admitir que hasta ahora no me había atraído, pero sí creo que Therese Osbaldestone podría estar en lo cierto: esto se parecerá bastante a la labor facilitadora que lleva a cabo la esposa de un diplomático. —Esme sonrió de repente y miró a Loretta a los ojos—. Estoy segura de que voy a disfrutar transformándote en una persona digna de tu linaje, y luego paseándote tentadoramente bajo las narices de los caballeros adecuados.

Loretta frunció el ceño.

Sin inmutarse lo más mínimo, Esme señaló las faldas de Loretta.

—A propósito de lo cual, solo puedo dar gracias a que nuestra primera parada sea París.

10 de octubre de 1822
Campamento de caravanas, a las afueras de Herat, supremacía afgana

Rafe cruzó los brazos sobre el desgastado muro de tierra y miró hacia el desolado paisaje inquietantemente iluminado por la luna menguante. Detrás de él, en el recinto rectangular protegido por los muros, dormía una extensa caravana de mercaderes, los camellos atados a un lado, los carros agolpados para cubrir el hueco de la entrada al campamento de caravanas. Al fondo del recinto se situaban las tiendas y los toscos cobijos que protegían a la gente del cada vez más intenso frío.

Ahí fuera, en la extensa llanura, no se movía nada. No había ladrones, no había sectarios.

De pie en la estrecha pasarela que bordeaba el interior de los muros, Rafe contempló el vacío, la planicie rocosa sin un solo árbol, con apenas algún que otro arbusto para suavizar las oscuras líneas.

Un céfiro pasó susurrando antes de desaparecer. Morir.

Rafe oyó acercarse unas suaves pisadas. Hassan. Habían conseguido empleo como escoltas del mercader dueño de la caravana. Era el mejor camuflaje que habían podido encontrar para cruzar esas tierras demasiado abiertas, demasiado deshabitadas.

—Sigue sin haber ninguna señal de perseguidores —murmuró Rafe cuando Hassan se detuvo a su lado.

—No es posible que la secta encuentre nuestro rastro en un territorio tan baldío.

—No. Por eso, la próxima vez que los veamos, estarán por delante de nosotros, esperándonos. Me pregunto dónde.

Hassan no contestó. Segundos después, continuó su camino, rodeando el recinto en el dolorosamente gélido silencio.

Rafe se cerró el abrigo y se preguntó si sus amigos, sus tres compañeros de armas, dormirían esa noche. Se preguntó dónde estarían, sospechaba que en algún lugar mucho más cálido que él, pero ¿estaban más seguros?

Hassan y él habían perdido a los sectarios desde el momento en que habían salido por la puerta norte de Bombay. Dudaba que los otros correos hubieran tenido la misma suerte.

Había pasado casi un mes desde el inicio de su misión, pero aún no había empezado realmente. La impaciencia lo corroía. Era un hombre de acción, de enfrentarse a los enemigos, a enemigos que pudiera ver, encontrar y derrotar.

A su alrededor no había nada, ni siquiera una mínima señal de amenaza en el viento.

¿Cuánto tiempo faltaba para que ese paréntesis terminara y comenzara por fin la batalla final?

3 de noviembre de 1822
Una villa en Trieste, Italia

—Debemos emprender el regreso a casa, a Inglaterra, ahora. —Loretta se cruzó de brazos y contempló el rostro de Esme—. Dijiste que habías prometido que regresaríamos para Navidad. Si no partimos ahora, jamás lo conseguiremos, y el clima sin duda se volverá en contra nuestra.

Acomodada en un diván delante de las ventanas del saloncito de la villa que había alquilado para su prolongada estancia, Esme enarcó las cejas. La consideración se filtró en su por otra parte relajada expresión antes de arrugar la nariz.

—Tienes razón. Odio viajar con nieve.

Una sensación de alivio atravesó a Loretta. El periodo de prueba estaba llegando a su fin.

—¿Regresaremos a Venecia y luego hasta París vía Marsella?

Esme frunció el ceño y la estudió como solía hacer a menudo.

—No sé…, todavía no he terminado contigo. Has aprendido a ser más directa y hemos rectificado tu vestuario, gracias a Dios.

Perdiendo toda la ropa recatada y decorosa que había llevado desde Londres. Loretta no se molestó en contemplar el vestido azul hierba

doncella que llevaba puesto, el color haciendo juego con sus ojos, la delicada tela pegándose adorablemente a unas curvas que ella hubiese preferido mantener ocultas.

—Y ahora eres capaz de reír, conversar y bailar con lo mejorcito…, algo que jamás dudé que pudieras hacer. —Esme agitó un dedo en su dirección—. Pero hay que seguir trabajando en tu coqueteo y ni siquiera has accedido a disfrutar del más mínimo romance. Tu actitud en general todavía deja mucho que desear.

—Tonterías. Mi actitud no tiene nada de malo. Si conozco a algún hombre que me resulte interesante, te puedo asegurar que le prestaré la debida atención.

—Sí, bueno, ahí está el problema. Primero tienes que resultar interesante tú, lo bastante como para atraerlo. Los caballeros, desde luego los pertenecientes a la clase que tú encontrarás interesante, son como una presa escurridiza. Hay que tentarlos para que se acerquen, para que caigan en la trampa.

—Haces que parezca una cacería.

—Cielo santo, niña, eso es exactamente. No puedes esperar que sepan qué es lo mejor para ellos, necesitan ser persuadidos para picar. Pero antes de empezar a recitar más metáforas, el hecho es que mi trabajo contigo todavía no ha terminado. Por tanto, he decidido que regresaremos a Inglaterra por otro camino. Nos dirigiremos a Buda… Richard y yo pasamos unos agradables meses allí antes del Tratado de Viena. Desde allí podemos viajar por los ríos de regreso al Canal, allí habrá mucho menos peligro de que nuestros planes sean alterados por el clima.

La última reflexión acabó con cualquier protesta que Loretta hubiera podido manifestar.

—Otras ciudades, nuevos territorios. —Esme se irguió y posó los pies en el suelo.

Eso era lo que Loretta había temido. Sin embargo…

—Si nos dirigimos a Buda, habiendo perdido a Phillipe, vamos a necesitar contratar nosotras mismas escoltas y carruajes. —El correo guía que Esme había contratado en París para ocuparse de las necesidades de la comitiva durante el viaje había caído víctima de una condesa local. La condesa lo había raptado y se lo había llevado a su castillo aislado. Esme había confirmado que Phillipe no viajaría de regreso con ellas. Loretta frunció el ceño—. O quizás deberíamos buscar otro correo guía.

—Si vamos a viajar en barco a partir de Buda, no nos hará falta —reflexionó Esme antes de sacudir la cabeza.

—En ese caso —Loretta se irguió—, me acercaré a la ciudad para ocuparme de los preparativos.

Y de paso enviar una nueva reseña de «*Window on Europe*» a su

agente. Los lectores del *London Enquirer* al parecer se habían vuelto adictos a sus reportajes.

20 de noviembre de 1822
Las colinas de Drobeta-Turnu Severin, en el extremo suroeste de los Alpes Transilvanos

Rafe se sopló las manos, pateó el suelo y se agachó para acercar sus manos a la diminuta llama de la hoguera.

—Todavía no me puedo creer que la Cobra Negra desplegara hombres en Constanza.

No esperaba respuesta a su queja. Hassan ya la había oído antes. Después de no haber visto a un solo sectario durante el trayecto a través de Persia y Turquía, habían tomado un barco en Samsun para cruzar el mar Negro hasta Constanza, y allí habían encontrado sectarios esperándolos en la primera calle estrecha en la que se habían adentrado.

Habían escapado de esa emboscada peleando, pero por los pelos. Tanto él como Hassan lucían nuevas cicatrices. Inmediatamente habían alquilado caballos y huido a galope de la ciudad, pero en ese territorio muy distinto, con barro, lodazales y nieve, era imposible ocultar sus huellas. Y los sectarios eran extraordinarios rastreadores.

—Todavía nos siguen —contestó Hassan al fin.

Rafe asintió. Se arrebujó en el grueso abrigo de lana que había comprado en Turquía y contempló el fuego.

—Nuestra misión consiste en evitar a toda costa ser apresados y, por desgracia, eso significa que no debemos pelear si podemos evitarlo.

La necesidad lo aguijoneó. Habría preferido darse media vuelta y enfrentarse a sus perseguidores, pero el portarrollos que transportaba, el que contenía la crucial evidencia, debía llegar a manos del duque de Wolverstone en Inglaterra, y eso estaba por encima de todo lo demás. Empezaba a no sentirse tan satisfecho por haber elegido la misión más importante.

Pero el deber era el deber y él sabía cuál era el suyo. Si huir y ocultarse era el precio que debía pagar para ver ahorcada a la Cobra Negra, lo pagaría.

Cualquier cosa para vengar a James Macfarlane.

Moviéndose despacio, con cuidado para que el gélido viento cargado de cuchillas de hielo no atravesara su abrigo, sacó el mapa que había comprado en Constanza y lo desplegó. Hassan se giró para mirar por encima del hombro.

—Estamos aquí —señaló Rafe—. Justo enfrente está el paso que llaman Puerta de Hierro, donde el Danubio fluye a través de un hueco

en las montañas. Llegaremos allí mañana y, si la nieve aguanta sin caer, deberíamos poder atravesarlo y alcanzar la llanura que hay al otro lado. —Desplazó el mapa para poder examinar mejor la zona que se extendía más allá del paso. Después de un prolongado silencio de reflexión, exhaló—. Es tal y como pensaba. En cuanto lleguemos a la llanura vamos a tener que tomar una decisión. ¿Seguimos directamente hacia el este, atravesando tierras eslavas hasta el norte de Italia y luego al sur de Francia, y a partir de allí girar al norte hacia Rotterdam, o tomamos la otra ruta y nos dirigimos al norte de la llanura y seguimos los ríos, Danubio y luego el Rin, hacia el este hasta Rotterdam y a Felixstowe?

—¿Debemos llegar a Rotterdam para tomar un barco hasta Felixstowe?

—Ese es el punto en el que se supone que debemos cruzar el Canal. Habrá alguien esperándonos en Felixstowe, para escoltarnos a partir de allí.

Estudiaron el mapa antes de proceder a debatir sobre las ciudades y las carreteras. No parecía haber mucha diferencia entre las dos rutas.

—Cualquiera de las dos nos llevará a Felixstowe en la fecha estipulada por Wolverstone. De momento vamos adelantados, de modo que tendremos que avanzar despacio, o detenernos en un punto, pero aparte de eso… —Rafe se encogió de hombros. Las rutas parecían ser más o menos iguales.

Hasta que…

—Dado que no podemos arriesgarnos a presentar batalla, ¿cuál de las dos será mejor para evitar llamar la atención? —preguntó Hassan.

—Teniendo eso en cuenta —Rafe enarcó las cejas y volvió a estudiar el mapa—, solo hay una elección.

Capítulo 1

24 de noviembre de 1822
Puerto del Danubio, Buda

Rafe abandonó las oficinas de la compañía naviera Excelsior con dos pasajes de camarote en su bolsillo para el *Uray Princep*, un barco fluvial que tenía previsto remontar el Danubio en dos días.

Echó un vistazo a ambos lados de la calle antes de acercarse a una tienda cercana frente a la cual esperaba Hassan.

Rafe dio una palmadita sobre el bolsillo del abrigo de diseño, claramente europeo, que llevaba puesto.

—Eran los dos últimos pasajes. No existe ninguna posibilidad de que alguno de los asesinos embarque como pasajero, y el barco es demasiado pequeño como para que se escondan o se enrolen como tripulación en el último momento.

Hassan asintió. Rafe todavía no se había acostumbrado a ver a su amigo sin el tocado de la cabeza.

Hacía dos noches que habían llegado a Buda. Lo primero que habían hecho el día anterior había sido visitar a un sastre y cambiar las camisas turcas, los pantalones sueltos y los abrigos por vestimentas europeas. A lo largo de su viaje habían cambiado constantemente de ropas para camuflarse entre los nativos. En esos momentos, con el abrigo de buen corte que portaba sobre el elegante traje con chaleco, pantalón, pañuelo anudado al cuello, los rubios cabellos recortados, lavados y cepillados, Rafe no se distinguía de los muchos comerciantes alemanes, austriacos y prusianos que atravesaban Buda, mientras que los rasgos aguileños de Hassan, con sus negros cabellos y barba recortada, vestido con un sencillo abrigo, pantalones y botas, encajaba perfectamente en el papel de un guardia de Georgia o algún otro principado más peligroso. Pasaban desapercibidos entre la multitud que se agolpaba en los muelles mientras caminaban por el malecón. Ni una sola cabeza se había vuelto a su paso. Nadie les había prestado la menor atención.

La posibilidad de fundirse en la riada de viajeros, de esconderse

eficazmente entre la multitud, había sido el principal atractivo que había convencido a Rafe para decidirse por la ruta del norte. Con su llamativa altura y cabellos rubios, él habría tenido dificultades para pasar desapercibido en Italia o Francia.

El segundo lugar que habían visitado el día anterior había sido la tienda de un armero. Rafe se había provisto de pistolas, pólvora y proyectiles. La mayor debilidad de los sectarios era un miedo supersticioso hacia las armas de fuego. Y Rafe tenía la intención de explotar ese miedo. Hassan y él portaban en ese momento sendas pistolas cargadas.

Todavía llevaban las espadas y los cuchillos, sin los cuales se sentían desnudos. Aunque en Europa ya no había ninguna guerra, todavía se producía algún disturbio y los bandidos seguían constituyendo una amenaza ocasional, de modo que dos intrépidos viajeros con espadas no despertaban ninguna curiosidad. En cuanto a los cuchillos, no se veían.

Rafe también había visitado el estudio de un cartógrafo y había comprado los mejores mapas disponibles de las zonas que tenían pensado atravesar. Hassan y él habían pasado la tarde anterior estudiando la ruta más probable y luego habían pedido el consejo del posadero y los parroquianos del bar de la posada acerca de qué compañía naviera elegir.

—Viajar por el río es una buena estrategia. —Hassan contempló los muelles que se alineaban al otro lado de la calle—. La secta seguramente no pensará en ello.

—Por lo menos no de inmediato —dijo Rafe. En la India, los ríos no solían utilizarse demasiado para viajes de larga distancia, a diferencia del Danubio y el Rin. Y dado que la mayoría de los sectarios no sabía nadar, permanecer en un barco fluvial era mejor opción que hoteles y posadas en tierra—. Según el empleado de la naviera, nuestro viaje a través de los ríos podría hacernos llegar a Rotterdam con un día de antelación, por lo que no hará falta reprogramar ninguna otra parada para acomodarnos a la agenda de Wolverstone.

—Todavía no hemos visto a ningún sectario por aquí —añadió Hassan—. Ninguno por los muelles. Si hay alguno en la ciudad, debe de estar vigilando las posadas y las carreteras que conducen al este.

Rafe siguió la mirada de Hassan hacia el extenso río repleto de navíos grandes y pequeños, antes de alzarla hacia el puente de piedra que unía Buda con la ciudad de Pest, encaramada en la orilla opuesta.

—Si había sectarios en Constanza, habrá sectarios aquí. Debemos permanecer atentos.

Echó a andar a lo largo del malecón. Hassan lo alcanzó y ambos se dirigieron hacia la pequeña posada en la que se alojaban.

—La Cobra Negra habrá distribuido sectarios por todas las ciudades

principales a lo largo de las carreteras —observó Rafe—. Aquí, en Viena, Munich, Stuttgart, Frankfurt, Essen, entre otras. Al viajar por el río evitaremos la mayoría de esas ciudades. En nuestro primer tramo por el Danubio, la única ciudad que no podremos evitar será Viena, pero el resto será como habíamos pensado: las ciudades junto a los ríos son más pequeñas y la mayoría están apartadas de las carreteras principales. —Ese había sido el motivo por el que habían decidido viajar en el barco fluvial por el Danubio y luego descender por el Rin —. De todos modos, deberíamos esforzarnos un poco en perfeccionar nuestro disfraz. Necesitamos una historia creíble que explique quiénes pretendemos ser, una ocupación, un propósito, un motivo para nuestro viaje.

Habían llegado a un cruce en el que una estrecha calle empedrada que descendía desde el elegante barrio antiguo se unía al malecón.

—¡No!

El agudo grito femenino los detuvo en seco. Ambos miraron hacia la calle.

Entre las sombras de los edificios altos, una mujer mayor, por su vestimenta una dama, intentaba defenderse de dos delincuentes que la habían acorralado contra un muro e intentaban agarrarle los brazos, seguramente para apropiarse del bolso, las pulseras y los anillos.

En la calle no se veía a nadie más.

Antes de que la mujer pudiera gritar por segunda vez, Rafe y Hassan corrían por la calle empedrada.

Los atacantes, que luchaban con la mujer mientras ella protestaba casi sin aliento e intentaba desembarazarse de ellos, no se dieron cuenta hasta que Rafe agarró a uno de ellos por el cuello, lo zarandeó hasta que soltó a la mujer y luego lo arrojó en medio de la calle. El hombre aterrizó con un fuerte crujido contra un muro.

Un segundo más tarde, cortesía de Hassan, su cómplice se unió a él.

—¿Está bien? —Rafe se volvió hacia la mujer.

Había hablado en alemán, suponiendo que ese idioma sería el más susceptible de ser entendido por cualquier local o viajero. Agarró la mano enguantada que la mujer alargaba débilmente hacia él y calculó su edad a pesar de la delicada osamenta del rostro. Era lo bastante mayor para ser su abuela.

A su lado, Hassan no apartaba la mirada del par de bandidos.

La dama, pues, aunque Rafe llevara más de una década alejado de la sociedad, todavía era capaz de reconocer esa espalda recta, esa cabeza alzada y los rasgos altivos, lo observó atentamente antes de contestar en su perfecto inglés de la alta sociedad:

—Gracias, muchacho. Estoy algo conmocionada, pero si me ayuda a llegar hasta ese banco me atrevería a decir que en dos minutos estaré perfectamente.

Rafe titubeó, preguntándose si debería dejar patente que la había entendido.

Los labios de la mujer dibujaron una mueca. Retiró la mano de la de Rafe y le dio una palmadita en el brazo.

—Su acento viene directamente de Eton, querido muchacho. Y también me resulta vagamente familiar, sin duda me llevará unos pocos minutos situarlo. Y ahora deme su brazo.

Momentáneamente desconcertado, él obedeció. Mientras se acercaban al banco situado junto a la puerta de una pequeña pastelería, el cocinero apareció en la entrada con un rodillo de amasar en la mano. Corrió en ayuda de la dama, exclamando ante la vileza del ataque. Otras personas salieron de las tiendas vecinas, igualmente furiosos.

—Se están recuperando —anunció Hassan.

Todos se volvieron para ver a los dos atacantes tambalearse aturdidos mientras se ponían en pie.

Los lugareños gritaron y agitaron sus armas improvisadas.

Los atacantes intercambiaron una mirada antes de emprender la huida.

—¿Quiere que los atrapemos? —preguntó uno de los lugareños.

—No, no —la dama agitó una mano en el aire—, sin duda son un par de holgazanes que pensaron en conseguir algunas monedas de una anciana indefensa. Gracias a estos dos caballeros no he sufrido ningún daño, y no tengo tiempo para entretenerme con las autoridades locales.

Rafe suspiró disimuladamente, aliviado. Verse implicado con las autoridades locales era lo último que él necesitaba también.

Escuchó mientras el dueño de la pastelería presionaba a la dama para que aceptara una muestra de sus artículos para borrar el recuerdo de tan cobarde ataque en esa encantadora ciudad. La dama protestó, pero, cuando el cocinero y los vecinos insistieron, aceptó elegantemente… en un alemán significativamente más fluido y coloquial que el de Rafe.

Cuando los lugareños al fin se retiraron y regresaron a sus asuntos, Rafe miró a la dama a sus ojos grises, unos ojos decididamente demasiado agudos para su gusto. Le ofreció una breve reverencia.

—Rafe Carstairs, señora. —Habría preferido desaparecer, huir de cualquier dama que lo llamara «querido muchacho», pero sus modales le obligaban a hacer lo contrario—. ¿Se aloja por aquí? —preguntó.

—Lady Congreve. —La dama sonrió satisfecha y le ofreció su mano —. Creo que conocí a sus padres, y conozco a su hermano, el vizconde Henley. Me alojo en el hotel Imperial, al comienzo de esta calle.

Reprimiendo un respingo, por supuesto que esa dama tenía que conocer a su familia, Rafe se inclinó sobre la mano mientras señalaba

a Hassan con la otra.

—La escoltaremos de regreso en cuanto esté dispuesta.

—Gracias, querido muchacho. —La sonrisa de lady Congreve se hizo más amplia—. Ya me encuentro bastante recuperada, pero —le agarró la mano y Rafe la ayudó a levantarse— antes de regresar al hotel, debo llevar a cabo la tarea que me trajo por este camino. Tengo que recoger unos pasajes en la oficina del muelle.

—¿En qué compañía? —preguntó Rafe mientras le ofrecía su brazo y se volvían hacia la calle.

—La compañía naviera Excelsior. —Lady Congreve gesticuló con el bastón—. Creo que está a la vuelta de la esquina.

Media hora después, Rafe y Hassan se encontraban tomando el té en la *suite* principal del hotel Imperial en el elegante barrio del castillo de Buda. Lady Congreve había insistido. Rafe había descubierto que sus habilidades para eludir a las grandes damas estaban oxidadas. No había encontrado el modo de rechazar la invitación sin resultar ofensivo y, tal y como descubrió, para su horror, lady Congreve y sus acompañantes se encontraban entre los pasajeros que tenían previsto zarpar a bordo del *Uray Prince* a la mañana siguiente. Intentar evitar socializar con ella no parecía tener sentido.

Tuvo que admitir que el despliegue de pasteles que fueron servidos en la bandeja de té era de lo mejor que había probado en una década.

—¿De modo que usted y el señor Hassan sirvieron en el Ejército en la India? —Lady Congreve se acomodó en el sillón y lo contempló—. ¿Conoció a Enslow?

—¿El ayudante de Hastings? —preguntó Rafe—. Pobre muchacho, siempre agotado. Hastings está metido en demasiados asuntos.

—Eso tengo entendido. ¿De modo que tenía su base en Calcuta?

—La mayor parte del tiempo. Unos meses antes dimití y me marché, algunos trabajamos alrededor de Bombay. —Rafe se había dado cuenta de que la mujer estaba comprobando su autenticidad, aunque no estaba muy seguro de por qué.

—De manera que todos estos años ha sido soldado, ¿cuánto tiempo lleva como capitán?

—Desde antes de Toulouse.

—¿Combatió en Waterloo?

—Formaba parte de una tropa mixta —dijo él—, en parte soldados regulares con experiencia, en parte voluntarios de la alta sociedad. Caballería pesada.

—¿Qué miembros de la alta sociedad combatieron a su lado?

—Sobre todo los Cynster, los seis primos, además de un puñado de miembros de otras familias. Dos Neville, un Percy y un Farquar.

—Ah, sí, recuerdo haber oído hablar de las hazañas de esa tropa. ¿Y ahora se ha retirado y se dirige de regreso a Inglaterra?

—Ya era hora. —Rafe se encogió de hombros.

—¡Excelente! —exclamó lady Congreve, resplandeciente.

Todos los instintos de Rafe se pusieron inmediatamente en alerta.

—Al parecer, señor, el destino lo ha enviado a mí. —Lady Congreve miró a Hassan, incluyéndolo en el comentario—. Me pregunto si podría imponerle, a usted y al señor Hassan, que actúen como correo guía y escolta de mi comitiva. Abandonamos París con un guía experimentado, pero tristemente tuvimos que separarnos de él en Trieste. Sabiendo que a partir de este punto seguiríamos nuestro viaje en un barco fluvial, no vi la necesidad de sustituirle, pero los sucesos de hoy han demostrado mi error. Sencillamente, no es seguro para unas damas caminar por estas calles extranjeras sin ninguna protección. —Lady Congreve sostuvo la mirada de Rafe—. Y dado que van a viajar en la misma dirección y que, en efecto, ya tienen un pasaje en el mismo barco, espero que tengan a bien unirse a mi comitiva.

Rafe consiguió mantener su rostro desprovisto de toda expresión en un ejemplo de fuerza de voluntad.

Dado que no respondió de inmediato, lady Congreve continuó:

—Nuestro encuentro parece fortuito, sobre todo dado que consiguieron los últimos pasajes que quedaban para ese barco, de modo que, aunque fuera capaz de encontrar a algún otro hombre tan adecuado, no podría asegurarles un pasaje en el barco.

Rafe recriminó para sus adentros al agente de la oficina naviera que, por supuesto, lo había reconocido y había hecho ese comentario. Estrujándose el cerebro en busca de las palabras adecuadas con las que poder rechazar la propuesta, consciente de la mirada de Hassan sobre él, esperando que los sacara de esa trampa, Rafe abrió la boca… y la cerró.

Hassan y él necesitaban algún motivo que pudiera explicar su viaje por el río, un propósito que hiciera que la gente aceptara su presencia sin hacer demasiadas preguntas.

—Y, por supuesto —continuó lady Congreve—, estoy segura de que su hermano estará encantado de saber que ha podido rendirme este pequeño servicio. Desde luego, me haré cargo de todos los gastos y le reembolsaré los pasajes que ya ha comprado.

Rafe tuvo que reconocer que esa mujer había sacado toda la artillería, su hermano, ni más ni menos. Con la mirada perdida, distraído ante la perspectiva que todavía intentaba definir, agitó una mano ante las últimas palabras.

—Ninguna recompensa será necesaria. Si hacemos lo que nos pide…

Devolviendo la mirada sobre lady Congreve, se preguntó sobre lo

acertado, y la moralidad, de implicar en su misión a la mujer que, por otra parte, estaba totalmente al alcance de la mano. En Europa los sectarios estarían buscándolo a él y a Hassan. Siendo una pareja de hombres viajando juntos, serían fácilmente descubiertos, pues ambos superaban el metro ochenta y cinco de estatura, uno de ellos era muy rubio y el otro muy moreno, ambos con un porte militar.

Pero los sectarios seguramente no se fijarían en dos hombres que viajaban como parte de una comitiva más grande.

—Quizás sería posible ejercer de guías y escoltas. —Rafe miró brevemente a Hassan—. Viajaremos en el mismo barco en cualquier caso y, tal y como ha observado, no va a poder añadir a ningún pasajero más a la lista…

Lady Congreve era lo suficientemente inteligente como para mantener la boca cerrada mientras observaba sus titubeos.

Rafe recordó el cuerpo de James Macfarlane.

Recordó el portarrollos que llevaba pegado a su costado.

Recordó que cuanto más se acercaran a Inglaterra, más sectarios tendrían que sortear.

Y lady Congreve era la clase de dama que, en caso de conocer los detalles, apoyaría su misión incondicionalmente.

Rafe se concentró en su rostro. ¿Debería hablarle sobre su misión?

Abrió la boca, la revelación en la punta de la lengua, pero entonces recordó los otros pasajes que la mujer había recogido.

—¿Quién más viaja con usted? Tiene cuatro pasajes.

—Aparte de mí misma, mi doncella, Gibson, a quien ya ha conocido.

La doncella había estado aguardando en la *suite* a su llegada y había tomado el abrigo y el bastón de su señora antes de ordenar que sirvieran el té. Rafe dedujo que era probable que Gibson, una mujer ya madura, llevaría al servicio de lady Congreve desde hacía décadas. Se respiraba una considerable empatía y lealtad entre la doncella y su señora, que sugería que Gibson apoyaría completamente cualquier decisión tomada por su señora. A ese respecto la misión no corría ningún riesgo.

—¿Y los otros dos pasajes?

—Otra dama y su doncella. —Lady Congreve ladeó la cabeza, contemplándolo con curiosidad—. Se incluirían entre las personas a quienes guiarán y protegerán, por si acaso tiene alguna importancia.

Rafe sabía que las damas de la generación de lady Congreve a menudo viajaban en parejas, acompañándose la una a la otra durante el viaje para tener a alguien con quien comentar el paisaje, con quien conversar por la noche. Se imaginó que cualquier dama a quien lady Congreve eligiera para viajar con ella debía ser muy parecida a ella misma. Y eso significaba que no existía realmente motivo alguno por

el que no podría explicar su misión y, si lady Congreve seguía manteniendo su oferta para convertirles en sus escoltas, aceptaría.

Respiró hondo, miró a lady Congreve a sus ojos grises.

—Señora, me siento inclinado a aceptar su ofrecimiento, pero primero debo explicarle qué nos ha traído a Hassan y a mí por este camino. —Miró a Hassan, que enarcó levemente las cejas, pero no pareció desaprobar, y luego devolvió la mirada a la dama—. Si después de escuchar nuestra historia todavía desea que aceptemos los puestos de guía y escolta, entonces creo que podremos complacerla.

—¡Excelente! —La sonrisa de lady Congreve era de triunfo—. Y ahora, en cuanto a ese secreto…

La mujer se interrumpió cuando el picaporte de la puerta del pasillo fue accionado. Un instante después, la puerta se abrió y una aparición cubierta por un vibrante abrigo azul oscuro, con un sombrero de piel tocado con una graciosa pluma y todo colocado sobre una lustrosa cabellera oscura, entró en la habitación.

—Esme… —La visión se interrumpió, miró fijamente a Rafe, luego a Hassan. Pero la mirada regresó a Rafe, que se había puesto en pie, y simplemente se lo quedó mirando.

Rafe le devolvió la mirada. Fue vagamente consciente de la presencia de otra mujer, seguramente la otra doncella, que se deslizaba al interior de la habitación y cerraba la puerta. Toda su atención, todos sus sentidos, estaban totalmente fijos en la dama vestida de azul.

La joven dama vestida de azul.

Era bastante alta, delgada e intensamente femenina. El aire a su alrededor estaba cargado de un aura de vibración contenida, ¿o era controlada? Sus ojos, grandes y ligeramente rasgados, eran de un impresionante tono azul hierba doncella que resaltaban aún más gracias al abrigo de color azul marino. Poseía unas elegantes curvas bien marcadas. Había oído hablar de mujeres con esos cuerpos asociadas a las deidades griegas y romanas, y de repente comprendió por qué. Esa mujer era Atenea, Diana, Perséfone, Artemisa… Parecía ser todas ellas en carne y hueso, con cabellos de color negro y unos ojos muy azules.

Se sentía como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. Igual que cuando en las batallas miraba a la muerte a los ojos, el tiempo se detuvo. Le llevó un supremo esfuerzo reiniciar su cerebro, regresar al mundo real.

Al presente.

Había dicho «Esme», refiriéndose a lady Congreve. Era ella la otra dama, la compañera de viaje de lady Congreve. Una joven dama a la que la señora había tomado bajo su protección.

La diosa se había detenido detrás del sillón en el que se sentaba la

señora. Lady Congreve alzó una mano y la agitó elegantemente.

—Permítame presentarles a la señorita. Loretta Michelmarsh, mi sobrina nieta. El honorable señor Rafe Carstairs y su acompañante, el señor Hassan.

Rafe inclinó la cabeza con rigidez. La diosa era una pariente, y eso lo complicaba.

La señorita Michelmarsh, la mirada todavía pegada a él, la expresión extrañamente ausente, le ofreció una ligera reverencia que pasaría por una mera cortesía.

—Has llegado justo a tiempo, Loretta, querida, para escuchar las últimas noticias. —Lady Congreve se giró para sonreír a su sobrina nieta—. El señor Carstairs y el señor Hassan me han salvado de dos atacantes en la calle cerca de la compañía naviera, y ante mi petición han accedido a cubrir los puestos de correo guía y escolta.

De repente, Rafe comprendió el motivo tras la expresión de triunfo de lady Congreve, comprendió que la trampa en la que había caído era de una naturaleza distinta de lo que había imaginado. Había olvidado el principal entretenimiento de las grandes damas como lady Congreve. Casamenteras. Preferentemente con personas conocidas por ellas.

Milady conocía a su familia. Conocía a su sobrina nieta. Pero que lo condenaran si iba a permitir que esa mujer ejerciera de casamentera con él, aunque fuera con un ser que hacía pensar en un panteón de diosas.

Aparte de eso…, Rafe respiró hondo y obligó a su mirada a apartarse de la distracción para trasladarla a milady, que claramente esperaba calibrar su respuesta.

—Lady Congreve, lamento que no será posible para Hassan ni para mí ejercer como correo guía y escolta para ustedes durante nuestro inminente viaje.

—Me había parecido entender —lady Congreve lo miró y una expresión de descontento asomó a sus ojos— que ya habían aceptado los puestos a falta de informarme del motivo de su viaje y de mi subsiguiente confirmación del ofrecimiento. —Abrió desmesuradamente los ojos—. ¿Qué ha podido suceder en el trascurso de unos pocos segundos que le haya hecho cambiar de idea?

Ella lo sabía. Rafe le sostuvo la mirada, sintió tensarse la mandíbula.

—En cualquier caso, milady, tras considerarlo un poco más, será imposible para mí y para Hassan unirnos a su comitiva.

—Espero que no esté incumpliendo nuestro acuerdo por culpa de Loretta. —Lady Congreve entornó los ojos, cosa que su sobrina no pudo ver.

«Pues claro que es por eso». Si bien había considerado la posibilidad de unir sus fuerzas con lady Congreve, una dama en la última etapa de

su vida y, supuso, con una significativa experiencia vital, y se había sentido preparado para correr el riesgo al que esa mujer podría estar expuesta por su culpa ante a los secuaces de la Cobra Negra, jamás, de ninguna manera, consideraría colocar a una joven dama como Loretta Michelmarsh en una situación de peligro, fuera el que fuera.

—Existe cierto riesgo implicado en asociarse conmigo y con Hassan. —Rafe sostuvo la mirada de lady Congreve—. Y, si bien habría considerado, caso de que estuviera de acuerdo tras ser informada de ese riesgo, aceptar los puestos que nos estaba ofreciendo, sería inadmisible para mí continuar con ese acuerdo cuando hay una joven dama como la señorita Michelmarsh viajando con usted.

—¿Qué está pasando aquí? —Loretta frunció el ceño. Su primer pensamiento nada más ver a ese hombre alto y rubio, claramente un militar por su pose y la colocación de sus anchos hombros, había sido un sencillo, aunque aturdido: «¿Quién es?».

Su mente había quedado detenida en ese punto, sus sentidos afanándose por añadir detalles, ninguno de ellos pertinentes a la hora de responder a la pregunta.

Qué brillantes eran esos mechones dorados en sus cabellos rubios color arena, qué inesperadamente dulce su mirada de un color azul de verano, qué absurdamente largas parecían sus pestañas marrones, qué deliciosamente sugestiva la sutil curvatura de los claramente masculinos labios, qué cuadrada su mandíbula, qué impresionantemente alto, qué fuerte y poderoso parecía su alargado cuerpo… Todas esas observaciones se dispararon en su mente, y ninguna ayudó en lo más mínimo.

Perdida, su mirada fija en él, sus sentidos en alguna otra parte, todo pensamiento había quedado en suspenso y había permanecido fuera de su alcance, hasta que él había hablado.

La voz gutural, el timbre, la reverberación que parecía extenderse por su columna y resonar en su interior, la agitó… lo suficiente como para sacarla de su estado de ensoñación.

Eso ya era bastante malo. Pero, al parecer, Esme lo había invitado a él y a su amigo a ejercer de escoltas.

Su primer pensamiento, el primero de carácter racional tras haber recuperado el cerebro, había sido que Carstairs y su amigo eran un par de charlatanes que tenían la intención de robar a Esme. Pero entonces él había rechazado el puesto.

Por ella. ¿Por qué?

Escuchó atentamente mientras Esme retorcía hábilmente las palabras de Carstairs, antes de invocar su honor como oficial y caballero, decidida a conseguir que accediera a convertirse en su guía, al parecer, durante todo el trayecto de regreso a Inglaterra. Podría haber avisado a Carstairs de que no tenía ninguna posibilidad de

escapar de las garras de Esme, pero… la idea de que la escoltara la llenó de una extraña mezcla de anticipación y agitación.

Si solo el verlo era capaz de hacerle perder temporalmente el control de su cerebro, ¿qué podría lograr una compañía más prolongada y más cercana?

Loretta no podía permitirse el lujo de distraerse, sobre todo en esos momentos. Necesitaba enviar otro artículo a su agente al día siguiente. Su editor lo estaba esperando y le había reservado una columna en el periódico.

Desde hacía seis años, escribía bajo el nombre de A Young Lady About London, y había conseguido reunir una buena cantidad de seguidores con sus pequeños textos publicados en el *London Enquirer*, tres o cuatro párrafos de comentario social filosófico, una mezcla de observación y sátira política expresada con una pluma muy afilada. El público se había entregado a sus textos, pero su brusca partida de Inglaterra había puesto fin a esa empresa. No podía observar la sociedad londinense desde el extranjero. Y entonces había tenido la idea de continuar con unos artículos en la misma línea que serían «*Window on Europe*», y su público la había seguido feliz a través de sus breves estancias en Francia, España e Italia.

Había sabido que Esme se detendría en Trieste y había advertido a su agente. Allí le aguardaba una carta del editor. Al parecer, el editor de *London Enquirer* era un admirador de su obra, y el periódico estaba ansioso por publicar cualquier cosa que ella les enviara.

Su agente también le había escrito para informarle del considerable aumento en la remuneración que el editor estaba destinando a cada uno de sus ingeniosos episodios.

Había pensado que su viaje con Esme supondría el fin de su carrera secreta. Sin embargo, había hecho que su trabajo recibiera más atención, tanto por parte del editor como del público.

Su empresa secreta había sufrido un giro altamente estimulante, pero una estrecha relación con Rafe Carstairs podría ponerlo todo en peligro… de más maneras de lo que él se imaginaba.

Aun así, Loretta no podía evitar sentir curiosidad al respecto, acerca de qué, exactamente, estaba ese hombre tan empeñado en mantenerla alejada.

—Quizás —sugirió ella, aprovechándose de un temporal silencio— el señor Carstairs podría explicarnos en qué consiste ese peligro sin precedentes asociado con el hecho de relacionarnos con él y con el señor Hassan.

Carstairs, quien, tuvo ella que admitir, estaba a la altura de Esme en tozudez y ofrecía todas las señales de ser tan inamovible como un monolito, levantó sus ojos azul cielo hasta ella. La observó durante un breve instante y luego volvió a mirar a Esme.

—No tiene ningún sentido continuar con esta discusión. No podemos…

—Capitán.

Había sido Hassan quien había pronunciado esa palabra con calma, de pie junto a la ventana. Rafe se volvió y lo vio mirando al exterior.

Apartando la vista de lo que hubiera estado viendo, Hassan miró a Rafe a los ojos.

—Antes de tomar una decisión, debería ver esto.

—Si me disculpan un momento. —Rafe inclinó la cabeza hacia Esme y su sobrina nieta.

Cruzó la habitación hasta Hassan, deteniéndose a su lado y mirando por la ventana, a través de las cortinas de encaje, hacia la calle.

Hacia donde dos sectarios de la Cobra Negra merodeaban, mirando de un lado a otro.

—Están mirando, observando, no buscando específicamente —anunció Hassan.

—Lo cual significa que todavía no saben que estamos aquí.

—Cierto, pero —Hassan esperó a que Rafe lo mirara a los ojos antes de continuar— ¿qué pasará si averiguan que hemos estado aquí, no solo en Buda, sino aquí en esta habitación, hablando con estas damas?

Rafe fue asaltado por un profundo desánimo.

—La secta no habrá olvidado que fue una joven dama inglesa, la señorita Ensworth, quien te hizo llegar, a ti y a los demás, la carta de la Cobra. Aunque nos separemos ahora mismo de las damas, eso no le salvará… Los sectarios decidirán que deben ser detenidas y registradas tanto ellas como su equipaje, por si acaso.

—¡Maldita sea! —Rafe rechinó los dientes—. No deberíamos acompañarlas y exponerlas al peligro, pero no ser sus escoltas podría ser todavía más peligroso para ellas —murmuró tras una pausa.

—Eso opino yo también.

Rafe suspiró y se dio la vuelta…, encontrándose con lady Congreve pegada a él. La dama había estado asomándose por encima de su hombro.

—Creo, querido muchacho, que lo mejor será que nos lo cuente todo. —La mujer enarcó las cejas y fijó la mirada en el rostro de Rafe —. Y dado que, al parecer, vamos a ser compañeros de viaje hasta Inglaterra, será mejor tutearnos. Puedes llamarme Esme. —Dándose media vuelta, regresó al sillón.

Tras sentarse con elegancia, hizo un gesto a su sobrina nieta para que se sentara a su lado antes de elevar una mirada manifiestamente curiosa hasta el rostro del capitán.

Rafe reprimió un gruñido, pero tras aceptar lo inevitable se acercó al sillón que había ocupado antes. En cuanto Loretta Michelmarsh se hubo sentado, él hizo lo propio.

—Hace unos años —comenzó por el principio Rafe respirando hondo—, un hombre, un caballero inglés de noble cuna, se trasladó a la India y, aprovechándose de su puesto en la oficina del gobernador de Bombay, ideó y creó una secta nativa. La secta de la Cobra Negra.

Tras pedir que hicieran llamar a las doncellas, Rafe contó la historia en su versión más abreviada, aludiendo únicamente cuando era necesario, y en términos generales, a las atrocidades cometidas por la secta. Optó por omitir los detalles que consideró demasiado horribles para ser descritos en presencia de una compañía como esa.

Para cuando terminó, el cielo estaba oscureciendo y la noche caía sobre ellos.

Esme había escuchado con suma atención, interviniendo con alguna que otra pregunta pertinente. No le había sorprendido lo más mínimo que el hombre a quien Rafe y sus amigos intentaban desenmascarar como la Cobra Negra fuera Roderick Ferrar, el hijo pequeño del conde de Shrewton.

Esme apretaba los labios y sus rasgos habían adquirido un aspecto severo.

—Nunca me gustó ese muchacho, ni su padre, por cierto. Esos Shrewton son unos canallas sin escrúpulos, salvo el heredero, Kilworth. Ese es de una clase totalmente diferente.

Rafe le tomó la palabra. Lo único que le interesaba era llevar a Roderick Ferrar ante la justicia.

—Entonces, vamos a ver si lo he entendido. —Para sorpresa de Rafe, Loretta Michelmarsh parecía tan fascinada por la misión como su tía abuela—. Tú eres uno de los cuatro…, a falta de un término mejor, correos, que abandonaron Bombay el mismo día, dirigiéndose todos hacia Inglaterra por diferentes rutas. Los cuatro lleváis portarrollos idénticos, pero únicamente uno de ellos contiene la carta original. Y esa carta original debe llegar al duque de Wolverstone para que la Cobra Negra pueda ser detenida.

—En resumidas cuentas —dijo Rafe cuando la joven hizo una pausa y abrió desmesuradamente sus azules ojos sobre él—, así es.

—¿Y cuál llevas tú, uno de los señuelos o el original imprescindible?

—Los cuatro decidimos que esa información no fuera revelada a nadie —Rafe sacudió la cabeza—, ni siquiera compartida entre nosotros.

—¿Por si acaso esa serpiente villana atrapa a uno de vosotros e intenta arrancarle la información para poderse concentrar únicamente en el que lleva el original? —inquirió Esme—. Excelente idea. No nos lo digas. No necesitamos saber que el que transportas es el original.

Rafe la contempló con la expresión en blanco, pero Esme se limitó a sonreír.

—El duque de Wolverstone. —Loretta se volvió hacia Esme—. ¿No

es una especie de héroe de guerra secreto? ¿Algún tipo de maestro de espías?

—Lo fue. Se retiró hará unos años antes de asumir su título, pero dudo seriamente que haya perdido sus laureadas habilidades. —Esme miró a Rafe a los ojos—. Si trabajas para Royce, Dalziel, Wolverstone, sea cual sea el nombre que utiliza en la actualidad, como leales inglesas que somos, nos corresponde hacer todo lo que podamos para ayudarte en tu misión.

Rafe parpadeó perplejo para sus adentros. De haber sabido que el nombre de Wolverstone iba a producir ese efecto, lo habría sacado a relucir antes.

—De todos modos, sin embargo, ahora que conocemos vuestra misión y hemos sido vistas contigo por personas a las que los secuaces de la serpiente podrían interrogar, está claro que no hay ninguna otra opción salvo la de unir nuestras fuerzas. —Esme sonrió satisfecha—. De modo que deja ya de refunfuñar. Tú, querido muchacho, a partir de ahora serás nuestro correo guía, y Hassan será nuestro escolta.

Esme se volvió hacia Loretta, y de nuevo hacia Rafe.

—Lo cual nos convierte en tus protegidas. —La sonrisa de la dama era la encarnación del triunfo.

Rafe apretó los labios y asintió.

—Hasta que lleguemos a Inglaterra —añadió con la mirada fija en Loretta.

Capítulo 2

25 de noviembre de 1822
Hotel Imperial, Buda

—¡Tonterías, querido muchacho! No puedes pretender en serio que pasemos el día escondiéndonos como conejos asustados. Además, el propósito de que Hassan y tú os unáis a nosotras es el de ocultaros vosotros. Y aunque alguno de estos villanos os vea, tal y como tú mismo has dicho, siempre y cuando estéis con nosotras, es poco probable que os reconozcan.

Era la mañana siguiente y Rafe había sido invitado a desayunar con Esme y Loretta en la mesa del desayuno del salón de la *suite* de Esme. El capitán miró a los ilusionados ojos de Esme y respiró hondo para repetir que el principal motivo de que Hassan y él se unieran a su comitiva era para mantenerla a ella, a Loretta y a las doncellas a salvo.

—Tampoco es probable —intervino Loretta antes de que él pudiera responder— que la gente de la secta esté vigilando los lugares que visitan los turistas. Jamás se les ocurrirá que vayáis a salir a dar una vuelta.

—Exactamente —dijo Esme—. De modo que Hassan y tú podéis acompañar a Loretta y a Rose en su visita al castillo de Buda y a cualquier otro lugar al que ella tenga pensado ir.

—La iglesia de Matías y el pueblo de los pescadores —les informó Loretta mientras consultaba sus notas.

—Mientras tanto —continuó Esme—, Gibson y yo pasaremos el día en los baños de Rudas, donde podréis recogernos por la tarde de regreso al hotel. —La mujer sonrió y alargó una mano hacia la taza de té—. A mí me parece un excelente plan para hoy.

Rafe miró a Loretta Michelmarsh. Su brillante cabeza oscura asintió distraídamente. Seguía ocupada estudiando su lista.

Rafe tomó su taza de café, necesitado de energía, y rebuscó en su mente algún argumento lo suficientemente poderoso para pisotear la irracional intransigencia del de Esme y el de su sobrina nieta, pero no

halló ninguno.

Se estaba convirtiendo rápidamente en la tónica de su misión. Esme y, más disimuladamente aunque igualmente eficaz, Loretta habían tomado el mando. Y si bien la comitiva seguía más o menos en la dirección que él tenía intención de tomar, tenía pocos motivos para llevarles la contraria. Esas mujeres no eran soldados bajo su mando. No podía darles órdenes.

Lo único que podía hacer era apretar los dientes y aguantarse, tal y como había hecho la noche anterior.

Tras conocer los detalles de su misión, Esme, hábilmente apoyada por Loretta, había insistido en que Hassan y él, sus recién contratados escoltas, se alojasen en el hotel, en unas habitaciones al final del pasillo en el que se situaba la *suite* de Esme. Rafe había mostrado dudas sobre la sabiduría de un movimiento así, pero había sido avasallado. Con una sonrisa y un gesto de desprecio con la mano, Esme había reservado las dos habitaciones y había ordenado que los empleados del hotel fueran a recoger el equipaje de Rafe y de Hassan a la posada.

Y así se había encontrado compartiendo la cena con Esme y Loretta, obligándole a pulir rápidamente sus oxidados modales hasta a sacarles un brillo aceptable.

La noche anterior, al igual que en ese momento, Esme había dirigido prácticamente toda la conversación. Él seguía observándolas, calibrando a la pareja, aunque la noche anterior Loretta se había mostrado extrañamente silenciosa, por lo menos eso le había parecido. La había notado distraída, ausente, como si tuviera la mente en otra parte, como si estuviera ideando algo en su cabeza y no quisiera ser molestada por su conversación o la de Esme.

Esa mañana, todavía le parecía distante, pero más como si estuviera planeando algo. Dada la insistencia de Esme en que se adhiriesen a su programa del día, quizás sería posible averiguar el qué.

Media hora más tarde, esperaba en el vestíbulo del hotel cuando Esme y Loretta, con Gibson y la doncella de Loretta, Rose, pisándoles los talones, bajaron por las escaleras. Hassan las seguía en su papel de escolta.

Rafe se dio cuenta de que estaba mirando fijamente y aplastó para sus adentros el impulso. No era la primera vez que veía a una joven atractiva. No había ningún motivo para que un brillante abrigo azul acaparara de ese modo su atención.

Acercándose, ofreció su brazo a Esme.

—He reservado carruajes. Primero os marcharéis vosotras.

—Excelente, querido muchacho. —Claramente satisfecha de que él estuviera interpretando activamente el papel que se le había asignado, Esme le permitió conducirla fuera del hotel hasta la acera, donde el

carruaje aguardaba con la puerta abierta y un lacayo preparado.

Rafe la ayudó a subir al coche y se apartó para que el lacayo pudiera hacer lo propio con Gibson antes de ordenarle al conductor:

—Los baños de Rudas.

Había averiguado que los baños, que databan de la antigüedad, eran conocidos por sus propiedades medicinales y como tales eran un imán para damas adineradas de toda Europa. En su reverenciado interior, Esme y Gibson estarían a salvo.

En cuanto el lacayo hubo trepado al carruaje, el cochero hizo restallar el látigo y el coche arrancó.

Un nuevo coche lo reemplazó junto a la acera. Los demás salieron del hotel. Rafe miró a Loretta y, cuando el lacayo del hotel corrió para abrir la puerta del carruaje, le ofreció su mano.

Con la cabeza alta, decidida a mantener una rígidamente adecuada y por tanto segura distancia entre ella y el excesivamente atractivo capitán que Esme había introducido en su comitiva, Loretta posó su mano enguantada sobre la palma de él, sintió sus dedos largos y fuertes cerrarse en torno a los de ella… e incluso a través del delicado cuero sintió la desgarradora consciencia estallar en su brazo, recorrer sus nervios y descender por sus venas.

Intentó tomar aire, pero los pulmones estaban encogidos. Por pura fuerza de voluntad, consiguió que sus pies siguieran moviéndose, y logró subir los peldaños del carruaje. Él le soltó la mano y sus sentidos se activaron de golpe.

Luchando contra un gesto de desesperación, se dejó caer en el asiento, bajó la mirada y se colocó las faldas mientras Rose la seguía al interior del carruaje y se sentaba enfrente de ella.

Un segundo más tarde, el carruaje se inclinó cuando Carstairs subió. Tras dudar un instante, se sentó a su lado, dejándole a Hassan el espacio junto a Rose.

Los hombros de Carstairs rozaron los suyos al acomodarse.

Y de nuevo fue incapaz de respirar. Peor aún, su cerebro había huido. En cuanto a sus sentidos, estaban en llamas, no en respuesta a una alarma, pero sí de una manera de lo más peculiar.

Fijando la mirada al frente, obligó a sus pulmones a funcionar. Era preferible que Carstairs se sentara a su lado y no enfrente. Por lo menos así no lo tendría constantemente ante ella. Ya era malo que lo sintiera a su lado, su calor, su fuerza sólidamente musculosa fijándose en su conciencia como si cada uno de sus nervios hubiera despertado, clavándose en él.

Se sentía irritada y totalmente mortificada.

—¿Adónde vamos?

La pregunta surgida a su lado sonó como un trueno, la advertencia de una inminente tormenta.

Cada vez más preocupada de que ese fuera, en efecto, el caso, ella se estrujó el cerebro para recordar.

—La iglesia de Matías.

Carstairs repitió el destino al conductor a través de la trampilla del techo y el carruaje se bamboleó y arrancó.

Resultaba perfectamente aceptable para ella permanecer en silencio, no decir nada en absoluto. Debería aprovechar el tiempo para controlar sus revoltosos nervios, preparando sus defensas ante la inesperada, persistente, irritantemente fuerte atracción física que le despertaba Carstairs, y no permitir que su fascinación por la historia, por su misión, por él, la llevara a coquetear con el peligro…

—Yo había pensado —las palabras estaban ya en sus labios, colocadas allí por efecto de la curiosidad, antes de poder censurarlas— que los sectarios enviados para vigilaros tendrían todos una detallada descripción de los cuatro correos. —Contempló a su némesis con el ceño fruncido—. Por lo que nos contaste, ese no parece ser el caso.

Rafe la miró a los ojos antes de desviar la mirada al frente.

—Abandonamos Bombay precipitadamente. La Cobra Negra tuvo que apresurarse en reunir sus tropas en el campo, en desplegarlas por Europa antes de que tuviésemos una oportunidad de llegar a Inglaterra. La propia Cobra Negra, y seguramente sus hombres de confianza, puede que nos conozcan de vista a los cuatro, pero la mayoría de los sectarios no. Incluso suponiendo que la Cobra haya situado hombres capaces de reconocernos, a cargo de los distintos grupos de vigilancia, debe de haber muchas ciudades, y apostaría a que Buda es una de ellas, en las que los sectarios confían en la descripción que se les ha enviado, no en su conocimiento personal.

—En Constanza —intervino Hassan con la mirada puesta en Rose antes de desviarla hacia Loretta— no nos reconocieron exactamente, simplemente éramos dos hombres de la estatura y estilo adecuado que viajábamos juntos, llegados de la dirección y dirigiéndonos en la dirección esperada. Pero únicamente cuando peleamos contra ellos antes de huir estuvieron seguros.

—Cierto que estábamos en uno de los grupos de correos a los que tenían órdenes de interceptar —dijo Carstairs—. Los sectarios enviados a vigilar, por lo menos a este lado del Canal, en nuestro caso buscarán a dos hombres de elevada estatura, uno blanco y rubio y el otro oscuro, un oficial de caballería inglés y su acompañante pastún. Las descripciones de las que dispondrán de los otros tres podrían ser más específicas. Ellos pasaron más tiempo en Bombay que yo. Delborough y Hamilton, sobre todo, eran conocidos de la Cobra Negra, Monteith no tanto, pero incluso él paso más tiempo que yo en zonas donde la presencia de la secta era fuerte. Hassan y yo estuvimos la mayor parte del tiempo investigando a la Cobra en el terreno y en

los límites del territorio de la secta.

Rafe se encogió de hombros.

—Lo cierto es que los sectarios que estarán vigilando esperarán que yo lleve puesto mi uniforme y Hassan su túnica y turbante. Sin esas señas de identidad, y al viajar con compañía, no hay ninguna razón para que se fijen en nosotros.

—Sobre todo si andáis por ahí escoltando a unas damas. —Loretta sintió cierto alivio, pero resultó ser un alivio por él, y por tanto no del todo tranquilizador—. Entonces, ¿habéis viajado por zonas de la India alejadas de las ciudades principales? —Cuando él asintió, ella volvió a preguntar—: ¿Y cómo son el campo, los pueblos, la gente?

Rafe enarcó las cejas y reflexionó durante unos instantes antes de contestar.

Y para sorpresa de Loretta, el carruaje se detuvo frente a la iglesia de Matías antes de que le hubiera dado tiempo a aburrirse.

Pero entonces llegó el momento de permitirle ayudarla a bajar del coche. Acercando una mano a su espalda, él la guio con absoluta corrección por las escaleras que conducían a la iglesia. Loretta era consciente de que el capitán estaba supervisando los alrededores y agradeció que su preocupación ante el peligro de que hubiese algún sectario vigilando mantuviera su atención alejada de ella.

Llamó al orden a su cerebro, enderezó la columna y respiró hondo mientras sacaba las notas de su bolsita y entraba en la iglesia decidida a mantener su mente, y la de él, sobre los notables rasgos del antiguo edificio que, a pesar de su historia de frecuentes y violentos cambios, permanecía en pie.

Tras una afilada mirada a Loretta, él se apartó y, con las manos adecuadamente entrelazadas a su espalda, siguió sus pasos mientras ella, con Rose a su lado, examinaba monumentos, esculturas y maravillosas vidrieras antes de, y con el pretexto de dedicar unos momentos a la oración, sentarse en un banco y rápidamente garabatear unas notas que le ayudaran a recordar más adelante cuando escribiera su siguiente reseña de «*Window on Europe*».

La siguiente parada era el castillo de Buda, pero antes se produjeron otros dos incidentes: Carstairs tomándole la mano y otros diez minutos sentada a su lado en el carruaje intentando reprimir la estúpida consciencia de sus sentidos. Pero al detenerse en la acera ante las puertas del castillo, sospechó que la edificación había merecido la tortura sufrida. Siguió ansiosamente al joven novicio que el guardián les había asignado como guía. Informado de sus intereses específicos, sin dejar de subirse las gruesas gafas por la nariz, les condujo a través del enorme edificio, mostrándoles ejemplos de los cambios producidos durante los siglos.

Como ejemplo del daño que tan a menudo producía la política al

arte, el castillo era prácticamente perfecto.

Al terminar, y esperando que su entusiasmo hubiese allanado el camino, Loretta sonrió al joven.

—He oído que hay catacumbas.

—Supongo que se refieren al laberinto. —El hombre miró a su alrededor con nerviosismo.

—Así es. —Ella le sostuvo la mirada e intentó impresionarle con su fervor—. Tengo un gran interés en ver los túneles.

Estaba segura de que sus lectores sentirían el mismo entusiasmo por saber de ellos, quizás en una columna sobre paisajes de otro mundo. Cualquier cosa que sonara a fantasmas siempre triunfaba en la prensa popular.

—Por aquí —indicó el joven monje tras unos instantes de duda.

Volviéndose para seguirlo, Loretta se encontró con la mirada de Carstairs y vio en ella una decidida expresión afilando la dulzura de la mirada azul. Sin embargo, permitió que esa mirada la rebasara y corrió tras el guía.

El hombre los condujo a través de unos pasillos cada vez más estrechos antes de abrir una pesada puerta tachonada de hierro y entrar en una pequeña antecámara. Tras contemplar una vez más la ansiosa expresión de Loretta, el joven encendió una lámpara de aceite y se volvió hacia un arco en la pared antes de hacerles un gesto para que lo siguieran.

Hacia abajo. Hacia abajo por una escalera de piedra que giraba en espiral hacia las profundidades de la roca sobre la que se asentaba el castillo.

—Eh… ¿señorita Loretta?

El extraño tono en la voz de Rose hizo que Loretta se detuviera y mirara hacia atrás, aunque era incapaz de ver nada estando los hombros de Carstairs en medio.

—Si no le importa, señorita, Hassan y yo esperaremos en la cámara de arriba.

—Claro, por supuesto —contestó Loretta, adivinando por el nerviosismo en su voz que a Rose no le gustaban los espacios cerrados.

Tras evitar la mirada de Carstairs, se volvió y continuó detrás de su guía.

La escalera continuaba bajando más y más. De repente la luz de la lámpara fue engullida por una extensa negrura. El hombre ralentizó el paso y se apartó de la escalera. Loretta lo siguió y posó los pies sobre una roca cubierta de polvo. El aire olía a piedra húmeda, aunque hasta donde le alcanzaba la vista todo parecía seco.

El guía levantó la lámpara lo más alto que pudo para que la luz iluminara las paredes de una cámara oval de gran tamaño.

—Esta es la entrada principal al laberinto. Hay otras, pero están más

alejadas. —Señaló hacia los agujeros negros en las paredes. Loretta contó ocho—. Esos son los túneles. Se dice que aquellos lo suficientemente estúpidos como aventurarse dentro del laberinto no vuelven a ser vistos jamás. —El joven se encogió de hombros y dio un paso al frente mientras iluminaba uno de los túneles con la lámpara—. Eso es lo que dicen, pero realmente no lo sabemos, pues últimamente nadie ha intentado desvelar los secretos del laberinto.

Loretta reprimió un escalofrío. La cámara era maravillosamente gótica. Miró a su alrededor, grabando todo lo que pudo en su memoria: la sensación de ancianidad, las toscamente labradas paredes, la inquietante quietud del aire. La casi palpable tentación de dar un paso al frente y entrar en uno de los túneles, solo un poquito, solo para ver…

—Creo que ya hemos visto suficiente.

Las palabras pronunciadas en voz baja acariciaron la oreja de Loretta. Sobresaltada, miró a su alrededor y se encontró con Carstairs pegado a ella.

Tan pegado que ella dejó de respirar. En la penumbra era incapaz de leer sus ojos, pero sentía sobre su espalda el calor que emanaba de él, sentía un hormigueo correr bajo la piel, que dejaba una sensación de calidez a su paso.

Escapando de su control, su mirada se fijó en los labios del capitán. Durante un instante lo único que oyó fue su propio corazón latiendo mientras una oleada de vértigo la inundaba…

Respirando con dificultad, levantó la vista hasta sus ojos, se enderezó y se apartó de él.

—Desde luego —dijo Loretta secamente mientras recordaba las palabras de Carstairs. Volviéndose hacia el guía, habló con determinación—. Gracias. Ya he visto todo lo que necesitaba ver.

El guía se dio la vuelta y los guio escaleras arriba. Loretta lo siguió, seguida a su vez por Rafe, que cerraba la comitiva. El capitán agradeció que, siendo la única lámpara la que llevaba el guía, no pudiese ver con detalle las caderas de Loretta Michelmarsh, que se balanceaban hacia él, justo delante de su rostro.

Se trataba de una escalera larga. Subirla llevó más tiempo que bajarla y Rafe tuvo tiempo de sobra para reflexionar sobre su nueva obsesión.

La noche anterior, tras haber aceptado que iba a tener a que desempeñar el papel de correo guía para Loretta, además de para Esme, hasta llegar a Inglaterra, había permanecido despierto en la cama advirtiéndose a sí mismo sobre el disparate que supondría permitirse ser distraído por un bonito rostro, un par de bonitos ojos y un cuerpo tentador. Antes de cerrar los ojos y dormirse, había reafirmado la importancia de su misión… para a continuación soñar

con hacer el amor muy lentamente a una diosa de lustrosos cabellos oscuros y ojos de color hierba doncella.

Esa mañana se había asegurado a sí mismo que, a pesar de los sueños, era lo bastante fuerte como para enfrentarse a la señorita Michelmarsh en carne y hueso. A fin de cuentas, no era más que otra joven dama. La fuerza de su atracción hacia ella era un simple reflejo del tiempo que hacía que no había visto a ninguna joven dama que despertara su interés. Se le pasaría.

Aunque aún no se le había pasado.

Si acaso, había aumentado. Y no por nada físico como ver su tobillo desnudo o más de sus pechos. No. Era una mezcla de su reacción ante él, ese sutil respingo de sus sentidos, de su pulso y su consciencia que se producían cada vez que él, sin ninguna intención, la tocaba.

Él lo sabía, lo sentía cada vez, y saberlo aguijoneaba la consciencia de ella, la intensidad de sus sentidos centrados en ella, hasta nuevos límites.

Y como si eso no bastara, Loretta estaba demostrando ser un enigma. Un misterio. Había algo tras su elección de lugares de visita, algo que impulsaba sus extrañamente decididos intereses.

Una causa misteriosa que encendía un fuego de entusiasmo en su interior.

Y ese fuego lo atraía a él.

La transformaba de una joven simplemente interesante en una joven vibrante y de aire misterioso.

De nuevo en la antecámara, se reunieron con Rose y Hassan y se dirigieron hacia las puertas del castillo. Rafe pagó al guía, añadiendo una generosa propina. Caminando detrás de Loretta hacia el carruaje, la oyó hablarle a Rose del laberinto. Aunque lo había visto él mismo, las palabras de Loretta le hicieron cobrar vida, bañándolo en una fantasiosa luz gótica que no resultaba enteramente ficticia.

De nuevo en el carruaje, avanzaron por Castle Hill hasta la siguiente parada de Loretta, la ciudad de los pescadores. O, más concretamente, el lugar que proporcionaba una extraordinaria vista de Buda, Pest, y el Danubio en medio. Tras bajar del coche, caminaron por el sendero que se curvaba a lo largo de la cresta en lo alto de la colina y observaron a varias personas de la comunidad de pescadores, señalando hacia un barco u otro, emitiendo opiniones sobre la probable pesca.

Las vistas, tanto río arriba como río abajo, eran espectaculares. Aunque fresco, el día era claro y solo se distinguían unas pequeñas nubes grises en el horizonte. La brisa del río mantenía el aire fresco llevándose con ella el olor sulfuroso del humo del carbón de la ciudad que quedaba más abajo. Rafe se fijó en ese detalle únicamente porque vio a Loretta, caminando a su lado, levantar la cabeza y oler el aire. Parecía concentrarse en cada pequeño detalle, como si estuviese

haciendo un inventario para poder describir la escena con precisión.

Quizás estuviese escribiendo un diario de sus viajes.

En cualquier caso, ya era hora de regresar al hotel para comer. Avisó a Hassan con una mirada y este se acercó a ellos con Rose. Rafe alargó una mano hacia el codo de Loretta y la sintió sobresaltarse cuando sus dedos se cerraron alrededor de su brazo.

—Deberíamos regresar al hotel —observó cuando ella le dedicó una fulgurante mirada con los ojos entornados.

La condujo hasta el carruaje, soltándola, aunque ofreciéndole su mano al abrir la puerta con la otra.

Ella contempló su mano durante un instante antes de armarse de valor y colocar sus dedos en la mano de Rafe.

Fingiendo que no se había dado cuenta de la aceleración de su pulso, de la respiración entrecortada, Carstairs la ayudó a subir al carruaje. Instantes después estaban todos dentro y el coche arrancó colina abajo.

Con la cabeza apoyada contra el respaldo del asiento, los ojos aparentemente cerrados, a través de las pestañas él observó a Loretta, en esa ocasión sentada frente a él. Durante la mitad del viaje de regreso ella contempló el paisaje urbano, concentrándose como si pretendiera fijar los diversos estilos arquitectónicos en su mente.

La intensidad de su observación impresionó al capitán y despertó su curiosidad. Era demasiado fuerte para ser innato, pero parecía ser una costumbre.

Cuando el carruaje llegó al barrio del castillo, una zona con la que ella ya estaba familiarizada, Loretta se volvió hacia él. Rafe abrió los ojos y se encontró con los suyos.

—Antes, cuando me hablaste de los pueblos de la India, mencionaste que a menudo no poseían ningún consejo de Gobierno. ¿Cómo gestionan entonces las decisiones de la comunidad?

No era la clase de pregunta que había esperado de una joven dama, pero encajaba con el interés que había mostrado antes en sus observaciones de la India. De modo que contestó y permitió que ese interés la llevara a realizar más preguntas.

Cuando el carruaje se detuvo frente al hotel, él se bajó y, tras realizar una rápida inspección de la calle y comprobar que no había ningún sectario merodeando, la ayudó a bajar y la escoltó al interior. Subiendo las escaleras detrás de ella, estuvo a punto de preguntarle por qué estaba tan interesada en las costumbres sociales, pero decidió que todavía no era el momento.

Ella no se lo contaría todavía.

Alargando la zancada, Rafe redujo la distancia entre ambos. Cuando Loretta se acercó a la puerta de la *suite*, él se adelantó y la abrió.

Ella dio un pequeño salto. De cerca lo miró a los ojos, los suyos muy

abiertos, antes de levantar la barbilla, inclinar altivamente la cabeza y entrar en la habitación.

Carstairs la siguió, los labios ligeramente curvados.

Se tomó su tiempo durante la comida y, dejando a Hassan con Rose en el hotel, Loretta y él se dirigieron de nuevo al carruaje. En esa ocasión ella pidió ser llevada a Pest. Mientras cruzaban el puente sobre el Danubio, Rafe vio a dos sectarios vigilando distraídamente los carruajes que cruzaban el puente en dirección a Buda. Ninguno de los sectarios lo vio.

—¿Qué tienes planeado ver esta tarde? —preguntó volviéndose hacia Loretta.

—Según la guía —contestó ella tras consultar las notas sobre su regazo—, si permanecemos en esta carretera veremos muchas mansiones de la aristocracia local.

—¿Tienes intención de hacer alguna visita o solo mirar?

—Solo mirar. —Ella miró por la ventana, pero de momento la calle estaba ocupada solo por tiendas—. Ah, allí está el museo.

Contempló la estructura mientras el carruaje pasaba lentamente por delante.

—¿Eres estudiante de Arquitectura?

—No, yo… —Ella parpadeó y se reclinó en el asiento antes de agitar una mano en el aire—. Simplemente me interesan esas cosas.

—¿Los museos o los edificios?

—Ambos. —Tras una pausa, ella lo aclaró—: Me interesan los edificios que albergan museos, iglesias, castillos, y esas cosas.

—¿Y las casas de los aristócratas?

Loretta asintió.

—¿Por qué?

Ella lo miró antes de volverse de nuevo hacia la ventana.

—Me interesan y ya está.

Loretta se inclinó hacia delante cuando el carruaje ralentizó la marcha cuando una sucesión de grandes mansiones apareció ante ellos. Él afirmó que las casas, levantadas lejos de la carretera tras vallas de hierro, eran muy parecidas a las que se alineaban en Park Lane. Tras esa observación, dijo ella:

—Muy cierto. —Pero rápidamente quedó de nuevo absorta y distraída.

Rafe aprovechó el momento para estudiar su rostro, empapándose de los elegantes rasgos, la delicadeza de las cejas, la seductora curva de sus labios. Mirar no era peligroso. Incluso podría empañar el creciente impulso de saborear esos labios…

El carruaje continuó su traqueteo, dio media vuelta y regresó. Al acercarse al puente y al lugar en el que había visto a los sectarios, Rafe se hundió en el asiento y se tensó ante el sonido del golpeteo de

los cascos de los caballos sobre el puente, que pronto quedó atrás a medida que los caballos seguían su camino.

Los sectarios se habían marchado dejando sin responder la pregunta de si lo reconocerían o no.

De nuevo en Buda, el carruaje se apartó de la colina del castillo y el embarcadero y se dirigió hacia una carretera que discurría junto al río.

Los baños de Rudas se situaban en una franja de tierra entre la siguiente colina y el Danubio.

Esme y Gibson esperaban en el vestíbulo y salieron a la calle cuando Rafe bajó del carruaje en el pórtico. Tras ayudarlas a subir a ambas, las siguió y se sentó al lado de Gibson, frente a Esme.

El carruaje arrancó dirigiéndose de regreso al hotel y Esme suspiró profundamente satisfecha.

—Queridos, he pasado un día maravilloso, ¿qué tal ha sido el vuestro?

—Fuimos a todos los sitios que deseaba visitar —contestó Loretta después de unos segundos de silencio—. Ha sido un día sin incidentes y exitoso.

Tanto Loretta como Esme miraron a Rafe.

Él se encontró brevemente con los ojos de Loretta antes de trasladar su mirada a Esme.

—Mi día ha sido… sorprendentemente entretenido.

Sorprendentemente interesante. Había regresado con más preguntas de las que había tenido esa misma mañana, y con aún más ganas de conocer las respuestas.

A la mañana siguiente el grupo embarcó en el *Uray Princep*.

El enorme barco fluvial estaba amarrado en el puerto directamente enfrente de la colina donde se situaba el hotel, y trasladar a Esme, Loretta, las dos doncellas y todo el equipaje a los muelles con seguridad no resultó difícil. Conseguir que embarcaran fue otra historia.

A esas horas los muelles bullían de actividad con muchedumbres de pasajeros, marineros y porteadores corriendo de un lado a otro, subiendo y bajando de los barcos, primero con un baúl luego con otro, embarcando o desembarcando. El caos era casi absoluto. Rafe lo sentía mientras intentaba mirar a todas partes a la vez.

—No he visto a ningún sectario. —Hassan se detuvo junto a Rafe.

Loretta, de pie delante de él, su camino bloqueado por los pasajeros que se arremolinaban ante la pasarela, miró por encima de su hombro.

—Yo tampoco he visto a ninguno.

—Si lo vieras, infórmanos. —Rafe la miró a los ojos—. Inmediatamente.

Ella se limitó a enarcar las cejas y se giró de nuevo al frente.

El capitán basculó el peso de un pie al otro con una expresión sombría. Lejos de aliviar su obsesión, recrearse en sus labios la tarde anterior solo había conseguido que tuviera sueños más obscenos, dando lugar a una tensión aún mayor.

Sobre todo, dado que ella había dejado bien claro que, aunque se sentía tan atraída hacia él como él lo estaba hacia ella, no tenía ningún interés en alentarlo.

Rafe no era hombre vanidoso, pero no pudo evitar preguntarse por el motivo.

Otra pregunta más para la que no tenía respuesta. Por lo menos no de momento.

Seguían en un punto muerto y el capitán Carstairs terminó por perder la paciencia. Dado que ningún peligro parecía amenazarlos, abandonó su puesto detrás de las damas y dejó a Hassan en su lugar mientras él se abría paso con los hombros entre el grupo de porteadores que llevaba su equipaje y, aprovechándose de su estatura y la anchura, abrió un pasillo entre la muchedumbre hasta la pasarela. Una vez allí, se plantó como un bastión e hizo una señal a sus porteadores antes de seguirlos a bordo del barco.

De la nada aparecieron unos tripulantes que liberaron a los porteadores de su carga. Cuando Rafe subió a bordo, el sobrecargo corrió a su encuentro con varias listas en las manos.

—La comitiva de lady Congreve —anunció Rafe mientras contemplaba la primera lista que el hombre estaba examinando—. Y Jordan y Rivers, los dos últimos nombres. Somos el guía y el escolta de la señora.

—Ah, sí, señor. —El sobrecargo levantó la hoja de encima y estudió la que tenía debajo: un plano de los camarotes.

—Dadas las circunstancias, vamos a necesitar estar lo más cerca posible del camarote de la señora. —El tono de Rafe no admitía discusión alguna. Su mano sobrevoló la carpeta del sobrecargo y una moneda dorada cayó sobre la lista de encima.

Tras unos segundos de titubeo, la carpeta se inclinó y la moneda se deslizó antes de desaparecer. El sobrecargo levantó la vista, miró a Rafe a los ojos y volvió a estudiar el plano de los camarotes.

—Lady Congreve tiene reservado el camarote principal. Podemos colocarle en el siguiente camarote a un lado, y al escolta en el camarote al otro lado. Llegar al camarote de la señora implicará pasar por estos dos camarotes, ¿servirá?

—Absolutamente. —Rafe sonrió encantador mientras lanzaba otra moneda que fue hábilmente atrapada por el sobrecargo. Volviéndose hacia la pasarela, vio a Esme siendo acompañada a bordo—. Esa es la señora.

En cuanto Esme puso un pie en cubierta aparecieron varios grumetes, y ella, junto a Loretta y las doncellas, fueron escoltadas bajo cubierta con toda la debida ceremonia. Rafe dejó a Hassan de guardia y siguió a las damas, pero en cuanto confirmó que las mujeres estaban a salvo en el camarote principal, regresó a cubierta, aunque no a la cubierta principal por donde habían embarcado y donde Hassan estaba de guardia, sino a la cubierta de observación que había por encima junto a la proa del barco.

El resto de los pasajeros seguía abajo, acomodándose en sus camarotes. Rafe encontró una silla de madera, la llevó hasta la barandilla y se sentó. Él veía perfectamente entre las barandillas de madera, pero el lado elevado del barco prácticamente lo ocultaba de la vista, y mientras se mantuviera sentado sería difícil para nadie descubrir lo alto que era.

Los sonidos y las imágenes del río lo envolvieron. El capitán observó, pero no vio ninguna señal de sectarios cerca del barco ni en los muelles, ni siquiera vigilando los barcos que zarpaban y regresaban. Un trabajo muy chapucero por parte de los sectarios. La Cobra Negra no iba a sentirse complacido.

Él, por el contrario, estaba bastante encantado.

Sonó una pesada campana y, con un remolino de actividad por parte de la tripulación, la pasarela del *Uray Princep* fue izada a bordo, la cadena del ancla emitió un sonido metálico y gruñó mientras una vela trasera era izada y los remos salían del costado del barco, del lado del embarcadero, empujando a la pesada nave hacia la corriente.

Rafe sintió cómo el río tomaba el mando. Inspeccionó las orillas mientras, bajo el constante golpeteo de los remos, el *Uray Princep* avanzaba hacia delante y los tejados de Buda quedaban lentamente atrás.

Cuando la bruma del río ocultó la ciudad, él se puso en pie, se estiró y caminó por la cubierta superior tomando nota de las distintas escaleras y puertas antes de dirigirse hacia abajo por las escaleras de madera por las que había subido.

El *Uray Princep* transportaba tanto pasajeros como mercancía. El barco tenía tres cubiertas por encima de la línea de agua. La superior contenía la cubierta de observación de los pasajeros, que se extendía de la proa hasta el frente del puente elevado situado en el centro. Aparte del puente, la cubierta de observación era el punto más elevado del barco.

La siguiente cubierta era la cubierta principal, la mitad de la cual estaba cedida a los pasajeros. Rafe encontró en la proa un salón muy elegante con un estrecho bar entre el salón y el comedor, donde los grumetes estaban disponiendo mesas con manteles blancos y cubertería.

Por el ruido de los cazos y los olores que surgían, las cocinas estaban debajo del comedor. En el extremo opuesto del bar, una sólida escalera de madera bien pulida subía hasta la cubierta de observación y bajaba hasta los camarotes de los pasajeros.

Únicamente la cubierta principal contaba con una pasarela que permitía dar toda la vuelta al barco. Tras conversar con el sobrecargo y confirmar que la mitad trasera de la cubierta principal era del dominio de la tripulación y estaba fuera de los límites de los pasajeros, Rafe regresó a las escaleras y bajó a la cubierta de camarotes.

Allí, un único pasillo discurría por el centro del barco, desde el camarote principal de la proa, el que ocupaba en esos momentos la comitiva de Esme, hasta una puerta en la parte trasera del navío. Rafe avanzó por el pasillo en penumbra y oyó voces detrás de casi todas las puertas por las que pasaba. Llegando a la puerta del final, intentó abrirla y la encontró cerrada y amartillada. Seguramente tras esa puerta se encontraría el camarote del capitán y el alojamiento de la tripulación, llegándose hasta allí desde una escalerilla de popa.

Satisfecho de haberse aprendido la disposición general del barco, Rafe regresó por el pasillo hasta el primer camarote del lado de estribor, contiguo a la puerta del camarote principal. Su equipaje estaba ya esperándolo en el estrecho camastro del interior.

Según el sobrecargo, la primera actividad de los pasajeros sería una reunión a celebrar en el salón en media hora para conocer al capitán y a sus compañeros de viaje.

El capitán, un hombre jovial, los recibió con un brindis por un agradable viaje y permaneció un rato para conversar con los pasajeros mientras que, en una atmósfera muy parecida a una velada, los pasajeros se presentaban, informaban de su lugar de origen y su destino. Los demás pasajeros, cuatro parejas, eran alemanes o austriacos y todos se dirigían hacia Viena para disfrutar de la temporada de fiestas allí.

Las personas pertenecientes al servicio de los pasajeros permanecían apartadas y charlando entre ellos cerca de las escaleras. Rafe intercambió una mirada con Hassan, pero no percibió que hubiera ningún peligro merodeando ni entre los pasajeros ni entre sus empleados. Dejó a Esme conversando animadamente con una pareja alemana de Frankfurt, ayudada por Loretta, y se abrió paso hasta el capitán.

Tras presentarse como el correo guía de Esme, e intercambiar algunos comentarios inocentes, preguntó:

—Su tripulación… ¿lleva mucho tiempo con usted? ¿O por el contrario cambian frecuentemente y trabajan en diferentes barcos

para visitar distintos países?

—Mi tripulación no. —El capitán rio—. Llevamos juntos desde hace años.

—¿Ningún miembro nuevo?

—Hace años que no he necesitado buscar a nadie nuevo, por lo que doy gracias a los dioses. No es fácil cuando se tiene un equipo sólido que está acostumbrado a trabajar unido.

El capitán se volvió hacia otro pasajero que se aproximaba. Tras estrecharles la mano e intercambiar nombres, Rafe se excusó y continuó su camino.

Loretta lo observaba por el rabillo del ojo. Comprendiendo que el capitán era su meta, lo siguió por la estancia y se detuvo para charlar con otro grupo de pasajeros que estaba lo suficientemente cerca como para permitirle oír la conversación con el capitán.

Por una parte, le alegraba saber que Rafe se tomaba tan en serio la protección contra la secta, pero por otra sentía una insaciable curiosidad sobre qué hacía ese hombre y por qué. Curiosidad sobre su misión, su mecánica y logística.

Se dijo a sí misma que se debía a su vena investigadora, que estaba reuniendo información que quizás, en algún momento más adelante, sería útil para sus escritos. Una excusa que se negaba a examinar demasiado de cerca.

Esperó el momento para, al fin, hablar con el capitán, encontrando en él a un hombre sensato y sabio, y luego continuó su evaluación de los demás pasajeros.

Casi era la hora de comer cuando se detuvo en la proa, donde el salón se estrechaba hasta un punto. Para su sorpresa, Rafe se unió a ella. Hasta entonces Loretta había mantenido una distancia considerable mientras se decía a sí misma que su reacción hacia ese hombre terminaría por diluirse y morir.

Claramente ese era un suceso que todavía no había ocurrido. A medida que el espacio entre ellos se reducía, los pulmones de Loretta se tensaban y sus nervios chisporroteaban.

Por fortuna ignorante de ello, él se detuvo a su lado, miró hacia los demás invitados y se volvió hacia ella.

—¿Has sentido algún tipo de amenaza de cualquiera de los demás pasajeros o sus empleados domésticos?

—No. —Ella parpadeó y frunció el ceño—. ¿Por qué crees que iba a hacerlo?

—Porque lo observas todo, y a todos, muy de cerca. Si hubiese algo extraño, lo notarías.

Una sensación inhabitual floreció en el interior de Loretta. Se sintió contenta al ver que él se había dado cuenta y que consideraba sus observaciones de utilidad. Se volvió hacia los demás pasajeros.

—Son lo que pretenden ser, simples viajeros con ganas de disfrutar de un breve crucero. —De nuevo frunció el ceño—. ¿Crees que sería posible…?

—No. No creo que nadie de aquí sea un mercenario de la secta. Simplemente quería una segunda opinión. —Carstairs inclinó la cabeza—. Gracias.

Y con eso se marchó, dejándola con la mirada clavada en él. Diciéndose a sí misma que no había ningún motivo para sentirse tan emocionada.

Rafe se detuvo para charlar con una de las parejas austriacas. Loretta desvió la mirada hacia Esme, encantada de ver a su tía abuela enfrascada en una profunda conversación con otras dos damas. Con suerte, las otras parejas distraerían a Esme de su última estratagema. Una estratagema que estaba condenada al fracaso.

Rafe Carstairs era demasiado apuesto, demasiado atractivo, demasiado atrevido, demasiado aventurero para el gusto de Loretta.

O, más concretamente, para que ella fuera del gusto de él.

Estaba decidida a no contribuir en lo más mínimo al propósito de Esme, pero cuando Loretta entró en el salón del comedor aquella noche, fue lamentablemente consciente de que su vestimenta no apoyaba su propósito.

Poniéndose de acuerdo, Esme, Gibson y Rose habían conseguido *perder* todos los trajes recatados que Loretta había llevado con ella. Si no quería aparecer vestida únicamente con la camisa interior, no le quedaba más remedio que ponerse uno de los trajes que Esme había disfrutado comprándole en París y Roma. Cada uno de esos trajes era una creación única, los vestidos abrazaban su figura, resaltaban sus ojos, y sacaban el mayor partido posible de todos sus atributos.

Tras aceptar lo inevitable, Loretta había elegido el más serio de todos los trajes de noche, una creación en seda azul medianoche que, por su misma severidad, le hacía parecer más delicadamente femenina. Mientras entraba en el comedor, rezó para que Rafe y todos los demás vieran únicamente el estilo severo e ignoraran el efecto en su conjunto.

Rafe estaba sentado con Esme a una mesa al otro extremo de la sala. Levantó la vista antes de que ella estuviera siquiera a medio camino.

Si su reacción era indicativa de algo, las esperanzas de Loretta quedaron aplastadas. Él la miró fijamente, los ojos clavados en ella. Era evidente que ya no escuchaba a Esme.

Que se había dado cuenta y miraba con expresión satisfecha.

A medida que se acercaba a la mesa, Loretta empezó a fruncir el ceño. Directamente hacia él. No le gustaba el efecto de su atención. Le

hacía sentirse atravesada por el calor, no un sonrojo, sino algo mucho más profundo.

Loretta se detuvo junto a la mesa mientras él se ponía en pie y, lentamente, levantaba la mirada hasta su rostro.

—Señor. —Ella inclinó secamente la cabeza antes de mirar a Esme sentada al otro lado de la mesa—. Señora.

Sintiendo como si hubiera recibido un golpe en la cabeza con una maza, Rafe retiró la silla frente a la de Esme y la sujetó mientras Loretta se sentaba.

El capitán del barco eligió ese instante para reunirse con ellos, tomando asiento a la mesa, enfrente de Rafe.

Él se volvió a sentar, asaltado por unas sensaciones contradictorias: irritado por tener que competir con el capitán por la atención de Loretta, y a la vez tremendamente agradecido por eso mismo.

Necesitaba exorcizar sus sentimientos hacia Loretta Michelmarsh. Ese no era ni el momento ni el lugar para ser dominado por la lujuria.

Suprimió despiadadamente sus inclinaciones y prestó toda su atención a Esme, con intención de mantenerla en la dama, por desgracia con resultados irregulares.

Se juró que la próxima vez sentaría a Loretta enfrente de él. De ese modo sus manos no tendrían ningún peligro de rozarse, de tocarse, aunque fuera sin intención, aunque fuera inocentemente, mientras se pasaban un manjar u otro.

Al final de la cena, tenía los nervios en carne viva.

Y no fue de mucho consuelo sospechar que ella sentía lo mismo.

Por fin se levantaron de la mesa y se dirigieron al salón para beber licores y continuar con la conversación. Tras retirar la silla de Loretta y seguirla al salón, Rafe se esforzó por mantener una considerable distancia entre ellos.

Loretta daba vueltas por la estancia con los nervios en tensión. Si ese hombre volvía a tocarla, simplemente rozarle el brazo, estaba segura de que saltaría como un conejo asustado. Jamás había sentido nada parecido, y no era una sensación que fuera a echar de menos.

Lo malo era que la congoja no hacía sino empeorar. Ella había estado segura de que se disiparía, pero no. A pesar de que él permanecía en el extremo opuesto de la sala y que ella estaba esforzándose por prestar atención a la historia de *herr* Gruber sobre la excursión realizada con su esposa a Godollo Castle, un lugar en el que ella, de hecho, estaba interesada, Loretta, sus nervios, sus sentidos, eran mucho más conscientes de Rafe Carstairs.

Cómo iba a manejarlo, a manejarle, de eso no tenía ni idea.

Tal y como estaban las cosas, se avecinaba un viaje de regreso a casa muy largo.

A la mañana siguiente, poco después del amanecer, Rafe subió a la cubierta de observación para relevar a Hassan, que había montado guardia durante la madrugada. Tras informar que no se había producido ninguna actividad de ninguna clase, Hassan se retiró a su camarote para dormir un poco.

A solas, Rafe paseó por la cubierta agradeciendo a la gélida brisa del río, los ojos fijos en los mayormente planos campos ondulados que discurrían desde la orilla hasta el pie de la colina de las distantes montañas. En los picos brillaban los ventisqueros bajo el sol. El cielo era un tapiz de nubes en movimiento, lo suficientemente gruesas como para bloquear el sol. Unas aves acuáticas revoloteaban sobre su cabeza, molestas por el paso del barco.

Carstairs se esforzó por mantener la atención en el paisaje, para ocupar su mente en la evaluación del potencial de una emboscada, de los escondites más probables, de las posibilidades de que los sectarios se acercaran lo suficiente al barco.

Cualquier cosa con tal de mantener su mente alejada de los sueños, de las imágenes crecientemente explícitas que habían enraizado en su imaginación.

Para mantener sus pensamientos alejados de la mujer protagonista de dichos sueños que, sabía, dormía en el camarote contiguo al suyo.

—Bonita mañana, ¿verdad?

Rafe se giró bruscamente y vio al capitán acercarse desde el puente.

—Supongo que en esta época del año el tiempo puede estropearse en cualquier momento —contestó educadamente mientras inclinaba la cabeza.

—Así es, así es —dijo el capitán con sabiduría, deteniéndose a dos pasos de Rafe—. Sin embargo, *herr* Jordan, me gustaría preguntarle por qué usted y su amigo se mantienen tan vigilantes, incluso montando guardia durante la noche. —Una aguda mirada se clavó en el rostro de Rafe—. ¿Hay algo que debería saber?

—Dos días antes de abandonar Buda —dijo Rafe tras reflexionar unos segundos—, antes de que ella nos contratara a Rivers y a mí mismo, lady Congreve fue atacada en la calle. Suponemos que no fueron más que unos ladronzuelos, pero… nos pareció oportuno mantener vigilancia. Lady Congreve ha formado parte de muchas misiones diplomáticas a lo largo de los años. A saber quién podría seguir estando resentido contra ella.

El capitán enarcó las cejas y su mirada se llenó de preocupación.

—Sentiría muchísimo que le sucediera cualquier cosa a lady Congreve a bordo de mi barco.

Rafe no contestó.

—Si hay algo que yo o mi tripulación podamos hacer para ayudar,

no tiene más que pedirlo —concluyó el capitán tras contemplar a Rafe durante varios segundos.

—Gracias. —Rafe hizo una ligera reverencia—. No creo que vaya a suceder nada, pero si sucediera me gustaría saberlo.

Aquella tarde, Loretta tuvo que escapar del salón para evitar responder con excesiva brusquedad a los afilados comentarios de las otras damas, hábilmente dirigidas por Esme, sobre el tema del excesivamente atractivo capitán retirado.

Exasperada, subió a la cubierta de observación, segura de que, dada la fresca brisa que soplaba sobre el río, estaría desierta.

Y lo estaba. Salvo por el protagonista de las conversaciones de las que acababa de escapar.

Parada en el último peldaño de la escalera, dudó mientras se preguntaba adónde más podría ir, pero Rafe se giró y la vio vacilar. Alzando la barbilla, con tranquilidad, mucha más de la que sentía, avanzó hacia delante para reunirse con él junto a la barandilla delantera.

No podían continuar así. Iba a tener que superar la reacción que ese hombre le despertaba. Quizás un mayor contacto anularía sus sentidos.

Rafe se apoyaba en la barandilla y ella se sintió agradecida de que no se irguiera cuando se detuvo a su lado, dejando su cabeza a la misma altura que la de ella.

Carstairs tampoco pronunció palabra alguna, limitándose a observarla durante unos segundos antes de que, al ver que ella tenía la mirada fija sobre el río, se volviera él también.

Irritación, frustración, cierto grado de ira. Loretta sentía todas esas emociones desbordarse y retorcerse. Les separaban más de treinta centímetros y, aun así, los sentidos de Loretta se estaban rebelando. Sentía un loco e irracional, casi abrumador, deseo de moverse a la derecha, cerrar la distancia entre ellos y acurrucarse en el calor de su cuerpo. El calor se sentía avanzar hacia ella, un seductor señuelo, protección contra el viento y algo más.

—Dada tu misión —Loretta agarró la barandilla, se irguió y levantó la cabeza—, ¿no deberías estar dándote prisa por llegar a Inglaterra?

No hizo ningún esfuerzo por ocultar la irritación en su voz.

Rafe se volvió hacia ella y la contempló. Su mirada permaneció sobre su rostro lo suficiente como para que Loretta se sintiera desesperada por respirar, y luego se volvió de nuevo hacia el río.

—No puedo.

Rafe oyó su propio mal humor en las cortantes palabras. Si esa mujer poseía un mínimo de sensibilidad, también lo habría notado.

La fugaz mirada que ella le dedicó, el ceño fruncido, la expresión perpleja, sugería que así era.

—Tengo una agenda que cumplir. —No lo había mencionado anteriormente, pero no vio ningún motivo para no contárselo. Ella ya sabía muchas cosas—. Somos cuatro correos, y por tanto cuatro hilos en esta misión. Yo debo llegar a Inglaterra el veintiuno de diciembre, ni antes ni después. No sé cuándo llegarán los otros. ¿Antes? ¿El mismo día? En cualquier caso, el hecho de que haya más personas implicadas significa que no me puedo apresurar. Tal y como están las cosas, navegar por el Danubio, luego cruzar el Rin y tomar otro barco río abajo, me hará llegar al Canal en el momento adecuado.

—De modo que, si llegas a la costa demasiado pronto, ¿vas a tener que esperar antes de cruzarlo? —preguntó ella después de unos segundos.

—Y en esa costa seguro que habrá sectarios merodeando —dijo él—. Llegamos a Constanza antes de lo que yo, o incluso Wolverstone, anticipamos. Hemos tenido un viaje rápido y sin incidentes desde Bombay hasta aquí, algo que desde luego no había esperado.

—¿Esperabas que la secta os persiguiera a la salida de Bombay?

—Sí. Pero nos perdieron por completo. —Rafe se giró, sintiendo crecer una familiar inquietud, frustración por tener que realizar acciones evasivas en lugar de plantar cara y pelear—. Si hubiésemos seguido desde Buda por carretera y no nos hubiesen detenido a lo largo del camino, llegaríamos a la costa del Canal con semanas de antelación. Ese es uno de los motivos por los que, por mucho que me irrite esta velocidad, optamos por viajar por los ríos.

—¿Hubo más motivos para tomar esta decisión? —preguntó ella tras una pausa.

—Unos cuantos. Si viajábamos por carretera íbamos a necesitar estar constantemente en guardia. En tierra, independientemente de dónde nos detuviésemos, las posibilidades de un ataque de la secta serían muy reales. Peor aún, cuando ellos atacan no les importa quién más resulte herido, tienen tendencia a usar el fuego para hacer huir a las personas. Y si muere algún inocente, simplemente les da igual. No les importaría prender fuego a una posada abarrotada sin pensar siquiera en quién más podría morir.

Rafe se irguió antes de continuar:

—Por el contrario, los barcos fluviales son demasiado pequeños y sus tripulaciones demasiado reducidas para que la secta pueda meter a alguien a bordo, ya sea como polizón o un miembro que se incorporara a la tripulación en el último momento, de modo que el barco es en sí mismo un lugar seguro. Prender fuego a un barco sobre el río con este tiempo es prácticamente imposible, de modo que tampoco tendremos que temer eso. Aun así, debemos permanecer en

guardia por si alguien intenta subir a bordo. El capitán y la tripulación ayudarían con eso, si ven a alguien que no pertenezca al barco harán sonar una alarma y esa persona será atrapada. Además, la mayoría de los sectarios no sabe nadar, la mayoría ni siquiera sabe remar, lo que disminuye aún más la posibilidad de que se cuelen en el barco mientras esté en el río. Los sectarios que sí saben nadar y remar han sido enviados en su mayor parte al Mediterráneo, al Canal, o a otros puertos.

—De manera que mientras cruzamos Europa estarás más seguro en el río que en la carretera y alojándote en posadas.

—Sé que hay sectarios buscándonos, buscándome, en toda Europa. Es como una carrera de obstáculos. Pero estoy apostando por la posibilidad, y creo que es una posibilidad real, de que a la secta no se le ocurra vigilar los ríos en absoluto. La Cobra Negra, Ferrar, sí lo haría, pero entra dentro de lo posible que haya enviado a sus hombres a vigilar y no se le haya ocurrido nombrar específicamente todas y cada una de las rutas. ¿Por qué iba a hacerlo? Por eso había sectarios en Constanza y en Buda, pero estaban vigilando las carreteras, no el río. Espero encontrar sectarios apostados en todas las ciudades, en todos los pueblos grandes. Pero los sectarios por sí mismos no pensarán en los ríos como en una vía. Con suerte, no tendrán la menor idea de que viajamos en barco.

Rafe se interrumpió. Como comandante estaba satisfecho con la decisión que había tomado, era la elección correcta, de eso no tenía ninguna duda.

Como soldado, prefería enfrentarse a la acción en lugar de huir de ella.

Pero sabía cuál era su deber y lo segundo no era posible. En esa ocasión le había tocado ser el conejo y debía correr.

Loretta también se había sumido en el silencio, pero, extrañamente, resultaba cómodo. Rafe no se sentía obligado a hacer ningún comentario simplemente para rellenar el silencio.

Y aparentemente ella tampoco. Cuando el silencio se alargó, él se volvió y contempló su rostro. Loretta lo mantenía alzado contra la brisa y unos mechones sueltos de oscuros cabellos volaban hacia atrás desde el óvalo de porcelana de su cara.

Aunque había mantenido los ojos cerrados, debió de sentir que él la miraba pues los párpados se levantaron y ella lo miró. Tras unos segundos, desvió la mirada hacia el frente.

—Los sectarios que había en Buda no se dieron cuenta de que te marchabas, de modo que ellos no sabrán que estás en el río, no sabrán que estás a bordo de este barco.

—No. —A Rafe se le ocurrió que quizás ella se sintiera amenazada —. Y a no ser que uno de ellos me vea y me identifique, este barco y

todos los que navegamos a bordo estamos libres de toda amenaza.

Por el tono de voz empleado, Loretta comprendió que Rafe pensaba que estaba preocupada. Aunque no se molestó en sacarle del error, ese no había sido el motivo de su pregunta, de su interés.

Se irguió para apartarse de la barandilla y murmuró:

—Pronto será la hora de vestirse para cenar. Te veré a la mesa.

Loretta lo dejó junto a la barandilla y se dirigió hacia su camarote. Cada vez que hablaba con él, cada vez que le arrancaba un pequeño pedazo más sobre su misión, tenía más cosas en las que pensar.

Se sentía más cautivada.

Capítulo 3

27 de noviembre de 1822
A bordo del Uray Princep *en el Danubio*

Loretta daba vueltas en la cama. Era de noche y hacía un buen rato que todos los pasajeros se habían retirado a sus camas.

Seguramente estarían ya roncando.

Levantó la cabeza, golpeó la almohada, volvió a apoyar la cabeza y cerró los ojos. Se ordenó dormir a sí misma.

En menos de un minuto, su mente vagaba… hacia los sectarios. Hacia qué aspecto tendrían. Hacia qué armas portarían.

Hacia cuántos habría eliminado Rafe Carstairs.

Hacia Rafe Carstairs.

—¡Argh!

Se sentó en la cama, permaneció inmóvil y, al no percibir ningún ruido del salón del camarote principal, echó las mantas hacia un lado y se bajó de la litera.

Entraba la suficiente luz de luna por el ojo de buey para que no tuviera problemas en encontrar sus botas y abrigo. Vistiéndose, se ajustó el cuello del abrigo y se echó un echarpe sobre la cabeza y los hombros, antes de abrir la puerta del camarote.

El salón estaba desierto y la luz de la luna entraba por las amplias ventanas a cada lado de la proa. Loretta cerró despacio la puerta y caminó en silencio hasta la puerta de la *suite* principal, la abrió y salió por ella al pasillo.

Segundos más tarde, cruzaba las puertas batientes junto al bar y subía las escaleras hasta la cubierta de observación. Esperaba que un paseo por cubierta al aire frío y húmedo la relajara lo suficiente para poder dormirse.

Tenía que sacarse a Rafe Carstairs de la cabeza.

Solo porque estuviera implicada en su misión no significaba que tuviera que acercarse a él. No necesitaba entenderle para interpretar su papel.

Salió a cubierta, se irguió y miró hacia la proa.

Y lo vio allí de pie, observándola.

—¡Lo que faltaba! —murmuró. Por otra parte, debería habérselo imaginado. Le había mencionado que llevaría a cabo turnos de vigilancia para asegurarse de que ningún sectario subiera a bordo.

Loretta pensó en simplemente agitar una mano a modo de saludo y volver a bajar, pero la cobardía no estaba en su naturaleza.

Ajustándose el echarpe, cruzó la cubierta.

—No podía dormir y he subido a tomar un poco el aire —afirmó en un tono uniforme al acercarse.

Carstairs enarcó las cejas, pero cuando ella se dirigió hacia la barandilla y se detuvo para mirar al frente, a casi un metro de distancia de él, se limitó a darse media vuelta y continuar con su propia observación de la noche.

Sin decir una palabra.

A medida que el silencio se prolongaba, Loretta sintió de nuevo un impulso casi físico de acercarse a él, acercarse al calor que emanaba de su cuerpo. A pesar de no sentir demasiado frío, el impulso no hizo más que crecer.

—No sabía que la vista de noche pudiera ser tan… poética —observó mientras seguía concentrada en el río, en las vistas. La diferencia con el día era impresionante—. La luna hace que todo parezca etéreo, como si su luz revelara algunas cosas y ocultara otras, y la bruma del río suaviza y filtra todo como un velo, todo misterio e ilusión. —Levantó la mirada—. No me había dado cuenta de que se ve hasta las montañas. —La luz de la luna brillaba sobre los lejanos picos, tiñendo de perla los ventisqueros—. Bajo esta luz se ven fantásticas, como si protegieran algún lugar lejano y mágico que únicamente los intrépidos viajeros pudieran ver.

Él se volvió hacia las montañas. Por el rabillo del ojo vio los labios de Loretta curvarse hacia arriba.

—Estas son de las montañas más altas de Europa —habló Rafe al fin —, pero después de ver el Himalaya me parecen simples colinas.

—¿Has visitado el Himalaya? —Ella no tuvo que fingir su interés—. ¿Cómo es? ¿Es tan majestuoso como dicen?

—Más. —Rafe sonrió—. Es… impresionante. La clase de visión que literalmente te deja sin aliento.

—¿Lo viste en invierno o en verano? ¿Alguna vez se ve sin nieve?

Carstairs se volvió hacia ella y contestó a todas sus preguntas, permitiéndoles a sus ojos empaparse de su rostro, de sus expresivos rasgos apenas visibles bajo la luz de la luna. Mantuvo el tono uniforme, las respuestas concisas, y se resistió a la creciente y desbordante urgencia de alargar una mano y atraer a Loretta hacia sí. Cerca. Mucho más cerca. Hasta poder sentir su calor, sus curvas, contra él.

Pero dado que eso no podía ser, al menos podría distraerla. Sobre no poder dormir, él lo sabía todo.

De modo que habló y ella escuchó. Se le daba bien escuchar, prestar toda su atención a algo, en ese caso a él. O por lo menos a sus recuerdos. Recibir toda su atención fue un mínimo consuelo.

Al final, Loretta suspiró y miró a su alrededor. Al contrario de cómo se sentía él, ella parecía estar más en paz.

—Gracias por hablar conmigo. —Después de unos minutos, Loretta lo miró y sonrió—. Creo que ahora podré dormir. —La sonrisa se hizo fugazmente más profunda al apartarse de él—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Si ella fue consciente de que la despedida de Rafe había sido ligeramente áspera, no dio señales de ello. Rafe la observó hasta que desapareció escaleras abajo y, aceptando a su pesar que no podía seguirla, se volvió de nuevo hacia el río.

Loretta regresó a su camarote sin novedad. Allí se quitó el abrigo y se sentó en la litera para desabrocharse las botas. Tras tumbarse en la cama, se tapó con las mantas hasta los hombros. Tumbada de espaldas, contemplando el techo, se preguntó por qué se sentía tan… ligera.

Tan a gusto.

Lo único que habían hecho era hablar sobre el paisaje.

Cerró los ojos y lo vio aparecer con el ojo de su mente, de pie contra la barandilla bajo la luz de la luna. Sintió que sus labios se curvaban…

Y se durmió.

A la tarde siguiente, Loretta estaba sentada en la cubierta de observación, bordando bajo la débil luz del sol, cuando Rafe acercó otra silla a su lado y se dejó caer en ella.

Después de unos segundos, ella levantó la vista y lo miró. Había estirado sus largas piernas, se había reclinado en el asiento y cerrado los ojos, pero bajo las pestañas se veía un destello de azul.

—Es curioso —murmuró él—, pero no te había tomado por una bordadora.

—No suelo bordar muy a menudo. —Ella sonrió y regresó a su labor —. Pero durante este viaje he dado gracias varias veces por haberme acordado de incluir mi bolsa de bordado en el equipaje. Cuando no está participando activamente en una discusión, Esme es relativamente silenciosa… No es una gran conversadora.

—¿Cómo has acabado viajando con ella? ¿Es tu único pariente?

—Oh, no. De hecho, hasta que vino a casa y me arrastró con ella a esta aventura, hacía años que no había visto a Esme.

—Pero si es tu tía abuela…

—Sí, pero ha tenido una vida muy activa. Su esposo era un diplomático de alto rango al que enviaban por toda Europa para representar a nuestro Gobierno en una u otra corte y, por supuesto, Esme lo acompañaba. Murió el año pasado y Esme quedó atrapada en Escocia arreglando todos los papeles hasta hace poco. Para celebrar el final de eso, decidió visitar muchas de las ciudades en las que Richard y ella habían pasado algún tiempo, de ahí este viaje.

—¿Y te eligió a ti para acompañarla? Debes de ser su sobrina nieta preferida.

—No, únicamente la que estaba disponible para abandonar Londres de inmediato. Mis dos hermanas están casadas y somos la única familia directa que tiene.

Rafe buscó una pregunta que la obligara a revelar más sobre ella misma y su familia. No podía hacerlo directamente, pero preguntar sobre Esme le había proporcionado algunos detalles.

—¿Qué ciudades habíais visitado antes de Buda? —se aventuró tras una pausa.

Loretta citó una serie de ciudades empezando por París, continuando por toda Francia y luego España e Italia.

—Vinimos a Buda desde Trieste.

Carstairs conocía bien España y Francia, lo suficiente como para adivinar cuánto tiempo llevaban de viaje.

—De modo que abandonasteis Londres… ¿Cuándo? ¿En septiembre?

—El dieciocho. Esme bajó a Londres para recogerme, y esa misma noche ya estábamos en Dover.

Rafe llevaba décadas fuera de Inglaterra, pero había cosas que no había olvidado, como la emoción de sus hermanas mayores por la Pequeña Temporada.

—¿Y os marchasteis justo antes de que empezara la Pequeña Temporada?

Ella asintió.

Él continuó, siendo un poco más directo:

—A no ser que hayan cambiado mucho las cosas desde la última vez que estuve en la ciudad, me sorprende que Esme sea capaz de apartarte de los bailes y fiestas. Tu madre debe de ser bastante más complaciente que la mía.

Los labios de Loretta se curvaron, pero desde su posición no estuvo seguro de que fuera una sonrisa.

—Mis padres han muerto. Fue a mi hermano mayor a quien tuvo que convencer Esme, y te aseguro que cuando se le mete una cosa en la cabeza hace falta alguien mucho más firme que Robert para negárselo.

—¿Y tú qué? —Esa era la pregunta crucial—. ¿No tenías ganas de bailar hasta marearte por las pistas de baile?

Ella soltó un pequeño bufido… ¿de mofa?

—Te aseguro que Esme no necesitó convencerme. —Loretta dio una puntada antes de continuar—: No tengo demasiada afición a los bailes, mis intereses están en otra parte.

—¿En serio?

Rafe esperó, y esperó, pero lo único que consiguió de ella a modo de respuesta fue un:

—Umm.

Rafe quería saber más, aunque no estaba muy seguro de por qué. Pero ¿desde cuándo se detenía Temerario a reflexionar sobre los motivos ocultos tras sus actos impulsivos? Eso le convertiría en «No-Temerario».

Si no podía ser él mismo con respecto a su misión, entonces necesitaba una salida y decidió que sería esa. Y eso le sirvió como respuesta.

De modo que, ¿cómo sacarle más información sobre ella?

El sol, aunque débil, era agradablemente cálido. Rafe cerró los ojos y dedicó toda su atención al asunto.

Loretta esperó a la siguiente pregunta, dando primorosas puntadas, bastante dispuesta a darle el tiempo necesario para reflexionar… hasta que oyó un suave ronquido.

Volviéndose hacia él, estudió su rostro, y vio el ancho torso subir y bajar rítmicamente, se dio cuenta de que en esa ocasión sus ojos estaban cerrados de verdad.

Una dulce sonrisa se extendió por su cara. En la cubierta no había nadie más para verla, de modo que Loretta no tuvo que controlarse. Recordó la noche anterior, lo recordó de pie montando guardia bajo la luz de la luna.

Cuidándolos a todos.

Se merecía el derecho a dormir un poco, a recuperarse, a salvo.

Regresando a su labor, continuó dando puntadas, contenta de vigilarlo.

Algunas horas después, tras tomar el té con Esme y las otras damas en el salón, Loretta se echó el echarpe sobre los hombros y subió a cubierta, sintiendo la necesidad de dar un breve paseo antes de la cena, y sobre todo de despejarse del cotilleo de las damas.

No solo cotilleaban, sino que su tema preferido era Rafe Carstairs-Jordan. El Honorable Rafe Carstairs-Jordan, hermano del actual vizconde Henley de Oxfordshire, antiguo miembro del Ejército de Su Majestad en la India. Etcétera, etcétera.

No tenía ganas de oír más sobre ese tema, el mismo que intentaba, sin ningún éxito, apartar de su excesiva y frecuente ávida curiosidad.

Había completado una vuelta sobre la desierta cubierta de observación cuando oyó unas risas y vítores. El sonido la condujo hacia la popa.

En la parte trasera de la cubierta de observación, una pequeña puerta cerraba la pasarela que discurría por un lado del puente elevado. Ella se detuvo, dubitativa, pero el capitán del barco la vio a través de la ventana del puente, sonrió, hizo media reverencia y agitó la mano para animarla a seguir avanzando. Demasiado curiosa para poder resistirse, empujó la puerta y la cruzó.

La pasarela terminaba al final del puente, donde una escalerilla inclinada conducía hacia la cubierta principal trasera. Nunca se había adentrado tanto en el territorio de la tripulación. Deteniéndose en lo alto de la escalerilla, miró hacia abajo, más allá de los diversos mástiles, palos y velas que hacían avanzar al barco sobre el río, hasta la cubierta de popa. Los gritos y risas provenían de allí.

Unos cuantos hombres estaban congregados en la popa, inclinados sobre la barandilla, riendo, hablando, dándose palmaditas los unos a los otros en la espalda y, por lo general, divirtiéndose. Algunos miembros de la tripulación y la mayoría de los pasajeros masculinos estaban allí, incluyendo a Rafe y Hassan.

La mirada de Loretta se detuvo en la rubia cabellera de Rafe. Agudizó el oído en un intento de averiguar qué estaba diciendo, qué estaba pasando.

De repente él alzó la cabeza, se volvió y la miró.

Uno de los pasajeros alemanes siguió su mirada y sonrió resplandeciente.

—*Fraülein*! Venga con nosotros. —Hizo una señal con la mano—. Necesitamos una visión femenina, la sabiduría de una dama para juzgar nuestro concurso.

Otros oyeron las palabras, la vieron y la animaron a que se uniera a ellos. Uno de los miembros de la tripulación se acercó corriendo para ayudarla a bajar la escalerilla. Rafe seguía al hombre de cerca.

Y allí estaba para tomarle la mano en el preciso instante en que puso un pie en cubierta.

—Es un concurso de pesca —le explicó con un brillo en la mirada.

—Entiendo. —Loretta agarró su mano por necesidad y le permitió sujetarla para sortear las cuerdas y diversos impedimentos esparcidos por la cubierta.

Los hombres estaban sobre una plataforma ligeramente elevada en la popa. Respirando hondo y dibujando una sonrisa en sus labios, ella apartó sus sentidos del fuerte agarre de los dedos de Rafe en torno a su mano, de su calidez y la extraña sensación de consuelo y comodidad, de seguridad, una sensación que experimentaba cada vez que él estaba cerca, y se centró en estudiar al grupo.

En la manera tan interesante que tenían los pasajeros de relacionarse con la tripulación. ¿Era el hecho de estar viajando, y por tanto encontrarse fuera de su círculo social habitual, lo que les permitía ignorar las habituales barreras sociales y hablar de hombre a hombre? Ella sabía que cuando llegara la hora de la cena, las barreras volverían a estar colocadas y ejerciendo su función. El concepto daría para una interesante reseña, y debería concentrarse en eso.

—Este meandro del río es, al parecer, un lugar excelente para pescar —le explicó Rafe mientras se acercaban al grupo—, y el cocinero —señaló al personaje con una mano y este sonrió e hizo una reverencia — ha anunciado que, si los pasajeros pescan la suficiente cantidad de pescado, preparará un guiso especial para la cena.

—Por supuesto —aseguró *herr* Gruber—, hemos tenido que celebrar un concurso para ver quién atrapa el pez más grande.

—Por supuesto. —Loretta no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Lo ve? —*Herr* Gruber señaló hacia un barril de madera de gran tamaño—. De momento llevamos tres, pero necesitamos muchos más.

Loretta contempló los tres peces de escamas grises que se removían en el cubo. Eran de un tamaño decente, y más o menos iguales los tres.

—Hay otros muchos más grandes aún por atrapar —le informó el sobrecargo—. Las reglas de nuestro concurso dicen que, si un pasajero atrapa el pez más grande, la tripulación limpiará todo el pescado, pero si es un miembro de la tripulación quien lo atrapa, entonces los pasajeros…, por lo menos los hombres, tendrán que ayudar.

—Ese me parece un excelente incentivo para intentar ganar. —Loretta miró a Rafe y luego a los demás pasajeros.

Todos sonreían como niños debido al concurso.

—Necesitamos un juez imparcial —continuó el sobrecargo—. ¿Tendría a bien, señorita?

—Ejerceré de juez con una condición. —Ella sonrió—. Que yo también disponga de una caña y un sedal.

Rafe enarcó las cejas, al igual que los demás hombres. Sin embargo, la complacieron encantados y rápidamente encontraron una caña con un carrete de madera. Uno de los marineros le preparó el anzuelo con el cebo. A continuación, cada uno regresó a su caña y se hizo el silencio. Únicamente se interrumpía ese silencio con exclamaciones y risas cuando alguien pescaba algo.

Loretta contempló al grupo que se alineaba junto a la barandilla de popa y se dirigió a la barandilla lateral más cerca de la orilla, asomándose sobre ella para mirar. El barco se deslizaba lentamente por las aguas con una única vela de gran tamaño. Hacía años que no pescaba, pero pensó que ese lado del barco facilitaría mejores capturas.

Rafe, situado junto al grupo de hombres que sujetaban las cañas colgando sobre la popa, la observó cruzar hasta la barandilla a un lado del río. Ella sonrió al pasar a su lado, se detuvo ante la barandilla, comprobó el anzuelo y con mano experta lanzó el sedal.

Lo observó hundirse y tensarse con la corriente, lo soltó perezosamente y luego lo dejó a la deriva antes de acomodarse contra la barandilla.

Diez minutos después, ya había atrapado su primer pez. El sedal se arqueó mientras lo enrollaba para sacar el pez del agua. Rafe apareció junto a su hombro.

—¿Necesitas ayuda con eso?

—No, no. —Ella le sonrió resplandeciente—. Ya puedo yo.

Uno de los marineros se inclinó sobre un lado y atrapó el pez con una red. Mientras el animal se retorcía sobre cubierta, todos se reunieron a su alrededor para compararlo con los demás que había en el barril.

—Es más o menos del mismo tamaño —declaró Loretta, aunque en realidad su pez era algo más grande.

Todos los hombres sonrieron, rieron y la felicitaron. Ella aceptó sus elogios con una brillante sonrisa y dio las gracias al marinero que volvió a cebar el anzuelo.

Por supuesto, todos pensaron que era la suerte del principiante.

Pero su actitud comenzó a cambiar con la siguiente captura, un pez claramente más grande que el anterior. Algunos decidieron cambiar sus cañas a la barandilla del lado del río.

Ella sonrió y volvió a lanzar el sedal al agua.

El siguiente pez que atrapó era enorme.

Y entonces empezó en serio el concurso. Todos los hombres se trasladaron a la misma barandilla e intentaron lanzar el anzuelo tan lejos como ella.

Loretta era incapaz de contener su sonrisa. Mientras lanzaba el sedal con un siseo de nuevo al agua, se sentía despreocupada, verdaderamente feliz. Rafe estaba a su lado, su técnica era casi, aunque no del todo, tan buena como la suya. Los comentarios que murmuraba en un susurro estuvieron a punto de hacerle morir de la risa.

El ambiente era muy bueno, todo el mundo reía y bromeaba y ella los animaba a hacerlo, sin embargo, era evidente que tanto los pasajeros como la tripulación se estaban esforzando al máximo para batirla en la pesca del enorme pez.

Ninguno lo consiguió, pero sí pescaron un montón de peces, los suficientes como para que el cocinero al fin diera por terminado el concurso, declarándola a ella como ganadora.

Todos la vitorearon y Loretta rio mientras aceptaba los aplausos. A

continuación, los pasajeros regresaron a su lado del barco y la confraternización concluyó.

Loretta reflexionaba sobre todo ello, sobre las actividades que fusionaban a un grupo de hombres más allá de los límites de las clases sociales, mientras subía por las escaleras. Al llegar al último peldaño, aceptó la mano tendida de Rafe para poner los pies en la pasarela.

Los demás pasajeros se habían adelantado. Rafe y ella cerraban el grupo que se dirigía hacia la cubierta de observación.

—Jamás se nos habría ocurrido cambiarnos a la barandilla del lado del río si no nos lo hubieses enseñado. —Rafe siguió a Loretta por la pasarela.

Ella lo miró por encima del hombro y en su mirada había un brillo elementalmente femenino.

—Entiendo a los peces.

Dicho lo cual, volvió la vista al frente y continuó su camino.

Dejándolo aún más intrigado que antes.

Esa noche, Loretta se descubrió sonrojándose. Constantemente.

Primero fue en el comedor, donde el delicioso plato de pescado fue presentado con un brindis por ella, acompañado de una buena dosis de entusiasmo, risas y regocijo general. Más tarde, en el salón principal al que los pasajeros se habían retirado, los caballeros decidieron revivir, en honor a sus esposas, el Gran Concurso de Pesca y su papel como ganadora.

Todavía más que los exagerados elogios de los caballeros, le avergonzaron las miradas cómplices y ánimos descarados de las damas, sobre todo de Esme. Su tía abuela vivía para ver el día en que, según sus propias palabras, ella «emergiera de la crisálida y desplegara las alas como una auténtica Michelmarsh».

Su comportamiento en el concurso de pesca había sido un incuestionable momento Michelmarsh, un momento en el que su auténtico ser, el que normalmente mantenía bajo control, había dado un paso al frente y tomado el mando.

Y si bien no podía decirse exactamente que lamentara haberse relajado durante ese tiempo, el resultado puso en evidencia el buen sentido de mantener su lado Michelmarsh bien oculto, permitiendo que se mostrara únicamente la habitual fachada de la dama recatada, formal y tímida.

Siendo una dama formal y recatada podía evitar las atenciones no deseadas, así como las tentaciones no deseadas también.

Como las de Rafe Carstairs. A pesar de su preocupación por él y la atracción que le despertaba, no tenía espacio en su vida para tratarlo. Tenía cosas que observar, pensamientos que pensar, reseñas que

escribir y su propio camino, un camino diferente, que seguir.

El que nadie más que ella conociera su carrera secreta no venía al caso. Estaba tan entregada a ella como, al parecer, lo estaba él a su misión.

—No digas ni una palabra —gruñó a modo de advertencia cuando él se reunió con ella en el estrecho extremo de la proa del salón, una sonrisa burlona claramente dibujada en sus labios—. No soy ninguna bruja, arpía o sirena que atrae con artes de magia a los peces a su anzuelo.

Él enarcó las cejas, pero sus ojos brillaron. Alzando la copa de *brandy* que llevaba en la mano, tomó un sorbo mientras observaba a los demás en la sala.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. —Loretta lo fulminó con la mirada—. No hay necesidad de decir nada más sobre ese condenado concurso.

Rafe se colocó frente a ella. La inquietante luz en su mirada se había hecho aún más evidente.

—El concurso, si bien ha resultado divertido, no ha sido el elemento principal de las actividades de esta tarde que han despertado mi interés.

Ella parpadeó, consciente de un impulso de dar un paso atrás. La mirada de Rafe, la intensidad en su expresión, la ponía nerviosa, hacía que se le acelerara el pulso y que sus instintos cobraran vida. Sin embargo, tenía que preguntar:

—¿Y qué fue lo que atrajo tú, estoy segura, absurda atención?

—Tú. —Él sonrió.

—¿Por qué? —Los sentidos de Loretta se dispararon, aunque consiguió enarcar una ceja y reforzar el gesto con una expresión de absoluto aburrimiento—. ¿Lo dices porque sé pescar?

—No, aunque, por cierto, ¿dónde aprendiste?

—En casa, en el río local. Mis hermanas, mi hermano pequeño y yo siempre celebrábamos nuestros propios concursos.

—¿Y esos también los ganabas?

—Normalmente. —Ella alzó la barbilla—. Observaba y aprendía mejor que ellos.

—Ya me he dado cuenta de que eres muy observadora.

Por el modo en que lo dijo, Loretta sintió tintinear sus nervios. Fijó la mirada en los ojos de Rafe y sintió el pulso acelerarse cuando él se acercó un poco más.

—¿Y qué? —Ella se encogió de hombros—. Muchas personas son observadoras por naturaleza.

—No como tú. —Rafe le sostuvo la mirada—. O como yo.

—¿Tú? —Loretta abrió los ojos desmesuradamente. Veía en la mirada del capitán que estaba jugando con ella, pero era un juego del

que se negaba a aprender las reglas.

—Así es. —Él volvió a sonreír—. Por ejemplo, me he dado cuenta de que no eres esa joven dama que pretendes ser, pero el motivo sigue siendo un misterio para mí, un enigma, un acertijo. Y si hay algo que tiene asegurado captar mi interés, eso es un misterio. Me encanta desentrañarlos.

—Pues a mí no me vas a desentrañar. —Ella entornó los ojos—. De modo que olvida cualquier revelación que creas haber tenido y aparta esa idea de tu mente.

—Demasiado tarde. —Él le sostuvo la mirada mientras tomaba otro sorbo y sus labios se curvaban.

—¡Tonterías! —Loretta se había puesto nerviosa como nunca antes había estado. No le gustaba la sensación. Apenas controló el impulso de agitar un dedo bajo la nariz de Rafe.

—Escucha…

—¿Loretta, querida?

Ella se dio media vuelta y vio a Esme acercándose.

Con una sonrisa en los labios, su tía abuela posó una mano en su brazo.

—Olvidé mi echarpe, querida. ¿Podrías traerlo de mi camarote? —Sin dejar de sonreír se volvió hacia Rafe—. Estoy segura de que Rafe te disculpará. Ya sabes cuál quiero, el de seda negra.

—Sí, por supuesto. —Encantada de poder escapar del choque verbal con su némesis, ella se dirigió hacia él—: Señor, si tiene a bien excusarme…

No esperó ninguna respuesta antes de abandonar el salón, dirigiéndose hacia las escaleras.

Esme transfirió su mirada a Rafe.

Él la sostuvo, enarcó una ceja y esperó.

Ella reflexionó antes de, sin dejar de sonreír, darle una palmadita en el brazo.

—Ten mucho cuidado, querido muchacho. Sé que Loretta es un premio, y desde luego un desafío, aunque ella no pretenda serlo, pero si bien no tengo la menor duda de que tú triunfarás, debo advertirte de que será una batalla cuesta arriba. —Enarcó una elegantemente dibujada ceja—. ¿Estás seguro de querer intentarlo?

Rafe no hizo ningún intento de responder. No tenía ninguna intención de proporcionarle más munición que pudiera usar contra él.

Una táctica que Esme comprendió. Su sonrisa se hizo más amplia y, con otra palmadita, se apartó.

—Buena suerte, querido muchacho. Observaré tus progresos con interés.

La anciana se alejó hacia las escaleras, de modo que cuando Loretta regresara con el echarpe en las manos pudiera entregárselo al mismo

tiempo que mantenía las distancias con él.

Rafe bebió el *brandy* a sorbos mientras digería lo que acababa de escuchar, lo que acababa de aprender, y reflexionó sobre su significado.

Empezaba a deducirlo. Había identificado correctamente las intenciones de Esme desde el principio. Todo lo que había hecho y dicho desde entonces lo había confirmado.

Loretta, sin embargo, a esa tan solo empezaba a interpretarla claramente.

Aunque tenía toda la intención de interpretarla mucho más.

Tenía toda la intención de descubrir sus secretos.

Incluso sin los calculados estímulos de Esme, no se creía capaz de resistirse.

Esme había orquestado toda la situación. Independientemente de su modo de demostrarlo, Rafe estaba seguro de que se sentiría encantada de que él recogiera el guante que su querida Loretta, aunque inintencionadamente, acababa de arrojar a sus pies.

Horas más tarde, con la cadera apoyada contra la barandilla de estribor justo delante del puente, Rafe permanecía en la cubierta de observación oteando distraídamente el río que se deslizaba lentamente junto a ellos. En el tramo que estaban recorriendo, los bosques de abetos llegaban hasta la orilla del río, oscuros centinelas que bordeaban la ondulada franja de negrura teñida de plata por la luna.

Miraba sin ver realmente. En el silencio, oía hasta el mínimo sonido, el ulular de un búho en el bosque, el crujido de una cuerda en la popa, y podría oír a cualquier sectario que intentara nadar hacia ellos y trepar a bordo.

Apenas pasaba de la medianoche y Hassan no lo relevaría hasta pasadas unas horas. Tiempo suficiente para decidir qué hacer con respecto a una tal Loretta Michelmarsh.

La apasionada mujer que se ocultaba tras una fachada de recato por algún motivo que ni él ni, al parecer, su tía abuela eran capaces de descifrar.

Sospechaba de la existencia de esa fachada desde hacía tiempo, pero esa tarde él había visto la pasión. No completamente desatada, pero durante el concurso se había mostrado suelta, directa, osada y sin miedo.

Había sido ella misma, y él se había sentido hechizado, cautivado.

Tenía que averiguar más, pero ¿cómo? Sobre todo, después de que ella averiguara que él lo sabía y se mostrara decidida a negarlo.

¿Cómo se conseguía que una mujer se mostrara como era realmente cuando no deseaba hacerlo?

Todavía estaba debatiendo con esa idea cuando oyó el chirrido de las puertas batientes de las escaleras al abrirse, seguido del sonido de pisadas en los escalones. En las sombras se mantuvo inmóvil, esperando, observando.

Una cabeza oscura apareció, seguida de una figura elegante y sinuosa vestida de nuevo con el abrigo y el echarpe sobre los hombros.

Se detuvo en lo alto de las escaleras y miró a su alrededor. Al verlo a él, cruzó la cubierta ágil y decididamente.

—¿No podías dormir? —Rafe se irguió cuando Loretta se aproximó.

—No. —Ella se detuvo delante de él y lo miró a la cara—. Y todo es por tu culpa. Conseguiré dormir como un bebé en cuanto tenga esto… —agitó una mano en el aire— aclarado.

—¿Y cómo tienes pensado hacer eso? —Él reprimió una sonrisa. Esa mujer estaba fuera de sí.

—Dejándote muy claro que no voy a seguirte el juego, que en contra de lo que Esme puede haberte hecho creer, no tengo ningún interés en… en… en explorar nada, nada que tenga que ver conmigo. —Loretta permitió que su arrebato le coloreara las mejillas, pero bajo la tenue luz él seguramente no podría verlo.

Cruzándose de brazos, ella lo fulminó con la mirada. Tenía que terminar con eso antes de que empezara realmente. Antes de que pudiera ir más lejos, y socavar su cuidadosamente construida vida.

—Soy consciente de que en algunos aspectos puedo parecer un desafío, sobre todo porque los caballeros no me interesan. Pero siendo el caso, y te aseguro que lo es, estoy segura de que eres demasiado caballero para seguir persiguiéndome, con o sin los ánimos de Esme.

¡Ya estaba dicho! A ver si era capaz de discutírselo.

Loretta esperó, esperó a que él inclinara la cabeza y accediera a dejar de bromear con ella.

Tras una larga pausa durante la cual él se limitó a estudiar su rostro, el suyo propio oculto entre las sombras, Rafe alargó una mano y deslizó el dorso de un dedo por su mejilla.

Los nervios de Loretta saltaron literalmente. Y ella también.

—¡No hagas eso!

—¿Por qué?

—¡Te acabo de explicar por qué!

—No. Acabas de decirme que no sentías ningún interés por los caballeros, entre los cuales, supongo, me incluyo yo. —Rafe le sostuvo la mirada todavía oculta entre sombras—. Eso —señaló su mejilla con un dedo—, o más concretamente tu reacción, dice otra cosa.

—¡No es verdad! —Loretta sentía arder las mejillas y se sintió agradecida por la escasa luz.

—¿No te sientes atraída hacia mí? —Él inclinó la cabeza.

—No. —Ella alzó la barbilla.

Rafe se apartó de la barandilla y caminó alrededor de ella. Instintivamente, Loretta fue girando para mantenerse frente a él, frente al peligro, antes de que él diera un paso al frente, y ella reculó contra la barandilla.

Rafe agarró la barandilla con ambas manos, una a cada lado de Loretta, encajonándola, agachó la cabeza y la miró a los ojos.

—Demuéstralo.

Ella parpadeó. Sus ojos no podían estar más abiertos.

—¿Qué? —La palabra surgió peligrosamente parecida a un chillido.

—Demuéstralo. —La inflexibilidad en la voz de Rafe no disminuyó ni un ápice al repetirlo.

—Pero… ¿cómo? —Ella sintió que se le secaba la boca. Quizás si pudiera…

—Bésame.

—¡No! —Loretta quería apartarlo de un empujón, pero no se atrevía a tocarlo. No se atrevía a correr el riesgo de sufrir más reacciones condenatorias.

—Si de verdad no te sientes atraída hacia mí, si me besas, y yo te correspondo con un beso, no sucederá nada. —Él suspiró como si estuviera tratando con una niña rebelde—. Nada por tu parte y, desde luego, nada por la mía. No tengo costumbre de besar a damas que no se sienten atraídas hacia mí… Supongo que la experiencia resultará bastante desalentadora.

—¿Desalentadora?

—Sin duda alguna. De modo que si lo que quieres es poner fin a todas las especulaciones sobre lo que podría o no suceder entre nosotros, besarme acabaría con cualquier sugerencia de atracción mutua.

Loretta le sostuvo la mirada antes de contemplar su rostro y estudiar brevemente su expresión. Se lo estaba diciendo en serio. Estaba acusándola en serio de tirarse un farol. El problema era… que no era del todo un farol. Más bien una decisión calculada.

¿Qué pasaría si ella lo besaba? ¿Tendría la suficiente fortaleza para mantener sus sentidos a raya… durante el espacio de un beso?

Mirándolo de otro modo, ¿sería capaz de salir de esa trampa en la que se había metido ella sola sin besarlo?

Mirándolo a los ojos, sintiendo la inflexibilidad en él, en el comandante endurecido por las batallas que era realmente, ella soltó un juramento para sus adentros. Sospechaba que acababa de arrojar un guante que no había tenido intención de lanzar.

Estaba claro que en algún momento iba a tener que aprender las normas de ese juego, y ese momento parecía haber llegado.

—Entonces, si te beso y no siento nada, ¿estarás de acuerdo en tratarme como tratarías a una Esme más joven? —Loretta alzó la

barbilla y entornó los ojos fijos en los de él.

—Si yo te beso y no siento nada, estaré de acuerdo en complacerte en todo lo que quieras.

Aquello sonaba justo.

—En ese caso…

Apresuradamente, ella levantó las manos y tomó el rostro de Rafe antes de posar sus labios sobre los de él. No le dio ninguna oportunidad de besarla. No iba a permitirle abrumarla. Su intención era conservar el control.

Firmes, resilientes, móviles. Los labios de Rafe se movieron bajo los suyos y atraparon su consciencia.

El mundo de Loretta se detuvo. Sus sentidos se concentraron, se fijaron.

Ella apretó los labios contra los de Rafe, por curiosidad de averiguar…

Y él lo hizo de nuevo. Movió sus labios bajo los de ella, un poco más en esa ocasión, y ella tuvo que seguirle.

Solo para ver hacia dónde conducía el camino. Necesitaba saberlo…

De repente él la estaba besando y ella lo estaba besando a él, y el intercambio parecía no tener ni principio ni final. La capturó, adueñándose sin esfuerzo de sus sentidos, hasta que él le separó los labios y los sentidos de Loretta giraron en un torbellino.

Giraron cuando la lengua de Rafe se deslizó entre sus labios y tanteó, se deslizó, acarició.

Bailó hasta encontrar su lengua y la tentó, y ella le devolvió el placer, lo siguió y lo saboreó como él la saboreaba a ella.

Jamás había caminado Rafe sobre el filo de una navaja tan fino, tan cargado con el peligro de tomar demasiado, de avanzar demasiado deprisa y provocar la huida de Loretta.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para mantener las manos agarradas a la barandilla, negándose el casi abrumador deseo de tomarla a ella, de rodearla con sus brazos y apretarla contra su cuerpo, el suave calor femenino contra el suyo mucho más duro.

Todavía no.

Aunque pronto.

Eso estaba grabado en piedra.

A pesar de que solo sentía las manos de Loretta sobre sus mejillas y sus labios y lengua rozándose, Rafe percibía la curiosidad femenina desbordarse, disparándose fuera de control. La saboreaba como si fuera vino con miel sobre la suave superficie de los deliciosos labios. La sentía crecer hasta formar una llama a medida que él presionaba más allá, más profundamente, lenta, aunque sutilmente, reclamando su boca.

Ella se apartó con un respingo y los ojos muy abiertos. Lo miró

durante unos segundos, pero él fue incapaz de leerle el pensamiento.

—¡Por el amor de Dios! —Loretta respiró las palabras más que pronunciarlas.

Durante unos segundos sus manos permanecieron sobre las mejillas de Rafe antes de caer hasta sus hombros. Lo apartó y él dio un paso atrás. Loretta siguió mirándolo antes de sacudir bruscamente la cabeza y apartar la mirada.

—No.

Sin mirarlo ni pronunciar una palabra más, se apartó de su lado y se dirigió hacia las escaleras, que rápidamente descendió.

Rafe permaneció donde estaba, observándola. Únicamente después de que ella hubiera desaparecido se formó una sonrisa en sus labios.

Ese «por el amor de Dios» no había sido pronunciado con ardor, con horror, ni siquiera con sobresalto. Había quedado bien patente su fascinación y su embelesamiento.

Descubrimiento. Revelación.

Interés liberado.

Todo eso había resonado en la sorprendida voz.

En cuanto a su «no»…

La sonrisa se hizo más profunda mientras él se volvía para inclinarse sobre la barandilla y contemplar la noche.

Ese «no» no había ido dirigido a él, sino a ella misma.

Capítulo 4

29 de noviembre de 1822
A bordo del Uray Princep *en el Danubio*

A la mañana siguiente, Rafe se reunió con Esme y con Loretta en torno a la mesa del desayuno en el comedor. Esme lo saludó con calidez. Loretta apenas miró en su dirección.

Aunque intentó llamar su atención, ella se negaba a mirarlo a los ojos. El predecible intercambio que mantenían Esme y él sobre el tiempo, ahora más frío, y el paisaje, cada vez más dominado por los bosques, no consiguió arrancar ninguna respuesta de Loretta.

Después del beso que, en contra de sus intenciones, había demostrado concluyentemente que en efecto existía una poderosa atracción entre ambos, una atracción en la que él estaba decidido a ahondar, ella al parecer se había vuelto todavía más reprimida, no menos.

Al final, sintiendo la necesidad de darle un empujón, él preguntó:

—Espero que el paseo de anoche por la cubierta no te provocara un inesperado enfriamiento.

Esme enarcó las cejas mientras miraba a su sobrina nieta.

—No podía dormir —Loretta miró a Esme a los ojos—, por eso me di un paseo rápido por cubierta. —Sin mirarlo a la cara, ella continuó —: El tiempo era bastante cálido, y la excursión no me afectó lo más mínimo.

Sintiéndose demasiado irritado como para embobarse con ella, Rafe entornó los ojos mientras la miraba, mientras miraba su perfil, dado que ella seguía negándose a mirarlo a él.

—Yo había supuesto que el cambio en la temperatura durante el tiempo que pasaste en cubierta te habría pasado factura, por lo menos producido algún efecto.

—Pues es evidente que no fue así. —Ella lo fulminó con la mirada.

—Parecías muy consciente de ese cambio cuando abandonaste la cubierta tan precipitadamente. —Él le sostuvo la mirada.

—No recuerdo nada digno de ser mencionado.

—No es posible que seas tan olvidadiza. —Rafe enarcó una ceja—. ¿O es un olvido intencionado?

Loretta entornó los ojos y, dejando la taza de té sobre la mesa, se apartó de ella.

—Si me disculpáis, estoy segura de que debería estar haciendo alguna otra cosa. —Se levantó mientras Rafe, irritado, la imitaba—. Estaré en el camarote principal, por si me necesitas —le anunció a Esme.

Dicho lo cual, se dio media vuelta y se alejó hacia las escaleras. Rafe oyó el golpeteo de sus zapatillas mientras bajaba las escaleras hacia los camarotes.

Irritado y sin ganas de disimular, él frunció el ceño y se sentó de nuevo. Al otro lado de la mesa contempló la sonrisa que se dibujaba en el rostro de Esme. Estaba absolutamente encantada.

—¿A qué estás jugando? —La pregunta surgió como un rugido y solo consiguió que la anciana sonriera más profundamente.

—No estoy jugando en absoluto, mi querido muchacho. En esto soy una mera espectadora.

—Pues por lo menos podrías ayudar. —Él soltó un bufido.

—Si te digo la verdad, no creo que pueda. Se trata de uno de esos desafíos a los que hay que enfrentarse sin ayuda. Ya te dije que no iba a ser fácil.

La respuesta de Rafe fue una mirada claramente desalentadora.

Ella sonrió, soltó la servilleta y se puso en pie.

—Admítelo, si fuera fácil, la caza no tendría ninguna emoción y tú te aburrirías.

Rafe volvió a levantarse, pero se limitó a gruñir.

Esa mujer tenía toda la razón. Pero eso no significaba que tuviera que gustarle.

Era ya por la tarde cuando el barco redujo la marcha para aproximarse a los muelles de Pressburg. Rafe subía desde los camarotes para reunirse con el resto de los pasajeros sobre la cubierta de observación cuando el capitán lo llamó.

—Tenemos mercancías que descargar aquí, y otras que embarcar. Es probable que permanezcamos atracados durante las próximas veinticuatro horas.

—Gracias por la advertencia. —Rafe inclinó la cabeza.

—Verá, no se trata únicamente de que estaremos ocupados —el capitán sonrió con ironía—, sino que las damas van a querer ir de excursión —señaló con la cabeza hacia la cubierta de observación—. He oído algunas conversaciones.

—De nuevo, gracias por la advertencia. —Rafe gruñó para sus

adentros.

Después de saludar, el capitán siguió su camino. Rafe se detuvo y repasó los argumentos con más probabilidad de conseguir mantener a Esme y a su sobrina nieta a salvo a bordo del barco. Después siguió escaleras arriba.

Tras subir a la cubierta de observación, localizó a Esme y a Loretta, seguidas de sus doncellas, junto al resto de los pasajeros en la barandilla de estribor. Todos señalaban y exclamaban ante las vistas mientras el barco giraba para colocarse paralelo al muelle.

Rafe no había hablado con Loretta desde que ella lo hubiera dejado en el comedor. Estaba bastante seguro de que ella lo evitaba. Y dados sus sentimientos sobre su intento de minimizar el efecto del beso que habían intercambiado la noche anterior, quizás no fuera nada sorprendente. Tenía ganas de fulminarla con la mirada. A cambio, ella parecía decidida a mantener su actitud altiva cada vez que sus caminos se cruzaban.

Y esos caminos iban a tener que cruzarse en breve. Preparándose por adelantado para la batalla, se acercó a ella y a Esme.

—No me puedo creer que esté en un estado tan lamentable. —Loretta contemplaba las ruinas del castillo que, según los libros de viaje, se erguía orgulloso y elevado en una meseta sobre el río, dominando la ciudad—. No quedan más que escombros.

—Antes era magnífico —afirmó *frau* Gruber, envuelta en varios echarpes mientras asentía con la cabeza—. La reina Maria Theresa solía tener aquí su corte. Cuando yo era niña, tuve la suerte de entrar. ¡Estaba todo lleno de dorados y esmaltes, y maravillosos tallados! Era un palacio hermoso.

—¿Y qué le sucedió? —preguntó Esme—. ¿Napoleón?

—No. Fue un incendio. Un accidente, según tengo entendido. —*Frau* Gruber se encogió de hombros—. Son cosas que suceden.

Loretta contemplaba fijamente lo que quedaba de la antigua magnificencia. Se sentía tan decepcionada que le costaba no dejar caer los hombros.

—Tenía tantas ganas de verlo.

—No importa. —Esme le dio una palmada en el brazo—. Todavía quedan muchas cosas que ver. La ciudad posee una historia maravillosamente rica.

—Supongo que todavía seguirá en pie el palacio Grassalkovich y el palacio arzobispal, además de la catedral —observó Loretta sin apartar la mirada de las ruinas del castillo que dominaba sobre la ciudad—. Pero tenía muchas ganas de ver un castillo tan antiguo y que siguiera en uso.

Había esperado utilizarlo como tema central de una reseña. Había conseguido enviar tres a su agente desde Buda, pero el editor quería

más. Iba a necesitar enviarle por lo menos dos más desde Viena, la siguiente parada.

Reordenando los distintos temas que se le habían ocurrido, buscando otro que pudiera resonar con lo que aún quedaba en Pressburg, era al mismo tiempo consciente de la presencia de su correo guía pegado a ella y a Esme.

Se estaba esforzando al máximo en no pensar en él por su nombre con la esperanza de que, refiriéndose a su posición, a su puesto, le ayudaría a recordar que debía mantenerlo a cierta distancia, y sobre todo que debía mantenerse ella a cierta distancia de él. Pero, aunque mantenía la mirada fija en la ciudad, era muy consciente de que él la observaba, luego a Esme, luego de nuevo a ella.

Esme también fingía no haberse dado cuenta de su presencia, aunque Loretta estaba segura de que no era así.

—Sé que supone una gran decepción que el castillo esté en ruinas, querida, pero sospecho que el palacio de Primate estará aún más lujosamente decorado. Si no recuerdo mal, Napoleón y el rey Francis firmaron allí la paz de Pressburg. Y dado que ese presuntuoso corso era muy aficionado al máximo grado de pompa y circunstancia, el palacio de Primate debía de ser, por lo menos en aquella época, el palacio más importante de la ciudad.

Como si acabara de darse cuenta de la presencia de Rafe, Esme se volvió.

—Ah, estás ahí, querido muchacho. Estaba a punto de sugerir una visita al palacio de Primate esta tarde. Hay muchas otras cosas merecedoras de nuestra atención, pero podemos dejarlas para mañana, ya que dispondremos del día entero. Sin embargo, la pobre Loretta está tan decaída tras descubrir que el castillo ha quedado reducido a escombros ennegrecidos que deberíamos hacer algo por animarla.

Si Loretta hubiese sido una de sus hermanas, Rafe habría soltado un bufido, pero lo cierto era que, tal y como había asegurado Esme, se la veía muy decepcionada, la expresión carente de la ansiosa animación a la que se había acostumbrado él. La chispa de entusiasmo inteligente que normalmente iluminaba sus ojos estaba ausente.

Y mientras fruncía el ceño para sus adentros sin dejar de observarla, Hassan apareció desde la popa.

—No hay señal de sectarios por ninguna parte —murmuró cuando Rafe se volvió hacia él.

—¿Lo ves? —Esme sonrió a Rafe—. No hay ningún motivo por el que no deberíamos concedernos una excursión vespertina.

La ilusión iluminó los ojos grises, pero Rafe no sabría decir qué era lo que provocaba esa ilusión, las obras arquitectónicas o la visión de su sobrina nieta atormentándolo a él.

—Supongo que tienes razón. —Loretta se volvió, uniéndose a la

conversación, sus rasgos volviendo a iluminarse, en una pequeña medida, de emoción—. El palacio de Primate será sin duda interesante. —Se había dirigido a Esme, pero a continuación se volvió hacia Rafe—: Y una breve excursión lejos de este barco nos hará bien a todos.

Él la miró a los ojos y fue consciente de los demás, Gibson, Rose y Hassan, además de Esme, aguardando su decisión.

Por lo menos volvía a reconocer su existencia.

—De acuerdo. —Rafe miró a Hassan y luego a Esme—. Pero solo el palacio de Primate y luego de vuelta al barco.

—Por supuesto, querido muchacho. —Esme sonrió resplandeciente —. Lo que tú digas.

Un comandante autoritario no se habría dejado convencer por unos argumentos tan frívolos. Por otra parte, los comandantes más sabios reescribían sus planes para sacar el mayor partido de cada situación.

Rafe se dijo a sí mismo que había actuado con sabiduría. Tenía toda la intención de mantenerse firme y asegurarse de que Esme, Loretta y las dos doncellas permanecieran a salvo a bordo del barco en caso de alguna amenaza. De momento, no parecía haber ningún peligro evidente en Pressburg.

Caminando detrás de Esme y Loretta mientras el grupo era guiado por el palacio de Primate por un servicial guardián, Rafe se alegró de haber elegido la sabiduría. A Loretta no solo se la veía totalmente enganchada, llena de energía, formulando ansiosamente preguntas pertinentes y agudas al guardián, sino que en contra de todas las expectativas que él había tenido, Rafe también encontró interesante la historia del palacio.

—Y esta —el guardián abrió un par de puertas, el intrincado labrado cargado de oro— es la estancia donde Napoleón y el rey Francis II se reunieron. Fue tras la victoria de Napoleón en Austerlitz. El rey Francis tenía pocas alternativas. —Precediéndoles al interior de la estancia, el hombre señaló hacia una ornamentada mesa y dos sillas —. Se sentaron allí, Napoleón a un lado flanqueado por sus generales y detrás de ellos los portaestandartes con numerosas águilas de la legión. A este lado, el rey Francisco y sus tres consejeros.

El guardián conocía bien la historia. O eso, o tenía una excelente imaginación. Sus descripciones de la firma, con todo lujo de detalles, hicieron que la escena cobrara vida.

Cuando el guardián terminó su relato, Rafe parpadeó para regresar al presente y miró a Esme. La mujer parecía interesada, aunque nada conmovida. Al lado de Esme, sin embargo, Loretta parecía tan embelesada como se sentía él.

Dejando atrás el momento culminante de la visita, regresaron por los largos pasillos hasta la puerta a través de la cual habían entrado al palacio.

Loretta hablaba y exclamaba, su imaginación espoleada por todo lo que había visto y sentido. Esme, sin embargo, estaba claramente pensando en otras cosas, y parecía responder a los comentarios de su sobrina al azar.

Exasperada, Loretta al fin se volvió hacia su correo guía:

—Tú combatiste contra Napoleón. ¿No tuviste ninguna sensación latente de que en esa habitación habían sucedido asuntos de gran importancia?

Durante un instante, ella pensó que Rafe iba a soltar un bufido y despreciar la idea como algo exageradamente femenino, pero tras observarla detenidamente, él contestó:

—¿No tanto los fantasmas de las personas implicadas, sino una sombra, una latente sombra del destino?

—¡Sí! Eso es. —«Una latente sombra del destino». Podría utilizar esas palabras. Englobaban a la perfección lo que ella había sentido.

Sintiéndose totalmente reivindicada, Loretta continuó la marcha. Si un hombre como Rafe Carstairs era capaz de sentir los ecos en aquella estancia, entonces no podía estárselo imaginando. Estaba segura de que iba a ser capaz de elaborar una interesante reseña sobre la importancia de la historia en el mantenimiento de los lugares que habían alojado grandes cambios, como el palacio de Primate, y la necesidad de no permitir que se degradaran o cayeran víctimas de la falta de cuidado, como el castillo.

—¿Alguna vez viste a Napoleón? —preguntó mirando a Rafe.

—De cerca no, solo a lo lejos, al final de Waterloo.

—¿Y qué aspecto tenía? ¿Parecía un todopoderoso emperador o un insignificante tirano?

—Solo lo vi en esa ocasión, después de la batalla. Parecía… perdido. —Tras una pausa, él continuó—: El edificio que tanto había peleado por construir durante toda su vida se había derrumbado a su alrededor, en esa ocasión, para siempre. Era un hombre pequeño y cuando lo vi estaba de pie, con Wellington, Blütcher y los demás generales rodeándolo. Napoleón parecía un pequeño comerciante que se encontraba en compañía de reyes.

Llegaron a la puerta y se despidieron del guardián. Loretta fue muy efusiva. Rafe sonrió y le ofreció al hombre un considerable donativo para el mantenimiento del palacio. Tras ofrecerle su brazo a Esme, la ayudó a bajar las escaleras hasta donde esperaba el carruaje que habían contratado para llevarlas de regreso a los muelles. Hassan se materializó de la nada y abrió la puerta.

Rafe ayudó a Esme a subir antes de volverse y ofrecerle su mano a

Loretta.

Ella la contempló, titubeó, y posó sus dedos sobre ella.

Ambos sintieron la conexión, la chispa de sensualidad, cuando él cerró los dedos en torno a los suyos.

Loretta levantó la mirada hasta la de él, encajó la mandíbula, pero inclinó la cabeza y le permitió ayudarla a subir al carruaje.

Las dos doncellas ya estaban dentro. Rafe se volvió hacia Hassan.

—Yo viajaré con el conductor para mantener la vigilancia —anunció Hassan.

Rafe asintió y siguió a Loretta al interior del coche.

No vieron a ningún sectario en el camino de regreso al barco. Sin embargo, y porque estaban muy alerta, Rafe y Hassan se fijaron en dos hombres, por su vestimenta lugareños, merodeando entre las sombras de uno de los almacenes que bordeaban el muelle.

El grupo había bajado del carruaje alquilado en lo alto del muelle y caminado poco más de cuarenta y cinco metros hasta donde el *Uray Princep* flotaba sobre la suave crecida del río. La atención de los hombres se había clavado en el grupo en el instante en que habían puesto un pie en el muelle. Si bien había muchos hombres de todo tipo entrando y saliendo de los almacenes cercanos, y yendo de un lado a otro del muelle de madera, todos excepto los dos merodeadores parecían tener un propósito claro.

Hassan permaneció alerta en la parte inferior de la pasarela mientras Rafe ayudaba a Esme y luego a Loretta a subir a bordo. Después, Hassan vigiló a las dos doncellas que siguieron a sus señoras a bordo.

Ni Rafe ni Hassan habían mostrado ninguna señal de que habían visto a esos dos hombres ocultos entre las sombras. Con una inclinación de la cabeza, Rafe le hizo a Hassan una señal para que subiera a bordo.

—La cubierta de observación —murmuró cuando el corpulento pastún se reunió con él.

Los dos subieron y se acercaron a un lado del barco mientras miraban entre las barandillas. Los dos hombres no parecían haberlos visto. Mientras las damas tomaban el té en el salón más abajo, los observaron conversar y reírse, esperaron a ver si la pareja prestaba la misma atención a los otros pasajeros que regresaban al *Uray Princep* como les habían prestado a ellos.

Pero los hombres no parecían interesados en nadie más.

—Eso no es bueno —observó Rafe mientras, a medida que la luz disminuía hasta una penumbra invernal, los dos vigilantes se levantaban, se estiraban y, con una última mirada hacia el *Uray*

Princep, desaparecían por un callejón entre dos almacenes.

—¿Podría ser que la secta haya contratado a lugareños para que trabajen para ellos? —preguntó Hassan.

—Es posible. —Carstairs hizo una mueca—. Vamos a tener que permanecer en guardia.

Se repartieron el resto de las horas del día, así como las de la noche. Uno de ellos estaría siempre de guardia, armado y en alerta. Mientras Hassan bajaba al camarote para echar una cabezada, Rafe se dirigió hacia el otro lado de la cubierta y miró hasta donde le alcanzaba la vista, hacia los bosques que se extendían al otro lado del río.

Luego miró hacia el este, hacia Inglaterra.

Tenía una misión que cumplir. Esa era su prioridad. Perseguir a Loretta Michelmarsh era menos urgente.

Ver a esos hombres enviados para vigilar a su grupo había reforzado esa noción, había reajustado su propósito.

Le había recordado su meta.

A pesar del ritmo lento del viaje, no tenía tiempo para permitirse ninguna fascinación con una joven dama que, al parecer, no deseaba que él estuviera interesado en ella.

Loretta se dio cuenta del cambio. Al fin sola en el camarote, con el barco en silencio a su alrededor, deambuló y se entretuvo con sus pensamientos.

Durante la cena y la posterior reunión en el salón, la atención de Rafe había parecido totalmente centrada en otra parte.

Hacia fuera. Fuera del barco.

Esa falta de atención era similar a la que había visto en Rafe y en Hassan en Buda, cuando los dos habían esperado un ataque de los sectarios, pero la intensidad había aumentado, se había afinado, era más controlada y absoluta.

Además, Hassan no había estado presente durante la cena. Cuando ella había comentado su ausencia, Rafe se había limitado a contestar que Hassan ya había comido.

Esme también se había dado cuenta del cambio. Al preguntar si sucedía algo, Rafe lo había negado, atribuyendo el incremento de su vigilancia a simplemente estar en guardia.

—¡Ja! —Loretta se dio media vuelta—. Ha debido de pasar algo, pero ¿qué?

Ella no había visto nada, ni tampoco Rose ni Gibson. Y estaba segura de que Esme tampoco. ¿Qué había podido provocar ese cambio?

—Debería alegrarme. Al menos ya no me está observando. —Loretta apartó las faldas con el pie—. Y resulta tranquilizador saber que está

prestando atención a su misión y sus posibles peligros, como debe ser. Pero… ¡Maldita sea! Menudo momento ha elegido para regresar a su papel de simple guardián.

Tras la excursión vespertina, ella había deseado retomar la conversación. Averiguar más. No solo acerca de ese impresionante beso y lo que pudiera significar, sino también sobre él, el hombre que había entendido lo que había querido decir y le había puesto la etiqueta de «sombra del destino».

Sin embargo, él había reculado, había cambiado de interés, y siendo sincera con ella misma, Loretta echaba de menos su atención. Echaba de menos la calidez de su mirada posada en ella, echaba de menos levantar la vista y encontrarlo observándola como si deseara conocer todos sus secretos.

Echaba de menos las bromas intercambiadas. Aunque en su momento no las había apreciado, las había encontrado estimulantes en un sentido intelectual.

Echaba de menos levantar la mirada y fundirse con la suya.

Deteniéndose, frunció el ceño hacia la pared. Sí, no le había animado esa mañana, más bien todo lo contrario. Era totalmente justificado que Rafe se apartara de ella.

Nunca antes se había visto implicada en interacciones como esas, pero sospechaba que, si deseaba recuperar su atención, al menos lo suficiente para poder averiguar qué podría presagiar la inesperada conexión entre ellos, una conexión que no podía negar después del ardiente y enloquecedor beso, tendría que ser ella quien hiciera el siguiente movimiento, quien diera el siguiente paso.

Fuera cual fuera.

Se sentía algo ridícula, tenía veinticuatro años y menos experiencia que una atolondrada chiquilla de diecisiete, pero si quería aprender más le correspondía a ella hacer algo para reactivar su… conexión.

Era noche cerrada y el resto de las personas del barco sin duda se habían retirado a sus literas. Cubriéndose con el abrigo, Loretta abrió la puerta, salió del camarote principal y se dirigió a la cubierta de observación.

Necesitaba dar su habitual paseo y estaba segura de que Rafe estaría en la cubierta.

En lo alto de las escaleras, salió a la oscuridad, se volvió y lo vio junto a la barandilla. La luna se ocultaba tras unas gruesas nubes y él no era más que una sombra densa contra la fluida tinta del río más allá, pero supo que era él.

Aunque no estaba solo.

Por la estatura de la otra sombra, Loretta supuso que se trataba de Hassan de pie junto a Rafe.

Los dos la vieron y se volvieron.

Loretta titubeó.

Rafe se apartó de la barandilla y se acercó silenciosamente hasta ella.

En la penumbra, ella apenas veía sus rasgos.

—Dadas las circunstancias, mientras permanezcamos atracados en una ciudad, no deberías subir a cubierta de noche. Te sugiero que regreses abajo.

Loretta deseaba preguntar cuáles eran esas circunstancias, pero el tono de voz de Rafe era el de un oficial acostumbrado a mandar. Quizás lo había disfrazado de sugerencia, pero en realidad se trataba de una orden.

—Solo quería dar mi habitual paseo —contestó ella.

—Tendrás que pasear abajo.

Los ojos de Loretta se habían acostumbrado a la luz, pero al igual que la voz de Rafe no delataba nada, sus rasgos tampoco. Se sintió rebelde y consideró negarse.

Ni Hassan ni yo necesitamos la distracción de tus paseos en cubierta mientras estamos de guardia y existe la posibilidad de un ataque. Por favor, vuelve abajo.

El «por favor», funcionó. Loretta reprimió un suspiro, agachó la cabeza y dándose media vuelta bajó las escaleras.

No era justo dificultarles aún más la guardia. Hassan y Rafe no estaban ahí fuera porque les apeteciera permanecer despiertos toda la noche.

Estaba regresando a su camarote cuando se dio cuenta de lo que él le había dicho.

Cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que su paseo por cubierta no habría distraído a Hassan.

A la mañana siguiente, y para sorpresa de Loretta, Rafe no hizo ningún intento por disuadirla a ella o a Esme de realizar la excursión propuesta por la ciudad.

Había una serie de barcos fluviales atracados en el muelle principal. Su grupo se cruzó con numerosos visitantes que caminaban por las calles. A pesar de la creciente tensión de Rafe y Hassan, no parecía probable que se produjera ningún peligro con tanta gente alrededor.

Visitaron el palacio Grassalkovich y el palacio arzobispal, admirando la arquitectura y la ornamentación, antes de detenerse en una pintoresca posada para comer.

Mientras Loretta, Esme, Rose y Gibson charlaban sobre lo que habían visto, Rafe y Hassan permanecieron sombríamente silenciosos, observando constantemente a su alrededor. Pero todo se mantuvo en calma y sereno.

Al salir a la pálida luz de la tarde invernal, Esme se detuvo y miró a su alrededor.

—Solo nos queda la catedral, después podremos regresar al barco para tomar el té. —Con el bastón señaló la alta aguja de la catedral de San Martín.

La catedral estaba a tan solo cinco minutos de paseo tranquilo. Una de las puertas de la catedral estaba abierta y entraron a la silenciosa y reverencial penumbra de una estancia panelada en madera por la que deambularon hasta llegar a la entrada del edificio.

Unos altos arcos y enormes travesaños enmarcaban el techo de la catedral y llevaban la atención a las vidrieras de colores detrás del altar. Con Esme a su lado, Loretta caminó despacio, tomando nota de los ornamentados bancos, las recargadas alfombras y los cojines de oración en tono carmesí. El altar estaba cubierto por un fabuloso tapiz de lino bordado con hilos de oro. Sobre él, dos enormes candelabros estaban flanqueados por dos cálices.

Esme y ella fueron directas hasta el altar para contemplar más de cerca el bordado de hilos de oro. Rose y Gibson les pisaban los talones.

Rafe se quedó en el vestíbulo, pero tras un último vistazo a la puerta abierta le hizo una señal a Hassan para que avanzara y, a regañadientes, echó a andar por el pasillo central. La iglesia estaba construida en piedra sólida. Si bien las pisadas se oían con facilidad en el interior, era prácticamente imposible oír a alguien acercarse a la puerta de la iglesia, y esa puerta parecía ser su única salida a la calle. No se sentía del todo cómodo con la situación, pero aún lo estaba menos con dejar demasiada distancia entre él y Hassan y sus protegidas. Haciendo una mueca para sus adentros, avanzó lentamente por el pasillo.

Hassan y él estaban inspeccionando los asientos del coro detrás del altar cuando un sonido llamó su atención hacia la capilla que había a la derecha de la nave.

De entre las sombras surgieron cuatro hombres.

Dos de ellos eran los merodeadores del muelle del día anterior.

Rafe soltó un juramento y echó a correr.

Ninguno de los cuatro hombres blandía armas, pero la actitud amenazante mientras corrían hacia las mujeres era evidente, presumiblemente con intención de tomarlas como rehenes.

Y mientras la idea se formaba en la mente de Rafe, vio a Loretta y a Esme esconderse rápidamente tras el altar, tirando de Rose y Gibson. Rafe tuvo tiempo suficiente para murmurar una palabra de agradecimiento por la rapidez de pensamiento de las mujeres, antes de que los cuatro hombres, formando una fila frente al altar, se giraran para enfrentarse a él y a Hassan.

Ni Rafe ni Hassan redujeron la velocidad, haciendo que el impulso los condujera directamente hacia ellos.

El hombre contra el que chocó Rafe se cayó de espaldas contra el altar. Su cabeza golpeó el sólido mármol antes de que sus piernas se doblaran y el hombre se deslizara hasta el suelo. El hombre contra el que chocó Hassan sufrió un destino similar.

Uno de los dos atacantes que quedaban en pie soltó un gruñido y lanzó un puño del tamaño de un jamón contra la cabeza de Rafe. Rafe bloqueó el golpe y atizó con fuerza a su contrincante en el estómago.

Intercambiaron un golpe tras otro. Rafe consiguió esquivar la peor parte de los salvajes puñetazos. Por el rabillo del ojo, vio al que había dejado inconsciente contra el altar esforzarse por ponerse en pie, presumiblemente para unirse a la refriega. Carstairs vio un hueco en la defensa de su oponente, avanzó y lo golpeó con fuerza en la mandíbula, haciéndole caer como un abeto talado.

Rafe se volvió hacia el que acababa de levantarse en el instante en que Loretta, asomándose sobre el altar, le golpeaba la cabeza con uno de los cálices.

La mirada del hombre quedó en blanco mientras caía de nuevo al suelo.

Rafe se giró para ayudar a Hassan, que peleaba contra un oponente ya aturdido y otro muy concentrado. Despachó enseguida al aturdido y para entonces Hassan ya había dejado inconsciente al otro.

Con el cáliz que Esme le había lanzado todavía en la mano, Loretta rodeó el altar para contemplar a la persona que había tumbado. Todavía no podía creerse que hubiese golpeado a un hombre dejándolo inconsciente, pero allí estaba, tirado como si fuese un borracho dormido.

Esperaba sentirse conmocionada, o por lo menos presa de alguna forma de sensibilidad, pero lo único que sentía surcar sus venas era excitación y una felicidad muy parecida al triunfo.

Antes de poder seguir reflexionando sobre sus inesperados sentimientos, Rafe la tomó de la mano, le arrancó el cáliz de los dedos y lo dejó sobre el altar. A continuación, agitó una mano en el aire para llamar a Esme y a las doncellas.

—¡Rápido, fuera!

Esme, Gibson, y Rose se apresuraron a salir de detrás del altar, pasaron junto a Loretta y Rafe hacia donde Hassan las esperaba para dirigirlas rápidamente por la catedral.

—Entra en el vestíbulo. —Rafe empujó a Loretta al interior. Ella corrió detrás de los demás, seguida de cerca por Rafe. Él miró hacia atrás, al igual que Loretta, y sintió su mano rozarle la espalda como si necesitara asegurarse de que ella siguiera allí, cerca, aunque estuviera mirando en la dirección contraria.

Los demás aguardaban en el vestíbulo.

—¿Deberíamos denunciar esto ante alguien? —preguntó Esme.

—¿De verdad quieres abandonar el *Uray Princep* y pasar las siguientes semanas dando explicaciones ante las autoridades locales? —Rafe la miró a los ojos.

—No. —Esme parpadeó.

—Yo tampoco. —Rafe miró a los demás, y por último a Loretta—. Por suerte, nadie ha resultado herido aparte de unos cuantos golpes, y éramos los únicos presentes en la catedral. Sugiero que dejemos a esos cuatro donde están y caminemos tranquilamente y con calma de regreso a los muelles.

—¿Como si no hubiese sucedido nada? —preguntó Loretta recibiendo un sombrío asentimiento a modo de respuesta.

Por consenso general eso fue lo que hicieron, y eso le proporcionó a Loretta tiempo para revivir la experiencia y examinar sus sentimientos.

Su sorpresa ante el ataque. Su sorpresa, de otra clase, al ver a Rafe correr a su rescate y luego intercambiar violentos golpes con uno de los atacantes.

Su espanto al comprender que el primer hombre que Rafe había golpeado se había recuperado y tenía la intención de ayudar a su compañero atacándolo, dos contra uno. Desesperadamente, había mirado a su alrededor en busca de algo con lo que golpear al malhechor y, como de costumbre, los hombres habían hecho caso omiso de las mujeres y ni siquiera miraban en su dirección. Esme había agarrado el cáliz y se lo había entregado, blandiéndolo, ella no había dudado y lo había elevado con fuerza, y con decisión lo había estampado contra la cabeza del cobarde rufián.

La sensación había sido maravillosa, satisfactoria por haber podido hacer algo, por haber podido contribuir al alivio del grupo, aunque solo fuera de un modo mínimo.

Por haber evitado que Rafe sufriera alguna herida innecesaria.

Estaba bastante segura de que una joven dama recatada y formal debería desvanecerse al ser testigo de un acto de violencia física de tal naturaleza. Pero por mucho que buscara en su interior, sencillamente lo de desmayarse no iba con ella. No con la excitación todavía burbujeante en sus venas.

No. Si acaso lo que sentía era orgullo, orgullo por haber puesto algo de su parte y ayudado a Rafe y a Hassan a defender al grupo.

Llegaron al muelle sin sufrir ningún incidente más y, bajo la vigilante mirada de Rafe y Hassan, subieron de nuevo a bordo para disfrutar de lo que ella consideró una bien merecida tarde de té.

Rafe no respiró con normalidad hasta que todas las mujeres estuvieron de regreso a bordo del *Uray Princep*. Su primer pensamiento había sido que esos hombres eran asalariados de la secta, enviados para conseguir el portarrollos. Pero ya no estaba tan seguro.

Tras reunirse con Hassan en la cubierta, observó detenidamente el muelle.

—Aparte de esos hombres, no he visto nada que sugiera la presencia de la secta ahí fuera.

—Yo tampoco. —Hassan contempló la ciudad—. ¿Podrían ser ladrones locales con intención de robar a los viajeros?

—Supongo que es posible. Tras la guerra, a menudo hay problemas con los soldados licenciados que ya no tienen hogar ni empleo. Pero, en mi opinión, la guerra acabó hace demasiado tiempo como para que eso siga siendo un problema. —Rafe hizo una mueca—. Ahora me gustaría averiguar si han sido contratados por alguien o si actuaban por cuenta propia.

—Eso ya no importa. —Hassan se apartó de la barandilla—. Estamos a salvo y seguiremos vigilando, y la tripulación nos ayudará en caso de necesidad.

—Eso es cierto. —Rafe miró el puente—. Hablaré con el capitán, le contaré que fuimos asaltados en la ciudad y sugeriré que zarpe lo antes posible. Al parecer, ya han terminado de cargar la mercancía.

Apartándose de la barandilla, Rafe se dirigió hacia el puente.

Una vez informado de la situación, el capitán expresó su indignación ante el ataque y, con toda la carga ya a bordo y todos los pasajeros de regreso, rápidamente dio órdenes para que el barco abandonara el muelle.

Media hora más tarde, navegaban lentamente río arriba una vez más.

Más tarde esa noche, tumbada en la cama, Loretta intentaba examinar de una manera lógica los cambios experimentados en su interior. Había comprendido desde el principio la intención de Esme, su intención de planificar el viaje para sacudirla, a Loretta, de su habitual y decidido apego a los cuadriculados ideales de Robert y Catherine.

Con la excepción de Robert, los Michelmarsh no eran cuadriculados. Loretta sabía que ella no lo era, pero hacía mucho que había descubierto que la vida resultaba mucho más sencilla de vivir, de mantener bajo su completo control, cuando la gente pensaba que era recatada, decorosa, tímida y silenciosa.

Por lo menos la vida había sido más sencilla de controlar hasta que todos esos pretendientes habían empezado a pedir su mano.

En algún punto del viaje, en Madrid, había decidido que no podía regresar a Londres y seguir viviendo como lo había hecho hasta entonces, seguir viviendo una vida de mentira. De lo que no había tenido idea, y seguía sin tenerla, era de qué clase de vida deseaba, qué clase de persona deseaba ser.

Por supuesto, su propia persona. Al desprenderse de la fachada recatada y decorosa, no había tenido intención de reemplazarla por otra que también indujera a error. No. Lo que necesitaba definir era quién era realmente Loretta Michelmarsh.

Y hasta que no lo supiera no estaría segura de cómo comportarse de ahí en adelante.

A lo largo del viaje, Esme la había desafiado repetidamente, de una u otra manera, para que se cuestionara quién era y así descubrir la necesaria respuesta. Y el mayor desafío que Esme había arrojado en su camino hasta ese momento era Rafe Carstairs.

Ese hombre ya la había desafiado, la había arrancado de su habitual patrón de comportamiento, lo suficiente como para conseguir que lo besara.

Y él le había devuelto el beso, haciendo crecer su curiosidad hasta unos niveles en los que el impulso de atormentarlo para conseguir más besos la poseía cada vez que posaba sus ojos en él.

Pero sobre todo ese hombre le hacía sentir. En el poco tiempo que lo había conocido, había sentido más emociones: ilusión, felicidad, anticipación, un toque o dos de miedo, irritación e ira, así como algo que sospechaba era deseo. Y esas emociones las había sentido con más intensidad de la que jamás había imaginado que podría.

Simplemente con estar en su compañía se sentía viva y entusiasmada por vivir de un modo peligroso, imprudente, lanzándose a tumba abierta. Rafe Carstairs representaba una poderosa tentación para vivir como una Michelmarsh… con vertiginoso abandono.

No le hacía falta comprobarlo para saber que Esme se sentía orgullosa.

Sin embargo, Loretta no estaba tan segura de sí misma. Habría comprendido sus reacciones, los cambios en su interior, si Rafe hubiera sido el hombre de sus sueños. Pero no entendía cómo podía serlo.

Cierto que era lo bastante atractivo, pero también era sumamente arrogante, superior y dictatorial cuando le venía bien, encantador cuando parecía ser la mejor manera de conseguir lo que deseaba. Era prepotentemente arrogante y brusco cuando alguien se cruzaba en su camino. Y rugía como un oso cuando no conseguía lo que quería.

Pero sobre todo Loretta estaba bastante segura de que jamás podría controlarlo. Rafe era fuerte y tenía demasiado carácter. Los iguales se reconocían en ese aspecto y, dado que ella jamás podría controlarlo a

él, no auguraba nada bueno para una pacífica vida de casada.

Aunque sí quizás para una interesante vida de casada.

Sin embargo, ella no era una tonta descerebrada que se lanzaría a algo sin la debida reflexión. Hasta decidir qué clase de dama era en realidad, debería seguir el camino de la sabiduría y mantenerlo alejado de ella.

Mientras tanto, el sueño le cerró los ojos. Loretta suspiró y se relajó.

A punto de quedarse dormida, volvió a revivir los excitantes momentos en la catedral.

Tenía que admitir que le gustaba sentirse viva. Sentirse ferozmente comprometida con la vida.

Esme se sentiría feliz. Y sus hermanas también.

Fuera cual fuera el camino elegido, la recatada y formal Loretta Michelmarsh había dejado de existir.

Capítulo 5

1 de diciembre de 1822
A bordo del Uray Princep*, anclado frente a Viena*

—¡Me muero por ver las tiendas! —exclamó *frau* Hemleich resplandeciente—. ¡Pasar aquí la Navidad va a ser maravilloso!

—Me alegra tanto que Wilhelm sugiriese que interrumpiésemos el viaje aquí —dijo *frau* Gruber.

Loretta sonrió y continuó su camino cruzando el salón y deteniéndose para charlar con unos y otros. Todos los pasajeros abandonaban el barco en Viena, ya fuera para pasar algún tiempo allí o para seguir el viaje por tierra. El barco estaba en esos momentos anclado fuera de los límites de los muelles de la ciudad, pero atracaría a la mañana siguiente y permanecería en el puerto hasta el día después.

Se preguntó si Rafe habría tenido algo que ver con la decisión del capitán de permanecer en el río y atracar, si lo había entendido bien, únicamente durante el tiempo mínimamente necesario.

Entre el grupo de gente vio a su correo guía hablando con *herr* Gruber. Así había sido durante todo el día. Aparte de durante las comidas, disfrutadas en el comedor con todos los demás a su alrededor, solo había visto a Rafe desde lejos. A pesar de que compartían la misma mesa, él parecía concentrado en otras cosas, contribuyendo poco a la conversación.

Y eso, se recordó a sí misma, era bueno, dada su decisión de mantenerlo alejado de ella, por lo menos de momento.

Deteniéndose junto a la silla de Esme, no le sorprendió oír a su tía abuela hablar con el capitán de sus planes de visitas para el día siguiente. Lo que sí le sorprendió fue la escasez de esos planes.

Incluso el capitán le hizo la observación, a lo que Esme respondió:

—He estado en Viena muchas veces. En realidad, no hay mucho que necesite volver a ver aquí.

Algo perpleja, Loretta sonrió al capitán y siguió su camino. Se detuvo en el estrechamiento del salón y miró hacia el exterior, hacia

la negra franja del río que seguía su camino bajo las brillantes luces de la ciudad.

Un repentino escalofrío de conciencia le hizo girarse. Sus sentidos saltaron, el corazón se le aceleró.

Rafe estaba de pie a su lado, también mirando hacia el exterior. Señaló con la cabeza hacia los edificios de Viena.

—¿Ya ha decidido Esme lo que quiere ver mañana?

Su voz sonaba sombría, como si anticipara una batalla por una agenda ocupada, variada y potencialmente peligrosa.

—Acabo de oírle hablar con el capitán. Al parecer, desea pasear por los muros de la ciudad para comprobar si las vistas son tal y como las recuerda, y luego visitar la catedral de St. Stephen.

—¿Eso es todo? —Él frunció el ceño y la miró a los ojos.

—Todo lo que ella admite querer ver.

—Para ser ella, me parece que está muy comedida.

—Puede que el incidente en Pressburg la haya inquietado. —Loretta se encogió ligeramente de hombros.

—Ojalá sea así. —Rafe soltó un bufido.

Loretta no tenía nada que decir a eso, pero… aunque Rafe permanecía totalmente tranquilo, ella sintió que no lo estaba.

—Sin duda conoceremos la verdad mañana —dijo él, y se apartó de ella.

Loretta permaneció donde estaba, contemplando la noche, y preguntándose por ese sentimiento que se deslizaba insidiosamente a través de su cuerpo. ¿Decepción?

No le gustaba, no quería sentirlo. Se volvió rápidamente y continuó su camino, deteniéndose junto a *frau* Gruber.

—¿Adónde tienen planeado ir después de Viena?

A la mañana siguiente, Rafe abandonó el barco en cuanto arribó a puerto. Regresó a las diez llevando en los bolsillos los pasajes de todas las literas para pasajeros que habían quedado vacantes.

Encontró a Esme y a Loretta en el salón, sentadas ante el amplio ventanal. Habían estado contemplando la ciudad mientras esperaban. Las dos llevaban puestos sus abrigos y sombreros y se volvieron hacia él cuando entró en el salón.

—Acabo de estar en las oficinas de la compañía naviera Excelsior. Seremos los únicos pasajeros hasta llegar a Ulm.

—¿Ulm? —Esme frunció el ceño antes de que su rostro se iluminara —. Ah, entiendo. Allí abandonaremos el Danubio y seguiremos por tierra hasta Estrasburgo para continuar el viaje por el Rhin.

—Dadas las circunstancias —dijo él—, he pensado que lo mejor sería evitar la distracción de otros pasajeros. En el caso de que se

produzca algún ataque, ni Hassan ni yo, o el capitán y la tripulación, tendremos que preocuparnos por proteger a más personas.

Y al eliminar esa distracción, había eliminado también toda interacción social para Esme y Loretta, pero esperaba que no fueran a protestar. Él había aprovechado la ocasión para mejorar su posición defensiva.

Para su alivio, tras unos segundos de reflexión, Esme sonrió.

—Hará que todo sea mucho más tranquilo, pero también más íntimo. —La mujer miró a Loretta—. Tendremos la mitad del barco, la parte de los pasajeros para nosotras solas.

A Rafe no se le había ocurrido. Miró a Loretta y rápidamente devolvió la mirada a Esme.

—¿Estáis preparadas para aventuraros ahí fuera?

Por lo menos durante la excursión no le atormentaría la idea de la intimidad con Loretta Michelmarsh.

Mientras esperaban junto a la pasarela a que Rose y Gibson se reunieran con ellos, Hassan se acercó, dispuesto a ejercer de guardián de las mujeres. Había mantenido la vigilancia sobre la cubierta de observación mientras Rafe estaba en la ciudad.

Cuando Hassan se detuvo junto a él, Rafe se dio una palmadita al bolsillo.

—He comprado todas las literas vacías. Desde aquí y hasta Ulm solo estaremos nosotros.

—Eso hará que la vida sea más sencilla —dijo Hassan.

Rafe esperaba que así fuera. Miró a Esme y a Loretta, que charlaban a unos metros de ellos, y bajó la voz.

—He visto sectarios en la ciudad, no en el terraplén, sino más hacia el interior. Parecían estar patrullando las principales plazas. No me vieron y tampoco estaban buscando activamente.

—Eso sugiere que todavía no saben que nos dirigimos en esta dirección, ni que estamos utilizando el río. —Hassan miró a las mujeres cuando Rose y Gibson se reunieron con ellos, y de nuevo miró a Rafe a los ojos—. ¿Crees que los miembros de la secta nos reconocerán?

—¿Acompañados de cuatro mujeres? —Rafe hizo una mueca—. No sabría decirlo.

Carstairs se adelantó para ayudar a Esme a bajar la pasarela y luego regresó para ofrecerle su mano a Loretta. Como de costumbre, cuando agarró la mano sintió esa indefinible chispa, sintió su reacción, pero se esforzó por ignorarla.

Cuando la soltó, ella lo miró fijamente.

—Quiero que sepas que no lo hago a propósito. —La voz de Rafe denotaba frustración.

Ella frunció el ceño, pero se dio media vuelta cuando Esme gesticuló

con el bastón y todos emprendieron la marcha hacia la ciudad.

La primera visita fue a la catedral, que a esas horas no celebraba ningún servicio. Loretta caminaba detrás de Esme, examinando los ricamente adornados acabados, embebiéndose de la atmósfera ornamentada y en cierto modo recargada, mientras se preguntaba si podría sacar algo de todo aquello. Había completado una excelente reseña basada en sus experiencias en Pressburg, pero a partir de ahí su mente parecía haberse estancado. Necesitaba algún tema que la inspirara.

Por desgracia, la catedral, si bien indudablemente digna de mención, no encendió ninguna chispa.

A diferencia de Rafe Carstairs, aunque no iba a pensar en él.

Por otra parte, ¿existía algún modo en que pudiera utilizar su misión, incluso a él, sus atributos, como la piedra angular de algún comentario? Cuanto más pensaba en ello, más inspirada se sentía, pero una reseña de ese tipo iba a tener que esperar hasta que estuviera de vuelta en Inglaterra y hubiera recuperado su habitual columna. De momento… estaba confundida.

Tras media hora deambulando con los ojos muy abiertos bajo las vigilantes miradas de Rafe y Hassan, Esme declaró que estaba preparada para abandonar la catedral. Procedieron en orden hacia las murallas de la ciudad. Los amplios baluartes se habían convertido en elegantes paseos por los que caminaban tanto visitantes como lugareños, los primeros admirando las vistas desde las elevadas almenas, mientras los últimos utilizaban los amplios paseos como un improvisado lugar de encuentro.

Aunque el viento era frío, el sol le había ganado la batalla a las nubes y bañaba triunfalmente con una débil luz los caminos de piedra. Dado que todos iban bien protegidos contra el viento, resultaba muy agradable pasear y observar, tanto las vistas como a las demás personas con las que se cruzaban.

—Viena debe de ser una de esas ciudades incluidas en el itinerario de todo el mundo —comentó Loretta cuando Rafe se colocó a su lado —. He visto más extranjeros de distintos países aquí que en ningún otro lugar durante nuestro viaje, incluyendo París.

—Eso nos viene bien —dijo él mientras recorría la muchedumbre con la mirada—, porque así no se nos distinguirá de cualquier otro grupo de visitantes venidos para admirar las vistas.

«Entonces podría relajar ligeramente su vigilancia y quizás mirarme cuando me habla». Loretta se mordió la lengua, no del todo segura de dónde habían surgido esas palabras.

Un poco más adelante, Esme se había detenido junto a una sección de las almenas. Loretta y Rafe se reunieron con ella.

—Cuando Richard y yo estuvimos aquí la última vez —la anciana

señaló—, nos alojamos en un encantador albergue al otro lado de esa plaza.

La plaza que señalaba estaba en el centro de lo que, por los tejados y lo que se veía de las casas, era uno de los barrios más adinerados.

Muchos miembros de las embajadas se alojan en esa zona. —Esme sonrió—. La actividad social era constante desde la mañana hasta la noche.

Desde su privilegiado ángulo de observación, aproximadamente la mitad de la plaza resultaba visible. Loretta vio dos hombres vestidos con largos y sencillos abrigos caminando por un lado de la plaza. Llevaban una especie de turbante junto con lo que parecía un pañuelo negro con los extremos sueltos flotando al aire.

Con la mirada fija en las dos personas, ella agarró el brazo de Rafe y apretó con fuerza.

—¿Esos son sectarios?

Loretta ya conocía la respuesta, pues sintió los músculos tensarse como el acero bajo la manga de Rafe antes de que contestara.

—Sí. —Él se interrumpió antes de continuar—: Los he visto esta mañana, pero al igual que entonces parecen estar patrullando.

—Hay más allí —susurró Rose.

Todos miraron hacia donde señalaba la doncella y vieron a otra pareja, vestida de manera similar, caminando por una de las elegantes avenidas.

—Hay otro lugar un poco más adelante que ofrece unas buenas vistas de las calles más elegantes —intervino Esme—. ¿Nos acercamos?

Lo hicieron, y desde la nueva posición de observación vieron a cuatros sectarios más. Como los anteriores, simplemente paseaban.

—Parecen concentrarse únicamente en las mejores zonas —observó Loretta.

—De hecho —intervino Esme—, si no me falla la memoria, esas calles y plazas albergan los principales hoteles dedicados al comercio de carruajes.

—Están vigilando y esperando nuestra llegada —afirmó Rafe.

—Lo cual significa que no saben que ya estamos aquí. —Loretta contempló el rostro de él.

—Todavía no —contestó Rafe sin ocultar un tono sombrío y volviéndose hacía Esme—. ¿Hay algún otro lugar que quieras visitar?

—Creo que ya he visto todo lo que necesitaba ver. —Esme sacudió la cabeza sin apartar la mirada de los sectarios.

Les llevó cierto tiempo desandar el camino.

En cuanto estuvieron de regreso en las calles próximas al río, Rafe se sintió obligado a preguntar si Esme deseaba detenerse a comer en una de las agradables posadas junto a las que pasaban.

Para su alivio, la mujer sacudió la cabeza.

—No, no. Podemos disfrutar de un almuerzo tardío cuando estemos de nuevo a bordo. Creo que esta tarde voy a descansar.

Era la primera vez que oía a Esme hablar de descansar durante el día, claro que, aunque animada, desde luego no era joven. Aun así, captó la expresión sorprendida de Loretta dirigida hacia su pariente, como si el concepto de Esme descansando también fuera nuevo para ella.

Sin embargo, Rafe no iba discutir.

Experimentaba emociones encontradas sobre si quería o no cruzarse con algún sectario. Deseaba averiguar si sus disfraces funcionaban. Pero tras haber visto a ocho, y llevando a Loretta, Esme, Rose y Gibson con ellos, el principal imperativo que dominaba su mente era llevar a las mujeres sanas y salvas a bordo.

Y no estaba dispuesto a discutir con sus instintos.

Caminaban por las calles más estrechas que conducían a los muelles, y se encontraban a dos manzanas del río, cuando seis hombres que avanzaban en sentido contrario de repente se desplegaron y bloquearon su camino.

Rafe agarró a las mujeres y las empujó por una puerta. Siendo la hora de la comida, la calle estaba temporalmente desierta. Sin apartar la mirada de los seis hombres, por su aspecto lugareños, matones de las tabernas del puerto, supuso, percibió el brillo de un cuchillo en un robusto puño. En un segundo, su sable estaba desenvainado.

A su lado, Hassan también había desenvainado su espada.

—Preferiría no matar a ninguno —murmuró Rafe.

—Ya veremos —contestó Hassan sin apartar la mirada de sus oponentes.

Los hombres corrieron hacia ellos.

El choque fue rápido y brutal. Los atacantes habían planeado superarlos por su número, pero tanto Rafe como Hassan se hicieron a un lado en el último instante y dos de ellos cayeron inmediatamente al suelo, hábilmente noqueados con las empuñaduras de las espadas al pasar.

Eso dejó a Rafe y a Hassan con dos enormes atacantes para cada uno.

Con ojos desorbitados, Loretta observó la pelea, intentó seguir los movimientos, el chocar del acero, intentó anticipar los movimientos de los cuerpos, los golpes. Los atacantes luchaban con dos cuchillos cada uno, uno en cada mano, contra las largas espadas de Rafe y Hassan. Una y otra vez, sentía que el corazón le subía hasta la garganta, y oía la respiración entrecortada cargada de miedo de Rose y Gibson, pero una y otra vez, Rafe y Hassan se agachaban y se giraban… Eran realmente buenos en eso.

Tan absortas estaban las cuatro en la pelea, que ninguna se fijó en que uno de los hombres que había caído inconsciente al principio había recuperado el conocimiento y se alejaba arrastrándose de la pelea.

No fueron conscientes de su presencia hasta que apareció a su lado, en la entrada donde se agolpaban. Con un cuchillo en una mano alargó la otra frente a Rose y Gibson.

—Venid aquí y todo esto habrá terminado.

Sobresaltada, Loretta se apartó de la mano y sintió a Esme a su lado y un poco detrás de ella. La mano de Loretta tocó la de Esme, que agarraba la empuñadura del bastón.

Con la mandíbula encajada, Loretta agarró el bastón que Esme había soltado y, levantándolo, deslizando su mano hasta la mitad, salió de su escondite y blandió el bastón contra el atacante.

La empuñadura pesada de plata contactó con el codo del hombre con un satisfactorio crujido. Lanzando un grito, él dejó caer el cuchillo antes de soltar un juramento.

Loretta recuperó el bastón mientras Rose y Gibson pateaban con fuerza al hombre para distraerlo.

Loretta elevó el bastón muy alto y lo hizo caer sobre la cabeza del hombre.

El atacante aulló antes de agazaparse cuando ella volvió a blandir el bastón, en esa ocasión hacia un lado, golpeándole la oreja.

—Excelente, querida —observó Esme—. Pero no rompas mi bastón.

Loretta dudó que fuera posible. El bastón estaba forrado de plata. En cualquier caso, volvió a blandirlo. El hombre se apartó en un intento de proteger su cabeza con los brazos.

Gibson y Rose lo golpearon con los puños y lo patearon con las botas.

Con un grito ahogado, el hombre se alejó, se detuvo para mirar a sus compañeros y huyó.

De nuevo presa de la eufórica victoria, con el bastón en la mano, Loretta se volvió a tiempo de ver a Rafe dejar inconsciente con la empuñadura de su espada al último de los atacantes. Mientras el hombre caía junto a sus compañeros sobre el adoquinado, Rafe la miró y luego a las otras tres antes de gritar con urgencia:

—Vamos. ¡Marchémonos de aquí!

Loretta le entregó a Esme su bastón antes de tomar a su tía abuela del brazo y ayudarla a correr calle abajo. Mientras lo hacía, echaba ojeadas hacia las tiendas que bordeaban la calle, preguntándose por qué nadie había acudido en su ayuda.

Hasta que lo comprendió. Los hombres habían elegido bien. La calle estaba llena de negocios que cerraban al mediodía, y los tenderos habían regresado a sus casas para comer.

Rafe también se había dado cuenta. Deseaba detenerse e interrogar a los hombres, pero con las mujeres delante y tantos sectarios en la ciudad, no podía arriesgarse a quedarse allí en ese momento.

El muelle estaba cerca. En menos de diez minutos Hassan y él habían conseguido subir a las mujeres a bordo sanas y salvas.

—Quédate aquí y vigila —Rafe se volvió hacia Hassan—, y si tienes la oportunidad, avisa al capitán. Voy a regresar para ver si puedo averiguar quién contrató a esos matones.

Hassan se limitó a asentir.

Rafe bajó rápidamente por la pasarela y caminó por el muelle antes de echar a correr al girar la calle por la que habían estado escasos minutos antes.

Loretta lo vio marchar. Había oído las órdenes que le había dado a Hassan, pero…

—Deberías acompañarlo —sugirió, colocándose al lado de Hassan —. Aquí estamos perfectamente a salvo, el capitán está a bordo y la tripulación se encargará de cualquier posible atacante.

Hassan la miró antes de sacudir la cabeza lentamente.

—Esos hombres podrían haber recuperado el conocimiento. —Ella frunció el ceño e insistió—: Si lo atacan todos a la vez, a saber qué podría suceder.

—No se preocupe. —Hassan sonrió—. Estará bien.

Loretta se cruzó de brazos y entornó los ojos, pero él únicamente insistió en mostrarle su dulce sonrisa. Seguramente era tan testarudo como su jefe.

Tras soltar un bufido y darse media vuelta, ella se dirigió hacia el salón.

—Más vale que esté bien —murmuró—. En cuanto a lo de no preocuparse… Antes vería volar a los cerdos.

Cuando Rafe regresó al barco, no estaba de buen humor.

Era media tarde cuando subió por la pasarela y luego por las escaleras hasta la cubierta de observación. Allí se reunió con Hassan.

—No ha habido suerte.

—¿Se habían marchado?

—No quedaba nadie cuando regresé. Pero como no podían llevarme demasiada ventaja, busqué por las calles adyacentes antes de entrar en las tabernas. —Sacudió la cabeza—. No vi a ninguno. O se han escondido o se han escabullido hasta alguna madriguera más alejada.

—Tienen que ser lugareños, han elegido demasiado bien el lugar de la emboscada.

—Por tanto, se estarán ocultando —afirmó Rafe—. Dado que no pude preguntar si habían sido contratados por indios con pañuelos

negros, me adentré más en la ciudad, hasta uno de los barrios por los que están patrullando los sectarios. Siguen allí, paseando tranquilamente por las calles, observando. Era evidente que no sabían que habíamos sido localizados ni que habíamos sufrido un ataque junto a los muelles. Por desgracia, lo sabrán a última hora de esta noche, en cuanto sus esbirros les informen.

—Si informan de su fracaso y si, en efecto, son asalariados de la secta.

—Así es. Pero, aunque no sepamos con certeza si esos hombres eran asalariados de la secta, debemos asumir que esta noche la secta sabrá que estamos en la ciudad.

—Pero seguirán sin saber dónde estamos —afirmó Hassan—, ni que estamos a bordo de este barco y viajando por el río.

—Cierto. Nadie nos siguió cuando regresamos con las damas, y nadie me ha seguido ahora. Seguimos a salvo a ese respecto. —Tras una pausa, Rafe añadió—: Me pregunto a qué hora tiene el capitán intención de zarpar mañana.

—No lo sé. —Hassan lo miró—. Pero será mejor que vayas a tranquilizar a las damas para que sepan que has llegado y estás a salvo.

Rafe miró perplejo a Hassan. Su compañero sonrió.

—La señorita Loretta estaba preocupada.

—¿En serio? —Él enarcó las cejas y, tras una pausa, añadió—: Entonces supongo que será mejor que vaya a informar.

Dejando a Hassan de guardia, Rafe bajó las escaleras. El murmullo de las voces femeninas lo condujo hasta el salón. Esme y Loretta estaban allí, sentadas en dos sillones frente a la puerta. Dado que eran los únicos pasajeros a bordo, el salón resultaba tanto espacioso como íntimo.

Carstairs agachó la cabeza para entrar por la puerta. Mientras se erguía y fundía su mirada con la de Loretta, sentada al otro lado del salón, supo que algo iba mal.

Los ojos azules lo recorrieron de pies a cabeza, como si intentara asegurarse de que estaba ileso, pero cuando la mirada de Loretta regresó a su rostro, la expresión era cuidadosamente, más bien rígidamente, neutra. El cuerpo, girado hacia Esme, sugería que no estaba contenta con el plan que su pariente estaba ideando.

Por el contrario, Esme sonrió resplandeciente en cuanto posó su mirada en él.

—Ahí estás, querido muchacho. Justo a tiempo para disfrutar de mi maravillosa noticia. Loretta, yo y tú también, por supuesto, asistiremos al baile de invierno en el palacio Hofburg esta noche.

Deteniéndose delante de los sillones, él se limitó a mirarla fijamente, convencido de que no la había entendido bien.

—¿El baile de invierno? —Miró a Loretta y su expresión indicó que el plan no había sido idea suya, que había discutido con su tía, pero que no había conseguido disuadir a Esme.

—¡Eso es! —exclamó la incorregible gran dama—. Viví en Viena durante unos años y, aunque esté mal decirlo, tengo muchos amigos aquí. —Esme continuó sonriendo encantada—. Por supuesto, envié mi tarjeta solo a los más queridos, explicando que sería difícil visitar a todos dado que no íbamos a permanecer mucho tiempo en la ciudad. —Enarcó una ceja hacia él—. Sabía que no ibas a querer que anduviéramos por toda la ciudad haciendo visitas. Sin embargo, una de mis más queridas amigas tuvo la brillante idea de asegurarnos invitaciones para el baile de esta noche. Todos mis viejos amigos estarán allí, de modo que podré verlos a todos de una vez. —Mostró tres tarjetas con el borde dorado que descansaban sobre el regazo y las agitó en el aire—. Las invitaciones llegaron mientras estabas fuera.

Se la veía sinceramente encantada, ilusionada.

Pero Rafe solo veía el desastre.

—Hay sectarios en la ciudad.

—Pero iremos en carruaje, querido muchacho. Ellos no van a verte. Ya lo he organizado todo para que un coche nos recoja aquí a las nueve.

—La entrada al palacio… —Incluso mientras lo decía, él supo que la excusa jamás funcionaría.

Y, en efecto, Esme rio.

—Los sectarios no van a buscarte en un baile local. Y, desde luego, no van a poder entrar en las tierras del palacio, mucho menos dentro del palacio. Si hay un lugar en el que puedes estar seguro de que estaremos a salvo de esos esbirros de la serpiente es rodeados de la flor y nata de la sociedad austriaca.

Rafe buscó desesperadamente algún motivo para vetar la salida.

—Y por supuesto —Esme lo miró a los ojos—, independientemente de que vengas con nosotras o no, yo tengo que asistir. —Agitó de nuevo las tarjetas con los bordes dorados—. No es fácil conseguirlas con tan poco tiempo. Ahora que las tenemos, debo aparecer por allí. —Miró a Loretta—. Y Loretta también, por supuesto.

Fundiendo su mirada con la de Esme, Rafe tuvo que admitir que era una batalla que no podría ganar. No había nada que pudiera decir para disuadir a esa mujer, y tampoco podía darle órdenes.

De repente comprendió la mirada en los ojos de Loretta. Resignación.

—De acuerdo —prácticamente gruñó mientras entornaba los ojos y, volviéndose, se dirigía hacia la puerta—. Tendré que ir a la ciudad y encontrar a un sastre. Se me olvidó traerme los trajes de gala.

—Excelente, querido muchacho. No lo lamentarás.

En el umbral de la puerta, Rafe miró a Esme y luego brevemente a Loretta. Por lo menos iba a tener la oportunidad de verla vestida con un traje de noche.

Mientras se dirigía escaleras arriba para contarle a Hassan las noticias, se le ocurrió que, dado su estado con respecto a ella, ver a Loretta Michelmarsh con un traje de gala no ayudaría a su causa.

Media hora más tarde, Loretta estaba sentada frente al escritorio en el salón del camarote principal escribiendo aceleradamente.

—¡Estupendo! —murmuró—. Un condenado baile. Justo lo que necesito.

Esme descansaba en su camarote. Gibson y Rose estaban en el de Loretta, preparando su traje de baile y los complementos necesarios.

Por fin soltó la pluma, secó la hoja y releyó lo que había escrito.

—Montañas cercanas y lejanas. —Había recordado la noche sobre la cubierta de observación, la visión de los lejanos picos cubiertos de nieve, y le había asaltado la idea de utilizar esa vista como una analogía para los desafíos de la vida. Montañas como barreras, como obstáculos que superar.

Muy parecido a Rafe Carstairs o, más concretamente, a su propia reacción hacia él. Todavía no estaba segura de qué hacer al respecto. De qué podía hacer al respecto, de cuáles eran sus opciones. Ignorarlo no lo había hecho desaparecer. Y dado que él era claramente consciente del efecto que le producía, y no podía controlarlo mucho más que ella…

Minutos después, ella parpadeó y comprendió que había estado muy lejos, y no sobre ninguna montaña. Había estado soñando despierta. No recordaba haber soñado despierta con un hombre jamás.

Sacudiéndose de encima la inquietante ocurrencia, decidió que estaba satisfecha con su escrito. Sellándolo junto con el inspirado por Pressburg, *Preservando las sombras del destino*, escribió la dirección de su agente en la parte delantera de la carta y se levantó para dirigirse a su camarote. Rose conocía bien su oficio secreto. Ella se aseguraría de que la carta fuese enviada.

Eran casi las diez de la noche cuando Rafe, con Loretta a su lado y Esme del brazo, llegaron a lo alto de la escalera principal del palacio Hofburg. La fila de invitados serpenteaba por el vestíbulo enlosetado hasta las grandes puertas del salón de baile donde los anfitriones, el gran duque y duquesa, permanecían expectantes para recibir a sus invitados. Mirando escaleras abajo, hacia la multitud que seguía esperando para subir, Rafe dio gracias por haber llegado cuando lo

habían hecho. Había olvidado cómo eran los bailes importantes, la larga espera en las escaleras, el salón de baile abarrotado.

Nunca había sido un aficionado de ese así llamado entretenimiento. Evitarlos, y también otros actos de la alta sociedad del estilo, le habían ayudado en parte a reconducirse hacia el Ejército.

—Estás absolutamente impresionante, querido muchacho. —Esme le dio un golpecito en el brazo con el abanico. Echándose hacia atrás, contempló sus hombros encajados en la fina tela negra—. Y estoy todavía más impresionada de que hayas conseguido encontrar a un sastre que pudiera cumplir con tu encargo en tan poco tiempo.

—Húsares prusianos. —Él la miró a los ojos—. Hay algunos destinados en el consulado prusiano aquí. Les pedí consejo.

—Qué inteligente. —Esme rio—. Permíteme decirte que el esfuerzo ha merecido la pena.

—Me siento… raro. —Rafe frunció el ceño y bajó la mirada a su manga—. Sigo esperando descubrir que mi abrigo es rojo.

—Ya, bueno, te has retirado, de manera que no habrá más brillantes abrigos rojos para ti. Únicamente negros, si sigues los dictados de Brummel, aunque si no recuerdo mal, el querido muchacho sí afirmó que el azul medianoche oscuro también era aceptable como abrigo de noche de un caballero.

Rafe no supo decir si esa mujer estaba provocándolo o no, de modo que soltó un bufido y lo dejó estar.

Pero la mención de un traje azul medianoche le hizo mirar de reojo a su derecha. Loretta estaba a su lado, resplandeciente en un traje de satén color azul hierba doncella que hacía juego con sus ojos. Bajo la luz de los candelabros, su cabello oscuro brillaba cayendo en una fantasía de rizos desde un moño en lo alto de su cabeza. Los rizos más elevados estaban a la altura de los ojos de Rafe.

La extensión de piel sedosa y aterciopelada, y que quedaba al descubierto por el pronunciado escote del vestido, hizo que a Rafe se le hiciera la boca agua. La mirada de Loretta, sin embargo, indicaba que estaba absorta pensando en algo muy lejano, casi como si estuviera debatiendo consigo misma. Fuera cual fuera el tema, sus labios estaban ligeramente fruncidos.

Y Rafe se sintió sacudido por un impulso de besarla.

Miró al frente y frunció el ceño para sus adentros. Ya había visto esa mirada absorta antes, pero, dado el lugar en el que estaban, él se preguntó qué problema sería lo bastante importante como para desviar la atención de una joven dama de toda esa moda y joyería que tanto abundaba a su alrededor.

Por otra parte, Loretta Michelmarsh estaba muy lejos de ser la habitual joven damisela.

Siguieron avanzando en la línea de recepción hasta que al fin Rafe

se encontró haciendo una reverencia ante el duque y la duquesa. Esme fue saludada como una antigua amiga. Loretta regresó de dondequiera que hubiera estado para sonreír y rozar los dedos con sus anfitriones antes de que Esme los llevara hacia la brillante muchedumbre.

Durante un instante, Rafe supo lo que era el miedo. Hacía más de una década que no había experimentado el aplastamiento por la alta sociedad. No era la presión de la humanidad lo que le ponía nervioso, sino la descarada avidez reflejada en tantos ojos femeninos cuando los posaban sobre él y empezaban a hacer planes.

Había olvidado ese aspecto de la vida en la alta sociedad.

Esme le soltó el brazo y los guio abriendo un pasillo entre la gente. Por puro instinto, él agarró a Loretta de la muñeca y enganchó su brazo con el suyo.

—Ni se te ocurra abandonarme.

Ella giró la cabeza y lo miró.

Rafe comprendió que había conseguido sacarla de su contemplación interior.

Arrancada de sus planes sobre una nueva reseña acerca del *glamour* del palacio Hofburg, Loretta lo observó sorprendida ante la vehemencia en su voz. Se había propuesto no fijarse en él, no permitir que su mente o sus sentidos se posaran en él, se recrearán en él, en esos brillantes cabellos dorados recién lavados, en los aristocráticos rasgos recién afeitados, en la nariz patricia, en los impresionantes ojos azules y los absolutamente pecaminosos labios, y todo sobre un cuerpo largo, alto, que exudaba un peligro sensual, ancho en los hombros, estrecho en las caderas y de piernas largas. Rafe Carstairs era sin duda la personificación del sueño de más de una dama.

—Tenía entendido que se suponía que deberías estar protegiéndonos… En este caso a mí. —Ella inclinó la cabeza sin apartar la mirada de los ojos azules—. Es evidente que Esme no necesita ayuda.

Él miró al frente hacia donde Esme se había sentado junto a una dama cuyo amplio escote estaba espeluznantemente recargado de joyas.

—Haremos un trato. Un pacto. —Él le sostuvo la mirada—. Yo te protegeré si tú me proteges a mí.

Loretta sintió la tentación de soltar un bufido, pero ese hombre sonaba mortalmente serio. Lo empujó hacia el extremo del sofá en el que Esme se había sentado a descansar y, en cuanto se detuvieron allí, las espaldas contra la pared, mirando hacia los demás asistentes, volvió a buscar su mirada.

—¿Y de quién se supone que debo protegerte? ¡Oh!

Ese «oh», fue ocasionado por la visión de una dama extremadamente bien dotada, no joven, quizás una matrona algunos

años mayor que ella, que con bastante descaro intentaba llamar la atención de Rafe.

Él se acercó a Loretta, tomó su mano y se la llevó a los labios antes de mirarla de frente.

—A eso me refería. Oh. Ese «oh»..

Ella contempló de nuevo a la dama y se fijó en que no era más que una de varias, de muchas, que parecían tener la mirada fija en él.

—Parece que por aquí hay abundancia de «oh».

—Me están rodeando. No puedes dejarme frente a ellas.

De nuevo en su voz había una nota de pánico. Ese hombre se había enfrentado a peligros que solo Dios conocía, ese hombre, estaba segura, había mirado a la muerte a la cara por lo menos una vez a lo largo de su carrera. En Waterloo, y quizás en alguna otra parte. Y, sin embargo, unas elegantes matronas de caza le hacían huir.

—¿No sientes ningún interés por…? —preguntó ella con gran curiosidad mientras hacía un gesto con la mano.

—¿Coquetear? No. Bueno… —Rafe reflexionó sobre su situación durante unos instantes—. No siento ningún interés por ninguna de las damas aquí presentes. Por ninguna otra dama aquí presente. Tú eres otra cosa.

—¿En serio? —Loretta enarcó las cejas altivamente.

Rafe asintió.

—Tú no estás a punto de arrastrarme hasta alguna alcoba escondida para aprovecharte de mí. —A Rafe le gustaban las mujeres, siempre le habían gustado, pero prefería ser el cazador, no el cazado. Algo que jamás podría ser era la presa de una hembra depredadora—. Tú eres mi escudo, y no voy a soltarte.

Loretta tuvo que esforzarse por mantener la expresión seria, pero fracasó. Miserablemente. Soltó una carcajada.

La mirada del capitán Carstairs habría congelado de puro terror a sus subalternos, pero sobre ella no tuvo ningún efecto. Los músicos, ¿o fue él?, la salvaron. Las primeras notas de un vals se elevaron sobre el mar de cabezas.

—Válgame Dios, por lo menos bailarás el vals, ¿no? —Si no la conducía hasta la pista de baile, se le acercaría alguna arpía y le obligaría a bailar con ella.

—No demasiado bien. —Los ojos azul hierba doncella lo estudiaron atentamente.

—Da igual. Lo harás. —Rafe colocó la mano de Loretta sobre su manga y la condujo entre la multitud hacia un claro que supuso era la pista de baile.

No recordaba haber formulado jamás una invitación a bailar tan poco elegante a una joven dama, pero pensándolo mejor, sospechaba que ella podría haberse resistido a un acercamiento más convencional.

Tal y como estaba la situación, ella lo acompañó dispuesta, y le permitió hacerla girar sobre la pista.

Rafe hizo una exagerada reverencia y ella le correspondió con otra, ligeramente burlona, a modo de respuesta, antes de que él la atrajera más hacia sí y ella acabara en sus brazos.

Incluso mientras empezaba a bailar, haciéndoles girar en el círculo sobre la pista, sintió la diferencia… ¿Cómo no sentirla?

Miró el rostro de Loretta y vio su expresión detenida, el interés, la fascinación brillando en sus ojos. Y supo que ella jamás había sentido nada parecido, jamás había experimentado nada parecido tampoco.

Como si fueran físicamente dos mitades de un todo.

Loretta lo sintió hasta la punta de los dedos de los pies. Perdida en los ojos de Rafe, perdió toda consciencia de ser ellos dos entidades separadas, de ser ella… Ella y él… Él. Dos personas distintas.

Se recordó a sí misma que debía respirar, que debía luchar contra la constricción que aprisionaba sus pulmones. Y lo consiguió, aunque habría jurado que él respiraba igual que ella, que el pulso de Rafe imitaba su propio pulso, uniforme, aunque acelerado.

Se había preparado para la sensación de los dedos de Rafe cerrándose sobre los suyos, pero su mano agarrando la de ella equilibró en cierto modo la presión de su palma sobre la espalda, el calor de ambos contactos extrañamente agradable, incluso bienvenido.

Los brazos de Rafe parecían acunarla, sujetarla y mantenerla a salvo. La seguridad de sus pasos, el roce de los fuertes muslos contra los suyos al hacerla girar, hablaban de un inefable control.

Por una vez, Loretta se dejó llevar. Sin pensar, sin reservas.

Perdida en sus ojos, enroscada en el momento creado por la música, el vals y el hombre, no podía explicar ni excusar el efecto, el desenlace de una multitud de inesperadas sensaciones.

No era una bailarina dotada, por lo menos eso creía, pero en sus brazos giraba ligera como una pluma en la brisa. Él era un experto exponente del arte de bailar, pero no era capaz de adivinar por qué la fuerte maestría en su conducción la atraía de tal modo, la capturaba hasta el punto de transformarla en la perfecta compañera para él.

Bailar, ni siquiera el vals, no le había interesado nunca, nunca había tenido el poder de capturar y colonizar sus pensamientos. Pero eso era totalmente diferente, algo que se salía de la norma. Misterioso, no podía desviar su atención de ella. Su cerebro solo reservaba a regañadientes un espacio para la consciencia necesaria para guiarlos entre el mar de parejas que bailaban.

Debería haberlo adivinado. Sabía desde el principio que ella era diferente, que su interés por ella era de una naturaleza distinta de cómo había contemplado a las mujeres en el pasado. Sabía que ella capturaba su atención, su consciencia, como ninguna otra dama había

hecho jamás. Lo había sabido, pero había decidido ponerla a ella, y todo lo que ella suscitaba en él, a un lado hasta que su misión hubiese terminado.

Pero era evidente que, sobre una pista de baile, inmersos en un vals, esa determinación no iba a aguantar.

Aun así, la intensidad de su interés por ella le sorprendía. ¿Por qué ella? Aunque quizá la pregunta fuese: ¿por qué en ese momento? ¿Se debía simplemente a que esa mujer era la primera dama aceptable que había conocido tras retirarse del Ejército y dejar atrás su vida de soltero militar? ¿Sería simplemente que, por su edad, apreciaba la independencia, el ingenio agudo y un toque de mordacidad envuelto en suaves curvas y una piel sedosa?

No tenía ni idea, pero la atracción física y mental que sentía por ella era innegable.

El vals llegó a su fin. Rafe la hizo girar hasta detenerla y se inclinó sobre ella para enganchar el brazo de Loretta en el suyo.

—Bailas perfectamente el vals. ¿Por qué creías que no eras capaz?

Ella lo observó detenidamente y Rafe percibió su mente concentrada tras esos hermosos ojos.

—Me resisto a alimentar aún más tu ego, pero sospecho que nunca había tenido la oportunidad de bailar el vals con un caballero tan dotado como tú. No sabía que los soldados fueran tan experimentados en el baile.

—Wellington era muy exigente —él sonrió—, por lo menos en lo que respectaba a las habilidades sociales que esperaba que sus oficiales dominaran.

—¿En serio?

Desde luego.

—Rafe volvió a guiarla entre la multitud en movimiento. Estaban a cierta distancia de donde estaba sentada Esme, pero mientras siguieran avanzando, no era probable que esos buitres femeninos descendieran sobre él.

—Bajo su mando teníamos que bailar el vals, conocer las costumbres de todos los escalafones de la nobleza, saber de inmediato cuál era el título correcto a emplear para cualquiera a quien acabásemos de conocer. En su opinión, los oficiales debían ser capaces de defenderse ellos solos tanto en una pista de baile como sobre un campo de batalla.

—Qué idea tan fascinante. —Loretta la almacenó en su mente para utilizarla más adelante, en cuanto regresara a Inglaterra y a sus columnas—. El duque es un miembro bastante activo en política actualmente.

—Eso he oído, pero es difícil imaginarse al viejo Hooknose siguiendo la misma línea que los demás.

Loretta tomó una nota mental de averiguar más sobre Wellington. Esme podría ser una valiosa fuente.

Un caballero llamó a Rafe. Loretta y él se desviaron para unirse al círculo de ese caballero, que resultó ser un viejo compañero de colegio de Carstairs, y que en ese momento trabajaba en la embajada. Él los presentó a los demás y Loretta se encontró charlando animadamente con otras damas como rara vez hacía en Londres. Claro que la mayoría de esas damas estaban casadas y Viena era una ciudad fascinante. Todas se mostraron encantadas de contarle sus experiencias allí, de qué les había resultado más diferente y qué más parecido a Londres.

Y ella consiguió excelente material para nuevas reseñas. Loretta persiguió feliz su propósito. Mientras, a su lado, Rafe parecía igualmente relajado por reencontrarse con un viejo conocido.

Comenzó el siguiente vals y uno de los amigos del conocido de Rafe la invitó a bailar. Con el fin de averiguar si su transformación sobre la pista de baile estaba restringida a bailar con Rafe, Loretta aceptó. Pero pronto comprobó que, si con Rafe era una pluma, con cualquier otro pesaba considerablemente más.

La música no la conmovió, el baile no la arrastró. En cuanto a su pareja…, no era más que otro hombre aburrido.

Al finalizar el baile, ella regresó junto a Rafe, satisfecha de haber aclarado sus dudas.

Continuaron charlando un rato más. De entre el grupo de asistentes surgieron más viejos conocidos, incluyendo algunos amigos del padre de Rafe. Esme ya había advertido que iba a ser una noche larga. Por una cuestión de tradición, los bailes de invierno del palacio Hofburg se prolongaban hasta las cinco de la madrugada. Loretta decidió que necesitaba más confirmación de sus primeros resultados con respecto al vals, de modo que aceptó algunas invitaciones más, pero cada vez regresaba junto a Rafe con el mismo grado de desilusión.

No le gustaba bailar con ningún otro caballero. Era la única conclusión a la que podía llegar. No conseguía encontrar la misma magia en otros brazos que no fueran los de Rafe.

Carstairs estaba pendiente de las idas y venidas de Loretta. Ella había sentido su mirada cada minuto que había estado alejada de él. Al siguiente vals, él la invitó y ella aceptó encantada.

Para cuando regresaron junto al círculo de invitados con el que habían estado hablando, en la mente de Loretta ya no había ninguna duda.

Con él, el vals era magia. Con otros, no le conmovía lo más mínimo. ¿Qué podía significar eso? ¿Qué debía ella concluir de lo que ya era una muy exhaustiva investigación?

Loretta no tenía ni idea.

Pero no se sentía contraria a la sugerencia de que él, a través de sus

atenciones hacia ella, del modo en que la mantenía a su lado y se plegaba a ella, tenía la intención de proyectar que ambos formaban una pareja con un cierto grado de entendimiento entre ellos.

Esa fachada protegía a Rafe de las arpías que seguían revoloteando a su alrededor y le proporcionaba a ella la opción de declinar cualquier invitación que no deseara aceptar.

Sintió la tentación de rechazar al joven caballero austriaco que hizo una reverencia ante ella y la invitó a bailar el vals que acaba de empezar. Pero ese hombre era austriaco. Todos los demás caballeros con los que había bailado y conversado habían sido ingleses. Con la esperanza de obtener alguna nueva información sobre el baile para su reseña, Loretta aceptó y permitió que el joven, que juzgó más joven que ella, la condujera hacia la pista de baile.

Como bailarín demostró, por desgracia, ser rígido y encorsetado. Ella hizo un esfuerzo por involucrarlo en la conversación, pero a diferencia de la mayoría de los hombres que siempre se mostraban felices de hablar de ellos mismos, el joven *herr* Wittner parecía reticente y distraído.

Cuando la música terminó, estaba más que preparada para regresar junto a Rafe. En su caso, eso significaba cruzar el inmenso salón de baile. Tras reprimir un suspiro, volvió a posar su mano sobre el brazo de Wittner y se volvió en la dirección correcta, aunque él no se movió.

—*Fräulein*, me pregunto si le gustaría salir a la terraza. Aquí dentro hace un incómodo calor, ¿no le parece?

Loretta parpadeó. El joven parecía tenso. Estaban en el mes de diciembre y en Viena. Fuera haría mucho frío. En el salón de baile tampoco hacía tanto calor, ella desde luego no corría ningún riesgo de desmayarse por la temperatura.

Mirando hacia las cercanas puertas de la terraza, vio, o le pareció ver, una sombra más oscura tras la luz que entraba por los grandes paneles de cristal. Loretta miró más atentamente, pero la sombra desapareció de su vista. ¿Era una persona o la sombra de algún árbol? En cualquier caso…

—No, gracias. —Ella se volvió hacia *herr* Wittner y contempló su rostro—. Estoy bastante cómoda aquí.

—Pero la vista desde la terraza es impresionante, ¿sabe? Tengo entendido que está de visita en nuestra hermosa ciudad. —Giró el brazo y sus dedos agarraron el codo de Loretta—. Tiene que permitirme mostrársela.

La había empujado dos pasos hacia las puertas de la terraza antes de que ella saliera de su estupor y clavara los talones en el suelo.

—¡*Herr* Wittner! Permítame dejar claro que no siento ningún deseo de salir a la terraza.

—Pero las vistas… —En vez de aflojar su agarre sobre el codo de

Loretta, él la sujetó con más fuerza.

—¡Las vistas no me harán ningún bien si me provocan una enfermedad mortal! —Loretta había mantenido el tono bajo, pero su preocupación iba en aumento.

Herr Wittner quizás fuera joven, pero era lo suficientemente fuerte como para arrastrarla al exterior. Ya la había apartado del resto de los invitados y, si necesitaba ayuda, iba a tener que elevar la voz, provocar una escena. Lo último que deseaba hacer.

—¡Suélteme, señor! —exclamó con toda la autoridad con la que fue capaz de impregnar la orden.

—No lo entiende… —La máscara educada de *herr* Wittner se retorció hasta convertirse en una mueca.

—Por fin te encuentro, querida. Me preguntaba adónde habías ido.

Inundada por una sensación de alivio, Loretta se esforzó por no caer desmayada, y se volvió en el instante en que Rafe se apartaba de la multitud.

—¿Me busca mi tía abuela?

—Lo dudo, aún es pronto. Pero quizás deberíamos dirigirnos hacia ese lado. —Rafe le sostuvo la mirada al desventurado joven caballero que, por lo que él había visto desde el otro lado del salón de baile, había intentado arrastrar a Loretta a algún sitio…, aparentemente en contra de su voluntad.

Lo que sentía al respecto no era en absoluto civilizado.

Y entonces se dio cuenta de que ese hombre la sujetaba por el codo.

Algo en su reacción debió de hacerse patente en su expresión.

El joven palideció y la soltó rápidamente. Tras dudar un instante, hizo una rígida reverencia.

—*Fräulein*. Le doy las gracias por el baile.

—*Herr* Wittner. —Loretta inclinó la cabeza con frialdad.

Y no añadió nada más.

Con un receloso asentimiento hacia Rafe, *herr* Wittner se alejó, regresando hacia el resto de la gente.

—¿Qué ha sido todo eso? —Rafe se giró para no perder de vista al joven.

—No tengo ni idea. Parecía estar empeñado en sacarme a la terraza.

—¿A la terraza? —Rafe se volvió para mirar las puertas—. ¿Por qué?

—No tengo ni idea. —Loretta también miró hacia las puertas antes de acercarse y contemplar la noche—. El caso es que, cuando lo mencionó por primera vez, miré hacia aquí y me pareció ver a alguien merodeando entre las sombras.

Rafe se colocó delante de ella y, haciendo visera con las manos, miró hacia la derecha y luego a la izquierda.

—Ahora mismo no hay nadie ahí fuera, al menos nadie que yo vea.

—Da igual. —Loretta se recolocó el echarpe de seda sobre los codos —. Vamos a echar un vistazo a Esme.

Él se volvió, le ofreció su brazo y juntos se dirigieron hacia el sillón que Esme había convertido en su trono. Sin que resultara obvio, mantuvo la mirada fija en las puertas principales del salón de baile. Al separarse de ellos, *herr* Wittner se había dirigido directamente hacia ellas para salir. Pero ni siquiera tras haber cruzado el enorme salón de baile y llegado junto a Esme, había regresado. Lo cual parecía extraño.

Tras echar un vistazo a Esme, que seguía afanada en ponerse al día con sus amigos, Rafe se detuvo con Loretta a un lado de la estancia.

La miró a los ojos y la descubrió mirándolo a él con los ojos entornados.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Él titubeó, pero no vio ningún motivo para no decírselo. De modo que lo hizo.

Loretta frunció el ceño.

—¿Podría ser *herr* Wittner un…, cómo los llamas…, un asalariado de la secta? —Ella abrió los ojos desmesuradamente sin apartarlos de los de él—. ¿Podría la sombra de la terraza haber sido un sectario?

—Teóricamente, es posible. —Él hizo una mueca—. En la práctica, lo veo poco probable. La secta no podía saber que asistiríamos a este evento. Aunque nos hubiesen visto entrar, el que tuvieran a *herr* Wittner a sueldo, preparado para enviarlo aquí, parece demasiado rebuscado.

—Pero ¿si no es la secta, entonces qué?

Rafe podría haberle explicado que, si bien los miembros de la secta eran los villanos más obvios, había otros en el mundo, algunos que podrían haber tenido la idea de atacar a una inocente dama que no estuviera familiarizada con la ciudad. Sin embargo, levantó la cabeza y puso su mano sobre la de ella, que descansaba sobre su manga.

—Va a empezar otro vals. Vamos a bailar.

Rafe se propuso distraerla del inquietante enigma de las intenciones de *herr* Wittner, y lo consiguió lo bastante como para que ese gesto contrariado abandonara su mirada, hasta conseguir que ella sonriera encantada.

Al ver esa sonrisa, Rafe se sintió mejor, menos inclinado a recriminarse a sí mismo por haber permitido que se alejara tanto de él.

Cosa que no consintió durante el resto de la velada.

Cada cierto tiempo comprobaban cómo estaba Esme. Al final, ella declaró que era el momento de marcharse, aunque apenas eran las tres de la madrugada.

—Mañana continuaremos el viaje, y ya he conseguido todo lo que me había propuesto aquí.

Con la enigmática afirmación que Rafe, acentuándolo con una sonrisa, sospechaba que significaba algo distinto a lo obvio, Esme se levantó y los guio a todos fuera del salón de baile. Poco después se habían despedido de sus anfitriones, reclamado los abrigos de las damas y subido al carruaje que aguardaba.

Y diez minutos más tarde subían la pasarela del *Uray Princep*.

—Creo que me voy a tomar una copa. —Apoyada en su bastón, Esme miró a Loretta—. ¿Podrías traérmela, querida? Un *brandy*. Ya sabes cuál me gusta.

—Sí, por supuesto. —Loretta se dirigió hacia el bar mientras Esme, despidiéndose de Rafe con un gesto de la mano, se fue lentamente escaleras abajo hacia el camarote principal.

La noche se había adueñado pesadamente del barco. Únicamente Hassan estaba despierto, de guardia en la cubierta de observación. Rafe esperó atento mientras, bajo el tenue brillo de una lámpara de noche encendida en el bar, Loretta servía una pequeña cantidad de *brandy* en una copa, colocaba el tapón en el decantador y se daba media vuelta.

Con el abrigo colgando de los hombros, el bolso de una muñeca, rodeó el bar con la copa en la mano.

Él se había detenido en un extremo del bar.

Alcanzándolo, ella hizo una pausa.

Loretta lo miró entre las sombras. No sabría decir qué había cambiado, pero algo había cambiado. Sin cuestionar el impulso, sin considerar sus motivos, ella se acercó, posó la mano libre sobre una mejilla y se estiró para rozar los labios de Rafe con los suyos.

Besándolo delicadamente, a su propio ritmo, a su manera, antes de apartarse y permitir que sus labios se curvaran.

—Gracias por rescatarme.

—¿Y qué hay por lo de demostrarte que eres capaz de bailar como una experta? —Él le sostuvo la mirada y enarcó una ceja.

—Me había olvidado de eso. —La sonrisa de Loretta se hizo más profunda.

Él alargó una mano hacia ella y Loretta se encontró con él a medio camino, unió sus labios a los de él, antes de separarlos y permitirle entrar y saborearla.

De permitirle explorar y reclamar. Loretta liberó sus propios sentidos para seguirlo a él, para buscar y aprender, para saborear y disfrutar.

El intercambio se prolongó, persistió, evolucionó.

Transformándose en una muda ansia, en un deseo que florecía lentamente. En una necesidad controlada y a la vez controladora.

Rafe cerró la mano sobre la muñeca de la que colgaba el bolso de Loretta, la mano que sostenía la copa de *brandy*, y la ayudó a

estabilizarla.

Mientras jugaban.

Mientras comulgaban con labios y lenguas y el húmedo calor de sus bocas.

Rafe sabía de sobra que no debía ir demasiado lejos, no debía permitir que una chispa encendiera las brasas del deseo latente.

A regañadientes se apartó, consciente de que debía hacerlo. Sabía que ni él ni ella habían tomado aún la decisión, la decisión de ir más lejos.

Loretta volvió a apoyar los talones en el suelo y emitió un suspiro impregnado de sensualidad. Abrió los ojos y sus miradas se fundieron, antes de que ella curvara los labios en una sonrisa.

Rafe tomó la mano que seguía acunando su mejilla y giró la cabeza. Sin apartar la mirada de ella, presionó los labios contra la palma de esa mano y observó sus ojos abrirse desmesuradamente. Por último, la soltó y se obligó a sí mismo a dar un paso atrás.

Loretta dejó caer la mano lentamente y lo miró durante unos segundos antes de darse media vuelta, la sonrisa todavía dibujada en su rostro.

—Buenas noches.

Él no contestó, limitándose a quedarse donde estaba y observarla bajar las escaleras.

Cuando oyó cerrarse la puerta del camarote principal, al fin respiró hondo. Miró a su alrededor y debatió para sus adentros antes de subir las escaleras hasta la cubierta de observación.

Dado que esa noche no iba a poder dormir, lo mejor que podía hacer era relevar a Hassan.

Capítulo 6

3 de diciembre de 1822

Rafe permaneció sobre la cubierta de observación hasta que el *Uray Princep* se deslizó hacia el río y avanzó movido por remos y velas hacia el oeste. Para su alivio, no vio ningún sectario en el muelle. Tampoco vio ninguno en las orillas del río.

En cuanto Viena quedó atrás, se dirigió a la planta inferior. Entendía que, aunque se les hubiera ocurrido, la secta no se hubiera molestado en vigilar el río. Asumirían que siendo un correo transportando un documento de vital importancia intentaría llegar a su destino lo más rápidamente posible. Viajar por el río era más lento que viajar por tierra. El hecho de que pudiera optar por dejarse llevar por la corriente, que tuviera una agenda que no implicara llegar a Inglaterra lo antes posible, jamás entraría en sus cabezas.

Y por eso estaban en el río en esos momentos. A salvo. Se dejó caer en la litera y se durmió de inmediato. Y soñó con una fascinante y esquiva dama que adoraba bailar el vals.

Despertó a tiempo para comer, pero se acercó a la mesa, una única mesa a la que se sentaba todo su grupo, con la debida precaución.

—¡Por fin, querido muchacho! —Esme sonrió—. Gracias por escoltarnos al baile. El evento colmó todas mis expectativas.

Rafe no estaba seguro de querer saber cuáles eran esas expectativas. Inclinó la cabeza a modo de enigmática respuesta y alargó la mano hacia la silla junto a la de Esme, enfrente de Loretta.

Loretta levantó la vista y lo miró a los ojos antes de inclinar la cabeza.

—Buenas tardes, señor. Espero que haya dormido bien. —Su sonrisa encerraba un toque de misterio, como si estuviese pensando en otras cosas. Cosas agradables.

—En efecto, lo hice, gracias. —«Al final, sí», él dejó escapar el aire que había estado reteniendo inconscientemente y se sentó.

Reprimió la urgencia de preguntar si ella también había dormido bien. Por lo menos, en esa ocasión después de haber compartido un

beso, ella no intentaba congelarlo con su frialdad.

Rafe lo consideró un progreso.

Un progreso que no sabía hacia donde o qué los llevaba, y que en ese momento tampoco se sentía ansioso por descubrirlo.

Había un momento y un lugar para reflexiones más profundas, y en mitad de una misión no era ni ese tiempo ni ese lugar. Fuera lo que fuera que hubiera surgido entre ellos, fuera lo que fuera que hubiera coloreado el beso de la noche anterior, fuera el que fuera el resultado, iba a tener que esperar hasta más adelante. En esos momentos…

En esos momentos debía mantener los ojos bien abiertos ante la presencia de sectarios.

La comida trascurrió de manera relajada y sin incidentes. Después de que todos se levantaran de la mesa, él habló con el capitán antes de dirigirse hacia la cubierta de observación donde de nuevo encontró a Loretta bordando. Se dejó caer en la silla junto a la suya e intercambió una sonrisa cuando ella lo miró antes de estirar las piernas, juntar las manos sobre el pecho y fijar la mirada en el río que avanzaba como un lazo gris acerado ante ellos.

Poco a poco sintió que los párpados le pesaban y por último se cerraban.

Loretta oyó el cambio en la respiración y a continuación un suave ronquido.

Desvió la mirada hacia él y, sonriendo dulcemente, regresó a su labor.

Rafe estaba mucho más alerta la tarde siguiente, tenso y completamente en guardia mientras Hassan y él escoltaban a Loretta, Esme, Rose y Gibson en un breve paseo por Linz.

El *Uray Princep* había atracado en el muelle una hora antes, y el capitán había declarado que zarparían de nuevo a primera hora de la mañana siguiente. De manera que solo tenían unas pocas horas que rellenar y Esme estaba decidida a disfrutar de las vistas y estirar las piernas. Después de dos días a bordo, Loretta se mostró absolutamente de acuerdo. Entre las dos le habían dejado pocas opciones a Rafe. Loretta había señalado que eran mujeres sensatas, algo por lo cual debía sentirse agradecido.

El comentario le había hecho parpadear antes de acceder a regañadientes a su salida planeada.

Siguiendo a Esme por el pasillo de la iglesia de St. Martin's, Loretta todavía no estaba segura de qué hacer con Rafe, si volver a reinstaurar la política de mantener las distancias, que había fracasado en el baile, o reajustarse, fluir con la marea y comprobar adónde le conducía. Adónde les conducía a ambos.

El último impulso la había empujado a utilizar la excusa de agradecerle su rescate en el baile para poder besarlo de nuevo. Solo para comprobar qué podía aprender de ello. Y como había sucedido en la anterior ocasión, el ejercicio solo le había dejado con más preguntas.

Pisándole los talones a Esme, examinó aplicada los grabados, el ornamentado altar, las capillas del edificio, pero, aunque algunas partes de la iglesia databan del año 799, encontró poca cosa que la inspirara. Dejó a Esme estudiando el coro y regresó para esperar junto a Rafe.

—No he visto a ningún sectario en la ciudad —susurró al detenerse junto a él—, ¿y tú?

Él sacudió la cabeza.

Loretta se volvió para contemplar a Esme antes de continuar:

—Linz no se encuentra en ninguno de los caminos que la secta esperaría que tomaras. Puede que no hayan enviado a ningún hombre aquí.

—He aprendido por las malas que nunca hay que subestimar a la secta —contestó él tras una pausa—. La Cobra Negra, Ferrar, dispone de tantos hombres que es imposible saber en qué lugar totalmente inesperado podría haber estacionado a sus esbirros.

Esme había encontrado a un clérigo y estaba enfrascada en una animada conversación. Al ver al cura señalar, y a Esme preguntar, Rafe tuvo la descorazonadora sensación de que en breve iban a ponerse en marcha hacia otro lugar.

Y en efecto, tras despedirse del clérigo con sonrisas y agradecimientos, Esme se acercó ágilmente a ellos.

—Aquí ya he visto todo lo que quería ver. Al parecer, la otra atracción principal que hay que ver es la iglesia de los peregrinos situada en la colina por encima de la ciudad. —La mujer se volvió hacia Loretta—. Esa cuya torre viste desde el barco.

—Esa colina parecía empinada. —Rafe frunció el ceño.

—Lo es. —Esme le dedicó su petulante sonrisa—. Y por eso en la plaza principal pueden alquilarse carretas tiradas por ponis.

Media hora después, las dos carretas que habían alquilado se detuvieron delante de la iglesia Postlingberg en lo alto de la montaña Postlingberg. Bajándose de las carretas, hicieron una pausa para admirar la vista del río y los bosques circundantes antes de empujar la puerta de la iglesia y entrar.

Los conductores les habían asegurado que la iglesia estaba siempre abierta, pero en esa época del año, y a esa hora del día, no había ningún visitante más ni guardianes que hicieran de guías.

Como solía suceder a menudo, un cartel en la entrada pedía que se depositaran allí, fuera del edificio, todas las armas. Rafe hizo una

mueca y se desembarazó de su sable. Hassan hizo lo propio dejando su cimitarra en la mesita junto a la espada de Rafe.

Las damas se habían adelantado. Rafe las siguió al interior caminando lentamente mientras las cuatro mujeres examinaban el altar antes de seguir su camino para admirar el ornamentado púlpito.

—¿Qué tienen estas iglesias que tanto fascinan a vuestras damas inglesas? —murmuró Hassan al lado de Rafe—. A mí me parecen todas iguales.

—Creo que son las diferencias —contestó Rafe tras reflexionar—. No hay dos idénticas. Y también por las obras de arte. A lo largo de los siglos la Iglesia siempre tuvo prioridad sobre los mejores artesanos. Muchas de las cosas que hay en las iglesias no pueden encontrarse en ninguna otra parte.

Fijándose en las numerosas entradas laterales, Rafe alargó la zancada para reducir la distancia con las mujeres. Hassan se detuvo al final de la edificación, antes de los peldaños del altar, y se acomodó para esperar. Rafe siguió a las mujeres alrededor del altar y escuchó mientras ellas hablaban sobre los asientos grabados del coro, y luego las siguió mientras completaban el círculo y al final regresaban.

Con las mujeres unos pasos por delante, Rafe pasó junto al altar. A su izquierda una puerta se abrió de golpe y siete hombres, que no eran sectarios, irrumpieron en el interior.

Los hombres llevaban cuchillos en las manos y corrieron directamente hacia ellos.

Rafe iba desarmado. Miró a su alrededor y agarró uno de los dos cirios de casi dos metros de largo que había sobre el altar.

Las mujeres huyeron por delante del altar hacia una pequeña capilla. Hassan las empujó antes de agarrar el segundo cirio.

Rafe no tuvo tiempo de ver más. El primero de los atacantes ya estaba casi encima de él. En lugar de recular, Rafe dio un paso al frente y blandió el cirio.

El primer hombre cayó como una piedra.

Se oyó otro pesado golpe y, gracias a Hassan, otro de los atacantes cayó al suelo.

Pero todavía quedaban cinco, todos muy decididos. Los hombres empezaron a rodearlos.

Hassan estaba situado a la derecha de Rafe, que estaba frente al largo pasillo de la nave central. Dos atacantes armados se situaban entre él y la entrada… y sus espadas.

No podían permitir que los atacantes completaran el círculo hasta alcanzar a las mujeres. Por el rabillo del ojo, Rafe vio que Loretta había empujado a las otras tres al interior de la capilla. Se estaban pertrechando de cualquier cosa que pudieran encontrar y que sirviera como arma: misales, himnarios, cojines de altar…, cualquier cosa que

tuvieran a mano.

Ninguna de las cuales serviría de gran cosa contra un cuchillo.

Uno de los hombres desvió la mirada hacia las mujeres.

Irguiéndose bruscamente, Rafe soltó un rugido de caballería, agitó el cirio y cargó contra los dos hombres que tenía frente a él.

Sorprendidos, los hombres recularon ante el cirio que se agitaba salvajemente.

Rafe los rodeó y corrió por la nave.

Los dos soltaron un juramento y emprendieron la caza.

Los hombres restantes también soltaron juramentos y saltaron sobre Hassan.

Casi alcanzando el final del largo pasillo, Rafe miró hacia atrás y agitó el cirio hacia el hombre que tenía más cerca, golpeándolo en el rostro. El hombre se trastabilló antes de caer.

El segundo atacante tuvo que saltar por encima de él.

Rafe corrió al interior del vestíbulo, agarró su sable, se volvió y lo blandió.

El movimiento provocó que el atacante diera un salto hacia atrás, pero Rafe continuó con una rápida arremetida y embestida. El hombre se desmoronó.

Rafe se detuvo únicamente para agarrar el arma de Hassan antes de correr de nuevo hacia la nave.

Hassan, con su cirio, estaba forcejeando desesperadamente contra dos atacantes armados con cuchillos.

El último atacante había ido en busca de las mujeres.

La viva imagen de la ira, Loretta y Esme lo golpeaban con libros y cojines. El hombre tenía los brazos levantados en un intento de capear la tormenta. En el interior de la capilla, las dos doncellas tiraban de una larga cortina.

Rafe tenía que relevarlas antes de que se quedaran sin misiles, pero primero aprovechó la oportunidad para enfrentarse a uno de los dos hombres que atacaban a Hassan.

En el último instante, el hombre lo oyó acercarse y se volvió. Levantó el largo cuchillo y Rafe lo sintió atravesar su antebrazo mientras derribaba al atacante.

Carstairs arrojó a Hassan su arma antes de volverse hacia el hombre que había corrido a atacar a las mujeres y que se había girado hacia él.

El hombre gruñó y lo evaluó con sus ojos pequeños y brillantes.

Dejando a Hassan frente al otro individuo que aún seguía en pie, Rafe retuvo a su oponente y levantó su sable.

El hombre vio la larga y curvada hoja y titubeó.

Un sable de caballería podía con un cuchillo largo. Siempre.

Sin apartar la mirada del sable, el enemigo reculó.

Rose y Gibson se acercaron silenciosamente por detrás y dejaron caer la cortina sobre su cabeza.

Antes de que pudiera reaccionar, Esme y Loretta lo ataron con los cordones de la cortina. Para cuando el hombre pudo comenzar a gritar y a forcejear, ya estaban apretando los nudos.

Gibson lo empujó y cayó al suelo, atado como un paquete.

Rafe sacudió la cabeza para sus adentros y se dio media vuelta. Vio al hombre que había derribado intentando levantarse, el largo cuchillo todavía en la mano.

Rafe se acercó, apartó el cuchillo de una patada y lo dejó inconsciente con la empuñadura del sable.

Al levantar la vista vio a Hassan desarmar a su oponente y dejarle inconsciente también.

Rafe se irguió y miró a su alrededor. En la iglesia había diseminados siete cuerpos, pero ni uno solo estaba muerto.

—No hemos matado a nadie. —Miró a Esme y a Loretta—. Sugiero que nos marchemos. Ahora.

A las dos mujeres se las notaba conmocionadas, pero sin mostrar ninguna señal de histeria. Habían asimilado la situación también. Ambas asintieron.

Pero las cuatro mujeres se detuvieron para recoger los libros caídos.

En lugar de discutir, Rafe optó por ayudarlas.

Rápidamente colocaron los libros y los cojines y a continuación las damas se alisaron las faldas.

Rafe escoltó a Esme y a Loretta por el pasillo, guiándolas entre los hombres tirados en el suelo gruñendo. Hassan los siguió guiando a Gibson y a Rose.

En el vestíbulo, las mujeres se recolocaron los abrigos, enderezaron las espaldas y elevaron las cabezas antes de salir de la iglesia hacia los dos conductores que esperaban con las carretas, ignorantes de la acción que había tenido lugar en el interior de la iglesia.

Esme hizo un comentario sobre el altar mientras Rafe la ayudaba a subir a una de las carretas. Loretta respondió con idéntica calma.

Dando gracias una vez más por la sensatez de esas mujeres, Rafe se reunió con ellas. Un minuto más tarde, se dirigían montaña abajo y de regreso al barco.

Rafe no se relajó hasta que estuvieron de regreso en el barco. Acompañó a las damas al camarote principal y, aunque se la veía bien, sospechó que Esme necesitaba descansar y recuperarse.

Loretta pareció mostrarse de acuerdo. Su fachada de reserva había desaparecido hacía mucho tiempo y se mostraba ferozmente protectora de su tía abuela mientras la ayudaba a cruzar el umbral del

camarote principal.

Gibson y Rose se habían adelantado y, volviéndose para cerrar la puerta del camarote, Loretta fijó la mirada en Rafe.

—Gracias.

Él asintió con gesto distraído mientras se giraba para marcharse.

Loretta empezó a cerrar la puerta antes de darse cuenta de la mirada que Carstairs dedicaba a su antebrazo izquierdo. Se había agarrado la manga e intentaba tirar de la tela mientras hacía un gesto de dolor.

Ella se detuvo, frunció el ceño y observó más atentamente.

—¡Por Dios santo! —Abrió de nuevo la puerta de par en par—. ¡Estás herido!

El corte se había producido en la parte trasera del antebrazo, por lo que ella no se había fijado en la tela rota, y el color oscuro del abrigo había disimulado la mancha de sangre.

Agarrándole el codo, ella giró el brazo para echar un vistazo y evaluar el daño.

—Ese corte necesita atención —aseguró con expresión severa—. Entra y siéntate.

Tiró de él, pero Rafe no se movió.

—No está tan mal. Me las apañaré.

—¿Cómo? —Loretta levantó la vista y entornó los ojos—. Ni siquiera podrás alcanzar la herida, mucho menos verla.

Rafe odiaba, absolutamente, que se preocuparan por él. Echaba la culpa a su madre y a sus hermanas mayores. Miró a Loretta a los ojos con una cortante respuesta en la punta de la lengua.

Pero la expresión en su mirada le hizo titubear.

A juzgar por sus ojos y la mandíbula, la actitud ferozmente protectora que había mostrado poco antes con Esme se había transferido hacia él.

Y como si quisiera confirmarlo, Loretta ordenó secamente:

—No discutas. —Con la mandíbula encajada, apretó los dedos en torno al codo de Rafe y tiró con más fuerza—. ¡Y ahora entra!

Rose, que regresaba hacia la puerta, había oído la conversación y, con la preocupación reflejada en su rostro, sostuvo la puerta abierta.

Y así Rafe se vio empujado al interior del salón del camarote principal, y empujado a sentarse en el asiento ante las ventanas delanteras.

—Una palangana y algunas toallas —exigió Loretta—. Vamos a tener que humedecer el abrigo y la camisa para despegar la tela.

Todas se pusieron manos a la obra, Rose corriendo a buscar la palangana, Gibson consultando con Loretta y Esme reclinada en la cama de su camarote y observándolo todo desde la distancia mientras daba instrucciones.

—Hassan y la tripulación podrían ayudar… —Cuando empezaron a quitarle el abrigo, Rafe estaba ya a punto de estallar.

—Cállate. —Loretta ni siquiera levantó la mirada del lugar en el que estaba aplicando una toalla húmeda sobre la sangre seca que pegaba la camisa rajada a la herida—. Tú nos rescataste, ahora nos toca tratar tu herida.

Él miró primero a Rose y a Gibson y luego, sin demasiadas esperanzas, a Esme, pero todas mostraban la misma expresión de total determinación que Loretta.

De modo que no le quedó otra que sentarse y sufrir sus cuidados.

Hassan se asomó al camarote y Rafe intentó reclamar su apoyo para escapar de allí, pero las mujeres no lo consintieron. Su leal guardaespaldas rio y lo dejó a su suerte.

En cuanto la tela estuvo despegada de la herida, descosieron la costura del hombro de la camisa y retiraron la manga dejando el brazo desnudo. El corte, tras quedar completamente expuesto y concienzudamente limpio, era lo bastante profundo como para necesitar puntos. Incapaz de verlo lo suficientemente bien como para poder protestar, Rafe se sentó y apretó los dientes, conteniendo una serie de juramentos mientras Gibson cosía pulcramente.

Por fin, Loretta y sus doncellas dieron un paso atrás.

—Deberíamos tener alguna pomada para esto. —Loretta frunció el ceño y miró a Gibson, que sacudió la cabeza.

—No traje nada por el estilo. También debería ser adecuadamente vendado.

—Desde luego. —Loretta se dio media vuelta—. Esperad aquí. Tengo algo que podremos utilizar.

Rafe se giraba y retorcía en un intento de ver la herida.

Loretta regresó de su camarote con un montón de suave tela en las manos.

—He cortado una de mis enaguas.

Rafe parpadeó, y permaneció absolutamente quieto mientras ella enrollaba la suave tela blanca alrededor de su brazo y lo ataba con destreza.

—Ya está. —Loretta se apartó con las demás para admirar su obra.

Rafe aprovechó el momento para ponerse en pie. Había llegado a su límite y necesitaba escapar.

Loretta deslizó la mirada hasta su rostro y lo estudió durante un instante antes de asentir.

—Es lo mejor que podemos hacer de momento. —Se apartó de su camino y se volvió para acompañarlo mientras, casi temeroso de albergar esperanzas, él se dirigía hacia la puerta.

Al llegar, se detuvo y se volvió para deslizar la mirada de una mujer a otra antes de realizar una profunda reverencia.

—Gracias, señoras.

Rose y Gibson sonrieron.

Loretta se limitó a asentir y abrió la puerta del camarote principal.

—No te olvides de traernos la camisa y el abrigo. Haremos que lo laven y remendaremos los daños.

Él asintió obedientemente y salió al pasillo.

—Gracias.

A continuación, salió huyendo de allí.

Loretta observó su retirada antes de soltar un bufido y cerrar la puerta.

Desde que eran ellos los únicos pasajeros a bordo, las comidas se habían vuelto mucho más silenciosas, cómodas e íntimas. Incluso la tripulación parecía más relajada.

Aquella noche durante la cena, Loretta evaluó la situación. Esme, como siempre, mantuvo la conversación fluida. Tras la emoción de la tarde, tenía muchas cosas que comentar y revivir.

Loretta también revivió una parte, pero en su caso, los momentos notables no estaban relacionados con la iglesia. Tuvo que admitir que la impresión que le había atravesado al comprender que, por imposible que pareciera, estaban siendo atacados en una iglesia de peregrinación, había dejado una marca indeleble en su mente. Como contrapunto, sin embargo, estaba el hecho de cómo habían peleado, de la inquebrantable valentía de Rafe y Hassan para defenderlas y de sus propios recursos para ayudar en lo que habían podido. Todo con la máxima sinceridad.

Lo que le preocupaba era la herida de Rafe y su propia reacción al comprender que había sido herido. Se sentía aliviada de que todos hubiesen sobrevivido al incidente, pero al mismo tiempo tan… preocupada al saberlo herido.

No era capaz de identificar adecuadamente las emociones que había sentido, que seguía sintiendo, al respecto.

Más tarde, después de que Esme, Rose, Gibson y ella se hubieran retirado al camarote principal, y después cada una a su propio camarote, el recuerdo de la herida de Rafe la impulsó a ponerse el abrigo y dirigirse a la cubierta de observación.

Por lo menos podría comprobar que ya no sangraba.

Tal y como había esperado, Rafe estaba montando guardia junto a la barandilla. Al oírla subir las escaleras se había vuelto y la observó atentamente mientras ella cruzaba la cubierta.

—Quería comprobar tu herida… ¿Cómo la notas? —Deteniéndose a su lado, ella estudió su rostro.

—La noto… —Él se encogió de hombros y movió ligeramente el

brazo herido—. Tal y como era de esperar.

¿El azul de sus ojos no parecía algo más brillante?

—No tendrás fiebre, ¿verdad? —Loretta sintió el impulso de colocar una mano sobre su frente, pero se contuvo.

—Estoy bien. —Rafe sonrió débilmente y se volvió para contemplar el cielo estrellado.

Ella también se volvió para contemplar mientras se agarraba a la barandilla al lado de Rafe.

—¿Le pediste al capitán que zarpara de nuevo rumbo al río?

—Tras saber lo que había sucedido en la iglesia se mostró más que feliz de acceder a mi petición.

—Todavía no me puedo creer que esos hombres nos atacaran en una iglesia.

—La secta no respeta esa clase de prohibiciones.

—Pero esos hombres eran lugareños, ¿no? —preguntó Loretta mientras fruncía el ceño.

—Así es. —La voz de Rafe adquirió un tono sombrío—. Al parecer, la secta ha contratado a lugareños para vigilar y atacar en las ciudades más pequeñas.

—¿Los sectarios siempre llevan pañuelos negros en la cabeza? —preguntó ella tras reflexionar durante unos instantes.

—Es su santo y seña. Los llevan con orgullo y rara vez son vistos sin ellos.

—No vi ningún pañuelo de cabeza negro, ni siquiera personas indias, en Linz. ¿Y tú?

—No. Y… no sé qué deducir de eso.

Tras varios minutos escuchando el suave chapoteo del río contra el casco del barco, Loretta aventuró una posibilidad:

—¿Y si estos ataques no son obra de sectarios, sino simplemente de lugareños dedicados a asaltar a los viajeros?

Rafe se cruzó de brazos y se apoyó en la barandilla.

—Me resulta difícil de creer, pero no puedo descartarlo, es una posibilidad. Sin embargo, llegados a este punto, mi apuesta es que la Cobra Negra, queriendo cubrir tantas zonas de Europa como le sea posible, ha enviado a sus hombres por todas las pequeñas ciudades para reclutar a lugareños con el fin de ejercer de vigilantes y actuar si alguno de los correos fuera visto, mientras que los propios sectarios se han retirado y concentrado en las ciudades principales, aquellas que es más probable que lo correos atraviesen. —Rafe hizo una pausa sin apartar la mirada de la noche—. El problema con eso es que, hasta la fecha, la Cobra Negra siempre ha dejado atrás al menos a un sectario para vigilar a los lugareños, para darles órdenes y regresar con lo que sea que busque la Cobra, en este caso los portarrollos. Lo cual implicaría que los sectarios disponen de una acertada descripción mía,

suficiente información para que los lugareños me reconozcan. Y eso no parece probable, aunque sí es posible.

—La Cobra Negra, Ferrar, ¿lo conoces? —Loretta se giró para poder ver la cara de Rafe.

—No. Delborough y Hamilton sí. Ellos dos pasaron más tiempo en la oficina del gobernador de Bombay, el cuartel general de la Compañía en Bombay, y nos enviaron a los tres restantes a realizar el trabajo de campo.

—Tres, con Delborough y Hamilton, hacen cinco. —Ella frunció el ceño—. Pero dijiste que hay cuatro correos. ¿Alguno de vosotros se quedó atrás?

Durante largo rato, Rafe no contestó, no dijo nada, no movió un músculo.

—Podría decirse —murmuró al fin.

—¿Murió? —adivinó Loretta.

De nuevo se hizo el silencio hasta que al final él asintió.

—James, el capitán James MacFarlane. Era el más joven, unos pocos años más joven que yo. Se unió a nuestra tropa hacia el final de las campañas españolas. Era un soldado excelente. Habría sido un buen comandante. Terminada la guerra, nos acompañó a la India. Para entonces ya era uno de los nuestros.

Rafe hizo una pausa. Ella quería preguntar qué había sucedido, buscaba las palabras adecuadas, pero él continuó sin necesidad de que lo apremiara:

—Fue él quien encontró la carta que yo transporto.

En las palabras de Rafe había dolor, tanto que ella tuvo que esforzarse por no alargar una mano y tocar… y arriesgarse a romper el hechizo del pasado que lo tenía atrapado. Sus ojos, oscurecidos, permanecían fijos en el río, aunque ella habría jurado que no era la fluida oscuridad lo que estaba viendo.

—Fue por pura casualidad. Habíamos identificado a Ferrar como la Cobra Negra a las pocas semanas de llegar a Bombay, pero después habíamos pasado meses buscando pruebas para condenarlo. Para entonces habíamos visto demasiado, demasiadas atrocidades de la secta, como para detenernos. Estábamos obsesionados, todos. Pero por mucho que nos esforzásemos, por lejos que fuésemos, nada de lo que conseguíamos desenterrar era suficientemente bueno. —Tomó aire y se estremeció—. Entonces James se dirigió a Poona para escoltar a una joven dama, la sobrina del gobernador, de regreso a Bombay. En Poona se encontró con la carta y comprendió que era la prueba que necesitábamos. Hizo lo más inteligente, fingir que se limitaba a escoltar a la joven dama de regreso. Pero ellos se dieron cuenta y lo siguieron.

De nuevo Rafe respiró hondo y, durante unos segundos, Loretta

pensó que no continuaría. Pero entonces, en apenas un susurro…

—Dieron alcance a las tropas de James a mitad de camino montaña abajo. No había ninguna posibilidad. Envió la carta con la sobrina del gobernador, junto con la mayor parte de la tropa, mientras que él y un puñado de los demás se quedaba para retrasar la marcha de los sectarios.

Loretta no dijo nada, nada podía decir para aliviar el dolor que palpitaba en la voz de Rafe.

Cuando volvió a hablar, lo hizo en un tono aún más bajo.

—Yo estaba allí cuando sus hombres trajeron el cuerpo al fuerte. Vi lo que los sectarios le habían hecho, cómo lo habían torturado antes de matarlo. De todos los horrores que he visto en la guerra, todos los muertos y mutilados y desaparecidos, esa imagen está grabada en mi mente. Mientras viva, no la olvidaré jamás.

Loretta al fin comprendió algo que había notado en él, una cualidad que no había sido capaz de definir. Ese aspecto de su compromiso con la misión que bordeaba el fanatismo.

Lealtad. Devoción. Eso, supuso, eran sus rasgos más profundos y arraigados.

Ella se mantuvo a su lado, silenciosa e inmóvil, con la vista puesta en la noche. Simplemente permaneció allí, un ancla al presente, por si él la necesitaba.

Al final, Rafe respiró hondo y se irguió.

—Me sentí tan condenadamente contento cuando comprendí que había elegido el portarrollos con el documento original, que sería yo el que llevara la prueba por la que James dio su vida de regreso a Inglaterra, para depositarla en manos de Wolverstone y que él pudiese asegurar que la Cobra Negra fuese llevada ante la justicia. Así, James sería vengado. Me sentí encantado de haber elegido el papel más crítico, más esencial, de la misión.

Loretta desvió la mirada hacia el rostro de Rafe y vio estremecerse sus labios.

—Pero todo eso iba acompañado de la responsabilidad. —Él la miró a los ojos—. Normalmente no soy tan cuidadoso, tan cauteloso. —Se interrumpió unos segundos—. Seguramente te sorprenderá saber que entre la tropa me llaman Temerario.

—Pues sí que me sorprende —afirmó Loretta mientras le sostenía la mirada—. Podría decirse que has sido cualquier cosa salvo temerario a la hora de protegernos y de avanzar en tu misión.

—Eso no lo he hecho espontáneamente.

—No estás solo, ¿sabes? —Se alejaron de la oscuridad, lo suficiente como para que ella pudiera decir—: Sé que no somos soldados entrenados, pero si sirve de algo, cada vez que lo necesites tendrás el apoyo de Esme, Rose, Gibson y el mío. Podemos, y lo haremos,

mantener nuestros ojos abiertos en busca de cualquier sectario… Tú no puedes mirar a todas partes a la vez, y todas estamos implicadas en tu misión ahora, pienses lo que pienses.

Rafe frunció el ceño.

—Nos han atacado a todos, y seguirán atacándonos a todos —continuó Loretta, fingiendo no haberse dado cuenta del gesto de Rafe. Posó una mano sobre su brazo y apretó ligeramente—. Nosotras, las cuatro mujeres, somos tu debilidad. Tus enemigos lo saben y nosotras también. De modo que Hassan y tú no pelearéis solos contra ellos. Nosotras también pelearemos.

—Ya lo vi en la iglesia. —Los labios de Rafe se curvaron, pero de gratitud, no por menosprecio—. Jamás habría pensado en himnarios y cojines como misiles, mucho menos una cortina, pero funcionó.

—Las mujeres pelean con lo que tienen a mano. Estamos más acostumbradas a arreglárnoslas.

La sonrisa de Rafe se hizo más evidente. Levantó la mano que Loretta había apoyado en su manga.

—Se me olvidó daros las gracias antes por mantener la cabeza fría. —Sin apartar la mirada de los ojos de Loretta, Rafe acarició los nudillos de su mano con los labios—. Y de verdad que os lo agradezco, sinceramente.

Loretta percibió que le estaba dando las gracias por otras cosas también. Rafe permaneció apoyado en la barandilla, mirándola a ella. No le soltó la mano, sus dedos se movieron ligeramente acariciando el dorso de los suyos.

Acercándose un poco más, ella levantó el rostro y lo besó. No fue un beso fugaz, un ligero roce de los labios, sino un beso decidido, deliberado. Separándose unos milímetros, los labios de Loretta acariciando los de Rafe, ella susurró:

—Gracias por protegernos. Por defendernos.

El tiempo se detuvo. El deseo y algo más hervía a fuego lento entre los dos.

Rafe redujo la distancia y cerró sus labios sobre los de ella, y la besó.

No era un jovencito sin experiencia. No le metió prisa, no la abrumó. En cambio, Rafe tomó su boca con una lenta deliberación que hizo que a Loretta se le encogieran los dedos de los pies. No había vacilación, dudas, únicamente el deseo de tener, de saborear, de saber.

De tomar, de poseer.

Y Rafe lo hizo con los labios y la lengua, reclamando la boca de Loretta como si tuviera algún inalienable derecho.

Ella levantó una mano, indecisa, pero al fin la posó sobre el hombro de Rafe, agarrándolo, sujetándose.

Contra la corriente del inesperado deseo que la inundaba.

Un borroso recuerdo de «mantenerlo a cierta distancia», afloró fugazmente a su mente antes de hundirse sin dejar huella.

Pues ella necesitaba aquello, lo deseaba, quería continuar y ver hacia dónde le conducía.

Sin interrumpir el beso, Rafe se irguió lentamente. Ella lo siguió acercándose más, pegándose a él, contra él, siguiendo sus labios con los suyos, sin querer renunciar al contacto, sin querer romper la fascinación.

Rafe sabía que debía soltarla, que de algún modo un sencillo beso de agradecimiento se había descontrolado y trasformado en otra cosa. Pero cuando ella se apretó contra él, toda determinación desapareció. El hecho de que la deseaba ya ni siquiera era una duda en su mente. Hacía tiempo que había dejado de serlo.

Que ella le ofreciera su boca, libremente, claramente, era una delicia demasiado preciosa para desaprovecharla.

Rafe ladeó la cabeza, sus labios deslizándose sobre los de Loretta. Cerró los brazos alrededor de la delicada figura y la atrajo hacia sí, apretándola contra él. Incluso a través del grueso abrigo sintió la cálida dulzura y delicada fuerza en sus brazos, las firmes curvas y tentadoras oquedades. Los elegantes brazos se levantaron para rodearle el cuello, las onduladas caderas se apretaron seductoramente contra sus muslos. Instintivamente, él se giró para que la espalda de Loretta quedara apoyada contra la barandilla, su propio cuerpo escudándola por si alguien subiera a cubierta y los viera.

Debía de ser muy tarde, pero el instinto era difícil de ignorar.

Y porque era muy tarde, la pasión y el deseo eran aún más difíciles de contener.

Rafe volvió a besarla, alimentándose, alimentándola, y ella lo siguió encantada. Lo animó con un roce de su mano contra la mejilla, con la persistente presión de sus labios bajo los de él.

Aunque él no tenía ni idea de hacia dónde les conducía aquello, a ninguno de los dos parecía importarle.

Sin embargo, a él sí le importaba, y a ella también le iba a importar en cuanto fuera capaz de volver a pensar.

De modo que, a regañadientes, Rafe se apartó, se separó, saboreando sus labios mientras delicadamente devolvía a Loretta de regreso al presente. A la cubierta del barco, a la ondulante canción del río, a la negra noche y quietud que los rodeaba.

Cuando al fin levantó la cabeza, descubrió que iba a tener que esforzarse por dar un paso atrás y apartarla de él, por perder la femenina calidez y poner espacio entre ellos.

Ella lo miró entre la penumbra y durante largo rato estudió su rostro. A continuación, los labios de Loretta se curvaron suavemente mientras inclinaba la cabeza.

—Buenas noches —susurró.

Loretta se apartó, se alejó de sus brazos y él encajó la mandíbula y la dejó marchar.

Volviéndose, la vio cruzar la cubierta y desaparecer escaleras abajo.

De nuevo se volvió al frente y permaneció largo rato batallando contra el deseo de seguirla antes de suspirar prolongadamente, apoyarse en la barandilla y regresar a la contemplación de la noche.

El extraño sonido despertó a Loretta. Frunciendo el ceño, intentó identificar lo que había oído.

De nuevo, se repitió un grito brusco y ahogado.

Contempló la pared junto a su camastro. El sonido había llegado desde el otro lado de los paneles de madera. Lo había reconocido por sus días de infancia cuando Chester había sido víctima de las pesadillas. Por el sonido torturado, supo que debía despertar al sufriente y liberarlo de su tormento.

Apartando las mantas, agarró la bata, se la puso y se calzó las zapatillas antes de abrir la puerta y entrar en el salón del camarote principal. Una vez acomodada la vista a la escasa luz que entraba a través de las ventanas de proa, Loretta caminó de puntillas hasta la puerta que daba al pasillo. A su derecha estaba el pequeño camarote que compartían Rose y Gibson. Escuchó atentamente mientras se preguntaba si el sonido que había oído podría haber llegado desde esa dirección, pero de repente otro grito ahogado llegó hasta ella.

Encajó la mandíbula y abrió la puerta del camarote principal para salir al pasillo. Unos pocos pasos más la llevaron hasta la primera puerta a la izquierda. Sin demasiadas esperanzas, golpeó suavemente con los nudillos.

—¿Rafe?

Pasó un momento antes de que otro gemido torturado llegara hasta sus oídos. Loretta abrió la puerta y oyó el susurró de un cuerpo retorciéndose bajo las sábanas, junto con una respiración acelerada y entrecortada.

Bajo la escasa luz, vio a Rafe rodando de un lado a otro de la cama, preso de una dolorosa pesadilla. A pesar de que le había evitado los detalles, ella imaginaba los horrores que debía haber visto, los odiosos detalles que podrían atormentar sus sueños.

Sin dudarlo, se acercó a la litera. Él se retorció alejándose de ella, el cuerpo tenso como si sufriera dolor.

Loretta alargó una mano y le agarró el hombro. Intentó sacudirlo.

—¿Rafe? Despierta. Estás teniendo una…

Rafe le agarró la muñeca y la tumbó sobre él.

—¿Qué…? —Ella abrió los ojos desmesuradamente.

Tomándole el rostro entre ambas manos, Rafe apretó los labios contra los de ella y la besó, la devoró, como si su vida dependiera de ello.

Como si la vida de Loretta también dependiera de ello. Como si ambos fueran las últimas personas sobre la tierra, cuya destrucción solo podría ser evitada con ese beso.

Carstairs se movía por la desesperación y la necesidad. Loretta lo sentía, lo saboreaba en su lengua, lo sentía en sus manos, en el duro cuerpo que la mantenía atrapada contra la pared. Pero incluso mientras su mano se cerraba sobre una de las de Rafe, esa noción empezó a difuminarse, apartada a un lado por necesidad y desesperación propia, la que ascendía desde su interior en respuesta a la de él.

Para responder a la de él. Una potente necesidad de saciar la desesperación de Rafe, de aliviar el hambre que había detrás, de satisfacer y calmar.

De ser el puerto para su tormenta.

De atraerlo a su interior.

Las manos de Loretta se deslizaron hasta el torso de Rafe y empujaron la fuerte musculatura, las palmas contra la piel desnuda. Él estaba ardiente, la piel tensa sobre el duro torso, elementalmente masculino. Tentador. Loretta deslizó las manos por la fuerte columna del cuello de Rafe, antes de hundir los dedos en la espesa seda de sus cabellos y agarrarlo.

Manteniéndolo quieto mientras le devolvía el beso con una ferocidad igualada por la de él.

Sus labios se mezclaron, fusionaron, dieron y tomaron, y acariciaron. Sus lenguas se enredaron, acariciaron, antes de comenzar una exploración estimulada por los gemidos de Loretta.

La desesperada necesidad, contundente, prometía absolución y alivio. Rafe la rodeó con más fuerza con sus brazos, atrapándola contra su cuerpo, y se dispuso a besarla como si ella fuera la mayor de las delicias.

El placer floreció y se deslizó a través de Loretta, se desbordó, creció y fluyó en cálidas oleadas hasta acumularse en su estómago, hasta palpitar entre sus muslos.

Sus pechos se inflamaron, doliendo con un deseo que ella jamás había sentido.

Rafe solo era capaz de dar gracias por la repentina distracción, por la singularidad del sueño que lo había desgarrado, arrancado de una pesadilla lanzándolo directamente a una fantasía. De una pesadilla empapada en sangre y horror a un sueño cargado de pasión y placer.

La sensación de agradecimiento lo desbordó mientras se hundía en la femenina calidez, la promesa de dicha, la pura delicia ofrecida tan

libremente por la fantasía de Loretta que su mente había creado para protegerlo de sus peores recuerdos.

Ojalá las pesadillas terminaran siempre de esa manera.

La idea le hizo sonreír para sus adentros, relajarse, permitió que sus sentidos afloraran junto con la consciencia. Lo suficiente como para registrar el dulzor de esos labios bajo los suyos.

Lo suficiente como para darse cuenta de que el cálido, inconfundiblemente femenino, peso sobre su pecho era real.

Abriendo de golpe los ojos, parpadeó, volvió a mirar y siguió sin poderse creer lo que estaba viendo.

—Eres real.

La voz de Rafe sonaba media octava más alta de su tono habitual.

—Eres verdaderamente real, estás verdaderamente aquí, en mi cama —anunció al fin tras mirarla fijamente a los ojos y tragar nerviosamente. Lo verificó mirando a su alrededor. A su camarote. A su cama. Loretta, sin apenas ropa, estaba en sus brazos.

Devolvió la mirada a su rostro y la miró a los ojos, mientras intentaba ignorar los labios exuberantemente inflamados.

—¿Qué haces en mi cama?

El hecho de no tener la menor idea le ponía nervioso.

Ella parpadeó varias veces como si intentara enfocar la situación, estudió el rostro de Rafe con expresión imperturbable y algo curiosa.

Atónito, él vio cómo sus mejillas se teñían de rojo. Como si se hubiera dado cuenta, ella carraspeó y le dio una palmada en el pecho.

—Estabas sufriendo una pesadilla. Te oí y vine para despertarte, pero no lo hiciste de inmediato.

Loretta se retorció en un intento de sentarse.

Rafe rechinó los dientes, completamente despierto ya, y cerró las manos con fuerza en torno a la cintura de Loretta.

—Espera, no te muevas.

Ella se quedó inmóvil.

Sujetándola con fuerza, la levantó por encima de él, desencajándola del hueco que había entre su cuerpo y la pared del camarote, y soltándola para que se pudiera sentar en el borde externo de la litera.

Loretta se recolocó el camisón, estirándolo junto con la bata, que se ató con fuerza.

Rafe respiró hondo. Bajo las sábanas estaba desnudo. Sentarse seguramente no era buena idea. Se mesó los cabellos con una mano y abrió la boca.

—Ni te atrevas a disculparte.

Sosteniéndole la mirada, incluso a través de la penumbra, Rafe sintió cómo ella lo fulminaba.

—Vine aquí para despertarte, para liberarte de tu pesadilla, y ahora estás despierto y yo ya he cumplido. Lo que ha pasado entremedias no

ha sido culpa de nadie.

La mirada de Loretta encerraba un desafío a que él la contradijera. Al ver que Rafe no decía nada, se dispuso a levantarse, pero se detuvo. Su mirada permanecía fija en su rostro.

—¿Qué estabas soñando?

Él la miró fijamente. Pasó un largo rato antes de que se frotara el rostro con ambas manos.

—No quieras saberlo.

—Si no quisiera saberlo no te habría preguntado. —Loretta permaneció allí sentada, en el borde de la cama de Rafe, en mitad de la noche, y esperó.

—James. —Él soltó el aire entre los dientes y apartó la mirada—. Lo veo.

—¿Y?

—Veo su cuerpo. —Algo dentro de él se rompió—. Su cuerpo tal y como estaba la última vez que lo vi. Torturado y destrozado en la parte trasera de un condenado carro. Y yo no pude hacer nada, no había manera de hacerle regresar. No había manera de salvarlo.

El horror de su desesperación todavía lo carcomía, corrosivo, sin darle ninguna paz.

—Lo veo a él… y luego veo a todos los demás a los que fallé. A todos esos inocentes a los que no llegué a tiempo para salvar. —Rafe cerró los ojos. No tenía ni idea de por qué demonios estaba contándole eso, pero una vez empezado no parecía capaz de parar. A través de las mantas, sintió el cálido peso de la mano de Loretta sobre su rodilla—. La secta atacó a tanta gente en los pueblos. Mujeres, niños, ancianos también. Era el infierno en la tierra, con demasiada frecuencia el infierno sobre la tierra. —Ella no le pidió que parara, no se levantó, su mano permaneció firme sobre su rodilla y él tragó nerviosamente—. Recuerdo…

El resto salió a borbotones. Las imágenes que tan a menudo había visto pegadas a la parte interior de sus párpados. Las atrocidades, la tortura, el horror en toda su expresión.

Loretta escuchó. Permaneció sentada inmóvil, con sus ojos y su atención fijos en él, y le dejó hablar. Las imágenes se formaban y se deslizaban frente a ella. No podían tocarla a ella, pero mantenían atrapado a Rafe. Sus imaginarias garras estaban hundidas en su mente.

Rafe era un soldado, un defensor. Se veía a sí mismo con el deber sagrado de proteger a los débiles e inocentes, y sus fantasmas eran los de aquellos a los que creía haber fallado.

Aunque no hubiera sido así.

Ella escuchó y, por si no lo hubiera adivinado, no lo hubiera sabido antes, obtuvo la confirmación con cada palabra de Rafe de hasta qué punto era leal, comprometido, hasta qué punto estaba generosamente

implicado en su papel de defensor.

Únicamente un hombre de profundos sentimientos podía sentir ese grado de tormento.

Cuando al fin empezó a hablar con más calma y finalmente se detuvo, ella le apretó delicadamente la rodilla, lo soltó y pronunció las únicas palabras que podrían aliviarle:

—Tus pesadillas desaparecerán al final de tu misión. —Loretta le sostuvo la mirada cuando Rafe abrió los ojos y buscó los de ella. Al final se levantó—. Con su exitosa conclusión, tu deuda quedará saldada.

Él enarcó una ceja con expresión ligeramente escéptica.

—Gracias por contármelo. —Ella lo miró durante unos segundos—. Ahora entiendo por qué es tan importante para ti hacer caer a la Cobra Negra. Dios mediante, lo conseguirás.

Tras asentir brevemente, ella se dio media vuelta.

—Te dejaré para que duermas algo.

Rafe la observó mientras ella se acercaba a la puerta para abrirla y salir, cerrándola silenciosamente tras ella.

Se quedó mirando fijamente las paredes de su camarote antes de tumbarse de nuevo en la cama. Ese había sido el episodio más extraño que había vivido con una mujer en su vida.

Ella le había ordenado que durmiera. Como si pudiera. Como si quisiera.

Aunque por ella, al menos, lo intentaría.

Rafe cerró los ojos, respiró hondo, permitió que se relajara su cuerpo y se deslizó en un sueño tranquilo.

Capítulo 7

7 de diciembre de 1822

Dos días después, Rafe estaba junto a la barandilla de la cubierta de observación, con Loretta a un lado y Esme al otro, observando dos enormes bueyes que avanzaban pesadamente a lo largo del camino de sirga que bordeaba la orilla del río. Un voluminoso arnés de cuerda conectaba las bestias al barco. A lo largo de ese tramo, todos los barcos dependían de la fuerza de los bueyes para avanzar río arriba. Llevaban viajando a ese ritmo pesado desde el amanecer.

—El capitán dijo que hay una excelente botica en Regensburg. —Loretta se protegió los ojos del sol mientras miraba río arriba hacia la ciudad—. Allí podríamos conseguir alguna pomada para la herida de Rafe.

—No está tan mal —murmuró él.

—No podemos arriesgarnos a que se infecte. —El tono de Loretta era firme y la mirada que le dedicó, y que él fingió no haber visto, también—. Te he dicho que sigue inflamada.

Ella había insistido en atender la herida por la mañana y por la noche, se había mantenido firme y había discutido hasta que él había cedido. Rafe apretaba los dientes y lo soportaba, incapaz de encontrar un defecto en sus hábiles cuidados. Seguramente necesitaba una pomada para esos puntos, y desde luego preferiría llevar un vendaje y no ese simulacro elaborado a partir de las enaguas de Loretta. La tela era tan suave, tan inconfundiblemente femenina, que le recordaba a ella cada vez que la sentía moverse contra su piel.

Lo último que necesitaba era esa clase de tortura.

Desde que Loretta lo había despertado de su pesadilla de un modo tan novedoso y efectivo, y luego le había arrancado tantos detalles de su pasado y esas pesadillas, Rafe había esperado a que ella reaccionara, a que hiciera algo, dijera algo. Pero ella no había intentado apartarlo de su lado, ni distanciarse de él, ya fuera para negar el beso o para alejarse de él y de sus angustiosos recuerdos.

No había intentado disuadirlo de sus pensamientos. Lo único que

había percibido Rafe en ella era… curiosidad. Ella lo observaba del mismo modo que él a ella.

Era como una especie de círculo emocional, sin que ninguno de los dos estuviese preparado para mover ficha.

Y lo más seguro era que ninguno los dos supiera cuál debería ser el siguiente movimiento.

Esme, a su otro lado, golpeó el suelo con el bastón.

—De todos modos, querido muchacho, tengo intención de desembarcar en Regensburg. Richard y yo pasamos allí algunas semanas hace mucho tiempo. Hay algunos sitios que quiero mostrarle a Loretta.

Los bueyes llegaron al final del camino de sirga y se detuvieron. Rafe, Loretta y Esme vieron al capitán hablar con el conductor de los bueyes, pagar la tarifa y luego el barco fue empujado lejos de la orilla con los remos. Con un traqueteo, una vela fue izada en la popa. La vela se hinchó y el barco avanzó lentamente río arriba.

Dirigiéndose de regreso al puente, el capitán los vio, se desvió y se unió a ellos. Hizo una profunda inclinación ante Esme y luego ante Loretta.

—Señoras. Deberíamos llegar a Regensburg en media hora, pero dado que tengo poco cargamento que descargar allí y nada que embarcar, me gustaría volver a zarpar a media tarde.

—Perfecto —contestó Esme resplandeciente—. Eso nos dará el tiempo suficiente para ver todo lo que me gustaría.

—Y para hacer todo lo que necesitamos —añadió Loretta.

—Regresaremos con tiempo de sobra para zarpar —afirmó Esme.

Con una sonrisa, el capitán hizo una reverencia y se retiró.

Mientras Rafe se preguntaba si habría alguna posibilidad de poder mantener a las damas a bordo.

—Sabes que es una batalla perdida. —Esme levantó la cabeza y lo contempló con expresión aguda.

Y así fue. Media hora más tarde, la tripulación estaba amarrando el barco al embarcadero de Regensburg.

—Eso —Esme señaló hacia un antiguo puente de piedra con muchos arcos que cruzaba el río— es el Steinerne Brücke. Durante la segunda y tercera cruzadas, los soldados lo utilizaban para atravesar el Danubio camino de Tierra Santa.

Esa fue la primera parada de la visita guiada por la que Esme los condujo. Su entusiasmo era auténtico, más firme que el que había mostrado en otras ciudades.

Tras haber visto las maravillas góticas del Dom, la catedral de Regensburg y haber admirado las singulares tallas que decoraban la entrada principal de la Schottenkirche, la iglesia de St. James, Rafe, con Loretta a su lado, contemplaba los restos de la Porta Praetoria

romana.

—Parece que Esme disfrutó el tiempo que pasó aquí —murmuró.

—Por lo que ha dejado caer —Loretta estudió la antigua mampostería—, al parecer Richard y ella no disponían de demasiado tiempo para la intimidad. Richard siempre estaba trabajando de un modo u otro. Creo que el tiempo que pasaron en Regensburg fue una de esas raras ocasiones en las que no había distracciones.

Rafe miró una vez más a su alrededor. Hassan y él permanecían en alerta y, fiel a la promesa de Loretta, las cuatro mujeres también mantenían los ojos abiertos, pero no habían detectado ninguna señal de sectarios, ni siquiera de lugareños merodeando con alguna intención.

Habían pasado por delante de zonas de casas quemadas, aún con daños de la batalla de Ratisbona, en 1809, y que todavía no habían sido reparados. Para Rafe, el eco de los métodos de la Cobra Negra, el recordatorio de las destrucciones provocadas por la ambición de un hombre, mantuvo su propia misión en un lugar destacado de su mente.

Tras comer en una posada no muy lejos de la catedral, y por último visitar la botica junto a ella, iniciaron el camino de regreso hacia el embarcadero y el barco. Una mirada al rostro de Loretta le indicó a Rafe que estaba encantada, calmada, tras su conversación con el boticario, que le había suministrado vendajes y un tarro de pomada, junto con estrictas instrucciones de que fuera aplicada dos veces al día durante las dos siguientes semanas, hasta que los puntos pudieran ser retirados.

En dos semanas, Rafe estaría desembarcando en Inglaterra. El que fuera a tener que someterse y soportar los cuidados de Loretta hasta entonces no ayudó a su paz interior. No sabía cómo iba a sobrevivir sin reaccionar, sin aprovecharse. Tras el incidente en su camarote, tenerla cerca, su atención fija en el brazo, sus dedos acariciando su piel, garantizaban que sus inclinaciones instintivas se exacerbaran, y eso convertía en un creciente desafío el poder mantener sus manos apartadas de ella.

Por lo menos parecía contenta. La acompañó por la pasarela y luego regresó para ayudar a Esme, que se había quedado en el embarcadero contemplando la ciudad.

—Gracias, querido muchacho. —La anciana se volvió hacia él. Su voz sonaba ronca. Bajando la mirada, tomó el brazo de Rafe.

Él la ayudó a subir la pasarela, en el fondo contento de haber cedido y permitido que esa mujer disfrutara de un tiempo con sus recuerdos.

Unos recuerdos mucho más agradables que los suyos. Por lo menos hasta el momento. Al ver a Loretta esperando para acompañar a Esme hasta el camarote, se descubrió a sí mismo preguntándose si algún día

él también tendría recuerdos como los de Esme, recuerdos con el poder de caldearle el corazón.

A la mañana siguiente, Rafe se refugió en la cubierta de observación, ignorando la fina lluvia y el día gris, agradeciéndolo como una garantía de seguridad. Loretta acababa de aplicarle la pomada y de vendarle la herida. La sensación de los fríos dedos untándole la pomada había demostrado ser aún más debilitador de lo que había esperado.

Mientras apretaba los dientes había sugerido que Hassan se ocupara de las curas, pero había sido rechazado con palabras cortantes y una mirada fulminante. De modo que ella iba a seguir cuidándole, flirteando con el peligro y minando su control.

Rafe se agarró a la barandilla y contempló los deprimentes abetos que, goteando, bordeaban la orilla del río. Una sensación de impaciencia, de inquietud, palpitaba bajo su piel. Quería ponerse en marcha. Su naturaleza pateaba y pinchaba, rebelándose contra el autoimpuesto freno, tanto con respecto a ella como con respecto a su misión.

Estaba acostumbrado a las campañas, a planear estrategias, maniobras tácticas, a amagar y ceder terreno para así conseguir el premio mayor de la victoria. Estaba acostumbrado a la acción, al calor y el poder de la batalla, a manejar las dos cosas para ganar.

Su instinto lo seguía empujando a precipitar el siguiente choque. A hacer algo para provocarlo. A enfrentarse a la secta.

Enfrentarse a Loretta.

Ninguna de las dos cosas era buena idea.

Su misión estaba fijada. Tenía que avanzar despacio. Paso a paso, adherirse a la agenda programada.

Y tenía que ir despacio, no, más aún, tenía que atenerse a su línea de estoica inacción con Loretta. No era el momento de avances en ese frente.

Si esa mujer era capaz de distraerlo simplemente aplicándole una crema en el brazo, no podía permitirse un contacto más cercano, no hasta que hubiese terminado su misión.

Hacía días que había llegado a esa conclusión. Y todo lo que había sucedido desde entonces solo le había demostrado su sabiduría.

Tenía que concentrarse en la secta, en evitar llamar la atención. Tenía que asegurarse de que las defensas de su grupo frente a un ataque permanecieran sólidas y en su lugar. Hassan y él continuaron manteniendo la vigilancia sobre el río, pero todavía no habían visto ninguna señal de que la secta hubiese adivinado su ruta.

Oyó un ruido y miró a su alrededor, viendo a Hassan salir a cubierta

para reunirse con él. El corpulento pastún se apoyó en la barandilla y, al igual que él, contempló el río.

—Estaba pensando —empezó Rafe— que quizás el ataque en Linz al final no fue más que obra de unos ladrones locales.

—Si esos hombres hubiesen sido asalariados de la secta —dijo Hassan—, ya nos habríamos encontrado con una fuerza mayor. El barco es lento. Puede que no les guste el agua, pero habrían contratado a otros para atacar desde otros navíos, o desde los muelles. Pero no hemos visto ninguna señal.

—Y por eso —suspiró Rafe sin soltar la barandilla—, deberíamos dar gracias, supongo. En los próximos días parece que no vamos a sufrir ningún incidente.

El aburrimiento era, con casi total seguridad, su estado menos preferido. Rafe prefería estar empapado, sentado a lomos de un caballo hundido hasta el corvejón en el barro, de guardia, que sentirse aburrido.

Por la tarde recorría la cubierta sintiendo una profunda empatía con los tigres enjaulados. Cuando Hassan, igualmente inquieto, aunque lo disimulara mejor, insistió con fuerza en relevarle en el turno de guardia, Rafe bajó a su camarote, contempló las cuatro paredes a su alrededor y subió de nuevo las escaleras con intención de saquear el bar.

Encontró lo que buscaba en un cajón. Sacó la baraja y se dirigió al salón.

Loretta estaba sentada en uno de los asientos junto a la ventana, con el bastidor de bordado inclinado para atrapar la luz. Cuando él se acercó, levantó la mirada.

Rafe colocó una pequeña mesa que había entre dos sillones, enfrente de Loretta, y luego giró uno de los sillones para situarlo frente a la mesa, dejándose caer en él.

—¿Sabes jugar al *piquet*?

Examinando con mano experta la baraja, apartó las cartas que no hacía falta para ese juego y luego barajó mientras levantaba la vista y fundía su mirada con la de ella.

—Un poco —contestó ella tras contemplarlo durante unos segundos.

—En ese caso, por favor, concédeme una partida. —Rafe se fijó en el bordado—. Las mujeres siempre tienen algo que hacer con las manos para ocupar sus mentes. Los soldados… juegan a las cartas.

—De acuerdo. —Loretta sonrió y, dejando a un lado su labor, se giró para colocarse frente a la mesa.

Cuando él dejó las cartas boca abajo y le indicó con un gesto de la mano que cortara y sacara una, ella se inclinó hacia delante y lo hizo.

Él la siguió y perdió, quedando ella con la mejor carta.

Rafe recogió las cartas, barajó y repartió.

El silencio se adueñó de todo mientras elegían sus cartas y valoraban la mano. Loretta descartó unas cuantas, y sacó más de la baraja, mientras él hacía lo mismo.

Y se dispusieron a jugar.

Ella cantó en voz clara sin apartar la mirada de las cartas de Rafe, y él respondió. Rápidamente, Loretta acumuló puntos, suficientes para llevarse la primera baza.

Y también las tres siguientes, arrancando un gruñido de su oponente.

Él se removió en el asiento, se inclinó hacia delante, el esfuerzo de la concentración reflejado en su expresión. Disimulando una sonrisa, Loretta registró mentalmente los descartes de Rafe, decidida a mantener la ventaja.

El juego se convirtió rápidamente en una especie de batalla, en un duelo de voluntades y astucia, de precaución y generosidad, determinación y concentración.

En táctica y estrategia parecían estar al mismo nivel.

—¿Quién te ha enseñado?

—Mi hermano Chester. Unas Navidades quedamos atrapados dentro de casa por culpa de las fuertes nevadas y a él el encierro le resultaba difícil de soportar. Además, no había nadie más dispuesto a jugar.

Loretta ganó la primera partida. Él la segunda. La siguiente fue tan igualada que quedó en un empate.

Comenzaron el siguiente juego. Tras hacer sus descartes y declaraciones, ella comenzó a debatir antes de, reconociendo la dificultad de ganar puntos, comenzar por sacar una reina.

—Adoptas más riesgos de lo que había esperado. —Él la miró con expresión de admiración.

—No te creas.

—Sí, en serio. Eres como Esme. —Rafe contempló la carta que había sobre la mesa—. Adoptas riesgos calculados. No saqueos salvajes, pero sigues tu buen juicio… y tu intuición.

—No me parezco en nada a Esme —ella adoptó una expresión de desdén—, me falta su valor.

Como Rafe no contestaba, Loretta levantó la vista de sus cartas y la posó en su rostro. Y se hundió en el verano azul de sus ojos.

—Una dama que emplea un libro de oraciones para pelear contra un rufián y luego ayuda a atarlo con una cortina, no es alguien a quien le falte el valor.

—Las otras estaban allí. Yo me limité a ayudar. —Loretta recolocó las cartas y arrugó la nariz—. Además, eso era por necesidad.

Tras estudiar sus cartas durante unos segundos, él murmuró:

—Vivir es una necesidad. —Eligió una carta y colocó al rey sobre la reina. La miró a los ojos y recogió las cartas—. Creo que este punto me lo llevo yo.

Ella soltó un bufido y se concentró en sus propias cartas.

El comentario de Rafe sobre los riesgos que adoptaba, por calculados que fueran, quedó grabado en la mente de Loretta. Dando vueltas. Pinchando.

Más tarde aquella noche, después de que Esme, Rose, Gibson y ella se hubieran retirado al camarote principal, Loretta se quedó sentada en uno de sus asientos de ventana, con las piernas recogidas bajo las faldas y contemplando a través de la ventana de proa que tenía enfrente la oscuridad de la noche.

—Me voy a la cama, querida. —Esme se detuvo en la puerta de su camarote—. Debo decir que me alegro mucho de que decidiésemos dirigirnos a Buda y tomar la ruta del Canal por el río. Con la ocasional emoción asociada a la misión de Rafe y el contraste de la paz mientras estamos en el río, han sido unos días realmente vigorizantes.

—Buenas noches. —Loretta no pudo contener una sonrisa—. Yo me quedaré levantada un poquito más. Quizás suba a dar un paseo por cubierta antes de irme a la cama.

Aunque Esme se limitó a asentir y darse media vuelta para entrar en su camarote, a Loretta no se le escapó el brillo astuto en la mirada de su incorregible pariente.

Ya le había dicho a Rose que se acostaría ella sola. Rose ayudaría a Gibson con Esme y luego las doncellas se retirarían a su camarote.

Pero ella no tenía sueño suficiente para irse a la cama. Girándose, apoyó un codo en el alféizar de la ventana, sujetándose la barbilla con la palma de la mano, y contempló sin ver la profunda oscuridad.

El comentario de Rafe… le había recordado una circunstancia de la que había sido consciente, pero hasta entonces había ignorado totalmente.

Había cambiado. Irrevocablemente.

Durante el viaje, a través de los desafíos a los que se había enfrentado, la mujer que era realmente había dado un paso al frente, y esa mujer era una Michelmarsh de los pies a la cabeza.

No había previsto lo fuerte que sería su naturaleza más auténtica, más salvaje, más impulsiva. Hasta dónde podría llegar. No había previsto enamorarse de Rafe Carstairs.

Frecuentar su compañía, tratar con él, hacía aflorar su verdadero ser con creciente fuerza.

Su fachada pulcra y recatada había desaparecido, o más concretamente su poca disposición a esconderse detrás de dicha

fachada había crecido hasta el máximo. Ya no se imaginaba volviendo a ser esa joven dama seria y recatada nunca más, por conveniente que resultara. No desde que había comprobado el resultado de ser ella misma.

Lo cual, reconoció, había sido la meta de Esme desde el principio.

No era tan ingenua, tan inmadura, como para rebelarse ante un resultado simplemente porque hubiera sido la meta de Esme y no la suya. Pero desembarazarse de su pasado le había generado el reto de tener que decidir qué clase de dama sería a partir de ese momento. La respuesta parecía cada vez más clara.

—Buenas noches, señorita —Rose se despidió con un gesto de la mano mientras abandonaba el camarote de Esme y se dirigía al suyo —. ¿Quiere que apague la luz?

—Gracias. —Loretta esperó mientras la luz se hacía más tenue y terminaba por desaparecer—. Que duermas bien.

Rose sonrió y se marchó seguida de Gibson.

Loretta permaneció allí sentada durante un rato más, permitiendo vagar a sus pensamientos, irritada al ser consciente de la dirección hacia la que iban.

Antes de cambiarse para la cena había curado la herida de Rafe. Estar tan cerca de él, sus dedos tocando la cálida piel, firme y flexible sobre unos músculos como rocas, le había provocado un auténtico tumulto en los sentidos, y todavía más en su control.

En su presencia, ella se transformaba en un ser salvaje e impetuoso que solo deseaba besarlo una y otra vez, perseguir el deseo que había sentido en él cuando lo había besado aquella noche después de haber intentado despertarlo de su pesadilla.

Solo el recuerdo de ese beso, de su calor antes de que él despertara, bastaba para que se le encogieran los dedos de los pies.

Loretta no sabía qué hacer con él. Ni con ella con respecto a él.

La incertidumbre quedó pendiente en su mente. Se burlaba de ella con su indecisión.

—Si no subo a pasear por cubierta, jamás conseguiré dormir. —Eso, al menos, era cierto. Loretta se levantó y se echó el abrigo sobre los hombros antes de abandonar el camarote principal.

Estaba bastante segura de que iba a encontrar algo más que aire fresco sobre la cubierta.

Y, en efecto, al poner un pie en la cubierta de observación descubrió a Rafe apoyado sobre la barandilla en su habitual punto de vigilancia, donde la sombra del puente lo ocultaba mientras que él podía vigilar el río y los márgenes que se deslizaban a su paso.

Como no tenía ningún plan para el encuentro, cruzó la cubierta y se detuvo a su lado.

Él la había observado acercarse, pero no había mostrado ninguna

reacción. Las sombras ocultaban su rostro, su expresión.

Posando las manos sobre la barandilla, Loretta respiró profundamente el aire de la noche llenándose los pulmones con él.

—¿Qué tienes pensado hacer cuando hayas terminado tu misión? —preguntó ella sin mirarlo.

Rafe parpadeó. Con un pie apoyado sobre un montón de cuerdas enrolladas, el cuerpo contra la barandilla, apartó la mirada de ella y la posó de nuevo sobre la noche que tenía delante.

—Yo… no he pensado mucho en ello.

—Pero tendrás una familia esperándote en casa.

—Tengo una familia, sí —los labios de Rafe dibujaron una mueca—, pero en cuanto a que estén esperándome, que se muestren ansiosos por verme de nuevo y llevarme al seno familiar…, no. —Captó la mirada que ella le dedicaba, y contestó la pregunta en sus ojos—. Soy el pequeño de cuatro hijos y tengo también dos hermanas mayores y una más joven. Llevo más de una década en el Ejército, y no he vuelto a casa, a Henley Grange, en todo ese tiempo. Sinceramente, dudo que me reconozcan, por lo menos al principio.

Rafe hizo una pausa y se imaginó a sí mismo entrando en Henley Grange en Navidad. Enarcó las cejas.

—En cuanto a mis sobrinos y sobrinas, apenas soy capaz de recordar el nombre del heredero de mi hermano mayor, mucho menos el de todos los demás. En cualquier caso, dado el peligro inherente, decidí no informarles de mi regreso a Inglaterra hasta que estuviera allí.

—Aparte de recuperar el tiempo con tu familia —ella se acomodó contra la barandilla—, ¿qué piensas hacer con tu vida? Dado que eres incapaz de sobrevivir una tarde inactivo, vivir la acomodada vida de un caballero moderno no te encaja. Debes de tener algo en mente.

—Hasta que lo preguntaste —él hizo una mueca—, no había pensado en ello. No estaba pensando en nada más allá de completar mi misión. Sin embargo, tienes razón, aunque gracias a mi estancia en la India soy suficientemente adinerado como para rivalizar con Golden Ball, quedarme sentado y contar mi dinero, incluso apostar ese dinero, aunque eso no me resultará satisfactorio. —Hizo una pausa antes de continuar—: Una casa, supongo. En alguna parte cerca de Henley Grange.

Rafe la miró a los ojos.

—En cuanto regrese el hermano pródigo, se esperará de mí que permanezca cerca, por lo menos durante un tiempo, y los alrededores me gustan. Buen terreno para montar a caballo, para cazar. Y no está demasiado lejos de Londres, por lo que podré escaparme allí de vez en cuando.

—Necesitarás una propiedad, una casa no bastara para mantenerte ocupado.

—¿Hace falta mantenerme ocupado?

—Necesitas rodearte de personas a quienes organizar la vida, a quienes dar órdenes. Quizás una propiedad que incluya un pequeño pueblo o dos sería lo mejor. —Ella lo miró—. Un hombre como tú necesita gente a quien cuidar. A quien proteger y defender, a quien estimular para que crezca y triunfe.

Él lo vio. De repente se vio a sí mismo en un papel así, y supo que ella había puesto el dedo en la esencia de lo que él necesitaba. Se había alistado en el Ejército porque, siendo el cuarto hijo, no había ningún papel predestinado para él. Pero en el Ejército también le había faltado su lugar. Había echado de menos asentarse, echar raíces.

Eso también era importante para él.

Darse cuenta de que Loretta tenía razón, de que iba a necesitar encontrar no solo un lugar, sino también un papel que desempeñar en Inglaterra, le provocó una sensación de vulnerabilidad, sabiendo que incluso después de haber completado la misión seguiría teniendo ese desafío. Que hasta que no se enfrentara a él no tendría una vida, no una que disfrutara viviendo.

—¿Y tú qué? —Rafe se volvió para verle bien el rostro—. ¿Qué harás con tu vida cuando regresemos? —preguntó descaradamente—. ¿Un pretendiente, un novio? ¿Campanas de boda y una casa? ¿Hijos?

—A los dos primeros no, por tanto, al tercero, cuarto y quinto tampoco. —Loretta sabía que debería cortar por lo sano una impertinencia como esa. Un caballero no hacía esas preguntas a una joven dama, y una joven dama adecuada desde luego no las contestaba. Claro que ella ya había hecho saltar por los aires a la recatada y formal. Alzó el rostro hacia la fresca brisa nocturna—. Estoy aquí, viajando con Esme, precisamente por la cantidad pretendientes que he rechazado.

—¿Cuántos? —preguntó él después de una pausa.

—Ocho.

A Loretta no le hizo falta mirar para saber que Rafe se esforzaba por mantener la expresión seria.

—Llevo alejado de la sociedad desde hace más de una década, pero hasta yo sé que eso no es…

—¿Normal? ¿Habitual? Tampoco es aceptable.

—¿Aceptable para quién?

—La alta sociedad en general —ella agitó una mano en el aire—, o eso me han dicho.

—¿No lo sabes?

—En Inglaterra llevo una vida más bien tranquila.

Sentía la mirada de Rafe sobre su rostro, lo sentía evaluándola.

—Por elección propia. Vives retirada, lejos de la sociedad, porque así lo prefieres.

—Ni retirada ni fuera de la sociedad. —Ella lo miró brevemente—. Simplemente evito el brillo de la sociedad, los bailes y las fiestas, los infinitos, y con demasiada frecuencia absurdos, entretenimientos.

Rafe se sentía capaz de entenderlo.

—Yo tampoco soy ningún gran aficionado a los absurdos entretenimientos. —Pasó un momento antes de que volviera a hacer otra pregunta—: Entonces, ¿por qué rechazaste a ocho pretendientes? Supongo que serían elegibles de acuerdo con los estándares habituales de la alta sociedad. ¿No eran lo suficientemente tranquilos para ti?

—Lo cierto es que eran tranquilos, serios, formales, rígidos, convencionales. Ellos no habrían sido adecuados para mí. Ellos pensaban que yo era… alguien que en realidad no era: correcta, formal, recatada y decorosa.

Rafe pensó en lo que había visto de esa mujer, la tigresa golpeando a un atacante con libros de oración, o apaleando a otro con un bastón o un cáliz, la mujer mandona que había insistido en curar su herida, la incisiva y resuelta jugadora de cartas que lo había desafiado al *piquet*… Y sonrió—. Tú no eres nada de eso.

—Lo sé. —Ella sonaba seria—. Pero en honor a mis pretendientes rechazados debo admitir que solía fingir serlo. Era un excelente disfraz que me permitía evitar lo peor de la vida social.

—¿Solías fingir que eras correcta, formal, recatada y decorosa?

—Y funcionó —afirmó Loretta—. Durante años.

—¿Pero ya no?

—No. —Ella suspiró—. Ahora, mi fachada de conveniencia se ha derrumbado a mi alrededor. Rechazar al octavo pretendiente estuvo a punto de provocar un escándalo, de modo que, cuando Esme vino a buscarme, escapé con ella. Se supone que para cuando regrese el escándalo se habrá olvidado, o a lo mejor sustituido por algo mucho más jugoso.

Apoyado sobre la barandilla, Rafe buscó la manera de preguntar lo que más deseaba saber.

—¿De qué manera no encajaban tus pretendientes?

—En el sentido de que pensaban que yo era quien no era, sus expectativas hacia mí como esposa no encajaban con la realidad. De haber aceptado a alguno de ellos, no habría sido feliz, y desde luego también le habría hecho infeliz a él. De modo que los rechacé.

«Gracias a Dios». La idea surgió de ninguna parte, pero resonó con fuerza. Rafe la dejó morir y continuó:

—Entonces, ¿qué clase de vida quieres cuando regreses? ¿Pretendientes diferentes, más adecuados? ¿O estás pensando en algún otro camino?

«¿Estaba en contra del matrimonio?». La idea parecía ridícula. Por su experiencia, todas las jóvenes damas eran educadas para imaginar

el matrimonio como su única meta aceptable en la vida, pero ella… Rafe ya había aprendido a no hacer suposiciones.

Loretta se irguió, alzó la barbilla y miró hacia la noche.

—Lo cierto es que no sé lo que quiero. Por eso accedí a acompañar a Esme. No me preocupaba demasiado el escándalo, pero vi la oportunidad de viajar y ver más partes del mundo como una posibilidad para considerar mis opciones y definir lo que quiero, lo que quiero hacer con el resto de mi vida.

Él asintió. Y también miró hacia la negrura de las orillas.

Imposible no fijarse en las similitudes entre ellos dos. Habían llegado a ese lugar, en esa hora, por caminos totalmente diferentes. Pero estaban allí, enfrentándose a los mismos desafíos, haciéndose las mismas preguntas sobre ellos mismos.

Buscando respuestas.

¿Las mismas respuestas?

Rafe se preguntó… y la miró entre las profundas sombras.

En ese momento, Loretta se movió y respiró hondo. Rafe se esforzó por no fijarse en el movimiento de los pechos y el poco sutil efecto que esa visión tenía sobre él.

—Buenas noches. —Ella lo miró e inclinó la cabeza—. Te veré por la mañana.

—Buenas noches —murmuró él casi en un susurro mientras la observaba dirigirse hacia las escaleras y bajarlas.

Capítulo 8

9 de diciembre de 1822

Rafe había dispuesto de tiempo suficiente durante las silenciosas guardias de la noche para pensar, considerar y ponderar. Sus reflexiones, sin embargo, dibujaban constantemente un círculo de regreso a Loretta, a lo que ella pensaba, a lo que ella quería.

Descubrirlo se había convertido en su más reciente desafío.

Si bien la parte más sensata de él seguía argumentando que debería dejar todas esas exploraciones para más adelante, otra compulsión más fuerte e innata lo empujaba a perseguir el tema.

A fin de cuentas, estaban atascados en un barco en mitad de un río, libres de ninguna amenaza inmediata y avanzando a ritmo muy lento.

Como de costumbre después del desayuno, que tomaban en el comedor con el resto del grupo, Loretta insistió en curar su herida. Él la siguió obedientemente hasta su camarote. Dejó la puerta abierta y se quitó el abrigo y el chaleco antes de levantar la camisa lo suficiente como para poder sacar el brazo herido de la mano. Sentado de lado sobre el borde del camastro, le permitió deshacer el nudo que aseguraba el vendaje atado alrededor de la herida cosida y desenrollar la larga tira.

Loretta dejó el vendaje a un lado e inspeccionó la herida antes de palpar delicadamente la carne a ambos lados.

—¿Cómo lo sientes? ¿Te sigue doliendo?

—No. Solo está tirante. La piel me tira.

—Eso pasará. —Loretta se apartó y se acercó al pequeño lavabo construido en la pared del camarote. Tomó la toalla que él había dejado allí, humedeció una esquina en el aguamanil y regresó para limpiar delicadamente los puntos.

Mirando más allá de su hombro, Rafe no pudo impedir que sus ojos se hundieran en los deliciosos montículos de los pechos de Loretta, redondos y firmes bajo el corpiño. No pudo evitar que su mirada se detuviera en el sombreado valle entre ambos.

Únicamente cuando, contemplando la herida con el ceño fruncido,

ella asintió, apartó Rafe la mirada. Por suerte estaba sentado y llevaba el chaleco enrollado sobre el regazo.

—¿Qué tal está? —preguntó él tras aclararse la garganta.

—Está curando bastante bien. —Loretta buscó su mirada—. El boticario tenía razón. El truco está en atender la herida dos veces al día.

Tomó el frasco de pomada de la estantería detrás la cama, lo abrió y hundió los dedos en él.

Rafe se preparó. Encajó la mandíbula, apretó el puño derecho y se esforzó por mantenerse inmóvil mientras ella extendía delicadamente el ungüento por encima y alrededor de la herida.

Cuando ella al fin se apartó, él soltó un suspiro y recibió a cambio una mirada fulminante.

Dejando a un lado la pomada, Loretta tomó el largo vendaje y lo inspeccionó. Tras aprobarlo, y mientras ella enrollaba la larga tira de tela alrededor de su brazo, él escudriñó rápidamente el campo.

Tal y como había señalado Esme, desde que los integrantes de su grupo eran los únicos pasajeros a bordo, había mucha más intimidad. Los demás se habían quedado en la cubierta del salón. Rafe oiría a cualquiera que bajara las escaleras.

Y hasta que alguien lo hiciera, eran las únicas dos personas en la cubierta de los camarotes.

Solos. En privado.

—Ya está. —Ella le dio un golpecito al nudo con el que había atado el vendaje y se apartó.

Rafe se apresuró a volver a meter el brazo por la manga.

—Si seguimos procediendo así, dudo que vaya a haber ningún problema.

La mano de Rafe salió por el puño de la manga. Levantó la vista y la descubrió dirigiéndose hacia la puerta. Alargó un brazo y lo deslizó alrededor de su cintura, empujándola hacia atrás.

Loretta se trastabilló ligeramente y apoyó las caderas entre los muslos separados de Rafe, posando las manos sobre su camisa sin que la fina tela constituyera una barrera contra la sensación de su contacto.

—¿Qué…? —Ella tenía los ojos muy abiertos y fijos en los de él.

—Acabo de darme cuenta de que no te he dado las gracias. —Rafe deslizó una mano hacia arriba para sujetarle la nuca—. Tú me has dado las gracias muchas veces. He pensado que por lo menos debería… —descubrió la mirada de Loretta sobre sus labios y lentamente agachó la cabeza— devolverte el agradecimiento.

Las últimas palabras fueron susurradas sobre los labios de Loretta antes de que, sujetando su cabeza con firmeza y moviéndose lentamente, cubriera esos deliciosos labios con los suyos.

Se habían besado en cuatro ocasiones ya, pero esa era la primera en la que él había iniciado el movimiento.

La primera vez que él había admitido, a ella o a sí mismo, que quería besarla.

Y lo hizo.

Con voracidad.

Pero sabía que no podía devorarla. Aún no. Había que mantener ciertas formalidades, incluso en ese lugar. De modo que la besó lentamente, provocándola hasta que ella separó los labios. Entonces deslizó su lengua lentamente entre las flexibles curvas, la empujó al interior y disfrutó del sabor, ácido y tentador, a manzanas y *brandy*.

Esa mujer hacía que le diera vueltas la cabeza.

Lenta, sensualmente. Hacía que su corazón latiera más deprisa, más fuerte.

La prolongada caricia envió el deseo serpenteando insidiosamente por sus venas, calentándolas, antes de fundirse y acelerarse.

La exigencia creció, el deseo le siguió el ritmo.

Hasta que al fin obtuvo respuesta por lo menos a una de las preguntas que se agolpaban en su mente.

La deseaba.

Ya era consciente de que ella lo excitaba, pero podría deberse simplemente a que era una mujer atractiva y él un hombre que no había disfrutado de una mujer en más meses de los que deseaba recordar. Pero lo que esa mujer despertaba en él era más que eso.

Más fuerte que un mero deseo, más vívido que una simple pasión.

Rafe lo sintió crecer, desenrollarse, estirarse. Como una poderosa bestia, sacó las garras.

Arañó.

Ella movió las manos, deslizándolas con las palmas pegadas sobre su pecho, hasta los hombros, y más allá. Rafe sintió una pequeña mano cubrir la sensible piel de la nuca, sintió la otra mano deslizarse entre sus cabellos y agarrarse.

Otra pregunta acababa de recibir respuesta: ella también lo deseaba.

Y él sintió los músculos endurecerse en respuesta.

Reaccionar.

Reconocía bien las señales, pero con ella sus respuestas eran más fuertes, el impulso que alimentaban más potente, más insistente.

Ladeó la cabeza y se hundió más profundamente en su boca, reclamó, tomó, aunque con una ferocidad controlada. No quería asustarla, aunque el miedo parecía bastante alejado de la mente de Loretta mientras se pegaba más a él.

Y sus pechos acariciaban el torso de Rafe.

Loretta sintió la respiración entrecortarse y enredarse en su garganta. Sintió hincharse los pechos hasta doler. Los pezones se

tensaron, se calentaron, sensibles.

Sus sentidos estaban vivos, estirándose, alcanzando… no estaba segura qué.

Rafe le sujetó la cintura con ambas manos, los largos dedos de una se flexionaron, se aflojaron… antes de que la mano se deslizara hacia arriba por su vestido.

Los sentidos de Loretta estaban concentrados, aguardando, tambaleándose…

La mano de Rafe subió y se cerró con delicadeza en torno a su pecho. En torno a su pesado y dolorido pecho.

Las sensaciones atravesaron a Loretta, ricas, cálidas, excitantes.

Él apretó, todavía con delicadeza, casi con reverencia, y la excitación se redobló.

Loretta volvió a sentir que la respiración se le entrecortaba, tensa, constreñida, y le devolvió el beso, apretando sus labios contra los de él, empujando su lengua hasta enredarla con la suya.

El tono del beso cambió. Su intensidad tomó fuerza, la consciencia se cerró sobre ellos.

Lo único en lo que Loretta podía pensar era en conseguir más, saborear más, experimentar más, aprender más. Descuidadamente exigiendo más.

La mano que sujetaba la nunca de Rafe apretó con más fuerza y ella se acercó un poco más, apretando sus pechos en su mano.

Esa mano se cerró más firmemente, posesivamente cabalgando sobre el borde de su deseo. Ella pudo saborearlo en la lengua de Rafe, lo sintió en la creciente firmeza de sus labios, que presionaban los de ella para abrirlos más y zambullirse en el interior de su boca. El sentido común de Loretta bailaba, tambaleándose gloriosamente.

De repente Rafe apartó su boca de la de ella.

Levantó la cabeza. Miró más allá de Loretta. Hacia la puerta.

Y de repente ella estaba a más de medio metro de él. Rafe la había levantado como si no pesara nada y la había depositado en el suelo antes de apartarse, reclinándose contra la litera. Con expresión indescifrable, miró hacia abajo, se alisó la manga de la camisa y se ató los lazos del puño.

Loretta acababa de recuperar el aliento cuando Rose pasó frente a la puerta abierta, se detuvo, dio un paso atrás y miró en el interior.

—Por fin la encuentro, señorita. Lady Congreve se preguntaba si estaba… Quiere hablar con usted si ya ha terminado aquí.

—Sí. —Loretta tragó saliva y se aclaró la garganta. Sin girarse, habló por encima del hombro—: Yo… de momento ya no puedo hacer más.

Rafe levantó la cabeza, la miró de reojo y sus labios se curvaron.

—De nuevo, gracias —dijo con una inclinación de cabeza.

Loretta se obligó a sí misma a asentir bruscamente, y se mordió la lengua contra la urgencia de contestar, pues a saber lo que podría salir de su boca, antes de darse la vuelta y dirigirse hacia la puerta.

Rafe la observó marchar.

Escuchó las pisadas subiendo las escaleras. Y se preguntó algunas cosas más.

La deseaba en su cama no solo como mujer, sino concretamente como ella. La deseaba a ella, su original, inhabitual, peculiar ser, debajo de él.

Sin embargo, hacia donde se dirigían, y desde luego se dirigían en esa dirección, y dado que ella era una joven dama de alta cuna, el destino final habitualmente implicaría el matrimonio.

En el pasado, tan solo pensar en esa palabra habría bastado para hacerle recular. Huir en caso necesario. Pero con ella…

Rafe frunció el ceño. ¿Era realmente ella, su ser, lo que tanto ansiaba? ¿O el cambio en sus deseos, sus necesidades, se debía más a una función de su situación? ¿Quizás de la edad? ¿Había sido su discusión de la noche anterior, la admisión por su parte de que necesitaba encontrar un papel y un lugar, matrimonio y hogar, para sentirse realizado, lo que estaba coloreando su percepción? A fin de cuentas, ella era la única novia potencial en su pequeño mundo. Si sus anhelos interiores le estuvieran disponiendo hacia el matrimonio, entonces ella sería la única candidata para sus necesidades, su lujuria, la única en la que sus ojos podrían posarse.

Reclinándose contra la litera, Rafe recogió el chaleco y se lo puso. Mientras abrochaba los botones, reflexionó y sopesó. No pensaba que sus recientes deliberaciones sobre su futuro lo hubieran influenciado hasta ese punto, por lo menos no con respecto a su deseo por ella. Ese había sido fuerte, inesperadamente fuerte, desde el momento en que la había visto por primera vez.

Se puso de pie y buscó su abrigo para ponérselo a continuación.

Y frunció el ceño.

Tenía que decidir por qué la deseaba antes de permitir que aquello avanzara más. Loretta le gustaba como no recordaba que le hubiera gustado ninguna otra mujer. Lo último que querría sería hacerle daño de algún modo.

Antes tenía que estar seguro.

Antes de que él o ella cedieran a sus instintos y precipitaran el siguiente compromiso.

La mañana continuó nublada y lluviosa. Esme se había instalado en el salón para leer una novela y luego escribir cartas.

En una de las frecuentes ocasiones en las que pasó por allí, Rafe se

fijó en que Loretta también estaba escribiendo, el ceño fruncido, la concentración impresionante. Pero la siguiente ocasión en que pasó por detrás del bar ella había dejado a un lado su correspondencia y había retomado su labor de bordado.

Entró en el salón, asintió hacia Esme y se detuvo delante de Loretta.

—De momento ha dejado de llover —anunció cuando ella levantó la vista—. Me preguntaba si te apetecería dar un paseo por cubierta.

Por el rabillo del ojo vio a Esme sonreír y devolver su atención a la novela que había retomado.

Loretta lo observó atentamente y, para alivio de Rafe, dejó a un lado la labor.

—No me iría mal tomar un poco el aire.

Loretta se levantó, se sacudió la falda y se acomodó el cálido echarpe sobre los hombros. Rafe se apartó para que ella lo precediera fuera de la habitación, pasando junto al bar antes de subir las escaleras. Al llegar arriba, ella hizo una pausa, respiró hondo, muy hondo, y salió a la mojada cubierta. Él se reunió con ella. El aire era frío y húmedo. Una triste bruma cubría las cercanas montañas y colgaba inquietantemente en los oscuros bosques ante los que se deslizaba el barco.

Rafe le hizo una señal con la mano para que continuara y se colocó a su lado para dar una lenta vuelta alrededor de la cubierta. Hassan estaba de guardia, escondido en una esquina y protegido por el voladizo del techo del puente.

Ignorando a su amigo, Rafe fijó la mirada en el lento movimiento del río.

—He estado pensando en lo que hablamos anoche. Mi futuro. Como bien sabes, llevo fuera de Inglaterra, y de nuestra sociedad, más de una década, de modo que he perdido el contacto con el mundo. Con las opciones que puedan estar disponibles para mí. Sobre todo en cuanto a… —tuvo que esforzarse para pronunciar las palabras— jóvenes damas casaderas —continuó con descaro—. Me preguntaba si tú podrías ayudarme a definir mejor mis necesidades.

Sintió la fulminante mirada de Loretta atravesarlo como un cuchillo.

—¿Tus necesidades? ¿Para una novia?

Sin apartar la mirada del río, sin dejar de avanzar lentamente, él asintió.

—Exactamente. Como demostró nuestra conversación de anoche, carezco por desgracia de planes para mi futuro. Si acepto tus sugerencias sobre una casa, una propiedad con un pueblo o dos que gestionar, entonces sospecho fuertemente que mi siguiente requerimiento debería ser una esposa. —Él se arriesgó a mirarla—. ¿Estoy en lo cierto?

Ella lo miró ligeramente desconcertada. Levantó la vista y le sostuvo

la mirada, lo estudió durante unos segundos, antes de asentir.

—Mi análisis de tu situación sugiere que tu suposición es correcta.

—¿Y entonces? —Rafe enarcó las cejas—. ¿Qué clase de joven dama debería buscar como esposa? ¿Qué criterios debería buscar?

Al ver que Loretta empezaba a entornar los ojos, él devolvió su mirada al río.

—Estoy segura de que tus hermanas, y tus cuñadas también, estarán encantadas de ayudarte.

—Seguro que sí —Rafe ignoró la falsa dulzura en la voz de Loretta —, y por eso te pregunto a ti. Ellas no saben nada de mí, del hombre que soy ahora, mucho menos de lo que pudiera necesitar en cuanto a una esposa, pero pensarán que me conocen mejor que yo mismo y se lanzarán con entusiasmo a presentarme una fila de candidatas, ninguna de las cuales se parecerá lo más remotamente a la joven dama que yo necesito. —«A ti». La miró fijamente—. Tú sí que entiendes mi problema.

La mirada que ella le dedicó estaba cargada de sospecha, desconfianza, pero también curiosidad. Loretta, estaba seguro Rafe, lo estaba entendiendo a la perfección. Y ese era uno de los motivos por los que se preguntó si…

—Por ejemplo, no creo que una joven dama convencional encajara conmigo. —Rafe miró al frente mientras continuaba—: Después de todo lo que he visto y experimentado, encuentro que el convencionalismo está sobrevalorado.

—Te niegas a adherirte al convencionalismo por puro convencionalismo —observó ella—. Y eso es algo que los que viven en ese convencionalismo encuentran difícil de aceptar.

—Ahí voy. Entonces estamos de acuerdo en que mi dama necesita ser poco convencional.

—No… Tú quieres una dama que podría ser, o no, poco convencional por sí misma, pero que no esté atada por el convencionalismo, y por tanto espere que tú tampoco lo estés.

—¿Lo ves? —Él sonrió—. Por eso te he pedido consejo. Supongo que también debería estipular que no fuera demasiado joven.

—Define «demasiado joven».

—Pues, ¿menor de veintidós? Quiero decir que no debería ser de la clase absolutamente inocente que nunca ha experimentado nada más allá de los salones de baile y las salas estar. —Él la miró de reojo—. Quizás una dama que haya visto un poco de mundo. Por lo menos una que tenga un poco más de experiencia.

—Opino que ese criterio podría formularse mejor como «poseer un cierto grado de madurez».

—Eso suena bien. —Rafe reprimió una sonrisa—. Y nada de risitas tontas ni vahídos. Debe ser una dama con la que pueda mantener una

conversación sensata.

—Estás pidiendo mucho. —Loretta lo miró.

—Tonterías. Estoy seguro de que hay damas capaces de mantener conversaciones inteligentes. Por supuesto, esperaría que ella también se comportara con inteligencia, y que no se metiera en estúpidos aprietos o creara escándalos innecesarios.

—No sé si preguntarlo, pero ¿qué pasa con el físico? ¿Cuáles son tus preferencias en ese aspecto?

—Para ser sincero —Rafe frunció el ceño—, no tengo una idea clara en ese aspecto. Siempre que sea el epítome de la belleza a mis ojos, los detalles no importan.

Los labios de Loretta dibujaron una mueca mientras que ella inclinaba la cabeza.

—Una respuesta respetable que cubre adecuadamente ese aspecto.

—Eso pienso yo. Entonces, ¿qué tenemos de momento? Una dama no sujeta por el convencionalismo que posea cierto grado de madurez, inteligencia y suficiente belleza para inspirar mi devoción. —Él enarcó las cejas—. Eso parece cubrirlo todo.

—Sospecho que deberíamos añadir «con un carácter capaz de tratar contigo en el día a día».

—¿Eso crees? —Él abrió los desmesuradamente—. No se me había ocurrido pensar que yo fuera alguien difícil de soportar.

—Empiezo a sospechar que posees profundidades ocultas y que de ningún modo eres el granuja descuidado y encantador que muestras ante el mundo.

Rafe reprimió una sonrisa lobuna que le habría demostrado a Loretta que tenía razón.

—Muy bien —inclinó la cabeza—, añadiremos un temperamento tranquilo y sereno.

—Además de una disposición para la gestión y unas agallas de acero.

—¿Y para qué demonios debería necesitar algo así?

—Para manejarte a ti. En cuanto estés de regreso en Inglaterra, ocupándote de tu casa, tu propiedad y, si lo he entendido bien, tu futuro, vas a necesitar una buena gestión en el aspecto social y práctico. Has admitido que no estás socialmente preparado. Siendo quién eres, lo que eres, no podrás simplemente evitar la sociedad, tu presencia o ausencia necesita ser gestionada de manera que parezca algo ordinario.

—¿Tal y como tú has gestionado tu ausencia social durante los últimos años?

—Más o menos.

—Aceptaré tu consejo sobre… la disposición y las agallas. —Rafe frunció el ceño.

Loretta soltó un bufido y continuó el paseo. El intercambio había llamado su atención, él la había mantenido absorta. Aunque sabía que hacía frío, que el viento mordía, no lo había sentido. Se sentía llena de energía, alerta, su mente viva, sus nervios tensos, pero de un modo agradable. Se sentía desafiada.

—Y después de habernos ocupado de mí. ¿Qué pasa contigo?

Ella sintió la mirada de Rafe sobre su rostro.

—¿Qué clase de esposo deseas? Es evidente que se trata de una pregunta para la que vas a necesitar tener una respuesta para cuando llegues a las costas de Inglaterra.

Rafe tenía razón. También la estaba… involucrando de un modo que ella jamás habría imaginado. Un combate verbal de mareante sinceridad que ocultaba un propósito más profundo. No era tan estúpida como para no captar el objetivo subyacente.

—El hombre que deseo como esposo. —Loretta no necesitaba seguir el camino hacia el que él la conducía, pero era incapaz de retirarse del desafío, incapaz de no responder. Sin embargo, al igual que él, jamás se le habría ocurrido formular en palabras sus requerimientos. Formularlos claramente—. Él… tendría que ser un caballero, y me refiero en su comportamiento, no solo a su título. Tendría que valorar a las mujeres, a las damas como yo, reconocer y apreciar mis fortalezas y mis éxitos.

—¿Tiene éxitos? —preguntó él mirándola fijamente.

—Unos cuantos. —Bajo el nombre de A Young Lady About London, era una de las más populares columnistas en ese momento—. Además de mostrar el debido respeto a mi valía, ese hombre debería ser capaz de proporcionar todas las cosas habitualmente aceptadas. No siento ningún interés en vivir en una cabaña.

El sonido que emitió Rafe sugería que él tampoco se la imaginaba en esa situación.

—Aparte de eso, tendría que ser valiente, lo suficiente como para permitirme ser yo misma, y si bien podría ser protector, tendría que ser muy cuidadoso con no ahogarme.

—¿Ahogarte?

—Tendría que aprender a no interponerse en mi camino.

—Entiendo. Por mi experiencia sé que para proteger a alguien a menudo hay que interponerse en su camino.

—Cierto, pero no bloquear innecesariamente a la persona protegida. La protección jamás debería convertirse en prohibición obsesiva.

—Entonces —Rafe frunció el ceño—, un caballero de fortuna que te adore y se pose a tus pies, que no dude en protegerte de cualquier peligro, pero que por lo demás te de carta blanca. Tu esposo hipotético no va a tener una vida fácil.

—No. —Ella lo miró y estudió el ceño fruncido de Rafe mientras

conseguía mantener la expresión seria—. El puesto será todo un desafío.

Alcanzaron el extremo más alejado de la cubierta y se volvieron al unísono para, más lentamente, regresar hacia las escaleras. El cielo de nuevo amenazaba lluvia.

—Todavía no has descrito tus atributos físicos preferidos. Las damas siempre tienen preferencias.

Y ella no era ninguna excepción, pero ¿cómo evitar lo obvio?

—Más bien alto, fornido, fuerte y sano, pero como todo el mundo sabe, lo importante no son las apariencias, por tanto, le daría más importancia al carácter y a la personalidad que a la belleza física.

—¿Qué rasgos buscas en particular?

—Lealtad. Devoción. Valor. Inteligencia. Que sea lento en enfadarse y rápido en perdonar. Un hombre activo. Alguien que haya vivido, que comprenda la vida. —Loretta se volvió hacia él y le sostuvo la mirada —. Eso bastará para reconocerlo… Caso de encontrarlo.

Tenían las escaleras ante ellos. Ambos aflojaron la marcha hasta detenerse. Sosteniéndole la mirada, ella esperó, pero él levantó la vista por encima de su cabeza, al otro lado de la cubierta, y entonces Loretta recordó que Hassan montaba guardia bajo la sombra del puente.

Cuando la mirada de Rafe regresó a su rostro, ella sonrió.

—Gracias por tu compañía y por compartir tu visión. Al parecer, los dos tenemos cosas en las que pensar.

Rafe le sostuvo la mirada durante unos segundos, los azules ojos indescifrables, antes de que sus labios se curvaran en una mueca reticente e irónica.

—En efecto, parece que los dos tenemos oportunidades que podríamos aprovechar, y decisiones que tomar sobre si aprovecharlas o no.

Loretta reprimió la urgencia de corregirle. Se trataba de una sola oportunidad. Y una sola decisión: la de aprovecharla o no. Los dos estaban hablando de la misma cosa.

Imaginarse la perspectiva le hizo sentirse ligeramente mareada.

—Te dejaré con tus reflexiones. —Ella inclinó la cabeza y dio un paso hacia la escalera, retirándose para enfrentarse a las suyas propios.

A primera hora de la tarde Loretta estaba sentada en el salón fingiendo trabajar en su bordado. Esme se había retirado para tomar una pequeña siesta. Rose y Gibson se habían instalado en el salón del camarote principal para coser y remendar. Hassan y Rafe estaban en cubierta, al menos eso creía ella.

Y eso le permitió regresar a sus reflexiones aún inconclusas.

Recordando el paseo por cubierta y la singular conversación que había mantenido con Rafe, por un lado, se sentía tentada a pensar que no había interpretado correctamente las palabras de Rafe, pero por otro sabía que sí lo había hecho.

Habían estado hablando de matrimonio. Entre ellos dos. Ella y él.

No había otra explicación, ningún otro motivo para que él hubiese elegido un rumbo tan curioso para la conversación salvo la de comprobar la temperatura del agua. Y su táctica había funcionado. Por lo menos porque la posibilidad había aflorado también en la mente de Loretta.

Curiosamente, el único aspecto que ella no había revelado, el tema sobre el que él no había preguntado, estaba en esos momentos proporcionándole su mayor motivación. Esa atracción, la abrumadora necesidad de aprender mucho, mucho más, de una interacción física como la suya, de experimentar mucho más esas centelleantes sensaciones y aún más la extraña conexión que había sentido fluir por debajo, estaba empujándola a dar un paso al frente y comprometerse. Valientemente, como solo haría una Michelmarsh.

Loretta estaba descubriendo que era una Michelmarsh hasta la médula, salvaje y abandonada cuando perseguía una meta deseada.

El mero hecho de desear a Rafe Carstairs ya era una sorpresa en sí misma. Después de tantos años de no sentir el más ligero interés por pasar tiempo con un hombre, había empezado a pensar que jamás lo haría. Pero Rafe definitivamente le había despertado ese deseo, y alguna parte elementalmente femenina de su ser se glorificaba en el descubrimiento.

La comida, compartida en el salón con los demás, había demostrado ser notable por el modo en que él no la había mirado a los ojos, ni ella a los suyos. De no ser tan prosaica, habría dicho que la atmósfera entre ellos se había resquebrajado, pero nadie más parecía haberse dado cuenta.

O por lo menos no había dado ninguna señal de haberse dado cuenta.

Ella no estaba del todo segura de creérselo.

Oyó un ruido en el bar, levantó la vista y vio al objeto de sus pensamientos caminando hacia ella, con la baraja en una mano.

Sus miradas se fundieron.

Loretta se limitó a quedarse sentada con la aguja en el aire y observarlo acercarse más. Eso era algo que ninguno de los dos había mencionado, el peligroso aire que pendía sobre él, tangible como una capa, una tentación para pecar que hacía que sus instintos de Michelmarsh la pincharan y empujaran a alargar una mano y tocar. Acariciar.

Provocarla.

—¿Otra vez *piquet*? —preguntó ella con una sonrisa mientras enarcaba fríamente una ceja.

Como en la ocasión anterior, él colocó la mesita entre ambos, giró uno de los sillones para sentarse frente a ella y se dejó caer en él. Dejó las cartas sobre la mesa.

—Quizás. —Los ojos de Rafe atraparon los suyos—. O podrías hablarme sobre Londres. Pasas allí la mayor parte del año, ¿no?

—Últimamente sí. —Loretta titubeó antes de bajar la mirada hacia su bordado y realizar la siguiente puntada—. Aunque no por elección propia.

—¿No te gusta la ciudad?

—No me disgusta en dosis limitadas. Sin embargo, últimamente, mi cuñada Catherine se ha propuesto cumplir con su deber, tal y como ella lo ve, de encontrarme un marido adecuado, de modo que hemos pasado toda la temporada de bailes, y también la Pequeña Temporada, en la ciudad. Y eso, en mi opinión, es un poco excesivo.

Rafe no podría estar más de acuerdo con ella. Pero…

—Yo pensaba que una de las principales ocupaciones de las mujeres de la alta sociedad, casadas o no, era la observación del mercado del matrimonio y todas las actividades asociadas como algo relacionado con sus parientes, conexiones y conocidos en general.

—Mis dos hermanas ya están casadas y mis sobrinas son unos bebés. —Loretta sonrió, levantó la vista y le sostuvo la mirada—. Como hemos hablado antes, mis requerimientos para un esposo sugieren que él debería ser lo suficientemente inteligente como para pasar la mayor parte del tiempo ocupado en otra parte, de modo que parece innecesario que yo pase tanto tiempo en la capital. En mi opinión, no es probable que lo conozca, a mi hipotético esposo, allí.

—Entonces, ¿qué es lo que te interesa cuando estás en Londres? —Él soltó un bufido—. ¿Y cómo ocupas tu tiempo cuando estás en el campo?

—En Londres, aparte de todos los bailes, veladas, fiestas y cenas a las que se asegura Catherine de que yo asista, paso mi tiempo visitando exposiciones, amigos y, según me han dicho, poseo una definitiva inclinación muy poco dada en una dama, a leer el periódico. También soy conocida por participar en discusiones políticas, lo cual, al parecer, es un comportamiento aceptable en una vieja matrona, pero no a mi tierna edad.

Rafe resopló sonoramente.

—Yo opino lo mismo —respondió ella a su reacción.

Él observó sus labios curvarse en una sonrisa algo misteriosa. Al ver que no decía nada más, la animó:

—¿Y en el campo? ¿Cómo ocupas tu tiempo allí?

Para sorpresa de Rafe, ella titubeó antes de empezar:

—Practico mucho la correspondencia. Y por supuesto tengo los periódicos para leer. Aparte de eso, monto a caballo y camino, y hago todas esas cosas que suelen hacer las damas en el campo: visitar pueblos cercanos, vecinos… Esa clase de cosas.

Él no era capaz de adivinar qué era lo que le estaba ocultando. Pero antes de pensar en un modo de sacárselo, ella levantó la vista.

—Tú debes de haber pasado mucho tiempo en Londres antes de unirte al Ejército. ¿Qué recuerdas de la alta sociedad de entonces?

Se trataba de una maniobra de distracción o… Él se encogió de hombros para sus adentros.

—Solo pasé seis meses en la ciudad. Aparte de a los amigos, el único grupo que recuerdo realmente era el de las grandes damas. Había una, lady Osbaldestone. Esa mujer me aterrorizaba. En Waterloo, cuando los Cynster se unieron a nosotros, descubrí que también los aterrorizaba a ellos.

—La conozco. —Loretta sonrió—. Tampoco da tanto miedo.

—Puede que a ti no. ¿Quiénes llevan actualmente la voz cantante en la alta sociedad?

Ella se lo explicó, refrescándole la memoria en el caso de aquellas personas a las que conocía y dibujando vívidas viñetas verbales de aquellas a las que no. A partir de ahí su conversación se expandió, cubriendo temas como las leyes del maíz, las revueltas de Peterloo, de las que él había oído hablar, pero a las que no había prestado atención. Para su sorpresa, ella poseía un conocimiento increíblemente profundo y detallado de las revueltas sociales de los últimos tiempos. Si no hubiese admitido que devoraba los periódicos y hablaba con sus pares y miembros del Parlamento, él se lo habría preguntado.

Concluyó que esa mujer simplemente tenía una excelente memoria para los detalles, y ya sabía que era curiosa por naturaleza.

Esme apareció y se unió a ellos, y aunque todas las revelaciones de carácter personal llegaron a su fin, Rafe permaneció allí y permitió que Esme, asistida por los secos comentarios de Loretta, lo entretuviese con sus opiniones sobre el primer ministro y sus consejeros más cercanos.

El tiempo restante para la hora de la cena pasó volando.

Esa noche era la última que pasarían a bordo del *Uray Princep*. Su próximo destino no estaba muy lejos.

—Llegaremos mañana al mediodía —les informó el capitán a todos, sentados a la mesa del comedor, dispuestos a degustar una cena de celebración organizada por Esme.

Esme había invitado al capitán, al primer oficial y al sobrecargo a

compartir la cena con ellos. Los tres habían aceptado, fascinados por esa mujer y por su inmensa personalidad.

Esme levantó su copa, llena del mejor vino que había a bordo.

—Por el final de vuestro viaje, con nuestro agradecimiento extensivo a la excelente tripulación que ha hecho tan agradable nuestro tiempo a bordo de vuestro navío.

Todos alzaron sus copas y brindaron por los tres marineros, que se ruborizaron y rechazaron los elogios.

El capitán propuso otro brindis, dedicado a unos pasajeros tan poco exigentes.

Todos rieron y bebieron. Entonces aparecieron los grumetes con los platos y la cena comenzó.

Al finalizarla, se despidieron del capitán y la tripulación.

Con un suspiro, Esme los condujo hacia el salón. El resto, todos agradablemente saciados, la siguieron de cerca.

Rafe cerraba la comitiva. En cuanto las cuatro mujeres se hubieron instalado en los asientos de ventana y los sillones, Hassan y él acercaron dos sillas de respaldo recto y se unieron a ellas. Él recorrió el círculo de rostros con la mirada.

—Necesitamos hacer planes para mañana. La distancia entre Ulm y Estrasburgo, donde alquilaremos un barco que nos lleve por el Rin, puede ser cubierta en un día en carruaje. Dado que llegaremos mañana al mediodía, sugiero que nos alojemos en un hotel allí, busquemos un carruaje y salgamos a la mañana siguiente.

—Ese es el plan más inteligente —dijo Esme—. No hay necesidad de arriesgarse en alguna posada de algún lugar apartado donde tendríamos que alojarnos si abandonásemos Ulm nada más llegar.

—Exactamente. Por supuesto —continuó Rafe—, estamos suponiendo que no habrá ningún sectario esperándonos en Ulm, que no está situada en ninguna ruta principal, y si es cierto que la secta no se ha dado cuenta de que estamos en el río, no hay ningún motivo para que hayan pensado en enviar hombres a un lugar tan remoto.

—Mis recuerdos de Ulm son algo difusos. No creo haberme alojado allí nunca. De todos modos —siguió Esme—, en esta época del año no deberíamos tener ningún problema para encontrar un hotel adecuado. Puede que esté alejado de todas las carreteras principales, pero es bastante más que un pueblo.

—Así es. Tampoco espero que tengamos problemas para encontrar un carruaje. En Ulm simplemente tendremos que estar en guardia y, por lo demás, tan solo colocar un pie delante del otro. —Rafe respiró hondo antes de continuar—: Sin embargo, a partir de Ulm es probable que nuestro viaje se vuelva más tenso. Cada vez más peligroso. Lo mejor será hablar de los subsiguientes planes ahora, aquí, en un lugar en el que estamos a salvo y no hay nadie que nos pueda oír.

Esme asintió. Loretta, muy alerta, tenía la atención fija en él.

Rafe miró a Rose y a Gibson, y confirmó que ellas también estaban escuchando con mucha atención. No le hizo falta mirar a Hassan.

—Hemos tenido suerte, mucha más de la que imaginé que tendríamos, evitando a la secta hasta ahora. Por lo que sabemos, Ulm debería ser un lugar seguro y la carretera desde allí hasta Estrasburgo es relativamente secundaria y atraviesa los bosques. Sin embargo, al llegar a las afueras de Estrasburgo, nos adentraremos en carreteras provenientes de ciudades más principales, como la propia Estrasburgo, una ciudad situada junto a numerosas carreteras que sin duda albergarán a sectarios que estarán vigilando todos los carruajes alojados en los principales hoteles. En cuanto estemos allí, dejaremos de estar seguros y, desde ese momento, en nuestro viaje por el Rin, cada vez estaremos más expuestos. Muchas de las principales ciudades junto al Rin están también situadas sobre carreteras principales. La secta, sin duda, tendrá hombres estacionados allí y, cuanto más nos acerquemos a Inglaterra, mayor concentración de sectarios habrá, más tupida será la red de la secta.

Rafe hizo una pausa antes de continuar:

—Si abandonamos Ulm al alba, me atrevería a asegurar que llegaremos a Estrasburgo a media tarde. Una vez allí, propongo encontrar alguna posada pequeña, aunque decente, cerca del río. Pediré consejo en Ulm. Cuando lleguemos a la posada, vosotras podéis permanecer allí con Hassan mientras yo organizo el transporte sobre un barco fluvial por el Rin.

—En cuanto a eso —intervino Esme—, en esta época del año deberíamos poder elegir sin problema nuestro barco.

—Espero encontrar uno de los más rápidos, y que disponga de un capitán y una tripulación experimentada. —Rafe titubeó antes de continuar—: Dado que estoy seguro de que no pasaremos desapercibidos para la secta en cuanto estemos en el Rin, también necesitaremos que la tripulación elegida esté dispuesta a apoyarnos en un enfrentamiento con los sectarios, caso de que se produzca.

Loretta frunció el ceño. La idea de un ataque de la secta, de hombres armados con espadas atacando a Rafe y a Hassan…

—Propongo que busquemos una posada modesta y tranquila en Estrasburgo, una en la que sea poco probable que la secta tropiece accidentalmente con nosotros, y luego nos tomemos los días necesarios para encontrar el barco adecuado, con la tripulación adecuada.

—Apoyo la moción. —Esme buscó la mirada de Rafe—. Aunque el viaje sea río abajo, permaneceremos en el Rin durante días, quizás una semana. Tiene sentido tomarse el tiempo necesario para conseguir hacer los mejores preparativos para el viaje.

Rafe interpretó la decidida expresión de Esme antes de desviar la mirada hacia Loretta. Que enarcó las cejas, su propia determinación evidente.

—De acuerdo —dijo él—. Así lo haremos. Encontraremos un buen escondite en Estrasburgo, y luego adoptaremos todas las precauciones necesarias para que nuestro viaje por el Rin sea lo más rápido y seguro posible. —Se levantó, contempló a las damas, su mirada rozando cada uno de los rostros—. De una cosa podemos estar seguros. En cuanto estemos en el Rin, la secta me va a descubrir, y la caza dará comienzo en serio.

El tiempo, al parecer, reflexionó Loretta, era esencial. Esperó en su camarote hasta que notó que a su alrededor el barco entraba en calma y, poniéndose el abrigo, salió del camarote principal y se dirigió hacia las escaleras.

El repaso que había hecho Rafe de sus planes había despertado una sensación de urgencia. Si ellos dos iban a llegar a alguna conclusión con respecto a lo que parecía estar creciendo entre ambos, necesitaban darle un impulso al proceso. No tenía ningún sentido, ninguno en absoluto, dejar la cuestión pendiente, sin resolver.

En cuanto llegaran a Inglaterra…

Loretta subió las escaleras hasta la cubierta de observación y contempló el cielo nocturno.

—Si voy a abrazar mi lado salvaje —murmuró—, será mejor que la transformación esté terminada y completada antes de que vuelva a ver a Robert y a Catherine.

Antes de regresar a su casa.

Salió a cubierta mientras se preguntaba si, dado lo mucho que había cambiado ya, iba a ser capaz de volver a vivir bajo el mismo techo que ellos.

Lo dudaba.

—Camina hacia adelante —se dijo a sí misma y se dispuso a cruzar la cubierta. Su meta, la figura alargada y autoritaria que se apoyaba en la barandilla del lado de estribor. Una rápida mirada alrededor de la cubierta le confirmó que estaban solos.

Al acercarse, él se volvió hacia ella y se irguió.

Loretta jamás había seducido a un hombre, ni siquiera se había dispuesto a tentar a ninguno para que la besara. En realidad, no tenía ni idea sobre qué hacer, cómo actuar.

Rememoró el último intercambio en esa cubierta. Aunque no se había firmado nada abiertamente, la franqueza del gesto de Rafe le había sorprendido lo suficiente como para seguirlo instintivamente. Dos podían jugar a ese mismo juego.

Con la mirada fija en los ojos de Rafe, ella avanzó más despacio a medida que la distancia entre ellos se reducía, pero no se detuvo, no hasta arrojarse en sus brazos. Los pechos de Loretta chocaron con el torso de Rafe. Levantó la cabeza, agarró su rostro con ambas manos y tiró de él hacia abajo mientras se ponía de puntillas y lo besaba.

Apretaba sus labios contra los de él en una descarada exigencia.

Su estrategia dio resultado. Tras un instante de sorpresa, él le correspondió en el beso.

Rafe la rodeó con sus brazos, la atrajo hacia él e inclinó la cabeza. Loretta despegó los labios, lo atrajo hacia las profundidades y él la siguió.

Ella suspiró aliviada, se apretó con fuerza contra él. Necesitaba saber más, experimentar más, y ese más estaba allí, al alcance de su mano.

Rodeada del acero de sus brazos, en el interior de la totalmente masculina jaula que la encerraba. Que la mantenía atrapada, aunque por voluntad propia. La fuerza de Rafe no era como una roca, sino tensa como una hoja bien templada, flexible aunque irrompible, suave aunque contenida.

Los sentidos de Loretta bailaban mientras ella absorbía las sensaciones. La dureza de los músculos, la solidez de los pesados huesos, el atractivo calor masculino de su cuerpo. El amplio torso, los anchos hombros, las largas y tonificadas columnas de los muslos que sujetaban los de ella a cada lado y que, en gran medida, sujetaban ambos cuerpos.

Las manos de Rafe se habían deslizado sobre la espalda de Loretta, sujetándola y, ante la flagrante invitación que ella había vertido en el beso, impregnando el acalorado duelo de sus lenguas, urgiéndola a apretarse más contra él.

Y ella accedió, feliz.

Solo tenía un objetivo: más.

Más de lo que fuera que se había encendido y se estaba soldando entre ellos, que enviaba ondas de anticipación que lamían su piel, escalofríos de excitación que descendían por su columna, y una aguda consciencia que hervía en sus nervios. El calor floreció y se extendió bajo su piel antes de hundirse, más abajo, acumulándose en su estómago.

Loretta deslizó las manos desde las mejillas de Rafe hasta agarrarle la nuca con una y hundir los dedos de la otra en la espesa cabellera. Revolvió los sedosos rizos antes de agarrarlos. Agarrarlos mientras él le devolvía el beso y ella saboreaba la feroz necesidad, el deseo y la pasión.

Una de las manos posadas sobre su espalda aflojó el contacto y se deslizó más abajo. Deslizándose suavemente sobre la curvatura de su

trasero en una lenta y exploratoria caricia que hizo que los sentidos de Loretta se dispararan. A continuación, él la agarró y la levantó contra su cuerpo. Mientras la lengua de Rafe llenaba desvergonzadamente su boca, distrayendo y exigiendo, él inclinó las caderas de Loretta contra las suyas para que ella pudiera sentir la rígida erección contra su tenso estómago.

Loretta soltó un audible respingo mientras se agarraba a él y se regocijaba en el momento.

Más. Quería más. Más de todo eso.

Más de la pasión de Rafe.

Rafe estaba perdido, durante un largo momento, totalmente perdido en las feroces exigencias del beso. En ella. Perdido en la sensación de sus curvas, del intensamente femenino cuerpo apretado contra él. De su suavidad, su calor, llenando sus brazos. Entregada, rendida, apretada contra él a modo de ofrecimiento.

El deseo se había traducido en un sólido golpeteo en la sangre, la necesidad en un latigazo que lo flagelaba.

El deseo estalló, llameó antes de rugir convertido en un incendio fuerte y ardiente, urgente y exigente.

¿Cuándo antes había sido la pasión tan aguda, tan desesperada, tan abrumadora?

La mareante comprensión lo asaltó. Lo suficiente como para que la cordura aflorara brevemente en su mente asolada por el deseo.

Prácticamente había perdido las riendas del control, consumidas en llamas. Rafe recogió los destrozados restos, los apretó con fuerza y se aferró a ellos.

Mientras sus labios se fundían con los de Loretta y su lengua era atrapada por las acarameladas delicias de su boca, luchó por encontrar la suficiente cordura como para pensar.

La razón lo había abandonado, aun así…

Habían hablado sobre sus planes. Eso sí lo recordaba. Habían hablado del inminente peligro. Hablado de la secta que los esperaba cada vez más cerca.

Demasiado cerca. El peligro y amenaza, para ella y los demás, estaba demasiado cerca como para ceder a lo que estaban viviendo en esos momentos. Para permitirle ceder y distraerse.

Rafe arrancó sus labios de los de Loretta y levantó la cabeza, lo suficiente como para que ella no pudiera volver a empujarla hacia abajo, no pudiera llevarlo de regreso a la suculenta dulzura. Respiraba con dificultad. Y ella también.

—No podemos hacerlo —afirmó él con los ojos cerrados mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y se esforzaba por calmar sus alocados pensamientos.

Su voz había sonado terrosa.

Abrió los ojos y miró hacia abajo, al rostro de Loretta. A sus ojos desmesuradamente abiertos, inundados por la pasión.

—¿Por qué no? —preguntó ella. Sus labios, hinchados y húmedos, se separaron. Parecía estar esforzándose por controlar el ceño fruncido.

—Porque no es ni el momento ni el lugar. Y estamos yendo demasiado deprisa. —Esa era otra verdad, una igualmente importante.

Rafe respiró hondo, encajó la mandíbula y obligó a sus brazos a moverse, a dejar a Loretta de nuevo en el suelo y apartarla ligeramente de él, poniendo espacio y aire fresco entre ambos.

Y entonces el ceño fruncido de Loretta sí se materializó.

—Esta clase de intercambios —continuó Rafe antes de que ella pudiera acompañar ese ceño fruncido con palabras— conduce rápidamente a lo siguiente. —Era una mujer avispada, sin duda entendería a qué se refería—. Y si yo todavía no estoy seguro sobre nosotros, tú tampoco puedes estarlo. —Era una certeza brutal, pero que claramente necesitaba ser manifestada.

Y por supuesto, especialmente después de los últimos minutos, él estaba tan seguro como podría estarlo sin llegar al cien por cien, pero ella no podía haber tomado una decisión… sobre nada. No tan pronto.

Por algún motivo que él era incapaz de formular en palabras, el hecho de que ella tuviera que estar segura era de una importancia fundamental para él.

Loretta abrió la boca.

—No, no discutas. —Apoyándose en la barandilla, él se mesó los cabellos—. Por favor, vete a la cama. —Sus miradas se fundieron y Rafe continuó hablando en voz todavía más baja—: No te quedes ahí, tentándome.

Loretta tenía los labios apretados y, ante las palabras de Rafe, parpadeó antes de inclinar la cabeza ligeramente y contemplarlo con atención.

—¿Yo te tiento… simplemente quedándome aquí de pie?

—Me tientas simplemente respirando.

Ella parpadeó.

—Por favor —continuó él con sequedad, el tono cada vez más tenso —. Simplemente, vete abajo.

Rafe no se atrevía a pensar en ella en la cama.

Ella lo miró como si estuviera debatiendo si fulminarlo con la mirada, antes de suspirar con exasperación.

—Eres un hombre extremadamente irritante.

Y sin más, se dio media vuelta y regresó hacia las escaleras.

Rafe la observó marchar. Sintió su calidez alejarse de él.

Luchó consigo mismo para no seguirla escaleras abajo y desviarla de su cama a la de él.

En esa ocasión, cuando el agónico grito la despertó de un inquieto sueño, Loretta supo de inmediato de qué se trataba.

Echando a un lado las mantas, agarró la bata, hundió los pies en las zapatillas y entró en el camarote principal.

Colocándose la bata, se ató el cinturón y abrió la puerta que daba al pasillo. Como en la ocasión anterior, el estrecho pasillo estaba sumido en la oscuridad. Dos pasos la llevaron hasta la puerta de Rafe. Abrió y entró, cerrando la puerta detrás de ella.

Y como en la ocasión anterior, él estaba tumbado en la litera, envuelto, atrapado en las revueltas mantas. Una larga pierna estaba libre, desnuda hasta medio muslo.

La noche era nubosa y la poca luz que entraba a través del ojo de buey del camarote era débil. Pero eso no impidió que a Loretta se le secara la boca, ni que dejara de respirar al contemplar la larga pierna mientras su mente absorbía las implicaciones. Hombros desnudos. Pierna desnuda. Estaba desnudo bajo las mantas.

Apartó a un lado la excitante fascinación y se acercó a un lado de la litera, bajando la mirada hacia Rafe. Sus ojos se habían habituado a la penumbra y vio que estaba totalmente dormido.

Estaba claramente atrapado en las garras de la pesadilla. Su cabeza giraba violentamente. Murmuró algo y entonces su cuerpo se apartó ligeramente de ella. Loretta se fijó en la humedad de los cabellos que se pegaban a su frente y luego en los rasgos retorcidos y el cuerpo que se tensaba como si sufriera algún dolor.

—Rafe. —Agarrándolo por el hombro, ella lo sacudió.

Aunque lo mismo le habría dado intentar sacudir a una montaña.

El cuerpo de Rafe volvió a retorcerse y un sonido salvaje escapó entre sus dientes encajados.

—¡Rafe! —Loretta no podía gritar, pero impregnó su nombre de cada átomo de mando que poseía.

Lo llamó, golpeó su pecho, lo pellizcó. Pero de nada sirvió.

—¡Maldita sea! —Loretta sentía sus propias emociones retorciéndose cada vez que él hacía lo propio en la cama. Con la mandíbula encajada, se recogió la bata y el camisón, acomodó una cadera sobre el borde de la litera y se inclinó sobre él.

Apoyó sus brazos sobre el torso de Rafe apretando con fuerza para sujetarlo inmóvil con el peso de su cuerpo mientras agarraba el rostro entre sus manos, lo mantenía quieto, se inclinaba sobre él y lo besaba.

Con fuerza. Con suficiente fuerza como para sacudirlo y romper la pesadilla.

Los labios de Rafe se abrieron, él se quedó inmóvil antes de que sus brazos la rodearan, atrapándola contra él. Los labios de Rafe solo se

separaron de los de ella para regresar con más violencia, cubriendo los suyos, obligándolos a separarse, voraces y codiciosos.

El sentido común de Loretta salió volando.

Él se giró y ella se encontró a su lado, hundida en el colchón, atrapada entre la ardiente, dura, pared viviente de su cuerpo y la fría madera de la pared del camarote.

Loretta cerró las manos sobre los hombros de Rafe no para apartarlo, sino para aferrarse a él. Para anclarse a él mientras su mundo empezaba a girar.

Tras emitir un respingo mental, ella le devolvió el beso, se unió a él, se aplastó contra él en la vorágine en la que se había convertido el beso.

Ardiente, salvaje, delicioso. El sabor de Rafe la atrajo más aún, la textura, el calor. La gloriosa sensación de poder controlado que vibraba bajo su piel.

Loretta lo deseaba. Sus dedos se flexionaron, hundiéndose en los flexibles músculos que definían los hombros.

Lo deseaba a él. La consciencia la asaltó, afilada, excitante. Prendiendo el deseo, atravesándola.

La pasión creció y la siguió.

Como un muro de llamas la atravesó, esparciendo un decadente calor que la desbordaba y la llenaba. Que se fundía, se fusionaba y por último se convertía en un rugiente infierno, en un horno derretido, vacío y dolorido.

Anhelo.

Era la única palabra capaz de describir lo que ella sentía, una necesidad tan fuerte que la empujaba, la propulsaba despiadadamente hacia adelante.

Loretta soltó los hombros de Rafe y extendió las manos tan lejos como pudo, deslizando las palmas sobre la espalda, sobre los abultados músculos de los antebrazos.

Las manos de Rafe se movieron en respuesta. Deslizándose hacia arriba por la espalda de Loretta, por su hombro, por su pecho.

Los dedos se cerraron y Loretta se estremeció. Cuando se aflojaron, buscaron, encontraron y se tensaron, ella gimió sin interrumpir el beso, cabalgando una ola de exquisita sensación, una ola que él alimentaba, que sus hábiles dedos lanzaban a través de ella una y otra vez.

Esas traviesas y hábiles manos se movían, se deslizaban, acariciaban, esculpían.

Sin poseer, sino aprendiendo. Sin ordenar, sino persuadiendo.

El calor creció dentro de ella, tan insistente como el latido del corazón.

Aferrándose al beso, saboreando el resultante calor y la dureza bajo

las palmas de sus manos, ella se entregó. Se embebió de él y permitió que la inundara.

Rafe la sintió rendirse, sintió ese evocador elementalmente primitivo momento de triunfo. Todo lo masculino que había en él se movió, saboreó… y avanzó.

Se instaló. Ciegamente, él buscó y encontró los botones que cerraban el camisón. Segundos más tarde, el corpiño se abrió lo suficiente para que él pudiera deslizar una mano en su interior y agarrar un pecho. Carne suave, firme, más firme ante su contacto. Amasó y poseyó el inflamado montículo antes de describir círculos alrededor del pezón, frotar, acariciar y atrapar el tenso botón para apretarlo.

Loretta arqueó el cuerpo en sus brazos. Rafe absorbió el evocador sonido que emitía, un sonido con el que se regodeaba cada átomo de masculinidad que había en él. Del que se alimentaba.

A continuación, desvió la atención al otro pecho y siguió besándola, saqueando sus lascivos y dispuestos labios. La empujó más allá hasta que ella jadeó a través del beso y gimió de placer.

Rafe lo tomó como una invitación para apartar a un lado la fina tela y dejar libres los pechos, para despegar los labios de los de ella y dibujar con ellos un sendero hacia abajo, desde la garganta hasta saborear los torturados pezones, lamerlos, acariciarlos y por fin chupar, primero uno y luego el otro, hasta que ella se retorció contra su cuerpo, hasta que la mano hundida en sus cabellos los agarró salvajemente y volvió a arquear el cuerpo debajo de él con un grito ahogado.

Loretta no podía respirar. Sus pulmones se habían cerrado ante el bombardeo de sensaciones. Sensaciones de una clase que ella jamás había sentido, jamás había soñado que existieran.

Intensas. Afiladas.

Cautivadoras y adictivas.

Loretta solo sabía que quería más. Eso, él, era una droga de la que no podía apartarse, de la que jamás conseguiría saciarse.

Con los labios, con la lengua, con el cuerpo, ella se apretó contra él, la acarició y lo urgió a seguir adelante.

Adonde quisiera que aquello condujera, ella quería ir, quería alcanzar la cima que sus aturdidos sentidos insistían en ver más adelante, atrayente, pero todavía fuera de su alcance.

Sabía que Rafe podría llevarla allí. Sabía que la llevaría allí. Era la promesa implícita en el duro cuerpo que inmovilizaba el suyo, en la rígida erección que presionaba contra su cadera.

Con salvaje abandono, Loretta abrazó esa promesa, lo abrazó a él, y lo empujó a seguir.

Oyó su propia respiración martilleando en sus oídos en el mismo

instante en que él deslizaba una mano hacia abajo y acariciaba su muslo, piel con piel. Ella se quedó sin aliento mientras esa mano exploradora ascendía bajo el camisón subiendo inexorablemente, deslizándose sobre la rodilla, por la temblorosa rigidez de su muslo, hasta rozar, luego tocar, los rizos que cubrían el monte de Venus.

El cuerpo de Loretta se estremeció en el umbral de la revelación.

La anticipación atravesó sus nervios como un relámpago.

El acalorado vacío de su interior se inflamó, un irresistible imperativo.

Loretta agarró el rostro de Rafe entre las manos para besarlo y él hundió la lengua en su boca.

Los dedos de Rafe se tensaron y se deslizaron más allá, pasados los rizos, hundiéndose entre los muslos.

Y la tocó ahí, explorando delicadamente, aunque también insistentemente, la suave carne.

Ella sintió la habilidad que hacía deslizarse, resbalar, la punta de los dedos de Rafe, sobre ella, alrededor y por encima de los sensibles labios.

Loretta dejó escapar un jadeo y separó los muslos.

Rafe la acarició más profundamente. Se abrió paso en su interior, apretó, presionó, y el mundo de Loretta se sacudió.

El dedo explorador tanteó antes de retirarse y ella pensó que había perdido la cabeza.

No podía respirar si no era a través de él, a través del beso. Su corazón galopaba enloquecido. Se estaba aferrando a la realidad mediante un hilo de telaraña.

Con una deliberación que hizo que a ella se le encogieran los dedos de los pies, Rafe empujó lenta, pesada, decididamente, ese dedo más profundamente en su interior.

El sonido que escapó de los labios de Loretta fue en parte un sollozo, en parte un gemido. Y resonó en su cabeza incluso mientras su cuerpo se arqueaba, suplicaba.

Él le dio lo que ella quería, lo que jamás había sabido que quisiera. La mano se cerró entre los muslos de Loretta, el dedo empujó, firme y seguro, en su interior. Y el mundo de Loretta cambió. Sus sentidos se expandieron. La realidad era de repente una sensación aguda, dorada y brillante.

Desbordante.

La sensación la inundaba, capturaba, impulsaba, antes de lanzarla hacia arriba más y más alto…

Con un grito sofocado, ella estalló, los sentidos fracturándose en esquirlas de brillo cegador en la erupción de una sensual estrella nova.

A medida que se desvanecía, un placer puro la inundó. La empapó.

Y la dejó flotando sobre un mar dorado, siendo los labios de Rafe

sobre los suyos la única ancla a la realidad.

Rafe se vanaglorió para sus adentros. Arrogantemente, obstinadamente triunfante. Ella se había entregado a él, ella le pertenecía. Era toda suya.

Para disfrutarla, para saborearla.

Alargó una mano hacia el cinturón de la bata y tironeó…

«¿Llevaba puesta una bata?».

Un golpeteo sobre su pierna fue finalmente identificado como una zapatilla.

«¿Zapatillas también?».

Se produjo un momento de aturdida desorientación antes de que su mente se realineó y comprendió la inoportuna realidad. De nuevo la pesadilla se había convertido en un sueño y, luego, para su absoluta incredulidad, en realidad.

Los labios de Loretta seguían pegados a los suyos, su boca una exuberante caverna de atractivos placeres. Incluso mientras espantado, aturdido, peleaba desesperadamente por volver a controlar unos impulsos que no había sabido que iba a tener que contener, el cuerpo de Loretta se arqueó contra el suyo, tentándolo, invitándolo.

Rafe gruñó y ella absorbió el sonido. Las manos de Loretta, pequeñas, femeninas y glotonas, acariciaron y se deslizaron, prendiendo hogueras bajo su piel.

La ardiente humedad de la excitación de Loretta quemaba en su mano.

Un segundo más y se habría perdido.

Un segundo más y ella también se habría perdido.

Jamás supo de dónde había sacado la fuerza, pero consiguió apartar sus manos de ella. Consiguió ignorar el evocador perfume que se hundió hasta la médula, retorciendo su cerebro y amenazando con aplastar sus buenas intenciones.

Hundiendo las manos en el colchón, él hizo fuerza y apartó los labios de los de ella.

Enderezando los brazos, colgando a medias sobre ella, la respiración entrecortada, más que entrecortada, contempló el exuberante fantasma que había demostrado ser de carne y hueso.

Ardiente carne, ardiente hueso.

Rafe cerró los ojos y dejó caer la cabeza, esforzándose por apartar los pensamientos de su obsesión.

Pasaron dos latidos. Abriendo los ojos, él contempló el rostro de Loretta.

Sus párpados se habían levantado, revelando unos ojos oscurecidos por la pasión, sensuales por el calor acumulado. Su expresión era la del lánguido placer.

Ella captó su mirada, lo miró fijamente durante un instante y luego

inclinó ligeramente la cabeza mientras sonreía como una sirena.

—No te pares.

Las manos de Loretta se deslizaron de nuevo sobre el cuerpo de Rafe y, antes de que él pudiera reaccionar, descendieron. Cuando ella acarició, él prácticamente siseó.

—¿Que no me pare? —Las palabras surgieron guturales y ahogadas. Rafe se giró para tomar las manos de Loretta y descubrió que no podría hacerlo sin volver a aplastarla. Desistiendo, intentó apartarse —. No deberíamos haber llegado tan lejos.

Girándose, retorciéndose, él consiguió sentarse lo mejor que pudo, infinitamente agradecido por las sábanas enrolladas alrededor de la cintura.

Sintiéndose como si le hubieran dado un golpe en la cabeza, se mesó los cabellos. Y luego se los agarró con fuerza al comprender.

—¡Maldita sea! Esto no debía suceder. Todavía no.

—Pero ha sucedido, así que deja de protestar.

Aunque el tono de voz de Loretta era el epítome del perezoso sentido común, incluso en la penumbra, incluso sin mirar, él la sintió fruncir el ceño.

—Sé que hay más —continuó ella tras una pausa—. Sé cómo debería ser y lo quiero todo. Ahora.

—No. —Él sacudió la cabeza y apretó los labios—. Esto no puede pasar todavía. No estás segura, no puedes estarlo. La primera vez que hablamos de esto fue hace menos de veinticuatro horas. No puedes haber reflexionado adecuadamente y tomado una decisión lógica y racional aún.

Rafe se interrumpió, sorprendido por lo que acababa de decir. Ella se le estaba ofreciendo y él la estaba rechazando. ¿Por qué?

—No seas ridículo. —El tono de Loretta se había vuelto más cortante—. Sé lo que digo. Sé lo que quiero.

—No. —Rafe la miró, prácticamente fulminándola con la mirada—. Puede que sepas lo que quieres, pero ¿has pensado en las consecuencias?

La parte de él apodada Temerario gruñó. ¿Qué estaba haciendo? ¿Esa mujer lo deseaba y él se lo estaba negando?

Loretta se apoyó sobre un codo y claramente lo fulminó con la mirada. Rafe sentía el calor de su creciente ira.

—Puede que al principio hayas hablado de ello, pero ¿no se le ha ocurrido a tu arrogante mente que quizás yo ya haya reflexionado sobre ello, sobre nosotros, sobre la posibilidad, sobre tú y yo, sobre esto?

Si le permitía discutir, ganaría ella.

Era el momento de sacar la artillería pesada.

—Escúchame, y escúchame bien. —Rafe la miró con los ojos

entornados. Había invocado a su voz de comandante y la esgrimía como un arma—. Si seguimos con esto, si vamos más allá, el resultado será el matrimonio. No hay ninguna duda. No hay ninguna opción. Si yo me acuesto contigo, nos casaremos. No hay otro desenlace aceptable para mí. Y el matrimonio no es un tema que debería decidirse en un momento de libidinosa locura.

Rafe parpadeó para sus adentros. Eso no había sonado a él.

Volviéndose a centrar en el rostro de Loretta, vio que ella lo miraba con beligerancia.

—Tengo veinticuatro años. Me falta un año para ser declarada una vieja matrona. —El tono de voz era cortante—. No estamos bajo el techo de mi tutor, ni bajo tu techo. Sabes perfectamente que, si yo lo deseo, no hay motivo para…

—Lo cual demuestra lo poco que sabes.

¿Era posible que un hombre fuera honorable y cobarde al mismo tiempo?

Rafe peleó con las sábanas, desplazando a Loretta. Por fin consiguió sentarse del todo y dejar las piernas colgando fuera de la litera. Arrastrando con él las sábanas, se levantó y las enrolló alrededor de la cintura. Las sujetó con una mano mientras agarraba la mano de Loretta con la otra y prácticamente la arrancaba de su cama.

—Venga.

Ella se cayó y rodó antes de levantarse, los cabellos revueltos y salvajes, el camisón todavía abierto, proporcionándole una visión totalmente innecesaria de los inflamados montículos de sus pechos.

—¿Qué…?

—Toma. —Él tironeó de un lado de la bata—. Átate esto.

La mirada de Loretta alcanzó proporciones volcánicas. Su expresión era la de la ira incandescente mientras le apartaba la mano de un manotazo, pero, para el inmenso alivio de Rafe, se cerraba la bata y volvía a atarse el cinturón.

—¿Me estás rechazando?

—No. Te estoy negando, desafiando. Retrasándote. Es por tu propio bien.

El sonido que ella produjo le recordó a Rafe a una tigresa furibunda a punto de despedazar a su presa.

—Vamos. —Él apoyó la mano libre sobre la espalda de Loretta y la empujó hacia la puerta—. Tienes que volver a tu camarote.

Loretta no tenía otra opción que mover los pies.

—¿Por qué haces esto? —preguntó mientras se detenía junto a la puerta.

A Rafe no le gustaba pensar. No quería pensar, porque si lo hacía vería, y lo que vería significaría…

—Porque es lo correcto.

—Esto lo vas a lamentar. —La mirada de Loretta le indicó que no le habían impresionado sus gruñidos.

Pero ella no sabía ni la mitad. Alargando un brazo alrededor de ella, Rafe abrió la puerta e hizo un gesto para que saliera.

—A la cama, preciosa.

La mirada de Loretta habría bastado para derretir el acero.

—Eres el hombre más irritante que he conocido jamás.

Gracias al cielo, tras pronunciar esas palabras, Loretta salió al pasillo. Él permaneció en la entrada, observándola dirigirse hacia el camarote principal, abrir la puerta y, sin echar una mirada atrás, cruzar el umbral. La puerta se cerró suavemente.

Rafe dejó caer los hombros. No era alivio lo que sentía.

Confusión sí. Además de otra sensación muy recelosa, muy vulnerable, en sus entrañas.

Toda su vida había sido temerario, pero con respecto a ella, a su seguridad, a su futuro, a sus sentimientos…, a hacer lo que hiciera falta para tenerla en su vida tal y como la deseaba…

—¡Maldita sea! —Rechinó los dientes, se apartó de la puerta y la cerró.

Por fin había encontrado a una mujer capaz de domar al Temerario.

Capítulo 9

10 de diciembre de 1822

A la mañana siguiente, Rafe permanecía junto a la barandilla de la cubierta principal y observaba acercarse la ciudad de Ulm. Mientras el capitán maniobraba el *Uray Princep* para aproximarse al muelle de madera, oteó las orillas.

Acercándose al lugar desde el que iba a desplegarse la pasarela, rezó fervientemente para que todas las personas a bordo hubieran percibido la tensión que prácticamente le hacía estremecerse, hasta preocuparse por lo que la comitiva podría encontrar en esa ciudad.

Loretta sabía lo que debía hacer, pero mantenía la distancia, tranquila y tensa también, en su caso por tener que contener su rabia. El brillo en su mirada cada vez que se fundía con la suya dejaba bien claro de qué humor estaba.

Necesitó un gran esfuerzo, y una considerable concentración, para centrarse en el asunto que tenían entre manos, en la posibilidad de que hubiese un peligro merodeando en las calles de Ulm, y en conseguir que su comitiva llegara sana y salva a uno de los hoteles de la ciudad.

Ya se había despedido del capitán y la tripulación, les había ofrecido generosas propinas, sinceramente agradecido por sus servicios. En cuanto la pasarela tocó el muelle, bajó por ella y realizó un rápido examen de la zona. Tras no encontrar nada alarmante, regresó para ayudar a Hassan a llevar a las cuatro mujeres a tierra.

Incapaz de evitarlo, ofreció su mano a Loretta para ayudarla a bajar de la elevada pasarela. No estaba seguro de que no fuera a rechazar su ayuda. Sin embargo, ella agarró sus dedos y le permitió ayudarla a bajar los dos peldaños antes de soltarle.

Dejándole con la sensación de la caricia fantasma de una mano pequeña y suave deslizándose por su piel.

No habría creído posible sentirse más tenso. Pero se había equivocado.

Apretando los dientes, desvió su atención al equipaje. En cuanto

todo estuvo amontonado sobre un carro empujado por un porteador, con Esme de su brazo, los condujo fuera del muelle, a través de la amplia puerta en los muros de la ciudad y hacia las calles empedradas.

No había mucha distancia hasta Wurttemburg Arms, el hotel que la guía de Esme afirmaba ser el mejor que podía ofrecer esa pequeña ciudad. Se trataba de una estructura grande y rectangular construida en sólida piedra. La posada recibió la aprobación de Rafe.

Tal y como había predicho Esme, ante la proximidad del invierno había pocos viajeros por allí. Pocos para poder pasar desapercibidos en las calles, pero a cambio no tuvo ninguna dificultad para alquilar las mejores habitaciones del hotel, una *suite* que daba a la fachada para las damas, una habitación adjunta para las doncellas y habitaciones a ambos lados para Hassan y él.

—Estamos encantados de darles la bienvenida a nuestra ciudad. —De pie junto a la puerta del salón de la *suite*, su anfitrión, un hombre afablemente corpulento, hizo una profunda reverencia ante Esme—. Si desea cualquier cosa, milady, no tiene más que pedirlo.

—Creo que tomaremos una comida temprana. —Esme sonrió—. En cuanto hayamos colocado nuestro equipaje.

—Nuestro comedor está a su disposición. ¿Digamos en media hora?

—Gracias —contestó Esme tras buscar la mirada de Rafe, quien asintió.

El gerente se alejó sin dejar de ofrecerles una reverencia tras otra antes de cerrar la puerta tras él.

—Y después de comer, ¿qué? —Esme miró a Rafe.

—Mientras os relajáis aquí, sanas y salvas, yo saldré a buscar un carruaje con el que seguir nuestro camino.

Ese había sido el plan, pero al parecer Esme tenía otra idea. Por desgracia, una idea mejor… Una contra la que no era fácil argumentar.

Aunque él lo intentó de todos modos.

Y perdió.

Media hora después de haber terminado una sorprendente sabrosa comida, Rafe caminó la corta distancia hasta el mesón que el posadero les había recomendado… con Loretta del brazo.

Rígido por el esfuerzo de no reaccionar ante ella de ningún modo evidente, sin responder a la penetrante consciencia de su presencia que impregnaba sus sentidos, él la guio por la acera de la calle principal de Ulm.

Aunque ella no lo había sugerido, no había dudado en apoyar la observación de Esme de que, si iba a aventurarse por esas calles, necesitaría su disfraz de correo guía, y eso implicaba llevarse a Loretta

con él. Solo era más probable que atrajera la atención de cualquier sectario merodeando en la ciudad.

Rafe no había querido pasar más tiempo del estrictamente necesario cerca de ella, no hasta que los sucesos, las sensaciones y las tentaciones de la noche anterior se hubieran disipado de las mentes de ambos. Había sugerido llevarse a Rose o a Gibson en su lugar, pero Esme había decretado que, para parecer más auténtico, debía llevarse a Loretta o a ella. Y ella necesitaba descansar.

De modo que era Loretta a quien llevaba del brazo mientras se acercaba a las puertas abiertas del mesón. Para su sorpresa, ella parecía haber dejado a un lado su disgusto y estaba haciendo un excelente trabajo aparentando ignorancia ante cualquier posible roce entre ellos.

Rafe encajó la mandíbula y se propuso seguir su ejemplo.

Entraron en el mesón y se detuvieron. Un muchacho que estaba preparando un carruaje los vio, inclinó la cabeza y se volvió para llamar a su amo.

Un hombre corpulento salió de un cuarto de herramientas.

—Buenas tardes. —El alemán de Rafe era aceptable, a pesar de lo que Esme pensara—. Me gustaría alquilar un carruaje para transportar a seis personas hasta Estrasburgo.

A continuación, se entablaron las negociaciones.

Aunque Loretta no hablaba alemán, sí era capaz de seguir la conversación lo suficientemente bien. El encargado de los establos les propuso un carruaje de viaje grande. Rafe y ella se adentraron en el establo para inspeccionarlo.

Cuando Rafe enarcó una ceja hacia Loretta, ella asintió a modo de aprobación. El carruaje era suficientemente grande para que cupieran todos y parecía cómodo y limpio.

El encargado le aseguró a Rafe que con los caballos que iba a añadir, el cochero podría llevarlos cómodamente a Estrasburgo en un día de viaje. Mientras los tres regresaban hacia la entrada del establo, Rafe acordó que el carruaje llegara a la posada a las siete de la mañana siguiente. También contrató a cuatro escoltas.

Loretta se detuvo ante la puerta y apartó la mano de la manga de Rafe para permitirle entrar en la diminuta oficina junto al establo para negociar la tarifa. Desde fuera oyó el intercambio, y las cantidades implicadas le impresionaron. Aunque Rafe era bueno regateando, el desembolso total era considerable. Sobre todo al añadir cuatros escoltas.

Cuando Rafe y el encargado de los establos salieron de la oficina, ella aceptó el brazo que le ofreció y ambos se marcharon despidiéndose del gerente y dirigiéndose de nuevo calle abajo.

No había olvidado la noche anterior, pero había decidido que no

estaba de humor para permitir que la idiotez de ese hombre la distrajera o desanimara. Ya le pondría en su sitio sobre ese tema más tarde. De momento, frunció el ceño y lo miró a la cara.

—Debo recordarle a Esme que te devuelva el dinero que has adelantado por nosotros.

Rafe inspeccionaba la calle, sus dotes de vigilancia parecían un hábito arraigado en él.

—No hace falta. —Se volvió hacia ella y la miró a los ojos antes de apartar la mirada de nuevo. Pero cuando Loretta abrió la boca para discutir, él continuó—: Considera tu compañía y la de tu increíble pariente suficiente recompensa.

Loretta miró al frente y tamborileó sobre la manga de Rafe con los dedos mientras decidía cómo abordar lo que podría ser un tema delicado.

—Eras un capitán en el Ejército. Siempre he pensado que el sueldo de un capitán no es demasiado alto.

—Creo haber mencionado que soy tan rico como Golden Ball.

—Pensé que exagerabas.

—Pues no.

La respuesta hizo que Loretta se sumiera en un momento de silencio mientras permitía que su curiosidad diera un paso al frente.

—¿Cómo?

—Los cinco que fuimos a la India habíamos sido nombrados directamente por Hastings, el gobernador general. Aparte de disfrutar de un sueldo significativamente mayor, también gozábamos de una considerable libertad para comerciar en nuestro propio bien. Invertimos en varios negocios muy lucrativos. Para cuando abandonamos la India, todos éramos extremadamente adinerados.

Rafe acarició el rostro de Loretta con la mirada y continuó, bajando ligeramente la voz:

—Estoy más que inclinado a reconocer que tú, Esme, Rose y Gibson nos habéis proporcionado a Hassan y a mí un disfraz lo suficientemente bueno como para llegar hasta aquí sin enfrentarnos a la secta. Para mí, eso no tiene precio. Además, has atendido diligentemente mi herida, y todas nos habéis proporcionado una compañía que, de lo contrario, no habríamos podido disfrutar.

—Quizás sea así, pero este era el viaje de Esme —insistió ella con el ceño fruncido.

—Viaje del que ella me ha permitido apropiarme para mi misión. —Tenían el Wurttemburg Arms justo enfrente. Caminando más despacio, él buscó la mirada de Loretta durante unos segundos, y para su sorpresa agachó la cabeza y la besó, demasiado brevemente para que ella pudiera reaccionar adecuadamente—. Déjalo estar —murmuró mientras se erguía—. Esa es una batalla que no vas a ganar.

Calmando los nervios, ahogando la cálida, palpitante, anticipación que el beso había despertado, ella lo miró con el ceño fruncido y soltó un bufido, pero permitió que la condujera al interior de la posada.

Y fingió no haber visto la sonrisa que curvaba los labios de Rafe.

Decidió que ignorarla, así como el tema de la discusión, sería lo mejor para sus intereses.

Porque él estaba en lo cierto. Tenía que guardar la munición para un compromiso más importante, la discusión íntima que se estaba cocinando entre ellos dos.

Más tarde esa noche, sintiéndose profundamente insatisfecha, Loretta andaba de un lado a otro de la habitación. Con los brazos cruzados, se detuvo delante de la chimenea y fijó la mirada en las llamas, y sintió ganas de rugir.

En su opinión, la elección era sencilla: dirigirse a la habitación de Rafe, a la izquierda de la *suite* que ella compartía con Esme, y reanudar su compromiso, el que él había dado por terminado de manera unilateral, o aceptar su prepotente decreto de que no era el momento. De que ella necesitaba más tiempo para pensar antes de poder estar segura. De que, independientemente de lo que pensara, sintiera y quisiera, tenía que esperar…

¿Hasta cuándo? ¿Hasta que él decidiera que ella había reflexionado lo suficiente?

¿Hasta que llegaran a Inglaterra?

Loretta no tenía ninguna duda de qué opinaba al respecto.

—Él me desea, por lo menos no lo ha negado. Tampoco podría haberlo hecho. —No con esa erección ejerciendo de excelente barómetro de sus libidinosos pensamientos—. Además —murmuró—, ¿qué sentido tiene sacar a relucir la perspectiva del matrimonio, tal y como hizo claramente, si no fuéramos a proceder por ese camino con el fin de decidirnos?

Loretta estaba segura de tener razón sobre esa intencionada dirección. Las subsiguientes acciones de Rafe apoyaban su conclusión. Él insistía en darle tiempo para reflexionar y reconsiderar antes de dar lo que él consideraba un paso irreversible. Ella, sin embargo, no veía ese mismo paso como irreversible, no si demostraba que no encajaban el uno con el otro, pero comprendía que, siendo el caballero honorable que era, Rafe lo consideraría un compromiso inquebrantable.

Todo eso estaba muy bien, pero ¿cómo iba a decidirse sobre si encajaban el uno con el otro, sobre si lo que podría existir entre ellos era suficientemente poderoso y tenía la suficiente fascinación como para convencerla por fin de contemplar el matrimonio, si no daban ese paso?

—¡Argh! —Loretta se dio media vuelta y reanudó su paseo de un lado a otro de la habitación. La frustración que sentía era nueva, nada con lo que hubiera tenido que enfrentarse antes.

De haber sido capaz de revertir a su anterior ser, ese ser totalmente dispuesto a esconderse tras una fachada correcta y formal, quizás habría podido soportar ese decreto convencional y, sin duda, adecuado. Por desgracia, no podía. La Loretta que había estado dispuesta a vivir constreñida por el decoro había muerto.

Asesinada por la exposición, si bien breve, a la pasión y al deseo.

Gracias a Esme, había perdido la ropa de Loretta la recatada, y en esos momentos, gracias a Rafe y a su propia reacción ante él, había perdido totalmente a la propia Loretta la recatada.

Por supuesto, Loretta la recatada siempre había sido un invento, una fachada que ella había moldeado a su conveniencia, pero dudaba que pudiera resucitar siquiera los restos del fantasma. Loretta la recatada había desaparecido. Para siempre. Y ella no tenía paciencia para esas restricciones, no para eso. No para Rafe. Para Rafe y ella. Fuera lo que fuera que Rafe y ella resultara ser.

—Tengo que descubrirlo, y no hay nada más que añadir. —Loretta se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Cruzando el salón de la *suite*, golpeó con los nudillos la puerta del dormitorio de Esme. Tras oír la invitación de Esme a pasar, lo hizo, cerrando la puerta detrás de ella.

Apoyada en un montón de almohadones, la novela abierta en sus manos, Esme enarco una ceja curiosa.

—¿Sí, querida?

—Tengo un problema y necesito consejo. —Loretta se sentó en el sillón colocado junto a la cama.

—Estupendo. —Esme cerró el libro y sonrió alentadora—. Soy todo oídos. Cuéntame.

Loretta dirigió una mirada de advertencia a su incorregible pariente, pero la ansiosa respuesta de Esme le facilitó el abordar el tema que tenía entre manos. Esme y Richard habían compartido una larga y amorosa unión. Si alguien sabía cómo podía una Michelmarsh abordar el asunto del matrimonio era Esme.

Tras ordenar sus pensamientos, Loretta comenzó:

—Los asuntos han llegado hasta un punto en el que, en su mente, el siguiente paso, una vez dado, hace que el matrimonio sea inevitable. Sin embargo, en mi opinión, no puedo tomar una decisión lógica sobre casarme hasta después de haber dado ese paso y, posiblemente, unos cuantos más después del primero.

—Entiendo ese paso. —En su honor, Esme mantuvo el gesto serio—. Y sí, ya veo el dilema. —Hizo una pausa mientras reflexionaba. Su expresión se volvió más seria—. Por desgracia, mi consejo es que ese

dilema es uno al que solo tú podrás enfrentarte, no podrás evitarlo. Ha surgido por culpa de la clase de hombre que es, y supongo que no te gustaría el querido muchacho sin ese toque de caballerosa lealtad. Forma parte de él y no puedes, ni quieres, eliminarlo, de manera que vas a tener que encontrar el modo de sortearlo.

—Pero ¿cómo? Yo quiero seguir adelante y averiguar lo que necesito saber, y él se aferra al decoro.

—No tanto al decoro como a lo que él cree ser el camino honorable. Pero, cuéntame una cosa, ¿qué necesitas aprender de ese siguiente paso?

Ante la pregunta, Loretta hizo una pausa. Sabía lo que quería, pero ¿sabía por qué lo quería?

—Necesito saber… si lo que hay entre nosotros es lo suficientemente fuerte, poderoso, fascinante y enigmático para atraparme. Para conservar mi atención, no solo porque sea algo nuevo que no haya experimentado antes, sino porque eso, y sobre todo lo que lo alimenta, es algo que ansío y seguiré ansiando, supongo que hasta que la muerte nos separe.

—Viniendo de cualquier joven dama, esa sería una buena respuesta. —Esme la miró con agudeza—. Pero para una Michelmarsh es una respuesta excelente, desde luego, exactamente la respuesta correcta. Independientemente de todos los convencionalismos sociales y exhortaciones en sentido contrario, tienes razón. Estás siguiendo el camino correcto. A las mujeres Michelmarsh nunca les ha ido bien en matrimonios que no conseguían satisfacer esos criterios que has descrito. No quieras saber lo que le sucedió a mi tía Gertrude, ni a su esposo. Ella fue la última Michelmarsh en desafiar nuestra herencia y casarse con alguien que no satisfacía las exigencias particulares propias de la naturaleza de nuestra familia.

—Entonces tengo razón —afirmó Loretta—. Eso me parecía.

—Así es, pero antes de seguir adelante, como yo te aconsejaría que hicieras, pues, a fin de cuentas, ¿qué otra cosa puedes hacer?, debería señalarte que hay una gran e inevitable consecuencia que quizás deberías considerar antes de tomar el irremediable siguiente paso.

—¿Qué consecuencia?

—¿Ese matrimonio que él mencionó? Si das el siguiente paso y todos los criterios son satisfechos, esa boda se producirá. No habrá modo de evitarlo. En cuanto des ese siguiente paso y averigües tu verdad, si la respuesta es positiva, tendrás que prepararte para seguir esa verdad, para honrarla hasta el fin de tus días. Tal y como he hecho yo, como hizo tu padre, y tus hermanas y hermanos, incluso Robert. No es algo que pueda explicarse adecuadamente a alguien que todavía no lo ha sentido, pero en cuanto tu corazón Michelmarsh se vea comprometido, no habrá marcha atrás.

Esme hizo una mueca.

—Ese es el lado bueno de la moneda. El más oscuro es que si das ese siguiente paso, y la respuesta es negativa, en cuanto te des cuenta debes retirarte, alejarte y dejarlo ir. Más aún, arrancarlo de tu vida, por brusca y fría que debas ser. —La anciana hizo una pausa antes de continuar—: Lo cierto es que, para una Michelmarsh, tu siguiente paso es un asunto de todo o nada. Si ganas, lo ganas todo. Si pierdes, lo pierdes todo. No podrás conservarlo ni siquiera como una amistad.

Loretta frunció el ceño.

Esme continuó como si le hubiera leído el pensamiento.

—Y eso significa, querida Loretta, que aparte de tus propios deseos y necesidades, deberás considerar los suyos. Tendrás que tomar en consideración su misión, sopesar el riesgo de averiguar que él no está en tu destino y el efecto que eso tendrá en cualquier interacción.

—Eso no es un riesgo menor, ¿verdad? —contestó Loretta después de una pausa.

—No. No lo es. Una respuesta positiva os fortalecerá a ambos. Una respuesta negativa hará que la vida sea muy incómoda y a él lo debilitará y lo distraerá.

—No voy a poder simplemente salir corriendo para dar ese siguiente paso, ¿verdad? —preguntó Loretta tras soltar un gruñido y levantarse del sillón.

—No si lo que quieres es hacer lo mejor para él.

La conversación tardía con Esme había dejado a Loretta con demasiadas cosas en las que pensar como para enfrentarse a Rafe en ese momento. Se retiró a su habitación, a su propia cama, donde dio vueltas sin parar durante el resto de la noche.

Sentada en el carruaje que ella había aprobado, y encajada entre Esme y la ventana, se balanceaba y sacudía a medida que los kilómetros se deslizaban a su paso.

Rafe estaba sentado enfrente, sus largas piernas flanqueando las suyas. Rose estaba a su lado y Hassan a continuación, llenando el asiento frente al suyo. Gibson se sentaba al otro lado de Esme.

Esme era una viajera tan experimentada que era capaz de dormirse sentada. Loretta sintió una punzada de celos. Estaba cansada, pero apenas podía dar una cabezada. En el mejor de los casos su descanso era irregular. A pesar de lo monótono del viaje, no le pareció que ni Rafe ni Hassan se quedaran siquiera adormilados. Como de costumbre, los dos permanecían alerta y vigilantes.

Al otro lado del carruaje, los oscuros centinelas del bosque pasaban junto a ellos. Incluso cuando se asomó al exterior, lo único que vio eran árboles. Hicieron una breve pausa para cambiar de caballos y

para comer en una taberna antes de continuar a través de la Selva Negra.

Árboles y más árboles.

Teniendo a Rafe directamente en su línea de visión, los pensamientos de Loretta tenían poca razón para dispersarse. Permanecían fijos en él, en torno a la decisión que debía tomar. Seguir adelante en ese momento o esperar hasta más tarde.

Mucho más tarde, hasta después de haber llegado a Inglaterra.

Tuvo en consideración todos los puntos que Esme había señalado, pero se cuestionó si esperar hasta estar de nuevo bajo el techo de Robert y Catherine complicaría significativamente el asunto, sobre todo con respecto a dar ese siguiente paso. Aparte de eso, era consciente de que su rechazo de ocho pretendientes le había granjeado cierta notoriedad, lo que centraría la atención en ella cuando regresara a Londres, y lo último que deseaba era tener que tratar con Rafe, avanzar en su camino con él, bajo la atenta mirada del ávido interés de la alta sociedad.

Pero pensándolo bien, no podía, no quería, seguir adelante con él, no podía avanzar hacia una conexión más seria, hasta haber averiguado la respuesta a sus preguntas, que no obtendría hasta dar ese siguiente paso.

Sus pensamientos giraban sin parar hasta que sintió ganas de gritar.

El cambio en el ritmo de las ruedas sobre la carretera llegó justo a tiempo. El carruaje se ralentizó antes de girar hacia una carretera más grande, y los últimos árboles quedaron atrás, los bosques se acabaron y la ancha franja de un río apareció a su izquierda.

—El Rin.

La confirmación murmurada de Rafe quedó registrada en su mente. Loretta contempló las grises aguas ondularse bajo la fuerte brisa. Y vio el último tramo de la misión de Rafe acercarse. Minutos después, los tejados de Estrasburgo y las agujas de la catedral aparecieron frente a ellos.

Loretta iba a tener que hacer algo para interrumpir ese estancamiento. Iba a tener que decidir si el inmediato bienestar de Rafe, así como el del suyo propio, merecía ponerse en riesgo en persecución de algo más poderoso e infinitamente más duradero.

Iba a tener que decidir cómo de salvaje, osada y temeraria podía ser.

La única certeza que tenía mientras el carruaje ralentizaba el ritmo para cruzar un puente de piedra y entrar en la ciudad era que debía actuar. No iba a esperar hasta llegar a Inglaterra.

El Beau Rivage era una pequeña posada que alojaba a quienes

vivían en los alrededores de la ciudad y tenían negocios en el río. Construida sobre un entramado de madera y con un sólido tejado de pizarra, se situaba frente a uno de los numerosos muelles menores.

El posadero de Ulm, al tanto de sus necesidades, una posada modesta que no estuviera en el centro de la ciudad, sino cerca de las oficinas navieras, había sugerido el Beau Rivage. En cuanto puso un pie en el interior, Rafe supo que el hombre les había aconsejado bien.

Aunque la posada no disponía de *suites*, con el creciente frío y la amenaza de aguanieve, había muy pocos clientes alojados allí y no fue difícil alquilar todo un pasillo de habitaciones. Rafe echó un rápido vistazo, confirmó que las estancias eran adecuadas y defendibles, y regresó al carruaje para ayudar a Esme y a Loretta a bajar.

—Qué pequeño —observó Esme tras contemplar el edificio a través de la espesa niebla del río.

—En este caso —respondió Rafe mientras tomaba del brazo a la dama—, pequeño significa difícil para infiltrarse porque toda la plantilla se conoce. —Y a pesar de la gran cantidad de madera en el edificio, con el río tan cerca y la gélida niebla que crecía por momentos, había poca posibilidad de prender fuego a la posada.

—¿Estás seguro de que encontraremos sectarios aquí? —preguntó Esme mirándolo de reojo.

—Estoy absolutamente seguro. —Todavía no habían visto a ninguno, seguramente porque habían evitado el centro de la ciudad.

Rafe escoltó a las damas y sus doncellas al interior, les presentó al posadero y a su sonriente esposa y las siguió escaleras arriba para asignarles rápidamente las habitaciones que había elegido para ellas.

Dio gracias cuando ninguna protestó. Al llegar a la habitación de Esme se apartó de la puerta para permitir que dos mozos entraran su baúl y luego se dirigió de regreso a la habitación que había elegido para él, la más cercana a la escalera principal de la posada.

Sus bolsas y armas estaban ya allí, por cortesía de los muchachos y de Hassan respectivamente. Rápidamente colocó todas sus cosas y se sentó en la cama para limpiar y preparar una de las pistolas que había comprado en Viena.

Ver aparecer el Rin y luego entrar en Estrasburgo había sido como cruzar una frontera, una que marcaba el inicio del último tramo de su larga misión. Una sensación de urgencia se había apoderado de él, una repentina sensación de haberse puesto en acción, una acción verdadera, como si acabara de obedecer la orden de poner pie en algún campo de batalla.

De repente todo parecía mucho más inmediato.

Se preguntó dónde estarían sus amigos, los otros tres correos. Era el once de diciembre. ¿Había llegado a Inglaterra alguno… o incluso todos? ¿Les había atacado la Cobra Negra? ¿Habían conseguido llegar

sanos y salvos hasta Wolverstone?

Eran preguntas imposibles de responder y que aumentaron su tensión previa a la batalla.

Con la pistola cargada y preparada, se puso de pie, deslizó el arma en el bolsillo del abrigo, se ajustó el sable y se dirigió hacia la puerta.

Se encontró con Hassan que subía las escaleras.

—Voy a las oficinas navieras. Te quedas de guardia.

Hassan se limitó a asentir y se dirigió hacia su habitación.

Las escaleras eran estrechas y giraban en ángulo recto hasta terminar en la planta baja y el vestíbulo delantero. Girando, Rafe bajó rápidamente. El vestíbulo apareció poco a poco en su campo de visión. Vio los bordes de los abrigos de unas damas y se detuvo.

Esos abrigos resultaban familiares. Cuanto más bajaba, más veía de las damas en cuestión.

Esme y Loretta. Esperándolo.

Rafe bajó el último escalón.

Esme le ofreció una deslumbrante sonrisa que dejaba su determinación más clara que un rugido.

—¿Estás listo, querido muchacho?

Rafe se volvió hacia Loretta y sus miradas se fundieron. Determinación era una pobre descripción de la resolución que vio en sus ojos.

Suspirando para sus adentros, le ofreció a Esme su brazo.

—Las oficinas navieras están al final del muelle, a lo largo del malecón.

Era demasiado pronto para que los sectarios hubiesen organizado ya un ataque.

Dos horas más tarde, cuando entraron en la oficina de la naviera Golden Eagle, Rafe se sentía de un humor mucho más sombrío. Ya habían visitado las oficinas de otras tres navieras. Tal y como había previsto, había numerosos barcos para alquilar, pero todos muy lentos que, en esa época del año, transportaban en su mayor parte cargamentos y se movían a un ritmo lento, deteniéndose en una ciudad tras otra.

Colocándose frente al mostrador principal, Rafe preguntó qué navíos de pasajeros de la línea Golden Eagle navegaban por el Rin.

El empleado, por su aspecto un marino fluvial retirado, miró más allá de Rafe, a Esme, antes de bajar la mirada a su registro y confirmar que Golden Eagle, al igual que las demás navieras, solo disponía de pasajes para barcos lentos.

Esme apartó a Rafe a un lado y se acercó al mostrador. Sonrió al empleado, con aspecto de tener la misma edad que ella.

—Pero, querido, tiene que haber barcos más rápidos. Yo misma he viajado en navíos más pequeños, barcos rápidos y bastante lujosos

solo para pasajeros. ¿Dónde están esos barcos ahora?

El hombre parpadeó y, bajo la alentadora mirada de Esme, terminó por admitir con ciertas reservas:

—Existen barcos fluviales que se ocupan de grupos más pequeños, únicamente de pasajeros. Durante la temporada, personas adineradas los alquilan para surcar el Rin en excursiones fluviales.

—¡Eso es! —Encantada, Esme sonrió resplandeciente—. Queremos alquilar un barco como ese.

—Ya…, pero todos esos barcos están en dique seco, es invierno y no hay mucha demanda de ellos.

—Pero yo estoy demandando uno ahora. —Esme abrió los ojos desmesuradamente—. Tenemos cierta urgencia. Debe de haber alguien que disponga de un barco de esas características. ¿Con quién podría hablar?

El empleado parecía perdido en la mirada de Esme. Después de unos segundos, aclaró la garganta.

—Mi sobrino…, su barco, creo que sigue en el agua. Es un navío perfecto para un grupo pequeño. ¿Han dicho seis? Su barco es lo más rápido que hay sobre el río.

Rafe volvió a dar un paso al frente. Satisfecha, Esme se retiró y le permitió continuar interrogando al empleado sobre su sobrino, de unos veintitantos años, joven y entusiasta, y su barco. El *Loreley Regina*, desde luego sonaba como el barco indicado para ellos.

El precio que señaló el empleado era desorbitado, pero Rafe ya se lo había esperado y se mostró feliz de pagarlo siempre que consiguieran lo que necesitaban.

Sin embargo, había una trampa. El *Loreley Regina* estaba atracado río abajo y llevaría un día entero prepararlo y que estuviera dispuesto a zarpar.

Rafe concluyó que deseaba ver el barco bajo la luz del día antes de confiar a las damas, y su misión, al barco, el capitán, y su tripulación. Lo dispuso todo para que el capitán acercara el barco al muelle frente al Beau Rivage al alba dos días después. Si la inspección del barco, el capitán y la tripulación concluía con éxito, Rafe le pagaría al capitán la mitad de la suma acordada y la segunda mitad en Rotterdam, su destino.

Durante la discusión y negociación, tuvo mucho cuidado en permanecer en su papel de correo guía, utilizando el nombre de Esme y jamás mencionando el suyo propio.

Tras negociar tanto como fue posible, Rafe empujó a Loretta y a Esme hacia el embarcadero.

—Hemos tenido bastante suerte —observó Esme mientras aceptaba el brazo de Rafe— de que la posada se encuentre frente al río.

Rafe asintió y miró a su alrededor. La niebla se había cerrado

mientras habían estado en el interior. Por un lado, los ocultaba de la vista de algún sectario, pero, por el otro, la densa y fluida bruma constituía una eficaz pantalla para cualquier asesino que estuviera merodeando.

Rafe sintió crecer la tensión en forma de una opresión entre las escápulas. Necesitaba llevar a Esme y a Loretta de regreso a la posada.

A su lado, Loretta se estremeció y se cerró más el abrigo. Y él tuvo que contener el impulso de rodearle los hombros con el otro brazo y atraerla hacia sí.

—Regresemos. —Loretta miró a Esme—. Cada vez hace más frío.

—Así es. —Esme señaló con su bastón—. No había visto una niebla como esta desde Londres. Pero estamos más al norte que antes.

—Y nos dirigimos todavía más al norte —señaló Loretta.

—Esperemos que el río no se congele —dijo Esme.

Rafe solo podía rezar para que no sucediera. Si el río se congelaba, las carreteras también serían intransitables. Él no podría continuar. Y tendría que dejar a Loretta y a Esme…

Interrumpió el pensamiento y apartó a un lado la imagen mental. Estaban a mediados de diciembre y todavía no hacía tanto frío. Pensó que era poco probable que en ese lugar llegara a hacer tanto frío y tomo nota mentalmente para preguntárselo al posadero.

Al menos las bajas temperaturas consiguieron que Esme y Loretta aceleraran el paso. Sin apenas hablar, desanduvieron los pasos por el embarcadero empedrado hacia el muelle que conducía al Beau Rivage.

La niebla continuó espesándose con el humo de la madera y la contaminación sulfurosa de las hogueras de carbón.

A la mañana siguiente, sentada a la mesa con el desayuno colocado ante ella, Esme miró por la ventana del comedor de la posada hacia el desalentador simulacro de día.

—¿Siempre está así en invierno?

El posadero colocó una bandeja de salchichas de cerdo delante de Rafe.

—Por desgracia. Son los bosques, ¿entiende? Nos rodean, y eso impide que el viento se lleve el humo. —Señaló el paisaje al otro lado de la ventana—. Se queda aquí atascado.

Lo cual, pensó Loretta mientras miraba por la ventana, les favorecía. Ella también se sentía atascada, dudando… No de si debía actuar, sino cuándo. La noche anterior, cada vez que se había girado hacia la puerta con intención de abrirla y acudir a la habitación de Rafe, había titubeado. No por él, ni por ella, sino por la misión de Rafe.

Esa misión era importante, afectaría al bienestar de muchas personas. Si ella precipitaba el siguiente paso solo para descubrir que

ambos no encajaban… Su consiguiente separación podría afectar a la capacidad de Rafe para completar esa misión. ¿Tenía el derecho potencial de hacerla saltar por los aires?

La sensación de Loretta era que no. Más aún, tras consultar con sus sentimientos, había descubierto un fuerte compromiso por su parte en ayudarle en el éxito de la misión.

Por supuesto, en cuanto dieran el siguiente paso, si no eran compatibles, a pesar de todo lo que Rafe había dicho, ella aún podría persuadirle de que, dadas las circunstancias, un matrimonio basado únicamente en el honor no era buena idea. Quizás Rafe aceptaría esa excusa sin culpar a ninguna de las dos partes. Por otro lado, si el siguiente paso demostraba que eran incompatibles solo a ojos de Loretta, ella simplemente no le diría nada, fingiría que todo iba bien y utilizaría la misión para evitar futuros intercambios hasta que llegaran a Inglaterra y la misión estuviera terminada, y únicamente entonces anunciaría que no iba a casarse con él.

Escandaloso y traicionero, desde luego. Pero no habría ningún escándalo hasta que regresaran a Inglaterra, y ella no conseguía que eso le importara. En cuanto a la traición, si aseguraba el éxito de la misión, la consideraría justificada.

Su lado Michelmarsh se estaba fortaleciendo claramente con cada día que pasaba.

—La catedral, querido muchacho, es el único lugar que debo insistir en que visitemos. —Mientras tomaba el té a sorbos, Esme fijó la mirada en los ojos de Rafe—. No esperarás que pasemos todo el día confinadas en nuestras habitaciones cuando no hemos disfrutado de una verdadera excursión en tierra desde hace casi una semana.

Rafe, en efecto, lo había esperado, pero apretó los labios y asintió.

—La catedral entonces. Pero solo ir y volver.

Solo había pasado una hora cuando ya había cambiado de idea, después de que el grupo hubiera deambulado por las calles llenas de niebla, por las viejas plazas bordeadas de edificios medievales y, evitando el centro de la ciudad, llegando al gótico esplendor de la catedral donde pasaron veinte minutos estudiando los delicados grabados del interior y el exterior.

—Ningún sectario. —Rafe se detuvo junto a Hassan a medio camino de la nave central, y observó a Loretta examinar los asientos del coro —. No estoy seguro de si simplemente no los hemos visto por culpa de la niebla o…

—Si nos hubiesen visto ayer, habrían atacado la posada anoche.

—Cierto. —Rafe echó una ojeada a las capillas laterales, buscando alguna señal de algún atacante potencial.

—Los últimos sectarios que vimos fueron los de Viena —observó Hassan mirándolo de reojo—, y ellos no nos vieron.

Rafe asintió sin apartar la mirada de las damas mientras continuaban avanzando por la nave.

—Nos sería útil saber si nuestro disfraz funciona, y este es un buen momento y lugar para comprobarlo.

Hassan y él habían combatido juntos desde hacía tanto tiempo que normalmente seguían las mismas líneas de pensamiento.

—La niebla, podríamos utilizarla a nuestro favor.

—Y si sucediera lo peor, podríamos huir en el carruaje. A partir de aquí las carreteras son buenas. —Rafe se irguió mientras se acercaban las cuatro mujeres. Miró a su alrededor, confirmó que no había nadie cerca y se situó frente a ellas—. Hemos decidido comprobar quién más puede haber en la ciudad. No olvidéis que si veis algún pañuelo negro no debéis reaccionar. Fingid que no sabéis qué significa la visión de un sectario.

—¡Una idea excelente! —Esme solicitó el brazo de Rafe—. Siempre es buena idea conocer la fortaleza del enemigo. Y aún más sus debilidades.

Rafe miró a Loretta y vio que sus labios dibujaban una fugaz mueca. Pero al salir de la catedral y bajar los escalones de piedra, todas se mostraban tan concentradas y en alerta como él podría desear.

Con Esme del brazo y Loretta caminando a su otro lado, Rafe condujo al grupo calle abajo hacia la avenida principal llena de tiendas y negocios. Por el olor, el mercado del pescado estaba en algún lugar a su izquierda. La niebla era espesa, distorsionando los sonidos a medida que se adentraban más profundamente en la isla sobre la que se asentaba la ciudad. Los edificios se cerraron a su alrededor, la niebla cubriendo los aleros y flotando tan baja que era difícil reconocer ningún punto de referencia para saber exactamente dónde estaban.

Pero a medida que se adentraron en la ciudad, se encontraron con cada vez más gente en las calles. La mayoría caminaba aceleradamente, camino de alguna parte. Casi nadie iba deambulando, pero con el bastón de Esme identificándola como una anciana, su lento avance no parecía fuera de lugar. Rafe los mantuvo en movimiento como si ellos también se dirigieran hacia alguna parte, solo que avanzando lentamente.

Los sectarios, cuando se tropezaron con ellos en la niebla, estaban claramente deambulando sin rumbo. La pareja, ambos llevando el característico turbante y el pañuelo negro colgando, iba por lo demás vestida con ropas de estilo europeo y observaban descaradamente a las personas que pasaban junto a ellos, ocasionalmente buscando en los rostros.

Vieron a Rafe, los vieron a todos, incluyendo a Hassan, que caminaba con Rose cerrando el grupo.

Los sectarios miraron… y sus miradas se desviaron hacia la siguiente pareja que pasó por delante de ellos.

Rafe aguantó la respiración mientras los dos sectarios se cruzaban con ellos por el borde exterior de la acera.

No miró atrás, y rezó para que ninguno de los demás lo hiciera tampoco.

Únicamente cuando giraron la siguiente esquina, miró hacia atrás y buscó la mirada de Hassan, y vio en sus ojos la misma pregunta que se le acaba acababa de ocurrir a él.

—Volvamos a la posada. —Rafe giró en la siguiente calle y los condujo en la dirección más habitual hacia el muelle en el que se situaba la posada.

A mitad de camino de regreso, se cruzaron con otra pareja de sectarios, con el mismo resultado.

Rafe estaba seguro de que, si Hassan y él hubiesen ido solos, los sectarios no habrían mostrado un desinterés tan evidente.

Llegaron a la posada sin ninguna novedad. Esme, triunfalmente encantada, ordenó que sirvieran el té. Lo tomaron en el salón de la posada, que a esa hora del día estaba desierto salvo por ellos.

—¡Bueno! —exclamó mientras se dejaba caer en un sillón y miraba a Rafe con los ojos brillantes—. Mientras estáis con nosotras no os reconocen. Nosotras —señaló a Loretta, Rose y Gibson— os proporcionamos un eficaz camuflaje.

—Eso parece. —Rafe intercambió otra mirada con Hassan y, mientras Loretta se sentaba en otro sillón, acercó una silla de respaldo alto y se sentó también—. Pero eso, sin embargo, suscita una pregunta. Es evidente que la secta no ha proporcionado a sus propios miembros una descripción suficientemente detallada de Hassan o de mí. Ellos esperan que viajemos los dos solos, los vi fijándose más atentamente en dos hombres que pasaban. De modo que —volvió a mirar a Hassan— la secta no tiene una buena descripción física de nosotros. Siendo así, ¿por qué los lugareños que supusimos habían contratado en Presburgo, en Viena y en Linz supieron que debían atacarnos a nosotros, si los propios sectarios no son capaces de identificarnos?

Loretta se lo quedó mirando fijamente, al igual que Esme, Rose y Gibson. Nadie se apresuró a ofrecer una respuesta.

—Quizás esos incidentes fueron ataques de ladrones. —Fue Loretta quien al fin se atrevió—. Si no eran enviados de la secta, ¿qué otra cosa podrían ser?

—No lo sé. —Las miradas de Rafe y Loretta se fundieron y, después de unos segundos, él hizo una mueca—. Tal y como están las cosas,

debemos asumir que los tres grupos de atacantes, que nos atacaron en tres ciudades diferentes, no eran más que ladrones oportunistas.

Capítulo 10

La noche llegó y se fue. Todavía más tarde, Rafe realizaba la primera guardia sentado en las escaleras principales de la posada bajo el giro en ángulo recto, desde el que podía ver la puerta delantera.

Disponía de mucho tiempo para pensar y rumiar.

En las frías horas de la madrugada Hassan acudió para relevarlo. Rafe se levantó, se estiró y, posando una mano sobre el hombro de Hassan mientras el corpulento pastún se acomodaba en las escaleras, se dio media vuelta y subió la escalera. Al llegar a la primera planta, se dirigió por el pasillo hacia sus habitaciones.

La secta todavía no los había identificado. Y cada vez parecía más probable que no fueran a hacerlo, por lo menos no en Estrasburgo.

Jamás habría imaginado que tendrían tanta suerte. Si los dioses permanecían dispuestos y continuaban a conducirlos a salvo de cualquier sectario que pudiera reconocerle, parecía posible que pudiera llegar a las verdes costas de Inglaterra antes de encontrarse con ningún asesino.

El viejo Temerario se habría sentido defraudado ante la falta de acción. Sin embargo, llevando a Loretta, Esme, Rose y Gibson con él, Rafe no podía más que sentirse agradecido.

Llegó a su habitación, abrió la puerta y de inmediato se puso en alerta.

La lámpara estaba encendida. La luz era muy tenue, pero él estaba seguro de no haberla dejado encendida.

Lentamente y en silencio, cruzó el umbral e hizo una rápida inspección de la habitación. No había nadie. Dejó escapar el aire y cerró silenciosamente la puerta. Quizás la doncella había entrado para arreglar la habitación. No había dado más que dos pasos cuando su mirada atravesó las sombras más allá del fulgor de la lámpara y vio la figura tumbada en su cama.

Unas hebras de seda rubia se esparcían por su almohada.

Rafe titubeó antes de acercarse, hasta quedarse junto a la cama, mirando a Loretta. Llevaba puesto el camisón, y eso no era bueno, pero la abrigada bata que llevaba por encima estaba fuertemente

cerrada con el cinturón. Mucho mejor. Las zapatillas seguían puestas en sus pies. Estaba tumbada de lado sobre la colcha, la cabeza sobre la almohada y una mano debajo de la mejilla.

Por el lento y uniforme movimiento de sus pechos, estaba profundamente dormida.

A Rafe se le había secado la boca. Se humedeció los labios antes de apretarlos mientras intentaba pensar en el mejor modo de manejar la situación. De manejarla a ella.

Su impulso inicial fue el de dejarla allí donde estaba, sin molestarla, y buscar otro lugar en el que dormir. Por ejemplo, la cama de Loretta.

Pero Rose acudiría allí para despertarla por la mañana y encontraría, o bien una cama vacía o a él. Ambos escenarios conducirían a preguntas difíciles de contestar.

De modo que, respiró hondo y el sutil perfume que emanaba del cuerpo de Loretta se enroscó alrededor de su cerebro.

Rafe apretó los dientes ante el inevitable efecto. Y esperó hasta recuperar el control.

—Loretta.

Nada. Ni el más leve movimiento.

Lo intentó de nuevo, más fuerte.

—¿Loretta?

No movió ni una pestaña. Pero Rafe no se atrevía a pronunciar su nombre en tono más elevado.

Armándose de valor, alargó una mano hacia su hombro. Se detuvo. Estaba colocado entre ella y la luz de la lámpara. Si despertaba y veía una sombra grande, oscura y masculina agachada sobre ella podría reaccionar mal.

Atándose los machos, Rafe se sentó en la cama junto a ella. No pudo evitar fijarse en las delicadas curvas de su mejilla, la barbilla, la larga y sugestiva línea de la garganta. La piel de Loretta, blanca a través del oscuro velo de sus cabellos, tentaba a sus dedos, los atraía.

Bruscamente, los sentidos de Rafe quedaron inundados de ella, de los recuerdos táctiles de su suavidad, de las curvas que ya conocía, recuerdos atrayentes de su calor, su olor, sus labios. Su sabor.

Apartar a un lado la distracción, volverse a centrar en lo que tenía que hacer, en lo que tenía intención de hacer, requería un gran esfuerzo. Rafe se movió para que la luz de la lámpara iluminara su rostro. Apretó mentalmente los dientes, asegurándose una expresión tan neutral como era capaz de conseguir, y alargó una mano hasta su hombro. Cerrándola sobre la curvatura que era la quintaesencia de la femineidad, la agarró delicadamente y sacudió.

—¿Loretta? Loretta, cariño, despierta.

No fue consciente de lo que acababa de decir hasta que ella se giró hasta quedar tumbada de espaldas y abrió los ojos.

Durante un instante, y con los ojos desmesuradamente abiertos, ella contempló su rostro. El corazón de Rafe se detuvo durante ese instante antes de empezar a latir de nuevo mientras los párpados de Loretta descendían y sus labios se curvaban.

—Oh. Bien. Te estaba esperando. —Como una somnolienta sirena, ella se estiró lentamente con una sinuosa suavidad antes de cubrirse delicadamente la boca y bostezar—. Debo de haberme quedado dormida.

—Sí, así es. Es tremendamente tarde y debes regresar a tu cama y dormir allí. —Él se dispuso a levantarse, a poner distancia entre ellos, pero ella lo agarró por la manga.

—No. Quédate. Quiero hablar contigo. Necesito contarte algo…

—Loretta…

—Y sí, soy consciente de que es totalmente inapropiado venir a tu habitación así, y más aún quedarme dormida en tu cama, pero… —ella se sentó, apoyándose contra el cabecero de la cama— el hecho de que lo hiciera debería darte una idea de lo decidida que estoy a hablar contigo.

Loretta estaba totalmente despierta y la luz de la lámpara iluminaba su rostro, revelando la tozudez dibujada en su barbilla. Sus miradas se encontraron, y ella le sostuvo la suya, una beligerante determinación reflejada en el azul hierba doncella.

Rafe entornó los ojos y encajó la mandíbula.

Loretta entornó los suyos a modo de respuesta y se cruzó de brazos. Su expresión adoptó un cariz de testarudez. Por su experiencia con Esme, él supo lo que significaba.

—De acuerdo —anunció en tono muy poco cortés, aunque le daba igual—. Habla. Te escucho. —Incluso mientras pronunciaba las palabras, supo que la capitulación era un error.

Hasta qué punto estaba seguro de que ella se lo mostraría.

Loretta lo estudió durante unos segundos.

—He venido para decirte que sea lo que sea que esté surgiendo entre nosotros, yo también lo siento, tanto como tú, y necesito saber qué es.

Dejó caer los brazos a un lado y se acercó un poco más para contemplar mejor el rostro de Rafe.

—Necesito saber más, sobre esto, sobre qué lo alimenta. Lo suficiente como para saber por qué me siento como me siento. —Ella buscó en sus ojos—. ¿Te acuerdas de lo que hablamos el otro día en la cubierta de observación? Tú insistes en que debo reflexionar y sopesar, y tomar una decisión racional, pero no puedo tomar ninguna decisión al respecto hasta que sepa. —Hizo un gesto con la mano entre ambos—. Sobre esto. Sobre lo que es, por qué lo siento. Y que tú sientes lo mismo. Por las mismas razones.

Rafe le sostuvo la mirada, pero los ojos, el rostro de Loretta era indescifrable. Se produjo una larga pausa.

—Yo no tengo las respuestas —le aseguró él.

—Nunca pensé que las tuvieras.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Rafe lo sabía. Loretta lo veía esforzándose por rechazarla, pero no se lo iba a permitir. Sosteniéndole la mirada, alargó una mano y hundió los dedos en el pañuelo del cuello de Rafe. Lo agarró y, lentamente, lo atrajo hacia ella mientras se acercaba a él.

Vio los ojos azul verano incendiarse. Pero no le dio ninguna oportunidad para pensar en cómo detenerla. Su mirada se posó en los labios de Rafe.

—Estoy aquí para obtener esas respuestas.

Entrecerró los ojos y lo besó.

Rozó, acarició, presionó los labios sobre los de él antes de separarlos. De atraerlo.

Y él respondió. Reticente, a regañadientes, pero eso ya lo había esperado Loretta. Sabía que iba a tener que tomar el mando ella, dejar claras sus exigencias. Y lo hizo, descaradamente, su lengua tocando la de él, tentándolo, acariciando, hasta que sintió su reacción. Saboreó el hambre que él intentaba ocultar.

En cuanto lo consiguiera, sabía que no habría vuelta atrás. No para ella, no en eso, no esa noche. Veía mentalmente su meta ante ella, ardiendo brillante. Quería explorar el hambre de Rafe. Quería aprender de él, experimentarlo, regodearse en él.

Quería sentirlo devorarla.

Con una mano sobre el pañuelo del cuello, Loretta deslizó la otra hasta la nunca de Rafe, para sujetarlo en el beso que se hacía cada vez más ardiente, en la fusión de las bocas que se volvía, latido a latido, más erótica.

Más primitiva, más provocadora.

Ella lo deseaba.

A él. Aquello.

Más.

Pero incluso mientras su cuerpo se tensaba e intentaba inclinarse hacia atrás, llevándoselo hasta el borde de la cama, lo sintió conteniéndose, los músculos endurecidos prácticamente estremeciéndose bajo el férreo control.

¿Cómo romperlo, destrozarlo?

¿Cómo conquistarlo?

Loretta permitió que sus labios se despegaran solo el tiempo suficiente para poder respirar.

—Si me quieres en tu futuro, no me rechaces ahora. —Ella lo volvió a besar, más apasionadamente, abiertamente, descaradamente

desafiándolo, antes de apartarse para poder mirarlo a los ojos—. Necesito aprender, y tú eres el único que me puede enseñar.

Sus alientos se mezclaron entrelazados con la creciente pasión. Con la mirada fija en los ojos de Rafe, ella habló directamente al azul verano, al calor que se reflejaba detrás.

—Eres el único del que he querido aprender. —Ella dejó caer la mirada hasta sus labios—. Y necesito aprender sobre ti, sobre mí, sobre nosotros. Sobre esto. Ahora.

Loretta volvió a cerrar los labios sobre los de Rafe, vertiendo en el beso cada átomo de necesidad que sentía. Vertiéndolo en él.

Se sintió extasiada cuando lo notó romperse. Cuando Rafe se movió y, sin ningún esfuerzo, tomó el control del beso mientras sus manos ascendían y se cerraban en torno a los hombros de Loretta.

El tono del beso cambió. De hambriento a codicioso y de ahí a voraz.

Hasta alcanzar un intercambio tan primitivamente evocador, tan agudo, que hizo que a Loretta se le encogieran los dedos de los pies.

Ella se inclinó hacia atrás y él la siguió. Sin separar los labios, ella cayó de espaldas sobre la cama y él la siguió, empujándola hacia abajo, aprisionándola y sujetándola.

Cada sentido que poseía Loretta cantaba de felicidad ante la promesa implícita en el firme cuerpo suspendido sobre el suyo. Entusiasmada, la expectante anticipación la inundaba, la caldeaba, la excitaba. Rodeándole el cuello con sus brazos, ella vertió todo lo que sentía en el beso, impregnó a Rafe con la embriagadora mezcla.

Él gruñó y la atrajo hacia sí, se embebió de ella y buscó más.

¿Rechazarla? ¿De verdad se había creído capaz de hacerlo? No era capaz de encontrar la fuerza para interrumpir el beso, ni siquiera silenciarlo. Las exigencias de Loretta, sus deseos, sus ánimos combinados se mezclaron en un potente elixir. Rafe era un adicto y no conseguía saciarse.

Estaba perdido y lo sabía. Era suya para cumplir sus órdenes. Esa noche Loretta lo había descubierto.

Al menos eso lo había aprendido.

Y él era incapaz de negarle lo demás. De no permitirle ver lo demás. Explorar, experimentar.

Algún ser primitivo que él apenas reconocía deseaba a esa mujer con una pasión imposible de domar, una pasión que estaba más allá de la razón y de la contención civilizada.

Una pasión que ardía en sus entrañas, en su corazón. Que ardía solo para ella, que únicamente ella podía encender.

Loretta había prendido fuego a su hoguera. Ya solo les quedaba sobrevivir a la llamarada.

Rafe se rindió y se hizo cargo de todo.

Si la inocencia de ella inspiraba su caballerosidad, su osadía sin trabas provocaba una respuesta más primitiva. Una reacción claramente sexual.

Rafe la deseaba debajo, deseaba que sus gritos de rendición llenaran sus oídos mientras se hundía en su interior y la poseía, mientras tomaba, exigía y reclamaba cada átomo de pasión que ella poseía, pero incluso en ese momento, en ese lugar, el comandante que era una parte intrínseca de él estaba dispuesto a ceder una batalla con tal de ganar la guerra.

Ella quería aprender, le estaba pidiendo a él que la enseñara, y así lo haría. Le mostraría la pasión, el deseo tan agudo que quemaba el alma, la necesidad que latía como un pulso bajo la piel y exigía satisfacción.

Le enseñaría la fascinación que se convertía en obsesión, en sensación tan brillante que ardía. En deseos tan elementales que una vez despertados jamás morían, y que la atarían a él, para mantenerla suya, desde esa noche y para siempre.

Ese era su plan de batalla, su campaña para esa noche, su meta. Y se dispuso a alcanzarla.

Aprisionándola sobre la cama, utilizando su peso para sujetarla, Rafe alcanzó el cinturón de la bata de Loretta. Un fuerte tirón consiguió deshacer el nudo. Abrió los dos lados de la bata y se detuvo mientras su mente rápidamente analizaba el terreno, sus posibilidades.

Con sus labios y lenguas todavía entrelazados, Rafe se movió, se giró para que su cadera quedara apoyada junto a la de ella, y estiró las largas piernas sobre el colchón antes de encoger una para mantener atrapadas las de Loretta. Girando los hombros sobre los de ella, se apoyó en los codos, el torso a un latido de los pezones de Loretta.

Ella quería aprender, pero él no tenía ninguna intención de quitarse ninguna prenda. Solo se sentía capaz de soportar la tentación hasta cierto punto.

Apoyando todo el peso sobre un codo, Rafe levantó la otra mano para sujetar la barbilla de Loretta y mantenerla inmóvil mientras el beso se volvía más apasionado y él se acomodada para saquear esa boca de una manera fundamentalmente posesiva.

Loretta lo siguió, lo invitó y lo incitó. Eso era lo quería, saber todo lo que él podía enseñarle.

Las manos de Rafe encontraron los pechos de Loretta y los sentidos de ella dieron un brinco.

Las manos se cerraron y ella dejó de pensar.

Prácticamente dejó de respirar mientras, a través de la delgada tela del camisón, él dibujaba y sopesaba, volvía a cerrar las manos y poseía.

Manteniendo sus labios sobre los de ella, Rafe amasó, y la

consciencia de Loretta volvió a saltar, se dispersó, los nervios inundados de sensaciones. De chispeante expectación.

Los dedos de Rafe se tensaron sobre uno de los pezones y una brillante sensación atravesó a Loretta.

El calor floreció bajo su piel.

Y se convirtió en un ferozmente exigente dolor cuando él la soltó y deslizó los dedos hacia los botones del camisón. Loretta esperó.

Sin dejar de besarlo. Saboreando el embriagador sabor masculino, pero impaciente y ansiosa por recibir el ardor de su caricia.

Que regresó instantes después, un regalo de delicia cuando él abrió el corpiño del camisón y posó una dura mano sobre la enrojecida y acalorada piel.

Rafe tomó esa carne firme e inflamada y los sentidos de Loretta se regocijaron. Apartándose casi con languidez de la conflagración en que se había convertido el beso, él dibujó fuego y llamas sobre la barbilla de Loretta, por su garganta, sobre el montículo del pecho que mantenía sujeto en una mano. Cerró la boca sobre el tenso pezón y chupó.

El cuerpo de Loretta se arqueó y apenas consiguió contener un grito.

Mientras él se daba un festín, ¿pues de qué otra manera podrían describirse esas acaloradas y deliberadas atenciones? Los gritos ahogados se acumulaban en la garganta de Loretta. Soltando los dedos que seguían hundidos en el pañuelo del cuello, ella apretó los nudillos contra sus labios para reprimir los delatadores gritos.

Él tomó esa precaución como una invitación. Con los párpados pesados y las pestañas bajas, ella sintió más que vio la mirada, un acalorado azul verano ardiendo de deseo, que él le dedicó, pero rápidamente Rafe volvió a centrar su atención en los pechos, en mostrarle todo lo que era capaz de hacerle sentir, todo lo que podría arrancar de ella simplemente acariciándola con habilidad, con conocimiento de causa, ahí.

Blandiendo la sensación a modo de látigo, utilizando el calor como una tea, con las manos y los dedos, los labios, lengua y dientes, con la ardiente humedad de su boca, Rafe imprimió su caricia sobre ella, sobre su cuerpo y su mente.

Loretta sujetó la cabeza de Rafe entre las manos mientras se retorcía, jadeaba, a punto de gemir, a un latido de suplicar cuando él levantó la cabeza, estudió el camisón y apartó los dedos de los pechos para desabrochar los botones que conducían hacia abajo.

Loretta jadeó mientras observaba su rostro, mientras permitía que su mirada se embebiera de los esculpidos músculos, del gesto de agudo deseo dibujado en sus pómulos. Permitió que sus sentidos alcanzaran y absorbieran la intencionalidad de esa expresión, la fuerza de su motivación, su pasión, del control que, a pesar de su victoria al

precipitarse el intercambio, todavía lo dominaba.

¿Sería capaz de romper ese control? ¿Iba a necesitar hacerlo?

Las preguntas apenas habían surgido a través de las nubes de lujuria de su cerebro cuando, con un ágil movimiento de una mano, él la desnudó.

Completamente.

Loretta permaneció desnuda bajo la mirada de Rafe. Se dijo a sí misma que debería sentirse… por lo menos indecisa. Sin embargo, algo en su interior empezó a ronronear.

Su alma Michelmarsh acababa de ser completamente liberada.

Doblando una rodilla, la más alejada de él, ella intentó girarse.

—No. —Él apoyó con más fuerza la mano sobre su cadera y la mantuvo inmóvil—. Déjame verte.

Lo que quería decir era que le dejara explorar.

Con sus ojos, con una mirada que quemaba. Y luego con sus manos, con una caricia.

Loretta volvió a retorcerse, volvió a jadear, más intensamente consciente de su cuerpo, de ella como mujer y él como hombre, de lo que había pensado podría sentirse jamás.

Y su cuerpo… se alzó hasta él. Sin ninguna vergüenza, respondiendo a cada acalorada y cada vez más explícita caricia, y descaradamente suplicando más.

Eso era lo que ella había deseado aprender…, el apasionado calor, el irresistible anhelo. La hoguera que florecía y crecía en su interior, que finalmente llegaba al punto álgido y se fundía, y la dejaba derretida y necesitada, muriéndose de ganas de ser llenada.

Eso y más. Loretta lo quería todo.

Estaba decidida a tenerlo todo.

Alargó una mano hacia él y se sorprendió al descubrir que Rafe se había deslizado hacia abajo en la cama. Irritada al comprobar que él todavía no se había quitado la ropa, frunciendo el ceño para sus adentros, tironeó de sus hombros.

Rafe le agarró las manos y las apretó sobre la cama. Tenía las riendas firmemente sujetas y no tenía ninguna intención de compartirlas. Conocía la dirección, su propósito, su meta.

Y no estaba dispuesto a permitirle distraerlo.

Aunque debajo de la ropa se sentía arder.

La lujuria era una llamarada familiar, pero nunca la había sentido tan ardiente, tan abrasadora. Tan exigente. Ignorarla era imposible.

Mantener la ansiosa conflagración bajo control empezaba a estar casi fuera de su alcance.

La piel sedosa de Loretta era una potente tentación y deslizar los labios sobre ella constituía una sensual delicia. Mientras exploraba los firmes montículos de su estómago, la sugerente hendidura de su

cintura, Rafe devoró, lamió, absorbió el sutil placer, una dulce fruta para alimentar su deseo, para apaciguar temporalmente su pasión.

Deseaba, se moría, por tomar mucho más. Su lado primitivo, ese ser innato que ella había invocado, deseaba devorarla. Tenerla por completo. Poseerla por completo. Tenía que controlar a ese ser, doblegar sus pasiones más primitivas, distraerlo con la promesa de más, de una rendición más profunda, más completa.

Cuando el momento al fin llegara.

Y ese momento no llegaría esa noche. No si él podía evitarlo.

Se propuso cortejar los sentidos de Loretta, alimentarlos, incendiarlos, para por último desbordarla con su sensación.

Ese era su plan. Y se aplicó diligentemente a él.

Dibujó sus piernas, las dulces curvas de sus pantorrillas, el delicado arco de los pequeños pies, las largas y firmes líneas de los muslos, de los músculos que temblaban reaccionando a sus caricias, del lánguido recorrido de sus dedos, del posesivo movimiento de sus manos.

Los dulces montículos del trasero llenaron las manos de Rafe y la boca se le hizo agua. Acunándolos, sujetándola a ella, posó sus labios sobre el ombligo, dibujó con la punta de la lengua y sondeó.

Oyó la respiración de Loretta fracturarse y sonrió para sus adentros.

Deslizándose más hacia abajo, Rafe agachó la cabeza y deslizó los labios sobre la tensa barriga antes de, con clara intención, continuar hacia abajo.

Loretta cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás sobre la almohada, segura de que sus pulmones estaban a punto de explotar. No respiraba. Se sentía mareada. Sus sentidos escapaban a su control.

Había demasiados músculos tensos y temblorosos, doloridos ante el deseo de liberación. Demasiados nervios centrados en la sensación que producían los labios de Rafe al quemarle la piel, en la abrasadora sujeción de sus manos, el ardiente dibujo de sus dedos.

Loretta ardía y al mismo tiempo sentía intensamente cada caricia. No tenía ni idea de que su cuerpo pudiera ser tan sensible, tan armónico, tan extasiado.

Los labios de Rafe rozaron los rizos en el ápice de sus muslos y ella se estremeció. La tensión que la mantenía atormentada escaló.

Antes de que ella pudiera respirar una vez más, él se apartó ligeramente y se movió. Levantó una de las piernas de Loretta y colocó el hombro debajo de la rodilla antes de girarse un poco y hacer lo mismo con la otra pierna.

El gesto íntimo hizo que algo se estremecía dentro de Loretta. ¿Qué se proponía Rafe?

—¿Qué…? —Loretta levantó la cabeza y se esforzó por abrir los ojos.

Pero se deshizo cuando las yemas de los dedos de Rafe la tocaron

ahí.

Y perdió el poco aire que había conseguido introducir en los pulmones cuando él acarició.

Rafe acarició y exploró. Tensa y rígida, ella se volvió a recostar sobre la cama. Su cuerpo conocía eso, reconocía esa caricia.

Ella ya había experimentado eso. Cerró los ojos y se acompasó a las sensaciones recordadas.

La sedosa caricia del cabello de Rafe contra la cara interna de sus muslos le provocó una sensación instantánea de alarma antes de que sus labios se cerraran, ardientes y abrasadores, sobre su húmeda e inflamada carne y ella no pudiera evitar gritar.

Aunque sin emitir sonido alguno, pues no le quedaba aliento en el cuerpo.

Y siguió sin conseguir aire mientras él saboreaba, lamía. Hasta que de repente introdujo su lengua dentro de ella.

Loretta se revolvió, pero él la inmovilizó. Con un pesado brazo sobre su cintura la mantuvo quieta mientras la saboreaba. Profundamente. Mientras la poseía allí mismo de un modo flagrantemente íntimo, una posesión que llegaba más profundamente que la piel y el hueso, que quemaba su cuerpo y encendía sus nervios.

Loretta se retorció frenéticamente, atrapada en una red de indescriptible placer. Una red que se volvía más tensa con cada hábil lametón, cada experto empuje de la traviesa lengua. Hasta presionar los nervios que ya estaban tensos, hasta aumentar esa presión hasta un límite que amenazaba con fracturar sus sentidos.

Hasta que lo hizo.

Con una última y lenta sacudida de la lengua, Rafe hizo que los enardecidos sentidos se estrellaran contra ella. Un inmenso placer explotó su interior, despedazando todas las sensaciones en esquirlas de brillante gloria que atravesaban cada nervio hasta florecer como un millón de ardientes alfileres de calor bajo su sensible piel.

El calor y el placer la arrollaron en una ola que la sumergió en la gloria.

Cuando su consciencia volvió a aflorar a la superficie, Loretta se sentía lánguida, pero también vacía, como si hubiese experimentado un episodio de fiebre antes de remitir, dejándola hambrienta.

Sus sentidos regresaron lentamente y ella sintió curvarse los labios. Supuso qué le hacía falta para sentirse completa. Llena. Adecuadamente saciada. Necesitó un gran esfuerzo para abrir los ojos, y mientras se esforzaba en hacerlo, movió las manos… y sus dedos tocaron la manga de Rafe.

Todavía llevaba puesto el abrigo.

Los sentidos que poco a poco regresaban le informaban de que, en lugar de desnudarse rápidamente, él le estaba abrochando los botones

del camisón.

Loretta abrió los ojos de golpe, y vio su camisón cerrado hasta las caderas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras lo miraba.

—Dejándote con un aspecto presentable para poder llevarte de regreso a tu habitación. —La expresión de Rafe era sombría sin posibilidad de alivio.

—¿Mi habitación? —Ella parpadeó—. ¿Quieres terminar esto en mi cama?

Rafe cerró los ojos brevemente antes de abrirlos y alargar las manos hacia los lados de la bata.

—No. No vamos a terminar esto… Esta noche no. Otra noche.

—¿Cuándo?

—Más adelante.

Loretta deseaba fervientemente objetar a esa respuesta, y aún más al tono dictatorial, pero por mucho que intentara convocar a su determinación, lo que él le había hecho, lo que ella había experimentado, la había vaciado de toda voluntad. Su columna parecía menos firme que un alga.

Tras atarle el cinturón de la bata, Rafe tiró de las piernas de Loretta para sacarlas de la cama antes de agarrarla de las manos y tirar de ella para ponerla en pie. Las rodillas de Loretta flaquearon.

A pesar de su profundo deseo, ella no estaba capacitada para discutir, no viéndole en uno de esos momentos suyos de «yo estoy al mando».

Sin embargo, protestar sí podía:

—No era esto lo que yo esperaba —le informó mientras lo fulminaba con la mirada.

—¿No acabas de experimentar algo totalmente nuevo para ti? —preguntó Rafe fulminándola a su vez con una mirada mucho más firme y pétrea.

—Bueno, sí, claro. Pero…

—No hay ningún «pero». —Él le agarró la mano y tiró de ella hasta la puerta. Al llegar, se volvió hacia ella—. Así es como tiene que ser. Y ahora no hagas ruido y déjame llevarte adonde deberías estar.

Desde luego, Loretta jamás había experimentado esa mezcla de placer latente e incipiente ira que surcaba sus venas mientras él abría la puerta, miraba afuera y la sacaba al oscuro pasillo.

Por desgracia, el placer que se iba desvaneciendo seguía siendo la sensación dominante. Llegaron a la puerta de Loretta y Rafe la abrió, empujándola al interior.

Mientras él permanecía fuera.

Loretta dio dos pasos antes de girarse.

Él señaló, firme, inamovible, la cama.

—A dormir.

Loretta entornó los ojos y él le sostuvo la mirada. Tenía los labios apretados mientras daba un paso atrás y cerraba la puerta.

Ella se volvió para contemplar la cama. Necesitó un verdadero esfuerzo para hacer que sus pies se movieran, pero al fin la alcanzó y se sentó y, por último, se derrumbó sobre ella. Ciegamente encontró las mantas que había apartado y tiró de ellas.

A pesar de una vaga intención de permanecer despierta y soñar con distintas técnicas de tortura para atormentarlo, el sueño creció como la marea y ella se ahogó.

Rafe permaneció al otro lado de la puerta del dormitorio de Loretta hasta que estuvo seguro de que ella estaba en la cama y que iba a quedarse allí. Lo último que necesitaba era que esa mujer decidiera regresar a su habitación para discutir su orden.

Soltó un prolongado suspiro, en parte de frustración y en parte de alivio, y se mesó los cabellos antes de volverse y caminar lentamente de regreso a su habitación.

Con todo, se sentía orgulloso de sí mismo. Y también ligeramente conmocionado.

Alargó una mano hacia el picaporte, recorrió con la mirada el silencioso pasillo y abrió la puerta para entrar. Tras cerrarla, se quitó el abrigo y se llevó las manos al pañuelo del cuello. Y contempló la cama revuelta.

Seguía sin poderse creer cómo había logrado controlarse, rechazarla. Ejercer una fuerza de voluntad de tal magnitud en ese aspecto en concreto nunca había sido su fuerte. Pero con ella…

Ella era diferente. Significativamente diferente a todas las demás que había habido antes. Estaba en otra liga, en otro plano.

Rafe sabía bien lo que eso quería decir, pero no quería pensar en ello. Seguir reflexionando sobre ello solo lo volvería más agudamente consciente de la vulnerabilidad que se había abierto en alguna parte de su pecho al cuidar de ella y al desearla tan desesperadamente.

Se sentía muy capaz de vivir el resto de su vida sin tener que reconocer la existencia de ese agujero abierto en su armadura personal, en su escudo emocional.

Una cosa estaba clara, si quería suprimir la sensación de exposición emocional que le despertaba el estar con ella de un modo sexual, una sensación que aumentaría exponencialmente en el instante en que la convirtiera en irrevocablemente suya, más le valdría asegurar que no repitieran nada de las últimas horas.

No hasta que llegaran a Inglaterra y su misión hubiera terminado.

Aferrándose amargamente a esa idea como meta para seguir

adelante, Rafe se desnudó, se metió en la cama y se obligó a sí mismo a dormir.

El sutil aroma de Loretta estaba pegado en la almohada. Retorciéndole el cerebro. Permanecía en su boca y en su lengua.

El inevitable efecto de su noble abstinencia lo mordió, hundió los colmillos profundamente.

Y fue incapaz de dormir.

Rafe se levantó y se vistió mucho antes del amanecer y, envuelto en la niebla, esperaba con Hassan fuera de la posada cuando el *Loreley Regina* se materializó como un fantasma de entre las tinieblas para deslizarse junto al muelle.

La tripulación se movió con silenciosa eficacia para amarrar el barco. Una pasarela se desplegó suavemente y un joven marinero bajó por ella.

Resultó ser el capitán, unos pocos años más joven que Rafe. La mayor parte de la tripulación era de la misma edad, pero Julius, el capitán, le aseguró que todos eran experimentados marineros en el río, y estaban ansiosos por cobrar un dinero extra aparecido del inesperado viaje.

Rafe pasó media hora a bordo. Tras inspeccionar los camarotes y conversar con el cocinero, se llevó a Julius a un lado y, en términos generales, le explicó su misión y el peligro de sufrir un ataque.

Julius parecía aún más entusiasmado.

—Un poco de emoción en el viaje nunca está de más. Nos encantará ayudarles a usted y a su hombre a repeler a esos paganos.

Rafe sugirió que se mostraría más generoso si la tripulación realizaba turnos de vigilancia durante la noche. Julius le aseguró que tanto él como su tripulación estarían felices de hacerlo.

Y se mostró abiertamente encantado cuando Rafe añadió una potencial bonificación por llevarlos a tiempo a Rotterdam.

—¿El día diecinueve de este mes? Yo sugeriría ir a la máxima velocidad durante el primer tramo y luego ajustarnos en las etapas finales.

Llegando a un acuerdo satisfactorio para ambos, decidieron partir en una hora.

Rafe regresó a la posada. El impaciente tigre que habitaba su interior se aplacó en cierto modo al encontrar a las cuatro mujeres no solo despiertas y vestidas para el viaje, sino sentadas en el comedor desayunando. Sus bolsas estaban preparadas, apiladas en el vestíbulo. Rafe se reunió con ellas y se sentó en su lugar habitual, a la izquierda de Esme, frente a Loretta. Había evitado encontrarse con su mirada, pero tras volverse para agradecer a la esposa del posadero el generoso

plato que había colocado frente a él, al girarse de nuevo hacia la mesa no pudo resistir la tentación de mirar a Loretta.

Ella le sostuvo la mirada, muy azul y… ¿serena?

Rafe parpadeó para sus adentros, pero antes de poder volver a mirarla y confirmarlo, los labios de Loretta se curvaron y se volvió para hablar con Esme.

Concentrado en su plato, él intentó imaginarse qué podría estar pasando por esa mente para haber generado un aire tan calmado y seguro.

Un aire de tenerlo todo bajo control. La idea lo llenó de un mal presentimiento.

Finalizada la comida, al levantarse de la mesa y despedirse de sus anfitriones, antes de girarse hacia la puerta, y el *Loreley Regina* que los esperaba al otro lado, Rafe había empezado a preguntarse qué sabía ella que él no supiera.

Había esperado cierto grado de irritación reprimida, incluso de absoluto descontento hacia él, por haber reescrito los planes que ella había hecho la noche anterior.

Tras acomodarlos a todos en el barco, en unos camarotes para pasajeros de un nivel algo inferior a los que habían disfrutado en el *Uray Princep*, y mientras permanecían atentos a la posible presencia de sectarios mientras soltaban amarras, la atención de Rafe se mantuvo en el *Loreley Regina* que se deslizaba por el canal que bordeaba la isla de Estrasburgo hasta por fin alcanzar el mucho más ancho Rin. Llevaban alrededor de media hora en el río, y las agujas de la catedral de Estrasburgo habían desaparecido en la bruma hacia la popa, cuando Loretta se reunió con él en la proa. En ese barco tan pequeño no había cubierta de observación.

Rafe la miró. Loretta agarraba la barandilla y miraba al frente con esa inquietante sonrisa curvada en los labios. Algunos mechones de sus cabellos se habían soltado del moño alto y ella los colocó en su sitio mientras levantaba el rostro hacia la ligera brisa matutina.

Un recuerdo de esos cabellos susurrando como la seda sobre su almohada mientras él le producía placer y ella se retorcía de éxtasis acudió a su mente. Aclarándose silenciosamente la garganta, Rafe apretó la barandilla y miró al frente.

Siguió la mirada de Loretta hasta donde la bruma del río, que había sustituido la niebla de Estrasburgo, se hacía cada vez más fina. Bajo sus pies sentía las corrientes del río golpear el casco del barco, sentía el fuerte oleaje tomar el mando.

—¿Te sientes impaciente ahora que empiezas el último tramo de tu viaje?

Rafe reflexionó sobre la pregunta y consultó con sus sentimientos. Unos sentimientos mucho más complejos que una simple impaciencia.

—Hay algo de eso, pero también recelo. Anticipación. Ansia e inquietud, una extraña mezcla.

Familiar y perturbadora.

—Quizás sea una sabia mezcla dado que la Cobra Negra se encuentra en algún lugar ahí fuera.

Loretta tenía razón. A menudo Rafe se había sentido así instantes antes de una carga.

Le siguió un silencio extrañamente confortable, a pesar de que él sabía que era imposible que Loretta estuviera a gusto con él. Que, en algún lugar, bajo tanta calma, merodeaba la irritación.

—Este barco, si acaso, estando solo nosotros a bordo, es todavía más íntimo que el *Uray Princep* —murmuró ella al fin.

Rafe recordaba perfectamente lo que había sucedido, y lo que casi había sucedido sobre el *Uray Princep*. Se irguió y decidió tomar el control.

—Y eso me lleva a un tema que quería discutir contigo.

Ella lo miró y enarcó una ceja.

—Sé que fui yo el que sacó el tema, lo cual estuvo bien, pero a la luz de las preguntas que tú tienes, vamos a tener que posponer cualquier discusión hasta que lleguemos a Inglaterra y mi misión haya terminado.

Loretta entornó los ojos y él lo percibió como una señal de que debía darse prisa.

—No puedo permitirme el lujo de distraerme, no cuando mi misión está a punto de entrar en una fase crítica. El último tramo de un largo viaje, tal y como tú misma lo calificaste. Cuanto más me acerque a Inglaterra, a más peligros tendremos que enfrentarnos todos. Y mi misión, conseguir que finalice con éxito, significa mucho para mí. —Él le sostuvo la mirada—. Tú, más que nadie, sabes el porqué.

El recuerdo de la muerte de James seguía siendo una herida abierta en su alma.

Loretta lo comprendió y la luz de su mirada se suavizó.

Pero de repente Rafe percibió un destino peor que cualquiera de los que la Cobra Negra podría tenerle reservado.

—Sin embargo —añadió apresuradamente—, si bien este no es el momento adecuado para embarcarse en la clase de exploraciones que tienes en mente, eso no significa que yo no quiera encontrar las respuestas a tus preguntas. Pues sí que quiero. —Lo cierto era que ya conocía esas respuestas, por lo menos con respecto a él, pero no estaba preparado para enfrentarse a ellas. Apartándolas de su mente, le sostuvo la mirada y respiró hondo—. Yo quiero… cortejarte —admitió —, en el caso de que tus decisiones vayan por ese camino. Quiero dedicarte tiempo, a ti y a tus preguntas, averiguar las respuestas que necesitas tener.

Loretta lo miraba con aire reflexivo mientras inclinaba la cabeza y lo observaba atentamente.

—Pero a partir de este momento, mi misión tiene prioridad sobre cualquier asunto personal. Me exigirá cosas que yo no voy a poder postergar o rechazar. Estaré distraído y… —Rafe titubeó antes de continuar—: Lo cierto es que no quiero que tomemos ninguna decisión precipitada y que más tarde te estalle en la cara.

Por «decisión precipitada», Rafe se refería a hacerle el amor, adecuadamente, hasta el final. Loretta sabía que su sosegada aceptación ante el desbaratamiento que había hecho Rafe de sus intenciones la noche anterior lo confundía, pero las afirmaciones que acababa de hacer solo confirmaban que ella había interpretado correctamente sus motivos. Su comportamiento durante la noche y las más recientes declaraciones formaban parte de un conjunto, todo surgía de su aparentemente insaciable necesidad de protegerla, incluso de ella misma.

Si bien Loretta apreciaba ese gesto, si bien comprendía y hasta cierto punto estaba de acuerdo con la valoración de Rafe sobre la relativa importancia de su misión, estaba muy lejos de estar de acuerdo con él en la conclusión. Pero ese no era el momento adecuado para decírselo. En cualquier caso, él se había blindado contra ella. Sin dejar de sostener la mirada, inclinó la cabeza.

—Lo entiendo.

Él sonrió.

Ella parpadeó. Esa sonrisa constituía la primera vez que él se disponía intencionadamente a seducirla, y funcionó.

Rafe tomó una de sus manos y, caballerosamente, se la llevó a los labios.

—Gracias. En cuanto estemos a salvo en Inglaterra, volveremos a considerar tus preguntas. Te lo prometo. Hasta entonces…

—¿Loretta?

Se volvieron y vieron a Esme subir las estrechas escaleras hasta la cubierta. Ambos acudieron en su ayuda.

Una vez en cubierta, Esme miró a su alrededor antes de sonreír a Rafe.

—Venía a buscaros para planificar nuestra primera parada. Mannheim. Según el querido Julius, llegaremos allí esta tarde.

El posadero del Beau Rivage estaba detrás del mostrador al fondo del vestíbulo, sacándole brillo a las cucharas y preguntándose por qué su esposa siempre le cargaba con esa tarea, cuando la puerta delantera se abrió. El posadero levantó la vista, sorprendido de ver a un prusiano bien vestido entrar, mirar a izquierda y derecha, y cerrar la

puerta.

El posadero soltó las cucharas y el trapo de abrillantar. Sabía que el hombre era prusiano, su porte ásperamente arrogante y el peinado daban fe de sus orígenes, mientras que la envergadura de sus hombros y su manera de caminar gritaba que se trataba de un oficial de caballería.

Como el inglés.

Vestido como un caballero, el prusiano se detuvo delante del mostrador y clavó unos ojos grises sobre el posadero.

—Tiene alojado aquí a un grupo, seis personas. Dos damas, ambas inglesas, sus doncellas, también inglesas, y su correo guía y un escolta.

En cierto modo feliz de que dicho grupo ya se hubiera marchado, el posadero asintió con cautela.

—En efecto, anoche se alojó aquí un grupo como ese.

—¿Y dónde están ahora? —preguntó el prusiano mientras entornaba los ojos.

—Se marcharon esta mañana. —Cuanto más se fijaba en el prusiano, más se alegraba el posadero de que, en efecto, se hubiesen marchado.

El prusiano elevó una mano y la mirada del posadero se dirigió hacia la moneda de oro que sujetaba entre los dedos enguantados.

—¿Continuaron viaje por el río?

El posadero debatió consigo mismo sin apartar la mirada de la moneda.

La mano del prusiano descendió y volvió a elevarse, y allí había dos monedas sujetas por el cuero gris.

El posadero asintió. El grupo en cuestión se había marchado temprano y ya estaría bastante lejos río abajo.

El prusiano dejó las dos monedas sobre el mostrador y sacó dos más. Su mirada buscó la de posadero.

—¿En qué barco?

El posadero titubeó.

—Puedo preguntar en todas las oficinas navieras y al final conseguiré la respuesta, o me la puede decir, lo cual será mucho más rápido, y usted será mucho más rico —afirmó el prusiano tras suspirar.

—El *Loreley Regina*. —El posadero hizo una mueca de desagrado.

No vio ninguna reacción reflejada en el rostro del prusiano. El hombre dejó el segundo par de monedas junto al primero, inclinó la cabeza secamente, se volvió y se marchó.

El posadero no movió un músculo hasta que la puerta estuvo cerrada. Rápidamente agarró las monedas, las examinó y las deslizó en el bolsillo de su chaleco antes de fruncir el ceño. El hombre no había preguntado en qué dirección navegaba el barco, si río arriba o

río abajo.

Siguió pensando en ello durante unos segundos más antes de encogerse de hombros, volver a agarrar el trapo de abrillantar y elegir una cuchara.

Capítulo 11

A última hora de la tarde, el *Loreley Regina* se acercó a un embarcadero en Manheim. Unas nubes de tormenta se habían estado acumulando a lo largo de todo el día sobre las orillas del río, colgando amenazadoramente bajas sobre las montañas más alejadas. La luz del día ya se estaba desvaneciendo, transformándose en un sombrío atardecer.

En la cubierta, oculto entre las sombras bajo el saledizo del tejado del puente, Rafe miraba hacia atrás, observando descender lentamente las secciones del puente de pontones que habían sido elevadas para permitirles a ellos, y a una pequeña flotilla de barcos, pasar. Julius les había anunciado que permanecerían amarrados en el muelle durante la noche y luego, tras adquirir diversas provisiones por la mañana, zarparían de nuevo rumbo al río.

Rafe había averiguado por la guía de Esme que la ciudad formaba parte del ducado de Baden y que se había quemado completamente en dos ocasiones a lo largo de su historia. Eso explicaba la moderna ciudad que se veía a través de la persistente llovizna. Su aspecto era despejado y abierto con amplias calles dispuestas en una cuadrícula regular. Descubrió los restos de los muros de la antigua ciudad rodeados por jardines públicos.

Manheim tenía el aspecto de un tranquilo lugar de descanso en el campo. Rafe dudaba seriamente que la secta se hubiese molestado en enviar a ningún miembro, ni siquiera asalariado, allí.

Hassan se deslizó en las sombras a su lado, encogido en su grueso abrigo.

—Las damas están en el salón planeando su siguiente excursión.

Rafe hizo una mueca.

—Será mejor que vaya allí para aportar un poco de sentido común.

—Yo me quedaré de guardia —contestó Hassan asintiendo.

—En cuanto sea noche cerrada, la tripulación se hará cargo de la vigilancia. —Rafe señaló el puente con la cabeza—. No tienes más que pedírselo a Julius.

Hassan volvió a asentir y se acomodó contra la pared del puente.

Rafe se dirigió hacia las escalerillas delanteras que conducían directamente al salón principal, de uso exclusivo de los pasajeros. Al llegar a las escaleras hizo una pausa, oteó el río, las orillas y la ciudad una vez más antes de bajar.

Entró en el salón y se convirtió inmediatamente en el objetivo de cuatro pares de ojos femeninos.

—Tienes los hombros húmedos. —Esme arrugó la nariz—. La niebla se está cerrando, ¿verdad?

—Y pronto oscurecerá.

—Es demasiado tarde para hacer algo esta noche —afirmó Loretta —. Mañana podemos dar un paseo mientras Julius y la tripulación cargan las provisiones.

Rafe titubeó antes de asentir.

—Eso debería ser bastante seguro. —Intercambió una mirada con Loretta antes de inclinar la cabeza hacia el grupo en general y dirigirse a su camarote.

A pesar de que ella se había mostrado de acuerdo con su decisión con respecto a ellos dos, en la medida de lo posible, la intención de Rafe era jugar sobre seguro.

El comedor del *Loreley Regina* era un pequeño camarote con paneles de madera en las paredes situado entre el salón y las cocinas. Dado que el barco llevaba menos pasajeros que el *Uray Princep*, el espacio era más reducido, más íntimo, con una única mesa de buen tamaño y unos bancos empotrados, aunque lujosamente tapizados. Dado que ambos bancos tenían respaldos, los asientos eran bastante cómodos.

La primera cena a bordo demostró que el cocinero estaba a la altura de las expectativas de Esme. Loretta sentía menos interés por la comida en sí misma, aunque había esperado emplear ese tiempo alrededor de la mesa para presentarle a Rafe las realidades de su situación, y por tanto la de ambos.

Pero estando los seis reunidos en torno a la misma mesa, decidió no sacar el tema. Si bien no tenía ningún secreto para Rose, y Gibson y Hassan no se sentirían más que ligeramente interesados en lo que ella tuviera que revelar, necesitaba la ayuda de Esme y dudaba de que su tía abuela, rodeada de todos, respondiera como ella necesitaba.

Para su alivio, la oportunidad surgió cuando, terminada la comida, se retiraron al salón. Rose y Gibson decidieron dar un paseo en cubierta, y Hassan decidió acompañarlas.

Esme se acomodó en uno de los sillones.

Loretta se hundió rápidamente en otro e ignoró a Rafe, que daba vueltas por la habitación, mientras contemplaba a Esme con el ceño ligeramente fruncido.

—He pensado en que este es el último tramo de nuestro viaje, y que pronto estaremos de regreso en Inglaterra. En mi caso, de regreso en Londres.

Esme enarcó una ceja.

—Me preguntaba, dadas las circunstancias, qué encontraré a mi regreso. A qué tendré que enfrentarme en cuanto al asunto que hizo que mi oportunidad de acompañarte en este viaje fuera tan deseable. No sé cuál será mi situación social. —Percibiendo en la mirada de Esme que empezaba a entenderlo, Loretta inclinó la cabeza—. ¿Has oído algo?

—Recibí una carta de Therese Osbaldestone en Trieste —Esme hizo una mueca—, pero no decía nada más de lo que podrías esperar, querida. Dado todo lo sucedido anteriormente, y que el año que viene cumplirás veinticinco años, los asuntos han llegado a un punto en que se espera de ti que elijas una de las opciones disponibles que, si he entendido bien, están siendo valoradas. Al parecer, existe una especie de lista.

—¿Una lista? —Loretta no se había esperado eso—. ¿De posibles candidatos?

Rafe no se había movido, pero sí escuchaba muy atentamente.

—Así es —dijo Esme—. Voy a ir al grano, igual que hizo Therese. Vas a tener que, y en caso necesario se te obligará, elegir a alguien de esa lista. —Hizo una mueca—. Por lo que dice Therese, la lista se hace más larga cada día y ya se están realizando apuestas en los clubes de caballeros sobre quién se asegurará tu mano.

—Pero… —Loretta no necesitó hacer ningún esfuerzo para mostrarse horrorizada.

—No hay ningún pero que valga. —Esme la señaló con un dedo—. En cuanto pongas un pie en Londres, estarás de regreso bajo el techo de Robert y a su cargo, y te sentarán para mostrarte esa lista, y vas a tener que elegir.

Loretta se quedó mirando fijamente a su tía abuela. La situación era mucho peor que cualquiera que se hubiera podido imaginar.

Parado junto a la puerta, Rafe se movió. Loretta y Esme desviaron la mirada hacia él.

—Voy a dar una vuelta por cubierta antes de retirarme. La tripulación se ocupará de la vigilancia nocturna en lugar de Hassan y de mí, de modo que siempre habrá alguien en cubierta, de guardia, durante toda la noche. —Aunque ese alguien no sería el.

Solo por si a Loretta se le ocurriera subir para buscarlo más tarde.

Esme sonrió y agitó elegantemente una mano en el aire.

—Gracias, querido muchacho. Que duermas bien.

Mientras se volvía para marcharse, Rafe captó la mirada de Loretta e inclinó la cabeza antes de salir de la habitación. Mientras se dirigía

hacia la escalerilla que conducía a la cubierta, no estaba seguro de qué pensar, de cómo interpretar lo que acababa de oír.

¿Hasta qué punto era desesperada la situación matrimonial de Loretta?

¿Estaba en lo cierto al creer ver cierto grado de horrorizada sorpresa en sus ojos?

En ese caso…

Rafe había estado seguro de conocer el mejor camino hacia delante para ella. Para ellos. Pero ya no lo estaba tanto.

A medida que las pisadas de Rafe se alejaban, Loretta, de nuevo contemplando fijamente a su tía abuela, sintió la necesidad de recibir una aclaración.

—¿Esa lista existe realmente?

—Bueno, tú preguntaste, querida. —Esme abrió desmesuradamente los ojos—. Y no creo que una lista o unas apuestas sean algo que la querida Therese sea propensa a inventarse.

—No. —Loretta se sintió atrapada por una sensación de consternación—. No tenía ni idea de que podría ser tan malo.

—Tal y como te he recordado hasta la extenuación, eres una Michelmarsh, querida. Las mujeres de nuestra línea son siempre consideradas altamente casaderas. Añadido a eso, si bien no eres una gran heredera, desde luego tu dote es considerable. —Esme la contempló antes de continuar—: Y no deberías olvidar que las palabras que se asocian más a menudo a las jóvenes damas Michelmarsh son «osada» y «apasionada». Para la mayoría de los caballeros, esas palabras encierran una connotación, una implicación, que va más allá de lo social.

Loretta hizo un gesto de desesperación.

—No voy a acceder a casarme con ningún caballero que ponga su nombre en esa lista.

—Por supuesto que no. Sin embargo, en cuanto a tu situación actual, creo que es mi deber recordarte uno de los grandes axiomas de la vida. —Esme captó su mirada—. Si ante ti aparece la oportunidad correcta, aprovéchala. No permitas que se te escape. Nunca podrás estar segura de que el destino, siendo tan caprichoso como es, te de una segunda oportunidad para ser feliz, no si te niegas a atrapar la primera.

Absorta en la mirada gris de Esme, Loretta comprendió lo que estaba sugiriendo su incorregible tía abuela. Y en ese caso, ella estaba totalmente de acuerdo.

—Gracias —contestó antes de encajar la mandíbula y asentir.

—No se las merece, querida mía, para eso estoy aquí. —Esme sonrió traviesa antes de ponerse en pie—. Y ahora voy a retirarme. —Hasta ellas llegó el sonido de pisadas en la escalerilla—. Y ahí está Gibson,

justo a tiempo. Buenas noches, querida Loretta…, y dulces sueños.

Loretta no reaccionó a la última recomendación. Oyó a los demás en el pasillo y vio a Rose entrar en el salón. Hablaron sobre su vestuario antes de que ella despidiera a su doncella y, lentamente, se dirigiera a su camarote.

Cerró la puerta del camarote y miró a través del ojo de buey, a la oscuridad que había al otro lado, y se preguntó cuánto tiempo les llevaría a los demás instalarse en sus camarotes y quedarse profundamente dormidos.

Una hora más tarde, Rafe seguía caminando de un lado a otro de su camarote. Tres pasos de ida, tres pasos de vuelta, cuando un leve golpe de nudillos sonó en la puerta.

Acababa de alcanzar el ojo de buey. Al volverse, vio girarse el picaporte de la puerta, luego abrirse, y a Loretta asomar la cabeza, verlo, y entrar rápidamente.

Llevaba puesto el camisón y la bata, los cabellos sueltos y unas suaves zapatillas en los pies.

Su atuendo respondió a una de las preguntas que merodeaban por su mente. Esperó a que ella cerrara la puerta y se acercara hasta él.

Deteniéndose delante de él, Loretta lo miró a la cara.

—Ya oíste a Esme. —Su mirada se volvió introspectiva, como si estuviera repasando algún discurso ensayado, antes de respirar hondo y continuar—: Entiendo tu postura, todo lo que dijiste sobre tu misión, su importancia, sus exigencias y cómo eso afecta a cualquier exploración de lo que existe entre nosotros.

Loretta se concentró en el rostro de Rafe.

—Pero no puedo esperar. —Encajó la mandíbula y buscó su mirada —. No puedo arriesgarme a perder cualquier posibilidad que tengamos de un futuro compartido al regresar a Londres sin saber lo necesario sobre nosotros. Sin haber descubierto lo que necesito saber. No estoy preparada para arriesgar el no saberlo nunca, y si eso implica correr el riesgo, aceptar la oportunidad, lanzar los dados ahora, que así sea.

Loretta intentó acercarse a Rafe, pero él la agarró por la cintura y la mantuvo a distancia.

—¿Lo que dijo Esme era verdad?

—¡Al parecer, sí! —Ella alzó las manos en el aire antes de posarlas sobre los hombros de Rafe—. Yo no tenía ni idea, pero ella me asegura que lo supo por lady Osbaldestone, ¿y por qué iba mentirle a Esme?

¿Por qué mentiría lady Osbaldestone? Pues porque era una de las mayores entrometidas de la alta sociedad. De todos modos, ¿por qué iba a mentirle a Esme? Eso era mucho más difícil de imaginar.

Mirando a Loretta los ojos, Rafe no necesitó preguntar qué deseaba

ella. Qué esperaba. Contempló el estrecho camastro y el resto del pequeño camarote. Encajó la mandíbula.

—No es así como me hubiera gustado hacerlo.

Loretta aplastó una pequeña mano sobre la mejilla de Rafe y le giró el rostro para que la mirara.

—Me da igual —aseguró mientras apretaba los labios—. Tú mismo lo dijiste, cuanto más avancemos por el Rin, mayores peligros correremos. Aquí estamos a salvo. Esta noche no hay ningún peligro. De modo que tendrá que ser ahora, tendrá que ser aquí.

—Si damos el siguiente paso… —Él respiró hondo.

—No quiero seguir discutiendo más allá del siguiente paso. No quiero considerar las consecuencias…, si esto o si lo otro. —Ella tomó el rostro de Rafe entre ambas manos y lo miró a los ojos—. Lo que quiero es que me hagas el amor, sin ataduras, sin expectativas. Quiero que sea simplemente tú y yo juntos, quiero aprender lo que podría ser, lo que podríamos tener, sincera y abiertamente, tú y yo, y nuestra pasión. Y no puedo tenerlo, no podemos tenerlo, si te empeñas en coartarnos, en rodearnos de contingencias.

Loretta respiró hondo.

—Necesito esto…, te necesito a ti. Ahora, esta noche. Y no me importan los riesgos, estoy dispuesta a correrlos y a pagar el precio que sea. —Ella le sostuvo la mirada—. ¿Lo estás tú?

Podría haber sido él. Loretta podría haber sido Temerario. Pues se dirigía directamente a ese lado de Rafe, y también al resto.

Las manos de Rafe se cerraron con más fuerza en torno a la cintura de Loretta.

—Sí —contestó mientras agachaba la cabeza.

Ella se encontró con él a medio camino.

Sus labios se tocaron, acariciaron, fundieron.

Y se perdieron.

Rafe no tenía ninguna idea de por qué parecía diferente por el hecho de que él hubiese dejado a un lado su resistencia, pero el deseo que surgió, la pasión que saltó tan ávida era prácticamente la encarnación de la necesidad. Aplacar la abstinencia, por prolongadamente forzada que hubiera sido, nunca había sido tan potente. Tan abrumador.

Loretta abrió los labios bajo los de él, invitadora, receptiva, y él los tomó. Engulló, sorbió y se dispuso a asaltar. Las manos de Loretta se hundieron en los cabellos de Rafe mientras los agarraba y le devolvía el beso, igualmente ávida, igualmente insistente.

Rafe le soltó la cintura y extendió las manos para sujetarla contra él, urgiéndola a apretarse más. Y ella lo hizo, su cuerpo de evocadoras curvas y atractivo calor femenino se deslizó antes de encajar con el suyo, en una provocación deliberada para los voraces sentidos de

Rafe.

Entre un latido del corazón y el siguiente, el deseo se encendió. La pasión estalló, ascendió, ardiente y glotona. Rafe la rodeó con sus brazos, sujetando, atrapando. Inclinó la cabeza y aumentó la intensidad del beso. Ella lo encontró enredándose las lenguas, desafiándolo flagrantemente y provocándolo. El calor ascendió en un muro que se derrumbó sobre ellos, chocó contra ellos, los llenó, los desbordó y los arrastró.

—La ropa. —Loretta tironeó del cuello de la camisa—. Llevas demasiada. —Su jadeo fue una orden, la voz cantando de deseo. Sus pechos ya dolían, sus sentidos inflamados y necesitados. Y ella lo quería desnudo.

Rafe volvió a cubrir los labios de Loretta con los suyos, encontró su lengua y acarició, chupó como si su sabor fuera una ambrosía a la que no tenía ninguna intención de renunciar jamás.

Pero sus brazos la soltaron. Incluso mientras saqueaba su boca, en un apresurado torrente de manos ansiosas y manipuladoras, los dos pelearon juntos por despojarle del abrigo, el chaleco, del pañuelo del cuello.

Rafe tuvo que soltarla y dar un paso atrás para sacarse la camisa por la cabeza.

Y Loretta aprovechó el momento para deshacerse de la bata. Los ojos de Rafe brillaron a través de las sombras inundadas de luna mientras, arrojando la camisa a un lado, alargaba las manos hacia ella.

Con los labios palpitando, ella dejó caer la bata sin importarle donde cayera y también alargó las manos hacia él.

Se encontraron en un choque de fuego sensual que dejó a Loretta tambaleándose mentalmente. Jadeó para sus adentros mientras sus manos topaban con el torso desnudo, mientras el peso y la resiliencia de los pesados músculos que lo sujetaban gritaban masculinidad a sus aturdidos sentidos, mientras su fuerza la envolvía y él tomaba el control del beso, mientras sus manos encontraban los pechos de Loretta y masajeaban.

En ese instante ella fue consciente de que habían cruzado una frontera, de que él le había tomado la palabra y había acudido a ella honestamente, abiertamente, simplemente él, ella y sus pasiones, sin ninguna reserva, sin guardarse nada, nada que mitigara la agresividad y la fuerza.

Nada que mitigara la delicia que llenó a Loretta, la certeza que se desbordó, inflamó y recorrió su cuerpo. Era suya. Él era suyo. Dos lados de una misma moneda, y era lo que ella ansiaba.

Volvió a sujetar la cabeza de Rafe entre sus manos y le devolvió salvajemente el beso, se despojó de hasta el último átomo de convencionalismo y se entregó a él, a aquello, a su ser Michelmarsh.

A un placer audaz y apasionado.

Un placer que los envolvía, que los inundaba, que se deslizaba a través de ellos provocando un insidioso calor que lamía cada milímetro de la piel desnuda. Cada milímetro de ella que él acariciaba con reverencia, cada milímetro de él con el que ella disfrutaba.

Loretta lo había llamado exploración. Para su tambaleante mente la descripción era adecuada. Pero el conductor cambió y ella quedó sumergida en largos momentos de enloquecedora sensación mientras él disfrutaba con sus pechos hasta detenerse y cerrar los ojos cuando ella, empleando los labios, la lengua y unos traviesos mordisquitos, le devolvía el placer.

Loretta nunca había pensado que podría sentirse tan libre. Tan libre para sentir, para regocijarse en lo físico, para alcanzar el placer con desinhibido abandono, para sentirse tan atraída hacia el abundante placer y deleite que obtenía a cambio.

Rafe se sentó y se quitó las botas antes de levantarse y atraerla hacia él. Con una delicadeza que hablaba de reverencia, le quitó el camisón.

Ante la insistencia de Loretta, él le permitió desabrocharle los pantalones y se apartó para quitárselos del todo.

A Loretta se le secó la boca cuando él se irguió y permaneció de pie bañado en la luz de la luna, un dios dorado, el baño de oro arrancando destellos de los delicados cabellos rubios que cubrían brazos y piernas, del más profundo marrón dorado de los cabellos rizados que se extendían por su torso antes de descender hasta la entrepierna, lanzando misteriosas sombras y atrayendo su mirada.

Los pulmones se le paralizaron y ella dejó de respirar.

Rafe se colocó delante de ella, la exuberante erección declarando su deseo. Fue ella la que se acercó, atraída. Fue ella la que cerró una mano en torno a la rígida vara y lo sintió estremecerse.

Él se acercó un poco más. Sus manos se deslizaron alrededor de las caderas de Loretta, piel contra piel desnuda. Inclinó la cabeza y volvió a tomar su boca, pero no la rechazó, no le apartó la mano, sino que le permitió reclamarlo, explorar con sus manos, dibujar y aprender…

La pasión creció con cada latido del corazón, culminando en un silencioso trueno que los arrolló y los sepultó.

Las manos agarraron, se deslizaron, acariciaron y regresaron para volver a reclamar. El rubor se extendió bajo la piel de Loretta a medida que las caricias se transmutaban en sensaciones, y las sensaciones en puro placer.

Las respiraciones aceleradas no les impidieron demorarse, deseando cada instante, prolongando cada deslumbrante segundo, bebiéndose el uno al otro.

Sin apresuramientos, sin prisa. La noche era para ellos.

Rafe jamás había sentido una fascinación como esa, como si se tratase de un territorio nuevo e inexplorado. Como si fuese la primera vez que sus dedos se hubiesen deslizado sobre el muslo desnudo de una mujer, la primera vez que hubiese agarrado y sentido la redondeada carne llenar la palma de su mano.

La inesperada novedad lo convirtió en un esclavo.

Su corazón latía con una cadencia que no reconocía, cargada de lujuria y, al mismo tiempo, deliberada y lenta. Lenta para que sus sentidos pudiesen absorber esa maravilla, el absoluto disfrute de la mujer que tenía en sus brazos.

Y debajo de la lenta danza de la posesión táctil, el calor seguía creciendo.

Y creciendo.

Hasta que, respirando entrecortadamente, ella interrumpió la hirviente conflagración en que se había convertido la fusión de sus bocas, sus dedos hundiéndose en los brazos de Rafe, su cabeza inclinada hacia atrás mientras su cuerpo se arqueaba contra el suyo de pura necesidad, deseo y súplica no verbal.

Él la tomó en sus brazos y la tumbó sobre la cama cubriéndola. Le separó los muslos con los suyos y se acomodó entre ellos. Capturó su boca con la suya, agarró sus manos y las mantuvo fijas cada una a un lado de su cabeza, sujetándola mientras el deseo estallaba, rugía, y los desgarraba.

Los asolaba.

Loretta le devolvió el beso con la misma ferocidad, con la misma tempestuosidad con la que él la besaba a ella. Su cuerpo se arqueó debajo del suyo, las caderas inclinándose en una primitivamente sugerente invitación.

Una caricia confirmó que estaba preparada.

Colocó la dolorida cabeza de la erección junto a la húmeda entrada de la vagina. Sintió las uñas de la mano liberada de Loretta arañar su espalda. Sintió su desesperación, su necesidad. Sintió su propia necesidad inundarlo.

Una embestida, y ella fue suya.

El repentino y agudo dolor la asustó. Loretta se quedó inmóvil durante un segundo, el grito ahogado por el beso. Se alzó, durante ese instante atrapada entre dos mundos, antes de que la pasión la envolviera, tirara de ella, y ella se dejara ir, se hundiera una vez más en la acalorada marea.

Su cuerpo se relajó en torno a él, aceptando la pesada intrusión, su presencia en su seno prendiendo una llama que ardía con más fuerza que nada de lo que ella hubiese sentido jamás.

La repentina tensión se suavizó y él se retiró.

Loretta sintió un llameante pánico y lo agarró.

—¡No!

Oyó una ronca risa mientras él revertía la dirección.

—Ni lo sueñes.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiaron. Las últimas palabras que ninguno de los dos fueron capaces de pronunciar.

Fuera lo que fuera para lo que su imaginación la hubiera preparado, ni se había acercado a la realidad.

Posesión. Poseer.

Dar y tomar en una oleada de calor y llamas, de agudo deseo y centelleante pasión.

De una comunión de lo físico que llegaba hasta el alma.

Y la tocaba.

Intimidad. Loretta jamás habría pensado que pudiera englobar todo eso: la cercanía, el anhelo, la vulnerabilidad.

La sensación del cuerpo de Rafe moviéndose sobre ella, el peso de él aplastándola contra el colchón, la áspera abrasión de sus velludas extremidades y pecho sobre su sensible piel, sobre sus tensos pezones, la sensible cara interna de los muslos.

La temblorosa realidad la envolvió, la sostuvo, se imprimió en ella a través de la profunda embestida de Rafe en su interior, de la instintiva contracción de su vagina, de la sacudida de su cuerpo mientras lo acogía en su interior.

Mientras lo abrazaba y disfrutaba, y se rendía y reclamaba.

El placer y el disfrute crecieron y se desbordaron, aderezados con una floreciente alegría que no se parecía a nada de lo que ella hubiese sentido jamás, una sensación mareante rallando en la euforia.

Y por encima de todo eso, las sensaciones inflamadas, presión y fricción, humedad y calor.

Empujándola hacia delante, hacia arriba, llenándola hasta que pensó que iba a estallar.

Hasta que sus nervios y sentidos implosionaron en un clímax a la vez familiar y extraño. Más profundamente, más brillante, un cataclismo de sensación que la hizo estallar, la desgarró, antes de lanzarla al precipicio.

Abierta y vacía, desnuda e indefensa, Loretta se aferró a Rafe antes de ser arrastrada en una marea de éxtasis.

Rafe apretó los dientes y cerró los ojos mientras aguantaba, pero fue incapaz de contenerse, incapaz de apartarse de ella, de no sellar el pacto implícito y entregarse a ella. Su cuerpo ya no era suyo, sino de ella. La vagina de Loretta se contraía, agarraba, se aferraba, y él se rindió.

Se hundió profundamente y, con un largo y camuflado gruñido, se liberó dentro de ella.

Rafe se derrumbó sobre Loretta, incapaz de moverse. Vaciado de

hasta la última gota de fuerza, de voluntad, de resistencia, por una sensación de gloria tan profunda que trascendía el éxtasis.

Únicamente cuando el latido de su corazón se hubo calmado, cuando su sangre se hubo enfriado ligeramente, fue capaz de reunir las fuerzas y la voluntad para moverse, para obligar a sus débiles brazos a empujar su cuerpo y separarse del de ella.

Rafe contempló el rostro de Loretta. Era el rostro de un ángel cubierto de una expresión de indisimulada felicidad. Las pestañas se agitaron y él vio el brillo de sus ojos antes de que los párpados volvieran a descender. Los labios de Loretta se curvaron.

—Maravilloso —sentenció ella mientras llevaba una mano hasta el torso de Rafe y le daba una palmadita antes de acariciarle la mejilla.

El tono de voz convirtió la sencilla palabra en oro.

Loretta se retorció. Él se apartó para que ella pudiera girarse hacia un lado, descansando la mejilla sobre la almohada de Rafe.

Era su camastro, y era estrecho, pero Rafe consiguió encajarse contra la pared, taparlos a ambos con las mantas, atraerla hacia sí y acomodar su largo cuerpo alrededor del de Loretta.

Loretta suspiró y se acomodó en sus brazos.

—Cariño —él le rozó la sien con los labios—, vas a tener que regresar a tu camarote.

—Umm —susurró ella—. Después.

Rafe la miró. Después.

Intentó obligarse a sí mismo a insistir, intentó encontrar al amante experimentado que delicadamente la habría instado a levantarse y la habría conducido hasta su propia cama.

Pero no fue capaz de encontrarlo.

Rafe permaneció tumbado, abrazándola con fuerza, y aceptó lo que ya sabía era un hecho.

No iba a dejarla marchar.

No en ese momento, no voluntariamente.

Jamás.

Loretta despertó de madrugada. Él sintió el sobresalto y disfrutó de la instantánea aceptación por parte de ella de su posición en sus brazos.

Relajándose de nuevo, ella permaneció quieta y en silencio.

Al final él levantó la cabeza y deslizó los labios por el borde de su barbilla.

—Tenemos que devolverte a tu camarote, la tripulación se levanta temprano.

Ella suspiró y se envolvió en los brazos de Rafe durante un instante antes de deslizarse fuera de la cama. Él la siguió.

Rafe se puso los pantalones y luego, ignorando el aire frío, la ayudó a ponerse la bata, después de que ella ya se hubiese puesto el camisón.

Loretta encontró sus zapatillas y deslizó los fríos pies en su interior.

Tomándola de la mano, Rafe la condujo hasta la puerta. Con la mano en el picaporte, se detuvo para mirarla.

—No quiero discutir contigo —anunció delicadamente mientras la miraba a los ojos—, pero en lo que a mí respecta, la conclusión de estas últimas horas es que vamos a casarnos en cuanto estemos a salvo en Inglaterra.

—Ya veremos —contestó Loretta mientras lo observaba.

—No hay nada que ver. —Rafe entornó los ojos—. Tú querías saber, aprender, experimentar, y yo te he dado lo que tú querías. Ahora…

Rafe se interrumpió y frunció el ceño cuando ella levantó una mano en el aire para acallarlo.

—Nada de discusiones, ¿recuerdas?

—Loretta… —insistió él mientras su expresión se endurecía.

—Me estás presionando. He aprendido, experimentado, y ahora tengo que reflexionar sobre lo que he aprendido y experimentado. —Sobre todo porque había experimentado algo más que no había esperado. Más de lo que había anticipado, y quería saber si ese elemento inesperado era lo que ella creía y esperaba que pudiera ser.

Loretta sonrió apaciguadora y le dio una palmadita en el pecho, sus dedos deteniéndose sobre la piel desnuda.

—No estoy en desacuerdo contigo, pero estás dando varios pasos de gigante y yo prefiero ir despacio.

Al ver que él se limitaba a mirarla, ella se estiró y rozó los labios de Rafe con los suyos.

—Esto no es el final, sino el comienzo. Y ahora abre la puerta.

Rafe obedeció.

Loretta pasó junto a él y se detuvo para mirarlo.

—Mi camarote está a dos pasos, no me perderé. —Permitió que el calor que todavía rodeaba su corazón impregnara su sonrisa—. Vuelve a la cama, y sueña conmigo.

Y sin más, se deslizó entre las sombras del pasillo.

Rafe permaneció junto a su puerta hasta que oyó abrirse la de Loretta y luego cerrarse.

Lentamente, cerró la puerta de su camarote y se quedó mirando los paneles de la pared.

¿Soñar con ella?

Era evidente que no iba a conseguir dormir más.

Capítulo 12

Rafe permanecía en la nave de la catedral de Mannheim y observaba el rostro de Loretta mientras ella contemplaba las vidrieras en lo alto.

Las vidrieras no tenían nada de extraordinario, nada que justificara la expresión soñadora que se había dibujado en su rostro durante toda la mañana. Cada vez que ella lo descubría mirándola, sus ojos sonreían y sus labios se curvaban, como si supiera algo, comprendiera algo, que él no.

Esa mirada, esa sonrisa, resultaba inquietante.

—Ya he visto todo lo que quería ver. —Alejándose del altar, Esme se deslizó hacia él.

Loretta se unió a ellos seguida de Rose y Gibson.

Rafe se apartó e hizo un gesto con la mano para que avanzaran. Hassan esperaba junto a la puerta principal. Rafe escaneó las capillas laterales mientras seguía a las mujeres por la nave. Aunque la tripulación del *Loreley Regina* había informado de que la noche había sido tranquila y que ni él ni Hassan habían detectado ninguna señal de sectarios, no iban a bajar la guardia.

Las damas se dirigieron hacia la entrada y Hassan les condujo por las escaleras de piedra hasta la calle. No se habían molestado en alquilar un carruaje, pues el río y el muelle estaban a un corto paseo de allí.

Esme, Loretta y Gibson se detuvieron en las escaleras, girándose para contemplar la intrincada fachada labrada. Señalaron y exclamaron antes de consultar la guía de Esme. Rose siguió la marcha, reuniéndose con Hassan en la acera.

Saliendo de entre las sombras de las fauces de la catedral, Rafe se detuvo en lo alto de las escaleras y examinó la calle. Era media mañana. No había ningún otro visitante a la vista, pero unos lugareños pasaban rápidamente por delante, concentrados en sus asuntos. Nadie merodeaba, aparte de un hombre, europeo, seguramente lugareño, de pie en la entrada de un edificio frente a la catedral, el hombro apoyado contra el muro, su porte dando la impresión de que esperaba

a alguien.

Salvo que observaba a las tres mujeres en las escaleras.

A Rafe no le resultó sospechoso. Loretta estaba espectacular con su abrigo gris oscuro ribeteado de azul y verde doncella, y un gorrito del mismo tono de azul colocado sobre sus oscuros cabellos. El abrigo estaba hábilmente cortado para ensalzar su figura. Esme también, con su exquisito estilo, seguía atrayendo miradas de admiración.

Rafe esperó a que la mirada del hombre se moviera hacia otro lado.

Pero no lo hizo. Y cuanto más miraba Rafe, más tenía la sensación de que ese hombre estaba observando concreta e intencionadamente a las tres mujeres.

Lenta y decididamente, Rafe descendió un escalón.

El movimiento llamó la atención del hombre cuya mirada se desvió hacia Rafe.

Los dos se miraron fijamente y entonces el hombre se irguió, apartó la vista, se separó de la puerta y se alejó rápidamente, lejos de la catedral y lejos del río. Rafe lo observó hasta que el hombre giró en una esquina y desapareció. Frunciendo el ceño para sus adentros, continuó bajando las escaleras hasta donde las tres mujeres concluían su análisis de la mampostería de la catedral.

Esme cerró la guía cuando él se acercó.

—Si ya habéis visto todo lo que queríais… —Rafe miró a Hassan. Por primera vez su amigo no había visto al observador. Había estado demasiado absorto hablando con Rose.

—Sí, desde luego, querido muchacho. —Esme entregó la guía a Gibson y agarró el bastón con más fuerza—. Hemos disfrutado de una mañana de lo más satisfactoria.

—En ese caso, volvamos al barco. —El instinto protector de Rafe estaba en máxima alerta. Cierto que ese hombre se había marchado, pero ¿adónde? ¿En busca de quién?

Y, sobre todo, ¿por qué les estaba observando?

¿La secta?

Sin embargo, el hombre apenas había prestado atención a Rafe o a Hassan.

Apartando de su mente el confuso enigma, Rafe pastoreó a su rebaño de regreso a los muelles. El *Loreley Regina* tenía previsto zarpar en media hora. Independientemente de la naturaleza del interés de ese hombre por ellos, ya se habrían marchado antes de que pudiera organizar algo.

Por la tarde, Esme le dio una palmadita al brazo de Rafe mientras abandonaban el ornamentado Augustinekirche de Mainz.

—Gracias, querido muchacho.

Habían viajado a un inesperadamente buen ritmo río abajo y llegado a Mainz al mediodía. Durante la comida, Esme había expresado su deseo de visitar unos cuantos lugares en la ciudad, si Rafe tenía a bien complacerla.

Él se había sentido obligado a considerarlo. Tras consultárselo, Julius le había aconsejado que, con las inesperadamente fuertes corrientes augurando una buena velocidad, y el hecho de que Rafe no deseaba llegar a Rotterdam demasiado pronto, quizás podría ser buena idea entretenerse allí, siempre que pareciera seguro hacerlo.

Aunque reticente a pasar más tiempo en tierra, donde estarían más expuestos que a bordo del barco, Rafe había accedido a la excursión. Al igual que Mannheim, Mainz no estaba situado junto a ninguna de las carreteras principales y todavía no habían visto ningún sectario por ninguna parte, ni siquiera alguna evidencia de que la secta estuviera al tanto de dónde se encontraba él.

Ya habían visitado el Marktbrunnen, una gran fuente renacentista que tapaba un pozo en la plaza del Mercado, el Mainz Dom, la catedral, y luego se habían dirigido hacia el brillante rococó del Augustinekirche.

—Richard y yo nos deteníamos a menudo en Mainz. —Esme suspiró —. Me alegro mucho de poder volver a verlo por última vez.

—Es tu viaje. —Rafe la ayudó a bajar las escaleras de la iglesia—. Y no hemos visto ninguna señal de sectarios, de modo que…

Deteniéndose en la acera mientras Esme consultaba la lista y Loretta y Gibson buscaban información en la guía, Rafe estudió el rostro de Esme y vio reflejado en su expresión el genuino placer que obtenía de los recuerdos, y decidió que, en ese caso, la decisión tomada había sido la elección correcta.

—Si seguimos por ahí —Loretta señaló un pasaje de la guía—, deberíamos llegar a las ruinas del teatro romano y la piedra Drusus.

—Te seguimos. —Rafe agitó una mano en el aire.

Las mujeres se giraron en la dirección que Loretta indicaba. Esme y ella guiaron al resto, Gibson y Rose iban justo detrás. Rafe y Hassan cerraban la comitiva.

El paseo estuvo marcado por varias pausas para admirar distintos edificios. Al final llegaron a una zona de parque en la que encontraron los muy bien conservados restos de un gran anfiteatro romano.

Aunque el día era fresco y la ligera brisa les llevaba un aire decididamente frío, las nubes de lluvia se mantuvieron alejadas. Pasaron algún tiempo explorando el escenario y las gradas de asientos de piedra y luego caminaron la corta distancia hacia la piedra de Drusus. El monumento erigido en honor del comandante romano, por sus propios hombres, estaba cercado por la relativamente recién construida ciudadela. Desgastado y estropeado, el monumento se

situaba en el borde de un patio abierto, en ese momento desierto.

Rafe y Hassan se mantuvieron apartados y observaron a las mujeres caminar alrededor de la piedra tocando reverentemente las ancestrales rocas.

—O bien Drusus era un comandante muy respetado, o… —murmuró Rafe mientras estudiaba la monumental estructura.

—O todavía no había pagado a sus hombres. —Hassan sonrió.

Intercambiaron sonrisas antes de que Rafe se cruzara de brazos y se dispusiera a esperar.

Un sonido a su derecha hizo que ambos miraban en esa dirección.

Y luego se pusieran en movimiento.

Murmurando un juramento, Rafe se lanzó contra los cinco, no, siete hombres que se acercaban con decisión a la piedra de Drusus y a las cuatro mujeres agrupadas en su base. Los hombres tenían la mirada fija en las mujeres. Cuando Rafe, desenvainando su sable, y Hassan, igualmente armado a su derecha, se cruzó en su camino, los hombres redujeron el paso. Y se detuvieron.

Los siete portaban cuchillos, casi todos con espadas cortas, pero el hombre que cerraba la comitiva llevaba un sable.

Una mirada por encima de las cabezas de los demás, hacia el último hombre, bastó para que Rafe lo reconociera como el que habían visto en Mannheim. Por su porte y la espada, Rafe habría apostado que ese hombre era un antiguo oficial de caballería prusiano convertido en mercenario.

—Estupendo —murmuró por lo bajo hacia Hassan—. Si puedes, evita matar a ninguno.

Los otros seis hombres tenían aspecto de matones locales, corpulentos y rollizos, pero parecían lo suficientemente malos y beligerantes como para ser peligrosos en una pelea.

El hombre que había estado junto al prusiano en la retaguardia, dio un paso al frente. Miró a Rafe y a Hassan y luego hizo un gesto con el cuchillo.

—Solo queremos a la mujer —habló con fuerte acento. Cuando Rafe no reaccionó ni respondió, el hombre hizo un gesto de desprecio—. No es más que una anciana. ¿Qué le debes? No sois más que sus escoltas. Dejádnosla a ella y os podéis quedar con la joven y las otras dos. Os dejaremos marchar y podréis decir que éramos demasiados para vosotros. —Hizo una pausa y su mirada se endureció—. Lo cual además es cierto.

Pero no era cierto, no en un área abierta como ese patio. Sin intercambiar apenas una mirada, Rafe y Hassan se separaron, proporcionándose mutuamente más espacio para moverse. Mientras una parte del cerebro de Rafe asimilaba el hecho de que esa banda iba tras Esme, no tras Loretta ni tras él. Temerario ya se estaba

preparando.

El prusiano reconoció el cambio en el gesto de Rafe y de Hassan.

—¡Atacad!

Como si su orden hubiese sido un empujón aplicado simultáneamente a los traseros de los otros seis hombres, todos gritaron y cargaron.

Rafe sonrió, blandió el sable y siguió el movimiento ascendente con su bota. Pelear tres contra uno requería métodos inventivos. Una patada bien colocada a un lado de la rodilla de un oponente lo dejó retorciéndose y gritando en el suelo.

Hassan se había ocupado de manera similar de otro, y eso los dejó peleando cada uno contra dos. Sus probabilidades ya habían mejorado.

Pero los atacantes se mostraban decididos. Soltando juramentos, se apartaron para luego cargar todos juntos contra ellos de nuevo. Rafe recibió su ferocidad con su propio rugido. Mientras devolvía los golpes de los cuchillos que intentaban atravesarlo, por el rabillo del ojo vio a las mujeres juntas en la base de la estatua. Tenían el rostro pálido, pero no estaban histéricas.

Devolviendo su atención a la amenaza que tenía ante él, vio al prusiano, aunque únicamente el abrigo, desaparecer al otro lado del monumento.

Rafe soltó un juramento y redobló sus esfuerzos. Rechazando momentáneamente a los dos oponentes, miró a las mujeres… y vio a Loretta, con una expresión de determinación dibujada en el rostro, agarrar el bastón de Esme.

El prusiano apareció desde el otro lado del monumento.

Loretta atacó con el bastón.

La pesada empuñadura de plata impactó en la sien del prusiano, que se tambaleó contra el monumento. Gibson y Rose se lanzaron sobre él como auténticas furias.

Rafe vio a Loretta elevar de nuevo el bastón por encima de su cabeza, pero se vio forzado a devolver la atención a los dos hombres que intentaban incapacitarlo.

Todos intentaban no matar. Rafe presionó, aterrorizado ante lo que estaría sucediendo a su espalda, a los pies del monumento.

Hassan también lo había visto. La mueca que distorsionaba su oscuro rostro era terrorífica.

Choque a choque, golpe a golpe, Rafe y Hassan anularon a sus oponentes, respondieron a sus ataques. Lo cierto era que ellos dos estaban en mucha mejor forma para luchar. Capaz por fin de arriesgarse a acercarse un poco más, Rafe sacó el cuchillo y utilizó la empuñadura para dejar inconsciente al primer oponente, y luego, por fin, al otro.

Una mirada le mostró que a Hassan solo le quedaba un oponente. Dejándoselo a él, Rafe se volvió y corrió hacia el barullo en la base del monumento.

El prusiano, con los brazos levantados para proteger la cabeza de los golpes, arañazos y bastonazos de las mujeres, lo vio acercarse. Abandonando toda defensa, bajó los brazos y agarró a Rose y a Gibson. Loretta se volvió con fuerza y lo golpeó en la cara. El hombre rugió antes de empujar con fuerza a las dos mujeres contra ella.

Que chocó contra Rafe.

Rafe cayó al suelo bajo una maraña de extremidades femeninas, pesadas faldas y enaguas. Tres cuerpos se retorcían sobre él manteniéndolo atrapado.

Desesperado, agarró a Loretta y la levantó para quitársela de encima mientras veía al prusiano dirigirse hacia Esme que, espantada, se agarraba a la desgastada piedra del monumento.

De repente, el prusiano levantó la mirada y un segundo después la volvió hacia Rafe. A continuación, se dio media vuelta y huyó.

Todavía tirado en el suelo, Rafe levantó la vista hacia atrás mientras Hassan se acercaba cojeando.

—¿Herido?

Hassan sacudió la cabeza respirando agitadamente.

—Solo es una torcedura. —Miró hacia el prusiano que se alejaba—. No se fijó. De haberse dado cuenta de que no podría seguirlo…

Esforzándose por ponerse de pie, Rafe miró a Hassan a los ojos antes de ofrecerle a Loretta una mano y levantarla del suelo. Rose ya se había levantado y ayudó a Gibson a hacer lo propio antes de correr a auxiliar a Hassan.

Loretta limpió el bastón de Esme y corrió hacia ella, con Gibson pisándole los talones y Rafe detrás.

Apoyada de espaldas contra la fría piedra del monumento, la delgada figura ligeramente encorvada, Esme tenía un aspecto repentinamente frágil. Su expresión estaba en blanco. Demasiado en blanco. La mano que ofrecía a Loretta temblaba visiblemente. Loretta la tomó, y cerró los dedos de Esme en torno a la empuñadura del bastón.

—Volvamos al barco —sugirió ella mirando a Rafe.

Rafe estaba a punto de asentir cuando un sonido llamó su atención hacia los hombres que Hassan y él habían dejado tirados en un extremo del patio. Los cuatro a los que habían dejado inconscientes habían vuelto en sí y estaban apresuradamente ayudando a los dos que tenían la rodilla destrozada a alejarse lo más rápidamente que podían entre las serpenteantes calles de la ciudad vieja.

Rafe susurró un juramento. Hassan lo miró con expresión interrogante. Malhumorado, él sacudió la cabeza.

—No, déjalos marchar.

Con la rodilla torcida, una vieja lesión, Hassan no podía moverse lo suficientemente deprisa como para darles caza, y Rafe no se fiaba de que el prusiano no estuviera vigilando, preparado para saltar de nuevo si dejaba a las mujeres al cuidado de un hombre cojo.

—Volvamos al muelle. —Miró de nuevo a Esme y tomó delicadamente su brazo.

Para cuando llegaron al *Loreley Regina*, Rafe ya había elaborado los elementos básicos de una respuesta efectiva.

Aunque profundamente conmocionada, Esme, de eso estaba totalmente seguro, poseía una voluntad de acero. Tan solo necesitaba unos pocos minutos para recuperar la compostura. Dejándola cómodamente instalada en un sillón del salón, mientras Gibson preparaba un té y Loretta frotaba las manos de su tía abuela, Rafe fue en busca de Julius. Rose se había marchado con Hassan a su camarote para atenderlo. Rafe sabía de sobra cómo arreglar la lesión de su amigo, pero sospechaba que preferiría que fuera Rose quien lo atendiera.

Tras localizar a Julius, dedicó unos minutos a averiguar lo que necesitaba saber sobre las autoridades locales, y descubrió que tenía un inesperado as en la manga. El tío de Julius era el jefe de la gendarmería local.

Julius y la tripulación se mostraron espantados de oír la noticia del ataque.

—Yo, y todos los que sean prescindibles, le acompañaremos.

Rafe aceptó encantado el ofrecimiento. En las ciudades situadas junto a los ríos, los capitanes y las tripulaciones de los barcos fluviales eran considerados prácticamente como lugareños.

—Primero necesito hablar con la señora. Vendré a buscarlo en cuanto haya averiguado todo lo que pueda.

Rafe regresó al salón y encontró a Esme muy recuperada.

Sujetaba con las manos una taza de té y lo miró a los ojos con expresión perpleja.

—Iban a por mí. ¿Por qué?

Él acercó una silla de respaldo recto y se sentó frente a la anciana.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. —Miró a Loretta, sentada al lado de Esme, y de nuevo a los ojos de la anciana—. ¿Quién podría querer lastimarte?

—No tengo ni idea. —Esme hizo una mueca.

—¿Tenía Richard algún enemigo? —Loretta se inclinó hacia delante —. ¿Alguien que pudiera no saber que está muerto?

—No, que yo sepa. —Esme tomó un sorbo de té y sacudió la cabeza

—. Y Richard solía compartirlo todo conmigo. —Después de una pausa, añadió—: Estoy segura de que cuando murió no estaba a mal con nadie.

Levantó la cabeza y miró a Rafe.

—Pero quienquiera que estuviera detrás del ataque de hoy, ¿crees que podría haber estado detrás de los demás ataques también? Incluso en Buda, ¿recuerdas? Hasta hoy hemos dado por hecho que todos los ataques que hemos sufrido estaban dirigidos contra ti, querido muchacho, pero ¿y si en todo este tiempo he sido yo el objetivo?

Horrorizada, Loretta miró a Rafe a los ojos y vio que él se estaba preguntando lo mismo.

—¿Desde el principio?

—Nunca ha habido sectarios implicados en los ataques. —Él hizo una mueca—. Supusimos que eran los responsables porque no teníamos ningún motivo para pensar que nadie más pudiera querer atacar a nuestro grupo. Pero ahora… —Inclinó la cabeza hacia Esme —. Podría ser que todos los ataques hubiesen sido instigados por otra persona.

—Pero ¿quién? —Loretta miró de Rafe a Esme—. ¿Quién querría hacerte daño?

Esme se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

Loretta miró de nuevo a Rafe.

—¿Un rescate? ¿Podría ser ese el motivo?

—Si fueran lugareños eligiendo viajeros con vistas a pedir un rescate… —Él la miró durante unos segundos antes de sacudir la cabeza—. De ser así, lo habrían hecho en la ciudad, no habrían seguido a Esme, una viajera solitaria, Danubio arriba y Rin abajo. Nos han estado siguiendo por media Europa. ¿El prusiano al que golpeaste? —se dirigió a Loretta—. Estaba en Mannheim, vigilándonos cuando salimos de la catedral.

—¿Nos ha estado siguiendo desde Buda? —Esme frunció el ceño—. Pero ¿cómo podría alguien haber sabido que yo aparecería allí?

—Creo que llevan siguiéndonos desde Trieste. —Loretta sintió que se le helaba la sangre.

Rafe y Esme la miraron fijamente.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Rafe.

—El día antes de que abandonásemos Trieste —Loretta miró a Esme —, me encontré por casualidad con Philippe en la plaza del mercado. —Se volvió hacia Rafe—. Fue nuestro correo guía desde París hasta Trieste. Allí se lio con una condesa y nos separamos. —Se volvió de nuevo hacia Esme—. Pero ese día me advirtió que tuviéramos cuidado porque había oído que unos hombres, y ninguno agradable, estaban haciendo preguntas sobre dos damas inglesas, una mayor y una joven, que viajaban solas. —Hizo una mueca—. Había unas cuantas viajeras

que encajaban con esa descripción en Trieste, y dado que nosotras nos marchábamos a la mañana siguiente, no le di mayor importancia a su advertencia. Mirando hacia atrás, esos hombres nada agradables podrían habernos estado buscando a nosotras.

—Si encontraron vuestra pista allí… —Rafe frunció el ceño—. ¿Por qué allí?

—Porque —intervino Esme— ese era el único lugar en el que todo el mundo sabía que íbamos a detenernos. El resto del viaje, tanto antes de Trieste como después, ha sido más o menos improvisado, decidido sobre la marcha. Pero yo estaba empeñada en visitar Trieste de nuevo. Aparte de París, era nuestra única parada segura.

—Y permanecimos allí durante casi dos semanas —explicó Loretta —. Teníamos cartas esperándonos, y también enviamos algunas desde allí.

—De modo que Trieste era el lugar en el que alguien en Inglaterra podría haber sabido que os detendríais —dijo Rafe.

—Sí, pero… —Esme sacudió la cabeza— no me imagino por qué nadie contrataría a unos matones para seguirme y atacarme. ¿Con qué propósito?

A la pregunta le siguió un profundo silencio antes de que Rafe respirara hondo.

—Vamos a contemplar esto desde una perspectiva diferente. Si no se trata de un enemigo como tal, ¿hay alguien que se beneficiaría con tu desaparición o tu muerte?

Esme parpadeó antes de abrir los ojos desmesuradamente.

—Aparte de mis herederos legales… —Su voz se perdió. Su expresión se detuvo y su mirada se volvió distante.

Loretta y Rafe aguardaron expectantes, las miradas fijas en el rostro de Esme.

La anciana se sacudió a sí misma de la abstracción, frunció el ceño y miró a Rafe.

—Supongo. Aunque no me lo puedo creer. —Apartó la mirada—. Necesito pensar.

Rafe siguió la mirada de la anciana hacia la ciudad que se extendía al otro lado de la ventana. Era tarde y la luz pronto habría desaparecido. Se levantó de la silla y miró a Esme.

—Mientras piensas en quién podría beneficiarse de tu desaparición o muerte, voy a la ciudad con algunos miembros de la tripulación para intentar encontrar al hombre al que Loretta golpeó. —Se volvió hacia ella—. Tu último golpe le cortó una ceja. Seguramente tendrá el ojo morado.

—Me alegro. —Loretta sonaba furibunda.

Rafe reprimió una sonrisa antes de continuar:

—Hassan se quedará a bordo con el resto de la tripulación. En el

barco estaréis a salvo.

—Cuídate tú también. —Loretta levantó la mirada.

Él la sostuvo e inclinó la cabeza y, con una última mirada a Esme, se volvió y se marchó.

Una hora más tarde, acompañado de Julius, dos miembros de su tripulación y varios gendarmes locales, además del jefe de la gendarmería, Rafe arrinconó al prusiano en la parte trasera de una taberna cargada de humo del barrio más sórdido de la ciudad.

Poco antes habían encontrado a cuatro de los lugareños que Rafe y Hassan habían herido. Con el suficiente incentivo, los cuatro habían delatado a los otros dos lugareños, incluyendo al líder del grupo. El jefe de los gendarmes se mostró encantado de tener por fin un motivo para meter a ese hombre en la cárcel. Furioso, hosco, pero sin un pelo de tonto, cuando Rafe le había preguntado, el hombre había dado el nombre de la taberna en la que debería encontrarse con el prusiano.

Tras apostar gendarmes en todas las salidas, Rafe entró en la taberna, vio a su presa en una esquina al fondo y se acercó a él.

El prusiano tenía la mirada fija en una jarra de cerveza, pero al sentir un cambio en el aire, levantó la vista. Se tensó para levantarse, pero viendo a las personas detrás de Rafe, se relajó y permaneció en el asiento.

Rafe retiró la silla frente a él y se sentó. Estudió al prusiano, evaluando el fuerte golpe y la hinchazón alrededor del ojo izquierdo. También se fijó en que los dedos del hombre se cerraban con fuerza en torno al asa de la jarra.

—Si se te ocurre lanzarme eso, me aseguraré de que los dos ojos hagan juego.

Los dos habían sido oficiales de caballería y eran más o menos de la misma estatura y envergadura. Una pelea igualada, salvo que el prusiano estaba ensangrentado y tenía una herida, mientras que Rafe no.

Pasó un tenso momento hasta que el prusiano pareció desinflarse y se dejó caer contra la mugrienta pared a su espalda.

—Me contrataron.

—Eso supuse. ¿Quién te contrató?

—¿Te crees que sé su nombre?

Rafe reflexionó sobre eso mientras estudiaba al hombre sentado delante de él. Sus rasgos eran nobles y limpios, aunque algo duros. Y alistarse en la caballería prusiana nunca había sido una simple cuestión de inscribirse.

—Sí. Eres demasiado inteligente como para trabajar para alguien a quien no puedas identificar. ¿Qué pasaría si decidieran no pagarte?

—Cierto —contestó el prusiano mientras inclinaba la cabeza y sus labios dibujaban una mueca.

—Entonces, ¿quién fue?

—Un inglés —contestó al fin el prusiano tras suspirar—. Su nombre es sir Charles Manning. Lo conocí hace años en Viena, en el congreso. Él sabía que, una vez terminadas las guerras, yo necesitaría un empleo. Hace poco contactó conmigo.

—Y te contó que lady Congreve estaba en Trieste.

El prusiano asintió.

—¿Y qué te pidió exactamente?

—Que me deshiciera de ella. Le daba igual lo que hiciera falta, siempre que no regresara a Inglaterra. Siempre que no se volviera a oír hablar de ella.

Rafe sostuvo la mirada del otro hombre. Se sintió tentado de preguntar si ya había hecho desaparecer a otras personas, pero lo que vio en los ojos grises del hombre le hizo sospechar que la respuesta no le iba a agradar. En cualquier caso…

Se apartó de la mesa y se levantó. Con una mano señaló al hombre que estaba justo detrás de él, lo suficientemente cerca como para haber oído cada palabra.

—Permíteme presentarte al jefe de los gendarmes.

Otra ventaja de que el jefe de los gendarmes fuera el tío de Julius era que comprendía los imperativos de viajar por el río. Ya habían perdido bastante tiempo en Mainz y Julius quería regresar al río lo antes posible.

Dejó a Rafe con su tío y regresó al barco.

El tío, agradecido por tener a sus prisioneros, llamó a un magistrado para que tomara declaración a Rafe. Para cuando hubo terminado y, con una copia de la información del prusiano verificada por el magistrado en el bolsillo, regresó al muelle, donde el *Loreley Regina* estaba preparado para zarpar. Julius dio orden de levar anclas en cuanto Rafe subió a bordo.

Deteniéndose junto a la barandilla, Rafe observó al barco alejarse del muelle, observó alejarse lentamente por la popa las agujas de la ciudad. Sintió cómo las corrientes se volvían más fuertes y, rápidamente, se izaron las velas y el *Loreley Regina* ganó velocidad.

Cerró los ojos durante unos segundos y respiró el aire más limpio, saboreando la punzante brisa fresca. Abrió los ojos, se giró y bajó al salón.

Esme seguía sentada donde la había dejado, mirando por la ventana hacia las orillas que pasaban ante ellos. En lugar del té que había estado tomando poco antes, en esos momentos bebía a sorbos una

copa de *brandy*.

Loretta también estaba allí, de pie delante de otra ventana, pero se volvió y lo miró con una expresión interrogante en los ojos.

Rafe asintió ligeramente antes de desviar su atención a Esme. Acercándose a ella, se sentó en la silla de respaldo recto que tenía delante. Cuando la mujer se movió para mirarlo y enarcó una ceja a modo de pregunta, él contestó:

—Me imagino que conocerás a un caballero que responde al nombre de sir Charles Manning.

—De modo que es él. —Ella hizo una mueca—. Era el único que se me había ocurrido que podría tener el corazón lo suficientemente negro como para hacer algo así.

—El prusiano dijo que Manning lo contrató para deshacerse de ti. Dio instrucciones específicas de que jamás regresaras a Inglaterra, y que no se volviera a oír hablar de ti.

—Qué horror. —Loretta se dejó caer en el sillón junto al de Esme y fijó la mirada en el rostro de su tía abuela—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Por dinero. —La mirada de Esme se volvió dura como un ágata—. ¿Por qué si no? —Tomó otro sorbo antes de explicarse—: Yo me interpongo en su camino de conseguir un montón.

—¿De qué manera? —preguntó Rafe.

—Hace años se creó una empresa, en una época, hace décadas, cuando aparecían fábricas por todas partes. —Esme volvió a tomar otro sorbo—. Las empresas que dirigían las fábricas, de toda clase, necesitaban alojamiento para sus trabajadores. Su idea del alojamiento solía estar más bien en la línea de un cuchitril. Sin embargo, en varias ciudades, esta empresa, Argyle Investments, compró tierras no lejos de las fábricas y construyó unas cabañas decentes para vivir. Dado que la empresa estaba dirigida por unos caballeros que, digamos, tenían cierta influencia, las fábricas fueron persuadidas para hacer lo correcto y pagar para que sus empleados vivieran en estas cabañas de mejor calidad. Las fábricas pagaban a Argyle Investments y los trabajadores conseguían un techo decente sobre sus cabezas.

—¿Argyle es dueña de las cabañas? —preguntó Rafe.

Esme asintió con expresión distante, como si estuviera contemplando el pasado.

—Durante muchos años todo fue bien. De hecho, en lo que respecta a las factorías y sus trabajadores, todo sigue bien. Sin embargo, dentro de Argyle Investments los años produjeron cambios inevitables. Para resumirlo, al principio no había más que cien acciones en la compañía. Estaban repartidas a partes iguales entre los diez caballeros visionarios que la habían fundado, siendo Richard uno de ellos. Con el paso de los años, a medida que esos caballeros pasaban a mejor vida,

sus acciones fueron repartidas entre los herederos, algunos de los cuales las vendieron. Richard compró algunas. Y los accionistas originales restantes compraron otras. Hace poco más de un año, los cuatro accionistas originales que aún permanecían vivos descubrieron que sir Charles Manning mostraba interés por la empresa. Había conseguido reunir una cartera de cuarenta y seis acciones, convirtiéndose en el accionista principal. Y como tal, convocó una reunión para informar al resto de los accionistas originales de un increíble acuerdo que había firmado con una empresa que deseaba construir una nueva fundición. A cambio de una de las mayores extensiones de cabañas que posee Argyle, la empresa estaba dispuesta a pagar una impresionante suma de dinero.

Los labios de Esme dibujaron una mueca.

—Por desgracia, sir Charles no se había informado bien o, más bien, había decidido ignorar lo que había averiguado. Los fundadores de Argyle jamás habían tenido intención de que la empresa obtuviera beneficios de tal magnitud. Los beneficios que se han conseguido a lo largo de los años o bien han sido reinvertidos en mejoras en las cabañas o en comprar tierras para construir más. Pero sir Charles no estaba interesado en cabañas de trabajadores. Si el dinero se hubiera destinado a relocalizar a los trabajadores obligados a abandonar sus cabañas, quizás se habría conseguido algo, pero no, sir Charles insistió en que el dinero de la venta debería ser repartido entre los accionistas. Un retorno de capital invertido, en varios sentidos.

—Supongo que los demás accionistas se opusieron —sugirió Rafe.

—De un modo implacable. Según me contó Richard, tras una retahíla de juramentos de proporciones bíblicas, Manning salió de la habitación prometiendo que tomaría el control de la empresa de un modo u otro. —Esme suspiró antes de bajar la mirada hacia su copa—. Richard murió un mes más tarde. Desde luego, no hubo ninguna conexión, ya llevaba tiempo apagándose. Sin embargo, Manning lo vio como su oportunidad. Vino a verme a Escocia.

Con una fría sonrisa en los labios, Esme apuró la copa.

—Apenas acababa de enterrar a Richard y Manning ya estaba allí con una oferta para comprar las acciones. No me cabe duda de que su idea era engatusar a la desconsolada viuda y marcharse de allí con Argyle en el bolsillo.

—¿Y? —Rafe sintió que sus propios labios se curvaban.

—Le hice dar media vuelta con total firmeza. Entre otras cosas, le dije que el infierno se congelaría antes de permitirle poner las manos sobre las acciones de Richard. —Esme sonrió—. Resultó de lo más satisfactorio.

Durante una prolongada pausa no hubo más que silencio.

—¿Por qué tú? —preguntó Rafe al fin—. ¿Por qué elegirte a ti y tus

acciones en lugar de las de cualquiera de los otros?

Esme levantó un dedo en el aire

—¡Ah! Ahí se comprueba la astucia de ese hombre. Los otros tres accionistas tienen únicamente herederos masculinos que piensan igual que sus padres, y que continuarán conservando Argyle tal y como está, mientras sea posible. Los herederos conocen los deseos de sus padres y los honrarán. De modo que hay veintinueve acciones fuera del alcance de Manning.

—¿Y necesita cinco más? —preguntó Loretta.

—Y ahí es donde entran en juego las veinticinco acciones que yo controlo ahora —dijo Esme y miró a Loretta—. Esas acciones ahora son mías. Richard me las legó, confiando en que yo me asegurara de que sus votos fueran los correctos. Cuando yo muera, mis herederos sois tú y tus hermanos. Todo el mundo sabe que yo no tengo más parientes. Vosotros sois cinco. Manning cuenta con que cada uno de vosotros recibirá cinco acciones. En eso tiene razón.

—De modo que si hubieras muerto en este viaje —intervino Rafe—, entonces Manning habría conseguido cinco oportunidades distintas para hacerse con las acciones que necesita.

Esme asintió y su mirada regresó a Rafe.

—Y dada la presente situación con respecto al futuro de Loretta, todas las especulaciones que se están produciendo en la alta sociedad, sospecho que Manning tiene un profundo interés en quién conseguirá la mano de Loretta. Supondrá que el exitoso candidato controlará esas acciones.

—¿Estoy en lo cierto al asumir que, con respecto a eso, no tiene razón? —Rafe la miró a los ojos.

—Cómo me gustas, querido muchacho. —Esme sonrió—. Y sí, estás en lo cierto, Loretta controlará las acciones que va a heredar de mí, al igual que sus hermanas. De modo que, junto con Robert y Chester, van a tener que afilar su ingenio y sentarse en la mesa del consejo para asegurarse de que se tomen las decisiones correctas. Los demás accionistas originales estuvieron de acuerdo con mi opinión de que la perspectiva femenina no vendrá nada mal.

Rafe supuso que no se habían atrevido a oponerse.

De nuevo se produjo un silencio. Loretta y él intercambiaron miradas antes de reclinarse en sus asientos. Él se imaginó que, al igual que él mismo, Loretta intentaría digerir todo lo que acababa de averiguar para definir la mejor manera de continuar.

Esme, sospechaba, estaba ligeramente achispada.

Al fin llegaron Rose y Gibson para ayudar a sus respectivas señoras a cambiarse para la cena.

Rafe se levantó de la silla y miró a Esme.

—Una cosa, ¿qué probabilidades hay de que Manning persevere?

Para su sorpresa, la mirada de Esme era clara y aguda.

—Todo lo que sé de él indica que lo hará, cada vez con más insistencia. Sin embargo, hay algo que juega a nuestro favor, un asunto sobre el que debo reflexionar más antes de discutirlo.

Rafe frunció el ceño, le ofreció su mano y la ayudó a ponerse en pie.

—¿Qué asunto?

—Bueno, querido muchacho —Esme lo miró con los ojos muy abiertos—, con ese prusiano en la cárcel y casi ninguna probabilidad de que se comunique con él, hasta que averigüe lo contrario, Manning supondrá que estoy muerta.

Capítulo 13

Más tarde, aquella noche, Rafe miraba por la ventana del salón, contemplando las luces de Bingen con una copa de *brandy* en la mano. El *Loreley Regina* había atracado en el muelle de la ciudad justo antes de la cena.

El tiempo era demasiado inclemente como para caminar por la cubierta, azotada por aguanieve y un gélido viento. Se alegró de haber acordado con la tripulación que hicieran ellos las guardias nocturnas, pues eso le permitía a Hassan y a él descansar decentemente de noche. Y después del día que habían pasado, se sintió doblemente agradecido por ello.

Loretta entró en el salón y él se volvió, enarcando una ceja cuando se reunió con él.

Esme había comido poco y se había levantado de la mesa anunciando que se retiraba de inmediato. El hecho era lo bastante inusual como para preocuparlos a todos. Loretta había acompañado a su tía abuela hasta el camarote principal.

—Está descansando en la cama. No durmiendo, sino pensando —anunció Loretta tras suspirar y detenerse al lado de Rafe—. Cuando le pregunté si había algo que tuviera ganas de ver en Bingen, contestó que lo pensaría más tarde, que tenía decisiones más importantes que tomar antes. Yo le pregunté qué decisiones eran esas y me contestó que ya me lo diría, y a ti también, por la mañana. Después me echó del camarote. —Los labios de Loretta dibujaron una mueca—. Me dijo que la mejor manera de ayudar sería distrayéndote a ti.

Rafe bebió un sorbo de *brandy* y enarcó las cejas antes de desviar la mirada de nuevo hacia la noche.

—¿Tienes alguna idea de qué puede tener en mente? —preguntó después de una larga pausa.

—No. Pero debería advertirte que, de todas las damas decididas e independientes que conozco, Esme es la más extravagante de todas.

Loretta no tenía ni idea de qué estaba pensando Esme, sobre qué

tenía que decidirse, pero la posibilidad de que la decisión de su tía abuela pudiera afectar a su tiempo con Rafe, el tiempo que podría aprovechar para explorar la naturaleza de su conexión antes de llegar a Inglaterra, la espoleó para ponerse en movimiento.

Día a día. Noche a noche.

Cuando el barco se sumió en el silencio, Loretta, vestida con el camisón, la bata y unas zapatillas, se deslizó una vez más fuera del camarote principal y avanzó por el oscuro pasillo hasta la puerta de Rafe.

Levantó una mano para golpearla con los nudillos.

La puerta se abrió y Rafe apareció en el umbral. Le agarró una mano, y tiró de ella hacia el interior antes de cerrar la puerta.

—No hagas ruido —susurró Rafe volviéndose hacia ella. La había estado esperando, anticipando el momento, y por eso había estado escuchando atentamente—. He oído a alguien más en el pasillo. —Alguien que había entrado en la habitación de Hassan al otro lado del pasillo.

—Yo no he visto a nadie. —Loretta se acercó a él.

Sin una dirección consciente, las manos de Rafe se deslizaron por la cintura de Loretta mientras ella se pegaba más a él y le rodeaba el cuello con los brazos. Desde luego que la había estado esperando. Su cercanía, su calor, la promesa que encerraba la delgada figura al inclinarse contra él, espoleó su hambre. El Temerario que llevaba dentro ronroneó.

—He estado pensando. —A través de las sombras, ella buscó su mirada—. Necesito explorar más.

Eso también se lo había esperado Rafe.

—Con la condición de que admitas una cosa. —Sosteniéndole la mirada, él la empujó contra la cama—. Por lo que a mí respecta, es como si fuésemos novios. Prometidos dirigiéndonos hacia el altar.

—¿En serio eso crees que somos? —Ella enarcó las cejas altivamente.

—En mi opinión, tú tomaste tu decisión. —Rafe se detuvo ante la cama, sin apartar la mirada de sus ojos—. Aceptaste mi proposición anoche.

—Entiendo. —Loretta le sostuvo la mirada y sus labios dibujaron una sutil curva.

Pero Rafe no lo entendía. No tenía ni idea de qué estaba pasando por la mente de Loretta. Esa mente intensamente femenina y por tanto impredecible.

—Siempre que accedas a eso, podrás explorar todo lo que desees.

Ella ladeó la cabeza. Tras otro desesperante momento durante el que lo estudiaba atentamente, respondió:

—No estoy accediendo, pero tampoco estoy en desacuerdo. Como te

dije anoche, ¿o fue esta mañana?, estás yendo demasiado deprisa. Necesito tiempo para ponerme al día.

¿Qué se había esperado Loretta? No lo llamaban Temerario sin motivo. Pero la compulsión para decretar su relación como decidida, estable, acreditada y reconocida surgía de un imperativo más profundo. Y él lo sabía.

—¿Ponerte al día? —Rafe alargó una mano y tiró del cinturón de la bata para abrirla.

—Necesito tiempo para explorar, para aprender y ver, y llegar a mi propia conclusión por mí misma, a mi propio ritmo.

Rafe no necesitaba más exploración. No necesitaba contemplar más profundamente sus propios motivos, sus propias emociones, para saber que, independientemente de lo que pudiera encontrar allí, en realidad no quería saberlo. No quería tener que enfrentarse a esa realidad.

No si podía evitarlo.

—Exactamente, ¿qué estás buscando y cuánto tiempo tienes intención de negar el acuerdo? —preguntó él con la mandíbula encajada mientras deslizaba las manos por el interior de la bata y le rodeaba la cintura antes de, irresistiblemente tentado, continuar sobre la fina tela del camisón que cubría seductora las caderas, las curvas. Apretando las manos un poco más, la atrajo hacia sí.

Loretta volvió a curvar los labios y se acercó, cerrando con fuerza los brazos alrededor de su cuello y levantando el rostro hacia él.

—Anoche fue un comienzo, una especie de primer acto. Estoy buscando algo más que una simple repetición, estoy buscando una experiencia más amplia, más extensa. Una mayor profundidad, una mayor intensidad, un compromiso más profundo, más en todos los aspectos.

Rafe lamentó haber preguntado. Temerario no necesitaba más estímulos. Pero la respuesta de Loretta le había dado una idea para una estrategia, un modo de convertir la exploración en una ventaja para él. Podría utilizarla para apoyar su propia causa.

—En cuanto al tiempo —continuó ella—, en este viaje estamos fuera de nuestros mundos habituales. No veo motivo alguno para tener que decidir nada hasta que regresemos a esos mundos al final del viaje.

—No estoy de acuerdo. Seguimos siendo nosotros, no somos personas diferentes.

—Habla por ti —insistió Loretta con dulzura sin apartar la mirada de él y antes de estirarse para besarlo.

En esa ocasión, Rafe la siguió, o por lo menos le hizo creer que ella mandaba. Se aprovechó de la ventaja de la descarada invitación que ofrecían los labios separados y se hundió en la dulzura de su boca. Se tomó su tiempo para disfrutar el sabor, para deleitarse teniéndola de nuevo en sus brazos.

Permitió que el deseo creciera, aunque lentamente.

El cuerpo de Loretta se sentía firme y suave bajo sus manos, la columna ligeramente arqueada mientras se apretaba contra él. Los pechos acomodados en el torso, los finos muslos caldeados por los de él, el estómago acunado por la desenfrenada erección.

Él se dijo a sí mismo que debería ir despacio, que debería saborear y alargar el momento…

Para así poder atraparla.

Para permitir que el deseo aumentara y creciera, que la pasión impregnara el intercambio tan lentamente que ella se deslizara en su jaula sin darse cuenta. Sin darse cuenta de que el deseo y la necesidad podían atar con la misma firmeza que las emociones.

Que el hambre podía convertirse en una adicción.

Rafe esperó hasta que ella dio el siguiente paso, hasta que, inmersa en el beso, con tan poca disposición como él para interrumpirlo, bajó los brazos y se quitó la bata. Rafe la ayudó a arrojarla a un lado, dejándola caer.

Y la recibió encantado de nuevo en sus brazos. Inclinó la cabeza y la atrajo más profundamente hacia el calor del beso.

Hacia el lentamente creciente torbellino de la pasión y el deseo. Hacia el danzante remolino del embriagado placer de sus sentidos.

Cuando la tuvo girando, le acarició la espalda dibujando los músculos, esculpiendo las curvas de sus caderas y el trasero. Tomó con una mano ahuecada una de las rotundas redondeces y la urgió a pegarse aún más a él, inclinó sus caderas para poder, lentamente, moverse sugerentemente contra ella, el movimiento cargado de descarada pasión, aunque absolutamente, incuestionablemente, controlado.

Bajo sus órdenes.

Suyo para lo que quisiera, para que lo tomara, para lo que deseara.

Suya para ofrecérselo.

Loretta deseaba, ansiaba, se moría por más. Por el contacto piel con piel con Rafe. Por la embestida de su cuerpo dentro de ella que la evocadora presión de la erección contra su firme estómago presagiaba.

Deslizó las manos desde la nuca hasta tomar su rostro, y lo besó, su lengua enredándose con la de él, acariciando, seduciendo, animándolo sin palabras, pero si él no se apresuraba, ella no iba a obligarle. Eso era lo que quería, exactamente lo que necesitaba. La oportunidad para estudiar, evaluar, examinar y averiguar lo que empujaba a Rafe. La oportunidad de averiguar qué emociones podía sentir en sus caricias, impregnando cada una de ellas con un oculto significado.

Cuando una rugosa mano se deslizó entre ambos cuerpos y ascendió hasta tomar osadamente su pecho, los sentidos de Loretta dieron un brinco. Con igual osadía, ella apretó la inflamada carne contra la

palma de su mano, y contuvo un escalofrío de puro placer cuando él cerró esa mano y amasó.

No había nada vacilante en esa caricia. Rafe jugueteó y acarició con experimentada intención antes de dibujar, a través de la fina tela del camisón, círculos alrededor de sus pezones hasta que los dos estuvieron duros y tensos, y entonces tomó uno de ellos entre el pulgar y un dedo y apretó… hasta que ella interrumpió el beso y jadeó.

Loretta inclinó la cabeza hacia atrás y sintió bascular sus sentidos, sintió curvarse los labios a medida que los botones del corpiño se desabrochaban con la ayuda de unos largos, fuertes y experimentados dedos. Levantó la cabeza y desde debajo de unos pesados párpados observó el rostro de Rafe mientras le abría el camisón hasta el ombligo.

La pasión ya estaba grabada en los rasgos de Rafe, el deseo impreso en su expresión. Pero había más que ver, que sentir, en el peso de la mirada azul verano mientras le abría más el camisón y dejaba expuestos los pechos desnudos. La débil luz de la luna bañaba a Loretta. Él la contempló durante un momento, medido por el fuerte latido de su corazón, antes de subir las manos, tomar los pechos y poseerlos.

Posesión. Mientras sus párpados se cerraban ante la dolorosa oleada de placer, Loretta lo anotó entre los motivos de Rafe. Sus deseos.

Él inclinó la cabeza y posó sus labios sobre la acalorada y dolorida piel, y la despojó de todo sentido común.

Haciéndola girar. Ella se agarró a la cabeza de Rafe, todo pensamiento disolviéndose a medida que la sensación, salvaje y primitiva, se alzaba en una ola que se estrellaba contra ella. La empapaba antes de regresar ante el ardiente tirón de la boca de Rafe sobre su pezón.

Una desgarradora sensación la atravesó. Y luego se retiró mientras él lamía y chupaba.

Pero únicamente para regresar de nuevo, más fuerte, más ardiente, en la siguiente ola de veneración de Rafe. Llegando a la cima con un jadeo, las rodillas aflojándose, Loretta se agarró a él, agradecida por el fuerte brazo que se cerraba con más fuerza alrededor de la cintura, sujetándola mientras la ola resultante se extendía y se hundía en ella, esparciendo calor y una palpitante necesidad bajo su piel, y más profundamente hasta su seno.

Despertándola.

La intención de Loretta había sido observarlo a él, averiguar qué sentía y por qué, pero de repente se vio a sí misma con unos ojos diferentes, unos ojos abiertos por la pasión, por un hambre demasiado visceral para ser negado.

Cierto, ella lo deseaba, dentro de ella, enterrado hasta la empuñadura en ella, pero quería, tal y como le había dicho, esa experiencia más profunda, esa mayor intensidad.

El instinto insistió. Loretta no estaba segura de por qué, pero lo quería así, sin restricciones, desenfrenado, desatado.

Se preguntaba cómo podría llevarlo a ese punto, cuál sería el camino, cuando él levantó la cabeza y volvió a besarla, hundiéndose descaradamente de nuevo en la dispuesta boca. Volvió a conquistar, lánguido y seguro, antes de apartarse y murmurar, el aliento una embriagadora caricia sobre los palpitantes labios de Loretta:

—¿Te quedarás desnuda bajo la luz de la luna por mí?

—Sí. —La palabra salió de la boca de Loretta antes de haberlo pensado—. ¿Por qué? —preguntó.

Los labios de Rafe regresaron a los de ella, que ya estaba casi convencida de que no iba a contestarle, cuando él se apartó y dibujó un camino de besos por su barbilla.

—Porque me muero por verte —susurró junto a su oído—. De conocerte… así.

Mientras pronunciaba las palabras, Rafe se irguió y levantó la cabeza. Sus manos se cerraron sobre los hombros de Loretta y deslizaron el camisón abierto hacia abajo.

Ella abrió los párpados y lo miró a los ojos. Atrapada en la desnuda pasión que vio en su mirada, bajó los brazos y permitió que el camisón se deslizara por ellos, sintió la tela descender en una sugerente caricia por su espalda. Rafe seguía el camino del camisón con sus manos, acariciándole las caderas y empujando la prenda hasta el suelo.

Después se apartó ligeramente.

La tormenta había pasado, llevándose con ella las nubes. La luna navegaba libre en el cielo invernal, su luz cada vez más fuerte. Entrando por el ojo de buey a su derecha, los rayos de luna jugaron sobre su cuerpo desnudo.

Debería tener frío, pero no era así.

La mirada de Rafe la caldeaba mientras, con una lenta deliberación, supervisaba atentamente lo que había quedado expuesto. Como una caricia de gasa, esa mirada se deslizó sobre los hombros desnudos, sobre los pechos, tensos e inflamados, pesados con el crecientemente familiar dolor. Sin disimulo, la mirada se deslizó por su diafragma, sobre la curvatura de su cintura, sobre su estómago y rápidamente por sus piernas hasta los pies, para lentamente regresar hasta descansar en los oscuros rizos que ensombrecían en el ápice de sus muslos.

Con el aliento tenso en el pecho, sus ojos, toda su atención, estaba fijada en él, sintiéndose como una preciosa pieza de porcelana o alguna criatura surgida del más fino cristal, algo tan delicado y raro, y exquisitamente hermoso, que ella, su cuerpo, poseía por sí mismo el

poder de exorcizar a Rafe.

Él, su mirada, todo lo que Loretta vio en su rostro, le hizo sentir… poderosa.

La tensión que embargaba a Rafe, el deseo que oscurecía sus ojos, eran una revelación. La posesión y algo más vivían en su rostro, mostrándose abiertamente ante ella. Junto con algo más, algo más parecido a la adoración y la reverencia, algo esquivo que ella sintió en su caricia, que llamaba a su corazón y a su alma.

Durante un instante, bajo la titubeante luz de la luna, Loretta casi pudo tocarlo.

Entonces, Rafe se movió.

Hacia ella, aunque sin hacer ningún movimiento para agarrarla. En cambio, levantó una mano y posó la yema de un dedo sobre el hombro de Loretta antes de dibujar perezosamente su curva y seguir hacia abajo, dejando un rastro de fuego bajo su piel, sobre los pechos, el costado, lentamente bajando por su cuerpo…

Loretta se rompió. Cerró la distancia entre ellos y le rodeó el cuello con sus brazos arrojándose contra él para besarlo.

Apasionadamente.

Con una exigencia que Rafe sintió hasta en la planta de los pies.

Sus sentidos empezaron a dar vueltas ante el contacto. Sus manos se cerraron en torno a la cintura de Loretta, pero antes de poder siquiera recuperar el aliento, ella se apartó.

—Ahora tú —le ordenó.

En otras circunstancias, a Rafe le habría hecho gracia, pero el deseo había aumentado la firmeza de Loretta.

—Como quieras. —Fue lo único que él consiguió contestar, con la voz tan áspera que se preguntó si ella entendería las palabras.

Tampoco esperó Loretta a escucharlas, pues ya estaba peleándose con el cuello de la camisa mientras que él se ocupaba de los puños y, echándose hacia atrás, se la sacaba por la cabeza.

Antes siquiera de tener las manos libres, ella se lanzó hacia los botones de la cinturilla del pantalón.

—Primero las botas. —Él la detuvo, agarrándola de las manos.

Le llevó menos de un minuto deshacerse de las dos botas mientras ella prácticamente se retorcía de impaciencia. En cuanto Rafe se irguió, los pequeños dedos de Loretta agarraron el último botón de la cinturilla y la soltaron.

El pantalón se abrió y la erección saltó libre, orgullosa, plena.

La mirada dibujada en el rostro de Loretta lo distrajo, la pura fascinación que marcaba sus rasgos le hizo parpadear para sus adentros.

Con la mirada fija en el objeto de su interés, ella señaló distraídamente los pantalones.

—Quítatelos.

El obedeció, dando gracias a los astros por haber tenido el buen sentido de soltar el cierre de los tobillos poco antes, de modo que lo único que quedaba por hacer era deslizarlos por una pierna y luego la otra.

En cuanto volvió a erguirse, ella alargó una mano y la cerró sobre la erección.

Una mirada a su rostro, a la expresión en sus ojos, obligó a Rafe a cerrar los suyos y a reprimir un gemido.

Los dedos de Loretta se aflojaron antes de deslizarse, mientras la otra mano se unía a la primera.

Exploración. Aprendizaje.

Cada músculo tensado como el hierro, amarrado bajo una inflexible fuerza de voluntad, Rafe le permitió curiosear. Con los dientes apretados y la columna rígida, alzó la cabeza y soportó los delicados roces, las suaves caricias.

De repente se dio cuenta de que ella lo miraba, al rostro, mientras seguía acariciando y luego apretaba ligeramente.

Él abrió los ojos de golpe, lo suficiente para poder ver…

Alegría. Fascinación. Placer.

Ella lo vio mirarla y sonrió, la sonrisa de una virgen llena de secretos, ansiosa, antes de soltar una mano del turgente miembro, levantarla y, sin soltar la palpitante erección con la otra mano, acariciarle el hombro, el pecho, dibujar adorables rastros hasta el tenso botón de un pezón.

Rafe no aguantó más y alargó las manos para sujetarle los brazos y atraerla hacia él.

Sintió la sorpresa de Loretta como si fuera suya, esa indescriptiblemente erótica sacudida de sensaciones cuando el cuerpo femenino desnudo se encontraba con el masculino desnudo también.

Loretta temblaba con una creciente y ardiente anticipación. Había deseado, necesitado aprender, y estaba aprendiendo. Sintiendo, experimentando, viendo.

Comenzaba a saber, a comprender, pero mientras se fundía en sus brazos, en él, sentía la sensualidad de su cuerpo deslizarse contra el de Rafe mientras, con una mano todavía cerrada sobre su erección, se estiraba contra él, le rodeaba el cuello con el otro brazo y le ofrecía sus labios, queriendo aún más.

Loretta le ofreció su boca y él la tomó. La saqueó.

Toda restricción había desaparecido, sin embargo, Rafe seguía teniendo el control. Sabía lo que hacía, tenía demasiada experiencia en eso como para lastimar a Loretta de alguna manera, y aun así la pura fuerza de sus manos, el modo en que amoldaba su cuerpo tan flagrantemente contra el suyo y la mecía en su mano, le resultaba a la

vez emocionante y amenazador.

Ella había acudido a él, se le había ofrecido, descaradamente animándolo a tomar… Y eso iba a hacer. Iba a tomar lo que quisiera de ella, a poseerla físicamente, a llenarla y hacerla suya.

Loretta no podía esperar. Sentía el compulsivo latido en su sangre, juraría que también lo sentía resonar en él. A través del beso, a través de la sugerente y provocadora zambullida de la lengua de Rafe, a través de sus osadas y explícitas caricias, a través de sus roces que ya no eran delicados, sino decididos, tuvo una idea de lo que estaba a punto de suceder.

Una de las manos de Rafe soltó el trasero de Loretta y se deslizó sobre la acalorada y humedecida piel hasta situarse entre ambos cuerpos, apretada contra el estómago de ella antes de empezar a juguetear con los rizos, abrirse paso y llegar al fondo.

Comprobó la ardiente humedad entre sus muslos.

Y la dejó tambaleándose sensualmente, jadeando a medida que, con la presión exacta, la caricia perfecta, el roce perfecto, le provocaba un incendio de feroz necesidad. El horno interno de Loretta bostezó, vacío, incandescente y dolorido.

Necesitando. Deseando…

Rafe le agarró la muñeca y apartó la mano de su miembro. Interrumpió el beso y con el mismo aliento la agarró de las caderas y la levantó.

—Rodéame con tus piernas.

Antes de haber terminado de pronunciar la frase, ella ya lo había hecho. El instinto la tenía firmemente sujeta, una ancestral anticipación fascinaba sus nervios, elevando y tensando ante la flexión y el deslizamiento de la piel desnuda, ante la exquisita abrasión de las piernas más duras y velludas contra su sedosa piel.

Rafe la sujetó contra él, sus rostros prácticamente al mismo nivel. Con la mirada clavada en la de ella, la bajó ligeramente, de modo que la palpitante carne entre los muslos se abriera y lentamente descendiera sobre la inflamada cabeza de la rampante erección.

Ante el primer contacto, Loretta se estremeció, abrió los ojos desmesuradamente y contuvo la respiración a medida que él se introducía en su interior, adentrándose con firmeza más profundamente mientras la empujaba hacia abajo. Ella volvió a contener la respiración ante un sollozo, mientras sus sentidos se astillaban lentamente al sentirlo llenarla, duro y pesado, y tan real. Estremeciéndose en la cima del placer, ella se aferró mientras él se introducía en el cuerpo ya rendido.

Rafe se introdujo los últimos milímetros, asentándose plenamente dentro de ella. Y fue más, una sensación más clara, más dura, más implacable, una posesión aún más innegable.

Un gemido se estremeció en su garganta. Tragándolo, desde debajo de los pesados párpados, Loretta se obligó a sí misma a mirar a Rafe a los ojos, a mirar profundamente en esos ojos oscurecidos por el deseo y ver… la mandíbula encajada mientras levantaba sus caderas.

Mientras la levantaba hasta que casi se salió completamente de ella, antes de hacerla descender de nuevo, hundirse de nuevo en su interior y llenarla otra vez, estirándola mientras de los labios de Loretta escapaba un sonido de rendición y de súplica.

Rafe lo oyó. Lo comprendió. Agarrándole con fuerza las caderas, la volvió a levantar y de nuevo la hizo descender, estableciendo un ritmo, un ritmo que ella descubrió que era incapaz de controlar. Lo único que podía hacer era rodearle el cuello con los brazos, agarrarse y permitirle llenarla, provocarle placer, a voluntad de Rafe.

Como él quisiera, como él deseara…

Y así lo hizo.

El placer ascendió en una ardiente oleada que la empapó, la inundó y la llenó, y aun así él continuó despiadadamente presionando la potente combinación de deseo y placer, de pasión y posesión, sobre ella, dentro de ella, a través de ella.

Hasta que Loretta pensó que iba a morir, borracha de una gloria sin adulterar.

Que su cuerpo implosionaría bajo el beso de la sensación, bajo el torbellino de estimulación táctil y las emociones subyacentes que, con cada ardiente respiración, con cada potente embestida, no hacían más que inflamarse y crecer.

Los dos jadeaban, respiraban entrecortadamente, los pulmones ardientes. Atrapados en la conflagración de las pasiones compartidas. Ciega y sorda, ella se aferró a Rafe, consciente únicamente del palpitante ritmo, de la acelerada e inmisericorde carrera hacia la conclusión.

Unas garras de acero la atraparon, lo atraparon a él, y los obligaron a continuar.

Desesperada, Loretta se forzó a abrir los dos pesados párpados y vio un destello de azul bajo las pestañas de Rafe. Vio la misma anhelante desesperación que sentía ella, la misma ansia salvaje reflejada en su rostro, en los ásperos rasgos.

Cerrando una mano sobre la nuca de Rafe, ella se acomodó y lo besó. Aplastó sus labios contra los de él, aplastó su cuerpo contra el de él y deliberadamente se hundió con fuerza mientras él empujaba hacia arriba. El cambio en el ángulo fue el detonante.

Rafe alcanzó un punto dentro de ella que le hizo gritar. Un placer cortante la atravesó, quebrando su debilitado contacto con la realidad, lanzándola hacia arriba y hacia fuera, hacia un vacío sin rasgos distintivos, disparando sus sentidos, desenredando sus nervios

mientras ella ascendía sobre una cresta de placer casi violento.

Hundiendo profundamente los dedos, echando la cabeza hacia atrás, el cuerpo un tenso arco, Loretta gritó sin emitir sonido alguno.

El éxtasis entró en erupción, manando desde el punto en el que estaban unidos ambos cuerpos. Ascendió y se desbordó, arrastrándola del pináculo de la fracturada necesidad hacia un inexplorado mar de maravillosa, dorada, saciedad.

Rafe se agarró a ella, aguantó, pero fue incapaz de negar la llamada de Loretta, fue incapaz de contenerse ante las ondulantes contracciones de su vagina, el canto de sirenas que despiadadamente lo urgía a avanzar…

Ella era el placer, ella era la vida. Ella era la promesa de todo lo que él jamás había soñado que podría tener, la materialización de su futuro.

Con la cabeza inclinada y los músculos tensos, Rafe sujetó las caderas de Loretta, inmovilizándolas, y se hundió profundamente, gimió y sintió cómo se le escapaban las riendas.

Y las soltó, sujetando a Loretta con fuerza. Se hundió hasta el fondo en su cuerpo con las piernas de Loretta abrazándolo, se rindió y le permitió tenerlo, le permitió tomarlo y poseerlo como él la poseía a ella.

Permitió que el círculo se cerrara. Lo sintió encajar.

Rafe se estremeció al reconocer el cambio, la capitulación, la realidad, al sentir el conocimiento hundirse en sus huesos.

Ella era suya y él era suyo, y nada salvo la muerte podría separarlos ya.

Pasaron largos minutos. Lo único que Rafe oía era su respiración entrecortada y la más floja y sibilante de ella.

Lo único que sentía era la dorada postrimería del placer, el embriagador brillo del éxtasis que se desvanecía.

Loretta permanecía inane en sus brazos, floja y acalorada. Él se había dejado caer sobre la cama sin dejar de abrazarla.

Al fin ella se movió e intentó débilmente, infructuosamente, retirarse.

Haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba, Rafe la levantó de encima de él y la tumbó sobre la cama, y se pegó a ella amoldándose a su cuerpo mientras tiraba de las mantas para tapar a ambos.

Permaneció tumbado a su lado mientras el sueño los atrapaba.

Más o menos una hora después, Rafe emergió de las cálidas alas del sueño, como solía hacer habitualmente, a tiempo para abandonar la cama de la dama y encontrar la suya para descansar el resto de la

noche.

Salvo que…

Abrió un ojo, y vio un delicado hombro color marfil satinado asomando de un rasgado velo de oscura seda, y se relajó. Con sus sentidos alcanzó el cuerpo envuelto en sus brazos, registrando su calor y suavidad, y entonces permitió a sus piernas volver a caer como el plomo.

Cerró los ojos mientras para sus adentros sonreía satisfecho.

Pues estaban en su propia cama y no tenía ningún deseo de permitir que esa dama, su dama, se marchara, no hasta que el amanecer tiñera el cielo y se viera obligado a hacerlo.

Rindiéndose al placer que seguía empañando su mente, permitió que sus pensamientos vagaran libres.

Se preguntó fugazmente qué progresos había hecho, si el interludio de la noche había fortalecido las ataduras sensuales con las que intentaba amarrarla a él. Lo suficiente como para que ella aceptara su propuesta sin más discusiones. Y eso llevaba a la pregunta de qué había sucedido y de dónde estaban en ese momento. De qué había cambiado.

No necesitó de mucha reflexión para revelar la incómoda verdad.

Quizás había conseguido cautivarla más, pero no sin coste.

Ignorar la verdad, la realidad de lo que sentía, se acababa de volver inconmensurablemente más difícil.

Capítulo 14

—He tomado una decisión y nada me hará cambiar. —Sentada en uno de los sillones del salón, Esme levantó la vista hacia Rafe.

Él estaba de pie delante de ella, su mente hecha un lío ante la reciente revelación.

—Estaré perfectamente a salvo, querido muchacho. —La anciana frunció ligeramente los labios y señaló a la rolliza monja sentada en el otro sillón—. Puedes confiar en que la querida Henny se asegurará de ello.

La querida Henny, Henrietta Wimplethorpe, al parecer una vieja y querida amiga de la infancia de Esme, y en esos momentos abadesa de un convento cercano, sonrió angelicalmente. Con sus suaves cabellos rubios y mejillas sonrosadas, se parecía más a Helga, la santa patrona de su convento, Hildegard de Bingen.

Mesándose los cabellos, Rafe decidió que la segunda alusión era la más apta. Había una agudeza detrás de esos brillantes ojos azules que lo contemplaban. Que lo evaluaban.

—Esme tiene razón. —Hildegard, Henny, le ofreció su brillante sonrisa—. El convento es inexpugnable, ha resistido asedios, intrusos y toda clase de ataques durante siglos. Y todavía conservamos el lugar cerrado a cal y canto. Se trata de una comunidad cerrada que —miró a Esme— parece ser justo lo que necesitáis.

—Y os irá mucho mejor sin mí, querido muchacho. Sobre todo en este último tramo en el que vais a tener que viajar más deprisa y seguramente esquivar, serpentear y huir para evitar la persecución de la secta. A mi edad, todo eso está más allá de mis posibilidades.

—Pero… —Rafe no sabía muy bien por qué estaba discutiendo. Esme tenía razón en cuanto a que su relativa falta de movilidad podría convertirse en un problema cuanto más cerca estuvieran de Inglaterra. Aun así…

Como si pudiera leerle la mente, la anciana continuó imperturbable:

—Tú mismo lo dijiste, es posible que Manning insista, que descubra que el prusiano fracasó y que tenga otro villano en su nómina para lanzarlo contra mí. En esta penúltima etapa de tu misión, no puedes

permitirte la distracción de tener que defenderme contra los matones contratados por Manning.

—Es que…

—Es que en Buda aceptaste el encargo de proteger a Esme, y tu honor y lealtad hacen que te muestres reticente a soltarlo. —Henny habló con la autoridad de alguien acostumbrada a guiar a otros—. Es totalmente comprensible, desde luego. Sin embargo, en este caso, tendrás que plegarte a la llamada de tu devoción, completar con éxito tu misión debe ser prioritario a todo lo demás.

Rafe sostuvo la mirada de Henny, vieja, sabia y muy segura, y tuvo que reconocer que una abadesa sabría incuestionablemente todo lo que había que saber sobre la devoción.

Respiró hondo y se obligó a sí mismo a inclinar la cabeza. Intentó no pensar en qué significaría para Loretta y para él aceptar el plan de Esme. Separarse en ese momento, después de la noche anterior, y la anterior, después de haberse dado cuenta en las silenciosas profundidades de la noche cuando había despertado encontrándola en sus brazos… La mera idea le provocaba una dolorosa punzada en alguna parte de su interior.

Apretó los labios y desvió la mirada hacia Esme mientras luchaba contra el impulso de contemplar a Loretta, sentada en el asiento de ventana a su derecha. Y asintió.

—De acuerdo. Hassan y yo te acompañaremos hasta el convento y luego continuaremos solos.

—No, no, querido muchacho. —Esme abrió los ojos desmesuradamente—. No me has entendido bien. Únicamente Gibson y yo permaneceremos aquí. Loretta y Rose deben seguir camino contigo.

—Eso es… —«Es perfecto», susurró Temerario para sus adentros—. No es posible. —Miró a Henny—. Sería una situación altamente inapropiada.

—Irregular, quizás, pero nada fuera de lugar. —Henny frunció los labios—. Y en este caso, teniendo a Rose a su lado, la reputación de Loretta no correrá ningún riesgo. —La monja lo miró y parpadeó—. A fin de cuentas, las circunstancias son bastante complicadas.

—Pero… —Rafe volvió a deslizar una mano entre sus cabellos—. ¿Qué posible motivo podría haber para que Loretta continuara viaje, en lugar de esperar aquí contigo?

—Pues —contestó Esme, su tono de voz sugiriendo que estaba explicando lo obvio—, sin Loretta para atestiguar mis deseos, ¿cómo te imaginas que iba yo a poder insistir a mi hombre de negocios para que actuara en contra de Charles Manning? La querida Henny está dispuesta a proporcionarme un refugio seguro por el momento, pero no puedo, por mucho que adore a Henny, permanecer en el convento

para siempre. Estaré a salvo para marcharme cuando haya desaparecido la amenaza que supone Manning, y para conseguirlo habrá que persuadir a mis representantes para que actúen en mi ausencia.

Rafe apoyó las manos en las caderas y contempló a la anciana.

—Podrías entregarme una carta exponiendo tus deseos, que quieres que tu gente responda a la situación tal y como yo la describa.

—Ya he escrito esa carta, querido muchacho, pero hablo por experiencia cuando te digo que, si no es Loretta, de mi carne y hueso, y además una de mis herederas, la que se presente ante él afirmando inequívocamente que, en efecto, yo escribí esa carta y que representa mis deseos, Heathcote Montague no moverá un dedo. Pues cuando yo estaba intentando gestionar las cosas desde Escocia, ese hombre tan testarudo hizo todo el viaje hasta las Highlands solo para confirmar que las cartas que estaba recibiendo eran mías y que representaban correctamente mis deseos. Ese hombre es la definición de la cautela cuando se trata de los negocios de sus clientes. Me atrevería a decir que por eso goza de tan buena consideración.

Rafe era incapaz de detectar otra cosa que no fuera una tranquila certeza en la mirada de Esme. Decía la verdad, por lo menos era su verdad. No se atrevió a mirar a Loretta para comprobar cómo se estaba tomando las maniobras de su pariente.

—Además —intervino Henny mientras miraba a Loretta—, ese convento no es lugar para una dama joven y activa. —Devolvió la mirada a Rafe—. Como he dicho, somos una comunidad cerrada. Nadie nos visita y casi nunca salimos fuera. Todo eso está muy bien para Esme, sobre todo dado que ella y yo tenemos que ponernos al día. Pero para Loretta…, en una semana se estaría subiendo por las paredes, y su Rose con ella.

Al fin Rafe miró a Loretta.

Desviando la mirada de Henny, ella sostuvo la mirada a Rafe. Tras unos segundos de silencio, se encogió de hombros.

—A no ser que tengas algún motivo muy fuerte en contra, al parecer, Rose y yo seguiremos viaje contigo.

Loretta comprendía las reticencias de Rafe. Ella también se sentía rota. Viajando en un carruaje alquilado, tras despedirse de Esme y de Gibson en el convento de Henny, situado en las profundidades de unos bosques a poca distancia de Bingen, todavía sentía las emociones encontradas.

Por un lado, se sentía inmensamente aliviada de poder continuar el viaje con Rafe, entre otras cosas, después de lo que había pasado entre ellos, y más aún de lo que esperaba que fuera a pasar y que estaba casi

segura de que averiguaría si lo presionaba con la suficiente fuerza, en cuanto había surgido la posibilidad de quedarse en el convento, una pregunta se había formado, gritando, en su mente: ¿y si volvían a herir a Rafe?

Era muy consciente del calor del corpulento cuerpo sentado a su lado en el carruaje. ¿Quién seguiría curándole el brazo, aplicándole pomada y volviéndolo a vendar? Algo que se mostraba poco dispuesto a hacer él y que había que recordarle constantemente. Si no lo hacía ella, ¿quién lo haría? ¿Podía confiar en que Hassan se mantuviera firme ante la irritabilidad de Rafe?

En cuanto a la perspectiva de que le sucediera algo peor…, cosa que ella se negaba a contemplar. De eso nada.

El alivio que había sentido cuando Esme había insistido en que ella siguiera viaje con él había sido intenso.

Pero tampoco le gustaba tener que abandonar a Esme.

Henny había llegado justo después del desayuno en respuesta a una nota que Esme, al parecer, había enviado con un correo la noche anterior, requiriendo asilo. Gibson ya tenía el equipaje preparado.

Después de la conversación mantenida en el salón, no tenía ningún sentido demorarse. Tal y como había señalado Esme, ya habían pasado más tiempo en Bingen de lo que Julius había pretendido, y el barco necesitaba ponerse en marcha.

Rafe, Hassan, Rose y ella habían acompañado a Esme, Gibson y Henny de regreso al convento. Delante de las puertas se habían abrazado y besado, Esme había insistido en hacer agacharse a Rafe para poderlo besar también en la mejilla. Después había entrado con Henny. Loretta se había quedado junto a Rafe agitando una mano hasta que la puerta del convento se había cerrado, separándolos de Esme.

Esme ya estaba a salvo, tanto como podría estarlo, y eso también suponía un alivio. Durante sus viajes, Loretta se había encariñado profundamente con su extravagante e incorregible tía abuela.

Aunque el cielo estaba cubierto, las nubes permanecían altas y la lluvia no había hecho aparición. El día no era tan frío como el anterior, era un buen día para viajar.

—Ya estamos. —Rafe se inclinó hacia delante cuando el carruaje ralentizó la marcha, y abrió la puerta saltando al muelle.

Siguiendo su costumbre, echó una ojeada a su alrededor antes de volverse y ofrecerle una mano a Loretta para ayudarla a bajar. Dejó a Hassan la tarea de bajarse del carruaje y ayudar a Rose mientras él conducía a Loretta al lugar en el que el *Loreley Regina* se mecía en el muelle con la tripulación esperando, ansiosa por zarpar.

—Espero que esté bien —murmuró Loretta mientras él insistía en ayudarla a subir la pasarela.

—Esme es una superviviente. Seguramente distraerá a Henny, pero… —posaron un pie en cubierta— en cuanto haya completado mi misión, me dirigiré a Londres, me reuniré con su señor Montague y luego creo que le haré una visita a sir Charles Manning.

Dirigiéndose hacia la proa, Loretta se volvió y miró a Rafe.

—Eso sería muy amable por tu parte.

—Es lo menos que puedo hacer para recompensarte por las muchas cosas buenas que la intervención de tu estimable pariente me ha traído. —Rafe se encogió de hombros mientras buscaba la mirada de Loretta.

Mirándolo a los ojos, ella leyó el mensaje que encerraban y le ofreció una sonrisa cómplice mientras se detenía junto a la barandilla para contemplar alejarse los tejados de Bingen.

A primera hora de la tarde iniciaron el descenso por el tramo del río conocido como el cañón del Rin. El río viró hacia el norte y, donde hasta entonces las orillas habían sido franjas de prados bajos que se dirigían hacia las colinas y montañas cercanas, de repente los acantilados se alzaban directamente desde el agua a cada lado. El río discurría entre ambas orillas con creciente fuerza, produciendo pequeños remolinos junto a las rocosas costas y empujando el barco en inesperados oleajes.

Julius y la tripulación se enfrentaron a los desafíos con una mezcla de aplomo y disfrute, comprobando y recolocando las velas, cambiando constantemente la posición para navegar a salvo sobre las corrientes. Para ellos, guiar el pequeño barco fluvial a través de aguas turbulentas era como un juego, uno que disfrutaban y estaban seguros de ganar.

De pie junto a la barandilla de la proa, al lado de Loretta, Rafe observaba el río correr junto a ellos. Las sombras de los acantilados los engullían. Aunque la altura ofrecía ventajosos puntos de observación para vigilar a los barcos que navegaban río abajo, se movían demasiado deprisa para permitir realizar un ataque directo. Rafe sospechaba que ese día y el siguiente, mientras avanzaban a toda velocidad por el cañón, sería su último tramo de relativa seguridad.

Que hubieran conseguido llegar tan cerca de Inglaterra sin sufrir ningún enfrentamiento con la secta se debía enteramente a su sabiduría al decidir viajar por los ríos, junto con una considerable dosis de buena suerte. Sospechaba que esa suerte se acabaría en cuanto llegaran a Bonn, si no antes.

Sin embargo, hasta entonces, si acaso sus años en el Ejército le habían enseñado algo, era que la vida era demasiado corta como para desperdiciar los buenos momentos.

Desvió la mirada al rostro de Loretta y estudió su perfil.

—¿Tu familia se traslada al campo en Navidad o permanece en la ciudad? —preguntó. Quería saberlo, pues la respuesta sería relevante más adelante.

—Normalmente nos reunimos en casa de alguna de mis hermanas —contestó ella mientras lo miraba brevemente—. Una está en Berkshire y la otra en Oxfordshire. Me pregunto si ya habrá nevado —añadió mientras contemplaba los acantilados.

—Estamos a quince de diciembre, podría ser.

—Has estado años en la India. —Ella lo miró mientras él se inclinaba sobre la barandilla—. ¿Tienes ganas de vivir una blanca Navidad?

—Pues sí —contestó Rafe tras reflexionar y enarcar las cejas—. Hace mucho tiempo que no paso la Navidad en familia. La idea de una Navidad nevada me lleva de vuelta a esos días.

—Tienes hermanos y hermanas, al igual que yo. ¿A qué jugabais en Navidad?

Intercambiaron anécdotas, algunos recuerdos familiares claramente atesorados, otros demasiado inesperados y particulares como para ser considerados otra cosa que no fueran experiencias personales. Muchas eran reveladoras, pero, aunque los dos se dieron cuenta de ello, ninguno reculó. Intercambiaron observaciones, recuerdos de niñez en Inglaterra y Navidades ya muy lejanas mientras el río los empujaba más profundamente al interior de su cañón, entre los acantilados cubiertos de árboles que se elevaban a ambos lados.

Rafe fue quien vio el primer castillo. Encantada, Loretta fue en busca de la guía que Esme le había dejado y la abrió.

A medida que el barco avanzaba, se inclinaba, se ladeaba y seguía hacia delante, ella leyó en el libro mientras Rafe hacía de vigía, escaneando las alturas en busca de torres de piedra y almenas.

—¡Mira! —Señaló él—. Esa es la roca Loreley.

Loretta miró el enorme afloramiento que sobresalía en la orilla derecha y frunció el ceño.

—Pensé que sería más… impresionante. ¿Estás seguro de que es esa?

—Julius me la describió —dijo él.

Estudiaron la roca, asimilaron la pesada y vigilante presencia mientras el barco seguía el curso del río describiendo un amplio arco alrededor de su base.

—Debe de ser la leyenda lo que le proporciona su importancia —concluyó Loretta—. Sin ese caché no parece tan singular.

En ese momento, Julius se asomó desde el puente y gritó.

—Vengan adentro —los llamó—. Suban aquí. El siguiente tramo es peligroso.

Sin soltar la barandilla, avanzaron rápidamente hasta el puente. Subieron dos peldaños y se encontraron con Julius en el centro ante el timón, con dos tripulantes vigilando el río atentamente desde las dos esquinas delanteras del puente.

—¡Agárrense! —gritó Julius sin apartar nunca la mirada del río ante él.

Agarrándose al saliente de una ventana y mirando al frente, Rafe vio la superficie del río ondularse y revolverse. Aunque el agua a cada lado del barco parecía más tranquila, Julius dirigió el barco hacia las peligrosas corrientes.

El barco se inclinó y Loretta perdió el contacto con el pomo de la puerta. Antes de caerse, Rafe la agarró y la atrajo hacia él, un brazo alrededor de su cintura, la espalda contra su pecho. La sujetó con firmeza mientras el barco se bamboleaba, basculaba y seguía hacia delante.

—El canal para barcos es muy estrecho por aquí —les explicó Julius —, es la parte más peligrosa del río. —Bruscamente, tiró de la rueda del timón, enderezando el barco que se escoraba violentamente, pero cuando un miembro de la tripulación señaló y gritó, Julius hizo girar el timón en sentido contrario.

Bajo sus expertas manos, el *Loreley Regina* saltó y se bamboleó, pero en su conjunto continuó hacia delante.

—Por suerte —continuó Julius—, el paso es corto y rápido. No dura mucho.

Tanto mejor. Loretta dio gracias porque la cosa no fuera peor. Y agradeció también el brazo de Rafe que la sujetaba. Se relajó contra él, consciente de que era lo suficientemente fuerte como para sujetarla, y que lo haría, aunque sus pies perdieran el contacto con el suelo.

El calor que atravesaba el abrigo y llegaba hasta ella también resultaba reconfortante.

Reconfortante y tranquilizador.

El *Loreley Regina* perdió velocidad y un minuto después navegaba firme, estable, de nuevo hacia delante.

Dieron las gracias a Julius, que sonrió y les hizo un saludo, y luego regresaron a la cubierta delantera.

De nuevo ante la barandilla de proa, se les unieron Hassan y Rose.

—Estábamos en el salón —informó Rose a Loretta—, pero la tripulación nos advirtió. Ha sido bastante movidito.

Delante de ellos, los acantilados se apartaban del río dejando una estrecha franja de tierra lo suficientemente ancha como para que se asentaran pequeños pueblos en ambos márgenes.

—Eso es St. Goar. —Con la nariz enterrada en la guía, Loretta señaló hacia un grupo de casas en la orilla izquierda. Por encima de la

ciudad, el espesamente arbolado acantilado estaba coronado por un castillo—. Este libro no menciona ese castillo. Pero a la derecha tenemos St. Goarhausen.

Todos estudiaron la pequeña ciudad mientras el barco se deslizaba ante ella. Rafe y Hassan tomaron nota e hicieron comentarios sobre la torre defensiva cuadrada que montaba guardia hacia un extremo de la ciudad.

—Y eso —Loretta siguió mirando al frente y señaló un castillo, pasada la ciudad, asentado en el punto en el que el acantilado regresaba al río— es Burg Katz.

El castillo apareció lentamente en su campo de visión mientras bordeaban la siguiente curva del río. Era un edificio de considerable tamaño que dominaba esa parte del río, ofreciendo hacia el sur una clara visión de la roca Loreley y otra similar hacia el norte a lo largo del siguiente tramo.

Rafe y Hassan especularon sobre las implicaciones militares de su posición.

El barco continuó navegando. La luz desaparecía y las sombras se alargaban mientras se instalaba el anochecer invernal. Mirando al frente, Loretta señaló otro castillo, todavía más grande, encaramado sobre una cumbre algo alejada del río.

—Creo que eso es Burg Maus.

—¿Burg Katz? ¿Burg Maus?

Rafe la miró. Cuando ella enarcó las cejas, él le explicó:

—Significa «castillo Gato», «castillo Ratón». —Sonrió—. Me pregunto qué sentido tendrá eso. ¿Se apellidaban realmente las familias Gato y Ratón, o aluden los nombres a otra cosa?

La pregunta dio pie a algunas respuestas muy ingeniosas.

—Ahí está. —Levantando la mirada de la guía que había estado consultando en busca de alguna aclaración sobre los verdaderos orígenes de la nomenclatura de Gato y Ratón, Loretta se giró y miró de nuevo al castillo que se alzaba por encima de St. Goar en la orilla opuesta—. Ese es Burg Rheinfels.

—Por lo menos ese nombre tiene sentido —observó él.

Rafe se apartó de la barandilla de proa y miró hacia atrás, fijándose en que las velas del barco habían sido arriadas. Que, en efecto, el barco había reducido su velocidad.

Como si fuese una respuesta a la pregunta que había formulado en su mente, el traqueteo de la cadena del ancla llegó hasta sus oídos.

Julius bajó del puente y se acercó a ellos.

—Nos detendremos aquí a pasar la noche. Es un lugar tranquilo y, dado que no necesitamos nada de la ciudad, no hay necesidad de atracar allí. —Miró a Rafe a los ojos—. Hay demasiados bancos de arena e islas sumergidas como para navegar con seguridad los canales

de noche.

—¿Cuánto nos estamos alejando del tiempo previsto?

—A partir de aquí el río es rápido y nuestro camino veloz. —Julius sonrió—. Todavía deberíamos poder llegar a Rotterdam el día diecinueve, tal y como quería.

—Bien. —Rafe contempló las nieblas que se elevaban del río una vez desaparecida la luz del día, y se volvió hacia Loretta, Rose y Hassan—. Bajemos a calentarnos.

Por sus cálculos, disponían de esa noche y, con suerte, la siguiente antes de encontrarse con la secta y de que la tensión provocada por su misión aumentara exponencialmente. Habían gozado de una increíble suerte y no se hacía ninguna ilusión de que esa suerte durara mucho más.

De regreso al salón, Rose se acomodó para coser en un sillón al fondo de la habitación. Hassan se dejó caer en el sillón más cercano. Rafe los dejó charlando tranquilamente y siguió a Loretta hasta el par de sillones de proa. Reflexionó sobre la información que le había proporcionado su reciente conversación sobre sus respectivas niñeces y esperó, mientras ella se sentaba, para hacer lo propio en el otro sillón y regresar al mismo tema.

—Háblame de tus hermanas y hermanos, ¿cómo son sus vidas?

Cuanto más averiguara sobre Loretta, sus antecedentes, su familia, mejor situado estaría para asegurarse de que su petición de mano no tropezara con alguna resistencia innecesaria.

—Robert es el mayor —contestó ella de buena gana—. Él y su esposa, Catherine, viven en Londres. Tienen tres hijos.

Describir la vida familiar de sus hermanos casados los llevó vívidamente a su mente. Cuanto más hablaba, más recordaba Loretta y más buscaba comunicar, más veía, más comprendía, más claramente entendía qué estaba buscando.

Qué quería de la vida. De un esposo, de su futuro.

Qué quería de Rafe.

Nadie que conociera a sus tres hermanos casados y sus cónyuges podría dudar de que cada pareja estuviera ligada por una emoción más profunda que un mero afecto. Incluso Robert y Catherine compartían un lazo más profundo.

Hasta entonces, Loretta no había definido, ni siquiera en su propia mente, por qué había rechazado la decisión de Rafe de que ambos deberían casarse. Por qué seguía apartándose, manteniéndose al margen, de esa decisión.

Una decisión que, a Rafe le gustaba insistir, ella ya había tomado.

Pero no lo había hecho, y daba igual lo que él pensara, Loretta sí tenía alternativas.

Si al final del viaje ella regresaba a Londres, a casa de Robert y

Catherine, y descubría que la presión social para elegir un esposo había crecido demasiado, buscaría refugio en casa de alguna de sus otras hermanas en el campo. Ellas la cobijarían, Y si ese viaje le había enseñado algo era que no le había faltado coraje cuando lo había necesitado. No estaba en su naturaleza provocar dificultades sobre asuntos que no le importaban, pero, si le importaban…, había descubierto que su impulso era actuar. Se retiraría de la sociedad hasta alcanzar la edad de veinticinco años y ser declarada oficialmente una vieja matrona, una solterona. Después, la presión para casarse se esfumaría en gran parte, y ella podría continuar con su vida como había sido antes, escribiendo sus reseñas y divirtiéndose ejerciendo de tía con sus sobrinos.

Ya se había sentido feliz con su vida anterior, y volvería a sentirse igual. Una felicidad menor de la que habían reclamado sus hermanas y cuñadas, pero ya se adaptaría a las circunstancias.

De modo que su vida alternativa era real. Estaba allí, esperando a que ella la reclamara si así lo deseaba.

Antes de conocer a Rafe, esa alternativa había sido la primera y, en su mente, la única opción disponible. Pero en esos momentos, mientras hablaba, estudiaba a Rafe. Él se inclinaba hacia delante, absorbiendo todo lo que ella transmitía, haciendo preguntas que por su propia naturaleza revelaban una comprensión inherente de las interacciones entre hermanos.

Estudiando sus ojos, las limpias líneas de su rostro, ella admitió que esa primera opción había caído claramente al segundo puesto.

Lo que en esos momentos ocupaba el primer lugar, lo que englobaba su más ardiente deseo para su vida futura era… una relación con Rafe que abarcara ese mismo elemento de profunda conexión que sus hermanos disfrutaban con sus parejas.

Instintivamente, intuitivamente, era lo que ella había estado buscando en sus interacciones físicas. Una pista, alguna idea, de que él y ella podrían poseer en su interior ese ingrediente necesario para un lazo más profundo. Sabía que lo que buscaba recibía el nombre de amor, pero esa palabra describía un conjunto mucho más amplio de sentimientos y reacciones que parecía mejor no enfocar.

Mejor buscar la evidencia de su existencia. De sus sombras, por así decirlo.

Y por eso Loretta había empezado a buscar, y estaba decidida a seguir buscando. Lo que había encontrado hasta entonces no era concluyente. Podría ser que lo que ella buscaba estuviera allí, en el corazón de Rafe y en el suyo propio, pero no tenía la suficiente experiencia como para estar segura. Todavía no.

Pero si lo que buscaba estaba allí, entre sus prioridades, dedicarse a la tarea de revelarlo, de confirmarlo, fortalecerlo y protegerlo, era

claramente la única decisión razonable que podía tomar.

Ladeó la cabeza y miró a Rafe a los ojos.

—¿Y qué hay de tus hermanos y hermanas? ¿Están casados y tienen familia también?

—Así es —Rafe frunció los labios y se reclinó en el sillón—, pero llevo fuera tanto tiempo… Volver al redil será como adentrarme en un mundo desconocido.

—¿Y en la India? ¿Estabas unido a alguna otra familia inglesa allí?

—Vivía sobre todo en barracones o en los alojamientos para solteros de Calcuta y Bombay —contestó él mientras sacudía la cabeza—. Entre batallas, Hassan ejercía como mi… mayordomo, supongo que podría decirse así. Durante los primeros años pasábamos mucho tiempo en el campo de batalla, extinguiendo revueltas y cosas parecidas, y luego asegurando las rutas comerciales para las caravanas de comerciantes. Y durante los últimos meses, cuando nos trasladamos a Bombay, pasamos todos los días persiguiendo a la Cobra Negra y la secta.

Loretta abordó el tema desde todos los ángulos que se le ocurrieron, pero la respuesta era siempre la misma. Rafe no tenía ninguna experiencia en la vida matrimonial, en la clase de vida que podrían tener sus contemporáneos, en la que inspirarse. El concepto de lo que ella buscaba podría ser un absoluto misterio para él.

En consecuencia, prescindió de cualquier idea de preguntarle directamente qué sentía por ella, aunque el que él no supiera cómo era el amor, la clase de amor que se aplicaba al matrimonio, no lo excluía de ninguna manera de sentirlo.

La responsabilidad de descubrir claramente si el amor podría ser la primera piedra de un matrimonio entre ellos descansaba exclusivamente sobre sus hombros.

Cuando la oscuridad se había cerrado del todo y se levantaron para cambiarse para la cena, Loretta se dirigió hacia el camarote con la firme decisión de insistir. De desenterrar la verdad, por el bien de ambos.

Después de cenar, un momento bastante tranquilo desde que solo eran cuatro a la mesa, se dirigieron al salón y, ante la sugerencia de Rafe, disfrutaron de varias partidas de *whist*. Para sorpresa de Loretta, Rose demostró unas considerables dotes. Cuando le preguntó, la doncella reveló que, en la habitualmente tranquila casa de Robert, los empleados se habían aficionado al juego para llenar las veladas.

Pasó una hora antes de que, por consenso general, se retiraran a la cubierta inferior y a sus camarotes.

Pero no a sus camas.

En su camarote, junto a la sala de estar del camarote principal, Loretta, todavía completamente vestida, se preguntaba si sería lo suficientemente osada como para invitar a Rafe a su cama y, en caso afirmativo, si ponerse el camisón o no, cuando el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose despacio llegó a sus oídos.

Acercándose a la puerta del camarote, la abrió una rendija y oyó cerrarse despacio una puerta del camarote principal, la que daba al pasillo.

Saliendo de la sala de estar, contempló fijamente la puerta del pasillo y se acercó a la otra puerta, más pequeña, que conducía al diminuto camarote escondido detrás del camarote principal que había ocupado Esme. Loretta golpeó discretamente la puerta. Al no recibir ninguna respuesta, la abrió y se asomó al interior, confirmando que Rose ya no estaba en su camarote. Ya no estaba en el camarote principal.

Loretta sonrió cálidamente. Eso le facilitaba las cosas.

Volviéndose hacia la puerta del pasillo, la abrió y…

Encontró a Rafe llenando el espacio.

Loretta contuvo un respingo y reculó mientras le hacía una seña para que entrara. Rafe pasó junto a ella, que cerró la puerta y se volvió hacia él.

Las manos de Rafe, que ya se estaban deslizando por la cintura de Loretta, se cerraron con más fuerza. Él sonrió, los azules ojos sorprendentemente inocentes bajo las cejas enarcadas.

—¿Me estabas esperando?

—Iba a invitarte a venir a mi camarote.

—Decidí ahorrarte el viaje. —Él miró hacia la puerta abierta del camarote de Loretta, hacia la cama visible en su interior. Cuando volvió a posar la mirada en ella, su expresión había perdido todo rastro de inocencia—. Tu cama es más grande que la mía.

Rafe la atrajo hacia sí hasta que sus cuerpos se encontraron, hasta que el calor, dulce y familiar, atravesó a Loretta.

—Y —murmuró él con voz seductoramente baja mientras agachaba la cabeza— hay muchos puntos a favor de una cama de gran tamaño.

No le hizo falta afirmar su intención de demostrárselo. Loretta le rodeó el cuello con los brazos y pegó sus labios a los suyos. Lo besó con toda la seductora pasión que fue capaz de reunir, antes de abrir los labios e invitarlo a poseer, desafiándolo descaradamente a conquistar.

Cada vez se le daba mejor dar y tomar, se la notaba más confiada y segura, y si bien su cerebro todavía seguía suspendido bajo el asalto de la apasionada respuesta de Rafe, al menos ya no se evaporaba o desaparecía.

Conservaba tanto la cordura como la voluntad, capaz de

desplegarlas en persecución de su necesidad. En la persecución de la respuesta, en la persecución de su meta.

Todavía se quedó sin aliento cuando la mano de Rafe encontró su pecho y la cerró sobre él, antes de aliviar la presión y juguetear. Incluso a través del pesado tejido de seda del vestido de invierno para la cena, Loretta sintió el calor de su contacto, la pasión que fluía mientras acariciaba, la posesividad al amasar la suave carne, y luego cuando encontró el pezón y lo pellizcó, lo apretó…

—El camarote. —Las palabras surgieron como una seductora orden, una exigencia más que una petición.

—Como ordene mi dama. —Los labios de Rafe se curvaron sobre los de ella.

Para sorpresa de Loretta, él se apartó y, con la otra mano todavía sobre su cintura, la hizo girar. Dar vueltas. La hizo bailar, literalmente, mientras cruzaban el umbral del camarote, girando para cerrar la puerta de un empujón y luego, más despacio, aunque no con menos fuerza, seguir bailando con ella bajo la luz de la luna.

Describir círculos y deslizarse, apretarse más y apartarse, trasladándola sin ningún esfuerzo alrededor de la pequeña habitación.

Loretta había olvidado lo excelente bailarín que era Rafe, con qué elegancia y fuerza se movía. Un atlético muslo separó los de ella mientras la hacía girar, sujetándola con fuerza, cerca, mientras la pequeñez del camarote limitaba sus giros.

Sus cuerpos se movieron, seda contra el traje, un sibilante anuncio del inminente placer. Una promesa. La amplia ventana permitía que la luz de la luna inundara el camarote, bañándolos en plata, envolviendo la mirada de Rafe en una seductora sombra mientras, moviéndose al mismo ritmo que resonaba en su sangre, él… la seducía.

Loretta rio suavemente mientras se entregaba a aquello, a esa nueva dimensión en la que él deseaba jugar. Curiosa, ella lo siguió, permitió que su cuerpo hablara por ella mientras giraban más pegados, más abrazados, más deprisa, más decididos.

Hasta que Rafe se detuvo.

Y la besó.

Tomó su rostro entre las manos y llenó su boca.

Y alimentó su pasión.

Batida, agitada, crecida por el baile. Elevada y atizada hasta una embriagadora ebullición. Destilada y condensada en un intenso licor que se deslizaba, calor y placer abrasador, por las venas de Loretta.

Las manos de Rafe abandonaron el rostro de Loretta y se apartaron antes de deslizarse por su espalda. La atrajo hacia sí y la acomodó contra su cuerpo, amoldándola a él. No se trataba de una delicada caricia, sino de una reclamación. Una posesión conseguida con elegancia y habilidad.

La mantuvo sujeta a él con el beso, su lengua ardiente contra la de ella, removiendo y cebando la pasión que se elevaba inexorablemente ante su llamada.

Los botones de la espalda de Loretta se desabrocharon, el vestido se aflojó. El aire fresco bañó su acalorada piel mientras con una maniobra experta él abría el vestido hasta la curva de sus caderas.

Interrumpiendo el beso, él levantó ambas manos y las curvó alrededor de los hombros de Loretta antes de deslizar las mangas del vestido hacia abajo, por sus brazos, y ayudarla a sacar las manos. Los alientos se mezclaron, las respiraciones agitadas, los pulsos ya acelerados. Ella lo miró a la cara, vio los pesados párpados ocultando el azul de sus ojos mientras él bajaba la mirada, siguiendo el tejido en su trayectoria descendente sobre las caderas de Loretta.

El vestido cayó al suelo con un suave susurro.

Olvidado.

Por él, mientras sus ojos se deleitaban con las curvas de Loretta, con sus pechos ya tensos bajo la casi traslúcida tela de la camisa.

Y por ella, mientras observaba de nuevo fascinada el desnudo deseo que cubría los rasgos de Rafe.

Expandiendo el pecho, él respiró hondo antes de alzar la cabeza, la mirada, hasta los ojos de Loretta. Durante unos instantes le sostuvo la mirada antes de acercarse más. Sus manos se levantaron y de nuevo tomó su rostro, levantándolo para poderla besar de nuevo. Para, con sus labios y la lengua, volver a arrastrarla hasta la magia, a la espiral de deseo que giraba lentamente.

Rafe solo le tocó la cara, los labios, la lengua, la boca, pero ella sintió el beso, su calidez, su calor, su inefable promesa, deslizarse por todo el cuerpo.

Sintió su caricia y se estremeció.

El cuerpo de Loretta lo sentía, su cercanía. Como un faro, el calor de Rafe la llamaba, la atraía como un imán. Ella se acercó más, levantó una mano y la deslizó sobre el torso de Rafe.

Dándose cuenta de que seguía completamente vestido.

Levantó ambas manos y agarró las solapas.

Rafe le soltó la cara y le agarró las muñecas, interrumpiendo el beso.

—Todavía no —murmuró sobre sus labios.

«¿Cuándo?». La pregunta se formó en la punta de la lengua de Loretta, pero él la besó de nuevo con más pasión, con el suficiente dominio de conquistador para impedir que fuera pronunciada.

Rafe levantó las manos de Loretta y las colocó sobre sus hombros, antes de atraerla más hacia sí, dentro de él. Posó las manos sobre su cuerpo, cubierto únicamente por una fina gasa, sujetó sus caderas contra sus muslos. Inclinó la cabeza y se hundió en su boca, estableció

un ritmo que resonaba por las venas de Loretta y comenzó un baile muy distinto.

Un baile que gritaba pasión, lujuria, un deseo tan fuerte que la empujó hacia un horno de hambre, de ansiosa necesidad. Directamente al interior de una vorágine de ardiente anhelo que la dejó jadeante y aferrándose, necesitando y deseando.

Esperando satisfacción.

Anhelando la conclusión.

Las manos de Rafe tocaron, trazaron, y prendieron fuego bajo la piel de Loretta. La pasión creció veloz y cayó sobre ella, la devoró.

La consumió.

La sensación física le pertenecía a él para gobernarla mientras sus manos vagaban y los incendios se propagaban…

Cuando ella estaba prácticamente incandescente de necesidad, cuando le agarró el rostro y lo besó con furia, manifestando sus exigencias, hablándole de su necesidad en un lenguaje tan descaradamente flagrante como sus propias caricias, Rafe deslizó los dedos hasta el lazo que ataba la camisa y con dos rápidos tirones se la arrancó.

Posó sus manos sobre la piel desnuda y la sintió arder.

Por él.

El momento era embriagador, pero Rafe se aferró a su propósito. Perdido en la boca de Loretta, con su cuerpo ardiente entre sus manos, los sentidos perdidos en la maravilla de esa mujer, la tentación le pedía soltar las riendas, permitir que las pasiones de ambos los arrastraran, pero él siguió sujetándose. A esa pequeña voz de cordura que todavía vivía en su tambaleante cerebro, bajo las nubes de lujuria, la crecientemente espesa niebla del deseo.

Había acudido al camarote de Loretta con un plan. Uno que necesitaba seguir.

Ella intentaba ver demasiado, intentaba ver más allá del escudo emocional de Rafe, pero ese camino solo podía conducir al desastre.

Sabía lo que ella buscaba, lo que quería encontrar entre las caricias y los jadeos. Sería mejor, infinitamente mejor, que no lo encontrara jamás, que no lo viera. Porque, si lo hacía, él no podría fingir que no estaba allí.

Pero Loretta se mostraba decidida y empeñada. Rafe necesitaba distraerla, y el romance y la seducción eran sus únicas opciones.

Sin embargo, estaban en invierno. No había flores.

Estaban a bordo de un barco. No había música.

Y él era incapaz de cantar.

Lo cual le dejaba únicamente la seducción.

Y la pasión que fluía tras ella.

Rafe estaba decidido a ofrecerle ambas cosas. En abundancia. De la

clase que se aferraba al alma, que alteraba el ritmo del corazón.

Rafe eligió las armas a emplear, encerrando la desnudez de Loretta en su cuerpo completamente vestido. Conocía el efecto que tendría sobre el cuerpo de Loretta sentir el traje de lana contra su piel desnuda. Y contaba con su respuesta.

Era todo lo que él podría desear. Loretta se estremeció, la respiración entrecortada a medida que ella se rendía y ansiosamente se apretaba más contra él, la rugosa abrasión de la fina lana encendiendo fuego bajo su piel.

En pocos segundos estaba tan acalorada y desesperadamente ansiosa que no puso ninguna objeción cuando él apartó su boca de la de ella y cerró una mano en torno a su inflamado pecho. Mientras le rodeaba la cintura con el otro brazo, Rafe dobló la espalda de Loretta sobre ese brazo, bajó la cabeza y cerró su boca en torno a un pecho.

Loretta gritó al sentir el contacto. Agarró la cabeza de Rafe y gimió mientras él hundía el turgente pezón profundamente en su boca y chupaba.

Rafe se dio un festín, despiadado, implacable, imposiblemente glotón, disfrutando no solo del sabor y la textura, del salvaje calor y la pasión, sino también de los sonidos que le arrancaba, sonidos inarticulados de placer que salían de sus labios y coloreaban la noche.

Rose y Hassan pasarían la noche en el camarote más alejado. Por primera vez, Rafe podía disfrutar libremente con los dulces sonidos de la rendición de Loretta.

Mientras los dedos de una mano apretaban y pellizcaban un torturado pezón, su boca permanecía cerrada en torno al otro, chupando ferozmente. Ante el grito de Loretta, él deslizó la otra mano desde la cintura hacia abajo. Extendió la mano y los dedos y tomó el trasero, amasándolo posesivamente antes de inclinarla, sujetar sus caderas contra sus muslos y sugerentemente bascular sus propias caderas, empujando la pesada erección contra su estómago.

Y sintió cómo se desenredaban los nervios de Loretta.

Sintió derrumbarse su voluntad, su capacidad para hacer cualquier cosa salvo seguirlo, salvo aplacar todas y cualquiera de las exigencias que él pudiera tener.

La cama estaba cerca, a espaldas de Loretta. A diferencia de su camastro, lo suyo era una cama de verdad, con su cabecero y sus pies, y un colchón cubierto de cobertores de plumas, colchas y almohadones amontonados.

Pero el colchón era demasiado alto.

Rafe apartó su boca del pecho de Loretta, encontró de nuevo sus labios, la besó apasionadamente, posesivamente, y la sintió derretirse.

Casi tan desesperado como ella, desde debajo de las pestañas, echó un vistazo a la habitación, buscando…

Allí, gracias a Dios. La silla del tocador. El asiento, juzgó él, era de la altura perfecta y lo bastante ancho, lo bastante profundo para su propósito, el respaldo de madera, bajo, ancho y curvado era perfecto.

Habían empujado la silla a un lado mientras bailaban y en esos momentos estaba colocada frente al asiento de ventana, iluminada por la luz de la luna.

El calor en la sangre de Rafe se había convertido en un palpitante rugido que encontraba un eco en Loretta.

Él la empujó hacia la silla.

Apartó sus labios de los de ella, la hizo girar, la agarró por las caderas y la levantó. La dejó arrodillada sobre la silla frente a la ventana.

Loretta dio un respingo y se estremeció. Como si intentara girarse, se irguió.

Rafe se colocó detrás de ella, muy cerca, y deslizó las manos hasta cubrirle los pechos, recordándole a Loretta todo lo que ella ya había aprendido.

Sobre el calor, el anhelo, las sensaciones que evocaban las manos de Rafe, sus dedos, sus labios, su lengua, y la ardiente necesidad que iba quemándolo todo a su paso.

Loretta lo sentía todo, toda voluntad y astucia prácticamente ahogada bajo un turbulento mar de sensibilidad, bajo las olas y la necesidad que crecía, se inflamaba, y se estrellaba contra ella.

Aquello no era una simple posesión, sino una pasión desatada y sin frenos, con rienda suelta para zambullirse.

Loretta echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras las manos de Rafe se movían libremente, flagrantemente, sobre su sensible piel, descaradamente atizando de nuevo el fuego. Y ella no sintió nada más que una palpitante y erótica necesidad de sentirlo dentro de ella, en su interior.

A pesar del aire frío, no sentía frío, no sentía vergüenza estando desnuda ante él, mientras él estaba completamente vestido.

No sentía nada más que la necesidad que la inundaba y la dejaba vacía y ardiente, deseando, jadeando, la cabeza dándole vueltas mientras con los largos dedos de una mano hundiéndose entre sus muslos, acariciando y estimulando la inflamada carne, antes de dibujar círculos en torno su entrada, Rafe utilizaba la otra mano para acariciarle el trasero, buscando, inspeccionando.

Un ardiente sudor le iluminaba la piel. La carne de Loretta ardía ante las caricias de Rafe. La abrasión de los pantalones que se movían contra ella era un estímulo erótico en sí mismo.

Estaba tan inmersa en las sensaciones que él le lanzaba que solo fue vagamente consciente cuando la mano de Rafe abandonó su trasero y sus caderas se movieron detrás de ella.

Un segundo después, comprendió que había abierto los pantalones y liberado su erección.

Las manos de Loretta agarraron el respaldo de la silla con fuerza mientras él la levantaba sobre sus rodillas y, con los fuertes dedos, anclaba sus caderas e inclinaba su torso hacia delante.

La anticipación estalló. Los nervios de Loretta se dispararon más tensos que un muelle.

Al sentir la rígida erección empujar entre sus muslos, la ancha cabeza empujar en su suave cavidad, perdió toda capacidad para respirar.

Y entonces Rafe empujó y con una fuerte embestida la llenó, y ella se elevó sobre las rodillas con un grito de pura pasión.

Rafe se retiró y volvió a lanzarse en su interior, seguro y con fuerza.

Loretta sollozó y se aferró, los brazos tensos, los dedos apretados, abrumada por el placer.

Por el sensual placer de sentirlo allí, de sentirse llena y poseída mientras él la balanceaba. Completa en su forma más primitiva y profunda.

La cambiante fricción de los pantalones contra la piel desnuda marcaba cada embestida, aumentaba cada sensación, profundizaba cada reclamación.

Loretta por fin comprendió por qué él había elegido esa postura, esa manera, ese camino. De haber podido sonreír lo habría hecho, pero el control sobre sus expresiones estaba fuera de su alcance.

Lo único que importaba mientras se balanceaba y cabalgaba el palpitante latido de sus embestidas era sentirlo, conocerlo, permitir que la pasión y el momento la tomaran, la llenaran, la arrastraran…

La sensación de cerrarse en torno a él, en torno a la sólida longitud, era mucho más evidente en esa postura, grabándose con mucha más fuerza en su mente, elevándose entre la neblina, haciéndole infinitamente más consciente de su propio ser sensual, de su propia implicación real, de su propio tomar, de su propio dar.

El movimiento de agarrar y soltar de su vagina, de aceptar y reclamar, era a la vez instintivo y deliberado. Loretta se estremeció bajo el asalto de la pasión de Rafe y de la suya propia, se retorció y cabalgó el ritmo creciente, el pesado latido de su unión. Echó la cabeza hacia atrás, echó sus cabellos hacia atrás, y jadeó mientras él seguía llevándola más allá.

Y por fin llegaron a la cima de la sensación. Alta y brillante, donde el aire parecía enrarecido y el estallido de placer los llamaba. Si pudiera alcanzarlo, si se atreviera…

Rafe embistió profundamente, con fuerza, y la hizo saltar sobre la cima, la lanzó hacia una ardiente tela de araña de centelleantes sensaciones que la comprimían antes de romperse, de estallar y

fracturarse, haciéndola estallar a ella en agudas y brillantes esquirlas. Esa miríada de fragmentos de exquisito placer siendo lo único que quedó de su cuerpo y su mente.

El éxtasis se apresuró a llenar el vacío.

A llenarla a ella, a calmarla, a sujetarla, a dejarla flotando en ese éxtasis sensual.

Su cuerpo ya no era suyo, sino de él. Loretta esperó, vagamente consciente, a que él encontrara su placer y se uniera a ella.

Sin embargo, las embestidas de Rafe se aflojaron antes de que él se saliera.

Ella estaba demasiado agotada como para protestar cuando él la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama.

Rafe no tenía ninguna idea de por qué lo estaba haciendo, de por qué, en lugar de buscar su propia liberación en ese cuerpo totalmente rendido a él, allí bajo la luz de la luna, delante de la ventana, una parte de él insistía en que necesitaba otra cosa: sentirla debajo de él, rendida y abierta, dispuesta y suya para ser tomada.

Que después de haber disfrutado de la visión de su cuerpo inclinado ante él, ofreciéndose a él, suya para llenarla, necesitara sentirse envuelto en sus brazos, recibido dentro de su cuerpo, llevándoselo hasta el corazón.

Rafe quería estar allí.

Temerario le aseguraba que ese era el camino.

Solo tardó unos segundos en desnudarse y luego unirse a ella bajo las mantas. La acomodó sobre el montón de almohadones, separó sus muslos y se hundió entre ellos. Un pequeño resquicio de cordura gritaba desde un lejano rincón de su mente que aquello era peligroso, pero lo bloqueó, lo ignoró.

Pues eso era más importante, mirarla mientras volvía a alcanzar la cima, mientras se abría de nuevo a él y, sabiendo que era él, lo aceptaba y lo abrazaba, y le permitía poseerla.

Rafe deslizó una mano hacia abajo y levantó una rodilla de Loretta enganchando la pierna sobre su cadera. Al apoyarse sobre los codos, su torso rozándole los pechos, Loretta, somnolienta y lánguidamente, levantó la otra pierna y le rodeó el muslo con ella, levantó los brazos hasta sus hombros y deslizó una mano hasta su nuca.

Loretta parpadeó apenas abriendo los ojos mientras levantaba el rostro y tiraba de él hacia abajo para ofrecerle sus labios.

Él inclinó la cabeza y tomó, devoró, la besó hasta que ambos estuvieron de nuevo acalorados y tambaleantes.

Una fuerte embestida unió de nuevo sus cuerpos e hizo saltar la tensión. Ella sintió la inexorable crecida del deseo, el zarpazo al hundirse profundamente en su boca, en su cuerpo, y cabalgar sobre ella.

Profundamente, poderosamente, con fuerza, pero no deprisa. No había ninguna prisa. Él quería saborear cada átomo de su rendición.

Quería experimentar cada detalle de la felicidad de aquello, del calor de Loretta, de su recibimiento, de su aceptación pura y sin restricciones.

Ella lo abrazó, se onduló bajo su cuerpo, cabalgó con él hacia el paraíso.

El camino estaba despejado, libre de trabas y era sencillo. Lo único que tenía que hacer Rafe era seguir ese camino y permitir que las llamas lo devoraran.

Rendirse a ellas mientras lamían su carne, quemaban toda inhibición y alcanzaban su alma.

Rafe interrumpió el beso con la respiración entrecortada y prácticamente ciego.

Sus alientos, que surgían a ráfagas, se mezclaron, calor con calor, dulzura y pasión. Se balancearon sin restricción, los dos alcanzando lo mismo, corriendo. El almizclado olor del amor ascendió y los envolvió, nublando los sentidos de Rafe, espoleando su excitación un poco más.

Desde debajo de los pesados párpados, él contempló el rostro de Loretta y vio una débil sonrisa curvar sus labios.

Vio el placer puro dibujado en su expresión.

Vio tensarse esa expresión a medida que la pasión se apoderaba de ella, y luego se arqueó debajo de él, hundiendo las uñas, arañándolo mientras, la cabeza echada hacia atrás, estallaba.

Mientras bajo las mantas los muslos de Loretta agarraban los costados de Rafe y su vagina lo atrapaba con fuerza y lo empujaba a seguir.

En un torbellino de sensaciones, de placer agudo, mordiente, lacerante. En una explosión de consciencia que atravesó el cuerpo de Rafe, alcanzó cada uno de sus nervios, se apoderó de cada una de sus venas para tomarlo. Para hacerlo estallar.

Para vaciarlo y rehacerlo.

Eso, al fin, lo dejó destrozado, deshecho y luchando por respirar, suspendido sobre ella.

Loretta lo abrazó con más fuerza y tiró de él hacia abajo.

Con un gruñido, él cedió y se rindió.

Sintió los brazos de Loretta cerrarse en torno a él, sintió la suave caricia de su mano.

Sintió la paz inundarlo y apoderarse de él.

Rafe despertó en mitad de la noche y se encontró tumbado al lado de ella, con su cabeza apoyada en el hombro, con su cuerpo pegado al

suyo.

El éxtasis lo envolvió. La certeza se instaló en su interior.

El único lugar en el mundo en el que querría estar era allí.

Loretta se movió, retorciéndose somnolienta y, tras levantar la mirada, estirarse y besarlo, levantó un fino muslo y lo deslizó sobre el cuerpo de Rafe.

Lo mantuvo sujeto al beso, y el beso continuó.

Rafe sabía que era peligroso.

Pero ya no le importaba.

Fuera se había desatado una tormenta. Las nubes habían engullido a la luna. El viento arrasaba el río y ametrallaba la cubierta con una fuerte lluvia.

La ferocidad, los aullidos y la taladrante lluvia eran un lejano contrapunto, un contraste de sonidos mientras en el nido de las mantas ellos jadeaban y se agarraban, volvían a amarse, llegaban juntos, se alzaban y volvían a estallar.

Derrumbándose de nuevo, saciados hasta límites insospechados, seguros y satisfechos el uno en brazos del otro.

Loretta volvió a dormirse, acurrucada en los brazos de Rafe y manifiestamente contenta.

Él la abrazó y se preguntó adónde habrían ido sus planes.

A menos de dos kilómetros de allí, Lorelei tenía fama de atraer a los marineros hacia ella, a su muerte, a su perdición, a la rendición final.

Esa noche, bajo la sombra de la roca de la sirena, Loretta había hecho lo mismo. No le había hecho falta cantar, simplemente ser. Y él no había sido capaz de resistirse a su llamada.

De modo que en esos momentos estaba tumbado en sus brazos, sus defensas hechas añicos. Y debía enfrentarse a la realidad que se había esforzado en negar, que había creído negaría para siempre.

Pero ella ya lo sabía, Rafe lo había sentido en el beso, en las caricias, en el modo en que le había sostenido la mirada, en la suave caricia de su mano sobre la mejilla mientras volvía a entregarse a él. Mientras él se había entregado a ella. De nuevo.

Y dado que ella lo sabía, él lo sabía también.

La verdad, al parecer, no podía, no quería, ser ocultada. Encerrada.

Iba a tener que acostumbrarse a ello. Iba a tener que encontrar la manera.

Porque no podía echarse atrás. No podía dejarla marchar.

No podía imaginarse su vida sin ella.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, en cuanto la niebla se aclaró lo suficiente, el *Loreley Regina* se puso en marcha.

Todavía decidida a comprobar qué cosas había que ver, Loretta se llevó la guía de Esme al puente cubierto.

—Boppard. —De pie junto al timón, Julius señaló a su izquierda—. ¿Ve esas dos torres? Es la iglesia de St. Severus.

Parada junto a la ventana, Loretta miró a través de la oscuridad y vio las dos agujas gemelas. Se dio cuenta de que el barco se dirigía hacia la orilla y se volvió hacia Julius.

—Pensé que no íbamos a detenernos.

—Y no vamos a hacerlo, pero debo girar en esta dirección para tomar la siguiente curva, es casi… ¿cómo dicen ustedes? ¿Un codo?

Loretta intentó mirar hacia adelante, seguir la orilla, pero desapareció en la niebla baja.

Para cuando hubieron sorteado lo que Julius le indicó era el meandro más grande de todo el Rin, Rafe se había reunido con ellos y la niebla empezaba a levantar, empujada por la fría brisa.

Aunque Rafe se detuvo para intercambiar algunos comentarios con Julius, el único miembro de la tripulación que estaba en ese momento en el puente, Loretta era agudamente consciente de su presencia, en la mirada que deslizaba sobre ella, en el peso de cada latido del corazón mientras sus miradas se fundían.

Pero entonces Julius habló y Rafe se volvió hacia él.

Loretta respiró hondo y calmó su alocado corazón. ¡Cielo santo! Aquello era peor que antes. No entendía en absoluto por qué su más reciente interludio le había afectado, y al parecer a él también, hasta ese punto. Como si entre ellos hubiese caído algún escudo, como si hubiese sido arrancado, dejándolos más sensibles el uno hacia el otro, los nervios más vivos ante la cercanía del otro, de los pensamientos del otro, la conciencia tremendamente aumentada.

Resultaba inquietante… y excitante.

Al final, Rafe abandonó a Julius y se acercó a ella. Sus ojos azules le sostuvieron la mirada durante unos segundos y de nuevo ella se sintió

consciente del golpeteo de su propio corazón. Rápidamente, Rafe desvió la mirada hacia la guía.

—¿Y bien…? —Él se apoyó contra la ventana a su lado—. ¿Qué esperamos poder ver hoy?

Ella se lo indicó. El castillo Lahneck resultó pronto visible por encima de la orilla derecha, pero lo poco que podía verse, a través de la niebla que aún permanecía, no pareció nada impresionante. Pronto, sin embargo, a medida que se acercaban a Coblenza, vieron en la orilla izquierda un edificio imponente y mucho más llamativo.

—El castillo Stolzenfels —leyó Loretta. Al terminar de leer la descripción de los múltiples muros y almenas, y la imponente torre del homenaje, la ciudad de Coblenza se deslizaba hacia ellos.

Rafe se acercó a ella para poder leer en la guía por encima de su hombro. De nuevo sus miradas se encontraron, solo un instante, y un estremecimiento de consciencia recorrió la piel de Loretta, aunque no como antes. La nueva sensación sugería cercanía, algo más íntimo, más personal, algo que ni él ni ella habían compartido nunca con nadie.

Desconocía por qué estaba tan segura de ese dato, pero mientras respiraba hondo, levantaba la cabeza y contemplaba sin ver la ciudad de Coblenza, y Rafe hacía lo mismo, Loretta estuvo segura, completamente segura, de que él tampoco había transitado esa carretera anteriormente.

Una cercanía como esa le sorprendía y la maravillaba. La indefinible sensación de acercarse a un enorme y potencialmente peligroso animal, que se había vuelto adicto a su contacto. Que se mostraba inseguro más que nervioso, receloso de las intenciones de Loretta, pero dispuesto a correr el riesgo solo por volver a sentir sus caricias. Conseguir aquello que calmaba su alma de bestia. Los labios de Loretta se curvaron ante la imagen. Rápidamente borró la sonrisa, pero la idea, sentía ella, no estaba tan alejada de la realidad.

Rafe echó un vistazo a la guía y señaló:

—Esa debe de ser la muralla fortificada.

Loretta leyó y asintió.

—Esas torres deben de pertenecer a la basílica de St. Kastor —señaló ella—, y ese edificio de allí debe de ser la iglesia de St. Florian.

Continuaron identificando monumentos mientras pasaban frente a Coblenza.

—Y ese —señaló Julius un poco más adelante y a su izquierda— es el río Mosela. Marca los límites de la ciudad al norte.

Rose y Hassan aparecieron en la cubierta delantera, miraron a su alrededor y cuando los vieron se acercaron corriendo al puente.

—Menuda brisa hay aquí fuera. —Rose se sopló las manos y miró por las ventanas—. ¿Hay algo que ver?

Continuaron jugando a «avistar el castillo», tal y como lo bautizó Rose, y luego se dirigieron al comedor para tomar una temprana comida. Remolonearon sobre los platos, intercambiando historias de comidas raras en lugares extraños. Los relatos de Rafe y Hassan superaron cualquiera que Loretta o Rose hubieran experimentado. Las dos mujeres escucharon atentamente antes de intercambiar miradas y exigir saber más.

Un chubasco se había desatado sobre el río, aunque tal y como había previsto Julius, las corrientes permanecieron rápidas y los vientos perfectos para empujar al *Loreley Regina* a gran velocidad.

Rehuyendo el ambiente gris del exterior, se dirigieron al salón. Cambiaron la guía por la baraja de cartas y jugaron divertidos varias partidas antes de que un miembro de la tripulación apareciera llevando el mensaje de Julius de que el paisaje que tenían ante ellos merecía la pena ser visto.

Recuperaron la guía y se dirigieron todos al puente, dedicando el resto de la tarde a observar deslizarse frente a ellos los más pintorescos pueblos. El cañón había quedado atrás y las montañas se habían retirado de las orillas del río, que abría una franja en dirección noroeste a través de una fértil llanura.

Habían pasado Linz am Rhein, y la ciudad de Remagen con su santuario dedicado a St. Apollinaris bajo la sombra de un último castillo monumental, cuando, dejando el timón a otro tripulante, Julius se acercó para hablar con Rafe:

—Dijo que temía que sus enemigos, esa secta, hubiesen puesto observadores en Bonn.

Rafe asintió.

—Debemos atracar allí —Julius hizo una mueca—, vamos escasos de provisiones. Pero estamos haciendo unos tiempos lo bastante buenos como para poder anclar aquí mismo durante la noche. Estaremos lo bastante lejos de la ciudad como para estar a salvo, pero lo bastante cerca como para llegar mañana al muelle nada más amanecer, y podremos marcharnos enseguida. Nuestros asuntos no nos llevarán mucho tiempo.

—Si es necesario —dijo Rafe después de meditarlo—, habrá que hacerlo, y mejor allí que más adelante. Cuanto más cerca estemos de Rotterdam, más probable será que encontremos sectarios en gran cantidad.

—Después de esta parada ya no nos hará falta detenernos en ninguna ciudad antes de llegar a Rotterdam. Si los vientos permanecen favorables, y en esta época del año no hay ningún motivo para pensar que no lo harán, llegaremos allí, tal y como deseaba, el diecinueve de este mes.

—Bien hecho. —Rafe sonrió—. Permaneceremos bajo cubierta

mañana por la mañana hasta dejar atrás la ciudad de Bonn.

Esa noche, cenaron tranquilamente, hablando sobre Bonn y la realidad del peligro que los esperaba más adelante. Para aliviar la tensión, o por lo menos para contenerla, volvieron a jugar a las cartas durante una hora, y luego se retiraron.

Rose siguió a Loretta al camarote principal y se detuvo.

Loretta se volvió y vio a su doncella agarrándose y soltándose las manos, y enarcó una ceja.

—He creído conveniente mencionar —balbuceó Rose— que Hassan y yo… hemos decidido casarnos. Cuando todo esto haya terminado, por supuesto, y después de que se case usted con el señor Rafe, pero… —Sonrojándose, agitó una mano hacia la puerta del camarote principal—. Por si no se había dado cuenta, he pensado que debía decírselo.

—Eso es maravilloso, Rose. —Loretta sonrió resplandeciente—. Y gracias por contármelo. No es que no me lo haya preguntado, y dadas las circunstancias, lo que tú quieras hacer es decisión tuya. ¡Pero cuánto me alegro por ti! —Retrocediendo sobre sus pasos, ella abrazó a su doncella—. Os deseo buena suerte a los dos. Es afortunado por haber encontrado un tesoro como tú. —Hizo una pausa—. Suponiendo que estés segura de que es el adecuado…

—Lo estoy, desde luego que sí. —Rose le devolvió el abrazo—. Y buena suerte también para usted y el señor Rafe.

—Gracias. —Loretta se apartó y se recolocó el vestido. Con labios temblorosos, dijo mirando hacia la puerta—: Puedes irte. No volveré a necesitarte esta noche.

—¿Está segura? —El rostro de Rose se iluminó.

—Claro que lo estoy. —Loretta la empujó hacia la puerta—. Márchate.

Con el rostro deshecho en sonrisas, Rose se volvió y se marchó, saliendo por la puerta y cerrándola silenciosamente detrás de ella.

Loretta se quedó mirando la puerta mientras su propia sonrisa se evaporaba.

«Si estás segura». Por suerte, Rose no le había hecho esa misma pregunta con respecto a Rafe. Sin embargo…

—Lo estoy —murmuró, y las palabras resonaron en su interior. Pues estaba segura, aunque…

Lo sabía, de corazón, desde el fondo de su alma, sabía que él sentía ese algo especial por ella. Lo había percibido, saboreado, sentido y experimentado la noche anterior, lo había visto, por lo menos su efecto, en su mirada de esa mañana.

Había sentido a lo largo del día el cambio evolutivo profundo y

fuerte en la corriente que los había unido.

Lo que todavía no sabía era si lo sabía él.

Si él reconocía ese sentimiento, la emoción, si lo había identificado.

Era importante que lo hiciera.

«Después de que se case usted con el señor Rafe».

Loretta ya no dudaba de que lo harían. Pero hasta que él reconociera eso que los unía, el poder que sustentaría su matrimonio, un instinto profundo le advertía de que lo mejor sería reservarse la decisión final.

Los hombres como Rafe Carstairs eran el epítome de la testarudez, por lo menos en lo concerniente a los temas que querían evitar.

La visión de él como un animal receloso y astuto regresó a la mente de Loretta. Si él pudiera conseguir lo que anhelaba, y al mismo tiempo permanecer libre, lo haría.

Si ella se lo permitía.

Loretta casi soltó o un bufido antes de recordar algo que tenía guardado y cuyo momento era evidente que había llegado.

Dándose media vuelta y sonriendo con una repentina ansiosa anticipación, se dirigió a su camarote y cerró la puerta.

Diez minutos después, Rafe golpeó con los nudillos sobre la puerta del camarote principal. Había subido a cubierta para asegurarse de que el lugar elegido por Julius para echar el ancla era razonablemente seguro. Tranquilizado en ese aspecto, había regresado abajo.

Dirigiéndose directamente hacia Loretta.

Estaba dispuesto a apostar que Rose ya se había dirigido pasillo abajo hasta el camarote de Hassan. Hassan le había hablado de sus planes y, mientras les deseaba toda la felicidad del mundo, deseó que su propio futuro estuviera igualmente claro.

El pensamiento le había hecho dirigirse hacia la puerta del camarote y llamar casi con impaciencia. Al no recibir ninguna respuesta, frunció el ceño, abrió la puerta y miró en el interior. El salón estaba vacío, las lámparas apagadas, pero un rayo de luz salía por debajo de la puerta cerrada del camarote de Loretta.

Rafe entró y cerró la puerta principal antes de cruzar el salón hasta la última puerta que lo separaba de su deseada. Se detuvo ante la puerta y levantó una mano, y dudó lo suficiente como para controlar su impaciencia antes de dar un ligero golpe con los nudillos.

—Adelante.

La voz ligeramente seductora, decididamente lánguida, lo recorrió como una caricia y puso cada uno de sus instintos en alerta máxima.

Dudó antes de, encajando la mandíbula, agarrar el pomo de la puerta, hacerlo girar y entrar en el camarote.

Loretta estaba tumbada de lado a lo ancho de la cama, apoyándose sobre un codo y mirando hacia la puerta. En su rostro se dibujaba una sonrisa de bienvenida y su largo y exuberante cuerpo estaba encerrado en una composición de plumas, volutas de raso y retales de encaje.

Escapando a su control, la mirada de Rafe se deslizó desde los hombros de Loretta, dos curvas de marfil que se asomaban a través de una capa de encaje y plumas, por las generosas curvas de los pechos enmarcados en lustroso satén, por el estrechamiento de la cintura, las sugerentes curvas de las caderas y el estómago, las largas y esbeltas líneas de los muslos, hasta la pantorrilla, descubierta a medias bajo más encaje y plumas, hasta las diminutas zapatillas cubiertas de plumas que llevaba puestas en los pies.

Las lámparas sobre las mesillas de noche que flanqueaban la cama bañaban con un cálido y amoroso brillo los oscuros cabellos y la piel de porcelana. Cubrían de oro sus curvas.

A Rafe se le había secado la boca. Respirando con dificultad consiguió cerrar la puerta detrás de él y aclarar la garganta.

—¿Dónde…? —preguntó mientras gesticulaba.

—Esme. París. ¿Qué más necesito decir? —La sonrisa de Loretta era una clara invitación.

Él dio un paso al frente. Se detuvo. Aprovechó el momento para conseguir controlar con más fuerza sus más bajos instintos.

Sin apartar la mirada de él, ella se movió lentamente, seductoramente, hasta quedar arrodillada.

Revelando a los fascinados sentidos de Rafe que el camisón era aún más seductor de lo que él había pensado, casi insustancial sobre el escote, los rotundos pechos insinuándose tras una cortina en movimiento de plumas ancladas sobre el encaje abierto. A los costados, unos paneles de ese mismo encaje enmarcaban dos ranuras que discurrían por los muslos, los lados de las caderas hasta terminar justo debajo de la cintura.

Quienquiera que hubiera diseñado ese camisón sabía mucho sobre los hombres. Qué había estado pensando Esme al comprar esa prenda para Loretta…, él no quería saberlo.

—Esta vez —murmuró ella mientras cerraba los dedos sobre las solapas de Rafe y lo atraía hacia ella— mando yo.

A Rafe no se le ocurría peor idea, pero mientras ella apretaba los labios, una voluptuosa tentación, contra los de él, se dio cuenta de que a Loretta no le interesaba su opinión.

Sus reservas.

Rafe se aferró a lo segundo, pero no pudo rechazarla mientras con esos delicados labios y la punta de su traviesa lengua lo atraía hacia el intercambio, hasta que él aceptó la descarada invitación y se hundió en su boca, reclamando.

Reclamando todo lo que ella le ofrecía. Y esa realidad, como siempre, hacía que se tambalearan sus sentidos, prendía fuego a sus deseos, esclavizaba sus pasiones. Sus manos se cerraron sobre ella, el satén moviéndose seductoramente bajo las palmas, provocando sus dedos con una promesa táctil de lo que había debajo. Una piel tan fina que hacía que el satén pareciera rugoso.

El camisón había sido diseñado por alguna hechicera para aplacar la lujuria del hombre, para aumentar la anticipación masculina. Rafe no puso ninguna resistencia a la magia. Abriendo las manos y extendiendo los dedos, agarró…

Loretta deslizó el abrigo por los hombros de Rafe, restringiendo sus movimientos.

Sin interrumpir el beso, en un incendiario duelo de calor y creciente pasión, él se desembarazó del abrigo, dejó al descubierto el chaleco abierto y se desembarazó de él también. Los dedos de Loretta se ocupaban del pañuelo del cuello. Dejándoselo a ella, él cerró las manos en torno a sus caderas, hundió los dedos en la firme carne bajo el satén y la soltó para deslizar las manos en dirección ascendente hasta cerrarse sobre sus pechos.

Las plumas y el encaje lo distraían, lo confundían.

Loretta seguía manteniendo los labios pegados a los de él mientras desataba el pañuelo del cuello y lo arrojaba a un lado. Inclinándose contra él, contra el beso, presionando flagrantemente sus pechos contra las manos de Rafe, agarró la camisa y tiró de ella para sacarla de la cinturilla del pantalón.

A continuación, se volvió a sentar sobre los talones e interrumpió el beso.

—Fuera —exigió con la mirada oscura de pasión, los labios inflamados y mientras tironeaba de la camisa.

En su rostro se dibujaba la determinación, que también se reflejaba en su voz. Rafe murmuró un juramento y agarró la camisa para sacársela por la cabeza.

Y sintió las manos de Loretta agarrar la cinturilla del pantalón.

Sintió ceder los botones mientras él sacaba la camisa por la cabeza y luchaba por liberar los brazos.

Y mientras dejaba caer la prenda al suelo, ella cerraba sus manos sobre él. Cerraba los dedos sobre la erección y la acariciaba.

Rafe cerró los ojos y apretó los puños mientras intentaba hacer acopio de la fuerza necesaria para soportar esa caricia, la ansiosa y curiosa caricia, inocente, aunque lasciva a la vez. Él, se recordó a sí mismo, había experimentado cosas mucho peores, torturas más expertas y exigentes, pero, por algún motivo, con ella el mero roce parecía infinitamente más íntimo. Más significativo. Más apasionado, recubierto del seductor calor de Loretta.

Por lo menos se limitaba a tocar…

El pensamiento le hizo abrir los ojos. Su mirada cayó sobre el rostro de Loretta y percibió la expresión maravillada, una clara sensación de placer mientras acariciaba y jugueteaba…

La erección se elevó otro insoportable nivel. Rafe ya estaba todo lo duro que podría estar. Completamente inflamado, sintiéndose como un mármol ardiente bajo la mano de Loretta, imposiblemente tenso.

Si esa mujer no apartaba las manos de él…

Rafe las agarró, una en cada mano, las apartó de la palpitante erección mientras colocaba una rodilla entre las de ella sobre la cama, le levantaba las manos a la altura de su propia cabeza y, mientras ella levantaba la vista con los labios entreabiertos, se agachaba y tomaba esos labios con los suyos.

Y la besaba vorazmente.

En el instante en que la tuvo atrapada, le soltó las manos y deslizó las suyas sobre el pecaminosamente vestido cuerpo con la intención de hundirlas bajo el trasero y levantarla contra él…

Pero Loretta le rodeó el cuello con los brazos, le devolvió el beso con tal feroz exigencia que lo dejó sin aliento y momentáneamente le robó la voluntad. Antes de que él pudiera reclamarla, ella se inclinó hacia atrás y se dejó caer sobre la cama, llevándolo con ella.

Sin ninguna posibilidad de resistencia, él aterrizó sobre ella en una confusión de miembros y satén emplumado. Apretando los dientes, él se empujó hacia arriba e, ignorando la lujuria que lo atravesaba ante la sensación de su cuerpo envuelto en satén ondulando debajo del suyo, rodó a un lado para no aplastarla.

Pero ella lo siguió.

Utilizó su peso para empujarlo un poco más y hacerle pegar la espalda a la cama. Arrodillándose, tiró de las faldas del camisón y deslizó un elegante muslo sobre las caderas de Rafe, sentándose a horcajadas sobre él.

Apoyó las manos sobre su torso y lo miró.

La lenta y seductora sonrisa era la de un gato contemplando un cuenco lleno de leche.

Él la miró, ligeramente perplejo, crecientemente receloso.

Y más que excitado.

Oculto bajo la falda del camisón, acunado contra un delicado muslo, la parte más excitada de él se retorció.

Y ella lo notó. La sonrisa se hizo más profunda mientras bajaba la mirada y recogía los pliegues de satén hasta revelar el errante y todavía inflamado, todavía palpitante, miembro.

—Oh, sí. —Las palabras de Loretta estaban impregnadas de una lujuriosa anticipación mientras lo miraba a los ojos—. Creo que es mi turno.

Lo único que le faltó fue humedecerse los labios.

Y él no estuvo totalmente seguro de que no lo hubiera hecho mientras ella se retorcía, deslizándose por las piernas de Rafe antes de agarrar sus pantalones y tirar de ellos hacia abajo.

Era evidente que resistirse no tenía ningún sentido. Dando gracias al cielo por llevar pantalones y zapatos, se sacudió los últimos y los oyó caer al suelo antes de levantar las caderas y ayudar a Loretta a liberar sus piernas.

Sin dejar de mantenerlo bien sujeto, ella le sacó los pantalones por los pies y, triunfante, arrojó la prenda a un lado.

A continuación, se volvió de nuevo hacia él para iniciar una lenta y profunda inspección de todo lo que había dejado al descubierto.

Rafe permaneció tumbado de espaldas mirándola, encajado en la delicada, provocadora, seductora confección de satén, plumas y encaje, colocada sobre sus caderas como un libidinoso ángel. Y tragó nerviosamente. Tenía la boca seca y notaba el pecho tenso. Las palabras de Loretta resonaron en su cabeza. ¿Su turno?

Mala idea. Muy mala idea.

Y parecía a punto de descubrir cómo de mala era cuando, inclinándose hacia delante, ella apoyó las manos sobre su torso justo debajo de los hombros y utilizó su peso para inmovilizarlo mientras inclinaba la cabeza y apretaba sus labios contra los de él.

Lo besaba con dulzura, con un lento y embriagador placer.

A él no se le ocurría ningún motivo de por qué se habría imaginado ella que iba moverse.

Permaneció tumbado y absorbió la promesa del beso. Le permitió mostrarle sus sabores, regalarle sus texturas.

Seducirlo con su pasión, cegarlo con su deseo.

Cuando Loretta se puso en movimiento, deslizando los labios hasta su barbilla y luego bajando por su garganta, él suspiró y se lo permitió. Con las manos colocadas en sus costados, no intentó guiarla, sino simplemente sujetarla y disfrutar con las sensaciones que ella provocaba en su piel mientras se movía sobre él. Mientras con sus labios, sus manos, su lengua, sus dientes, besaba, acariciaba, lamía, chupaba y mordisqueaba su cuerpo en sentido descendente.

Inevitablemente encontró cicatrices y, con suma delicadeza, las atendió con los labios y la lengua, con el suave aliento, con el roce de sus dedos.

Rafe cerró los ojos y respiró entrecortadamente mientras ella continuaba bajando, los labios surcando los tensos músculos del abdomen.

La tensión se elevó y se tensó inexorablemente a medida que ella continuaba bajando. Los delicados dedos se cerraron de nuevo en torno a su erección. Él sintió la presión de los pechos a través del

encaje cubierto de plumas mientras sujetaba el rígido miembro contra ella antes de apartar la cabeza de la erección a un lado para besarle el ombligo.

La lujuria se cerró como una tenaza alrededor de la columna de Rafe, que clavó los talones con fuerza, profundamente, en la cama.

Y mientras ella seguía deslizándose hacia abajo, la mente de Rafe se inundaba de pensamientos, imágenes, esperanzas y temores contradictorios.

¿Iba a hacerlo? Sin duda, no. Pero ¿y si…?

Sintió la cálida caricia de los pechos de Loretta sobre la sensible cabeza de la erección y dejó de respirar. Cerró los puños con fuerza y se dijo a sí mismo que no iba a mirar, que no…

Pero los párpados se abrieron de golpe y él contempló su cuerpo, y vio…

Una visión que lo sacudió hasta el alma.

Loretta estaba trazando suavemente las venas, la bulbosa cabeza, pero la expresión en su cara… Estudiaba la erección, la examinaba, deleitándose con ella como si se tratara de algún premio.

Rafe debió de gemir, pues ella desvió la mirada hasta él.

Lo miró a los ojos y sonrió.

Y entonces sacó la lengua de la boca y lamió.

Rafe dio un respingo, cerró los ojos y volvió a gemir, más profundamente en esa ocasión.

Sintió el suave aliento de la risa encantada, una sensación increíblemente erótica, antes de que ella volviera a lamer, más despacio, más deliberadamente. Y él dejó de pensar.

Únicamente era capaz de sentir a medida que ella lo saboreaba. A medida que ella exploraba y aprendía.

Las manos de Rafe sujetaban la cabeza de Loretta. En una inhumana gesta de fuerza de voluntad consiguió no hundir los dedos en la oscura seda de sus cabellos, agarrarla, y guiarla… Pero notaba que perdía el control de las riendas, un control que se desvanecía transformándose en una quimera, más esperanza que realidad.

Cuando ella lamió lentamente la ancha cabeza de la erección y dibujó círculos sobre el borde con la punta de su ardiente lengua, él sintió que ya había tenido suficiente, que no soportaba más. No sin…

Una incipiente sensación de pánico le proporcionó la fuerza necesaria para abrir los ojos, despegar los hombros de la cama y, con toda la delicadeza de que fue capaz, sujetarle la cabeza con más fuerza y apartarla.

Ella tomó una de sus manos. Entrelazó los dedos con los suyos, apartó su mano de la cabeza y la empujó contra la cama.

—No. —La palabra surgió de sus labios clara, firme, tajante, y ella lo miró a los ojos con una expresión que irradiaba certeza—. Tienes

que dejarme. —Sus labios se curvaron y ella se inclinó hacia delante sobre las rodillas estirándose para volver a deslizar los labios sobre los de Rafe—. Esta noche tienes que permitirme hacer lo que quiera contigo —susurró.

Loretta le sostuvo la mirada desde muy cerca.

—Esto, esta noche, es mi turno para explorar y aprender qué es lo que te gusta. —Con una sonrisa seductora y persuasiva en los labios, ella se echó hacia atrás—. Es mi turno de demostrarte lo mucho que te amo —añadió con dulzura.

Rafe sintió que se inflamaba el pecho. Permaneció tumbado, buscó la mirada de Loretta y vio que las palabras habían sido pronunciadas de forma deliberada, no había sido ningún accidente, no había sido una afirmación hecha a la ligera, medio consciente.

Había querido decir cada una de esas palabras.

Tumbado de espaldas sobre la cama de Loretta, su mundo, su universo, se tambaleó, se estremeció.

Como si ella lo entendiera, regresó a su postura inicial sentada a horcajadas sobre los muslos de Rafe, cerró una mano sobre la agónica erección e inclinó la cabeza para tomarlo en su boca.

Rafe cerró los ojos y su cuerpo se arqueó. De su pecho surgió un gemido mientras ella lo tomaba más profundamente.

Mientras ella le confirmaba mediante sensaciones y placer todo lo que le había dicho.

Loretta se entregó a la tarea y descubrió hasta qué punto resultaba placentero para ella también. Tenerlo a su sensual merced era un puro placer. La sensación de control, de guiar en ese baile al menos hasta donde él se lo permitiera, era una clase diferente de disfrute.

Sujetándolo en su boca, chupando, deslizando la lengua alrededor de la sólida longitud, ella permitió que sus manos vagaran, se estiraran sobre el musculoso abdomen, sobre los anchos músculos del torso.

Poseyó tanto con las caricias como con la succión.

Encantada con su poder, con la respuesta de Rafe, prácticamente indefensa.

Ese hombre era magnífico y era suyo. Enteramente suyo. Había pasado el día pensando en la noche anterior, en lo que le había revelado y cómo. En lo que él le había enseñado sobre las distintas maneras de comunicarse en ese aspecto. En cómo devolverle el favor, el placer y la entrega sin palabras, la promesa, el juramento no pronunciado.

Esa noche, tal y como ella había afirmado, le había llegado el turno. El turno para comunicar ese compromiso sin palabras, ese juramento silencioso. Para adorar, para producir placer, para dar.

Al final, la presión de sus pasiones se hizo demasiado grande.

Loretta sintió la urgencia palpitando a través de Rafe, a través de ella, sintió el palpitar de la dolorosa necesidad entre sus muslos alcanzar proporciones febriles.

Soltándolo, se sentó sobre las rodillas, agarró las faldas del escandaloso regalo de Esme y, pronunciando un silencioso agradecimiento a su tía abuela, deslizó la prenda hacia arriba y se la sacó por la cabeza.

Rafe alargó las manos y le agarró la cintura. Ella presintió su intención de hacerla rodar hasta quedar debajo de él y se lo impidió sujetándole las muñecas con ambas manos.

—No. Así. —Avanzando un poco sobre las rodillas se colocó sobre el turgente miembro—. Sé que puede hacerse, enséñame cómo.

Rafe la agarró con más fuerza. Ella lo miró y vio la mandíbula encajada, los rasgos duros como el granito, los ojos de un ardiente color azul. Pero al poco soltó los dedos ligeramente y los deslizó hasta sus caderas.

Y le enseñó.

Cómo tomarlo, cómo envolver la dureza en su húmeda suavidad, cómo utilizar su cuerpo para acariciarlo flagrantemente.

Cómo cabalgar sobre él.

Rafe la sujetó, le enseñó, le mostró, la guio… Le enseñó a amarlo de esa manera.

Le enseñó a cabalgar sobre él hasta que los corazones de ambos latieron al unísono, hasta que sus alientos se convirtieron en entrecortados jadeos y sus sentidos giraron alocados.

Él se incorporó y agarró un tenso pezón con la boca chupándolo con fuerza. Loretta echó la cabeza hacia atrás y gritó mientras lo cabalgaba todavía más fuerte.

Hasta que él ardió en el seno de Loretta, ardiente y duro, y ella se tensaba cada vez más hasta que él embistió profundamente una última vez y, con una oleada de puro placer, ella se derritió.

Rafe soltó el pecho y deslizó los labios hasta los de Loretta, reclamó su boca en un ardiente beso. Inmovilizó sus caderas contra él y les hizo rodar a un lado y luego siguió hasta que ella quedó debajo de él.

Con una poderosa embestida volvió a introducirse completamente en su interior.

Y entonces fue él el que cabalgó.

Hacia una aplastante felicidad, hacia un exquisito olvido.

Hacia el cielo que los esperaba, el uno en brazos del otro.

En las profundidades de la fría noche, la mente de Rafe regresó a la consciencia. Su cuerpo permanecía sumido en una saciada y feliz calidez que no quería abandonar.

Y gracias a Dios no iba a tener que hacerlo. Abrazó con más fuerza a Loretta y respiró su olor, lo sintió introducirse en su mente y hundirse en sus huesos. Luego se relajó ligeramente. No había ninguna necesidad de sujetarla físicamente a él. Ella tampoco iba a marcharse.

Loretta había reclamado su turno, su derecho, lo había reclamado a él.

«Es mi turno de demostrarte lo mucho que te amo».

Ella había pronunciado las palabras en serio. Y al hacerlo había demostrado ser más valiente que él. Esa pequeña palabra de cuatro letras, amor, todavía encerraba el poder de hacerle tambalearse.

«Mi turno», había dicho ella. Y eso implicaba que sabía, que había interpretado correctamente y había entendido, todo lo que él había revelado inintencionadamente, sin poderlo evitar, la noche anterior.

Rafe permaneció inmóvil con el cuerpo de Loretta, cálido y saciado, acurrucado contra el suyo, y se preguntó cómo se sentía al respecto.

Si a pesar de no haber dicho esas palabras, de no haberlas pronunciado en voz alta… Si a pesar de ello Loretta lo sabía, y él sabía que ella lo sabía… ¿Adónde les llevaba eso?

Ella parecía saberlo.

Por desgracia, él no.

No estaba seguro de cómo enfrentarse a esa enorme y poderosa emoción que todo lo abarcaba, que algún antiguo estudiante en un ataque de idiotez había descrito con una palabra de tan solo cuatros letras.

Esa emoción era tan abrumadoramente poderosa que debería contener diecisiete letras, por lo menos.

Y, sin embargo, daba igual qué etiqueta se le pusiera, el resultado seguía siendo el mismo. No tenía ni idea de cómo admitirla, trabajar con ella, manejarla. No estaba seguro de qué significaba, de cómo le afectaría.

No sabía qué hacer al respecto, por ella, con ella.

Y, sobre todo, no estaba seguro de que él, siendo él, pudiera hacer gran cosa en absoluto.

La mañana llegó con distracciones, aunque no las que ninguno de ellos hubiera deseado.

Tal y como Julius le había indicado a Rafe, Loretta, Hassan, Rose y él permanecieron bajo cubierta mientras, poco después de un temprano desayuno, el *Loreley Regina* atracaba en el muelle de Bonn.

Una fina niebla colgaba sobre los muelles. El sol invernal se esforzaba por arrojar siquiera una fantasmagórica luz grisácea a través de las compactas nubes.

Poco después de que Julius y algunos miembros de la tripulación

partieran hacia los almacenes, otro tripulante bajó para comunicarles que la tripulación que permanecía montando guardia había visto hombres de aspecto indio que llevaban turbantes con pañuelos negros enrollados.

Rafe le dio las gracias y el hombre se marchó.

Los minutos avanzaron y la tensión creció.

Para aliviarla, Rafe sugirió jugar una partida.

Se reunieron en el salón, en el lugar habitual de la proa donde las ventanas a cada lado del barco permitían la entrada de suficiente luz como para poder ver.

El muelle discurría a lo largo del barco. Tras asomarse por la ventana, Loretta cerró las cortinas de encaje, ahorrándole a Rafe esa preocupación. Aunque algún sectario pasara junto a ellos, no podría verlos a través del encaje.

Y así se acomodaron para jugar.

Casi una hora después, oyeron regresar a los hombres.

—Ya tenemos todo lo que necesitamos —anunció Julius asomándose al salón y asintiendo hacia Loretta—. Entregué su carta en la oficina de correos, señorita. —Se volvió hacia Rafe—. Partiremos en breve, hay otro navío delante de nosotros que debe salir primero.

—Excelente. —Rafe se relajó y se reclinó en el sillón.

Julius se marchó y Rafe se volvió hacia Hassan.

—Si escapamos de aquí sin ser detectados…

Un fuerte golpe sonó en la estrecha pasarela del lado de estribor, el que daba al muelle. Al mismo tiempo, el barco se inclinó antes de volver a enderezarse. Había pocas dudas sobre lo que había sucedido.

Tanto Rafe como Hassan se pusieron de pie de un salto y se dirigieron hacia la puerta que conducía a la pasarela.

—¡No! —Loretta se volvió hacia ellos—. Id abajo. Quedaos en el pasillo donde no podrán veros.

Rafe y Hassan titubearon, atrapados por el instinto de defender y proteger.

—¡Aaah! —Rose se llevó una mano a la boca. Con ojos desmesuradamente abiertos señaló con la otra mano hacia el rostro color caoba pegado al ojo de buey, a la ventana sin cortina que daba al río.

Unos ojos negros los contemplaron. La aparición llevaba un turbante con un pañuelo de seda negro enrollado a su alrededor.

Rafe soltó un juramento y corrió hacia la puerta de la pasarela con Hassan pisándole los talones.

El sectario los siguió con la mirada antes de volverse y desaparecer hacia el muelle.

Loretta abrió de un tirón la cortina de la ventana que daba al muelle y se arrodilló en el asiento de ventana para intentar seguir al hombre.

Lo único que vio fue una bota que saltó al muelle y desapareció.

Pasaron cinco minutos antes de que Rafe y Hassan regresaran al salón. Al mismo tiempo, la proa del *Loreley Regina* enfiló hacia el río.

Los dos hombres se reunieron con Loretta y Rose en la parte delantera del salón y observaron desaparecer los muelles a sus espaldas mientras veían abrirse el río delante de ellos una vez más.

Cuando ya estuvieron en marcha, Loretta miró a Rafe.

Él le sostuvo la mirada, la suya cargada de preocupación.

—El muelle estaba abarrotado. Ellos… Había dos, desaparecieron antes de que ninguno de nosotros consiguiera apenas verlos.

Ella asintió y, con la sensación de que había algo más tras la tensión enormemente elevada de los hombres, enarcó las cejas.

Rafe exhaló y se mesó los cabellos.

—No solo saben que estamos en el río. Saben que estamos en este barco en concreto.

Y la secta también sabía que Hassan y él iban acompañados de dos mujeres. Rafe no lo había mencionado, pero de todos los aspectos que acababan de entrar en juego, ese era el que más pesaba sobre él.

Mantuvieron la vigilancia, una tensa vigilancia, a lo largo del resto del día. No divisaron a ningún probable sectario mientras se deslizaron frente a Colonia, pero en Dusseldorf sí que vieron a un solitario miembro de la secta sentado sobre un montón de cuerdas en el muelle.

El hombre vigilaba el río, aunque perezosamente.

Dada la velocidad del *Loreley Regina* río abajo, con el viento manteniéndose firme de popa, llegaron a la conclusión de que las noticias de su avistamiento en Bonn todavía no habían llegado tan al norte.

Más tarde, después de cenar, Rafe deambulaba de un lado a otro del salón del camarote principal. Rose había recogido sus cosas y se había instalado en el camarote de Hassan al final del pasillo, dejando el camarote principal para él y Loretta. Y teniendo en cuenta cómo se sentía, se lo agradeció.

—Con suerte, esperarán que abandone el barco dado que sé que nos han visto a bordo. —Rafe entornó los ojos y miró a Loretta, sentada en uno de los sillones. Sobre las rodillas mantenía en equilibrio un pequeño escritorio de viaje para damas, y llevaba escribiendo desde que se habían acomodado en el salón.

—Eso sería una suerte —ella levantó la vista y sostuvo la mirada de Rafe—, ya que vamos a tener que detenernos y echar el ancla todas las noches.

En esos momentos estaban anclados en lo que Julius había descrito

como una cuenca segura de comerciantes cerca de Duisberg. Los muelles de la ciudad estaban algo alejados, a lo largo del río más atrás, y las orillas estaban demasiado lejos, y las corrientes eran demasiado fuertes, como para imaginarse que ningún atacante nadaría hasta el *Loreley Regina*. Además, la tripulación estaba de guardia. Desde que habían visto al enemigo, incluso habían tenido a uno a bordo y lo habían visto escapar, estaban mucho más decididos a pelear. Rafe sabía que su grupo estaba todo lo seguro que podía estar con ellos, aun así…

Esa, sospechó mientras dibujaba una mueca con los labios y reanudaba su paseo por el camarote, era una de las consecuencias de esa emoción de cuatro letras.

Reprimiendo un suspiro, Loretta cerró su escritorio y lo dejó a un lado. Había estado intentando anotar ideas para su última viñeta de «*Window on Europe*», pero la imitación que estaba realizando Rafe de un animal enjaulado constituía una irresistible distracción.

Se levantó del sillón y bajó la luz de la lámpara hasta apagarla por completo, sumiendo la habitación en luz de luna y sombras. Rafe se detuvo mientras ella se volvía hacia él. Sonriendo con ironía, tanto para ella como para él, Loretta se acercó, le tomó una mano, entrelazó los dedos de la suya con los de él y lo llevó hasta su habitación.

Tras cerrar la puerta detrás de ellos, se volvió y se hundió en sus brazos.

Esos brazos se cerraron a su alrededor y Rafe agachó la cabeza hasta encontrar la de ella. Sus labios se unieron, se rozaron, se acariciaron antes de hundirse la boca de cada uno en la del otro, cada uno en el abrazo de otro, y permitir que el momento se apoderara de ellos.

Que la noche los envolviera, que la pasión creciera y los arrastrara, conscientes de que esa noche podría ser la última del viaje en el que serían libres para concederse esos momentos. En la que estarían lo suficientemente seguros como para permitírselo.

En la que podrían desnudarse el uno al otro, unirse y permitir que el placer los tomara.

Sin restricciones, sin frenos.

En la que podrían centrarse el uno en el otro, en sus deseos y necesidades, en satisfacer ambas cosas, en tomar y aferrarse a ese placer último, con absoluta concentración.

Terminaron destrozados, saciados y flojos, revueltos sobre la cama de Loretta.

Delicadamente, con esas tranquilizadoras caricias que únicamente los amantes podían compartir, se soltaron y se acomodaron para dormir.

Débil, y en paz, Loretta se sumió en un profundo sopor.

Rafe la abrazó.

Y escuchó los ruidos de la noche. El ocasional crujido, el silbido del viento. El casi silencioso golpeteo de las olas del río contra el casco.

Quizás estuviera saciado físicamente, pero mentalmente estaba demasiado tenso, demasiado en guardia, para poder dormir.

A medida que transcurrían las horas oscuras, su mente giraba en círculos. Al inicio de su misión, al inicio de ese largo viaje. A sus pensamientos y sentimientos de entonces. A cómo habían cambiado.

Un nuevo efecto de esa emoción innombrable.

De repente tenía mucho más que perder, algo tan preciado que lo daría todo, hasta su alma, por protegerlo. Ella, su vida, su amor… Era inviolable, algo que él no podía concebir que fuera lastimado jamás. Pero junto con esa profundamente anclada determinación llegó un anhelo, una esperanza más allá de cualquier otra esperanza, de que sobreviviría a los enfrentamientos que estaban por llegar para unir su vida a la de ella. Que viviría para tener una oportunidad de explorar todo lo que sentía por ella, el tiempo suficiente como para aprender a aguantar, a gestionar, a admitir y reconocer esa emoción tan poderosa, y manifestarla en voz alta, para ella.

Decir esas palabras y admitir la verdad que ya vivía en su corazón.

Que ya habitaba su alma.

Y era algo sobre lo que había estado equivocado. Cierto que con esa emoción llegaba una clase de vulnerabilidad que él, el guerrero que había en él, odiaba aceptar, pero al mismo tiempo esa emoción sacaba fuerzas de la esperanza, el anhelo y la determinación que generaba.

Una fuerza que no había sentido jamás, una que todavía no había puesto a prueba. Pero si su poder se parecía en algo a la emoción que la originaba…

Había muchas posibilidades de que lo averiguaría. Pronto.

Y junto con lo nuevo, esos sueños y esperanzas recientemente adquiridos, discurrían los imperativos más antiguos: su lealtad hacia los amigos, su deber para con su país y su devoción por conseguir vengar a James MacFarlane.

A medida que la débil luz grisácea del amanecer se filtraba al interior del camarote, Rafe abrazó con fuerza a Loretta y, con la mejilla pegada a los oscuros cabellos, pensó en esas cosas, en sus posesiones más preciadas, en sus juramentos más profundos.

Esas eran las cosas por las que lucharía, por las que se enfrentaría a la Cobra Negra. Y de todas ellas, aquello por lo que ofrecería su alma por mantenerlo a salvo, era su futuro con ella. Temerario jamás se había mostrado tan temerario con algo así.

Capítulo 16

Al día siguiente por la tarde ya habían abandonado el canal principal del Rin y navegaban por el Lek, el brazo del río que terminaba fluyendo junto a Rotterdam.

Rafe estaba de pie en el puente contemplando el paisaje fluvial que discurría ante ellos. Había acudido allí para preguntarle a Julius y a su tripulación qué podían esperar en cuanto llegaran a su destino. Aunque estaban a varios kilómetros del mar, Rotterdam era el mayor puerto marítimo de Europa y sus múltiples cuencas navieras alojaban flotas mercantes y de pesca de todo el mundo.

Si acaso, las corrientes fluviales se habían hecho más fuertes y el *Loreley Regina* avanzaba con rapidez empujada por una fuerte brisa. Aunque todos habían ayudado a montar guardia en los numerosos muelles de las pequeñas ciudades por las que habían pasado, además de vigilar el tráfico fluvial a su alrededor, no habían vuelto a ver a ningún sectario más.

Rafe asintió a Julius y se dirigió hacia la escalerilla. Una vez abajo, se encaminó hacia el salón para reunirse con Loretta, Hassan y Rose, que esperaban sentados en los sillones alrededor de la pequeña mesa que solían utilizar para jugar a las cartas.

—Dice Julius —les informó Rafe mientras se dejaba caer en el sillón junto al de Loretta— que llegaremos al puerto de Rotterdam mañana, a última hora de la tarde o por la noche temprano. Aparte de por los caprichos del viento y las corrientes, pronto vamos a tener que reducir la velocidad para abrirnos paso entre los navíos anclados en el río.

—¿Vamos a detenernos esta noche? —preguntó Hassan.

—Al parecer no va ser necesario. —Rafe negó con la cabeza—. Por cómo lo describe él, el río va a convertirse en una carrera de obstáculos, por este tramo todos los navíos suben con las luces de navegación, y es una práctica aceptada que los barcos continúen en movimiento hasta alcanzar su destino. Dicho lo cual, Julius está de acuerdo en que dirigirnos a los habituales muelles de pasajeros sería una estupidez. Dado que vamos a tener que aflojar la marcha durante los últimos tramos, sin duda los sectarios que haya en Rotterdam van

a ser advertidos de nuestra llegada antes de que lleguemos. Julius piensa que la secta nos tendrá preparado un recibimiento en el muelle habitual del *Loreley Regina*.

—¿Y qué alternativa tenemos? —preguntó Loretta.

—La opinión generalizada es que nos irá mejor si el *Loreley Regina* evita todas las cuencas destinadas a barcos de pasajeros y en cambio se desliza en alguna de las reservadas para los comerciantes. Al parecer, de vez en cuando algún navío más pequeño atraca allí para descargar el cargamento que ha transportado río abajo. La tripulación cree que es poco probable que la secta esté patrullando los muelles comerciales, sencillamente, hay demasiados para cubrirlos todos, incluso con un pequeño ejército.

Rafe hizo una pausa y torció el gesto.

—Sé por qué Wolverstone organizó la ruta de cada correo de manera independiente y con tanto secreto, pero ojalá, llegados a este punto, tuviera alguna idea de dónde están los demás y, sobre todo, si han pasado recientemente otros puertos en el continente, como Calais o Le Havre, o mejor aún, más allá, obligando así a la Cobra Negra a dispersar sus fuerzas disponibles a lo largo de la costa del Canal. Me encantaría saber si alguno, o todos ellos, han llegado ya junto a Wolverstone, o si todavía están en el terreno proporcionando una distracción activa, lo cual significará para nosotros la diferencia entre enfrentarnos a un disperso cordón de sectarios o tropezar de frente contra una fuerza coordinada.

—Los otros tres llevaban a cabo misiones señuelo. —Hassan se encogió de hombros—. Su razón de ser era apartar a la secta de nuestro camino.

—Cierto, pero… —después de una pausa, Rafe volvió a torcer el gesto— yo llevo la carta original y debe llegar a su destino. Creo que a partir de ahora vamos a tener que actuar bajo la suposición de que la Cobra Negra se enfrentará a nosotros con todas las fuerzas disponibles, y que eso va a suponer un significativo desafío.

Se hizo un profundo silencio mientras todos digerían la información, la consideraban, la visualizaban.

—Nuestro objetivo es llegar a Felixstowe la noche del veintiuno, dentro de tres días. Esa noche, nuestros escoltas se reunirán con nosotros en el Pelican Inn. Suponiendo que desembarquemos en Rotterdam mañana, la noche del diecinueve, eso nos proporciona dos días enteros para llegar a nuestra cita. De acuerdo con Julius y la tripulación, puede que tengamos suerte y encontremos un pasaje rápidamente para cruzar el Canal, en cuyo caso llegaremos a Felixstowe un día antes y tendremos que quedarnos en tierra allí o, y es lo que consideran más probable, necesitaremos ese día extra para encontrar un pasaje adecuado. Cruzar el Canal nos llevará entre diez y

quince horas, dependiendo del tipo de navío que consigamos, las mareas y los vientos predominantes.

Rafe miró a los otros tres, todos rostros ya familiares para él, incluso el de Rose.

—Supongamos que Julius nos deje sanos y salvos en uno de los muelles comerciales de Rotterdam mañana a primera hora de la noche. ¿Qué hacemos a continuación? ¿Cómo deberíamos seguir?

—Nuestra prioridad será encontrar un pasaje para continuar nuestro camino —contestó Hassan—. Quizás Julius y sus hombres puedan indicarnos qué zonas de los muelles serían las más adecuadas para encontrar un transporte para cruzar el Canal.

—Antes de llegar a eso —intervino Loretta—, hay otro aspecto que deberíamos considerar. —Miró a Rafe a los ojos—. Como bien has dicho, lo lógico es pensar que los hombres de la Cobra Negra estén por todas partes, buscándonos. De modo que antes siquiera de poner un pie en los muelles de Rotterdam, deberíamos reflexionar sobre si hay algún modo en que podamos reforzar nuestro disfraz.

—Pasado Düsseldorf —Rafe hizo una mueca—, el que viajemos juntos ya no nos proporcionará demasiado disfraz. Si ven a dos hombres altos con dos mujeres, se acercarán a husmear con más motivo.

—Bueno, aunque nos dejarais atrás, seguirían reconociéndoos a los dos —opinó Rose mientras asentía hacia Rafe y Hassan—, puede que incluso antes, de modo que no tiene ningún sentido sugerir que nos separemos de vosotros. —La afirmación era toda una declaración de beligerante intransigencia.

Loretta aplaudió mentalmente. Había estado a punto de hacer la misma observación, aunque más sutilmente. Después de estudiar el rostro de Rose, a Hassan se le ocurrió la idea de que él y Rafe se disfrazaran de marineros. Rafe concedió que podría funcionar, pero se preguntó si ello no supondría un mayor problema a la hora de asegurar un pasaje.

—Hay una cosa que sí podemos hacer para pasar más desapercibidos —sugirió Loretta al ver que los otros tres fruncían el ceño y se sumían en un silencio—, sobre todo si esta niebla permanece así de espesa alrededor de los muelles en Rotterdam.

Rafe se tensó ligeramente, sin estar seguro de si quería escuchar esa idea, pero finalmente enarcó una ceja.

—¿Qué?

—Podemos dividirnos en dos parejas y continuar por separado. —Ella se inclinó hacia delante—. Piénsalo, en esta zona, alrededor de los muelles, en las tabernas y los barrios navieros a los que tendremos que ir en busca de un pasaje para continuar, aparte de grupos de hombres, ¿qué es lo más habitual que se ve? —Ella misma respondió a la

pregunta—: Un marinero con una mujer para pasar la noche.

Rafe frunció los labios, aunque no discutió. Loretta estaba totalmente segura de que deseaba hacerlo, pero, en ese caso, su misión era lo primero.

—Estoy de acuerdo en que separarnos en dos parejas dificultará la defensa frente a un ataque, por una simple cuestión numérica —continuó ella para intentar allanar el camino del beneplácito de Rafe —. Sin embargo, a cambio tendremos más oportunidades de deslizarnos frente a los sectarios sin ser reconocidos, sin tener que defendernos contra ningún ataque en absoluto.

Loretta se reclinó en el asiento y levantó las manos.

—Tal y como yo lo veo, es la mejor opción que tenemos. Continuar juntos los cuatro sería tentar al destino, los sectarios en Rotterdam ya habrán sido advertidos de que tienen que buscar específicamente a nuestro grupo. Y dejarme a mí y a Rose atrás sería lo peor que podríais hacer.

Ni Rafe ni Hassan discutieron. Intercambiaron una prolongada mirada y, tras una tensa pausa, Rafe se volvió hacia ella.

—Digamos que en los muelles nos separamos. ¿Y luego qué? ¿Seguimos por separado hasta llegar a Felixstowe?

—Como dos parejas separadas tendremos muchas más oportunidades de llegar los cuatro al Pelican Inn —afirmó ella.

Rafe permaneció en silencio durante un minuto entero sin apartar la mirada de Loretta, antes de hacer un gesto de desagrado y asentir.

—De acuerdo. —Miró a Hassan—. Nos separaremos en el muelle y seguiremos nuestro camino buscando cada pareja el modo de cruzar el Canal.

Igual de reticente, Hassan asintió, se obligó a sí mismo a asentir.

—Si se dan cuenta de que nos hemos separado, al menos eso obligará a los sectarios a seguir dos rastros diferentes.

—Nada de heroicidades. —Rafe miró atentamente a su hombre de confianza—. Bajo ninguna circunstancia debes llamar la atención de la secta hacia ti.

—Puedes confiar en mí para asegurarte de que no lo haga. —Rose soltó un bufido.

La beligerancia de la doncella seguía muy activa. Pero en esa ocasión Rafe se sintió más relajado que confrontado, e inclinó la cabeza hacia ella.

—Si vamos a separarnos, deberíamos buscar pasajes en distintos barrios, Julius y la tripulación podrán aconsejarnos sobre eso. Pero también podemos poner en marcha otro grado de separación. —Rafe miró a Rose—. ¿Conoces la costa este de Inglaterra?

—Un poco. No muy bien.

—Harwich está frente a Felixstowe, al otro lado del estuario. Hay un

ferri que conecta ambos puntos con regularidad. Hassan y tú podéis dirigiros hacia Harwich y luego cruzar con el ferri. Loretta y yo iremos directamente a Felixstowe.

—Y nos dirigimos al Pelican Inn —dijo Hassan mientras se inclinaba hacia delante y juntaba las manos entre las rodillas—. ¿Y entonces qué?

—Los hombres con los que debemos encontrarnos son Christian Allardyce y Jack Hendon. La noche del veintiuno de diciembre, nos estarán esperando en el bar de la posada. Puedes confiar incondicionalmente en cualquiera de esos dos hombres, pero no debes fiarte de ningún otro.

—¿Cómo los reconoceremos? —preguntó Rose.

—Sospecho que son antiguos guardias reales —contestó Rafe volviéndose a Hassan—. Ya sabes qué aspecto tienen.

El corpulento pastún asintió.

—Hombres de la caballería, como tú. ¿Alguien más, por ejemplo, la secta, será capaz de adivinar que esos hombres, o algunos con esos apellidos, serán los que buscamos?

—Lo dudo —contestó Rafe después de considerar la pregunta y sacudir la cabeza—. No me imagino que alguien de la categoría de Wolverstone sea tan indiscreto. Si un inglés de la corpulencia adecuada se acerca y se presenta como Allardyce o Hendon, deberías poder confiar en que son quienes dicen ser. Pero, y no me cansaré de insistir en ello, no confiéis en nadie más. No sabemos qué amigos puede haber reclutado Ferrar para su causa.

—Iré a consultarle a Julius y a la tripulación sobre las diferentes zonas alrededor de los muelles —anunció Hassan tras una pausa poniéndose en pie—, y les pediré que nos recomienden diferentes modos de encontrar un pasaje a Harwich o Felixstowe. No les diré que tenemos intención de seguir por separado.

Rafe asintió y se levantó también.

—Yo voy a buscar los mapas. Quiero repasar los peligros a los que podríamos enfrentarnos. —Miró a Loretta y a Rose—. Volveremos a encontrarnos aquí dentro de media hora.

Las dos mujeres asintieron, se levantaron y siguieron a Rafe a la cubierta de los camarotes. Él entró en el suyo y Loretta condujo a Rose hasta el camarote principal.

—Deberíamos empezar a hacer el equipaje. Hablaré con Julius de la posibilidad de enviar mis baúles.

—Estaba pensando —Rose la siguió al salón y cerró la puerta— que quizás lo mejor sería que…, bueno, que no llevemos ningún equipaje. Nada que no podamos llevar fácilmente, y mejor si no nos hace parecer viajeros.

—Tienes razón. —Sorprendida por la sugerencia, Loretta asintió—.

Cuanto menos aspecto de viajeros tengamos, menos probable será que los sectarios se fijen demasiado en nosotros.

Loretta entró en su camarote.

—Veamos. —Abrió el armario y contempló su ropa antes de estudiar los dos baúles colocados contra la pared—. Si lo aplastamos todo bien, deberíamos poder meter todas mis cosas y las tuyas en los baúles. Yo llevaré mi bolsa de labores y tú puedes llevar tu bolsa de tejer, pero no llevaremos ni los bordados ni las lanas, sino las cosas indispensables que necesitaremos para unos pocos días.

Loretta miró a Rose y la vio asentir.

—Estoy segura de que las damas que encontraremos adonde quiera que vayamos estarán dispuestas a prestarnos algo de ropa.

Regresaron al salón media hora después y se encontraron a Rafe inclinado sobre varios mapas extendidos sobre la pequeña mesa. Hassan se reunió con ellos portando una lista de direcciones.

Tras debatir unos minutos, estuvieron de acuerdo en que Hassan y Rose alquilarían un coche para salir de Rotterdam. Rose se sentía más confiada con la idea de tratar con marineros ingleses de las flotas de barcos más pequeños que frecuentaban los muelles de la parte más baja del río. Julius y la tripulación les habían indicado una posada junto al muelle en la que seguramente encontrarían a algún capitán dispuesto a llevarlos a Harwich.

Rafe y Loretta permanecerían en Rotterdam y buscarían a algún capitán inglés en una de las tabernas que Julius había sugerido como más probables de alojar a las tripulaciones de navíos de pesca más grandes de la flota de Felixstowe.

Tras tomar la decisión, Rafe y Hassan especularon sobre los obstáculos que la secta podría colocar en su camino.

—Debemos esperar a que Ferrar haya contratado capitanes mercenarios para patrullar el canal. Nuestras esperanzas residen en que no se les haya ocurrido preocuparse por barcos pesqueros. —Rafe miró a Rose y a Hassan a los ojos—. Dicho lo cual, debemos sincerarnos con el capitán que contratemos, por lo menos hasta el extremo de hablarle sobre la secta y los posibles peligros. Necesitaremos el apoyo del capitán y su tripulación para evitar los barcos de los sectarios y, llegado el caso, escondernos de sus registros. No podrán ayudarnos si no conocen los detalles, de modo que les haremos partícipes. Ya sabes el enfoque que debes seguir: apelar a su sentido del patriotismo y —sacó unos sacos con dinero de los bolsillos — pagarles bien. La mitad al contratarlos, la otra al bajar del barco en Inglaterra, con la promesa de una considerable propina si nos llevan rápidamente, sin alborotar y, sobre todo, sanos y salvos.

Rafe dejó caer una bolsa grande de dinero delante de Hassan y otra algo más pequeña delante de Rose, que levantó la mirada sorprendida.

—En caso de que Hassan y tú os separéis —le explicó él—. Si eso sucediera, debes dirigirte a Felixstowe y el Pelican Inn. —Desvió la mirada hacia Hassan y luego hacia Loretta mientras dejaba caer otra bolsa más delante de ella—. Si algo sucediera y nos viésemos obligados a separarnos, allí volveremos a encontrarnos.

—Allí nos encontraremos todos —puntualizó Loretta mientras tomaba la bolsa y miraba a Rafe a los ojos antes de hacer lo mismo con Hassan y Rose—. En el Pelican Inn de Felixstowe.

Para cuando se hizo de noche y regresaron a sus respectivos camarotes, Rose y Hassan al suyo y Rafe detrás de Loretta a través del salón principal hasta el de ella, la tensión había escalado espectacularmente.

Habían dedicado las últimas horas a discutir diversos aspectos de lo que podría suceder. Al conocer la decisión de Loretta y Rose sobre el equipaje que llevarían con ellas, Rafe y Hassan decidieron hacer lo mismo. Dejarían las bolsas a cargo de Julius para que las enviara a Inglaterra y cada uno llevaría una bolsa de hombro, un indicativo visual de que eran mensajeros de la propia ciudad y no viajeros.

Tras oír a Rafe cerrar la puerta de su camarote, Loretta levantó las manos para arrancarse las horquillas del cabello. Su mirada aterrizó sobre los baúles ya llenos y preparados contra una pared. Era una señal de su inminente partida, y de los peligros que les aguardaban.

El viaje por los ríos, el relativamente lento paso por el Danubio, el más rápido por el Rin, les había conducido a esa situación, a los rápidos que les empujaban a toda prisa hasta los últimos y turbulentos días de la misión de Rafe mientras se dirigían de frente y atravesaban el desafío de la oposición que la Cobra Negra, les prepararía y lanzaría contra ellos.

No era sorprendente que estuvieran todos tan inquietos.

Que la tensión hubiera escalado en cada uno de ellos hasta tal nivel que trascendía todo artificio, arrancando todo velo social y mostrando la realidad bajo una luz inhóspita, violenta, intransigente.

Dejándoles inequívocamente seguros de lo que deseaban. De lo que necesitaban.

De lo que al final importaba.

Loretta dejó las horquillas sobre la mesilla junto a la cama y sus cabellos cayeron como un ondulante velo sobre los hombros y la espalda mientras se volvía y veía a Rafe quitarse el abrigo.

No se había molestado en encender ninguna lámpara. Aunque difuminada por la niebla del río, la luz de la luna era lo

suficientemente fuerte, aunque la suave luz iluminaba débilmente y dejaba en las sombras la expresión y la mirada de Rafe.

Loretta se acercó a él e inmediatamente sintió su atención dirigirse hacia ella. Fijarse en ella. Deteniéndose delante de él, lo miró a los ojos y se encontró con el azul verano oscurecido por la necesidad.

Sosteniéndole la mirada, Rafe se quitó el chaleco.

Ella posó las palmas de la mano sobre su torso y sintió el calor latente. La mirada de él descendió hasta sus labios y ella deslizó las manos hacia arriba sobre el pecho mientras se acercaba un poco más y él agachaba la cabeza.

Loretta se estiró y sus labios se encontraron.

Se besaron, pero de un modo diferente. Directo, abierto, resueltamente sincero. Sin armaduras, sin velos, sin tiempo que perder.

La pasión era un constante latido en sus venas, el deseo un calor que nunca les abandonaba del todo.

Ninguno de los dos buscaba ya negar el amor y el deseo.

Que se alzó y los llenó, una fuerza tangible que los atraía, que los gobernaba. Que les hacía arder.

Que hizo que Loretta rodeara el cuello de Rafe con sus brazos y se aferrase al voraz intercambio mientras la apretaba con fuerza contra él antes de deslizar las manos por su cuerpo, rápidamente, despojándola del vestido, las enaguas, la camisa… Antes de que ella se apartara y, con el calor y el deseo llameando bajo su piel, le devolviera el gesto.

Hasta que sus cuerpos se tocaron, piel con piel. Hasta que sus manos reclamaron, poseyeron, hasta que sus sentidos se tambalearon, cargados de placer, de felicidad, del uno con el otro.

Hasta que sus pulsos latieron y el hambre se convirtió en una voraz compulsión que los poseyó a ambos.

Cayeron sobre la cama en una maraña de extremidades y piel humedecida por la pasión. Él agarró las mantas y los tapó mientras la urgencia espoleaba, le separó los muslos mientras la pasión se encendía. Y se acomodó pesadamente entre ellos.

Sus miradas se fundieron. Desde una distancia de apenas centímetros él le sostuvo la mirada mientras sus alientos se mezclaban y sus sentidos clamaban.

El cuerpo de Rafe se apoyó ardiente y pesado sobre el de ella. Músculos duros y cubiertos de vello y huesos pesados la inmovilizaron, capturaron, debajo de él. Hasta que Rafe flexionó la columna.

Loretta contuvo la respiración con un respingo y se arqueó debajo de él mientras, con una larga y suave embestida, quedaban unidos. Le sostuvo la mirada y se aferró sin aliento a la llamada azul mientras él se retiraba y volvía a hundirse en su interior. Más profundamente. Con

más fuerza. Ella lo rodeó con los brazos mientras, acunada en los suyos, se abría a él, mientras levantaba las rodillas para sujetar los costados de Rafe y, abandonada y salvaje, dispuesta y segura, se entregaba a él y se rendía.

Al glorioso y potente poder que los unía.

Ella se sumergió en ese poder, mientras él se acomodaba a un incesante y palpitante ritmo de embestidas y retiradas, mientras ella cabalgaba con él. Mientras los ojos se le cerraban y se mecía al ritmo de Rafe, Loretta se estiró y posó sus labios sobre los de él, ofreciéndole su boca, atrayéndolo para que tomara, reclamara, saqueara.

Para que hundiera su lengua en su suavidad al mismo ritmo primitivo con el que se unían sus cuerpos.

Rafe pegó sus labios a los de ella, se hundió en la embriagadora dulzura de Loretta, en la provocadora lujuria de su boca, o la ardiente humedad de su vagina. Y saboreó.

Aferrándose a la promesa que envolvía al acto, a la aplastante felicidad de poseer libremente una recompensa como esa, tocó, se aferró tanto al asombro como a la esperanza.

La esperanza de que habiendo descubierto eso, habiéndolo reconocido y reclamado, tomado y aceptado, habiéndose unido tan irrevocablemente en cuerpo y alma a ella, ninguna entidad terrenal sería jamás lo suficientemente poderosa como para apartarlos.

El clímax descendió sobre ellos. Sus sentidos se expandieron arrollándolos y llenándolos, atrapándolos, hostigándolos y empujándolos sin esfuerzo, conduciéndolos, espoleándolos a toda prisa hacia la más alta de entre las más altas cumbres antes de romperlos y despedazarlos.

Destruirlos y luego socorrerlos.

Llenándolos con una sensación de gloria tan indescriptiblemente asombrosa que se hundió hasta sus almas.

Y los dejó flotando en la dicha, en paz.

Rafe se derrumbó sobre ella, abrazándola, con los labios pegados a la sien de Loretta en una promesa sin palabras.

Al final se apartó y se dispusieron a dormir, la cabeza de ella sobre su hombro, una mano extendida protectora sobre el corazón de Rafe, los brazos de él alrededor de ella, su mejilla contra sus cabellos.

Rafe depósito un último beso sobre la oscura seda antes de cerrar los ojos, y su mente susurró una esperanza para los peligrosos días que se avecinaban.

Esperaba. Rezó. Que el destino protegiera a los amantes.

Para que el destino cobijara bajo su ala a aquellos que amaban libremente.

Esa esperanza quedó en un lejano recuerdo cuando, tomando a Loretta de la mano, Rafe se detuvo en el muelle desierto junto a Hassan y Rose, y observó al *Loreley Regina* alejarse sobre el agua.

La niebla se cerró a su alrededor, tan densa que apenas había recorrido unos metros cuando el barco se convirtió en un fantasma. Unos pocos metros más y desaparecería por completo.

Había anochecido hacía poco, pero el muelle situado en una de las bahías comerciales de Rotterdam ya estaba silencioso, desprovisto de vida. Los almacenes estaban todos cerrados y los obreros hacía tiempo que habían regresado a sus hogares en las estrechas calles del barrio de los muelles. Los únicos sonidos que llegaban hasta ellos eran los lejanos ecos de las bocinas de las barcazas que pasaban por el río y el constante chapoteo del agua contra los pilones. La zona estaba débilmente iluminada por el brillo de las luces envueltas en la niebla de los barcos que se balanceaban en el muelle o que estaban anclados cerca. Unas ráfagas más grandes brillaban débilmente en las oscuras y neblinosas calles adyacentes.

Rafe miró a Loretta. La niebla los envolvía a ambos como unos gélidos dedos que se metían por debajo de sus ropas. Ella se estremeció.

Él se volvió a Hassan y le ofreció una mano. Su viejo amigo la estrechó.

—Tened cuidado. Y que Dios os acompañe.

—Lo mismo digo —respondió Hassan con solemnidad, y sus manos se separaron—. Nos vemos en Felixstowe.

Loretta y Rose se abrazaron con fuerza y, tras soltar a Rose, Loretta tiró de Hassan para abrazarlo a él también.

—Tened cuidado los dos.

Soltó a Hassan y se apartó.

—Cuida de él —susurró Rafe tras darle a Rose un breve abrazo—. No le dejes hacer ninguna estupidez.

—Así lo haré —contestó Rose en un susurro antes de alzar la voz—. Aseguraos los dos de llegar sanos y salvos a Felixstowe.

Rafe miró de la doncella a Hassan antes de asentir por última vez, tomar la mano de Loretta, darse media vuelta y echar a andar.

Al final del muelle, Loretta y él se detuvieron y miraron atrás, pero lo único que se veía era niebla.

Él tomó su mano con más fuerza y la miró a los ojos mientras ella buscaba su mirada.

—El secreto está en no preocuparse por cosas por las que no podemos hacer nada. A partir de ahora y hasta que lleguemos a Felixstowe, estaremos solos tú y yo, y debemos concentrarnos en permanecer vivos.

Ella lo miró durante unos segundos antes de apretar los labios y

asentir.

Loretta agarró su mano con fuerza y se volvió hacia la calle que tenían frente a ellos y, uno al lado del otro, se adentraron en Rotterdam.

Encontraron una de las tabernas que les había recomendado Julius. Todavía era temprano y el salón no estaba muy abarrotado. En un intento de pasar lo más desapercibidos posible, Loretta permitió que Rafe la acomodara en una pequeña mesa no muy lejos de la puerta, escondida contra la pared delantera. La mesa quedaba fuera del círculo de luz arrojada por las lámparas suspendidas por encima del bar. Ambos se aferraron a las sombras. Una camarera se acercó y pidieron pastel y cerveza. Loretta sentía curiosidad por la bebida, pero resultó ser tan amarga que arrugó la nariz y, cuando Rafe hubo vaciado su jarra, la cambió por la suya.

Él aceptó el intercambio con una mirada, pero no hizo ningún comentario. No estaban en la clase de taberna en la que uno podía pedir vino.

Para cuando terminaron de comer, la taberna empezaba ya a llenarse. Rafe cerró la mano sobre la de ella por encima de la mesa y la apretó delicadamente.

—Quédate aquí y mantén la mirada baja. Mira fijamente la jarra vacía y no sostengas la mirada de ningún hombre. Necesito hablar con el encargado del bar.

Ella asintió y, agradecida por las sombras, levantó la mirada lo suficiente como para seguir a Rafe, que se abría paso a través del cada vez más abarrotado salón hasta el bar. Llamó al encargado, pidió otra jarra de cerveza y se inclinó sobre la barra para comenzar lo que parecía una franca y animada conversación con el hombre.

Al final, el encargado del bar asintió y se volvió para atender a otro cliente.

Rafe regresó a la mesa. Dejó la jarra llena y se sentó en la silla.

—¿Qué has averiguado? —preguntó ella mientras se inclinaba hacia él y sus hombros se rozaban.

—Que Julius y la tripulación nos han aconsejado bien. Según el encargado, al menos hay tres capitanes de barcos pesqueros ingleses que seguramente se dejarán caer por aquí esta noche. Son habituales —le explicó él mientras daba un sorbo a la cerveza y miraba a Loretta a los ojos—. No quiero mencionar a más personas de las necesarias nuestra necesidad de cruzar el Canal, mucho menos adónde vamos, de modo que le he dicho al encargado que estaba pensando en contratar un suministro de pescado específico y le he preguntado qué sabía de los tres capitanes, cuánta experiencia tenían, cómo eran sus barcos, si

eran únicamente pescadores o si en ocasiones se dedicaban a otras actividades.

Rafe hizo una pausa antes de continuar:

—He elegido al más mayor, aunque no es demasiado mayor, solo de mediana edad, pero es dueño de una pequeña flota y nunca se le ha conocido por comerciar con bienes, mucho menos por llevar pasajeros.

—De modo que nadie esperará que uno de sus barcos transporte pasajeros.

—El encargado del bar ha acordado enviar al hombre hacia aquí cuando llegue. —afirmó Rafe sin apartar la mirada de la jarra.

—Entonces, ¿lo único que tenemos que hacer es esperar?

—Esperar y tener paciencia.

Cosa que no era fácil cuando los nervios le hacían saltar cada vez que se abría la puerta. Cada vez que entraba una ráfaga de viento helado, Loretta esperaba ver un rostro color caoba bajo un turbante envuelto en un pañuelo de seda negra mirar en su dirección. El rostro presionado contra la ventana del *Loreley Regina*, de oscuros ojos y brillo fanático, permanecía grabado en su mente.

Pasó una hora y únicamente la constante presión de la mano de Rafe sobre la suya permitió a Loretta soportarlo sin removerse en el asiento, ponerse de pie, o hacer algo que llamara la atención sobre ellos. Pero si él podía permanecer sentado entre las sombras, tan inmóvil que parecía apenas respirar, ella podría hacer lo propio.

—Aquí viene —anunció él al fin mientras se erguía en el asiento.

Un hombre de cabellos entrecanos y expresión severa, llevando una gorra de capitán, se abrió paso entre el numeroso grupo. Se detuvo delante de su mesa con una jarra de cerveza llena en una mano. Asintió hacia Rafe y deslizó la mirada hacia Loretta.

Olvidando las instrucciones de Rafe, ella le sostuvo la mirada y vio el ceño fruncirse lentamente desde los hundidos ojos. Recordó y apartó la mirada.

—¿Es Johnson? —Rafe llamó la atención del hombre.

—Así es —respondió el capitán tras mirarlo a los ojos—. Walthar, el del bar, dijo que quería hablar conmigo sobre pescado.

Rafe evaluó brevemente todo lo que consiguió ver en el rostro del hombre, todo lo que consiguió leer en su expresión y su pose. El riesgo parecía merecer la pena.

—Eso es lo que le he contado a Walthar. Sin embargo —empujó una silla con la bota—, si es un leal caballero inglés, le pediría que se sentara, escuchara mi relato y decidiera si puede ayudarme con lo que necesito realmente.

Johnson lo estudió durante una larga pausa antes de, con

movimientos lentos, dejar la jarra de cerveza sobre la mesa, sacar la silla, colocarla frente a Rafe y sentarse.

Cruzó los brazos sobre la mesa y, apoyándose en ellos, miró a Rafe a los ojos.

—Estuve diez años en la Marina, me licencié en el 13. Regresé con mi propio barco en el 15 para ayudar a llevar tropas a Waterloo. Estuve en lo peor de la batalla en La Coruña. —Miró a Rafe a los ojos y levantó la jarra—. ¿Y usted?

—Estuve allí, tanto en La Coruña como en Waterloo.

—Tiene aspecto de un hombre de caballería. —Johnson tomó un sorbo y preguntó—: ¿La guardia real?

Cuando Rafe asintió, Johnson frunció los labios y dejó la jarra sobre la mesa.

—¿Y bien? ¿Qué le ha traído hasta aquí, y qué puedo hacer por usted?

Rafe se lo explicó, con el suficiente detalle como para que Johnson captara la importancia de la misión, el peligro que suponía la secta de la Cobra Negra y sus miembros, y la urgencia de la situación, tanto suya como de Loretta.

Su opinión sobre Johnson demostró ser correcta. Tras ser informado de la implicación de Loretta, le dedicó una mirada en parte de admiración, en parte de desaprobación, en parte de protector paternalismo. Pero no hizo ningún comentario. Escuchó hasta que Rafe terminó. Entonces, se quedó mirando fijamente la mesa durante varios minutos antes de clavar la mirada en los ojos de Rafe.

—¿Y cómo sé que me está contando la verdad?

Rafe se abrió el abrigo lo suficiente como para dejar al descubierto la empuñadura del sable. Johnson la vio y la reconoció claramente.

—Aparte de eso —le explicó Rafe—, ¿qué posible beneficio podría obtener al inventarme un relato como este?

—En eso tiene razón. —Johnson hizo una mueca, vació la jarra y la dejó ruidosamente sobre la mesa—. De acuerdo entonces, ¿cómo puedo ayudar yo?

—Necesitamos llegar a Felixstowe lo más discretamente posible, y debemos estar allí como muy tarde la noche del veintiuno. ¿Podrá llevarnos?

Johnson miró a Loretta.

—¿Únicamente los dos?

—Sí. Solo nosotros dos. Nuestro grupo tuvo que dividirse para evitar ser detectados por la secta.

—Mi hijo —habló Johnson— capitanea mi barco durante los meses de invierno y mencionó que había oído algo sobre unos extranjeros que ofrecían grandes sumas por barcos, capitanes y tripulaciones dispuestas a navegar la costa bajo sus órdenes. —Johnson soltó un

bufido—. Le dije que no me interesaba recibir órdenes de nadie, mucho menos de extranjeros. Y él estuvo de acuerdo, pero dijo que otros habían aceptado el dinero. —Se encogió de hombros—. Algo comprensible, unas buenas ganancias para esta época del año.

—Seguramente serán los barcos que necesitaremos evitar.

—Eso es, bueno, la mayoría en ambas costas conoce mis barcos, sabe que yo solo trato con pescado. Con suerte, mi chico los llevará a tiempo a Felixstowe.

—¿Cuándo podremos zarpar?

—Ah. —Johnson se tiró del lóbulo de la oreja—. No será esta noche, ni mañana. Mis barcos, junto con el resto de la flota de Felixstowe, están ahora mismo en el Canal. Regresarán mañana por la tarde, pero con las mareas que hay es imposible sacar el barco, ni el mío ni el de nadie, hasta la marea de la madrugada de pasado mañana.

—El veintiuno —observó Rafe.

—Así es. Pero, si zarpan con esa marea de la madrugada, estarán en Felixstowe antes de que caiga la noche.

—Eso es todo lo que pedimos. —Rafe hizo una mueca, pero asintió —. ¿Dónde y cuándo podremos encontrarnos mañana?

—¿Aquí? —Johnson enarcó las cejas—. El muelle que utilizo no está lejos. ¿Qué tal a esta hora más o menos? Mi chico y yo estaremos aquí tomando una cerveza. Podemos encontrarnos y luego marcharnos juntos.

—Un plan excelente. —Rafe apuró su jarra y la dejó sobre la mesa mientras alcanzaba el bolso de las monedas—. ¿Cuánto suele ganar habitualmente en un día de pesca?

—No hace falta dinero. —El capitán sacudió la cabeza—. Lo haré, bueno, haré que Ned les lleve basándome en su historia.

Sin embargo, Rafe insistió, y cuando Johnson sugirió a regañadientes una cifra, le entregó el doble de esa cantidad.

—Quizás piense que se lo debe a la patria, pero no debe a su hijo a nuestra causa, ni a su barco, y va a ser peligroso.

Johnson contempló el dinero, sacudió la cabeza con resignación y lo aceptó.

—No puedo decir que no me venga bien, pero el chico estará encantado de participar en algo de acción. Demasiado joven para Waterloo, eso era, pero siempre ha tenido una inclinación por hacerse el héroe.

—No hay necesidad de decírselo a Ned —Rafe miró a Johnson a los ojos—, pero estoy seguro de que entenderá que espero que nuestro viaje resulte completamente vacío de sucesos. —Alargó una mano hacia la jarra de Johnson—. Permítame invitarle a otra cerveza y brindaremos por ello. —Se levantó de la mesa y miró a Loretta—. Casi es la hora de retirarnos a nuestro alojamiento.

Loretta sonrió a Rafe antes de concentrarse, encantadora, en Johnson mientras Rafe se dirigía al bar.

—Pensé que habías dicho que íbamos a encontrar un alojamiento. Bueno, dijiste «retirarnos a nuestro alojamiento», pero supuse que te referías a eso. —Tras deambular por innumerables calles empedradas colgada del brazo de Rafe y haciendo todo lo posible por imitar el comportamiento que pensaba tendría una mujer de los muelles, Loretta no pudo contener cierto tono mordaz en su voz.

—Yo pensaba lo mismo, hasta que pasamos junto al primer par de sectarios y comprendí que estaban vigilando de cerca los hoteles y las posadas. Y reservar una habitación encima de una taberna podría resultar aún más peligroso. —Sobre todo porque lo último que quería hacer era llamar la atención sobre ella.

Avistando el peligro frente a ellos, Rafe atrajo delicadamente a Loretta hacia él, inclinó la cabeza y la empujó contra un hueco ante una entrada sin luz. La besó apasionadamente y buscó que ella respondiera.

Rafe oyó acercarse pisadas a su espalda, detenerse… Le hizo cosquillas a Loretta para que se retorciera, y los ahogados sonidos que escaparon de los labios que tenía pegados a los suyos produjeron una impresión totalmente equivocada. Para resultar más convincente, le agarró el trasero por encima del abrigo y las faldas y apretó descaradamente.

Las pisadas se reanudaron, pasaron de largo y siguieron calle abajo. Cuando consideró que los sectarios estaban lo bastante lejos, Rafe levantó la cabeza.

Junto con Loretta, buscó, pero los sectarios ya había desaparecido en la niebla. Segundos después estaban fuera de su vista.

Él dejó escapar el aire, se apartó, tomó la mano de Loretta, enganchó su brazo del suyo y reanudó la marcha.

—Tenemos que abandonar las calles. Cuanto más tiempo estemos aquí fuera, menos parejas habrá y más destacaremos y atraeremos su atención.

Después de unos segundos, ella se acercó.

—Esa zona cerca de los muelles de la que venimos —murmuró, acariciando la garganta de Rafe con su cálido aliento—, ¿no mencionó Julius que era el barrio de los comerciantes de lana?

—Hay una gran cantidad de lana que entra y sale de Rotterdam en barco —contestó él mientras asentía.

—Entonces debe haber almacenes de lana. —Rafe la miró y ella sonrió—. Si buscamos cobijo en uno, por lo menos estaríamos calientes.

Encontrar un almacén de lana les llevó otros quince minutos, pero la búsqueda los apartó de la zona que estaban patrullando los sectarios, una muy buena idea. No les llevó demasiado esfuerzo abrir la puerta del almacén. Aparte de una formación más convencional, en Eton Rafe había aprendido a abrir cerrojos.

Loretta, sin embargo, se mostró impresionada.

Mientras él inspeccionaba el almacén, comprobando si había más puertas, ella se dedicó a saquear balas abiertas para construir un esponjoso colchón sobre el que descansar y hurtar más vellones para hacer una pesada manta bajo la cual podrían tumbarse.

Al final, deslizándose bajo las improvisadas sábanas que ella había simulado con los abrigos, Rafe agradeció sinceramente que fuera una mujer comprensiva y llena de recursos.

Loretta se acurrucó contra él. Rafe levantó un brazo y la atrajo hacia sí para que pudiera apoyar la cabeza sobre su hombro, lo cual hizo antes de suspirar y relajarse contra él.

Después de unos segundos, ella levantó la cabeza, le besó la barbilla y volvió a acomodarse.

—Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que me despertarás dentro de una hora o así para que pueda montar guardia y tú puedas dormir un poco.

Rafe la miró fijamente.

—Sí, lo he deducido. —Loretta soltó un bufido ante el silencio de Rafe—. No podemos dormir los dos a la vez por si acaso los sectarios nos encontraran. Uno de los dos necesita estar despierto en todo momento. —Giró la cabeza y lo miró a través de las sombras—. Confío en ti para que mantengas la guardia mientras yo duermo. Y lo justo es que tú hagas lo mismo, necesitas dormir. Dios sabe a qué podríamos enfrentarnos mañana y tú, más que yo, necesitarás estar en plena forma.

Loretta le sostuvo la mirada.

—Así que prométeme que me despertarás y me dejarás montar guardia mientras tú duermes.

Mujer de recursos, comprensiva y demasiado inteligente. Atrapado en su mirada, él no pudo hacer otra cosa que asentir.

—De acuerdo. Te prometo que te despertaré.

La sonrisa de Loretta mereció la pequeña capitulación. Radiante, lo caldeó.

—Bien. —Ella dio una palmada sobre el pecho de Rafe, apoyó la cabeza una vez más, extendió reconfortantemente los dedos sobre su corazón.

Él la sintió sonreír y la oyó desearle buenas noches en un susurro.

Reticente, Rafe también sonrió, aunque… besó sus cabellos y, con

un brazo doblado bajo su cabeza, contempló el techo y se dispuso a montar guardia.

Loretta lo zarandeó poco antes del amanecer.

Rafe se despertó de inmediato y sintió sus labios pegados a la oreja.

—He oído a alguien pasar silbando —susurró ella—. No se detuvieron aquí, pero sospecho que será mejor que nos pongamos en marcha.

Él asintió y, a regañadientes, apartó las maravillosamente cálidas mantas. Se levantaron y rápidamente se pusieron los abrigos, recogieron las balas de lana, dejándolas tal y como las habían encontrado, y salieron a hurtadillas del almacén.

Se dirigieron hacia los muelles, los mismos muelles de comerciantes a los que habían llegado. Los pescadores y los peones se levantaban al amanecer y las tabernas cercanas a los puertos estaban abiertas y dispuestas a proporcionar contundentes desayunos.

Rafe eligió una taberna algo más elegante que las demás y, tras una rápida inspección, se arriesgó a alquilar una habitación y pidió agua caliente para poderse lavar y utilizar las instalaciones. Al regresar abajo, les aguardaba un sustancioso desayuno en el pequeño salón.

Después de desayunar, se sentían mucho mejor.

Pero en cuanto salieron de nuevo a la calle vieron sectarios.

—¿Me lo estoy imaginando? —preguntó Loretta mientras salían de otro escondite en el que se habían ocultado para evitar ser vistos—, ¿o son incluso más que ayer?

—Son más —contestó Rafe mientras le tomaba un brazo con gesto severo. No quiso añadir que algunos de los que habían visto esa mañana eran asesinos de la secta. Su aparición implicaba un significativo deterioro de su situación y la de Loretta—. Tenemos que encontrar cobijo, algún lugar en el que poder pasar el día razonablemente seguros.

Pues completamente seguros era algo que ni siquiera era capaz de imaginar.

Pero encontrar un sitio así…

—Dijiste que los sectarios no son cristianos. —Loretta lo miró—. ¿Qué probabilidades hay de que registren una iglesia?

Cuando Rafe la miró, ella señaló hacia una pequeña iglesia de piedra encajada entre dos edificios.

—Merece la pena intentarlo. —Él enarcó las cejas y miró discretamente a su alrededor—. No hay ningún sectario a la vista. Veamos si la puerta está abierta.

Lo estaba. Pasaron todo el día en los bancos traseros de la iglesia, rodeados de la calidez de la madera vieja, el frío de la piedra y el olor

mohoso de los misales y reclinatorios. La iglesia permaneció tranquila, el silencio imperturbable, y ellos se turnaron para echar siestas, estirándose a lo largo del banco y apoyando la cabeza en el regazo del otro.

Abandonaron la iglesia cuando desaparecían las últimas luces del día y la niebla empezaba a espesarse una vez más. Siguiendo un camino tortuoso y enrevesado, regresaron a la taberna donde habían acordado reunirse con Johnson, volviendo sobre sus pisadas a menudo para asegurarse de que nadie los seguía, y luego rodeando la taberna hasta que Rafe estuvo seguro de que Johnson no los había traicionado de ninguna de las maneras posibles, intencionadamente o sin querer.

—No hay sectarios vigilando —anunció él al fin—. Entremos.

Se dirigieron a la misma mesa que habían ocupado la noche anterior. La misma camarera les sirvió la misma comida.

Por poco apetecible que le resultara el pesado pastel de cordero, Loretta se obligó a comer. Iba a necesitar energía para lo que fuera que les aguardara. Lo último que quería era desmayarse de hambre en algún momento crítico.

Rafe parecía mucho menos sensible a los defectos de la comida. Rompió la reseca masa, vació el relleno y se lo comió sin pestañear.

Loretta picoteó un trozo de algo indefinible bañado en una espesa salsa.

—Supongo que las comidas durante tus años en el Ejército serían mucho peores.

—Mucho peores —contestó Rafe después de tragar un pedazo de pastel y contemplar lo que tenía en el plato.

—¿Y qué fue lo peor? —Si conseguía que él siguiera hablando, quizás sería capaz de comerse el pastel sin pensar demasiado en ello.

La sonrisa de Rafe sugirió que había entendido y le regaló descripciones de platos que convertían el poco apetitoso pastel en algo delicioso en comparación.

Al final consiguió dejar el plato adecuadamente limpio. Rafe había pedido cerveza aguada para ella, que la bebía a sorbos, agradecida por poder sustituir el sabor del guiso de cordero por el menos desagradable del lúpulo.

La hora de la cena ya había pasado hacía rato y la taberna volvía a estar abarrotada cuando apareció Johnson. Él los vio, asintió hacia ellos, pidió cerveza para él y para el joven que lo acompañaba y, con las jarras en la mano, avanzaron hacia la mesa de Rafe y Loretta. Con respetuosos saludos, sacaron dos sillas y se sentaron.

—Este es mi hijo, Ned. —Johnson inclinó la cabeza hacia el hombre más joven—. Él los llevará hasta Felixstowe, y malditos sean esos

paganos.

Ned parecía absolutamente encantado y Rafe suspiró para sus adentros.

Empezaba a sentirse demasiado viejo para cuidar a jovencitos imberbes. El último al que había instruido fue… James.

El recuerdo le hizo ponerse más serio. Se apoyó sobre la mesa y buscó la mirada de Ned.

—No se equivoque. Puede que parezcan pesos ligeros, pero manejan los cuchillos como demonios. Son peligrosos. Sería un error pensar lo contrario.

La sonrisa de Ned se esfumó ligeramente, aunque asintió, todavía ansioso.

—Hemos visto a unos cuantos de camino aquí. Habitualmente hay tantos indios y personas parecidas en los muelles que no les di importancia hasta que papá me señaló los pañuelos negros.

Rafe asintió y desvió la mirada hacia Johnson.

—Siempre que conozca al enemigo y respete de lo que son capaces.

—Es lo bastante firme tras el timón —Johnson sonrió—, nunca tiene miedo. —Palmeó orgulloso a su hijo en el hombro—. Y bien, he consultado las mareas y podremos zarpar al alba. —Miró a su alrededor, a los numerosos marineros que lo rodeaban—. Se me ocurre que lo mejor sería permanecer aquí hasta la hora del cierre a medianoche, y después dirigirnos directamente al muelle.

Sin dejar de sonreír, Ned asintió.

—He dado órdenes para que el barco esté preparado para zarpar en cuanto suba la marea.

Rafe miró a Loretta. Estaban a un paso de Felixstowe y la seguridad de los guardias que los esperaban. Albergaba pocas dudas de que en cuanto establecieran contacto con los hombres de Wolverstone, pasara lo que pasara, saldrían adelante.

—Es un buen plan. —Se volvió hacia Johnson y asintió antes de alzar la jarra hacia ambos—. Estamos en sus manos.

Todos bebieron, pero un altercado hizo que los otros dos hombres se volvieran. Rafe vio que se trataba únicamente de dos marineros echando un pulso y devolvió su atención a Loretta.

Mirándola a los ojos, viendo crecer la esperanza, todavía controlada, pero encontró su mano bajo la mesa, la apretó y se acercó hacia ella.

—Espero que Hassan y Rose hayan tenido la misma suerte en encontrar un pasaje hasta Harwich.

—¿Quién sabe? —Ella le devolvió el apretón—. Dependiendo de a quién hayan encontrado para llevarlos, puede que ya estén allí.

—Siempre nos queda la esperanza. —Rafe levantó la mano de Loretta y se la llevó a los labios para besarla fugazmente. Era evidente

que no hablaba únicamente de Rose y Hassan.

Ella lo supo. Ella sonrió.

—Así es.

Capítulo 17

El barco de Johnson, un pesquero de arrastre de buen tamaño, recibía el nombre de *Molly Ann*.

Embarcaron a la hora más fría y negra de la noche, poco después de que las campanas de la ciudad dieran la una. La niebla se había aclarado hasta cierto punto, lo suficiente como para ver el agua negra del río ondulando bajo la pasarela.

Tras conducirlos a bordo, Ned les presentó a la tripulación, todos más de su edad que de la de su padre. Johnson le dio una palmada a Ned en la espalda, recomendó a la tripulación que se mantuvieran vigilantes y, deseando con cierta brusquedad a Rafe y a Loretta que se mantuvieran a salvo y que la misión de Rafe se completara con éxito, se marchó.

Ned llevó a Rafe y a Loretta hasta la proa, donde una sección triangular diseñada para albergar un ancla delantera se extendía de un lado a otro, creando un pequeño compartimento abierto debajo.

—Este seguramente es el mejor lugar para los dos. Podrán verme al timón —Ned se volvió para señalar—, pero estarán fuera de la vista de cualquier otro barco, y protegidos del viento y de las salpicaduras del agua también.

Un joven marinero apareció corriendo con un puñado de cojines. Hizo una reverencia y los colocó en el espacio indicado, aplastándolos rápidamente. Tras erguirse, se sonrojó.

—Es lo menos que se puede hacer, ya estarán lo bastante apretados ahí.

Loretta sonrió y le dio las gracias, lo que le hizo sonrojarse aún más. A continuación, ella inclinó la cabeza elegantemente hacia Ned y se dejó caer antes de acomodarse bajo el saliente.

Rafe le dio las gracias a Ned y se reunió con ella.

Viéndolos a ambos escondidos, Ned sonrió, saludó y se alejó para supervisar su barco.

Rafe sonrió para sí mismo y percibió la mirada inquisitiva de Loretta.

—El entusiasmo de la juventud.

Ella lo tomó del brazo y acarició suavemente el lugar en el que el vendaje seguía cubriendo la herida. Iba a perderse un día de curas. Rafe posó una mano sobre la de ella y se acomodó para observar a la tripulación en acción.

Levaron anclas y se deslizaron lejos del muelle mientras las campanas daban las dos. Ned condujo el barco entre otros anclados en la cuenca. Pasaron junto a muchos otros navíos de pesca de tamaño medio que se estaban preparando para navegar, pero ninguno se había puesto en marcha todavía.

El *Molly Ann* fue el primer barco en alcanzar el canal principal. Con las velas izadas y engullida por la negra noche, las lámparas iluminando las oscuras aguas, navegó sobre el río hacia el mar.

Sentado junto a Loretta, Rafe se removió inquieto. Ella lo miró y lo vio sujetarse las rodillas con los brazos mientras miraba hacia todas partes, y sintió su frustración por no poder ver lo que había a su alrededor, y por tanto no poder prepararse adecuadamente ante el peligro.

—En cuanto nos reunamos con nuestros escoltas, ¿qué pasará? —preguntó ella mirando al frente—. ¿Tienes alguna idea de adónde nos llevarán, o cuándo?

—Supongo —Rafe frunció el ceño—, estoy seguro de que al final nos escoltarán hasta donde nos espere Wolverstone, pero no sé dónde está ese lugar ni cuándo iremos allí —le explicó mientras reflexionaba —. Dado que yo soy el portador del documento esencial, uno pensaría que querrían llevarnos inmediatamente hasta Wolverstone, pero estando los otros tres seguramente cerca también, puede que sea necesario retrasarlo. En cuyo caso habrán dispuesto otro lugar para ocultarnos, un lugar muy defendible contra un ataque de la secta. —Se interrumpió antes de hacer una mueca—. Lo cierto es que en cuanto nos reunamos con nuestros guardias, nuestro futuro inmediato estará en sus manos.

—¿Y qué pasará cuando hayas entregado el documento a Wolverstone?

—Eso es todavía más difícil de predecir. Puede que le lleve algún tiempo centrar la atención necesaria sobre Ferrar.

—¿Y qué vas a hacer mientras esperas? Casi estamos en Navidad, de modo que, suponiendo que hagas llegar la carta a Wolverstone en los próximos días, ¿luego qué? —Ella lo miró a los ojos.

Rafe le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de fruncir los labios y mirar al frente.

—Como ya he mencionado, no he informado a mi familia de mi regreso. Dados los riesgos del viaje, me pareció mejor esperar hasta llegar a salvo a Inglaterra y que mi misión estuviera completada. Ya habrá tiempo de sobra para hacerles saber que he vuelto. De modo

que no me están esperando para Navidad. —Él la miró—. ¿Y tú qué?

—Mi familia esperaba que Esme y yo regresáramos hace un mes —Loretta sonrió—, pero ya la conocen y no les sorprenderá que no aparezca. Una carta dirigida a mi hermano y hermanas para hacerles saber que Esme y yo estamos a salvo, dónde estamos, y que debido a una misión patriótica esencial que implica al duque de Wolverstone me he visto retenida, pero que en breve volveré a casa, servirá para disipar las preocupaciones. En efecto —abrió los ojos desmesuradamente—, una carta como esa les provocará una curiosidad sin límites.

Rafe le tomó una mano, y la acunó entre las suyas.

—Entonces, ¿qué harás en Navidad?

—Había pensado pasarla contigo. —Ella lo miró a los ojos y sonrió con dulzura—. Si te parece bien.

—Me parece bien. —Él se llevó la mano de Loretta a los labios y le besó los nudillos—. Esta Navidad y la siguiente, y todas las Navidades que vengan, me gustaría que las pasaras conmigo, a mi lado.

—Bueno, entonces —Loretta inclinó su hombro contra el de él—, ya tenemos algo a lo que aspirar.

No dijeron nada más, limitándose a permanecer sentados en un agradable silencio mientras reflexionaban, al menos eso esperó ella, sobre su futuro juntos, mientras planeaban, imaginaban…, en lugar de darle vueltas a los peligros y amenazas que en esos momentos se interponían entre ellos y todo lo que deseaban.

Vieron la luz de un faro y sintieron el oleaje del mar levantar el casco, y supieron que habían abandonado el continente y cruzaban el Canal mismo.

Desde su posición en la proa, vieron a varios miembros de la tripulación llamar la atención de Ned sobre algo situado hacia estribor.

Dejando el timón en manos de su primer oficial, Ned tomó un catalejo, miró, pero se encogió de hombros. Tras hablar con sus hombres, recuperó el mando del timón.

Poco después, cuando el barco avanzaba a través de las olas y el amanecer se había convertido en un pálido brillo en el horizonte al este, Ned se acercó a la proa. Llevaba el catalejo en la mano y se detuvo junto al escondite.

—Menos mal que han permanecido fuera de la vista. —Mantenía la mirada levantada como si estuviera observando las olas, pero inclinó la cabeza hacia estribor—. Había indios con pañuelos negros a bordo de una flotilla de barcos, vigilando todos los navíos que venían de la desembocadura del río, y también aquellos que partían de la costa. Sin

embargo, no nos dedicaron, ni a nosotros ni a ningún otro barco pesquero, más que una mirada superficial. Repasaron las cubiertas con la mirada, pero no se molestaron en acercarse. Estaban pendientes de los barcos de pasajeros, los ferris y las lanchas privadas. Los vi colocarse junto a una de ellas, asomarse sobre la barandilla y mirar a todos los pasajeros.

Rafe intercambió una mirada con Loretta antes de volverse hacia Ned.

—¿Están siguiendo a los barcos o permanecen en la costa?

—Permanecen en la costa, siguen buscando. Los hemos dejado muy atrás, pero algunos de esos barcos son rápidos y lo mejor será que se mantengan fuera de la vista.

—Eso haremos. —Rafe hizo una mueca de desagrado ante la idea, pero no había ninguna alternativa.

Ned asintió casi imperceptiblemente.

—Al menos los vientos son mejores de lo que había esperado, vamos a una buena velocidad, más deprisa de lo que pensaba. A este ritmo deberíamos estar en Felixstowe a última hora de la tarde.

—Excelente. —Rafe vio a Ned regresar al timón y miró a Loretta, sosteniéndole la mirada azul mientras enarcaba las cejas—. Parece que nuestra suerte se mantiene.

La luz del día se deslizaba hacia un ocaso gris, y la brisa había aumentado hasta convertirse en un viento gélido que llevaba la promesa del hielo y la nieve, cuando Ned abandonó el timón y, catalejo en mano, se acercó a la proa. A medida que se acercaba, Rafe vio la preocupación en su rostro, en su mirada.

Y supo que su suerte se había terminado.

Ned se detuvo junto a la proa con la cabeza levantada y levantó el catalejo como si estuviera mirando al frente.

—¿Qué sucede? —preguntó Loretta.

Ned contestó sin mirar hacia abajo.

—Hay una fila de barcos, de arrastre, yates, incluso fragatas, entre nosotros y la costa. Parece que hay alguna clase de bloqueo. —Hizo una pausa antes de continuar—: Hay hombres a bordo de todos esos barcos, no solo la tripulación. Algunos son rufianes ingleses de una calaña u otra, pero otros son extranjeros, de aspecto indio con turbantes y pañuelos negros como los de antes. Los marineros guían los barcos, pero son los otros hombres los que dan las órdenes. Están parando y registrando todos los barcos del continente que viajan por este tramo.

—¿Están registrando físicamente los barcos? —preguntó Rafe.

—Sí. Y no somos lo bastante rápidos como para escapar de ellos.

Rafe soltó un juramento. Estirando las piernas, empezó a masajear los músculos agarrotados.

—¿A qué distancia estamos de Inglaterra?

—Cerca —contestó Ned—. Ni siquiera hace falta el catalejo para ver la línea de la costa, la espuma de las olas al romper.

—¿Y a qué distancia estamos del barco enemigo más cercano?

—Más o menos a una milla náutica.

—¿Dónde estamos situados exactamente con relación a la costa? —Rafe frunció el ceño.

—Aguarde un momento. —Ned se dio media vuelta—. Iré a buscar un mapa.

Para cuando regresó y, agachándose, desplegó el mapa sobre la cubierta frente al escondite, Rafe se moría de ganas por ponerse de pie.

—Estamos aquí. —Ned miró por encima de la borda y volvió a señalar—. El barco más cercano, el que espera para interceptarnos, está aquí.

Para sorpresa de Loretta, Rafe únicamente dedicó una fugaz mirada al mapa antes de levantar la vista, estudiar el cielo y volverse hacia Ned.

—En estas condiciones, ¿podría girar hacia el sureste?

—Pero ellos nos seguirán —contestó Ned mientras asentía y fruncía el ceño—, no podremos dejarles en tierra hasta llegar a Walton, y ellos nos abordarán mucho antes de que lleguemos allí.

—No vamos tan lejos. —Rafe se estiró, miró por encima de la borda al barco que tenían delante y volvió a sentarse para concentrarse en el mapa—. Necesita tomar este rumbo. —Trazó una ruta sobre el mapa —. Déjeles pensar que se dirige hacia el sur hasta Walton, pero al pasar frente a la embocadura de Hamford Water, si nos baja por la borda en el bote de tingladillo, yo remaré hasta la costa. En cuanto estemos lo bastante cerca, las olas nos empujarán, y con la marea a nuestro favor, nos harán entrar con facilidad. Mientras tanto, usted y su tripulación seguirán su camino. El barco que nos sigue, nos seguirá a nosotros, no a ustedes, y podrán continuar hasta Walton o regresar al mar, lo que mejor le parezca. —Rafe le entregó una bolsa con el resto de la tarifa acordada y una considerable propina antes de mirar de nuevo hacia el navío que aguardaba por delante—. Si intentan seguir al bote de tingladillo, encallarán, de modo que lo único que podrán hacer será mandar una barca de remos tras nosotros.

—Pero… —La preocupación de Ned estaba claramente marcada en su rostro. Miró a Loretta y de nuevo a Rafe—. Hamford Water es una ciénaga. En cuanto atraviese la desembocadura y deje atrás el Naze, le resultara difícil encontrar el camino.

—A no ser que tengas un tío observador de aves que cada verano, y

durante años, solía arrastrarte por todo Hamford Water. —Rafe miró a Loretta y la expresión en su rostro, en sus ojos, le recordaron que su apodo era Temerario. Él sonrió—. Jamás pensé que me sentiría tan agradecido al tío Waldo, pero… —se volvió hacia Ned— ya sea de día o de noche, soy capaz de orientarme allí.

Ned titubeó antes de acceder al plan.

Loretta no discutió. Un vistazo sobre la borda hacia el navío que se acercaba cada vez más, hacia las figuras envueltas en pañuelos negros sobre la borda, le bastó para estar dispuesta a abandonar el barco de Ned cuando Rafe diera la orden.

Los siguientes minutos discurrieron en rápidas preparaciones mientras el bote de tingladillo, suspendido sobre el agua en la popa, era izado a bordo y preparado para bajarlo sobre el lado de estribor.

Loretta se sintió conmovida por la sinceridad de la tripulación, que se detuvo junto al escondite para despedirse con inclinaciones de cabeza y desearles buena suerte.

A continuación, Ned, que se había retirado al timón y observaba de cerca el barco que se acercaba, lanzó una advertencia e hizo girar el timón a la izquierda.

La proa del *Molly Ann* giró sobre las olas. La vela giró y fue ajustada por unas hábiles manos antes de inflarse, tensarse, y lanzarlos a toda velocidad.

—Vamos. —Rafe tomó a Loretta de la mano y salió del estrecho hueco—. Tenemos que prepararnos para saltar por la borda.

El ocaso se deslizaba hacia la noche cuando Rafe saltó desde la barandilla del barco hasta el bote de tingladillo, que se balanceó suspendido sobre las rápidas olas.

Agarró el lado de la pequeña barca, la estabilizó y, plantando los pies bien separados, se levantó y estiró los brazos mientras la tripulación le pasaba el bolso de hombro y la bolsa de bordados de Loretta. Dejó ambas cosas bajo el asiento y, apoyando las piernas contra el borde del barco, levantó los brazos hacia Loretta.

Era muy peligroso intentar una maniobra así mientras el barco navegaba a toda vela, saltando cada vez que tomaba una ola, pero no tenían elección. Mucho mejor enfrentarse a ese peligro que a los sectarios del barco que los seguía, pisándoles los talones.

Rafe alzó los brazos mientras Loretta era levantada sobre la borda por uno de los miembros de la tripulación. El hombre la sujetó hasta que ella puso los pies en el saliente exterior de la cubierta, y no la soltó hasta que se agarró firmemente a la barandilla. Loretta aguantó unos segundos antes de mirar a Rafe a los ojos.

—Vamos, cariño, yo te agarro.

Loretta se inclinó hacia delante y se dejó caer. Rafe la atrapó, se tambaleó, pero consiguió dejarla firmemente sobre el bote. Oyó el suspiro de alivio cuando, con los pies por fin sobre la barca, ella se soltó de su agarre y se dejó caer sobre el banco trasero.

Él se sentó rápidamente frente a ella, comprobó los remos y miró a su alrededor. Hacia delante. A través de la creciente penumbra, vio la espuma del agua allí donde las olas rompían en la costa, pero de repente vio una sección relativamente libre de espuma, la abertura Hamford Water, y de nuevo la espuma surgir de las olas que rompían contra la costa del promontorio sur.

Rafe levantó la mirada. El primer oficial estaba de pie junto a la barandilla, escudriñando en la misma dirección. El hombre gritó a Ned, e inmediatamente el barco redujo la velocidad antes de apartarse rápidamente mientras la vela principal era aflojada.

Rápidamente volvió la vista atrás, hacia el barco perseguidor. Poco antes había empleado el catalejo para echar un vistazo y casi deseó no haberlo hecho. A bordo del barco no solo viajaban sectarios, sino también asesinos. Sin duda, iban a perseguirlos.

Sin embargo, de momento, Ned y su tripulación habían navegado lo suficientemente deprisa como para proporcionarles a Loretta y a él una oportunidad razonable de llegar hasta la ciénaga. Después de eso, Rafe iba a tener que confiar en sí mismo para eludir a los mortíferos perseguidores.

El barco continuó aflojando la marcha.

Por fin, el primer oficial dio la orden y la tripulación que esperaba en los cabestrantes se puso a la tarea.

—¡Agárrate fuerte! —le advirtió Rafe a Loretta.

Ella se agarró a los lados del bote de tingladillo hasta que los nudillos se le pusieron blancos mientras este caía con un fuerte tirón, poco a poco, hasta que tocaron el agua con un sonido de chapoteo.

Con rápidos movimientos, los marineros soltaron las cuerdas.

Utilizando un remo, Rafe se apartó del lado del barco antes de levantar una mano y saludar.

—¡Gracias! ¡Marchaos!

Agarró los remos, se inclinó y con todas sus fuerzas impulsó la barca a través del fuerte oleaje. En cuanto el bote consiguió un cierto ritmo y se deslizó fuera de la corriente del barco, las olas les empujaron hacia delante.

Se oyó un grito deseándoles buena suerte. Loretta se giró y levantó la mano para despedirse.

La vela principal del barco volvió a llenarse y el pesquero se alejó, aumentando poco a poco la velocidad.

Loretta se giró en la otra dirección y escudriñó a través de la creciente oscuridad.

—El otro barco se está acercando, pero creo que está aflojando la marcha.

Rafe levantó la vista y lo confirmó.

—Necesito que vigiles esa costa y me guíes para que pueda remar sin tener que mirar a mi alrededor.

Loretta se colocó inmediatamente mirando al frente, y con la vista fija en la costa.

—¿Ves la torre a tu izquierda?

—Sí. ¿Una torre alta y redonda?

—Esa es la torre Naze. Debemos mantenerla a nuestra izquierda e intentar alcanzar el espacio más a su derecha, donde el agua fluye de manera diferente, más plana, porque entra en la costa sin encontrar ningún obstáculo contra el que romper. ¿Podrás indicarme?

—Sí. —Loretta alzó la voz—: ¡Lo veo! De momento, está prácticamente detrás de ti en línea recta.

—Bien. Las olas van a apartarme ligeramente del rumbo, dime hacia qué lado debo ir para corregir la dirección y seguir dirigiéndonos hacia ese punto.

Volvió a concentrar sus fuerzas en remar mientras ella mantenía la vista fija en la orilla, redirigiéndole de vez en cuando un poco a la derecha para mantener el rumbo.

Y porque estaba frente a la orilla y tan absorta, no vio el barco que los perseguía, una pequeña fragata, acercarse cada vez más antes de virar hacia el sur, aflojar la marcha y detenerse, meciéndose sobre las olas. Estaba claro que el capitán era un lugareño que conocía los bancos de arena y las engañosas aguas poco profundas en la embocadura de la ciénaga.

Mientras remaba, Rafe rezaba para que el capitán, conocedor de la ciénaga, convenciera a los sectarios de que no tenía ningún sentido perseguirlos. Pero su oración quedó sin respuesta. A través de la creciente espuma, mientras se acercaban a la costa, vio dos barcas de remos ser descolgadas por un lado de la fragata, con dos sectarios remando en cada una de ellas y un asesino en cada proa.

Mientras soltaba un juramento para sus adentros, redobló sus esfuerzos.

Loretta señaló una nueva corrección y él se echó hacia atrás, tirando de los remos a través de las olas y sintiendo que cedían, que la resistencia de repente se aflojaba a medida que cruzaban la línea donde el oleaje se encontraba con las aguas más tranquilas de la ciénaga.

La cresta de una última ola atrapó el casco, lo levantó y lo lanzó deslizándose entre los dos cabos.

Rafe miró a su alrededor localizando desesperadamente los puntos de referencia mientras, con más desesperación aún, elaboraba los

planes a seguir.

Cuanto más profundamente se adentraban en la ciénaga, más oscura se hacía la noche. La densa negrura, sin rastro de luz de luna, ni siquiera un destello fosforescente, jugaba a su favor. Para alivio de Rafe, los recuerdos regresaron con facilidad y lo guiaron. Lo único que necesitaba era ver las tierras que lo rodeaban para tener una noción razonable de dónde estaban. Dibujadas contra las estrellas, las formas despertaron recuerdos, incluso en la persistente oscuridad.

Sus sentidos recordaron los diferentes sonidos del agua mientras se deslizaba suavemente bajo el casco y le indicaron dónde era más profundo el canal, o si se había acercado demasiado a una loma pantanosa. Con los remos comprobó la profundidad del agua antes de impulsarlos hacia delante.

Aunque en esa zona él contaba con la ventaja del terreno, en cuanto había visto a los asesinos en las barcas de remo, había descartado cualquier idea de intentar eliminar a sus perseguidores. Si hubieran sido cuatros sectarios, seguramente lo habría intentado, pero seis en total, siendo dos de ellos asesinos, sería demasiado arriesgado. Aunque no tuviera a Loretta con él.

De modo que sus armas tendrían que ser el sigilo y la astucia. Tenía que emplear ambas para conseguir toda la ventaja posible sobre sus perseguidores, suficiente para permitirles escapar.

Solo Dios sabía qué los aguardaba más adelante, se enfrentaría a los problemas de uno en uno. Por lo menos, tras haberlos abandonado durante varias horas, la suerte se había vuelto de nuevo a su favor. El viento había aumentado silbando entre los juncos, el inquietante sonido ahogando el de los remos.

Desde que se habían adentrado en la ciénaga, ni Loretta ni él habían hablado. Ella había mirado en su dirección, pero él le había sostenido la mirada haciéndole una señal para que se mantuviera en silencio. Los sonidos viajaban demasiado bien sobre el agua, con viento o sin él. Ella se había dado la vuelta en el banco de popa, manteniéndose vigilante, mirando hacia atrás sobre la ciénaga a sus espaldas.

Rafe remaba lo más deprisa que se atrevía, lo que en esas condiciones no era demasiado deprisa. Tenía que detenerse constantemente para comprobar los puntos de referencia que recordaba, para asegurarse de que estaba donde pensaba que estaba, en el canal en el que creía estar. Lo último que necesitaban era dirigir el bote contra algún banco de arena y tener que volver a reflotarlo.

Por los gritos y juramentos que llegaban hasta ellos empujados por el viento, al menos una de las barcas perseguidoras había encallado, accidentalmente o a propósito, y descubierto que había poca tierra

firme. En la oscuridad era fácil confundir las fangosas islas de la ciénaga con tierra firme.

Rafe siguió con tenacidad el rumbo que tenía en la cabeza, el que almacenaba entre sus lejanos recuerdos. Sombrío, tenso, rezó para que los canales y las islas no hubiesen cambiado demasiado en la década y media que hacía que no los veía.

Su alivio llegó cuando alcanzaron la desembocadura del arroyo, más o menos donde él pensaba que deberían. Giró la proa del bote en su dirección e, inclinándose hacia delante, remó con más fuerza empujando la pequeña embarcación corriente arriba.

Poco a poco las orillas del arroyo se cerraron en torno a ellos.

Loretta se permitió a sí misma respirar con un ligero alivio. Las orillas eran lo bastante elevadas como para ocultarlos, y el arroyo seguía su curso, escondiéndolos de cualquier perseguidor. Era como viajar por un túnel abierto que cortaba la tierra. Poco a poco comprendió que el arroyo se hacía cada vez menos profundo. Se preguntó adónde los estaba conduciendo Rafe, pero ni siquiera en esos momentos quiso arriesgarse con una pregunta en voz alta. Aunque habían evadido a sus perseguidores, no podían estar muy lejos.

Al doblar otro recodo apareció un malecón a lo lejos, una masa negra y más densa contra el cielo nocturno.

Loretta miró a Rafe y señaló. Él miró por encima del hombro y asintió, cambió el rumbo y enfiló hacia el malecón.

Hábilmente hizo girar el bote y lo deslizó lentamente en silencio, adentrándose en las sombras del malecón. Por detrás, la tierra se elevaba y aún más adelante se distinguía un tejado de paja dibujado contra el cielo nocturno. Tras desarmar los remos, Rafe se levantó, agarró la escalerilla de tablones fijada a un lado del malecón, le volvió a hacer una señal a Loretta para que se mantuviera en silencio y le indicó con la mano que se levantara. Ella obedeció mientras él la ayudaba a ponerse en pie y luego sujetaba el bote mientras trepaba.

Una vez en el malecón, Loretta se volvió y tomó la bolsa de bordado y el bolso de hombro que Rafe le pasó. De inmediato sintió el peso y comprendió que llevaba con él el sable enfundado, pistolas y munición. Ninguna otra cosa podría pesar tanto.

Rafe subió ágilmente la escalerilla y reclamó su bolso. Tras recorrer la zona con la mirada, se pasó el asa por la cabeza y un hombro, y se agachó para amarrar el bote.

Loretta levantó la vista hacia el cielo. La luna al fin había salido, pero estaba casi oculta por las nubes que pasaban sin cesar. Únicamente se filtraba una débil luz.

Rafe se levantó y le dio un rápido y tranquilizador abrazo antes de soltarla, tomarle una mano y echar a andar rápidamente por la herbosa orilla, alejándose del arroyo.

Ante ellos apareció una pequeña aldea, unas pocas casas ocultas tras setos y una pequeña posada con una tienda al lado. Ella leyó el cartel sobre la puerta de la posada: *Beaumont Arms*.

Rafe continuó su marcha, pasando frente a la posada, y siguió por un camino bordeado de más cabañas esparcidas por doquier. Detrás de las cortinas de algunas ventanas se veía luz.

Loretta tiró de la mano de Rafe. Cuando él la miró inquisitivamente, ella señaló hacia la cabaña más cercana.

Él miró, pero sacudió la cabeza y se acercó a ella para susurrarle:

—Está demasiado cerca del arroyo y el bote de remos. —Miró hacia delante, por el camino, y se volvió hacia ella—: Conozco un lugar en el que podemos escondernos —añadió en un susurro.

Y por si acaso ella necesitaba que la convenciera, desde lo lejos llegó a sus oídos un juramento llevado por el cambiante viento.

Ella asintió, agarró la mano de Rafe con más fuerza y, junto a él, se adentró rápidamente en la noche.

Rafe condujo a Loretta hasta Stones Green, una aldea todavía más pequeña a casi dos kilómetros al norte del malecón de Beaumont. Aunque habían partido de un camino, él había trepado enseguida por una cerca para continuar campo a través antes de salir a otro camino.

Coronaron una elevación y, mientras descendían, vieron las primeras cabañas al frente, pero antes de llegar a la primera, él hizo un brusco giro a la izquierda por un sendero tan estrecho que sería prácticamente impracticable incluso con la calesa más pequeña. Los arbustos espinosos casi se juntaban sobre su cabeza.

Rafe esperaba que el atajo que había tomado les hiciera ganar tiempo suficiente.

Y esperaba con aún más fuerza, en realidad rezaba, para que su tío Waldo no hubiese fallecido mientras él había estado en ultramar. Caminó rápidamente hacia un enorme abeto que se alzaba oscuro y denso a un lado del sendero. Agachándose bajó las frondosas ramas que prácticamente tocaban el suelo, condujo a Loretta hasta el diminuto porche de la cabaña escondida al abrigo del árbol.

Se agachó y deslizó los dedos detrás de la hiedra que tapizaba los muros de la cabaña y los introdujo en la grieta que había en una esquina del porche. Sintió un inmenso alivio al tocar el metal. Sacó la llave y la encajó en la pesada cerradura, la hizo girar y abrió la puerta.

Loretta lo miraba fijamente. Él la hizo pasar y la siguió al interior. Loretta se detuvo de inmediato. La estancia, el salón, permanecía en total oscuridad. Rafe apoyó una mano en su espalda y la urgió a entrar un poco más antes de cerrar la puerta silenciosamente y echar el

cerrojo.

Volviéndose hacia la estancia, hacia Loretta, que no era más que una sombra más densa delante de él, murmuró:

—Espera aquí. Abriré las cortinas de las ventanas del otro lado, eso debería dejar entrar algo de luz.

No gran cosa, aunque lo suficiente para que ellos, que ya tenían los ojos acostumbrados a la noche, vieran lo suficiente como para evitar los muebles.

Rafe cruzó la estancia sin toparse con nada, abrió las cortinas y se volvió. Bajo la aumentada iluminación, vio a Loretta mirando a su alrededor.

—¿Una lámpara? —Ella lo miró.

—Todavía no —contestó él mientras señalaba hacia una mesita.

—¿Todavía nos siguen? —Loretta se quedó helada.

—No lo sé, pero no quiero correr ningún riesgo. —Él señaló hacia las escaleras que conducían hacia la planta superior—. Hay un dormitorio arriba, desde allí podremos ver el sendero.

Ella asintió y, agarrando la bolsa, esperó a que él la guiara por el salón y escaleras arriba.

—Este es el refugio de mi tío Waldo —le explicó él. El dormitorio estaba tal y como lo recordaba—, un entusiasta observador de aves. Y aquí es donde se aloja cuando viene a estudiar las aves de la ciénaga.

La escalera estaba iluminada por una pequeña ventana en el descansillo, pero el dormitorio estaba en total oscuridad. Loretta esperó en la entrada hasta que Rafe abrió las cortinas que cubrían las ventanas que daban al sendero. La poca luz que se filtraba al interior bastó para que ella viera la enorme cama apoyada contra una pared. Dejó la bolsa a los pies de la cama y se acercó a Rafe, que miraba por la ventana.

«¿Podrían vernos?». Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero al acercarse a la ventana, Loretta comprendió que había poco peligro de que eso sucediera. Las pesadas ramas del abeto colgaban por delante de la ventana. Aunque ellos podían ver a través de las acículas, dudaba que nadie que mirada desde el sendero pudiera verlos a ellos.

—Desde el camino no se ve la cabaña —murmuró Rafe como si le hubiera leído la mente—. Los árboles la tapan.

El aliento de Rafe resultaba cálido sobre la oreja de Loretta, que buscó su mano, la agarró y dirigió la mirada hacia la elevación en la que el camino que conducía a la aldea resultaba claramente visible.

Pasaron cinco minutos sin que sucediera nada antes de que Rafe se acercara más a ella.

—¿Por qué no te tumbas en la cama y descansas? —murmuró—, yo vigilaré durante un rato antes de acompañarte.

Loretta titubeó, pero desde que habían dejado de moverse, el cansancio se había abatido sobre ella.

—De acuerdo —aceptó—, pero avísame si ves algo.

Rafe le apretó la mano antes de soltarla sin apartar la mirada del sendero. Oyó crujir la cama y luego el suspiro de Loretta.

Rápidamente se volvió hacia ella, la vio tumbada de lado, una mano bajo la mejilla, los ojos cerrados, envuelta en el abrigo, y regresó a la vigilancia del camino.

Estaba demasiado oscuro para ver la hora en su reloj de bolsillo. Supuso que debería haber pasado media hora cuando dos hombres aparecieron en la elevación, casi corriendo por el camino hacia abajo. Al ver la aldea ante ellos, redujeron la marcha y la inspeccionaron antes de seguir rápidamente hacia delante pasando por el desvío del sendero y dirigiéndose hacia las casas que resultaban visibles.

En ningún momento miró ninguno de los dos hombres hacia el refugio de Waldo.

La casa ya era lo suficientemente difícil de encontrar a plena luz del día, se dijo Rafe a sí mismo, aunque todavía esperó lo que cálculo fue media hora más antes de aceptar que estaban temporalmente a salvo. Apartándose de la ventana, se descolgó el bolso y se tumbó en la cama junto a Loretta.

Bendijo mentalmente a Waldo, se estiró y cerró los ojos.

Oyó la suave respiración de Loretta y sonrió para sus adentros.

En un segundo se había quedado dormido.

En una casa solariega a las afueras de Needham Market

Alex despertó al oír el sonido de una pequeña campanilla de latón.

Todavía estaba oscuro, supuso que era noche tardía, ni siquiera al amanecer. Alguien había encendido una pequeña lámpara y la luz se extendía por la habitación.

Alex se sentó y miró hacia la fuente de la luz. M'wallah estaba a los pies de la cama, su oscuro rostro impasible.

Incluso antes de que Alex enarcara las cejas, Saleem se asomó desde detrás de M'wallah.

—Carstairs ha llegado.

Alex esperó antes de preguntar con voz severa:

—¿Y…?

—Siguiendo sus órdenes, el barco en el que viajaba fue perseguido y apartado de su rumbo, pero antes de que nuestro navío pudiera abordarlo, Carstairs fue descolgado por un lado del barco en un bote de remos. Llevaba con él a una mujer, tal y como informaron nuestros hombres en Bonn, pero no había señal alguna de su hombre, el pastún,

ni de la otra mujer. —Saleem fijó su oscura mirada en el poste de la cama junto a la cabeza de Alex—. Nuestros hombres les dieron caza, seis hombres en dos barcas de remo, dos asesinos entre ellos. Siguieron a Carstairs hasta lo que resultó ser una ciénaga. Al principio nuestros hombres no encontraron el camino y, cuando lo hicieron, Carstairs ya se había alejado mucho. Los dos asesinos siguieron en una barca, esperando alcanzarlo, y enviaron a los demás de regreso para informar. El correo que enviaron acaba de llegar con las noticias.

Alex permaneció sentado perfectamente inmóvil durante un instante antes de soltar un bufido, apartar las mantas a un lado y alargar una mano hacia su bata.

—Y, exactamente, ¿dónde llegó a tierra? ¡Mostrádmelo!

En escasos minutos, un mapa estuvo desplegado sobre la mesa del comedor de la vivienda. Alex se inclinó sobre él.

—Aquí —señaló Saleem tras consultar con el agotado correo en su lengua materna—. Aquí llegó a tierra. Pero todavía no sabemos hacia dónde se dirigió después.

Alex estudió el detallado mapa desde las ciénagas del norte.

—Dices que el barco en el que viajaba se dirigía al sur, de modo que iba hacia Harwich o Felixstowe.

De nuevo Saleem habló con el correo antes de informar.

—El capitán del navío que contratamos, el que persiguió al suyo, dijo que el barco en el que viajaba Carstairs pertenecía a la flota pesquera de Felixstowe.

—Felixstowe… —Alex enarcó las cejas—. De modo que lo más probable es que estemos en lo cierto al pensar que se dirige hacia aquí.

Pasó un largo rato. Ni M'wallah ni Saleem eran tan estúpidos como para interrumpir las reflexiones de la Cobra Negra.

Alex al fin se irguió.

—Quiero a todos nuestros hombres en el terreno, todos excepto mi guardia y vosotros dos. Nosotros esperaremos aquí, en el centro de nuestra tela de araña. Quiero que los hombres, todos, convoquen a todo el que esté en otra parte, y establezcan con ellos un cordón, una red lo suficientemente tupida como para que nadie pueda pasar sin ser observado. Desde aquí —un largo dedo golpeó sobre un pueblo al norte de Stowmarket—, hasta aquí. —El dedo dibujó un camino hacia el suroeste hasta Sudbury—. Sabemos que el titiritero se encuentra en alguna parte al norte y el oeste de esta línea, de modo que, para llegar hasta él, Carstairs tendrá que cruzarla.

Alex se volvió hacia Saleem.

—Quiero que nuestros hombres se sitúen en una línea, lo suficientemente cerca como para mantener contacto visual los unos con los otros. Cuando Carstairs cruce nuestra línea, quiero que lo

atrapen, y quiero ser informado. De inmediato.

Los oscuros ojos de Saleem brillaron mientras inclinaba la cabeza.

—Será como ordene, Ilustrísima.

—Márchate. —Cuando Saleem se hubo ido, Alex se volvió hacia M'wallah—. Aquí tenemos una buena posición, lo bastante cerca de nuestra línea para poder llegar rápidamente y con facilidad. No hay ninguna necesidad de trasladarnos.

—¿Y su guardia? —M'wallah hizo una profunda reverencia—. ¿Qué debería decirles?

—Que vayan afilando las espadas. —Alex sonrió antes de devolver su atención al mapa mientras la expectación y la anticipación crecían en su interior—. Este es el juego final que jugaremos con el titiritero. Ya ha comenzado y no tengo ninguna intención de perder. En cuanto Carstairs llegue a nuestra línea, en el instante en que toque nuestra tela de araña, será atrapado, y como la araña alertada, nosotros nos dirigiremos hacia allí. La élite, encabezada por Saleem, tú y yo. Triunfaremos.

Alex volvió a estudiar el mapa

—El titiritero —murmuró— no se imagina que podamos desplegar a tantos hombres en el terreno. No sabe que hemos adivinado la situación de su guarida, y por tanto podemos predecir la dirección que debe tomar este último y esencial correo. De modo que, al seguir mis órdenes, vamos a hacer lo inesperado. —Alex sonrió—. Y tal y como he demostrado tan a menudo, lo inesperado suele ganar.

Capítulo 18

Rafe despertó y vislumbró el cielo al otro lado de la ventana, entre las ramas encorvadas del abeto, iluminarse hasta adquirir un tono gris perlado. Mientras observaba, las nubes pasaban por delante, más oscuras, más espesas, claramente amenazadoras, pero por lo menos no llovía.

Giró la cabeza y miró a Loretta, que seguía dormida a su lado. Tenía la sensación de que no se había movido en toda la noche, y él seguramente tampoco.

Echando a un lado el abrigo, hundió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó el reloj de bolsillo. Eran casi las seis y media de la mañana. Le dio cuerda al reloj y se lo volvió a guardar.

Su movimiento había movido a Loretta, que se giró y abrió los ojos. Sus miradas se encontraron y la expresión de Loretta se suavizó.

—Supongo que los perdimos —dijo ella mientras bostezaba y rodaba de espaldas.

—De momento. Nos siguieron dos asesinos, pero se dirigieron directamente camino abajo. No tenían ni idea de que habíamos parado aquí. —Rafe contempló el techo y consideró sus pensamientos antes de continuar—: Tengo la desagradable sospecha de que yo soy el último en llegar, el último correo en desembarcar en Inglaterra. Si yo fuera Wolverstone, habría hecho eso, utilizar a los demás para despejar el camino y dejarme a mí, con el documento esencial, para el final. Y, con suerte, encontrar menos resistencia.

—¿Menos resistencia? —Loretta volvió la cabeza y lo miró fijamente —. Pero si ya hemos visto muchísimos sectarios.

—Exactamente, y la Cobra Negra no solo está invirtiendo hombres en nosotros, dinero también. Organizar dos bloqueos navales, uno a cada lado del Canal, debe de haber costado una fortuna. Eso sugiere que la Cobra Negra está desesperada. Que para ese villano es imperativo evitar que yo llegue hasta Wolverstone, o pase el documento de algún modo. —Rafe la miró a los ojos—. Van a hacer cualquier cosa, lo que haga falta, para detenerme.

Loretta encajó la mandíbula y miró hacia la ventana.

—En ese caso, será mejor que nos pongamos en marcha. Cuanto antes nos encontremos con tus escoltas, mejor.

Él la condujo escaleras abajo, alerta, desconfiado, pero no encontraron ninguna sorpresa esperándolos. Utilizaron la bomba de la cocina para lavarse, tiritando ante el mordisco del agua helada.

Era evidente que Waldo hacía mucho que no pasaba por el refugio. No había comida de ninguna clase en los armarios. Con las mejillas sonrosadas por el frío, completamente despiertos, pero tristemente hambrientos, salieron de la cabaña, cerraron la puerta y dejaron la llave de nuevo en su escondite.

—Cuando todo esto haya terminado, me gustaría conocer al tío Waldo —afirmó Loretta.

—Cuando todo esto haya terminado, voy a regalarle una botella mágnum de su *whisky* favorito.

—¿Hacen mágnum de *whisky*?

—Estoy seguro de que se les podrá persuadir para que lo hagan. —Rafe le tomó una mano, se colgó la bolsa del hombro y echó a andar por el sendero.

No de regreso al camino, sino alejándose de él.

Llevando su bolsa en la otra mano, Loretta miró hacia atrás antes de fijar la mirada en el rostro de Rafe.

—¿Cuál es tu plan?

—Anoche faltamos a la cita en el Pelican. Dudo que Allardyce y Hendon abandonen Felixstowe, por lo menos no de inmediato. Dado que yo no sé dónde encontrar a Wolverstone, necesitaremos llegar hasta Felixstowe y encontrarlos.

Loretta miró a su alrededor y de nuevo a él.

—¿No vamos en la dirección equivocada?

—No podemos dirigirnos directamente hacia Felixstowe —él sonrió con amargura—, porque eso es lo que la secta esperará que hagamos. Vamos a tener que dar un rodeo.

Elveden Grange, al norte de Suffolk

A las siete de esa mañana, el comedor de Elveden Grange bullía de actividad. Hombres de rostros sombríos se inclinaban sobre mapas extendidos sobre una gran mesa. Voces profundas hacían preguntas, y otras sugerían respuestas. Los platos del desayuno dispuestos en la mesa lateral permanecían en gran parte ignorados mientras el grupo, masculino en su totalidad, hacía planes.

Al descubrir a la una de la madrugada que Rafe Carstairs no había llegado a la cita en Felixstowe, pero que otros miembros de su grupo sí, Royce Varisey, duque de Wolverstone, había enviado a un jinete a

convocar a los Cynster. Viejos amigos de los cuatro correos que llegaban de la India, los Cynster tenían un auténtico y personal interés en el juego que se desarrollaba. Y, tal y como había profetizado Royce, iban a necesitarlos.

Devil Cynster, sus cinco primos y Gyles Chillingworth habían respondido a la llamada, cabalgando desde Sommersham Place. Habían llegado a las cinco de la madrugada junto con el coronel Derek Delborough y el mayor Gareth Hamilton, los dos primeros correos en alcanzar la meta. El tercero, el mayor Logan Monteith había pasado la noche en Elveden. Él y su dama habían llegado el día anterior.

Alojándose también por suerte bajo el techo de Elveden, había seis antiguos colegas con quienes Royce había trabajado durante años. El duque se sentía inmensamente agradecido por contar con tanto talento a su disposición aquella mañana. De pie, a la cabeza de la mesa, tomó el salero y lo golpeó para llamar al grupo al orden. A medida que las voces se acallaban, miró alrededor de la mesa.

—Gracias por venir. Antes de discutir cualquier plan de acción, permitidme poneros al día con lo que sabemos.

Varios jinetes habían dedicado toda la noche a ir y volver de Felixstowe varias veces ya.

—Allardyce y Hendon, que están en Felixstowe, han confirmado que a las cinco de la madrugada Carstairs y la joven dama que viaja con él todavía no habían llegado. Sin embargo, el hombre de Carstairs, Hassan, llegó a la cita, tal y como estaba previsto, anoche, junto con la doncella de la joven dama. Hassan ha informado que, para evitar ser capturados en Rotterdam, los cuatro, que hasta entonces habían viajado juntos, se separaron en dos parejas. Todavía no tengo claro por qué ni cuándo unieron sus fuerzas Carstairs y Hassan con las de la dama y su doncella, pero llegados a este punto no tiene importancia. Lo importante es que Carstairs y la dama no han llegado a Felixstowe.

—Pero ¿han llegado a Inglaterra? —preguntó Delborough arqueando una ceja—. ¿Tenemos alguna información?

—En cuanto a eso, el último jinete trajo noticias inesperadas. Hendon ha estado recorriendo los muelles con la esperanza de encontrar a Carstairs o, por lo menos averiguar algo de lo que le haya podido pasar, preguntando a la flota pesquera según arribaba. Lo primero que ha sabido es que, aunque ayer, por la tarde y la noche, la Cobra Negra montó un eficaz bloqueo frente a la costa, registrando todos los navíos que se dirigían a Harwich y Felixstowe, Hassan y la doncella no se toparon con ningún problema porque llegaron el día anterior. Pero Carstairs… Según averiguó Hendon preguntando a los pescadores, habían visto un barco huir del bloqueo. Fue perseguido, pero consiguió acercarse lo suficiente a la orilla como para soltar un bote de remos por la borda. Los pescadores vieron el bote de remos,

con un hombre y una mujer a bordo, perseguidos por otros dos botes manejados por lo que parecían sectarios, llegar hasta las ciénagas del Naze. —Royce se inclinó sobre el mapa para señalar—. Aquí.

—Entonces, Rafe escapó del bloqueo y… ¿qué? —Gareth miró a Royce—. ¿Lleva con él a una dama y huye de por lo menos cuatros sectarios?

—Según los testigos, había seis perseguidores. Sin embargo, el barco que llevó a Carstairs a través del Canal escapó mientras él remaba. Los pescadores lo identificaron como el *Molly Ann*, perteneciente a la flota de Felixstowe. Hendon peinó el puerto y encontró el *Molly Ann* anclado en un muelle menor. A principio, el joven capitán se mostró desconfiado, pero Hendon le convenció de sus buenas intenciones y, aparte de verificar todo lo que habían dicho los demás, el capitán añadió que Carstairs conoce las ciénagas. Fue idea suya dirigirse hacia allí y confiaba en poder utilizar ese terreno tan difícil a su favor para perder a los sectarios.

—Rafe posee un talento para realizar incursiones aparentemente descabelladas. —Logan Monteith se irguió y examinó el mapa con la mirada—. Suponiendo que haya tenido éxito y evitado ser capturado, ¿dónde sería más probable encontrarlo?

—¿Escondido? —preguntó Vane Cynster—. ¿O se mantendrá en movimiento?

—No se dirigirá hacia Felixstowe —contestó Delborough—. Por lo menos no directamente.

—Porque supondrá que allí es donde la secta esperará que vaya —dijo Gareth—. Y por eso no irá allí.

—Puede que no —concedió Royce—. Pero al igual que vosotros tres, aparte del lugar de la cita con sus escoltas, no sabe hacia dónde debe dirigirse —suspiró—. No le proporcioné un destino específico porque meses atrás no podía estar seguro de cómo iban a desarrollarse los detalles de esta misión.

—Algo inevitable —observó Devil Cynster—. Pero, aunque no sabe dónde podrías estar tú, sí sabe dónde estoy yo. —Miró a Royce—. Puede que se dirija a Sommersham Place.

Royce miró a Devil a los ojos y asintió.

—Tienes razón. —Se inclinó sobre la mesa y volvió a inspeccionar el mapa mientras señalaba de nuevo las ciénagas—. Anoche estaba aquí. Puede que esté escondido en algún lugar seguro a la espera de que la secta pierda interés, puede que haya encontrado algún sitio donde pasar la noche y ya esté de nuevo en movimiento, o puede que se haya estado moviendo toda la noche.

—Va acompañado de una dama —Delborough sacudió la cabeza—, de modo que no se estará moviendo muy deprisa.

—La secta sabía dónde estaba —señaló Gareth—. Han debido de

saberlo durante más tiempo que nosotros.

—Así es —dijo Royce—. Creo que podemos asumir con seguridad que la Cobra Negra y el grueso de la secta, las fuerzas que aún le quedan, van a concentrarse… lo más probablemente entre nosotros e Ipswich. —Señaló la sección del mapa con la mano—. Ellos tienen hombres en Felixstowe, pero no pueden saber que Carstairs desconoce su destino. Aunque puede que la Cobra Negra mantenga algunos hombres aquí, dado el bloqueo, supondrá que Carstairs rodeará Felixstowe y se dirigirá hacia aquí, en esta dirección, tal y como hicisteis los otros tres.

—De manera que la auténtica Cobra Negra se encuentra en algún punto entre nosotros e Ipswich y las ciénagas al sur. —Del miró a Royce, que le devolvió la mirada.

—Si los sectarios atrapan a Carstairs, ¿es probable que lo maten y lleven el portarrollos a su amo, o se llevarán al propio Carstairs vivo?

Del miró a Gareth y luego a Logan. Y después, a través de la mesa, a Devil, antes de devolver la mirada a Royce.

—Yo apostaría por lo segundo. Sobre todo, si Rafe todavía lleva a la joven dama con él.

—Eso pienso yo también —Royce afirmó secamente—. De modo que Carstairs no se encontrará en un peligro mortal hasta que esté en presencia de la Cobra Negra.

—¿Y cuál es nuestro plan? —preguntó Devil.

—Dejamos que Carstairs huya hacia donde pueda —contestó Royce con expresión de letal determinación—, y nosotros iremos tras la Cobra Negra.

—Ya pasan de las diez de la noche. ¿Dónde demonios se ha metido ese condenado hombre? —Alex caminaba de un lado a otro del salón de la casa solariega a las afueras de Newmarket, una helada furia imprimiendo cada zancada.

—No se ha dirigido a Felixstowe —contestó M'wallah sentado en un taburete y con un mapa abierto sobre sus rodillas.

Con la mano sobre la empuñadura de la cimitarra, Saleem estaba de pie junto al hombre más mayor.

—Su hombre está allí, con los escoltas enviados para encontrarse con Carstairs, pero ni Carstairs ni la joven dama han aparecido.

—¿Podría ser una treta? —Alex se detuvo y entornó los ojos—. ¿Podría tener el hombre la carta y Carstairs ser un señuelo?

—No creemos que eso sea probable, Ilustrísima —contestó Saleem con cuidado tras intercambiar una mirada con M'wallah—. Los hombres que esperaban a Carstairs estuvieron buscando toda la noche. ¿Para qué si ya tenían la carta? De ser así, sin duda se la habrían

llevado inmediatamente al titiritero dejando a Carstairs para que nos despistara más.

—Eso es cierto —concedió Alex tras considerar la respuesta—. Pero ninguno de nuestros hombres lo ha visto todavía.

Mientras Alex volvía a pasear y morderse las uñas, Saleem dirigió la mirada hacia el otro extremo de la habitación.

—Nuestro cordón está desplegado desde el noreste de Stowmarket hasta el suroeste de Sudbury. En cuanto Carstairs intente cruzar nuestra línea, lo tendremos. Nuestros hombres lo traerán aquí. Solo nos queda esperar a que caiga en su trampa.

—Hemos supuesto, oh, Ilustrísima, que Carstairs seguiría avanzando durante la noche, huyendo de nuestros hombres. —M'wallah levantó la vista del mapa—. De ser así, debería estar acercándose a nuestro cordón. Pero ¿y sí ha tenido que descansar? La dama quizás no sea capaz de seguir adelante.

Alex se detuvo de nuevo y, después de una pausa, asintió lentamente.

—Sí, tienes razón. Me olvidé de ella. Y no debería. —Una lenta sonrisa curvó los labios de Alex—. Sobre todo, porque sospecho que ella puede ser la clave para romper a Carstairs.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió M'wallah.

Un joven sectario entró por la puerta llevando una bandeja cargada con una tetera y varias tazas. Dejó la bandeja sobre una mesa cerca de M'wallah y el hombre más mayor se levantó, sirvió el té en las delicadas tazas y luego añadió leche de una jarra, aunque solo cayó una ridícula cantidad.

M'wallah levantó la cabeza y fijó la oscura mirada en el joven sectario.

—No tenemos más, Excelencia —contestó, acobardado, el joven.

Alex, que se había detenido junto a la ventana, se volvió y lo miró. Tras contemplar la escena fijamente, agitó una mano hacia la puerta.

—Vete y trae más. Todavía no vamos a trasladarnos.

Asintiendo con la cabeza e inclinándose prácticamente hasta tocar los pies, el joven reculó hacia la puerta.

—No vayas a la ciudad —le indicó Saleem mientras se volvía hacia él—, los lugareños no deben saber que estamos aquí. Encuentra algún sitio cerca, a las afueras de la ciudad, donde puedas comprar o robar algo de leche.

Prácticamente aterrorizado, el joven sectario asintió y se deslizó fuera de la habitación.

Sujetando con una mano las riendas de la calesa que había

alquilado, Rafe sacó el reloj de bolsillo, consultó la hora y lo volvió a guardar.

—¿Qué hora es? —preguntó Loretta, sentada a su lado.

—Las diez y media. —Rafe la miró antes de devolver la vista al frente—. Pararemos en Hadleigh. Los dos necesitamos comer.

Loretta asintió. Empezaba a sentirse mareada. La última comida, que ni siquiera había sido medianamente decente, la habían tomado en la taberna de Rotterdam, y el día anterior tampoco habían comido demasiado. Si iban a tener que medirse con el ingenio de la Cobra Negra, iban a necesitar energía.

Rafe la había conducido hacia el oeste por el sendero hasta otro camino, y al final habían llegado a otra aldea, Goose Green, cerca de la carretera entre Harwich y Colchester. Allí había alquilado una calesa y los había conducido, no hacia Harwich y por tanto cerca de Felixstowe, sino hacia el suroeste, hacia Colchester. Como le había explicado a Loretta, esa no era la dirección que la secta esperaría que tomara. Pero pronto se había apartado de la carretera y regresado a los pequeños caminos rurales. Exhibiendo un tranquilizador sentido de la orientación, habían avanzado por los más tranquilos y apartados caminos hasta atravesar la pequeña ciudad de Dedham. Ejercitando todas las precauciones, cruzaron la carretera principal entre Colchester e Ipswich antes de volver a sumergirse en una caótica red de caminos rurales.

En cuanto Rafe estuvo seguro de que no los seguían, se detuvo para consultar el mapa antes de hacer girar a los caballos hacia el norte, en dirección al pueblo de Hadleigh.

Cinco minutos más tarde coronaron una pequeña elevación y vieron el pueblo ante ellos.

—Está cerca de un cruce de caminos menor, pero estamos lo bastante lejos de cualquier carretera principal como para que el pueblo sea lo bastante seguro —explicó Rafe—, suponiendo que no haya ningún sectario apostado ya allí —añadió, casi para sí mismo.

Tenso, sin apartar la mirada de las calles ni de las estrechas callejuelas que las conectaban, continuaron por la calle principal antes de que, decidiéndose, Rafe se arriesgara a pasar bajo el arco que daba al patio de la posada.

Una rápida ojeada demostró que no había ningún sectario por ninguna parte. Un mozo apareció corriendo para llevarse los caballos. Rafe se bajó, rodeó la calesa y ayudó a Loretta a bajar. Tomándola del brazo, buscó la mirada del mozo de cuadra.

—Quisiéramos tomar un desayuno tardío. ¿Has visto a algún extranjero por aquí? ¿Indio o similar?

—No, señor. —El muchacho sacudió la cabeza—. A nadie.

Rafe le lanzó una moneda, que el muchacho atrapó hábilmente.

—Hazme saber si tú o alguno de tus amigos ve algo. —Señaló la posada con la cabeza—. Estaré ahí dentro.

—Sí, señor. —El chico sonrió.

Sin dejar de sentir que su instinto lo conminaba a buscar a su alrededor, Rafe condujo a Loretta por las escaleras y cruzó la puerta lateral de la posada.

Un robusto posadero corrió a recibirlos. Con una sonrisa artificial y la aplicación de un poco de encanto, Rafe reservó un salón privado y solicitó un desayuno.

—Que sea copioso. —Loretta miró a Rafe antes de informar al posadero—. Con una gran tetera.

El posadero sonrió y los condujo haciendo reverencias hasta el salón.

—Sí, señora. Ahora mismo.

Rafe siguió a Loretta al interior del salón y examinó la pequeña estancia, esperó a que se cerrara la puerta y se acercó a la ventana.

La ventana daba al jardín trasero de la posada, pero quedaba oculta tras un árbol de grandes dimensiones. Suficientemente seguro.

—No he visto ni rastro de ningún sectario —observó Loretta mientras dejaba su bolsa sobre una silla junto a la ventana—. Y si ese mozo no sabía nada de ellos…

—Puede que estemos a salvo, al menos de momento. —Rafe descolgó su bolsa del hombro y la dejó junto a la de Loretta antes de seguirla hasta la mesa y sujetarle la silla.

—Por lo menos el tiempo suficiente para poder comer algo decente. —Ella se sentó.

Rafe se sentó en la silla diagonalmente a su izquierda, mirando hacia la puerta y la ventana.

La comida llegó, servida por la esposa del posadero y un pequeño grupo de muchachas. Cuando todos los platos estuvieron dispuestos sobre la mesa, Loretta sonrió y declaró que estaban satisfechos y que llamarían si necesitaban algo más.

Las mujeres se retiraron y ellos se acomodaron en una inesperadamente agradable paz para comer.

Aunque no se relajaron.

Cuando Rafe al fin suspiró profundamente y apartó a un lado el plato vacío, Loretta enarcó una ceja hacia él mientras bebía a sorbos su última taza de té.

—¿Y ahora qué?

—Tenemos que tomar una decisión —contestó él tras observarla durante largo rato—. ¿Huimos y nos escondemos? Podríamos por ejemplo dirigirnos a Londres, refugiarnos en algún sitio como el Grillons y enviar un mensaje a los Cynster. Ellos saben cómo contactar con Wolverstone. Esa es una opción, pero proporcionará a la secta más

tiempo para rastrearnos e intentar arrebatarnos la carta.

—Y prolongaría tu misión —opinó ella mientras estudiaba su rostro.

—Y aumentaría el tiempo durante el que los dos nos expondríamos a un significativo riesgo por parte de la secta.

—¿Y cuál es la otra opción?

—En realidad creo que son dos. —Él frunció el ceño—. En esta época del año, los Cynster estarán en Sommersham Place, en Cambridgeshire, a este lado de Cambridge, y no demasiado lejos de aquí. Están implicados en la misión y sabrán dónde se encuentra Wolverstone, de modo que podríamos intentar llegar hasta ellos. Sin embargo, apuesto a que también habrán estado implicados en las etapas finales de los viajes de los otros correos. En ese caso, la secta los conocerá, puede que incluso haya sectarios vigilando las carreteras esperando que yo me dirija en esa dirección. De modo que —hizo una mueca—, no creo que sea una opción inteligente tampoco. Y eso nos deja con nuestro destino original, Felixstowe, para reunirnos con mis escoltas y averiguar adónde debemos ir después.

—La Cobra Negra no sabe que tú no sabes dónde está Wolverstone, ¿verdad? —Loretta dejó la taza sobre la mesa.

—Por eso espero que suponga que me dirijo hacia donde fueron los otros correos —él sacudió la cabeza—, y no se imagine que daré un rodeo para regresar a Felixstowe. —Se irguió y sacó el mapa del bolsillo.

Loretta apartó los platos hacia un extremo de la mesa para que él pudiera desplegar el mapa.

—Estamos aquí. —Rafe señaló un punto marcado como Hadleigh. Hizo una pausa y trazó con el dedo una ruta hacia el norte a través de una serie de diminutos caminos que conducían a otra localidad—. Creo que deberíamos dirigirnos hacia aquí, a esta ciudad.

—¿Por qué ahí? —Ella se inclinó hacia delante y frunció el ceño mientras consultaba el mapa.

—Porque aquí está Sommersham, aquí está Felixstowe, y esa ciudad está en la carretera entre ambos sitios, y apuesto a que adonde quiera que nos dirijamos, adonde quiera que nos esté esperando Wolverstone, será algún lugar en esta zona, entre Sommersham y Felixstowe. Dado que soy el último correo y que llevo la evidencia crucial, no veo que pueda ser de otro modo.

Rafe hizo una pausa antes de continuar:

—En cuanto a por qué esa ciudad en particular, aunque está en la carretera, es tan pequeña que no hay motivo para que la secta la esté vigilando. —Levantó la mirada y buscó los ojos de Loretta—. Sugiero que te quedes en una posada cerca de allí, un lugar pequeño y tranquilo, alejado de la carretera principal, si es que encontramos algo así. Algún sitio en el que nadie se imagine que puedas estar. Yo dejaré

la calesa allí y alquilaré un caballo para cabalgar de regreso a Felixstowe. Me acercaré desde una dirección desde la que nadie podría esperar que yo llegara, y será un largo trayecto a caballo, nada adecuado para ir en pareja.

Loretta abrió la boca para protestar, para discutir, pero a medida que iba asimilando las palabras de Rafe, la cerró. Tras unos minutos de reflexión, de estudiar su mirada, su rostro, apretó los labios y asintió.

—De acuerdo. No me gusta perderte de vista, pero cubrirás más distancia a caballo y estarás más seguro sin tener que protegerme a mí también.

—Bien. —Rafe le dedicó una encantadora sonrisa que la llenó de calor—. Con suerte, la secta estará vigilando la zona alrededor de las ciénagas y ya habrá renunciado a Felixstowe. —Se levantó y retiró la silla de Loretta mientras ella también se ponía de pie.

Cruzando hasta la ventana, ella le entregó la bolsa y tomó la suya.

—¿Y cuánto tardaremos en llegar a Needham Market?

Una hora conduciendo lo más rápido posible por los estrechos caminos les acercó a las afueras de Needham Market. Desde un promontorio a las afueras de la aldea Barking, habían visto los tejados de la ciudad al frente, pero los bosques se habían cerrado sobre el estrecho sendero, una mezcla de árboles que incluían pinos y abetos en número suficiente como para proporcionar protección del gélido viento.

El cielo permanecía de un color gris acerado cuando Rafe condujo la calesa sobre un puente de madera que cruzaba un diminuto arroyo.

Casi de inmediato se abrió un claro a la izquierda del camino. Un edificio de estilo Tudor, cuya fachada de listones y yeso estaba pintada de blanco, se alzaba sobre una amplia pradera, el blanco de los muros contrastando contra el negro de las vigas de madera. Un poco más adelante, a un lado de la carretera, un poste sujetaba un cartel batiente que proclamaba que ese lugar era la posada Laughing Trout.

Rafe redujo la marcha de la calesa. Tras una exhaustiva inspección, miró a Loretta.

Ante su asentimiento, hizo girar al caballo pasado el poste para adentrarse en el camino de grava que conducía hasta un pequeño antepatio delante de la puerta principal de la posada.

—Esto parece prometedor —observó Rafe mientras detenía el caballo y volvía a examinar el lugar.

—Así es. No parece que haya mucho tráfico por aquí.

—La carretera principal debe de estar por lo menos a casi medio

kilómetro más adelante. —Rafe dirigió la mirada hacia donde habían visto los tejados de la ciudad—. Y el pueblo en sí mismo está más al oeste por la carretera.

Amarrando las riendas, Rafe se bajó antes de ayudar a Loretta. Al sentir la delgada y suave forma entre sus manos, sentir su apasionada vibración incluso tan solo durante un instante, recordó la suerte que tenía, no solo por tenerla a su lado, suya en todo salvo en el título, sino por estar tan cerca del final de la misión y que ella permaneciera a salvo. Ilesa, sin sufrir amenazas…

Mientras sus pies se posaban firmemente sobre la grava y él la soltaba a regañadientes, un hombre de mediana edad apareció desde la parte trasera de la posada.

—Buenos días, señor. —El hombre asintió a modo de saludo—. ¿Van a detenerse durante algún tiempo o solo para comer?

—Al menos durante el resto del día. —Rafe señaló su caballo—. Si pudiera soltarlo y atenderlo, me encargaré de todo ahí dentro y luego echaré un vistazo a sus monturas. Necesito cabalgar a una reunión, pero regresaré al anochecer.

—Tengo exactamente el caballo que necesita —anunció el hombre —. Toque la campana y la señora le ayudará. Los establos están hacia la parte trasera de la posada.

El hombre se alejó con el caballo y la calesa mientras Rafe seguía a Loretta por el camino de grava hasta la puerta principal.

Ella tiró de la cadena del llamador mientras él empujaba la pesada puerta y la sujetaba mientras agachaba la cabeza para evitar el ancho dintel y la seguía al interior de un vestíbulo con el suelo de baldosas blancas y negras.

La posada era antigua, pero se encontraba en buen estado, como los chorros del oro, al igual que la mujer de aspecto maternal que salió para recibirlos, cálida y acogedora.

—Buenos días, señor, señora. Soy la señora Shearer. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

En pocos minutos habían alquilado un salón privado y unos aposentos en los que Loretta podría lavarse y quizás descansar un poco después. Mientras seguía a la señora Shearer escaleras arriba para ver los aposentos, Rafe salió y rodeó la posada hasta los establos. No le llevó mucho tiempo dar su aprobación a la montura que el señor Shearer había ensillado y tenía preparada.

Rafe regresó a la posada y entró en el salón. La estancia era espaciosa y la puerta daba directamente a un amplio vestíbulo frente a la puerta principal. Loretta seguía en la planta superior. Él paseó por la habitación comprobando las vistas desde el amplio ventanal, tranquilizado al ver que daba al prado privado junto al espeso bosque que bordeaba el arroyo.

La posada parecía absolutamente aislada.

Dejó su bolsa sobre el sofá y la abrió. Rebuscando en el fondo, sacó el portarrollos. Reflexionó, lo tomó en una mano y sopesó sus opciones antes de volverse a inspeccionar la habitación. Su mirada aterrizó en el alto aparador colocado contra la pared detrás de la puerta. Rafe sonrió y se dirigió al extremo más alejado del aparador, el que estaba cerca de la esquina de la habitación, y, levantando la mano, dejó el portarrollos sobre el saliente, detrás del elevado y ornamentado borde frontal.

Se apartó y contempló el resultado. Ni siquiera un hombre tan alto como él podría ver el portarrollos, y únicamente alguien tan alto como él podría alcanzarlo.

Su intención había sido dejarlo con Loretta, pero eso sería como dibujar una diana sobre ella y la expondría a un innecesario peligro. La solución que se le había ocurrido era mucho mejor. Dudaba que la señora Shearer, por muy orgullosa que estuviera de su casa, limpiara el polvo esa misma tarde.

Con un problema eliminado de su pizarra mental, se volvió para enfrentarse al siguiente. Regresó a la bolsa y volvió a rebuscar en su interior.

La bolsa estaba inocentemente apoyada contra los cojines del sofá y él de pie mirando por la ventana cuando Loretta regresó acompañada de la señora Shearer.

—Esto parece muy tranquilo —comentó él mientras enarcaba una ceja hacia la posadera—. ¿La posada la dirigen únicamente entre su esposo y usted?

—Mi esposo y yo —la mujer sonrió— somos los propietarios, y nuestros hijos ayudan en la propiedad. Ahora está muy tranquilo, pero durante la temporada de pesca tenemos muchos clientes. —Señaló la ventana con la cabeza—. Hay un arroyo en esos bosques que conduce a un lago repleto de truchas, de modo que la mayor parte del año estamos muy ocupados, únicamente estos meses de invierno son tranquilos.

—Supongo que cualquier pescador que se haya alojado aquí recordará este sitio y regresará —observó Rafe mientras asentía.

—Así es —la señora Shearer sonrió resplandeciente—, al menos eso parece. —Se volvió hacia Loretta—: Y ahora, señorita, ¿le gustaría que le sirviera algo?

—De momento, estaría bien un poco de té. Tomamos un desayuno contundente y de momento no tengo hambre. Quizás algunos bollitos con mermelada algo más tarde.

—Le van a encantar mis bollitos recién salidos del horno. Pero ahora mismo le traeré el té. —La señora Shearer hizo una reverencia antes de salir de la habitación y cerrar la puerta tras ella.

—¿Te ha interrogado sobre mis intenciones? —preguntó Rafe tras contemplar fijamente la puerta y mientras desviaba la mirada hacia Loretta.

—Todavía no, pero no tengo ninguna duda de que lo hará. —Loretta hizo una mueca y su sonrisa desapareció al mirarlo a él.

Rafe también se sentía triste. Se acercó a ella y le tomó ambas manos.

—No me gusta tener que dejarte aquí sola, pero…

—Es lo mejor que puedes hacer. —Ella le apretó los dedos.

Rafe volvió a mirar hacia la puerta y, tras soltarle las manos, se acercó al sofá.

—Mientras yo esté fuera, quiero que lleves esto siempre encima. —Levantó la bolsa, deslizó el asa sobre su cabeza y hombro y luego tomó la pequeña pistola que había permanecido oculta bajo la bolsa. Volviéndose hacia Loretta, se la mostró en equilibrio sobre la palma de una mano—. Es pequeña pero eficaz.

Ella alargó una mano y deslizó un dedo sobre la delicada orfebrería en plata de la empuñadura.

—¿Sabes disparar? —Rafe inclinó la cabeza y miró a Loretta a los ojos.

—Apunto —Loretta encajó la mandíbula y tomó el arma de manos de Rafe— y aprieto esta cosa, el gatillo.

—Sí, pero primero necesitas amartillarla… Así. —Rafe le enseñó a hacerlo y la obligó a prepararla para disparar, y a echar atrás el tambor varias veces—. Será mejor que la amartilles justo antes de disparar. No querrás que se dispare accidentalmente.

—No. —Loretta contempló fijamente la mortífera pistolita que sostenía con cautela, el cañón apuntando al suelo. Levantó la mirada hacia Rafe—. Lo mejor será que no necesite utilizarla en absoluto.

Se volvió para abrir su bolsa de bordados y meter la pistola entre sus escasas pertenencias. Dejó la bolsa sobre el sofá y se volvió hacia Rafe:

—Gracias.

Él cerró las manos sobre los hombros de Loretta y su mirada escudriñó su rostro como si quisiera memorizar cada uno de sus rasgos.

—Me sentiré mucho mejor si no necesitas utilizarla. Cuídate. —La atrajo hacia sí, inclinó la cabeza y la besó, no con manifiesta pasión, pero sí con una profunda sensación de completo deseo, de profunda esperanza y de un simple anhelo.

Un sueño.

Ella le devolvió el beso.

Rafe levantó las manos y tomó el rostro de Loretta, inclinándolo más hacia él para poder acariciarla más intensamente.

Loretta tomó una de las manos de Rafe y se aferró a la promesa encerrada en el sincero y sentido intercambio.

Él se apartó, interrumpiendo el beso. Los dos sintieron el dolor.

La miró a los ojos por una última vez antes de soltarla y dar un paso atrás.

—No tardaré mucho.

—Estaré esperando. —Ella lo siguió con la mirada mientras él se encaminaba hacia la puerta.

Rafe no volvió la vista atrás, limitándose a abrir la puerta, atravesar el vestíbulo y salir por la puerta delantera. Tras cerrarla, instintivamente recorrió con la mirada el pequeño antepatio y sus alrededores, pero aparte de Billy, el hijo de los Shearer, que sujetaba el robusto bayo castrado que Rafe había alquilado, no había nadie ni nada que interrumpiera la persistente tranquilidad.

Tranquilizado, Rafe se acercó a Billy, tomó las riendas, montó de un salto y se dirigió hacia Felixstowe.

En el salón, Loretta examinó la pistola que había guardado en su bolsa de bordados. Si bien cabía perfectamente en la bolsa, le iba a resultar incómodo sacarla, mucho menos amartillarla, antes de poder apuntar y disparar.

Reflexionó sobre ello durante un minuto entero, intentando no pensar en el sonido de cascos que se alejaban, y de repente tuvo una revelación. Llevándose con ella la bolsa de bordados, Loretta salió corriendo del salón y se apresuró escaleras arriba.

La señora Shearer regresaría pronto con su té.

Volvió a bajar corriendo las escaleras un minuto después, llevando el abrigo y los manguitos además de la bolsa. Arriba había dejado la pelliza que había llevado puesta antes, y se había echado un echarpe de lana sobre los hombros.

Entró en el salón y cerró la puerta, disponiéndose rápidamente a preparar el escenario. El abrigo quedó doblado sobre el brazo del sofá, con los manguitos en la misma esquina, como si estuviera preparada para dar un paseo por los alrededores. Loretta se sentó y acomodó la bolsa de bordados al otro lado del sofá. La pistola ya no estaba dentro de la bolsa, sino dentro de los manguitos.

A nadie le llamaban la atención los manguitos de una dama. Se trataba de uno de esos objetos que resultaba prácticamente invisible, aunque la pistola encajaba perfectamente en el bolsillo interior, como si hubiera estado hecho a propósito.

Acababa de relajarse contra los cojines del sofá cuando un golpe de nudillos en la puerta anunció la llegada de la señora Shearer y su bandeja.

—Aquí tiene, señorita. —La posadera dejó la bandeja sobre una pequeña mesa enfrente del sofá—. He añadido unas pequeñas rebanadas de bizcocho, por si le apetece tomar un bocado de algo.

—Gracias, señora Shearer. Tiene un aspecto delicioso.

—¿Se ha marchado, entonces? —La mujer miró a su alrededor.

—Sí, regresará en unas pocas horas —contestó Loretta, consciente de la atención de la señora Shearer sobre ella, se notaba que se estaba debatiendo entre su curiosidad y su conciencia.

Al final, la mujer se acercó y bajó el tono de voz.

—Espero que no le importe que le pregunte, señorita, pero no he podido evitar ver que no lleva anillo. Supongo que no se estará fugando ni nada de eso, ¿verdad?

—Por desgracia, no. —Loretta sonrió—. El señor Carstairs es amigo de mi familia y me está escoltando hasta Cambridgeshire para visitar a unos amigos, pero tiene algunos negocios que atender cerca de aquí. Sin embargo, no está seguro de cuánto le llevará su reunión y por eso no podremos saber si volverá esta misma tarde o se quedará a pasar la noche.

—Entiendo. —Si bien no se la veía del todo decepcionada por no poder ser testigo de una fuga, una pizca de esa emoción coloreó sus mejillas. La señora Shearer se irguió.

—Será mejor que regrese a mis bollitos, llámeme cuando le apetezca probarlos, señorita, y le traeré algunos inmediatamente.

—Gracias. Así lo haré. —Loretta contempló la puerta cerrarse detrás de su anfitriona y sonrió, se recostó en el sofá y tomó el té a sorbos.

Y deseó haber dejado la labor de bordados en la bolsa de bordados.

Tal y como estaba funcionando su mente, imaginándose, suponiendo, simplemente preocupándose, daría lo que fuera por algo lo suficientemente fuerte como para distraerla hasta el regreso de Rafe.

Capítulo 19

Poco después de la una del mediodía, M'wallah se deslizó silenciosamente al interior del pequeño salón de la casa solariega a las afueras de Needham Market. La tensión en la estancia era lo suficientemente espesa como para poderse cortar y había ascendido firmemente con cada minuto que pasaba sin saber nada de Carstairs.

El amo de M'wallah, y su camino hacia la grandeza, caminaba sin parar de un lado a otro entre las dos ventanas, los brazos cruzados, los rasgos congelados en una expresión de ira fría y contenida.

Saleem permanecía entre las sombras, pegado a una pared, más paciente, más mortífero. Saleem miró a M'wallah a los ojos.

Y M'wallah permitió que se trasluciera su satisfacción.

Saleem se irguió.

Alex sintió el cambio en el aire y se volvió para mirar a M'wallah.

—¿Qué?

M'wallah hizo una profunda, profundísima, reverencia.

—Oh, Ilustrísima, el destino, como siempre, ha consentido en bañar su empresa con su generosa luz. El joven al que envió a comprar leche, que no olvidó la orden de Saleem, rodeó la ciudad y encontró una insignificante posada en la que se mostraron encantados de llenarle una jarra con leche a cambio de nuestra moneda. La mujer estaba preparando una bandeja para una invitada recién llegada, una dama que viajaba con un caballero. La mujer le estaba diciendo a su esposo que la pareja no llevaba equipaje, únicamente lo que llevaban sobre ellos. Describió al caballero como alto y atractivo, un militar.

M'wallah respiró hondo y continuó:

—El joven no es estúpido, y no hizo ninguna pregunta, pues era evidente que la mujer no sabía nada importante. Pagó la leche y abandonó la posada, aunque se detuvo junto a los bosques que bordean la propiedad y se mantuvo vigilante. Poco después, vio salir a Carstairs, está bastante seguro de que se trata de Carstairs, montar sobre un caballo y alejarse de la posada. No vio hacia dónde se dirigía, pero está seguro de que el capitán no atravesó la ciudad. Parece probable que se haya dirigido hacia Felixstowe. —M'wallah hizo una

pausa antes de añadir con satisfacción—: La dama, sin embargo, permanece en la posada.

—Excelente. —Alex prácticamente ronroneó ante la noticia—. Tráeme a ese emprendedor y joven sectario para que pueda interrogarlo y darle personalmente las gracias. —Miró a Saleen a los ojos, y sonrió con clara anticipación—. Informa a mi guardia y ensilla nuestros caballos. Por fin salimos a cabalgar.

Royce se detuvo en Stowmarket para conferenciar con sus tropas. Se reunieron en Gipping Way, la calle principal que atravesaba la ciudad.

Diecisiete hombres de gran envergadura a caballo constituían un considerable espectáculo. Llevaban también algunos prisioneros, sectarios con sus característicos turbantes envueltos en pañuelos negros, que añadían un elemento estrafalario.

Devil iba montado en su enorme semental negro y, sonriendo claramente, observó a Royce ejercer su autoridad como representante de la corona en el condado y persuadir al posadero para que abriera las celdas bajo la posada, las que solían utilizarse para encerrar a los malhechores. A continuación, Lucifer, Demon y algunos de sus mozos escoltaron a los siete prisioneros sectarios capturados hasta los calabozos.

—Que no se nos olviden después —murmuró Devil mientras Royce montaba de un salto.

—Dudo seriamente que el posadero nos deje esa opción —contestó Royce mientras se acomodaba sobre el caballo gris.

Todos estuvieron de acuerdo en que el mejor modo de inspeccionar la zona era formando un cordón de hombres a caballo, cada uno cabalgando a la vista, y a una distancia en que pudieran ser oídos por aquellos que los flanqueaban. Habían comenzado a las afueras de Bury St. Edmunds, dirigiéndose hacia el sureste. Sus siguientes metas eran Ipswich y, si aún no habían encontrado a Rafe ni a la Cobra Negra para entonces, seguir hacia Felixstowe y las ciénagas en las que Rafe había pisado tierra.

No avanzaban todo lo deprisa que les hubiera gustado, pero su búsqueda era exhaustiva. Cada cabaña, cada granja, cada establo y pajar era comprobado y descartado. Se habían topado con los sectarios nada más salir de Stowmarket.

Lucifer y Demon regresaron y se dirigieron hacia sus caballos.

—De acuerdo —habló Royce—. Así pues, la secta ha dispuesto una fila de hombres desde las afueras de Stowmarket hasta, según nuestros prisioneros, Sudbury. Esperan a que Carstairs intente cruzar, pensando, al parecer correctamente, que su meta final se encuentra al otro lado.

—Si todavía están vigilando —intervino Logan—, eso significa que aún no lo han capturado.

—Así es —afirmó Royce—. Llegados a este punto, es una noticia excelente. Dado que nosotros nos encontramos ahora dentro de su línea, existe la posibilidad de que encontremos a Carstairs antes que cualquier sectario. Pero la mejor noticia es que ahora sabemos dónde encontrar a la Cobra Negra. —Charles, Gervase y él mismo habían interrogado a los prisioneros antes de llevarlos a la ciudad—. Según nuestros prisioneros, el enemigo está acuartelado en su base actual, una casa solariega al norte de Needham Market. Desde allí fueron enviados de madrugada, con órdenes de llevar a Carstairs de regreso en caso de que consiguieran atraparlo.

—Entonces, ¿la Cobra Negra espera en esa casa solariega? —El tono ansioso de Del igualaba la anticipación, la elevada expectación, que teñía la expresión de cada uno de los hombres.

—Sí. —El tono de Royce estaba cargado de una determinación fríamente centrada—. Sugiero, caballeros, que nos acerquemos a esta casa solariega para mostrar nuestros respetos a la Cobra Negra.

Nadie se molestó siquiera en verbalizar su acuerdo. Royce y Devil echaron a andar hacia delante mientras que los demás hacían girar sus caballos y partían tras ellos.

La gente de Stowmarket vio salir la estampida de la ciudad, y se preguntaron quién se habría atrevido a chocar con la brigada de ese guerrero.

La paciencia, por desgracia, nunca había sido su fuerte. Loretta paseaba por los prados al otro lado de las ventanas del salón de la posada, iba envuelta en su abrigo, las manos dentro de los manguitos, la mano derecha cerrada en torno a la pistola.

Por lo menos iba armada. Y estaba en alerta. Oteó los bosques que bordeaban los prados, pero ni vio ni sintió ningún peligro.

De no haber salido a al exterior, al aire limpio y frío, se habría vuelto loca poco a poco. Jamás había sido víctima de tamaña preocupación, no por ella misma, sino por otra persona. Por Rafe.

Sabía que él era más que capaz, que mantenía la cabeza fría y su mente era rápida, que estaba acostumbrado a mantenerse a salvo, pero seguía estando preocupada. Incesantemente.

Y se estaba volviendo loca.

Por lo menos el aire fresco, aromatizado con el humo de leña de la chimenea de la posada, el silencio roto por el ocasional trino de un pájaro procedente de las profundidades del bosque, proporcionaba a sus sentidos cierto grado de distracción. Pasear a buen ritmo también ayudaba.

Alcanzó la parte trasera de los prados y, con el frío que comenzaba a atravesar su abrigo y las ropas, sus gélidos dedos tocando su piel, se giró a regañadientes y echó a andar de vuelta hacia la parte delantera de la posada con intención de regresar a la calidez del salón. Estaba a medio camino del prado cuando una dama alta y delgada apareció desde la parte delantera de la posada.

La dama la vio, sonrió y se acercó caminando hasta ella.

Loretta percibió la complexión pálida, los cabellos muy rubios, la cualidad confiada y relajada de la sonrisa de la dama, y se relajó ligeramente.

La dama se detuvo. Separadas por una distancia de casi un metro, Loretta se detuvo también.

La dama la miró a los ojos e inclinó la cabeza educadamente.

—Buenas tardes. Soy la señora Campbell. Me alojo cerca de aquí. —Agitó una mano delicadamente hacia la ciudad antes de sonreír contagiosamente—. Francamente, me estaba muriendo por tener algo de compañía, y entonces oí a uno de los sirvientes decir que una joven dama acababa de llegar aquí, y me pregunté si le apetecería tomar un té conmigo.

—Gracias. —Loretta sonrió—. La compañía me vendrá bien. —Y la distracción—. Soy la señorita Loretta Michelmarsh —añadió mientras le ofrecía una mano.

La señora Campbell rozó los dedos de Loretta.

—¿Michelmarsh? Creo que conocí a su hermana, Margaret. —La mujer sonrió humildemente—. Pero eso fue hace ya bastante tiempo, en nuestra primera temporada de baile.

—Margaret es mi hermana mayor. —Y eso significaba que la señora Campbell era más mayor de lo que aparentaba, estando más o menos en la treintena. Loretta señaló la parte delantera de la posada—. Deberíamos entrar, empieza a hacer frío.

—Así es. —La señora Campbell se volvió y, una al lado de la otra, continuaron caminando hacia el antepatio—. La señora Shearer hace unos deliciosos bollitos, me tomé la libertad de pedirle que llevara algunos al salón para nosotras, junto con el té.

—Estupendo. —Loretta sintió un escalofrío al doblar la esquina de la posada—. No me vendría mal calentarme un poco.

Cruzaron la puerta delantera de la posada y siguieron hacia el salón donde encontraron la bandeja del té esperándolas sobre la mesita delante del sofá.

Loretta dejó con cuidado los manguitos con la pistola en su interior en un rincón del sofá y se desabrochó el abrigo, se lo quitó y lo dobló sobre el reposabrazos.

La señora Campbell se había acomodado en el otro extremo del sofá y ya estaba sirviendo el té.

Loretta aceptó la taza y el platillo que la otra mujer le ofreció.

—Gracias —dijo mientras se sentaba—. Debo confesar que me viene bien un poco de distracción. Mi escolta, vamos de viaje para reunirnos con unos amigos, me ha abandonado por un asunto de negocios. Hasta que regrese, estoy bastante perdida.

—¡Hombres! —La señora Campbell sonrió y tomó un sorbo de té—. Entonces, ¿vienen de Londres? ¿Ha oído hablar de la última de Su Majestad?

Loretta pensó en mentir, pero Esme siempre había sostenido que el mejor camino hacia la prevaricación pasaba por bordear la verdad.

—No, no he oído nada. He estado en el extranjero y acabo de llegar. Espero poder pasar las Navidades en el campo, aunque al final regresaré a Londres. Vivo allí con mi hermano y su esposa.

—Ya, entiendo. ¿Y adónde la han llevado sus viajes?

Ese era un tema que permitía una relajada conversación. Loretta comenzó por París, siguió por el extravagante viaje a través de Francia, España, y luego a través del sur de Francia hasta Italia y Trieste.

—Después nos dirigimos al norte hacia Buda. Está en el Danubio, de modo que regresamos a casa en su mayor parte por el río, subimos por el Danubio y luego bajamos por el Rin.

—Esa debe de haber sido toda una aventura.

—Lo fue. —Antes de que la señora Campbell pudiera preguntar cómo habían cruzado el canal y por dónde habían llegado a tierra, Loretta decidió tomar la delantera—: Cuénteme, ¿cuál es esa última noticia de Su Majestad?

La señora Campbell soltó la taza, se acomodó en su esquina del sofá y sonrió de manera cautivadora.

—Tiene que ver con Carlton House y el pabellón, como muchas de las noticias sobre Su Majestad.

Loretta sonrió animando a la mujer, fingió escuchar y se preguntó cuánto tardaría Rafe en regresar.

Rafe entró cabalgando en Ipswich, aparentemente relajado, aunque en realidad estaba tenso y mirando hacia todos lados. Desde que había abandonado la posada Laughing Trout, había visto dos grupos de sectarios, los dos dirigiéndose en la dirección de la que él había partido. Procurando evitar llamar su atención, había cabalgado más pegado a otros viajeros, pero el camuflaje no había sido necesario. Tal y como había previsto, la atención de los sectarios estaba puesta en quienes se alejaban de la costa, no en los que, como él, se dirigían hacia ella.

Los avistamientos le habían mantenido tenso y desconfiado, pero

todavía no había visto ningún sectario en Ipswich.

—¡Alto ahí! ¿Carstairs?

Rafe detuvo su montura en seco e hizo girar al caballo. Vio a un caballero alto y rubio que salía caminando de un mesón.

Rafe titubeó.

Como si comprendiera su dilema, el hombre sonrió.

—Qué alegría verte, hombre, pensábamos que te habíamos perdido. Soy Jack Hendon. —Hendon se acercó y le ofreció su mano—. Allardyce, Hassan y Rose están en la posada ahí enfrente, comiendo.

Rafe tomó la mano que le ofrecía y la estrechó, cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Gracias a Dios. —El caballo de repente hizo una cabriola y Rafe tuvo que soltar la mano de Hendon para sujetar las riendas—. Espero que no les falte mucho, porque debo regresar.

—Hassan y Rose dijeron que llevabas contigo a una tal señorita Michelmarsh.

—La dejé en una posada a las afueras de Needham Market.

—Perfecto. —Hendon volvió a sonreír—. Está en la carretera que debemos tomar. Déjame ir a buscar a los otros y nos pondremos en marcha.

Rafe desmontó y caminó junto a Hendon calle abajo hasta la puerta principal de la posada Bell and Anchor. Esperó fuera mientras Hendon entraba para reunir a los demás.

Todavía nervioso, vigilaba la calle cuando la puerta de la posada se abrió de golpe y Rose salió corriendo, seguida de cerca por Hassan.

—¡Estás a salvo! —Rose se abalanzó sobre él y lo abrazó.

Cuando, resplandeciente, ella lo soltó, Hassan tomó el relevo y estrechó la mano de Rafe mientras le daba una palmada en el hombro.

—Al ver que no llegabais nos preocupamos.

Rafe asintió. Él también se había preocupado.

Hassan dio un paso atrás, despejando el camino para un caballero alto y de cabellos oscuros que lo miraba con sus ojos grises.

—Christian Allardyce. —El caballero le ofreció a Rafe su mano. Tu otro escolta y, al igual que Jack, muy contento de verte.

Rafe agarró la mano de Allardyce y la estrechó.

—Y yo me siento inexpresablemente contento de no haber tenido que llegar hasta Felixstowe para encontraros.

—¿Qué pasó?

—Os lo contaré de camino. —Rafe sacudió la cabeza—. Dejé a la señorita Michelmarsh en la posada Laughing Trout, a este lado de Needham Market. La posada me pareció lo bastante segura, pero me he cruzado con dos grupos de sectarios que se dirigían hacia allí y hasta que no sepa que está a salvo no me quedaré tranquilo.

—En ese caso —Hendon hizo una señal con la mano—, vayamos a

buscar a nuestros caballos y nos pondremos en marcha.

Royce y sus tropas localizaron con facilidad la casa solariega a las afueras de Needham Market. En una impecable operación ejecutada rápidamente y con fluidez, invadieron la guarida de la secta, sometiendo a unos veinte sectarios y tomando el control del edificio.

Aislaron al hombre que estaba a cargo y lo sentaron ante la mesa de la cocina. Mientras los demás recorrían la casa, buscando y examinando, y dos mozos de cuadra vigilaban al resto de los sectarios capturados, amarrados en el sótano, Del, Gareth y Logan se apoyaron contra la pared de la cocina y observaron a Royce, Charles y Deverell interrogar al comandante. Que parecía estar situado muy abajo en el escalafón de la secta.

—La Cobra Negra se ha marchado, es todo lo que puedo decir. —Al hombre casi se le salían los ojos de la cara. No había mucha duda en cuanto al miedo que tenía.

—Sí, pero… —Charles, una de las principales fuentes del miedo de ese hombre, examinó el filo de su cuchillo de caza—, sin duda, sabrás adónde se ha ido tu líder. Y te aseguro que lo mejor para ti sería contárnoslo.

—No lo entiende. —El hombre sacudió la cabeza—. Nosotros no somos más que soldados de base para la causa. Su Ilustrísima jamás nos lo contaría, jamás compartiría con nosotros esa información. La Cobra Negra todo lo sabe y todo lo ve. Nosotros vamos adónde Su Ilustrísima nos conduce.

—Pues más tonto eres tú. —Royce hizo una mueca y se levantó mientras miraba a Charles y a Deverell—. Está diciendo la verdad. No lo saben… —Se volvió de nuevo hacia el hombre—. ¿Cuánto hace que se marchó tu líder?

—Como mucho, hará una hora. —El alivio que sentía el hombre al poder contarles algo era patente.

—¿Cuántos hombres eran en total? —preguntó Deverell.

El hombre titubeó como si se diera cuenta de que estaba revelando información de utilidad, pero enseguida se encogió de hombros.

—La guardia está formada por veinte hombres. Además de M'wallah, el consejero de Su Ilustrísima, y Saleem, el capitán de la guardia.

—De modo que con la Cobra Negra son veintitrés, ¿es correcto? —Royce sostuvo la mirada del hombre.

—Sí, veintitrés se marcharon a caballo —dijo el hombre resignado.

Royce miró a su jefe de cuadra y señaló al sectario.

—Llévalo abajo y déjalo con sus compañeros. Después cierra con llave la puerta del sótano y apuntálala, y añade ese aparador también

a modo de barricada. Los dejaremos allí de momento.

—Sí, Excelencia. —El fornido mozo asintió—. Me ocuparé de ello.

Lucifer apareció en la puerta que conducía al interior de la casa.

—Aquí había una mujer, no hace falta más que mirar el dormitorio. Sedas, perfumes y velas por todas partes.

Royce levantó una mano y detuvo al mozo y al prisionero que se llevaba.

—Esa mujer, ¿qué ha pasado con ella?

—Se marchó. —El sectario lo miró con una extraña expresión—. Se fue.

—¿Con la Cobra Negra? —preguntó Royce con el ceño fruncido. Deverell solo le había preguntado por hombres.

El hombre titubeó antes de asentir.

—¿Conoces el nombre de esta mujer? —preguntó Charles.

El hombre sacudió la cabeza.

—Supongo —la voz de Royce adquirió un tono letal— que tampoco conocerás el nombre de la Cobra Negra.

El sectario sacudió la cabeza rápidamente, con decisión y mucho miedo.

—No somos más que soldados de base. No se nos permite conocer el nombre de la Cobra. —El sectario titubeó y, como si intentara aplacarlos y convencerlos de su honestidad, añadió—: Solo conocíamos el nombre de uno. Ferrar. Los otros dos, nadie lo sabía, ni siquiera los guardias que los protegían.

—Llévalo abajo —ordenó Royce a su mozo de cuadra.

Luego se volvió hacia Del, Gareth y Logan.

—Ninguno de los que hemos capturado aquí son asesinos —aseguró Del.

—Teniendo en cuenta a cuántos nos hemos enfrentado los tres, tiene que haber más —intervino Gareth—. Presumiblemente, estarán entre los veinte que guardan a la Cobra Negra.

—Seguramente deberíamos anticipar que la guardia de la Cobra está formada íntegramente por asesinos —Logan hizo una mueca—, o por lo menos el grupo conocido como la élite, los guerreros mejor entrenados.

—Podemos discutir la estrategia mientras cabalgamos —habló Royce—, pero dado que la Cobra Negra solo nos lleva una hora de ventaja, y se dirige presumiblemente a algún lugar en particular, quiero encontrar el rastro del grupo inmediatamente.

Nadie discutió. Royce los condujo hasta la puerta delantera. Saliendo al antepatio, buscó a Demon con la mirada entre los jinetes que volvían a subirse a sus caballos.

—Dadas las condiciones en las que están las carreteras, un grupo de veinte jinetes no debería resultar demasiado difícil de rastrear.

—¿Tantos? —Demon enarcó las cejas y sonrió—. Me colocaré al frente.

Condujo a su bayo castrado hacia el camino, pasando a un trote corto mientras los demás formaban y lo seguían.

Apenas habían avanzado cien metros desde la casa cuando un hombre mayor, que por su atuendo y modales era un hacendado que había salido de caza llevando la escopeta sobre el brazo y con un par de perros a sus pies, salió de los bosques que bordeaban el camino y los llamó.

Royce detuvo su montura.

—Bien que me alegro de que hayan atrapado a esos paganos —declaró el hombre antes de que Royce pudiera abrir la boca—. Un buen trabajo capturándolos así, yo estaba observando desde el bosque. —El hombre miró a Royce con los ojos entornados—. Entonces, ¿usted es el representante de la corona?

—Wolverstone. —Royce miró al hombre antes de inclinar la cabeza —. Soy el representante de la corona.

—¡Vaya! Bueno, entonces, me alegro de que se esté ocupando de los problemas en su territorio.

—Así es. Aunque quizás podría ayudarnos. ¿Ha visto a su jefe?

—Jamás he puesto los ojos en ese tipo. —El hombre levantó una mano para hacer visera mientras miraba a Royce—. A ella si la vi, la dama que va con ellos. Hablé con ella antes, cuando pasaba por aquí; ella me vio y salió a hablar conmigo.

—¿De verdad? ¿Y de qué hablaron?

—Ella preguntó sobre la posada Laughing Trout. Es un lugar pequeño, una posada de pescadores escondida en el bosque a unos tres kilómetros al sureste de aquí, al otro lado de Gipping Way. Junto al camino de tierra, aunque los Shearer lo mantienen en buen estado, y la señora Shearer cocina como los ángeles. Al parecer, la dama buscaba un lugar donde comer bien, dijo que parecía el lugar perfecto para satisfacer su apetito.

—¿Le mencionó su nombre? —preguntó Charles asomándose desde detrás de Royce.

—Ahora que lo dice, es raro —el hombre frunció el ceño—, pues no lo hizo. Era de conversación fácil, y por eso no me llamó la atención en su momento.

—¿Dijo o preguntó alguna otra cosa? —preguntó Royce.

El hombre sacudió la cabeza.

—Solo me dio las gracias y regresó al interior, yo seguí mi camino, pero unos minutos más tarde los oí salir cabalgando. Un montón de ellos, no sé exactamente cuántos, pero a través de los árboles la vi a ella, con un pagano de gesto adusto a su derecha y otro más mayor con una larga barba negra cabalgando al otro lado. —El terrateniente

frunció el ceño—. Formaban un grupo de aspecto agresivo. No sé qué hará una dama tan agradable y civilizada con gente así.

—Desde luego, es un misterio. —Royce enarcó las cejas antes de saludar al anciano—. Gracias por su ayuda.

El hombre levantó una mano a modo de saludo.

Royce reanudó la marcha mientras el anciano llamaba a sus perros, y miró a Devil, que lucía un gesto igualmente sombrío a su lado.

—Hacia Gipping Way a toda velocidad, pero después tendremos que seguir con cuidado.

Devil y él aceleraron a sus monturas para dar alcance a Demon, que ya les llevaba bastante ventaja.

Dejaron los caballos en un claro al sur de Gipping Way y, deslizándose entre las sombras mientras caía la tarde invernal, se adentraron a pie en el bosque.

Localizar la posada no resultó difícil, pero en cuanto vio el gran número de caballos amarrados fuera de la vista en la parte trasera del establo, Royce hizo un gesto para ordenar la retirada.

Se reunieron en un pequeño claro situado a medio camino entre el claro donde estaban los caballos atados y la posada.

—Es posible que hayan puesto piquetes —aventuró Royce en voz baja—. Tenemos que retirarlos.

Charles, Deverell, Gervase y Tristan levantaron la mano y Royce asintió.

—Coged una moneda cada uno. Volved aquí cuando estéis seguros de que el camino esté despejado. Adelante.

Los cuatro corpulentos hombres se desvanecieron en el interior del bosque.

—En cuanto estemos seguros de que tenemos vía libre necesitaremos asegurar la zona. —Royce dio instrucciones a cada uno de los hombres—. A continuación, necesitaremos obtener toda la información que podamos sobre quién está adentro y dónde están exactamente, cuántos son y quién está en cada habitación.

Vane, Gabriel, Lucifer y Richard Cynster se ofrecieron voluntarios para hacer una inspección visual de la casa.

—Uníos a los otros cuando regresen, investigad y regresad aquí para informar. —Royce se volvió a los que todavía no tenían una misión asignada—. Mientras tanto, el resto retiraremos esos caballos para que, pase lo que pase, ningún asesino pueda escapar.

Para cuando al fin avanzaron lentamente y retiraron los veintitrés caballos de la parte trasera del establo, los grupos enviados para retirar los piquetes e inspeccionar la casa regresaban hacia el pequeño claro.

Volviendo del otro claro en el que habían dejado todos los caballos, Del frunció el ceño.

—Yo había esperado encontrar veinticuatro caballos, pero solo había veintitrés, y uno llevaba la silla de montar de una dama. —Miró a Royce, que caminaba a su lado—. El sectario de la casa solariega parecía muy seguro… Veintitrés hombres.

—Yo me estaba preguntando lo mismo —admitió Royce, pero quizás uno de los jinetes que abandonó la mansión siguió hacia Felixstowe o algún otro lugar para llevar algún mensaje.

—Sí, es probable —dijo Del.

Regresaron al pequeño claro en el que ya estaban agrupados todos los demás.

—No hay piquetes. —Charles fue el primero en informar—. Tampoco hay nadie vigilando desde la casa. Es como si estuvieran seguros de que están a salvo.

—Si lo miras desde su perspectiva —intervino Vane—, no tienen ningún motivo para pensar que no lo están, para imaginarse que los estamos siguiendo, mucho menos tan de cerca.

—Entonces, ¿qué está pasando dentro de la posada? —preguntó Royce mientras asentía.

—Hay un cartel en la ventana del bar que pone que está cerrado —contestó Vane—. No hay ninguna señal de vida en la estancia delantera, la que da al este, hacia el camino.

—Tampoco se ve gran cosa a lo largo de la fachada norte —informó Lucifer—. La puerta delantera está cerrada, pero a través de las dos ventanas a ambos lados he visto lo que sospecho son sectarios en el vestíbulo delantero. Quizás cinco o seis. Parecen estar montando guardia, no se mueven. Aparte de eso, las ventanas de los dormitorios de la primera planta tienen todas las cortinas echadas.

—Hay más sectarios en las habitaciones traseras de la posada —señaló Gabriel con gesto sombrío—. Tuve que rodear el establo y deslizarme por el patio hasta la lavandería, pero desde allí pude ver algo de la cocina. Desde luego, allí hay sectarios —dijo dirigiéndose hacia Del y Gareth—. Puede que sean vuestros asesinos. Por su aspecto lo parecen. Tienen a los que he supuesto son los Shearer, una pareja y un muchacho que debe de ser su hijo, atados a sillas alrededor de la mesa.

—¿Vivos? —preguntó Logan.

—La mujer parece ilesa, pero los dos hombres han sido golpeados. Aparte de los golpes, algunos cortes y ojos morados, se les ve bien.

—Al menos eso es algo. —Royce miró a Richard, que había inspeccionado la última fachada, la que daba al sur del edificio.

Richard lo miró a los ojos y luego miró a los demás.

—Creo que tenéis que ver esto. He encontrado un buen lugar oculto

por abetos que proporciona una buena vista del salón lateral. Dentro hay dos mujeres, supongo que una de ellas es la dama de la casa solariega. Pero hay una zona de la habitación que no veo, imposible de ver desde ningún lugar. Podría haber alguien más allí, pero, si lo hay, las mujeres lo están ignorando.

—¿Y qué estaban haciendo las mujeres? —preguntó Devil.

—Están tomando el té —contestó Richard mirándolo a los ojos.

Todos miraban la casa.

—¿Alguien a quien reconozcas? —preguntó Royce a Del.

Mirando entre las ramas de los abetos, Del sacudió la cabeza. Miró a Gareth y a Logan, pero ellos también repitieron el gesto. Del se volvió hacia Royce.

—No hemos visto a ninguna de las dos jamás, lo cual significa que son rehenes, o cómplices.

—Existe otra posibilidad —susurró Logan con la mirada fija en la ventana del salón y la extraña escena que se desarrollaba al otro lado —. Sabemos que Rafe viajaba con una joven dama. ¿Es una de esas dos la dama de Rafe? y, en caso afirmativo, ¿dónde está Rafe?

—O las dos son simplemente rehenes, o cómplices, o lo que sea, y Rafe y su dama están en alguna otra parte —sugirió Devil mientras sacudía la cabeza—. No hay manera de saberlo.

—Pero ¿qué están haciendo? —preguntó Gyles—. ¿Y dónde está la Cobra Negra? ¿Hemos visto a algún hombre que pudiera ser él?

La respuesta colectiva fue una sonora negativa. Concluyeron que la Cobra Negra seguramente estaría en el salón con las damas, rehenes o cómplices, o lo que fueran, pero debido al ángulo y la posición de la ventana, permanecía oculto a su vista.

—De acuerdo —afirmó Royce—. Lo que tenemos aquí en esta posada es la fuerza principal de la Cobra Negra, su nido de víboras. Al parecer, están aquí por algún motivo, podría ser que esperen algo o a alguien, quizás a Rafe, que podría haber sido capturado y lo traen hacia aquí. ¿Por qué aquí? No lo sabemos. ¿Por qué están aquí las damas? Tampoco lo sabemos. Pero con ellas en el salón y los Shearer en la cocina destinados a ser las primeras víctimas si atacamos, no podemos hacer ningún movimiento. Tal y como están las cosas, lo único que podemos hacer es esperar y observar.

Miró a su alrededor y vio rostros asintiendo, ninguna protesta.

—Pero algo que sí podemos hacer es asegurarnos de que, pase lo que pase, no escape ninguno de esos bastardos.

Diez minutos más tarde, un estrecho cordón de guerreros rodeaba la posada, formando un anillo de músculos de acero muy bien entrenados.

Satisfecho, Royce se acomodó junto a Devil para vigilar el salón y a las damas en su interior, que tenían todo el aspecto de estar charlando amigablemente mientras degustaban bollitos y bebían té a sorbos.

Capítulo 20

Rafe no podía explicar la sensación de urgencia que lo agarrotaba cada vez más, oprimiéndolo a medida que giraba por el sendero que conducía a la posada Laughing Trout.

Jack Hendon y Christian Allardyce lo flanqueaban. Inmediatamente detrás cabalgaba Hassan con Rose justo delante de él.

Oculta en las profundidades del bosque, la posada estaba a casi cien metros cuando dos hombres salieron de entre los árboles que bordeaban el sendero y les hicieron señas para que desmontaran.

Rafe reconoció de inmediato a uno de ellos y tiró de las riendas.

—¡Cynster!

Sonriendo ampliamente, Demon le hizo una señal para que se mantuviera en silencio y le indicó con un gesto de la mano que desmontara mientras alargaba una mano hacia las bridas del caballo encabritado.

Rafe saltó al suelo y estrechó la mano de Demon, que prácticamente se la aplastó. A continuación, se abrazaron brevemente. De todos los Cynster, Rafe había estado más unido a Demon.

—¿Qué sucede? —preguntó Rafe mientras dirigía la mirada al frente, hacia la posada.

Todos se juntaron y los otros caballeros que habían estado montando guardia saludaron a Rafe.

—Tristan Wemyss, otro de los colegas de Wolverstone —se presentó y estrechó la mano de Rafe—. Tenemos rodeada la posada

—¿Por qué? —preguntó Christian Allardyce. Jack Hendon y él estaban tan perplejos como Rafe.

—Porque creemos que la Cobra Negra está ahí dentro —contestó Tristan tras intercambiar una mirada con Demon.

—¿Cómo? —Rafe palideció y su mirada se dirigió de nuevo al frente —. Loretta está ahí dentro.

—¡Cielo santo! —Rose se agarró al brazo de Hassan—. El mismísimo demonio la tiene.

—De momento está a salvo. —Demon hizo un gesto tranquilizador con la mano y miró a Rafe—. ¿Cuál de ellas es, la rubia o la de

cabellos oscuros?

—Loretta tiene el cabello oscuro —contestó Rafe mientras fruncía el ceño—. Pero era la única dama que había en la posada cuando yo me marché, y la señora Shearer tiene el cabello marrón.

—La señora Shearer está en la cocina con los hombres de la casa. En el salón hay dos damas tomando el té, presumiblemente la de cabellos oscuros es tu Loretta. Además, dentro de la posada está la guardia de la Cobra Negra, y creemos que la propia Cobra Negra y su consejero más cercano, así como el capitán de la guardia, están dentro también. —Demon miró a Rafe a los ojos—. Al parecer, están esperando algo, y sospecho que ese algo eres tú.

—Necesito acercarme más —dijo Rafe.

—Yo permaneceré vigilante —indicó Tristan—. Dejad aquí los caballos.

—Yo también me quedaré —intervino Jack Hendon—. Tenemos que asegurarnos de que ningún inocente salga perjudicado. El resto podéis seguir.

Y así lo hicieron. Demon los condujo a través del bosque hasta un punto en el que un grupo de abetos les proporcionaba una mejor cobertura, y así se acercaron lo más que pudieron a la posada, a un lugar donde, ocultos tras un enorme árbol, cuatro hombres vigilaban el antepatio de la posada, la puerta delantera y las ventanas del salón del vestíbulo delantero.

Rafe fue recibido con un inmenso alivio, sobre todo por su íntimo amigo y compañero Logan Monteith. Gabriel Cynster, otro viejo amigo, sonrió y le dio una palmada en la espalda. Mientras Gabriel continuaba vigilando, presentó a Rafe a Gervase Tregarth y a Tony Blake, otros dos hombres de Wolverstone. Todos los impulsos de Rafe le gritaban que corriera al interior de la posada y agarrara a Loretta, la mantuvieran a salvo. Por el contrario, la experiencia le advertía de que irrumpir allí sin conocer la situación podría resultar fatal. Para ambos. Señaló hacia la posada con la cabeza.

—¿Qué tenemos?

Logan le hizo agacharse junto a Gabriel, para que ellos también pudieran observar la parte delantera del edificio.

—Ferrar está muerto.

—¿Qué? —Rafe miró fijamente a su amigo.

Con la mirada puesta en la fachada de la posada, Logan asintió con firmeza.

—Larkins, el hombre de Ferrar, ¿lo recuerdas? —Cuando Rafe asintió, Logan continuó—: Ferrar lo sacrificó para poder escapar con la copia de Del. Luego, el propio Ferrar se llevó la copia de Gareth, ya te explicaremos después cómo lo hizo. La llevaba a alguna parte, presumiblemente, de regreso a su guarida, cuando él también fue

asesinado y la carta robada.

—¿Se llevaron la copia?

—Los aquí presentes comprendieron entonces que había algo más en esa carta, no solo el sello, que la verdadera Cobra Negra, quienquiera que sea, no quería que llegara hasta Wolverstone —explicó Logan mientras asentía—. Pero, aunque Wolverstone había pedido a Gareth que hiciera otra copia para que pudiésemos analizar las palabras, nadie es capaz de entender cuál es el punto crucial. Ninguno de los nombres llamó la atención de nadie, pero todos estamos seguros ahora de que la Cobra Negra es mencionada en la carta. Ayer, la Cobra Negra sacrificó a otro hombre, Daniel Thurgood. Era el hermanastro de Ferrar, que me estaba persiguiendo y había conseguido mi copia.

Logan asintió hacia la posada.

—Y eso nos lleva al aquí y ahora. Al parecer, la Cobra Negra quiere todas las copias de esa carta y está ahí dentro esperando tu regreso para que le entregues la última, la original. —Logan miró a Rafe—. ¿Dónde está?

—La dejé en el salón de la posada, encima del aparador —contestó Rafe sin apartar la mirada de la posada.

—¿El aparador del salón en el que creemos que está la Cobra Negra esperando junto a las dos damas? —preguntó Gabriel mirándolo fijamente.

—El salón directamente enfrente de la puerta principal. La ventana da a la pradera al otro lado de la posada.

La mente de Rafe cavilaba a toda prisa, considerando, evaluando.

—Necesito saber exactamente qué está sucediendo en la posada, quién está haciendo qué y dónde.

—Tony hizo la última ronda. —Gabriel miró hacia atrás.

Tony Blake se agachó al lado de Rafe.

—Tenemos hombres vigilando las cuatro fachadas de la posada. No parece que haya nadie en las habitaciones que dan al sendero. Como puedes ver —dijo señalando hacia la fachada delante de ellos—, hay hombres, sectarios, seguramente asesinos, en el vestíbulo delantero, pero no podemos decir cuántos. Hemos visto a unas personas moviéndose en las habitaciones de la planta superior, no miraban hacia afuera, pero posiblemente estaban rebuscando. En la parte trasera de la posada, en la cocina, el posadero, su esposa y el hijo han sido amarrados a sendas sillas y están siendo custodiados al menos por cinco asesinos. En el lado más alejado de la posada, la única habitación ocupada parece ser el salón. Royce, Devil, Del y unos cuantos más están vigilando de cerca esa estancia, pero no pueden ver la zona a la derecha de la ventana. En el sofá en el que están sentadas dos damas, tu Loretta de cabellos oscuros y otra de pelo muy rubio.

Las dos parecen inglesas, las dos están tomando el té acompañado de unos bollitos y están charlando, al parecer, ignorantes de que algo vaya mal.

—¿De modo que puede que no sepan que hay sectarios en la posada?

—Creemos que la dama rubia llegó con los sectarios —contestó Tony—. Estamos trabajando con la suposición de que es un rehén raptado de alguna mansión cercana. —Titubeó antes de preguntar—: ¿Cabe la posibilidad de que tu Loretta sea capaz de fingir una absoluta indiferencia hacia la secta, hacia la propia Cobra Negra?

—Si le parece la mejor opción, sí —dijo Rafe antes de fruncir el ceño—. Aunque lo normal sería que estuviera discutiendo, haciéndole pasar a ese hombre, o a quien quiera que esté allí, por un auténtico infierno.

—No estamos seguros de que haya nadie más en esa habitación con las damas. No parecen estar interactuando con nadie más —intervino Gabriel mirando a Rafe—. Tú conoces la habitación, ¿podría haber alguien en la zona que no podemos ver a través de la ventana?

Rafe visualizó el salón.

—Hay otro sillón a ese lado del sofá, y más atrás, a lo largo de la pared, una mesa lateral. Luego está la chimenea y la zona delante de ella, de modo que sí, hay una amplia zona de la habitación que queda fuera de la vista.

—Eso nos temíamos. —Tony soltó un juramento casi inaudible—. Tenemos que suponer que la Cobra Negra está en la habitación con ellas, seguramente, incluso acompañado de alguno de sus guardias asesinos.

—¿Y qué estamos haciendo? —preguntó Rafe tras una pausa.

—Estamos aquí sentados, vigilando —contestó Gabriel—, esperando a que hagan algún movimiento.

—Pero ellos están esperando mi llegada, no van a moverse hasta que lo haga yo. —Sin apartar la mirada de la posada, Rafe se levantó —. Voy a entrar.

—¡No, espera! —Logan también se levantó y agarró a Rafe del brazo —. No puedes entrar ahí sin más.

—Tienes razón —dijo Rafe—. Tengo que volver y recuperar mi caballo. No hay ninguna necesidad de avisarles de que estáis todos aquí fuera.

Se volvió para echar a andar de regreso entre los árboles.

—¡Espera! —siseó Tony—. No puedes limitarte a… —señaló hacia la posada— irrumpir ahí dentro descuidadamente.

—Loretta está ahí dentro, muy posiblemente intercambiando insultos con la Cobra Negra. —Rafe enarcó una ceja y miró a Logan—. Tengo que entrar. —Desvió la mirada hacia Tony—. Con todos

vosotros aquí fuera, pase lo que pase, la Cobra Negra está acabada, y mientras los sectarios no sepan que estáis aquí, la ventaja será vuestra. Pero hemos llegado a un punto muerto que no tiene sentido prolongar. Cuanto más esperemos, más riesgo hay de que uno de ellos vea algo y se dé cuenta de que están rodeados, y entonces la situación se va a complicar rápidamente, sobre todo para Loretta y la otra dama.

Rafe miró a Gabriel y luego a Christian.

—En algún momento tendré que regresar y entrar en esa posada como si no pasara nada malo. Es mejor entrar ahora que esperar. Ninguno de nosotros, Loretta, el resto de vosotros, ni yo ganaremos nada por esperar. En cuanto yo aparezca, la Cobra Negra y sus hombres estarán entretenidos ocupándose de mí. En ese espacio de tiempo, yo estaré en la misma posición de ventaja que él.

Se produjo un prolongado silencio tras el que Christian asintió.

—Por mucho que me gustaría decir que hay otro modo mejor, no lo hay. Tienes razón. Tenemos que hacer saltar la situación, cuanto antes mejor, y para hacer eso necesitas entrar.

—Pero… —interrumpió Tony mientras dirigía una exasperada mirada a Christian— Royce nos cortará la cabeza si actuamos sin advertirle a él y a los demás.

—Cinco minutos. —Rafe sacó el reloj de bolsillo mientras volvía a mirar hacia la posada, consultó la hora y luego miró a Tony—. Tienes cinco minutos para acercarte a Wolverstone, después voy a entrar.

Tony se marchó.

Rafe intercambió una mirada con Hassan y Rose antes de darse la vuelta y regresar a través del bosque.

Al otro lado de la posada, Royce estaba agachado junto a Devil detrás de una vieja rama caída y observaba la acción, o más bien la falta de acción, que tenía lugar en el salón de la posada, cuando Deverell apareció a su lado.

Royce enarcó una ceja de modo inquisitivo.

—El vizconde Kilworth está aquí y solicita verte urgentemente. —Deverell desvió la mirada hacia la posada—. Al parecer, Minerva ha escuchado su historia y lo envía con uno de tus mozos de cuadra. Tropezaron con nuestros piquetes y así llegó hasta nosotros. Lo dejé en el pequeño claro, pero insiste en hablar contigo.

—Minerva lo ha enviado. —Royce se preguntó el motivo.

—Aquí no está pasando nada —afirmó Devil—. Puedes irte y escuchar lo que tenga que decir Kilworth.

Tras reflexionar unos segundos, Royce asintió y se levantó. Dejó a Deverell vigilando junto a Devil y regresó a través del bosque.

Cuando Royce entró en el claro, Kilworth lo oyó llegar y se volvió

hacia él. Su rostro se iluminó de alivio.

—¡Gracias a Dios!

—En efecto. ¿Qué sucede?

—Bueno, verá, ese es el problema —Kilworth hizo una mueca—, no estoy seguro de que sea importante, pero lady Letitia y lady Clarice insistieron en que tenía que venir y contárselo. —Abrió sus largos brazos—. Y aquí estoy.

Royce intentó controlar su temperamento. Si Minerva, Letitia y Clarice pensaban que necesitaba la información de Kilworth…

—Limítese a contarme lo que les dijo a ellas.

—Bueno, ese es otro problema. —Kilworth miró a Royce a los ojos antes de tomar aire y dejar salir un chorro de palabras—. Sucedió hace mucho tiempo y no tengo ni idea de si es verdad o no.

Con la expresión pétrea, el temperamento controlado con firmeza, Royce esperó.

—Fue en un baile —continuó Kilworth—. Hace años, cuando yo era mucho más joven. Estaba mirando por ahí, ya sabe, y vi a esa joven dama al otro lado de la habitación, y ella me vio a mí y…, bueno, le pedí a mi madre que nos presentara, pero mamá le echó un vistazo, soltó un bufido y dijo que tenía el mismo sentido presentarme a esa que a Lavinia. Lavinia es mi hermana pequeña. Me pareció una reacción extraña. Bueno, comprendí la implicación, pero sabía que mi madre exageraba las cosas, sobre todo las cosas que tenían que ver con mi padre. De modo que en otro baile abordé a la joven dama y le pedí un baile. Ella se limitó a mirarme, en realidad no le hizo falta hacer nada más, ¿entiende?, y luego sonrió con picardía y contestó que opinaba seriamente que no era buena idea.

—¿Y por qué no le hizo falta más qué mirarle? —Royce frunció el ceño—. ¿Y qué dedujo de todo eso?

—Verá, fue por los ojos. —El rostro de Kilworth se iluminó—. Igual que los de Roderick, igual que los de mi padre. No hay manera de confundir esos ojos azul hielo. Pero eso es todo lo que sé… No puede decirse que sea una prueba, ¿verdad? Y no tiene ningún sentido preguntar al viejo, porque no me lo dirá, pero estoy bastante seguro de que ella es otro de los bastardos de mi padre.

Royce sabía que algo se le escapaba.

—Kilworth, ¿por qué me está contando eso ahora?

—¿No se lo he dicho? —Kilworth lo miró—. Su nombre aparece en esa carta.

—Su padre negó que apareciera el nombre de ningún otro bastardo en esa carta.

—Hijo bastardo. Solo mencionó hijos. Ella no es un hijo. Bueno, en el mejor de los casos, él solo se centra en sus hijos, pero una hija bastarda…

—¿Cómo se llama? —Royce consiguió no rugir.

—Señora de George Campbell —respondió Kilworth de inmediato —, de soltera Alexandra Middleton.

—Y aparte de los ojos, ¿qué aspecto tiene?

—Alta, delgada. Cabellos como los de papá y Roderick… De un rubio muy claro.

Royce soltó un juramento, se dio media vuelta y corrió de regreso a través del bosque.

Rafe guardó el reloj en el bolsillo y alargó la mano hacia las riendas que sostenía Logan. Lo miró a los ojos.

—Deséame suerte.

Logan le entregó las riendas y le dio una palmada en el brazo.

—La tienes, y algo más que eso. —Esperó a que Rafe saltara a lomos del caballo y se acomodara en la silla—. Temerario cabalgaba de nuevo. —Logan lo miró y sonrió—. Ten cuidado.

Rafe respiró hondo. Los dos sabían que echarse en brazos de la Cobra Negra era, literalmente, jugar con la muerte, sobre todo para él, el último y esencial correo. Encajó la mandíbula e inclinó la cabeza. Haciendo girar al caballo, lo puso al trote y empezó a ensayar: la expresión, las reacciones, para que se parecieran a las que tendría si simplemente hubiera regresado de atender algún negocio. Esa era la historia que Loretta y él habían acordado contar en su ausencia.

A lo largo de toda su vida, había cabalgado muchas veces hacia el peligro, en circunstancias en que un proyectil errante habría hecho saltar a un hombre por los aires. Se había enfrentado a la muerte en tierras extranjeras más veces de las que era capaz de contar. Pero el hecho de enfrentarse a la muerte en el salón de una posada en la tranquila campiña inglesa jamás había figurado entre sus expectativas.

Mientras trotaba por el camino que llevaba a la posada, el sonido de los cascos del caballo sobre la grava, una fuerte señal que resonaba claramente en el silencio y la calma, todos los instintos de Rafe estaban despiertos, vivos, en alerta y advirtiéndole del peligro. En el campo de batalla siempre había gozado de una especie de sexto sentido sobre dónde, en qué dirección, se encontraba el peligro más inmediato, y en esos momentos le insistía en que ese peligro inminente estaba agazapado al otro lado de la puerta de la posada.

No tenía demasiadas ganas de encontrarse con ese peligro. Él era un hombre de caballería, todas sus batallas las había luchado en el campo con suficiente espacio a su alrededor para poderse mover. Pelear en un espacio constreñido, en una habitación amueblada y, peor aún, con personas inocentes y desvalidas, no se alejaba mucho de su peor pesadilla.

En cualquier caso, ni mostró ni sintió ninguna duda a la hora de cabalgar al interior del antepatio, detener el caballo y saltar a tierra.

Estaba siendo observado desde varios puntos del interior de la posada. Miró a su alrededor como si esperara que apareciera el mozo de cuadra para llevarse al caballo, luego sacudió la cabeza y ató las riendas al poste más cercano a la puerta delantera.

No tenía miedo a morir. Nunca lo había tenido. Uno no podía ser temerario si sentía miedo. Había sido soldado toda su vida y eso es lo que hacían los soldados, entregaban sus vidas en caso necesario.

Pero en esa ocasión no quería morir. En esa ocasión ansiaba vivir, deseaba desesperadamente sobrevivir porque, de repente, tenía un motivo para hacerlo, un futuro por el que merecía la pena.

Con Loretta.

Los dos tenían que vivir.

Para que los dos pudieran disfrutar del futuro que ambos deseaban, los dos tenían que sobrevivir a los sucesos que estaban por llegar.

Pero, llegado el caso, estaba seguro de que daría su vida por la de ella, si no había otra elección. Tomaría ese camino sin dudarlo, y desde luego sin lamentarlo. Ella, sobre todo, debía vivir, aunque él no sobreviviera para estar a su lado.

Sabía que Loretta no se mostraría de acuerdo, pero no tenía pensado pedirle su opinión.

La idea lo tranquilizó, le dio la seguridad, la concentración que necesitaba, para encaminarse a esa batalla. Esa lucha que tendría lugar entre cuatro paredes.

Con su habitual caminar despreocupado, se acercó a la puerta delantera de la posada, la abrió y entró en el interior.

Inmediatamente, dos puntas de espada se detuvieron junto a su cuello. Una a cada lado, cada una sujetada por un asesino. Rafe puso la expresión en blanco y esperó que ellos la interpretaran como sobresalto. Haciendo un rápido barrido, vio a otros cuatro asesinos ocultos en las sombras del vestíbulo.

Otro hombre, un asesino mucho más duro, más experimentado, de aspecto escalofriante, se colocó enfrente de él en el vestíbulo.

Rafe miró al hombre a los ojos. ¿Qué había dicho Tony? ¿El capitán de la guardia de la Cobra Negra?

El hombre se llevó un dedo a los labios y les dio unos golpecitos antes de indicarle que cerrara la puerta.

Con movimientos lentos, él obedeció e intentó no pensar en lo sólida que era la puerta mientras se cerraba suavemente y lo separaba de los demás de ahí fuera.

El capitán, Rafe decidió etiquetarlo como tal, sonrió de un modo totalmente carente de humor y amabilidad.

—Nuestro líder, la Cobra Negra, se sentirá especialmente feliz de

verlo, capitán Carstairs. —Luego se dirigió a sus hombres—: Quitadle la espada.

Rafe no reaccionó cuando el asesino a su derecha agarró la empuñadura del sable y lentamente sacó la hoja de su vaina.

El capitán sacudió la cabeza y los dos asesinos se apartaron, retirando las espadas, aunque no las guardaron.

—No haga nada que pueda obligarnos a lastimar a la joven dama que actualmente está sentada con la Cobra Negra, nuestro líder la llama Loretta.

Rafe apretó los labios e inclinó la cabeza. De modo que la Cobra Negra estaba en el salón.

—Eso es. —El capitán volvió a sonreír, parecía disfrutar teniéndolo a su merced. Seguidamente, miró al asesino a la izquierda de Rafe—. Regístralo.

Rafe levantó los brazos lentamente hacia los lados. El asesino rebuscó en sus bolsillos, el forro del abrigo, palmeó la ropa, claramente buscando la carta. Rafe esperó, pero el asesino no registró sus botas, y por tanto no descubrió el cuchillo que siempre llevaba allí.

Aunque un cuchillo no iba a servirle de mucho rodeado de esa gente.

El asesino se apartó y sacudió la cabeza.

Unas pisadas amortiguadas en las escaleras hicieron que todos levantaran la cabeza en esa dirección. Un indio más mayor, de barba larga y negra, descendía. Posó los pies sobre las losetas del vestíbulo, miró fijamente a Rafe y, frunciendo el ceño, se acercó.

La negra mirada del hombre recorrió a Rafe antes de regresar a su rostro.

¿El consejero de la Cobra Negra? Eso parecía. El hombre iba vestido al estilo civil. La maldad en su oscura mirada era intensa, casi tangible.

—Les he hecho registrar toda la planta superior. —Al final el consejero se volvió hacia el capitán—: La carta no está en ninguna parte.

—Todavía no hemos registrado a la joven dama —observó el capitán tras reflexionar durante unos segundos y mirar a Rafe a los ojos.

—Ella no la tiene —murmuró Rafe en su tono habitual.

—Entonces, ¿dónde se encuentra esa carta tan importante? —El capitán enarcó las cejas, aunque no mostró ninguna sorpresa.

—Yo soy el único que sabe dónde está. —Rafe le sostuvo la mirada —. Lo cual no debería sorprenderle. Puede que haya llegado el momento de presentarme a su líder, para que él y yo podamos discutir sobre lo que está dispuesto a ceder a cambio de la prueba, una prueba

absoluta e incontrovertible de su villanía.

El capitán lo examinó durante un largo rato antes de desviar la mirada hacia el consejero, que había estado observando a Rafe a través de los ojos entornados.

Entre ambos hombres se produjo una comunicación no verbal y el consejero miró de nuevo a Rafe y asintió.

—Lo consultaré.

Dando media vuelta, se encaminó hacia la puerta del salón.

Royce alcanzó el árbol caído tras el cual había dejado a Devil y a Deverell, y descubrió que Tony Blake se había unido a ellos.

Antes de que Royce pudiera decir una sola palabra, Tony le informó:

—Carstairs ha llegado. Va a entrar.

—¿Qué?

—Parecía lo más razonable —Tony parpadeó—, dado que, tal y como él señaló, hemos llegado a un punto muerto. No podemos movernos hasta que no lo hagan ellos, y ellos no harán nada hasta que él entre ahí. De modo que va a entrar. En cualquier momento.

—¿Qué quería Kilworth? —preguntó Devil mirando fijamente a Royce.

—Quería decirnos quién es la Cobra Negra. —El mismo Royce percibió el tono cortante en su propia voz.

—¿Quién es? —preguntaron los tres al unísono.

Sin apartar la mirada de la ventana del salón, de la escena que transcurría en su interior, Royce sintió la acerada calma del guerrero apropiarse de él.

—Llevamos media hora mirando a la Cobra Negra —dijo mirando hacia el salón—. La rubia. Es ella.

Los otros tres miraron fijamente.

Y tal y como había sucedido en otros momentos, en otros lugares, Royce supo de repente exactamente qué debía hacer.

—No tenemos mucho tiempo. Tony, haz otra ronda a toda velocidad. Acércate primero a los que están vigilando en el sendero y envíame a Charles, al resto diles que se reúnan con Christian en la parte delantera de la posada. Dile a Christian que sus hombres deben esperar hasta que oigan jaleo, y entonces entrar rápidamente y con fuerza, necesito su fuerza para derribar a todos los sectarios que hay en el vestíbulo delantero y en cualquier pasillo o en la planta superior. —Royce hizo una pausa antes de continuar—: Tú te reunirás con nuestros hombres en la parte trasera y tomarás la cocina. De nuevo, diles a todos que no se contengan. Debéis liquidar a todos los asesinos de la cocina y liberar también a los Shearer. Luego tomarás la

habitación. En cuanto estés en posición con los de la parte de atrás, silba como una curruca. Y ahora vete.

Tony se marchó.

Royce miró a Devil y a Deverell. Gyles y Del estaban cerca. Charles pronto se reuniría con ellos.

—Eso nos deja a nosotros seis para irrumpir en el salón. Vamos a tener que entrar por la ventana. Por suerte, es grande.

—Lo suficientemente grande para que entremos dos o incluso tres a la vez. —Devil ya estaba calculando el tamaño de la ventana—. Vamos a tener que entrar deprisa.

Royce asintió y se agachó para observar atentamente la escena que se desarrollaba en el interior del salón.

La puerta del salón se abrió y un indio de avanzada edad entró.

—Carstairs debe de haber entrado —murmuró Royce—. Tony estará en posición en pocos minutos. En cuanto oigamos la señal…

—¿Entramos? —preguntó Devil.

—No. —Royce sacudió la cabeza—. Esperamos. Si algo he aprendido a lo largo de todos mis años es que el momento adecuado lo es todo.

Loretta charlaba sobre la moda parisina con la señora Campbell cuando un golpe de nudillos en la puerta las interrumpió.

—Adelante.

Algo sorprendida de que la señora Campbell hubiera hablado al mismo tiempo que ella, pues a fin de cuentas ese era su salón privado, Loretta miró con curiosidad a la otra mujer antes de desviar la mirada hacia la puerta.

En el preciso instante en que se abría y una terrorífica aparición se deslizaba en el interior de la habitación.

Un hombre indio vestido con una túnica. Era viejo, pero era difícil saber cómo de viejo. Su rostro tenía el color de la nuez, marcado con profundas arrugas, y su pelo, al menos los revueltos mechones que habían escapado de su turbante envuelto en un pañuelo de seda negra, eran grises. En cambio, su idénticamente desaliñada barba era en su mayor parte negra. De un negro mortífero. En cuanto a sus ojos… Cuando se encontraron con los de Loretta al otro lado de la habitación, ella sintió que se le arrugaba la piel.

Esos ojos eran unas ventanas negras a través de las cuales un mal fríamente malicioso contemplaba al mundo y planeaba toda clase de dolor y mutilación.

Tras la fugaz mirada, que bastó para congelar a Loretta, los ojos del recién aparecido se desviaron hacia la señora Campbell. Él hizo una reverencia, profunda, de obediencia.

A Loretta se le desencajó la mandíbula. Con esfuerzo consiguió cerrarla y se volvió para mirar fijamente a su acompañante.

El anciano se irguió. En algún momento había cerrado la puerta a su espalda.

—El capitán ha llegado, Ilustrísima. Lo hemos registrado y también hemos registrado toda la posada.

Loretta miró al hombre a tiempo para captar una lasciva mirada y comprender con un nauseabundo sobresalto que nadie la había registrado a ella.

—Pero —continuó el hombre desviando de nuevo la mirada hacia la señora Campbell— no hemos encontrado ni la carta ni el portarrollos. El capitán sugiere que debería reunirse con usted para poder discutir la situación.

Loretta miró fijamente a la señora Campbell, la mujer con la que hasta hacía unos segundos se había sentido identificada al pensar que se parecía tanto a ella como a sus hermanas. Y mientras su mente se esforzaba por aceptar conscientemente las conclusiones que sus instintos clamaban como reales, la mortífera verdad, algo en el rostro de la mujer, cambió.

Como si hubiese dejado caer un velo y revelado la verdadera naturaleza de lo que había debajo.

—Dios mío. —Loretta fue apenas consciente de las palabras que escaparon de su boca.

La señora Campbell giró la cabeza hacia ella y sonrió, con una sonrisa desprovista siquiera de una hebra de femenina humanidad.

—Sí, en efecto, señorita Michelmarsh. Yo soy… —la mujer se interrumpió y enarcó las cejas— su más mortífero enemigo, tanto suyo como del capitán.

Desvió la mirada hacia el anciano y continuó:

—Qué complaciente es el capitán. Desde luego, me muero de ganas de hablar con él. Que Saleem lo traiga. Y dos guardias. Deja la puerta abierta.

—Como desee, oh, Ilustrísima. —El anciano hizo una reverencia aún más profunda antes de retirarse.

Loretta intentó obligar a su acelerado corazón a reducir el ritmo, a calmarse. Si Rafe había regresado…, ¿había encontrado a sus escoltas? ¿Su aparición formaba parte de algún plan?

O estaban solos los dos frente a… la Cobra Negra.

Resultaba muy difícil asimilarlo.

La puerta se abrió de nuevo y el anciano volvió a entrar. Se detuvo a la derecha de la señora Campbell, bloqueando el poco calor que llegaba de la chimenea detrás de él.

Loretta fue de repente muy consciente al sentir un escalofrío.

Otro hombre, un soldado, por su aspecto endurecido, fue el

siguiente en entrar, seguramente se trataba de Saleem. Y detrás de él…

Rafe entró en la habitación.

Sus miradas se fundieron al instante antes de que ella le practicara un examen visual, buscando… Pero él caminaba normalidad, con su andar cargado de seguridad, se movía con su habitual gracia de jinete. Loretta no vio ninguna evidencia de lesión en ninguna parte de su cuerpo. Ileso, informó su cerebro, casi desmayándose de alivio.

Y ni siquiera le habían atado las manos ni inmovilizado de ninguna manera.

Dos sectarios, a Loretta le bastó una mirada para saber que debían ser esos que Rafe y Hassan denominaban como asesinos, los siguieron al interior de la habitación.

Saleem se detuvo a tres pasos y un poco a la derecha de la puerta. Levantó una mano y detuvo a Rafe a su lado, ligeramente detrás. Saleem miró por encima del hombro, dijo algo que Loretta no entendió y, en respuesta, los asesinos tomaron posiciones a cada lado de Rafe, aunque detrás de él. Por la postura de sus brazos, ella adivinó que sujetaban cuchillos, preparados para apuñalarlo si hacía un movimiento equivocado.

A través de la puerta abierta, ella vio más asesinos bloqueando el vestíbulo delantero. La atención de cada uno de esos asesinos permanecía fija en Rafe.

Nada sorprendente que no se hubieran molestado en inmovilizarlo. Lo matarían antes de que diera un solo paso.

La secta de la Cobra Negra había tomado la posada mientras ella permanecía sentada charlando con la señora Campbell. A pesar del indiscutible miedo que se deslizaba gélido por su columna, Loretta dedicó a la otra mujer una mirada claramente contrariada.

La mirada no pasó desapercibida para Rafe, aunque estaba demasiado ocupado inspeccionando la habitación en busca de la Cobra Negra.

Pero…

Al final, posó la mirada en la única persona que había en la habitación a quien no podía identificar. Miró a la mujer, la rubia que Tony había dicho que había llegado de una mansión cercana, la que suponían que era una rehén… La mujer que tanto desagradaba a Loretta. Y que no era ningún rehén. Lo supo en el instante en que sus miradas se encontraron. Nadie que viera esos ojos azul hielo, que viera esa maldad que brillaba descaradamente en ellos, podría no identificar a su dueña como malvada. A través de su ojo interno, su recuerdo le proporcionó la visión de James MacFarlane, apaleado, torturado y muerto, tirado en la parte trasera de una carreta en la lejana Bombay. Encajó la mandíbula. El gélido fuego del auténtico

odio inundó sus venas.

El hecho de que fuera una mujer se convirtió en algo secundario. De haber tenido el sable en las manos, habría acabado con ella.

Interpretando su comprensión, la Cobra Negra sonrió. Relajada en el sofá, lo examinó, del mismo modo que un gato examinaría a un ratón especialmente jugoso.

—Bienvenido, capitán. Lo estábamos esperando. Y me alegra ver que toda explicación sobra, que ya ha comprendido quién soy. En efecto, la persona a la que usted y sus colegas han estado buscando tan afanosamente.

—Pensábamos que era Ferrar. —Cuanto más tiempo la mantuviera hablando, más tiempo tendría para planear algo. Su cerebro ya funcionaba a toda velocidad, sopesando las oportunidades, los riesgos, las posibilidades. Evaluando sus propias fortalezas y las debilidades de ella—. ¿Es la causante de su muerte?

—Por desgracia, sí. Sus amigos en este país lo hicieron necesario, pues habían tomado un excesivo interés en él, y el querido Roderick nunca fue capaz de protegerse adecuadamente contra el peligro. Nunca pensó que le afectaría.

—¿Y Thurgood? Supongo que también lo sacrificaría.

El destello de una emoción, demasiado fugaz para que él pudiera identificarla, atravesó los ojos de hielo, pero de inmediato volvieron a endurecerse.

—Eso fue lamentable.

El tono de voz de la mujer sugería que alguien, muy posiblemente el propio Rafe, pagaría por la muerte de Thurgood por… ¿obligarla a matarlo?

Rafe fue consciente de la amenaza, pero la ignoró, demasiado ocupado evaluando sus opciones para salvar a Loretta. Salvarse a sí mismo iba después, pero si surgía la oportunidad también la aprovecharía. En cuanto a la zorra de la Cobra Negra, si bien deseaba desesperadamente decapitarla él mismo, si la vida de Loretta, o la suya propia, pendía de un hilo, estaría feliz de dejarle esa tarea a otro.

Ahí fuera había al menos otros tres que lo harían en un abrir y cerrar de ojos.

Por otra parte, simplemente matarla sería excesivamente misericordioso.

—Tengo entendido —continuó él— que también ha estado buscando algo. Algo que tengo yo. —Ya había concluido su evaluación, había llegado el momento de iniciar la batalla.

—Así es. La carta que el querido Roderick fue tan estúpido de escribir. —La mujer miró a Loretta antes de devolver su fría mirada a Rafe—. Doy por hecho que no necesitaremos amenazar a la señorita Michelmarsh o, que Dios la ayude, lastimarla, para que entienda la

sensatez de entregarme la carta. Inmediatamente.

—No. No hay necesidad de amenazas. Sería muy poco digno, ¿no le parece?

—Así es. —Ella inclinó la cabeza y lo observó atentamente, cual serpiente—. Estoy absolutamente de acuerdo.

Rafe había conseguido evitar mirar por la ventana. Sabía que Wolverstone, Devil y los demás estaban a ese lado de la posada, vigilando al otro lado de la ventana. Sabía que pensaban que la Cobra Negra era un hombre situado a la derecha de la rubia, en el sillón que permanecía vacío a un lado de la chimenea. Tenía que sacarlos de su error, tenía que asegurarse de que supieran quién era la Cobra Negra. Moviéndose para adoptar una postura de descanso, como si se estuviera dirigiendo a un superior, mantuvo la mirada fija en la mujer sentada, y lánguidamente relajada, en el sofá.

—No llevo la carta encima, ni tampoco la señorita Michelmarsh. Está bien escondida, y es poco probable que sea encontrada, tal y como han comprobado sus hombres. Sin embargo, está cerca. Podría recuperarla rápidamente. La pregunta es: ¿por qué iba a entregársela?

Con un fluido y elegante movimiento, la Cobra Negra se irguió y se inclinó hacia delante para fijar más intensamente su fría mirada sobre él. En su rostro no asomaba ni un rastro de emoción. Su voz al hablar era igualmente inexpresiva, ni siquiera fría, sino totalmente desprovista de todo sentimiento.

—Me entregará la carta para no tener que ver cómo Saleem tortura a la señorita Michelmarsh. Realmente es muy hábil y adora su trabajo. —Dedicó una fugaz mirada a Saleem, un gesto de aprobación, antes de volver a fijarla en Rafe. No hay nadie por aquí que pueda oír los gritos de ella, ni los suyos tampoco. Por si todavía no se ha dado cuenta, la posada está enteramente en nuestras manos.

Loretta miraba fijamente a la mujer, más por incredulidad que por espanto.

—De verdad es la Cobra Negra.

—Siempre lo he sido. —La mujer le sostuvo fugazmente la mirada.

Se trataba de una batalla, pero cuando la Cobra Negra volvió a posar su mirada en él, Rafe consiguió controlar la ira que sus palabras habían provocado. Con la mandíbula encajada, hizo una pausa, como si estuviera considerando sus palabras, antes de arriesgarse a lo que su temerario instinto para las apuestas le decía que merecía la pena.

—Esa respuesta podría funcionar en la India, pero está muy lejos de la seguridad de la que podía gozar allí. Y ha perdido a Ferrar. Si intenta aplicar esas tácticas aquí, ahora, será perseguida, y los que ya la están persiguiendo aquí en Inglaterra son mucho más poderosos que cualquier oponente al que se haya enfrentado antes, más que suficientemente poderosos como para encontrarla.

Y porque lo estaba esperando, Rafe percibió la reacción, el destello de incertidumbre que tiñó fugazmente su seguridad endiosada. Tras contemplarlo durante un instante, la mujer se relajó de nuevo contra los cojines. Sin embargo, se trataba de una pose estudiada. Las palabras de Rafe habían dado en el clavo.

—Entonces, ¿qué sugiere, capitán?

—Sugiero… —Rafe miró a Loretta y de nuevo a la Cobra Negra. No era la única que podía preparar un escenario—. Sugiero que yo le entregue la carta con la condición de que jure dejarnos, y a todos los demás que estén en la posada y que no formen parte de su gente, ilesos. Puede amarrarnos si así lo desea. Sin embargo, si sigue mi consejo, no tendrá ningún motivo para temer una persecución. En cuanto destruya la carta, habrá hecho que sea prácticamente imposible para nadie elevar siquiera un clamor en su contra. Sin la carta, sin la prueba, sin una evidencia de ningún crimen grave cometido aquí en Inglaterra, obtener apoyo para emprender cualquier acción contra usted estaría más allá del alcance de nadie, ni siquiera de los que actualmente están alineados en su contra.

Rafe hizo una pausa antes de continuar:

—Al tomar la carta y dejarnos ilesos, podrá salir libre y atravesar limpiamente la red que esos hombres poderosos que buscan su caída le arrojarán.

Había acertado, Rafe lo vio en la preocupación que asomó a los ojos de la mujer. Tenía miedo de ser atrapada, pero se resistía a perder lo que ella veía como un juego, sobre todo un juego en el que se enfrentaba a hombres poderosos. Era una Ferrar hasta el tuétano. Ansiaba poder, ansiaba que su dominio fuera reconocido.

Si lograba convencerla… Rafe se arriesgó de nuevo:

—Hasta a su padre le gustaría saber que ha escapado tan elegantemente.

Los ojos de la dama brillaron. La flecha había alcanzado su objetivo.

—De acuerdo, capitán —aceptó tras una prolongada pausa—. Accedo a sus términos. Entrégueme la carta y estaré de acuerdo en dejarle a usted, a la señorita Michelmarsh y a la familia del posadero aquí, vivos.

—Y todos ilesos. —Rafe deseaba entregarle la carta, pero no podía hacer que su rendición pareciera demasiado sencilla. Si se aseguraba de que los que vigilaban fuera lo vieran entregándole la carta a ella directamente, sería como delatar claramente que ella era el enemigo al que llevaban persiguiendo durante tanto tiempo. Pero esa mujer era demasiado inteligente como para arriesgarse a algo tan fácil, por tanto, debía arrancarle una promesa que mereciera la pena aceptar—. Y, si no le importa, preferiría que hiciera un juramento solemne al respecto.

—De acuerdo —contestó ella asintiendo de nuevo mientras a sus ojos asomaba fugazmente una expresión de diversión y de agudeza—. Juro solemnemente sobre la cabeza de mi padre que, si me entrega la carta en cuestión, permitiré que usted, la señorita Michelmarsh y todos los habitantes de la posada que no pertenezcan a mi séquito, permanezcan aquí ilesos. —Enarcó las cejas, la mirada de nuevo gélida como el hielo—. ¿Bastará con eso?

—Será suficiente. —Suficiente como para excusar las acciones que seguirían. Rafe sabía que, juramento o no, esa mujer jamás mantendría su promesa.

—En ese caso, la carta, si no le importa.

—Está en esta habitación. —Rafe miró al asesino de pie justo detrás de él, a su derecha—. Pero voy a tener que moverme para alcanzarla. Nadie más aquí dentro podrá hacerlo.

La mujer enarcó las cejas y miró fijamente al asesino.

—Déjale.

El asesino bajó la espada corta cuya punta había permanecido durante todo el tiempo a menos de tres centímetros de la espalda de Rafe. Rafe avanzó despacio, sin prisa, hasta el aparador apoyado contra la pared que daba al pasillo. Se acercó al extremo más alejado, levantó una mano y recuperó el portarrollos del lugar en el que lo había ocultado hacía apenas unas horas.

Se volvió con el portarrollos en equilibrio entre ambas manos.

Los ojos de la Cobra Negra se iluminaron.

Sin dejar de moverse con parsimonia, Rafe cruzó la habitación y abrió las palancas de latón que lo cerraban.

Todo el mundo estaba pendiente de sus dedos, de las brillantes palancas. Nadie dijo nada cuando se detuvo en un lugar distinto al que había ocupado antes, frente a la chimenea, con el hombro izquierdo hacia el asesino que antes había estado a su espalda.

Así estaba más cerca de Loretta, sin que hubiera nadie entre ambos.

Mantuvo la mirada, la atención, sobre la Cobra Negra mientras abría el portarrollos, hundía la mano en el interior y sacaba la única hoja que contenía.

Con ojos brillantes, la mujer extendió una mano.

Rafe se inclinó hacia delante y, a plena vista desde el otro lado de la ventana, colocó el documento enrollado en la palma de la mano de la mujer.

Se irguió y esperó con el portarrollos abierto y colgando, las palancas sobresaliendo, en la mano izquierda. No era gran cosa como arma, pero era mejor que nada.

Observó a la Cobra Negra desenrollar la hoja, comprobar el contenido y luego girarla para inspeccionar el sello.

La sonrisa que curvó sus labios, gélidamente calculadora, le provocó

un escalofrío en la columna.

Loretta se movió subrepticiamente en el sofá. Quería ponerse en pie y colocarse junto a Rafe, pero la tensión en la habitación era tan palpable que no quería aumentarla. Aunque había algo más. Rafe observaba a la otra mujer como un halcón. La tensión no lo había abandonado, si acaso, tras el acuerdo alcanzado con la señora Campbell, había aumentado.

Envuelta en un aura de gélida confianza, la señora Campbell dobló la carta, la introdujo en su corpiño y levantó la cabeza. Miró a Rafe con expresión de maligno triunfo.

—Gracias, capitán.

Sin apartar la mirada de Rafe, la señora Campbell inclinó la cabeza hacia Loretta.

—Gracias por su compañía, señorita Michelmarsh. —Una desagradable sonrisa curvó los labios de la Cobra Negra—. Ha sido un auténtico placer conocerla.

Suavemente, con la mirada posada todavía en Rafe, la Cobra Negra se levantó y miró a sus hombres.

—Podéis matarlos después de que yo haya abandonado la habitación. Por desgracia, no puedo arriesgarme a que mi vestido se manche de sangre.

—¿Cómo? —Loretta empezó a levantarse, sintió el peso del manguito contra el muslo y lo agarró mientras se levantaba de un salto del sofá. Ira, furia, rabia y tantas cosas más surgieron desde su interior—. ¡Lo prometió! —exclamó—. No puede hacernos matar… ¡Lo ha jurado!

La señora Campbell, la Cobra Negra, le dedicó a Loretta una sonrisa petulante y una mirada cargada de desprecio.

—Mentí. —La sonrisa se cargó de una infinita superioridad. Una gélida arrogancia la envolvió como un manto mientras sacudía la cabeza—. Nunca deja de sorprenderme que la gente siempre olvide que una mujer es infinitamente más mortífera que un hombre.

Y sin más, la Cobra Negra echó a andar hacia la puerta.

—¡Espere! —Loretta pronunció la palabra con tal fuerza que, por un instante, todo el mundo obedeció sin pestañear.

Y en ese instante, ella introdujo la mano en el manguito, agarró la culata de la pistola de Rafe, la sacó del envoltorio de piel, la amartilló, apuntó, cerró los ojos y disparó.

La detonación hizo tambalearse la pequeña habitación.

Resonó y reverberó, sacudiendo el cristal de las ventanas.

Loretta abrió los ojos.

El silencio se adueñó de la habitación a medida que se acallaba el brusco retroceso de la pistola.

Todo se detuvo. Toda vida, todo movimiento, suspendido.

Todo el mundo miraba fijamente a la Cobra Negra, al negro agujero de su hombro izquierdo. A la mancha roja que crecía y se extendía.

La Cobra Negra también lo miraba. Y entonces todo color desapareció de su ya pálido rostro, sus ojos se cerraron y lentamente cayó al suelo.

Y con la misma lentitud, Loretta se volvió para mirar a Rafe.

En el preciso instante en que Rafe despertaba de la conmoción. Solo disponía de un instante para salvarlos a ambos. Los sectarios odiaban las armas de fuego. Instintivamente habían retrocedido.

Estampó el portarrollos abierto contra el rostro del asesino que tenía más cercano y agarró el largo cuchillo del hombre mientras este se tambaleaba. Girándose, Rafe agarró a Loretta de un brazo y, sujetándola contra él, la levantó del suelo y saltó con ella por encima del sofá, derribándolo de modo que el asiento quedara en posición vertical, formando una barrera tras la cual él podría defenderlos.

Por lo menos durante un minuto.

Conocedor del número de asesinos que había en el vestíbulo delantero, rezó para que un minuto fuera suficiente para los demás.

Su primer movimiento había roto el hechizo que mantenía inmóviles a los sectarios. En el preciso instante en que él agarraba a Loretta, un aullido quejumbroso había surgido de la garganta de Saleem.

Rafe aterrizó detrás del sofá y empujó a Loretta contra la pared, la soltó y se volvió para enfrentarse al rabioso ataque del capitán de la Cobra Negra.

Había conseguido el arma del asesino justo a tiempo. El choque del acero hizo saltar chispas.

Más asesinos irrumpieron en la habitación, pero antes de que pudieran reunirse con su capitán y desbordar a Rafe, el amplio ventanal a su izquierda estalló.

Los sectarios se encogieran ante la lluvia de cristales.

Antes de que los escombros hubiesen terminado de caer, unas mantas de caballo fueron arrojadas sobre los restos de cristales rotos de la ventana y varios hombres entraron en la habitación.

Rafe los dejó al mando mientras devolvió su atención a Saleem.

Se atacaron el uno al otro. Rafe comprendió que el hombre estaba furioso y buscaba venganza contra la persona que había asesinado a su líder. Pero esa persona era Loretta, que permanecía aplastada entre la espalda de Rafe y la pared. Y de ninguna manera iba a permitir Rafe que Saleem la alcanzara.

También había allí una sed de venganza por un compañero caído. Quizás Saleem no había participado personalmente, pero sí había sido tan responsable como su líder de cada atrocidad cometida en nombre de la Cobra Negra.

De modo que Rafe buscó matar. Fríamente, con precisión, buscó un hueco. Por bien entrenado que pudiera estar Saleem, él lo estaba más, le aventajaba por varios centímetros y tenía un mayor alcance.

No tenía ninguna duda de quién iba a ganar.

El hueco surgió y él lo aprovechó, limpiamente, con decisión. El final fue mucho mejor de lo que se merecía ese hombre, pero fue un final. Sacando la espada ajena de la herida, Rafe por fin tuvo la oportunidad de mirar a su alrededor. Ni un solo sectario permanecía en pie.

Respirando con dificultad, registró el sonido de la pelea en el vestíbulo, y aún más adentro en la posada, pero incluso ese sonido parecía ir decayendo.

Un caballero alto de cabellos oscuros regresó al interior de la habitación, reuniéndose con otro más alto de cabellos negros que estaba examinando los cuerpos de los asesinos.

—Estos están todos muertos. —El hombre de pelo negro se irguió. Levantó la mirada y miró a Rafe, sonrió y asintió a modo de saludo—. No he comprobado a ese —señaló a Saleem—, pero parece bastante muerto.

—Lo está —dijo Rafe.

El caballero de cabellos oscuros se acercó al sofá y extendió una mano.

—Wolverstone, Royce. Bienvenido a casa, ¡y bien hecho!

—Rafe Carstairs. —Rafe aceptó la mano tendida y la estrechó—. Me alegro muchísimo de conocerte.

—Lo vimos todo. Tú y tu compañera hicisteis un trabajo maravilloso. Yo no podría haberlo organizado mejor.

Rafe al fin registró la violenta punzada en la espalda. Girándose, permitió a Loretta apartarse de la pared. Ella respiró profundamente y lo fulminó con la mirada. Sin ningún arrepentimiento, sonrió.

—Señorita Loretta Michelmarsh.

—Wolverstone. —Wolverstone le ofreció su mano, la tomó e hizo una reverencia—. Encantado de conocer a una joven dama tan resuelta y de cabeza tan fría.

—Gracias. —Loretta echó un rápido vistazo alrededor de la habitación y posó la mirada, también brevemente, sobre la señora Campbell, caída en el suelo delante de la chimenea.

—¿Está muerta? —Ella se aclaró la garganta—. ¿La he matado?

—No —contestó Wolverstone con una sonrisa—. El tiro salió un poco alto. No está muy malherida.

Desde el vestíbulo les llegó el sonido de un estruendo.

—¿Los Shearer? —preguntó Loretta.

—Están vivos y bastante bien. El padre y el hijo recibieron algunos golpes, pero no sufrieron mayores lesiones. Vamos. —Wolverstone se

apartó y agitó una mano señalando hacia la puerta—. Os sacaremos de aquí a los dos. Este no es lugar para una dama.

Entre los dos, Rafe y Wolverstone, ayudaron a Loretta a saltar por encima del sofá y a rodear varios obstáculos que permanecían entre ella y la puerta antes de despejar un camino para que llegara al vestíbulo, protegiéndola lo mejor posible de la vista del resultado de la resistencia de los sectarios. Rafe reclamó su sable de camino.

Por fin, Loretta salió por la puerta y avanzó sobre la grava del antepatio. Respiró hondo y miró a su alrededor, casi sorprendida al encontrar que no había nada diferente en los bosques, el cielo, el tranquilo sendero.

Un débil rayo de sol brillaba entre las nubes y la bañó inesperadamente con su calor.

Ella volvió a tomar aire y sintió que algo en su interior se aflojaba, se disolvía. Y empezó a temblar.

Rápidamente se sintió rodeada por el brazo de Rafe que la atrajo hacia sí, contra su pecho, abrazándola, sujetándola.

De repente, Rose salió corriendo del bosque, agitando alocadamente los brazos mientras cruzaba la pradera. Hassan apareció del otro lado del edificio y en su oscuro rostro asomó una enorme sonrisa al verlos mientras se acercaba rápidamente a su encuentro.

Los cuatro se unieron, se abrazaron y rieron, y lloraron lágrimas de alivio. Estaban a salvo, todos, sanos y salvos.

Loretta miró a Rafe a los ojos y sonrió con absoluta sinceridad.

Royce dejó tranquilos a los cuatro viajeros para que se reencontraran y se volvió de nuevo hacia la posada. Junto a los otros ayudó a los Shearer a volver a dejar todo en su sitio, retirando cuerpos al patio trasero, limpiándolo todo lo mejor que pudieron.

El único cuerpo que nadie tocó fue el de la Cobra Negra. La dejaron allí donde había caído, tirada de lado, con la sangre saliendo de lo que, para sus experimentados ojos, era una herida bastante limpia que no amenazaba su vida.

Por lo menos uno de ellos permaneció en todo momento en la habitación, solo para asegurarse de que no intentaba escapar.

Cuando Royce al final regresó al interior del salón, Del, Gareth, Logan, Cristian y Devil estaban reunidos en el centro de la habitación. Logan, Gareth y Christian acababan de terminar de colocar la ventana. Royce llegaba con la intención de asegurarse de que los Shearer recibieran una compensación económica, pero Devil se le había adelantado.

Royce contempló a su prisionera. El rostro de Alexandra Campbell había recuperado suficiente color, y su respiración era lo

suficientemente rápida y agitada como para asegurarles que estaba consciente y escuchaba todo. Sin duda, estaba valorando si había algún modo de poder convencer a aquellos hombres para librarse de lo que se le venía encima. Apelando a su caballerosidad, quizás.

Royce contempló el rostro de los otros hombres y decidió que no apostaría un céntimo por ella. Cada uno de los hombres que se encontraban allí, y todos los demás que estaban reunidos en el vestíbulo delantero, adoraban a sus damas, incluso a las damas en general, pero cuando se trataba de un villano…, un malvado era un malvado sin importar el género.

—¿Y ahora qué? —preguntó Devil en voz baja mientras señalaba a la mujer con la cabeza.

Royce había estado postergando el momento, esperando hasta estar seguro de poder controlar sus reacciones y actuar con imparcialidad, tal y como exigía la ley que él representaba. Decidió permitir que el instinto lo guiara y se volvió, considerando a la figura caída, antes de atravesar la habitación y agacharse junto a sus hombros, inclinando la cabeza para poder ver claramente su rostro, y que ella pudiera ver el suyo.

—Sé que está despierta —anunció él tras unos segundos.

Una franja de azul hielo asomó bajo las pestañas.

—Me sería tan fácil matarla ahora mismo y ahorrarnos la molestia de organizar su entrega a las autoridades —él sonrió— antes de denunciarla. Por supuesto, eso le ahorraría la molestia de ser arrojada a una fría y húmeda celda, etiquetada como villana sin escrúpulos, conciencia ni remordimiento, y por tanto ser sometida a todas las indignidades que, sin ninguna duda, sufrirá.

Wolverstone contempló sus propias manos y estiró los largos dedos. Supo enseguida cuándo la mirada de la mujer se desvió hacia ellos. Y cerró los puños.

—Un rápido movimiento… —Movimiento que imitó—. No sentiría nada, ni el más ligero dolor.

Él mantenía la mirada sobre sus manos, como si estuviera debatiendo, deliberando.

—Pues hágalo. —La voz era gutural para ser de una mujer, baja, seductora, oscura. Cuando él la miró, ella le sostuvo la mirada—. Máteme ahora. Es lo que desea. —Sus labios se curvaron—. Todos los demás, sus marionetas, quieren que lo haga. No sé quién es, pero sí sé que es lo bastante poderoso como para que nadie jamás lo cuestione o lo desafíe.

Al ver que él no reaccionaba, ella continuó:

—¿A qué espera? ¿A que pida absolución? —La mujer sonrió de un modo seco y sin rastro de humor—. No lamento nada. Como ha dicho, no hay remordimiento. Esas emociones son para los débiles y

estúpidos.

Wolverstone permitió que sus labios se curvaran. Esa mujer acababa de responder a una de las preguntas que tenía en su cabeza.

—Soy Wolverstone. Y seguramente el único hombre en toda Inglaterra que podría matarla con impunidad. —Permitió que pasara un segundo antes de que su mirada, su expresión, se endureciera—. Pero hay una trampa. —Volvió a mirar sus manos—. Estas manos —las sostuvo en alto, con sus largos dedos, fuertes y letales— acarician a mi esposa y las cabezas de mis hijos. —Desvió la mirada de nuevo hacia ella—. Jamás las ensuciaría con alguien de su calaña.

Los ojos de la Cobra se entornaron hasta quedar reducidos a dos finas líneas, líneas que brillaban con odio insatisfecho.

—No. —La sonrisa de Wolverstone se hizo más profunda—. Creo que la dejaré en manos de la dudosa merced de sus carceleros y el verdugo.

Royce se levantó lentamente y volvió a contemplar a la mujer desapasionadamente, seguro de que su decisión era la correcta.

—Si acaso le sirve de consuelo, me atrevería a asegurar que la multitud que se agolpará para presenciar su ahorcamiento establecerá todo un récord.

Y sin más, Wolverstone se dio la vuelta y se alejó, y dejó a la Cobra Negra, pálida y débil, tirada, indefensa, sobre el frío suelo.

Capítulo 21

Nadie había anticipado el triunfo de ese día, de modo que la reunión de la noche fue improvisada e informal, pero las emociones, el alivio, el triunfo, la necesidad de compartir, no eran menos sentidas por ello.

Royce recorrió con la mirada la amplia mesa de su comedor, sonriendo a medida que sus ojos se posaban en los rostros, muchos de ellos familiares, de viejos amigos.

Todos animados, todos comprometidos. Todos a una.

Las damas de los Cynster y Francesca, esposa de Chillingworth, habían llegado a lo largo de la tarde, llamadas a compartir la espera con Minerva, las esposas de los miembros del Bastion Club y las tres damas que habían contribuido directamente a la caída de la Cobra Negra.

Cada una de esas damas esperaba en el antepatio, en las escalinatas, en el porche delantero, para dar la bienvenida a su hombre cuando el grupo bajo el mando de Wolverstone al fin regresó a Elveden.

Pocos regresos al hogar resultaron tan dulces. Había cortes y heridas, arañazos y algún que otro corte más profundo que atender. Charles se metió en un buen lío por intentar quitarle importancia al suyo. El hecho de que en conjunto hubieran escapado sin sufrir ninguna lesión importante era más debido a su camaradería, a que habían peleado con tanta precisión hombro con hombro, cada uno guardando las espaldas del otro, que a sus indudables habilidades con las armas.

Para un hombre, los asesinos no se habían rendido. Había hecho falta matarlos, y ni un solo hombre del grupo había reculado ante esa necesidad. Royce se sentía orgulloso de todos ellos.

Por supuesto, en cuanto el barullo de su llegada se había acallado, Minerva había decretado que todo el mundo debía quedarse a cenar.

Y como todo el mundo se sentía ansioso por oír el relato del viaje de Rafe y su triunfal conclusión, todos se habían quedado.

Se habían reunido primero en el salón. Con cada silla y banco ocupado, Rafe se había situado delante de la chimenea, con Loretta

Michelmarsh sentada en el sillón junto a él, y relatado su aventura.

La tía abuela de Loretta, Esme, era una conocida de Minerva, Honoria, Clarice, y Letitia, como amiga de lady Osbaldestone. El auxilio de Esme, su liberación de la amenaza que la había mantenido atrapada en el convento de Bingen, había sido por tanto diligentemente organizado. Rafe, junto con Gabriel, asistidos por Christian y Tristan, habían sido elegidos para tratar con sir Charles Manning.

El final del relato, no solo del viaje de Rafe, sino también de los de Del, Gareth y Logan, había cautivado a todas las damas.

Cuando la última pieza del rompecabezas fue colocada en su lugar y la identidad de la Cobra Negra revelada, Royce no fue el único hombre en sonreír con recelo, aunque para sus adentros. Las damas estaban tan furibundas que se sintió sinceramente agradecido de que ninguna de ellas hubiera estado cerca de la posada Laughing Trout.

«Una mujer es infinitamente más mortífera que un hombre». Cada uno de esos hombres sabía que era verdad. Todas sus esposas eran las más bondadosas y dulces de los seres vivos…, hasta que alguien amenazaba a quienes consideraban de los suyos, sus esposos o sus hijos. Pobre del que no apreciara a la tigresa que habitaba en el interior de cada una de ellas.

—Se me ha ocurrido —observó Royce tras llamar la atención de Christian— que el principal error cometido hoy por la Cobra Negra fue el de no aplicar el principio que ella misma explotaba. No consideró a Loretta como una amenaza potencial. No se le ocurrió que ella podría tener un arma a mano, y por tanto no se molestó en ordenar que la registraran.

Christian, con una copa de vino en la mano, asintió.

—Tampoco se le ocurrió que Loretta reaccionaría al dar la orden para su ejecución, y eso fue infantilmente estúpido.

—¿Eso crees? —preguntó pensativa Honoria, sentada a la derecha de Royce—. De hecho, por todo lo que hemos recordado de ella, Alexandra Campbell, nacida Middleton, jamás ha estado enamorada, jamás ha tenido hijos, jamás ha sido tocada por esa emoción en particular, de manera que, ¿cómo iba a predecir la reacción de una dama que sí sabe lo que es amar?

Dicho así… Royce asintió.

—Buena observación.

—Así es. Y puede que te interese algo que también recordamos nosotras las damas. —Honoria se inclinó hacia delante y contempló a todos lo sentados a la mesa. Ignorando toda formalidad, tal y como habían hecho desde el principio, llamó a Letitia, sentada al otro extremo—. Letitia, tú lo explicaste mejor, sobre Shrewton y Alexandra.

—¿Sobre qué podría haberla motivado? —Las palabras de Letitia hicieron que todos los hombres sentados a la mesa se sumieran en un profundo silencio. Ella sonrió y, con un típico aire dramático, tras el cese de toda conversación, reclamó el escenario—. Alexandra es la hija única del vizconde y la vizcondesa Middleton, pero es sin duda la favorita de Shrewton. En efecto, se parece más a él en carácter y temperamento que el mismo Roderick, y seguramente fue eso lo que estimuló su idea de utilizar a Roderick y a Daniel Thurgood, hijo natural de Shrewton, para conseguir sus fines.

Letitia extendió las manos.

—Pensadlo bien, como hija de los Middleton, Alexandra era, en el mejor de los casos, alguien situado en la escala inferior de la alta sociedad, relegada en su mayor parte a los condados, sin ningún verdadero suministro de psicópatas esclavizados que alimentaran su ego. Imaginaos, si podéis, al propio Shrewton en una situación similar, su temperamento jamás lo soportaría. Y el de Alexandra tampoco. Tenía que salir de allí. Casarse con George Campbell fue presumiblemente el primer paso. Pero no era capaz de controlar a George, ni él de controlarla a ella. La abandonó en su casa del norte y pasaba toda su vida en Londres, jugando y divirtiéndose. Pero Alexandra no se quedó atrás. Ella también se trasladó a Londres y, suponemos, buscó a Roderick. También suponemos que Thurgood, que parecía compartir hasta cierto punto sus habilidades para la manipulación, y seguramente también se veía a sí mismo con derecho sobre Ferrar, había intimado inmediatamente con Roderick.

Letitia hizo una pausa y miró a Royce.

—De modo que tenemos a los tres, a todos los Ferrar juntos, pero Alexandra seguramente comprendió enseguida que ella era la más fuerte. Si preguntaras, y si Shrewton se dignara a responder, yo, y en efecto todos los que conocemos a los Ferrar, apostaríamos que si le preguntaras si había recibido la visita de Alexandra en algún momento mientras ella vivía en Londres, antes de que se hablara del traslado de Roderick a la India, Shrewton respondería afirmativamente. Ella, con casi total seguridad, habría buscado el reconocimiento de su padre como la más fuerte, capaz y astuta de su prole. Habría ansiado ese reconocimiento, del mismo modo que el propio Shrewton se muestra siempre tan insistente en que su propia posición sea reconocida. Y esa posición es sobre el poder. Del mismo modo que él siempre exige que la gente reconozca el poder que ha acumulado, Alexandra debió de buscar su reconocimiento del poder que ella manejaba, incluyendo el que ejercía sobre sus dos hijos, Roderick y Daniel.

Letitia sacudió la cabeza.

—Pero su Shrewton jamás le concedería eso, ni nada parecido. Lo más probable es que ni siquiera le diera la hora.

—Kilworth dijo algo —intervino Royce— sobre Shrewton centrándose únicamente en sus hijos varones.

—Exactamente. Él es…, yo diría que un completo misógino, solo que ni siquiera es eso. No es que odie a las mujeres. Simplemente se muestra absolutamente indiferente hacia nosotras, salvo como instrumento u objeto material.

—Entiendo —interrumpió Devil—. De ahí su comentario sobre que la mujer es más mortífera que el hombre.

—Así es. —Letitia miró a todos los presentes—. Lo que empujó a Alexandra Campbell a convertirse en la Cobra Negra fue su deseo de devolvérsela a su padre, a ese padre que ni siquiera en privado estaba dispuesto a concederle el reconocimiento de que, en su opinión, al igual que en la de ella, era su igual. Por tanto, tomó a Roderick. Tomó a Daniel. Y creó un imperio basado en una arrogancia salvaje, vengativa y maliciosa por encima y más allá de cualquier cosa que podría haber logrado el mismísimo Shrewton. —Con su habitual facilidad histriónica, Letitia hizo una pausa y miró a su alrededor antes de continuar—: Y en eso consistía la Cobra Negra y su secta.

Durante un instante reinó el silencio, hasta que Gabriel Cynster se estremeció y alargó una mano hacia el encantador.

—No sé los demás, pero yo me alegro de que todo haya terminado, de que la secta ya no exista y que la Cobra Negra esté en la cárcel, de que lo peor sucediera lejos de nuestros hogares y que nuestros cuatro colegas que han regresado… —levantó su copa hacia los cuatro: Del, Gareth, Logan y Rafe— tuvieran éxito en conseguir que todo terminara.

—¡Eso! ¡Eso! —repitieron todos en torno a la mesa mientras las copas se levantaban en un sentido brindis.

Alguien sugirió un brindis por todos los que ya no estaban presentes y que habían intervenido en la aventura.

La lista era larga. Y comenzó con el sombrío recuerdo a James MacFarlane.

—Ya no está entre nosotros, pero jamás será olvidado —anunció Rafe. Todos los hombres levantaron sus copas y bebieron.

Royce se fijó en que Minerva miraba de derecha a izquierda, tomaba su copa de vino y, todas a una, las damas se levantaban.

—Por James MacFarlane —propuso Emily Ensworth ante una señal de Minerva—, un auténtico héroe.

Las damas bebieron y luego todos se sentaron.

Los labios de Royce se curvaron cuando su mirada se fundió con la de su esposa, sentada al otro lado de la mesa. Él había interpretado bien el mensaje. Cuando se trataba de asuntos como ese, ninguno de los hombres sentados a la mesa estaría jamás solo.

Ya no peleaban solos, no en un sentido más amplio.

Los brindis continuaron de manera más informal y pronto regresaron las risas y la felicidad, barriendo el frío remanente de la historia de la Cobra Negra.

Cuatro de los hombres de Royce habían escoltado a Alexandra Campbell, atada en la parte trasera de una carreta de granja prestada, hasta la cárcel de Bury St. Edmunds. En esos momentos estaba entre rejas, custodiada por un competente grupo formado por algunos de los empleados de Royce, Devil y Demon, con la asistencia de la, hasta cierto punto sorprendida, aunque temiblemente ansiosa, Policía local. Todavía quedaban sectarios en libertad, un par por allí, un trío por allá, pero Del estaba seguro de que era poco probable que se reagruparan. Y, a falta de un mando claro, lo más probable era que se dispersaran y no que buscaran liberar a su líder secreto, a quien la mayoría de la secta no había visto jamás.

Los sectarios de menor rango no habían sabido nunca que su líder era una mujer, y su género hacía que un ataque por su parte para liberarla fuera todavía menos probable.

Rafe miró a su alrededor, a todos los rostros sentados en torno a la mesa sobre los que no se había permitido a sí mismo soñar con ver. No solo el de Del, Gareth, Logan y todo los Cynster, sino también a sus, hasta entonces, desconocidas esposas. La de Wolverstone y todas las demás. No las conocía personalmente ni se había imaginado conocerlas. No se había permitido a sí mismo pensar más allá del momento final del reinado de la Cobra Negra.

Pero en esos momentos estaba allí, más allá de ese momento, todavía vivo, más sano y salvo de lo que había esperado estar.

Las emociones lo inundaban, alimentando un rugiente caldero de sentimientos. Era incapaz de decidir cuál era el más fuerte: triunfo y júbilo, recuerdo y tristeza por los que ya no estaban, una expectación chispeante, satisfacción, contento, creciente felicidad o inmenso alivio.

Todo eso sentía, un mareante torbellino en el que se elevaba, luego caía, y era de nuevo elevado por el siguiente. Como un barco sin timón en medio de un océano atizado por una tormenta, se bamboleaba y giraba.

Y entonces miró a Loretta, sentada a su lado, y su mar interior se calmó.

Loretta sintió su mirada, se volvió para encontrarla, y sonrió.

Él le devolvió el gesto y sintió que su corazón se ensanchaba. Por debajo de la mesa, encontró su mano y cerró la suya sobre ella. Sintió la delicada presión de sus dedos sobre los suyos.

Y lo supo.

El amor era la emoción más fuerte de todas.

Y mientras ella se volvía para contestar a una pregunta, Rafe sintió que su sonrisa adquiría un aspecto bobalicón, de alguien

perdidamente enamorado.

Pero no le importó.

La Cobra Negra era su pasado.

Loretta era su futuro.

Más aún, ella era el motivo por el que él se encontraba allí.

Todas las batallas de su pasado, las más recientes pruebas y desafíos, los obstáculos de la aventura, de repente lo veía con nuevos ojos. Nunca antes había contemplado sucesos como esos como contenedores de un más alto propósito, no en términos de su vida, pero en esos momentos sabía que lo habían llevado allí.

Su pasado le había llevado al lugar y el momento, a ese particular momento en el tiempo.

El momento en el que todo se volvía claramente cristalino, y su vida tomaba un nuevo rumbo, un significado más profundo.

Loretta le sostuvo la mano, y sintió la fuerza de la de Rafe envolviendo la suya, y se regocijó. Apenas era capaz de contener su felicidad, su alegría, su profundo alivio. Se negaba a pensar en ese momento en el salón de la posada, un momento en el que el destino la había mirado a la cara y le había pedido que eligiera. La vida de Rafe sobre la de otra persona.

Todavía se sentía sorprendida por su absoluta falta de duda.

Todavía se sentía sorprendida por lo que sabía que significaba.

De no haber sido por las damas a su alrededor, por el modo en que ellas también se sentían de manera tan transparente hacia sus hombres, se habría mostrado aturdida, insegura, preocupada por ella misma.

Matar, aunque no lo hubiera hecho, su intención había sido hacerlo y lo sabía, no era algo que hubiera que tomar a la ligera.

Pero lo único que había sentido, la emoción que incluso en esos momentos la tenía firmemente sujeta, era tan poderosa que no podía negarse. No entonces.

No en ese momento. Nunca más.

Apartándose de la conversación, miró a Rafe. Encontró su mirada fija en ella, y la sostuvo.

Y permitió que su sonrisa dijera todo lo que aún no podía decir con palabras.

Brevemente, se inclinó hacia él y apoyó una mejilla sobre su hombro.

—Después —murmuró.

Y regresó al mundo, a la celebración del éxito, del triunfo del bien y la justicia que tenía lugar y lo envolvía todo en torno a esa enorme mesa.

«Después», resultó ser varias horas más tarde, pero al final el largo y por momentos angustioso día pasó factura a todos.

Tras pedir sus carruajes, los Cynster y Chillingworth se marcharon, llevándose a Del y a Deliah con ellos. Los demás permanecieron y, según había averiguado Loretta, todos esperaban quedarse allí para celebrar la Navidad, para la que faltaban únicamente tres días. Tal y como cualquiera que contemplara el plomizo cielo podría adivinar, se avecinaba más nieve. Mientras subía las escaleras con las otras damas, estaba elaborando mentalmente una nota para su familia, perfectamente segura de que se mostrarían satisfechos al saber que estaba a salvo y que pasaba las fiestas en tan respetable compañía.

Sonriente, todavía algo aturdida, Loretta, Emily Ensworth, Linnet Trevision y Minerva se despidieron al llegar al descansillo. Los apartamentos ducales se situaban al final de una extensa ala del edificio. Más cerca de las escaleras estaban los dormitorios asignados a las tres que habían llegado inesperadamente con sus respectivos hombres.

Loretta se detuvo frente a su puerta y sonrió a Minerva.

—No sé cómo agradecerte este vestido. —Extendió las faldas de seda color magenta del vestido de noche que Minerva le había prestado—. Y también todas las otras cosas.

—Tonterías. —Minerva le dio una palmada en el brazo—. Hace falta una buena dosis de fortaleza para viajar sin equipaje y tú te has enfrentado a los rigores tan maravillosamente bien que lo menos que puedo hacer es ayudarte ahora.

—Yo le tomaría la palabra —aconsejó Linnet a Loretta con una carcajada—, aunque solo sea para acompañarme. Yo tampoco soy dueña de nada de lo que llevo puesto. Únicamente Emily y Deliah consiguieron llegar con vestidos y equipaje propio.

El sonido de unas voces masculinas en las escaleras hizo que Minerva se volviera y mirara por encima del hombro.

—Desde luego, pero ha llegado el momento de irnos a la cama. O… —se corrigió con un característico brillo en la mirada— por lo menos a nuestras habitaciones. A fin de cuentas, todas tenemos nuestra celebración privada a la que asistir. Buenas noches, señoras.

Tras agitar una mano en el aire, se recogió las faldas y avanzó por el pasillo.

Las tres recién llegadas a la casa observaron a la duquesa de Wolverstone llegar a su puerta y entrar en la habitación.

—Sospecho que deberíamos seguir su consejo a rajatabla —propuso Linnet.

—Cierto —dijo Emily—. Sin duda, es toda una experta. —Sonrió abiertamente a Loretta—. Buenas noches.

—Estaba a punto de decir que durmáis bien, pero quizás eso sea

para después. —Con una sonrisa y un saludo, Linnet siguió a Emily.

Loretta abrió la puerta y lentamente entró en la habitación mientras oía cerrarse las dos puertas del pasillo. Sonriendo abiertamente, cerró la puerta de su habitación y se preguntó. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué debía hacer?

Apenas se había formado el pensamiento en su mente cuando la puerta se abrió de nuevo y Rafe se asomó al interior de la habitación. Viéndola de pie titubeando a los pies de la cama, entró y cerró la puerta tras él.

Una lámpara ardía sobre una mesa entre dos ventanas y un fuego rugía en la chimenea. Había suficiente luz como para ver que, mientras Rafe se acercaba a ella, su mirada, su atención, todo su ser, estaba centrado en ella.

Los pulmones de Loretta colapsaron incluso antes de que él se detuviera frente a ella, antes de que levantara las manos y tomara su rostro.

Con la boca seca, ella se humedeció los labios y esperó a que él inclinara la cabeza y la besara.

Sin embargo, la mirada de Rafe buscó su rostro. Se embebió de cada rasgo antes de hundirse en sus ojos.

—Necesito decirte algo, algo que no tenía absolutamente ninguna intención de decirte, ni ahora, ni nunca. Jamás he tenido la intención de que las palabras salieran de mi boca, no porque no quiera que las oigas, que las conozcas, sino por cómo me hacen sentir.

Rafe respiró hondo, le sostuvo la mirada y dejó que ella se la sostuviera también.

—Pero hoy todo ha cambiado. Hoy…, en ese salón, por un momento pensé que iba a morir sin decírtelas. Sin permitir que tú las oyeras, que las conocieras. Sin ofrecerte la verdad: que tú eres lo más importante en el mundo para mí, y que no puedo vivir sin ti. Que no quiero vivir sin ti. Si hubieses muerto en ese salón, yo hubiese muerto también, de eso estoy seguro. Pero esas tampoco son las palabras que necesito pronunciar.

Tras hacer una pausa, se armó de valor para continuar:

—Las palabras que ya no puedo dejar sin pronunciar, que no puedo guardarme más, son demasiado poderosas. Para mí, son demasiado reales y demasiado insistentes. Y ahora son una parte que me define. —Él le sostuvo la mirada azul, esos preciosos ojos azules hierba doncella—. Te amo. Te amo, Loretta Michelmarsh, y quiero que seas mi esposa, para amarte y respetarte, para defenderte y protegerte, desde ahora y hasta el fin de mis días. Te quiero a mi lado, ahora y para siempre. Quiero pasar mis días cerca de ti, y mis noches a tu lado. No quiero que volvamos a separarnos nunca más.

—Yo deseo lo mismo. —Loretta posó una mano sobre la de Rafe—.

No supe hasta ese mismo momento en el salón que pudiera sentirme así, que me sintiera así. Que la emoción que ya formaba parte de mi fuera tan poderosa, tan completa. No sabía que fuera capaz de apartar el miedo, que pudiera reunir tanto valor hasta el extremo de poder obligarme a hacer lo que hice, con la conciencia de que haría lo mismo otra vez, sin dudarlo, si fuera necesario para mantenerte a salvo. Para mantenerte a mi lado. Pero ni siquiera entonces sabía, no hasta que llegamos aquí, que así se siente el amor. Que esto, lo que sentimos, tú y yo juntos, pues no dudes que estamos juntos en esto, es la gloria y la maravilla de la que hablan los demás, a la que aspiran los demás, y ya es nuestra.

—Nuestra si la deseamos —dijo Loretta. Los labios de Rafe se curvaron mientras agachaba la cabeza—. Y yo la deseo —afirmó con seguridad mientras lo atraía hacia ella.

—Y yo también.

Sus labios se unieron y el amor floreció. No simplemente la pasión, no un mero deseo, sino algo mucho mejor.

Los dos vieron la diferencia, la sintieron, la saborearon, la percibieron en sus corazones.

La sintieron en sus almas.

Eso era la felicidad, el placer definitivo, uno que no conocía límites.

Eso era el destino. Cómo debían estar. Juntos en la pasión, en la aventura, en la felicidad, en el temerario abandono y el flagrante asombro.

Enamorados.

Suaves caricias se mezclaron con murmullos, susurros de seda que se deslizaban sobre la piel acalorada.

Dedos que tocaban, acariciaban, permanecían.

El placer fue creciendo.

Y el amor los atrapó, los unió, elevándolos sobre el apasionado mar, y volviéndolos a unir, permitió que el deseo, la necesidad y el hambre colisionaran e iluminarán la chispa de su recompensa.

Permitió que el éxtasis estallara sobre ellos como una estrella nova.

Permitió que la dicha se vertiera por fin y llenara el vacío de ambos.

El amor posó una delicada mano sobre sus cabezas, en un gesto de bendición, de gracia, y los dejó dormidos, abrazados y agotados, saciados y despedazados, sobre las ondulaciones de la cama.

Al fin en paz, al fin verdaderamente en casa, juntos el uno en brazos del otro.

Epílogo

24 de diciembre de 1822
Elveden Grange

El día de Nochebuena, con el olor a nieve en el aire, todos los implicados en la captura de la Cobra Negra se reunieron en Elveden Grange para una celebración, no del final del reinado del villano, sino de la vida, del amor y del futuro.

Del paso de un año y la promesa del siguiente.

La fiesta no solo creció con la presencia de los Cynster, sino con la de todos los que se reunieron con ellos en Sommersham Place para la habitual celebración de Navidad. Minerva había ordenado abrir el salón de baile que casi nunca se utilizaba. Ella y el pequeño ejército de damas que se alojaba en Elveden habían pasado los dos días anteriores lanzándose con feliz abandonó a la tarea de crear el perfecto escenario para la celebración.

Los niños también habían ayudado, corriendo de un lado a otro buscando y llevando cosas, contribuyendo de mil maneras tanto en la preparación del evento como en la agradable atmósfera que se había creado. Incluso los más pequeños, en brazos de las niñeras, habían podido participar, envolviendo toda la casa de un maravilloso ambiente festivo.

Mientras las damas habían estado ocupadas y sus hijos absortos, los hombres se habían ocupado de negocios. Royce, secundado por Devil y Christian, había notificado a las autoridades de Londres los crímenes conocidos, y la captura, de la Cobra Negra, la implicación y consiguiente asesinato en Inglaterra de Roderick Ferrar y su hermanastro, Daniel Thurgood, poniendo así en marcha el juicio contra la Cobra Negra.

El día de su apresamiento, Kilworth había permanecido en el exterior de la posada Laughing Trout y esperado hasta que Royce saliera para confirmarle la implicación de su hermanastra. Desde lejos la había visto ser sacada de la posada y conducida a su destino. Él se había ocupado de notificar el hecho a su padre y también de

informarle de la identidad de la persona responsable de los asesinatos del hijo legítimo, y también del ilegítimo, de Shrewton.

Tras una discusión, Royce había redactado una nota para informarle del arresto de su hija ilegítima bajo la identidad de la Cobra Negra y del juicio pendiente. Había incluido la información de que ella estaba presa en la cárcel del Bury St. Edmunds, por si acaso su padre deseaba visitarla.

Aunque ninguno de ellos creía que fuera a hacerlo.

Después, los caballeros reunidos se habían dirigido al salón de baile para inspeccionar los progresos de sus damas y, rápidamente, habían sido reclutados forzosamente y enviados a los rincones más lejanos de los bosques circundantes para buscar ramas de abeto y acebo del tamaño y la forma adecuada para engalanar las muchas puertas, ventanas y chimeneas de los salones comunes de la casa. También recibieron instrucciones de regresar con todo el muérdago que pudieran encontrar, una orden que fue recibida con mucho más entusiasmo.

Durante dos días la casa había estado llena de un alegre barullo. Para cuando Royce y Minerva salieron por la doble puerta del salón de baile y regresaron junto a sus invitados reunidos, todo vestigio de la oscura maldad de la Cobra Negra había sido desterrado.

Esquivando a una fila de niños que correteaban y reían por todas partes, pues apenas pasaba de las cinco de la tarde, y en vista de la distancia que los Cynster y sus invitados iban a tener que recorrer para regresar a sus casas, además de la ligera capa de nieve que había aparecido por la mañana, Minerva había decretado que las festividades empezaran temprano y había estipulado que todos los niños, tanto de Grange como de Place, fueran incluidos en la invitación. Royce miró a su mujer y preguntó con cierto cinismo, aunque resignado:

—¿Esto lo tenías planeado desde principio? —Cuando ella lo fulminó con la mirada de sus ojos grises desmesuradamente abiertos, él le aclaró—: ¿Por eso invitaste a todas las esposas del Bastion Club, además de sus familias? ¿Para que pudiéramos tener —le señaló con una mano— esto?

—Por supuesto. —Minerva parpadeó mientras sonreía y tomaba a su esposo del brazo para acercarse y evitar a un grupo de jóvenes Cynster, Pevensey y Gascoigne—. Tú eres el conocido por planificar hasta el último detalle. Era evidente que, si todo terminaba bien, la aventura finalizaría aquí, en este momento, y que todos los implicados iban a necesitar —ella imitó su gesto con la mano— esto.

—Entiendo. —Y era cierto que Wolverstone lo entendía. Si bien había planificado hasta el último detalle todo lo que era físicamente, militarmente y políticamente posible para asegurar el éxito de la

misión, no se le había ocurrido, mucho menos planificado, la necesidad de cubrir la parte emocional.

Miró a todo el grupo reunido y, por el rabillo del ojo, vio cómo la sonrisa de Minerva se hacía más profunda. Se volvió para mirarla a los ojos.

—Sí, lo sé. —Minerva le sostuvo la mirada durante unos segundos antes de ponerse de puntillas y fugazmente rozar sus labios con los de ella—. Pero por eso estoy aquí, es una de las muchas razones por las que me necesitas.

Apartándose de él, retirando su brazo, le apretó la mano.

—Y ahora circula entre los invitados y yo haré lo mismo.

Royce sonrió y la dejó marchar.

Minerva echó a andar hacia el grupo, pero mirando hacia atrás añadió:

—Quería advertirte. En cuanto todos estemos sentados y tú hayas terminado de dar la bienvenida a todo el mundo, habrá una serie de anuncios. Devil te tomará el relevo para hacerlos.

Wolverstone enarcó las cejas, pero Minerva se limitó a agitar una mano mientras se mezclaba con los invitados. Tras unos segundos de duda, él se abrió paso entre el parlanchín y constantemente cambiante mar de invitados. Tenía una fuerte sospecha sobre cuáles iban a ser los anuncios de Devil, pero mientras era requerido, primero por lady Osbaldestone y luego por Helena, duquesa viuda de St. Yves, apoyada por lady Horatia Cynster y Augusta, marquesa de Huntly, todas exigían un completo y detallado relato de lo que había sucedido, y esperaban que él lo proporcionara. Wolverstone no tuvo oportunidad de hablar con Devil, ni con ninguno de los otros caballeros que suponía estaban implicados, para verificar sus suposiciones.

Por eso, cuando media hora después se levantó y, tras deslizar la mirada por todas las mesas que ocupaban la enorme estancia, levantó su copa para dar la bienvenida a su hogar a la multitud reunida, cuando les pidió que levantaran también sus copas y brindaran por la ocasión, por el éxito del año que se iba, sobre todo por los últimos meses, semanas y días de la recientemente concluida empresa, y por la promesa del año que estaba a punto de empezar, y todos bebieron, Wolverstone no tenía ni idea mientras se volvía hacia Devil, sentado al otro lado de Minerva, de si sus palabras iban a ser las más apropiadas.

—Y ahora creo que Devil tiene algo que anunciar en relación a la promesa de lo que está por llegar.

La sonrisa de Devil mientras echaba la silla hacia atrás le confirmó que había acertado.

Devil se levantó mientras Royce volvía a sentarse, fijó la mirada en su copa y levantó la cabeza para contemplar los numerosos rostros expectantes y ansiosos.

—Hoy hemos venido…, nos ha traído aquí una confluencia de sucesos. Sucesos que comenzaron muchos meses atrás en la lejana Calcuta. Esos sucesos pusieron en marcha una serie de cuatro viajes emprendidos por cuatro buenos amigos, amigos que, con el fin de llevar a cabo su vital misión, pidieron ayuda —con la copa en la mano señaló hacia los aludidos— a muchos de los que estamos aquí. Todos respondimos unidos y, bajo la dirección de Royce, con la ayuda de todos los implicados, nuestros cuatro amigos han arribado a puerto seguro, y han completado con éxito la misión.

Devil hizo una pausa antes de continuar:

—Y así pues, nuestros cuatro amigos están de nuevo con nosotros, sanos y salvos, aunque con un cambio fundamental. A lo largo de sus viajes, cada uno de ellos conoció a una dama, y cada uno de ellos tuvo que aprender, como muchos de nosotros ya hemos aprendido —Devil sonrió e inclinó la cabeza hacia Minerva y Honoria antes de recorrer con la mirada a las otras damas sentadas cerca de él—, a confiar, valorar, apreciar y venerar los talentos y el apoyo de dichas damas de ideas afines.

Devil hizo una nueva pausa hasta que se acallaron las risas cálidas y de complicidad en toda la habitación.

—Y al igual que aquellos de nosotros que ya hemos pasado por eso antes, nuestros cuatro amigos y sus cuatro damas han concluido que una aventura compartida con éxito es una sólida base a partir de la cual progresar hacia una vida compartida con éxito.

Devil levantó su copa.

—Por tanto, os pido a todos que llenéis vuestras copas y las levantéis bien altas para beber por los esponsales del capitán Derek Delborough y la señorita Deliah Duncannon, el mayor Gareth Hamilton y la señorita Emily Ensworth, el mayor Logan Monteith y la señorita Linnet Trevission y el capitán Rafe Carstairs y la señorita Loretta Michelmarsh.

La habitación se llenó de rugidos y vítores, aplausos y risas, del sonido de las sillas arañando el suelo mientras todos se ponían en pie levantando sus copas y gritando:

—¡Por la promesa de la vida compartida!

Todos bebieron. Y bajo el eco de los aplausos, las risas y las sonrisas, las miradas se encontraron y las parejas que ya conocían la realidad de la magia de una auténtica vida compartida intercambiaron miradas y sonrisas privadas. Entre cejas enarcadas, ojos brillantes y juramentos sin palabras, volvieron a beber brindando los unos por los otros.

Cuando todos se hubieron sentado, Minerva hizo una señal a sus empleados y el banquete comenzó.

Royce se reclinó en el asiento y recorrió la habitación con la mirada

antes de alargar una mano, agarrar la de Minerva y atraerla hacia sí. Le sostuvo la mirada y llevó su mano hasta los labios para besarla.

—Bien planeado —afirmó.

5 de enero de 1823
La City, distrito financiero de Londres

Rafe se reunió con Gabriel en la acera frente al edificio en el que sir Charles Manning tenía su despacho oficial.

Desvió la mirada hacia el carruaje negro sin distintivos que permanecía junto a la acera a media manzana. Loretta había aceptado que lo mejor sería dejar que los hombres se ocuparan de Manning, pero sí había querido permanecer cerca para conocer los resultados inmediatamente.

Gabriel se sopló las manos y miró a su alrededor. Era temprano por la tarde, pero incluso en esa época del año las aceras de la City estaban repletas de empleados de toda clase que corrían de un lado a otro.

—Roscoe no debería de tardar mucho.

Rafe asintió. La implicación de Neville Roscoe en el plan había supuesto una sorpresa para todos. Christian había sugerido que le pidieran su opinión sobre Manning y cómo ocuparse mejor de él ya que, al parecer, sabía mucho sobre el lado oscuro de los negocios en Londres. Montague, el muy respetado hombre de negocios de Cynster, que también trabajaba para Esme, había apoyado la sugerencia. Él también conocía a Roscoe y era evidente que valoraba el instinto de ese hombre.

Royce y Minerva habían viajado a Londres dado que Royce todavía tenía más cosas que hacer para presentar los cargos en contra de la Cobra Negra. Rafe se alojaba con la pareja ducal en Wolverstone House, mientras que Loretta había regresado bajo el techo de su hermano. Pero en cuanto se hubieran ocupado de Manning y asegurado la libertad de Esme de su cautiverio, Rafe y Loretta se dirigirían al campo, primero para visitar a Margaret, la hermana mayor de Loretta, y luego para alojarse durante un tiempo con los familiares de Rafe que, después de tantos años, estaban ansiosos, incluso eufóricos, por acogerlos. A él y a su prometida.

Todos los implicados en ocuparse de Manning se habían reunido la noche anterior en Wolverstone House. Royce, Rafe, Loretta, Christian, Gabriel y Tristan habían estado presentes, al igual que Montague y, para sorpresa de todos, Roscoe había anunciado su asistencia también.

A su llegada, Minerva había parpadeado perpleja, pero rápidamente lo había recibido con una sonrisa y los había dejado a todos tranquilos

para deliberar.

Tras intercambiar una mirada con Royce, Roscoe se había sentado y les había contado lo que había averiguado sobre los negocios de Manning. Montague había confirmado algunos aspectos, pero se había mostrado sorprendido de oír otros, su actitud dejando poca duda de que él consideraba la inteligencia de Roscoe como sólida.

En cuanto toda la información reunida estuvo verbalmente expuesta sobre la mesa, habían urdido un plan, uno lo suficientemente razonable como para que todos sintieran que podría funcionar.

Sin embargo, mientras que Roscoe se había mostrado de acuerdo en que el plan liberaría a Esme de cualquier amenaza por parte de Manning, también había señalado que el resultado más probable sería que Manning vendiera sus acciones a alguien de similar calaña para retomar las acciones donde él las había dejado, y que Esme y sus compañeros accionistas serían de nuevo acosados.

La propuesta de Roscoe para eliminar ese riesgo les había dejado a todos perplejos, pero Montague había secundado la idea y, tras un momento de deliberación, Royce había dado también su visto bueno. Eso había bastado para el resto.

Por eso Rafe y Gabriel esperaban a Roscoe para confrontar a Manning en su guarida.

Las campanas de Londres acababan de anunciar las dos de la tarde cuando la figura de elevada estatura de Manning, impecablemente peinado, dobló la esquina. Al verlos se apresuró hacia su oficina.

Roscoe intercambió un asentimiento con ellos antes de señalar hacia la puerta.

—Te seguimos. Yo jugaré el papel de silencioso y enigmático.

Con la sensación de que estaba liderando una batalla, Rafe los condujo por las estrechas escaleras. Entraron en el despacho de Manning sin llamar, dejaron perplejo al secretario de aspecto astuto y lo enviaron al despacho interior para que anunciara su presencia y comunicara su intención de hablar con Manning sobre un asunto urgente concerniente a Argyle Investments.

En menos de un minuto, fueron convocados al santuario de Manning.

El hombre, un caballero bien vestido y elegante, de mediana edad y de ligero sobrepeso, se levantó de la silla detrás de un enorme escritorio.

—Caballeros. —Su mirada paso de Gabriel a Rafe—. Entiendo que usted es el señor Carstairs, quien recientemente se ha prometido a la señorita Michelmarsh.

El compromiso había sido anunciado en la *Gazette* tres días antes.

—Así es —dijo Rafe y señaló a Gabriel—. Supongo que habrá oído hablar del señor Cynster.

—Ah, sí. —La expresión de Manning sugería que no entendía qué hacía Gabriel allí. Y la incertidumbre afectó a su arrogante seguridad.

Sobre todo, cuando ni Rafe ni Gabriel mostraron ninguna intención de estrechar su mano. O cuando Rafe evitó presentarle a Roscoe, que se había quedado atrás, junto a la pared al lado de la puerta.

Se produjo una incómoda pausa antes de que, considerablemente más serio, Manning señalara con una mano las sillas delante del escritorio.

—Por favor, caballeros, tomen asiento.

Todos se sentaron. Roscoe permaneció pegado a la pared en una silla de respaldo recto. Rafe contuvo una sonrisa. Christian les había advertido de que, si bien Manning no reconocería a Roscoe de vista, saber su nombre tendría un contundente efecto. Al parecer, Roscoe dirigía con puño de hierro una serie de negocios cuestionables, pero el código al que se adhería era rígido, inquebrantable, y era uno de los pocos hombres en Londres que podría darle un buen susto a un escurridizo profesional como Manning.

Como el chacal que se encontraba cara a cara con un león adulto.

—Y bien, caballeros —Manning apoyó las manos sobre el secante del escritorio y miró de Gabriel a Rafe—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Es más bien una cuestión —le informó Rafe— de qué podemos, o queremos, o podríamos dignarnos a hacer por usted. —Con tono uniforme, relató lo que había averiguado en Mainz, todo lo que el prusiano le había contado, y describió el documento jurado, en esos momentos en posesión de un magistrado, y en el que se nombraba a Manning como el contratante del prusiano en el intento de secuestro y asesinato de lady Congreve.

Manning abrió los ojos desmesuradamente y extendió las manos.

—No tenía conocimiento de nada de esto. Es evidente que el prusiano estaba mal informado. No fui yo quien le contrató.

—Ya se nos ocurrió que podría responder eso. —Gabriel sonrió mostrando todos los dientes—. Sin embargo, hemos confirmado que ha adquirido una buena posición en Argyle Investments, una compañía con fines caritativos, y que intenta alterar la dirección de la compañía en contra de los deseos de los demás, de los accionistas originales. En especial, se ha adeudado fuertemente para comprar las acciones, sin duda contando con una ganancia inesperada en el caso de que Argyle aceptara la oferta de Curtis Foundries.

—Está claro —intervino Rafe mientras reclamaba la atención de Manning— que, en caso de que le presionaran para devolver los intereses de sus préstamos, por no decir los propios préstamos, antes de recibir cualquier inesperada ganancia, se encontraría en la estacada, lo que le proporciona un muy buen motivo para intentar

eliminar a lady Congreve.

—Más aún —continuó Gabriel—, hemos confirmado que ciertas personas en la City —los fue enumerando y, a medida que pronunciaba el nombre de cada uno, el rostro de Manning palidecía un poco más— poseen pagarés firmados por usted. Todos y cada uno de ellos empiezan a mostrarse ansiosos por recuperar el dinero. Sin embargo, lo que se le olvidó mencionar a cada uno de ellos cuando les aceptó el préstamo era que a la vez estaba pidiendo préstamos de los otros. —Gabriel sacudió la cabeza—. Sus acreedores no están nada contentos con usted, Manning.

—Así es —añadió Rafe—. Podría decirse que están aullando por su sangre. —Inclinó la cabeza y fijó la mirada en los ojos muy abiertos y de expresión atemorizada de Manning—. O lo estarían, si no fuera por…

Decir que Manning estaba a punto de entrar en pánico sería poco riguroso.

—¿Si no fuera por qué? —preguntó con voz ahogada mientras se agarraba con fuerza al borde del escritorio.

—Si no fuera por mí. —Las palabras pronunciadas en la voz grave de Roscoe flotaron por encima del hombro de Rafe.

—No creo que nos conozcamos. —Manning observó a Roscoe y frunció el ceño.

Por el rabillo del ojo, Rafe vio a Roscoe descruzar sus largas piernas y levantarse con elegancia. Roscoe medía casi un metro noventa y, al igual que Wolverstone, exudaba una pronunciada aura depredadora.

—No, no me conoce. —Roscoe se acercó hasta detenerse entre las sillas de Gabriel y Rafe—. Lo único que necesita saber es que actualmente yo estoy en posesión de todos sus préstamos, sus pagarés.

—¿Todos? —Los ojos de Manning se redondearon aún más y su mandíbula se desencajó.

—Usted, Manning —continuó Roscoe mientras lo observaba a través de sus ojos entornados—, es un pececillo nadando en una piscina de tiburones. Ha estado chapoteando en la piscina, levantando el barro, la clase de barro que llama mi atención, y a los tiburones no les gusta eso. Prefieren que yo siga centrado en mis propios asuntos y que no me fije demasiado en los suyos.

Roscoe hundió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó un taco de papeles, que mostró a Manning en forma de abanico, provocando que el hombre perdiera el poco color que le quedaba en el rostro.

—Ahora estos están en mi posesión, pero todavía no los he pagado. Si los devuelvo a sus actuales propietarios y les digo lo que sé de sus finanzas, lo van a despedazar. Como bien sabe, dada la naturaleza de esos caballeros, no estoy hablando en sentido figurado.

Manning no era ningún estúpido. Y estaba totalmente aterrorizado.

Levantó la mirada a los ojos de Roscoe.

—¿Qué tengo que hacer?

—Para que esta pesadilla desaparezca, tiene que hacer dos cosas —contestó Roscoe con una sonrisa escalofriante—. Primero, entregarme todas las acciones que posee de Argyle Investments. Y segundo, abandonar la City y asegurarse de que yo no vuelva a oír hablar de sus escarceos con las inversiones.

—Si yo le entrego las acciones, ¿amortizará los pagarés, los préstamos?

—Así es —dijo Roscoe, e inclinó la cabeza hacia Gabriel y luego hacia Rafe—. Estos dos caballeros son testigos de mi palabra.

Ambos asintieron.

—En cuanto al segundo requerimiento —Manning tomó buena nota de la certeza de los dos hombres y volvió a mirar a Roscoe—, yo…

—Permítame serle franco —lo interrumpió Roscoe—. No me gusta que un personaje turbio como usted opere en el mismo mercado que yo. Puede que sea de buena cuna, pero nos da mala fama a todos. Eliminarle permanentemente no sería muy difícil. Muchas personas en la City esperan que haga efectiva su desaparición, de un modo u otro, desde que sé que ha estado enturbiando las aguas. No puedo permitirme que me vean como alguien débil, de modo que, de una manera u otra, va a desaparecer. —La sonrisa del Roscoe, con los labios apretados, era el epítome de la letalidad—. Simplemente, me estoy mostrando lo suficientemente amable como para permitirle elegir el modo en que va a desaparecer.

El truco cuando se amenazaba, Rafe lo sabía bien, estaba en creerse uno mismo esa amenaza. En el caso de Roscoe, no había absolutamente ninguna duda de que pronunciaba cada palabra en serio.

Manning estaba en inferioridad de condiciones, superado. Sin apartar la mirada de los ojos de Roscoe, asintió.

—Haré que mi secretario redacte los documentos necesarios.

—Excelente. —Roscoe sonrió en un gesto de aprobación y miró a Rafe y a Gabriel—. Creo, caballeros, que podré ocuparme yo solo de los asuntos a partir de ahora. —Miró a Manning mientras Rafe y Gabriel se levantaban—. Y creo también que puede informar a lady Congreve de que Manning ha perdido todo interés en su estado de salud, a raíz de la preocupación por la suya propia. ¿Es así, Manning?

—Sí. Quiero decir que… —Manning respiró hondo—. Nunca he sentido ningún interés por la salud de esa dama, y desde luego no lo siento ahora.

—Excelente. —Rafe sonrió—. Estoy seguro de que se mostrará encantada de oírlo —dijo mirando hacia Roscoe, y echó a andar hacia la puerta.

Gabriel lo siguió fuera de la habitación, escaleras abajo y hasta la calle por la puerta principal. Se detuvo en la acera y estrechó la mano de Rafe.

—Un resultado excelente. He oído que Roscoe interviene en algunos negocios sin ánimo de lucro, pero, a pesar de lo que da a entender, ese hombre valora mucho su intimidad. Aun así, puedes decirle a lady Congreve que Argyle Investments tiene un nuevo accionista y un extraordinario protector.

—Gracias por tu ayuda —dijo mientras le estrechaba la mano.

—Para eso están los viejos amigos —respondió Gabriel.

Los dos sonrieron e intercambiaron despedidas antes de que Rafe se dirigiera hacia el carruaje mientras Gabriel se alejaba en dirección opuesta.

—¿Y bien? —preguntó Loretta en cuanto Rafe abrió la portezuela del carruaje y se subió—. ¿Cómo ha ido? ¿Qué ha pasado?

Rafe sonrió, cerró la puerta y, sin dejar de sonreír, se dejó caer en el asiento al lado de ella, la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente. Después le contó todo lo que había sucedido, terminando con la necesidad de enviar una carta urgente a Esme en Bingen, informándole de que ya podía regresar a casa.

—Gracias a Dios. —Loretta se recostó sobre el hombro de Rafe, rodeada cómodamente por sus brazos—. Estará en casa en un mes o así. A tiempo para nuestra boda. —Miró a Rafe a los ojos—. No me gustaría casarme sin ella.

—Y yo no me atrevería a hacerlo. —Rafe rio.

El carruaje se adentró en Mayfair. Al contemplar su rostro, él vio una expresión pensativa en la cara de Loretta.

—¿Qué sucede?

—Me estaba imaginando —ella levantó la vista y sonrió—, intentaba imaginarme la siguiente reunión del consejo de Argyle Investments. ¿Qué crees que sucederá cuando Esme y Roscoe se conozcan?

—Creo que se van a llevar de lujo —contestó Rafe tras pensárselo unos segundos.

—Esme no tiene demasiado respecto por las reglas —dijo Loretta—. Y yo diría que Roscoe es igual.

Rafe pensó en Roscoe, en Esme y en los dos juntos. Y sonrió.

—Sospecho que son los demás inversores de Argyle los que van a sentirse desconcertados.

29 de mayo de 1823
Londres

Alexandra Millicent Campbell, nacida Middleton, la dama que había adquirido fama como la Cobra Negra, fue ahorcada esa misma tarde.

Ninguno de los cuatro oficiales que habían ejercido un papel fundamental en su desenmascaramiento y caída asistieron.

Estaban demasiado ocupados atendiendo a sus esposas.

Deliberadamente. Lo habían hablado y todos habían decidido que presenciar el ahorcamiento no les haría ningún bien. Su papel en la saga de la Cobra Negra había finalizado el veintidós de diciembre. Desde entonces, los cuatro se habían dedicado activamente a construir sus nuevas vidas.

Ninguno de ellos había visto ninguna necesidad de volver a adentrarse en su pasado.

Dicho lo cual, no habían sido del todo capaces de ignorarlo.

La noticia del arresto de una inglesa de buena cuna por unos crímenes innombrables cometidos en la India y, más recientemente, en Inglaterra, había salido a la luz a principios de enero. Los periódicos se habían arrojado sobre la historia con entusiasmo. Los primeros artículos habían sido tan crudos que las cuatro parejas se habían sentido seriamente preocupadas. Incluso afligidas. Por su propia crudeza, los reportajes habían convertido a la Cobra Negra en un personaje de fantasía, mostrando escaso respeto por las muchas y horribles muertes que había causado.

Y ese fue el momento elegido por Loretta para confesar que poseía la habilidad de escribir su historia tal y como ellos la habrían contado, y hacerla publicar palabra por palabra. Todos se habían mostrado sorprendidos, y luego encantados. Agradecidos, habían aceptado su ofrecimiento. Así pues, «La verdadera historia de la Cobra Negra» fue escrita por la consolidada columnista, A Young Lady About London, que acababa de regresar de un viaje por toda Europa, tal y como atestiguaban sus reseñas de «*Window on Europe*». Pronto se asumió popularmente que la joven dama había conocido a los correos oficiales durante su viaje y que se había ganado su confianza.

Sin ninguna esperanza de encontrar otra fuente similar de una veracidad tan convincente y verificable, los demás periódicos, lamentablemente, abandonaron la historia y el *London Enquirer* quedó solo para disfrutar de un éxito popular que superaba los más locos sueños de sus editores.

La historia publicada por capítulos había concluido con un espeluznante relato de la captura del villano, publicada seis semanas antes del comienzo del juicio de Alexandra Campbell.

La atención del público se desvió al Old Bailey, el Tribunal de Asuntos Criminales de Londres, y las cuatro parejas pudieron así retirarse de la vida pública y ocuparse de sus bodas.

Durante las primeras semanas de la temporada de bailes, habían

sido los héroes y heroínas de cada evento. Del, Gareth, Logan y Rafe habían sido elogiados públicamente por su valentía, condecorados con medallas, pensiones y recompensas por parte del Ejército y la Compañía de las Indias Orientales, así como inesperadamente nombrados barones por un soberano sinceramente agradecido de tener al público distraído de sus propias andanzas y profundamente aliviado de no haberse visto personalmente involucrado en el escándalo.

Sin embargo, una vez cargados con dichos honores, y con la noticia circulando por la alta sociedad de que eran todos más que adinerados, Del, Gareth, Logan y Rafe juzgaron conveniente aferrarse a los brazos de sus prometidas, o más bien a sus faldas.

Rafe había declarado que preferiría enfrentarse a un par de asesinos de la secta que a las casamenteras de la alta sociedad que lo tenían en su punto de mira.

Se habían casado en cuanto habían podido organizarlo todo y, casualmente, el orden de las bodas había sido el mismo orden en el que habían regresado a las costas de Inglaterra. Las otras tres parejas habían viajado primero al norte, cruzando el Humber, hasta la diminuta iglesia de Middleton on the Wolds, donde los hombres habían ejercido de testigos y ellas de damas de honor, para asistir al intercambio de votos entre Del y Deliah.

La pareja había abandonado la iglesia bajo un arco de sables sujetados por todos los miembros de su antiguo regimiento que habían asistido, los Cynster entre otros, con las filas aumentadas por los miembros del Bastion Club. Las tías de Del se habían mostrado absolutamente encantadas con el resultado de su labor casamentera.

Desde ahí, la fiesta se había trasladado a Oxfordshire, hasta el adormilado pueblo donde Emily había crecido y a las afueras del cual todavía vivían sus padres. Allí se había celebrado otra alegre ceremonia llena de los vítores de una familia mucho más numerosa y muy acogedora.

Para entonces, los invitados y los novios se habían convertido en una comitiva viajera muy unida. Habían viajado hasta Plymouth, donde habían encontrado el *Esperance* aguardándolos. Un rápido viaje hasta St. Peter Port había dado a muchas de las damas demasiadas ideas, luego otro recorrido a través de la isla en carruajes tirados por burros los había llevado hasta Mon Coeur para pasar una semana mágica. El momento culminante había sido el de la boda de Logan y Linnet en la diminuta iglesia en los acantilados sobre la bahía Rocquaine. Will entregó a Linnet, Jen y Gilly fueron las damas portadoras de flores, y Brandon y Chester ejercieron de pajes. Muriel y Buttons no habían dejado de sonreír.

Los últimos en casarse habían sido Rafe y Loretta. Habían pronunciado sus votos ante el altar de la iglesia del pequeño pueblo a

medio camino entre la casa de la hermana de Loretta, Margaret, y el hogar familiar de Rafe, un pueblo que Rafe y Loretta habían elegido para instalarse y a las afueras del cual habían adquirido una enorme casa solariega para convertirla en su hogar.

Cuando la pareja se besó tras ser declarados marido y mujer, no quedaba un solo ojo femenino que no estuviera anegado en lágrimas. Radiantes, se volvieron y echaron a andar por el pasillo. La felicidad dibujada sus rostros, mientras embarcaban en su nueva vida, era toda una alegría para la vista.

Estando ya todos casados, se habían reunido en la casa de Londres de Del y Deliah para ser testigos del capítulo final de la historia que los había unido.

El juicio había sido largo pero justo. Durante todo el proceso la acusada no había pronunciado una sola palabra. A pesar de todo, la naturaleza de los cargos, junto con la actitud arrogante y silenciosa, y los detalles de su nacimiento y conexiones, había asegurado que los tabloides siempre tuvieran una buena provisión de noticias.

En cuanto la conexión de Alexandra Campbell con el conde de Shrewton fue del dominio público, la gente en general, así como la alta sociedad, había apodado al trío que había creado y gobernado la secta de la Cobra Negra como «el nido de víboras de Shrewton». El conde no había tenido otra elección que retirarse de la vida pública y verse abocado al exilio social, dejando a Kilworth, que no se habían visto afectado por el escándalo, y que era apoyado por Wolverstone, St. Ives y las grandes damas como el rostro público de la familia.

Tal y como había profetizado Royce, la ejecución de Alexandra Campbell atrajo a una multitud sin precedentes.

—Pero ya ha terminado. —Deliah se apartó de la elegante mesa del comedor—. Sugiero que todos nos retiremos al salón, traed vuestras bebidas si queréis. La noche es cálida y las ventanas están abiertas, será mucho más agradable allí.

Emily, Linnet y Loretta se levantaron y se unieron a Deliah para recorrer juntas el corto camino por el pasillo hasta el bonito salón en el que se habían congregado antes. Situado en la primera planta, la estancia daba a Green Park, y unos amplios ventanales daban acceso a un balcón con barandilla de hierro.

Los hombres también se levantaron mientras intercambiaban sonrisas relajadas. Aceptaron la sugerencia de Deliah y cada uno llevó su vaso de cristal. Del tomó el decantador de oporto y Rafe el de *brandy*, y todos siguieron a sus esposas.

En el salón descubrieron que las damas ya se habían sentado en sillones y charlaban sobre los asuntos de la alta sociedad. Dejaron los decantadores sobre la mesa lateral y se sirvieron sendas copas antes de, tras echar un vistazo a la conferencia femenina que tenía lugar

delante de la chimenea, salir al balcón.

La presencia de los cuatro hombres en el balcón lo empequeñeció considerablemente. Con las espaldas apoyadas contra las ventanas, se colocaron hombro contra hombro y, como si hubiesen sido llamados, levantaron la mirada hacia las estrellas.

—El cielo de noche, las estrellas, eran muy diferentes allí.

Ninguno de los otros tres necesitó preguntar a qué lugar se refería Logan.

Se sumieran en un profundo silencio. Los recuerdos despertaron, se alzaron y los impregnaron.

—Por los amigos ausentes. —Del levantó su copa.

—Desaparecidos, pero no olvidados. —Gareth sostuvo su copa frente a las estrellas.

—Eso jamás —murmuró Logan mientras levantaba también la suya.

Tras un instante de pausa, Rafe imitó a sus amigos.

—Por James MacFarlane, el verdadero héroe, un héroe sin el cual no habríamos podido llegar hasta aquí, sin cuya valentía no habríamos visto el final de la Cobra Negra. —Con la mirada fija en el aterciopelado cielo negro, añadió—: Descansa en paz, James.

Tras dar un sorbo a su copa, la apuró de un trago.

Con suaves murmullos de asentimiento, los demás hicieron lo mismo.

De nuevo se hizo el silencio sobre ellos, un silencio lleno de lamentos liberados, con la sencilla noción de la venganza cumplida, de promesas mantenidas y no traicionadas. De un hombre, un hombre más joven que ellos, que perduraría para siempre en sus recuerdos.

De repente un ruido a sus espaldas les hizo volverse.

—¿Qué hacéis aquí fuera? —Desde el otro lado de la ventana, Deliah los miró con el ceño fruncido, fingiendo no saber exactamente dónde estaban sus pensamientos. Les hizo una señal autoritaria ignorando la repentina gravedad que había impregnado sus rostros—. Venid adentro, estábamos hablando de los planes para este verano. Si no venís y escucháis, y manifestáis vuestros deseos, puede que descubráis que nuestros planes están grabados en piedra.

Los cuatro hombres intercambiaron miradas antes de que una lenta sonrisa brotara en sus rostros, borrando la solemnidad. Borrando el pasado.

Comenzaron a entrar uno tras otro al interior del salón, mirando al frente, sosteniendo la mirada de sus respectivas damas.

De regreso a lo que importaba más que ninguna otra cosa.

Sus esposas, sus hogares, su futura familia. Todo sólidamente enraizado en los verdes prados de Inglaterra.

Una novia descarada

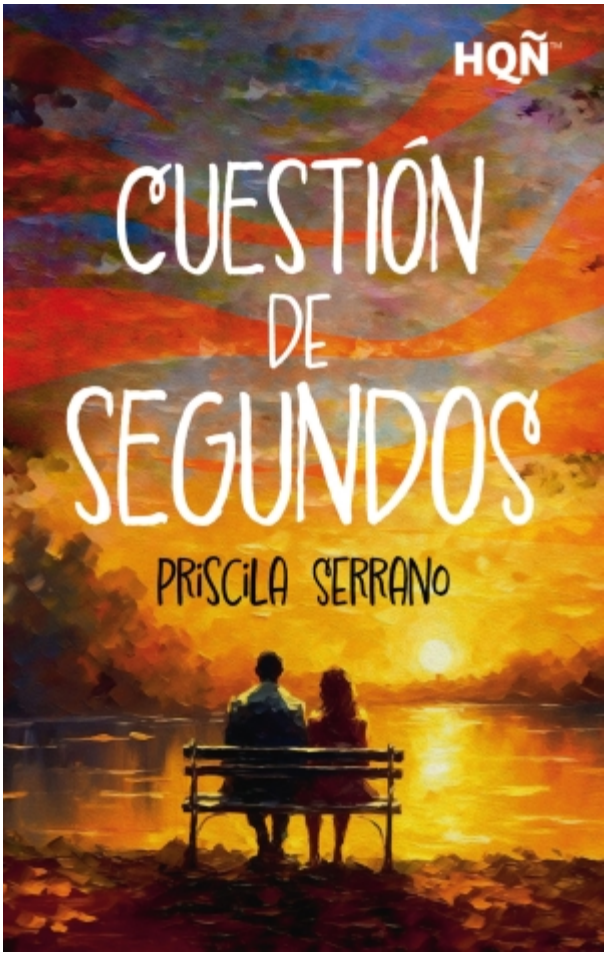
Laurens, Stephanie
9788411414821
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Especial Top Novel 16 Cuatro héroes, cuatro viajes, cuatro amores… en El cuarteto de la Cobra Negra. Son audaces, valientes, decididos... exoficiales de la Corona unidos contra un traidor mortífero conocido únicamente como la Cobra Negra. Náufrago y herido, lo arriesgó todo

para llevar a cabo su misión, solo para descubrir a una compañera tan audaz y descarada como él. Ardiente, tempestuosa, una reina en su propio reino, rescató a un guerrero, solo para encontrar su corazón bajo asedio. Atados por la pasión, unidos por la necesidad, juntos deberán enfrentarse al desafío del enemigo para alcanzar todo lo que sus corazones desean. "Otra cautivadora historia romántica. Prepárate para toneladas de acción y pensamientos rápidos". Fresh Fiction "Stephanie Laurens lo ha vuelto a hacer en este cautivador y chisporroteante romance fusionado con una acción trepidante". Bookseller + Publisher ANZ "Fabulosamente entretenida... Laurens añade una pizca de especias exóticas a su siempre fiable mezcla de romance sexy e intriga arriesgada". Booklist

Cómpralo y empieza a leer



Cuestión de segundos

Serrano, Priscila
9788411806008
240 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Cuestión de segundos Ella solo recuerda su voz. Él solo es capaz de sentirla. Judith tenía miedos Judith tenía sueños Judith tenía recuerdos Jamás pensó que algo con lo que ella aún era incapaz de lidiar fuera el detonante de lo que se le venía encima. El día más feliz

de su vida se vio truncado, tanto que pasó de la felicidad a la desdicha en cuestión de segundos. Sin embargo, un golpe, un sueño y el sonido de una hermosa voz le hicieron creer que no todo estaba perdido. Héctor sentía que debía protegerla de todos, pero el tiempo hizo que la perdiera de vista. Aunque nunca la olvidó. ¿Cómo olvidar a una persona que, sin conocerla, se le había metido en el corazón? ¿Será el destino el culpable de que ellos se reconozcan? Cuando crees que todo puede cambiar, es porque no hay nadie más… Solo nosotros." - ¿Puede una voz colarse tanto en tu interior que pase a formar parte de ti? - Se conocían, pero no lo sabían. Se conocían mucho más de lo que pensaban. - Ella guarda un secreto que impide que sea feliz en el amor. - Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana. - En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos. - Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance… ¡Elige tu historia favorita! - ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

Cómpralo y empieza a leer

Escándalo a medianoche

Hewitt, Kate
9788411805933
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bianca 3068 Aquel príncipe azul moderno se prendó de la hermana equivocada… Para evitar que los hoteles Rossi siguieran dando la imagen de ser establecimientos caducos y trasnochados, Alessandro

Rossi, el presidente de la empresa, encontró a la influencer perfecta y glamurosa para modernizar la imagen de sus hoteles. Sin embargo, fue la hermanastra de ella quien captó toda la atención del millonario. Liane Blanchard estaba acostumbrada a vivir entre las sombras, pero la tórrida mirada de Alessandro hizo prender las llamas del deseo en su cuerpo. Accedió a tener una aventura con él, porque sabía que era lo único que el reservado Alessandro podía ofrecerle. Los dos se arriesgaban a provocar un escándalo, pero merecía la pena, aunque solo fuera para poder saborear durante un instante el cuento de hadas…

Cómpralo y empieza a leer

París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que las disfrutes. Alicia y Manuel llevan años planeando

viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

Cómpralo y empieza a leer

Su acuerdo con el millonario

Fuller, Louise
9788411805940
160 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bianca 3070 La propuesta que estaba sobre la mesa… ¡iba acompañada de un anillo de millones! La socorrista Ondine Wilde casi estuvo a punto de lamentar haber rescatado a Jack Walcott evitando

que se ahogara. El multimillonario era tan grosero y arrogante como guapo, por lo que Ondine no esperaba que le diera las gracias. Lo que no se imaginaba bajo ningún concepto era que le propusiera que se casaran. Jack le explicó que le hacía falta una esposa de conveniencia para asegurarse su puesto de director ejecutivo. Y aunque a ella le costara reconocerlo, necesitaba seguridad económica para su familia. ¿Cuál era la única regla de Jack? Que no intervinieran los sentimientos, lo cual a ella le pareció bien, tras su historia de desengaños. Hasta que la ardiente química entre ambos dejó en papel mojado el acuerdo que habían firmado.

Cómpralo y empieza a leer